CON CARRANZA

EPISODIOS DE LA REVOLUCIÓN CONSTITUCIONALISTA 1913-1914

Manuel W. González



CLÁSICOS DEL CONSTITUCIONALISMO

CON CARRANZA

EPISODIOS DE LA REVOLUCIÓN CONSTITUCIONALISTA 1913-1914

CLÁSICOS DEL
CONSTITUCIONALISMO

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero
Secretaria de Cultura

INEHRM

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Felipe Arturo Ávila Espinosa
Director General

CON CARRANZA

EPISODIOS DE LA REVOLUCIÓN CONSTITUCIONALISTA 1913-1914

Manuel W. González

MÉXICO 2020

Portada: El Primer Jefe Venustiano Carranza con su Estado Mayor en un descanso en la campaña, 1914. Biblioteca del Congreso de Estados Unidos.

Ediciones impresas:
Talleres J. Cantú Leal, Monterrey, México,
1933-34 (edición en 2 tomos).
Edición facsimilar, INEHRM, 1985
Edición facsimilar, INEHRM, 2015

Ediciones en formato electrónico:
Primera edición, INEHRM, 2020

D. R. © Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México (INEHRM),
Francisco I. Madero núm. 1, Colonia San Ángel, C. P. 01000,
Alcaldía Álvaro Obregón, Ciudad de México.
www.inehrm.gob.mx

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, órgano desconcentrado de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.

ISBN: 978-607-549-147-9

HECHO EN MÉXICO.

Índice

TOMO I

La toma del Palatol 15

La pregunta de "*Pos… Pos...*" 21

La fiesta de San Antonio 29

Familias de héroes 37

18 756 45

La cuarta del Primer Jefe 53

El primer automóvil rebelde 61

La respuesta de Coto 69

El desafío 77

Los maicitos de Ricaut 85

El piquete del Forruz 93

La ametralladora de Sotero 101

El Chaparro 109

La máquina 733 117

La Cruz Blanca Neutral Carrancista 125

El perico huertista ... 133
Tijerina filosofa ... 141
El parte de Carlos Prieto ... 151
El Conforme estaba conforme ... 161
Guisado de perico ... 171
El terrible duelo de Zuazua ... 179
El cañón de Delfín ... 189
El discurso de Berlanga ... 199
Pobres mulas ... 209
El pajarraco del ojo sangriento ... 217
El verbo enjaezar ... 227
Doña *Tracalada* ... 237

TOMO II

La infiel ... 249
¿Quién fue Homero? ... 259
Omelette a la petit pois ... 269
El cazo de atole ... 277
La hermana vaca ... 285
La señal del chino ... 295
El cognac de don Manuel ... 303
Chale "no entende" ... 313
Los masajes de Maycotte ... 323
El cafecito de Chón ... 333
Rumor de alas ... 343
¡Viva el taciturno! ... 353

La palabra ci… ne… ma… tó… gra… fo 363
El papalote de Reyna 373
Media vuelta al queso 383
El sombrero "cufifo" 393
Los "cirgüelos" del capitán 403
Campeonato de ronquidos 413
El teléfono malcriado 423
La cena de los milagros 433
Las fieras de palacio 443
¿Qué es albóndiga? 453
Chicharrones de gallina 463
Burros con mamadera 473
Los apuros de un fígaro 483
La ronda con los piteros 493
Carreta de seises 501
El señor Sobando 511

GRAL. MANUEL W. GONZALEZ

CON CARRANZA

EPISODIOS DE LA REVOLUCION CONSTITUCIONALISTA
1913 - 1914

ILUSTRO
URQUIJO Jr.



Talleres J. Cantú Leal 5 de Mayo y Galeana
MONTERREY, N. L., MEXICO
1 9 3 3

N. del E.: En la presente edición reproducimos las portadas originales de los tomos 1 y 2 de la primera edición, publicados por los Talleres J. Cantú Leal en 1933 y 1934.



General Manuel W. González. Centro de Estudios de Historia de México, CARSO, Fondo LXVIII-3.

A todos los revolucionarios de 1913:

A los que cayeron:
Como un homenaje a su sagrada memoria.
A los que viven:
Como un tributo a sus méritos.

La toma del Palatol



Así como la frase fronteriza nos dice que "no todo el monte es orégano", podemos nosotros los viejos revolucionarios decir que la Revolución "no fue todo tragedia".

Y conste que escribo Revolución con mayúscula, porque me refiero a la constitucionalista, que fue la que sintetizó los anhelos de libertad del pueblo, aunque ahora crean lo contrario los "neo-revolucionarios", quienes andaban con pantalones a la rodilla y jugando a las canicas o al trompo mientras nosotros correteábamos o éramos correteados por los federales del famoso Huerta. Pero volvamos "a lo que te truje", esto es, a recordar aquellos buenos y bellos tiempos en que todos los rebeldes al régimen huertista o "latrofacciosos" como cariñosamente nos llamaban muchos de los que hoy también se hacen llamar "revolucionarios", éramos muchos cuerpos, pero con una sola alma y con un solo ideal.

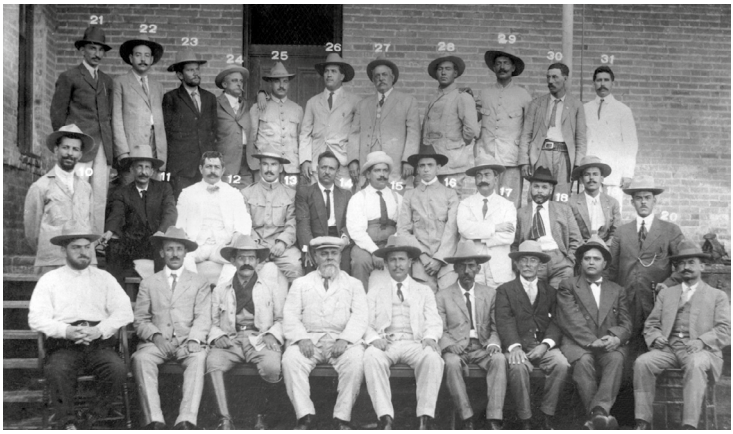
"Hermanos" nos llamábamos y todavía muchos de aquellos viejos luchadores nos damos ese tratamiento, olvidando los distanciamientos faccionales que desgraciadamente surgieron entre nosotros, porque como hermanos vivíamos, guiados por una sola bandera y persiguiendo un solo ideal: el derrocamiento de la tiranía y la libertad del Pueblo.

Era el mes de junio de 1913 —y en las muchas veces heroica Candela, pintoresca y polvorienta población del estado de Coahuila, tenía su Cuartel General aquel noble viejo, todo corazón y toda bondad, que se llamó don Jesús Carranza—. Para él todos éramos sus "muchachos". Todavía no había generales, pues el mismo don Jesús apenas era coronel y todavía no nos acostumbrábamos a llamarlo "mi coronel".

Pancho Murguía, Fortunato Maycotte, Alfredo Ricaut, Fortunato Zuazua y otros tantos tan bravos y buenos como ellos, honraban su grado de mayores batiéndose diariamente con los huertistas que ocupaban Lampazos, Bustamante y Villaldama y de cada una de sus excursiones volvían triunfantes trayendo caballos ensillados, armas y municiones recogidas al enemigo y una que otra botella del delicioso y nunca igualado mezcal de Candela, que por la noche, y a escondidas del buen don Jesús, ingeríamos, mientras se contaban las peripecias y las hazañas del día, reunidos casi siempre en el caserón que pomposamente ostentaba el título de hotel, propiedad de aquella valerosa y pintoresca viejecita que se llamaba doña Salomé, la más ardiente partidaria de la Revolución que ha existido, porque a ella sacrificó su bienestar y su modesta fortuna, pues hay que advertir que *mamá Salomé*, como la llamábamos, nos daba de comer a todos los que podía, oficiales o soldados, sin cobrar un solo centavo. Pero en otra vez hablaré más detenidamente de esta noble mujer, de su patriotismo exaltado y de sus graciosas excentricidades.

Y ahora, vamos al grano, que es gordo. En el "Estado Mayor" de don Jesús Carranza figurábamos como capitanes primeros, Manuel Caballero, asesinado vilmente en unión del general Carranza en San Jerónimo años después, Ricardo González V.,

hoy general, y que en aquel entonces la hacía de médico por su larga práctica como boticario y sus conocimientos para el tratamiento de los heridos, el hoy general Simón Díaz, ayudante personal de don Jesús y el que escribe. El general José E. Santos, entonces mayor, hacía de cuando en cuando incursiones a las cercanías de Bustamante, su tierra natal, asegurando casi siempre la posesión de las delicadas botellas de mezcal, que apuradas entre todos, nos desataban la lengua y poníamos de oro y azul al señor Huerta y a sus secuaces.



Jesús Carranza y Pablo González con jefes y oficiales constitucionalistas, Piedras Negras, Coahuila, mayo de 1913. SINAFO.

Entre todos existía gran armonía, pero como siempre sucede en todo conglomerado, había grupos, y el nuestro se formaba de Fortunato Zuazua, José E. Santos, Ricardo González V., Caballero y el que narra estos hechos. Unidos estrechamente por una amistad anterior a la Revolución, todos jóvenes, entusiastas y de buen humor, pues hasta Zuazua, conocido por su falta de locuacidad, rompía su mudez proverbial para contar un chiste malo o expresar su odio al "chacal" Huerta, cuando ya pasaban de cuatro los besos aplicados a la limpia, o sucia, boca de la botella. Nuestro grupito era popular entre nuestros compañeros y los mayores, sobre todo Ricaut, no se desdeñaban

de hacernos compañía, porque el buen humor reinaba entre nosotros y hay que advertir que no degeneraban en borrachera nuestras reuniones.

Y mientras se combatía en derredor nuestro, y mientras la República entera se aprestaba a la lucha contra el despotismo, y el valiente Lucio Blanco tomaba Matamoros, nuestras hazañas culminaban con "La toma del Palatol".

Esta toma no chorrea sangre, por lo que he dicho que en la Revolución no todo era tragedia, y no es preciso que un hecho para ser recordado, aunque no sea en mármoles ni bronces, deba ser forzosamente heroico o sangriento.

El caso fue que el capitán médico Ricardo González V., cuando las fuerzas de don Jesús Carranza atacaron y tomaron la plaza de Lampazos, Nuevo León, el 28 de marzo de 1913, recogió, por órdenes superiores, la mayor cantidad de medicinas que le fue posible, para la curación de los heridos, y entre ellas venían doce botellas de un vino tónico, creo que francés, que se llama Palatol. Y Ricardo lo cuidaba como oro en paño, pues decía que era maravilloso y muy caro y según me sospecho, aunque nunca lo dijo, tenía la esperanza de llevarlo a Monclova y realizarlo en unos cuantos pesos, porque hay que advertir que si comíamos muy bien en Candela, gracias a los novillos y borregas de los señores Milmo y otros, lo que es de "haberes" no veíamos ni un centavo partido por la mitad. Pero el entusiasmo, la juventud y los ideales revolucionarios que sentíamos hondamente suplían con holgura la falta de numerario.

Pues bien; aconteció que después de tres o cuatro días de haber salido a hostilizar a los chacales, regresaron Zuazua y Santos, miembros proveedores de la pandilla sin una mala botella, ni caramayola siquiera del ansiado mezcal, del cual no se conseguía en plaza ni una gota, por obra y gracia de las órdenes estrictas de don Jesús Carranza. Y fue casual también el que Ricardo anduviese fuera, atendiendo no sé qué, por lo cual se reunió la pandilla triste y desconsolada en un cuarto solitario y obscuro del hotel de *mamá Salomé*, quien también

estaba triste porque le encantaba dar su traguito con nosotros. Deliberamos, pensamos, echamos sapos y culebras contra los malditos huertistas que no nos permitieron conseguir el preciado licor, y cuando el suscrito trataba trabajosamente de componer una elegía al cristalino jugo del maguey fronterizo, lamentando su ausencia, José Santos, con su simpática media lengua lanzó un alarido y exclamó:

—Ya mató mi gallo al otro.

Y otro respondió:

—¿Qué te pasa, Cabecita, ya te volviste "chacal" o qué?

—Cállate los ojos —dijo José— que ya encontré el trago.

—¿Dónde? —rugió el coro de voces.

—Vente conmigo, Manuelito, y ustedes espérense tantito— explicó el inventor de la idea.

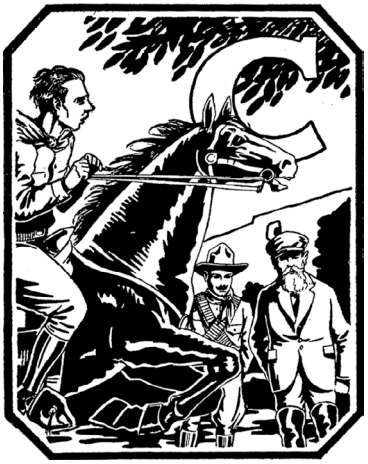
Salimos ambos y llegando al Cuartel General, que estaba al otro lado de la plaza donde para nuestra dicha no se hallaba don Jesús, Santos me comisionó para que le platicara un ratito a Simón Díaz, mientras él entraba a la pieza donde Ricardo tenía las famosas botellas de Palatol. Una vez sustraídas y colocadas en un caño, por donde entonces no pasaba agua, pero que salía a la calle, me silbó una tonadilla muy en boga y salí a reunirme con él. Cargamos las botellas, que recuerdo que eran cuadradas y llegamos triunfantes al hotel, ante los ojos asombrados de Zuazua, Caballero y otro más cuyo nombre se escapa a mi memoria. Inútil me parece decir que allí fue la famosa "toma del Palatol", que si no produjo sangre, ocasionó cinco bajas temporales, pues esto pasaba como a las tres de la tarde y a las seis que llegó Ricardo buscándonos, como de costumbre, nos encontró durmiendo la mona en el cuarto del hotel, y al ver, con honda consternación, los cascos vacíos de sus queridas y tan bien guardadas hasta entonces, botellas de Palatol, se puso furioso y nos despertó con formidables puntapiés en salva sea la parte, amenizando el acto con una conferencia de vocablos tan rudos y sobre todo tan antigramaticales que ni recordarlos quisiera.

Y no valió que le explicásemos que a cada trago habíamos brindado por su salud y la de sus descendientes hasta la quinta generación, ni que le habíamos dedicado discursos, versos y canciones, todos en su honor y poniéndolo por las nubes por su maravillosa previsión al recoger en Lampazos el preciado y exquisito Palatol; y tampoco se convenció con la seguridad que le dimos de que nuestra gratitud sería eterna hacia él, por habernos proporcionado la manera de quedar tonificados por el Palatol, cuando menos por el tiempo que durara la campaña. Nada; el tozudo médico no se sosegó hasta que no le prometimos que jamás divulgaríamos las experiencias que había hecho en los minerales de carbón de Coahuila para llegar al convencimiento de que el carrizo no era planta medicinal y que sucedió… Pero este es otro cuento, y no puedo publicarlo sin permiso de Ricardo, que es mi compadre y que vive todavía, afortunadamente.

Y esta fue la famosa "toma del Palatol", acción heroica, que si no la registran los fastos de la Revolución, ni está escrita con pólvora y lágrimas, es absolutamente histórica y merece ser conocida cuando menos para variar, ya que casi todos los episodios revolucionarios hasta ahora escritos versan sobre fusilamientos, asesinatos, raptos y demás hechos de sangre. Y si bien es cierto que de todo eso hubo, también es verdad que nos divertíamos, teníamos ratos agradables de buen humor y nuestra juventud y armonía estaban por encima de la tragedia que se desarrollaba en torno nuestro, porque no fuimos trogloditas taciturnos dedicados al exterminio, sino en una gran mayoría, muchachos entusiastas, revolucionarios de corazón, convencidos de que luchábamos por el pueblo ofrendándole nuestra vida en el altar de sus libertades.

•

La pregunta de "*Pos... Pos...*"



andela… Candela… Al nombre evocador se agolpan los recuerdos de aquellos días de lucha intensa, en los albores de la épica revolución constitucionalista, cuando las huestes libertadoras que luchaban contra la bochornosa tiranía del chacal Huerta apenas se contaban por centenares de hombres, pero de hombres llenos de fe, cuyos corazones latían al unísono, animados todos por un solo ideal: el triunfo de la libertad y el aniquilamiento de la opresión.

Muchos de aquellos luchadores alcanzaron altos grados en el Ejército de la Revolución, pero ¡cuántos otros cayeron al golpe de las balas de la traición huertista, "de cara al sol y con la frente al cielo", como dijo el poeta!

Tres eran las corporaciones (todavía no había regimientos ni brigadas) que a las órdenes del bueno y valeroso don Jesús Carranza ocupaban la plaza de Candela, extendiendo su radio de

acción hasta las cercanías de Lampazos al noroeste, a la Estación de Salomé Botello al oriente y hacia Bustamante el sureste. Las mandaban los ya entonces tenientes coroneles Francisco Murguía, Teodoro Elizondo y Alfredo Ricaut y las formarían en su totalidad un poco más de trescientos hombres, bien montados, pero mal municionados y armados casi todos con carabinas 30-30, pues bien sabido es que esta fue el arma revolucionaria. Allí militaban los que después fueron ameritados generales Fortunato Maycotte, Fortunato Zuazua, Pablo González chico, Heliodoro Pérez, José Santos, José V. Elizondo, Agustín Millán, Antonio Portas, Guadalupe Sánchez, Adalberto Palacios y Ramón Caracas, y los que fueron coroneles: Jesús González Morín, Tirso González, Aniceto Farías y otros que he nombrado en mi anterior narración, así como muchos más cuyo recuerdo escapa a mi memoria infiel, pero que iré nombrando a medida que sus nombres vayan acudiendo, evocados por el cariño que para ellos guarda mi corazón.

Tiburcio Madrigales era el nombre sonoro que portaba el famoso *Pos-Pos*. Éste era un muchachote simpático, muy joven, que pocos años después fue una especie de asistente de confianza del general Antonio I. Villarreal, y cuyas huellas he perdido por completo. Le llamábamos *Pos-Pos* porque era un poco tartamudo, y en cada frase que emitía lanzaba dos o tres "pos… pos…" Todos lo queríamos por servicial y por bueno, pues jamás se enfadaba por nada, ni porque lo llamaran por su mote, y aunque lo considerábamos como simple, no tenía muchos pelos de tonto. Él fue quien montando un día el gran caballo negro de don Jesús, lo hizo saltar delante del jefe citado una zanja como de dos metros, y entonces el coronel Carranza le dijo:

—Pero, hombre *Pos-Pos*, ¿cómo hiciste que saltara mi caballo esa zanja, si conmigo no quiere brincar ni una de medio metro?

Y él respondió muy serio:

—Pos… pos… mi coronel, cómo quiere que brinque el cuaco con usté arriba, si usté pesa doce arrobas y yo no peso ni seis.

Don Jesús rió de buena gana y nosotros también, y *Pos-Pos* se quedó tan ancho, porque en él no surgió ni siquiera la sospecha de haberle faltado al respeto a su superior.

Y el gran *Pos-Pos* fue quien, en aquella mañanita del 1° de julio de 1913, entró desaforadamente —a donde dormíamos Manuel Caballero, jefe de Estado Mayor de don Jesús y mártir después como él en las cercanías de San Jerónimo, Oaxaca, el que escribe y otros oficiales— gritando, más tartamudo que de ordinario:



Venustiano Carranza a bordo del tren presidencial en su salida a Coahuila. SINAFO-Archivo Casasola.

—Pos… pos… párense, porque aistán… pos… pos… los pelones, pos… pos… muy cerquita.

—¿Dónde? —preguntamos en coro, levantándonos como movidos por un resorte todos.

—Pos… pos… en Santiago Valladares… pos… pos… unos y por el lado de Salomé Botello… pos… pos… los otros.

—¿Y don Jesús? —preguntamos.

—Pos… pos… yastá a caballo… pos… pos… ándenle.

Y *Pos-Pos* tenía razón. Los pelones, como llamábamos cariñosamente a los federales de Huerta, al mando del general Guillermo Rubio Navarrete y de José Alessio Robles, con una columna de las tres armas avanzaban sobre Candela, después de rechazar a nuestras pequeñas fuerzas.

Pronto se dejó oír el rugido siniestro del cañón huertista, coreado por el traqueteo trágico de las "cóconas", como les decían los soldados nuestros a las ametralladoras, de las que carecíamos por completo. Don Jesús comprendió que era estéril la resistencia, pero su alma grande y noble comprendía también que era forzoso luchar para dar tiempo a que la población civil de Candela saliera del pueblo, pues dejarla abandonada por completo a la furia del enemigo era condenarla a las vejaciones y a la muerte, porque en aquellos días de encono terrible, Candela era considerada, y con razón, como una de las poblaciones más entusiastamente partidarias de la revolución constitucionalista, y con seguridad los federales se cebarían en sus indefensos habitantes. Así lo comprendían también éstos, y por ello fue que al primer aviso que se les dio, comenzaron a salir en caravanas ancianos, mujeres y niños, porque casi todos los hombres se hallaban en las filas libertarias. Monté a caballo y corrí a avisar a "mamá Salomé", la viejecita aquella dueña del hotel, que era, como en otra ocasión he dicho, "más papista que el Papa", es decir, más carrancista que don Venustiano, pero al llegar a la plaza me la encontré trepada en una gran piedra que allí había, arengando al pueblo reunido, con su palabra pintoresca, salpicada de gruesas interjecciones, poco más o menos en estos términos:

—Ándenle, muchachos, ¡píquenle apriesa! Vámonos al monte, porque ái vienen estos pelones jijos de la trompada y si nos pescan aquí, van a hacer tarugada y media con nosotros.

No se asusten, quialcabo si los muchachos tienen que dejar Candela ahora, en unos cuantos días vienen don Venustiano y don Pablo, entre todos les dan hasta por debajo de la lengua a estos mochos así y asados y volveremos a nuestro pueblo.

Llegué hasta donde la rebelde anciana se encontraba y le dije:

—Píquele usted también, mamá Salomé, porque a usted sí que la hacen tiritas si la pescan aquí.

—Ya lo sé, hijito —respondió—, pero yo voy en coche más apriesa, y necesito echar por delante a todos, pa que no los agarren estos talísimos.

Y efectivamente, tenía ya enganchado con dos mulas un armatoste que ella llamaba pomposamente coche, y que era una de aquellas arcas prehistóricas sobre cuatro ruedas, que en los tiempos de don Benito deben haber sido una maravilla. Allí llevaba mujeres, niños, gallinas, perros, ropa, y que sé yo cuántas cosas más.

Poco después una triste y larga caravana de hombres, mujeres y ancianos, a caballo, en carros, carretas, burros y a pie se dirigía hacia la sierra vecina para refugiarse de las iras del enemigo, abandonando sus hogares queridos, pero con la esperanza de volver a ellos amparados nuevamente por las armas de la Revolución.

Todavía me parece que contemplo aquel éxodo doloroso, que no sé por qué me trajo a la memoria la salida de Israel de tierras egipcias, en busca de la Tierra Prometida. Y es que aquellos seres también buscaban algo, no una tierra, sino una era prometida de libertad y de derechos.

Entre tanto, la batalla rugía en las afueras de Candela y poco después en las mismas calles de la población recién desierta. Don Jesús Carranza, sus tenientes coroneles Murguía, Elizondo y Ricaut, con sus oficiales y soldados, hicieron prodigios de valor, disputando el campo y la población

palmo a palmo a las fuerzas enemigas, superiores en número y elementos de guerra, hasta las dos de la tarde aproximadamente, en que considerando el jefe que ya los habitantes de Candela estaban lejos, ordenó la retirada, que se efectuó en orden relativo, puesto que nosotros no sabíamos nada de estrategias ni de cosa parecida.

Pero en lo más rudo de este combate, cuando los pelones nos rechazaban por todos lados y las balas silbaban su música macabra en nuestros oídos, fue cuando surgió "la pregunta de *Pos-Pos*".

En retirada, pero disparando continuamente salíamos de Candela al lado del teniente coronel Ricaut, Zuazua, Ricardo González, José Santos y el que habla, cuando por una callejuela de las últimas de la población desembocó un jinete, a media rienda. Lo conocimos enseguida: era *Pos-Pos*, que habiéndonos alcanzado, sofrenó el caballo y dirigiéndose a José Santos, con un interés que se reflejaba en su carota colorada, con toda seriedad le preguntó:

—Pos… pos… oye… José… pos… pos… dame razón, ¿cómo está mi tía Isabelita?

Y José, que en esos momentos acababa de disparar y que estaba, como todos nosotros, excitado por el combate, se volvió furioso y le contestó:

—¿Qué demonios me vienes a preguntar ahorita por mi abuela, que está en Bustamante?

Y así era: el ilustrísimo *Pos-Pos* había tenido la sublime ocurrencia de acordarse de la abuelita de Santos, a quien él llamaba "tía", en los precisos momentos en que salíamos de Candela, perseguidos por el fuego terrible de las ametralladoras, la fusilería y los cañones de los pelones.

A pesar de las trágicas circunstancias, soltamos la carcajada los que tuvimos la felicidad de oír la peregrina pregunta de *Pos-Pos*, y el recuerdo de ese momento, por su comicidad dentro del marco de tragedia aquel no se me ha borrado jamás.

Aquella noche pernoctamos en el Cañón de San Antonio, dejando avanzadas en el Puerto de La Carroza, pero el enemigo no se atrevió a perseguirnos, mas como Candela era nuestra avanzada y su posesión significaba para nosotros el tener en jaque constantemente a los trenes que corrían de Monterrey a Nuevo Laredo, el coronel Carranza fue a Monclova a conferenciar con don Venustiano y con don Pablo, para organizar el ataque a la plaza perdida, que se efectuó el 8 de julio, y que narraré a su tiempo.

Y aquella noche, mientras descansábamos de la jornada tremenda, pudimos ver a lo lejos, sobre la sierra de Candela, las luminarias encendidas por los heroicos habitantes de aquel heroico pueblo, que prefirieron refugiarse en la serranía, arrostrando el hambre, la intemperie y la ferocidad de los animales salvajes, antes que soportar las vejaciones de los soldados del traidor.

La fiesta de San Antonio



Cierro los ojos y reconcentrándome profundamente, veo con los ojos del alma, pero con toda claridad, tal y como si estuviera viviendo nuevamente aquel momento, la respetable figura de don Jesús Carranza, con sus polainas más arriba de la rodilla, su chaquetón semimilitar, que semejaba uno de aquellos redingotes que se usaban antaño y su cachucha de cuero negro, que reverberaba la luz del sol de julio; impasible, sereno, como clavado sobre la silla de montar; jinete en aquel famoso caballo prieto que no quería brincar con él a cuestas.

Y detrás del jefe, la oficialidad alegre y bulliciosa, haciendo chistes de nuestra derrota, porque en los ánimos juveniles y traviesos de los componentes de aquel grupo que pomposamente llamábamos Estado Mayor, la retirada de Candela no significaba una derrota, sino un pequeño accidente de aquella lucha formidable, que apenas comenzaba, pero que intuitivamente

sabíamos que alcanzaría las proporciones de una conflagración total en la República.

Así llegamos al Puerto de San Antonio, donde acampamos, después de ordenar don Jesús que se estableciera una avanzada en el Puerto de La Carroza, a inmediaciones de Candela, y después de descansar unas horas, proseguimos con el jefe hasta Gloria de Pánuco, estación del ferrocarril diminuto, de vía menos que angosta, que se llamaba Ferrocarril Montaña Pánuco y Monclova, y embarcándonos en aquel artefacto que más parecía un juguete, salimos para Monclova don Jesús, Manuel Caballero, Santos y el que escribe, arribando a altas horas de la noche.

A la mañana siguiente conferenció el coronel Carranza con el entonces también coronel don Pablo González, y ambos se comunicaron por telégrafo con el Primer Jefe, don Venustiano Carranza, quien se encontraba en Piedras Negras, y éste ordenó que inmediatamente se aprestaran las fuerzas de don Pablo y otras que vendrían con él de aquella plaza, para recuperar Candela, que era la llave de nuestras operaciones en el oriente de Coahuila y desde donde amagábamos constantemente a la línea del Ferrocarril de México a Laredo.

Dos días después, el 5 de julio, comenzaron a embarcarse los contingentes de infantería en el ferrocarrilito en miniatura. Esta famosa artillería constaba de dos grupos o "baterías", como les decíamos, aunque impropiamente, pues la de grueso calibre constaba de tres cañones, fabricados por el mayor Carlos Prieto y el capitán Manuel Pérez Treviño, con la cooperación del mecánico Patricio de León, quien llegó a coronel después, en los talleres del ferrocarril en Piedras Negras, aprovechando para ello ejes de locomotora. Un esfuerzo maravilloso, pero imperfecto, como era natural, cuyos resultados después veremos.

La segunda batería iba al mando del teniente Alberto Salinas y se componía de un pequeño cañón al que denominaban "El Rorro".

Un cuerpo de zapadores, organizado y mandado por el capitán Francisco L. Urquizo y el Estado Mayor del Primer Jefe. Las caballerías de don Pablo iban por tierra, al mando de los mayores Ildefonso Vázquez, el afamado y valiente *Poncho*, Samuel G. Vázquez, Jesús Soto, Pedro Vázquez, el teniente coronel Francisco Sánchez Herrera, noble y rudo paladín que parecía calcado de los libros de caballería, Julio Soto, Nemesio Calvillo, simpático y alegre, Juan Hernández García, Antonio Maldonado, Santos Dávila Arizpe y otros muchos que no recuerdo, y que fueron a reunirse con nuestra gente en el Cañón de San Antonio, que era el punto de reconcentración.

Acompañaban a don Venustiano, su jefe de Estado Mayor, teniente coronel Jacinto B. Treviño, el doctor Oribe, el capitán Alfredo Aragón, don Julio Madero, el licenciado Isidro Fabela, Gustavo Espinosa Mireles, su secretario particular, mayor Gustavo Salinas, teniente coronel Benjamín Bouchez; los capitanes Lucio y Juan Dávila, de grata recordación y otros más que siento no recordar.



Carrancistas junto a una locomotora del tren utilizado por Venustiano Carranza, durante su campaña del norte. SINAFO-Archivo Casasola.

El cuerpo de ametralladoras de las fuerzas de don Pablo lo comandaba el mayor Bruno Gloria, cuya heroica muerte consignaré a su tiempo, y con él iban Daniel Díaz Couder, Agustín Maciel y el teniente José López Prado. El Estado Mayor de don Pablo comprendía a los capitanes Federico Silva, Francisco Destenave, Rafael Saldaña Galván, tenientes Miguel Ontiveros, Natividad Contreras, Coto Zodabró, Luis Rucobo, Pioquinto Ancira, y otros más.

Y va de cuento, pero verídico, no histórico, porque ya sabemos que la historia, hasta la que se escribe con mayúscula, no siempre es verdad. El día 7, por la mañana, circularon elegantes invitaciones por todo el campamento rebelde de San Antonio, unas escritas en máquina y otras a mano (*manu militare*, podría decir, si no me diera vergüenza de que se creyera que sé latín), en precioso papel de estraza la mayoría de ellas, y como tengo una copia a la vista voy a transcribirla íntegra. Dice así:

> Los oficiales de artillería y zapadores tienen el alto honor de invitar a ud. y a su apreciable familia a la fiesta que para celebrar el triunfo de mañana, han organizado bajo el siguiente programa:
>
> 1°. Obertura por la Orquesta Típica de Zapadores.
> 2°. "Debajo de un sombrero ancho", canción por el capitán José E. Santos.
> 3°. Alocución sobre el combate que presentará mañana la Columna contra las fuerzas del general Rubio Navarrete, por el capitán Rafael Saldaña Galván.
> 4°. "La vida de Victoriano Huerta", corrido por el Cuarteto de Zapadores de Artillería.
> 5°. Carreras a pie y en burro, por los oficiales de Artillería y Zapadores.
> 6°. Pirámide Humana, por los oficiales de Zapadores.
> 7°. "La Muerte del Cisne", baile clásico por el teniente Bulmaro Guzmán.
> 8°. Himno Nacional, cantado por toda la concurrencia.

> El festival tendrá lugar en el Campamento de Artillería, a las 3 p. m. en punto. Se suplica a las damas y caballeros asistir con trajes de rigurosa etiqueta. La Comisión de Recepción dispondrá el establecimiento de automóviles y landós.

Esta fiesta era producto del buen humor de la oficialidad revolucionaria y estaba destinada a su solaz, pero antes de las tres, el larguísimo Juan Dávila, ayudante del Primer Jefe, nos dio el "pitazo" a los de la Comisión de que don Venustiano, don Pablo y don Jesús, con sus respectivos estados mayores estaban decididos a participar, como espectadores, de la fiesta anunciada, e inmediatamente corrimos, José Santos, Federico Silva y el narrador a vestirnos de rigurosa etiqueta, habiendo aparecido poco después ante las asombradas y risueñas miradas de nuestros jefes con inmensas y peludas chaparreras (prestadas), pañuelo colorado al cuello, sombrero ancho con barboquejo y en camisa, pues éste nos pareció el traje de etiqueta más apropiado en aquellas circunstancias. Cada uno tuvo el estribo a uno de los jefes y éstos bajaron, dirigiéndose al sitio donde se encontraban "haciendo rueda" y sentados en el suelo, jefes, oficiales y tropa, mientras los clarines tocaban Marcha de Honor al Jefe Supremo de la Revolución.

El señor Carranza, con toda seriedad, manifestó que aunque no había sido invitado a aquella festividad, creía, como soldado de la Revolución, tener asiento entre sus compañeros.

Resonó un "¡viva Carranza!", y enseguida a él y demás jefes se les señaló como sitio de honor el bordo de una acequia, donde se sentaron a presenciar el festival, que acto continuo, dio principio.

En el centro del redondelo escenario, si ustedes gustan, se colocó un soldado de zapadores con un enorme acordeón, en el que tocó con gran maestría varios aires, corridos, etcétera, que le fueron calurosamente aplaudidos. (Ésta era la Orquesta Típica de Zapadores.)

Después José Santos, con su voz de bajo y sin tartamudear, cantó: "Pepa no quiere sembrar/ Pepa no quiere sembrar/ ni quiere vivir/ ni quiere vivir en rancho,/ se quiere *cevilizar*/ se quiere *cevilizar*/ con uno de som/ con uno de sombrero ancho...", que le fue rabiosamente aplaudido, haciéndolo bisar, y entonces se arrancó con "La Cucaracha", la canción constitucionalista, con versos tremebundos, de los cuales apenas si puedo arriesgarme a reproducir este:

Miren a Chapultepec,
miren a don Venustiano,
que no teniendo cañones,
nos apunta con… la mano
La cucaracha, la cucaracha…, etcétera.

Saldaña Galván, culto y entusiasta, pronunció una alocución notable, exhortando a los constitucionalistas a la lucha contra el usurpador y prometiendo la victoria para el combate que se preparaba, habiendo tenido desplantes de verdadero orador.

Este compañero, que era una promesa para la Revolución, cayó poco después ante las balas fratricidas en el combate de "Hermanas". Fue también muy aplaudido. Enseguida un soldado cantó un corrido: "La vida de Juan Soldado", donde se contaba la carrera militar del chacal Huerta, algunos de cuyos versos, que acuden a mi memoria, decían:

Escuchen señores,
consejos del tiempo,
cuando yo llegué
de recluta a mi regimiento.

Seguí mi carrera
con amor profundo,
y al poquito tiempo
sargento segundo.

Seguí mi carrera,
tomando aguardiente,
y al poquito tiempo
yo fui subteniente.

Seguí en mi carrera
tomando mezcal,
y al poquito tiempo
me hicieron general…, etcétera, etcétera.

Luego las pirámides y carreras a pie y en burro que fueron muy divertidas, pero el número cumbre, el que debía haber sido el broche de oro para cerrar aquella fiesta, era "La Muerte del Cisne", para el cual el teniente Bulmaro Guzmán, que creo era pariente del Primer Jefe, se había disfrazado, de bailarina, con un gracioso taparrabo, enagüilla sacada de no sé dónde y pintarrajeado la cara, se frustró, porque el "artista" no quiso actuar delante del Primer Jefe y solo Dios sabe dónde se escondió, pues por más pesquisas que se hicieron fue imposible dar con él.

Para terminar se cantó el Himno Nacional, en cuyo coro tomaron parte hasta los jefes y después de lanzar "vivas" a Carranza, a Madero y a la Revolución, revueltos con "mueras" a Huerta y sus secuaces, cada quien se reconcentró a su campamento, flotando en nuestras almas el entusiasmo y la fe inmensa en el triunfo de nuestra causa, que considerábamos santa entonces y que los restos de aquellas huestes llenas de ardor y patriotismo todavía creemos noble y grande, y la sentimos santificada por los torrentes de sangre derramada en holocausto suyo, sobre los altares de la libertad.

Aquella misma tarde llegó al Puerto de San Antonio, cuando ya empezaban a movilizarse nuestras fuerzas hacia Candela. Don José María Maytorena, gobernador de Sonora, quien de Piedras Negras se dirigió a Monclova en tren, de allí en automóvil hasta el campamento para conferenciar con el señor Carranza, regresándose enseguida, después de la entrevista,

que para nosotros, el elemento joven, significaba, no el reconocimiento más o menos tácito de la Primera Jefatura del señor Carranza, sino que en Sonora, lo mismo que en Chihuahua, había prendido ya la tea del constitucionalismo, y no éramos sólo los revolucionarios de Coahuila los que nos enfrentábamos a la usurpación, sino la mayoría de la frontera norte, ya que en aquellas fechas Lucio Blanco había tomado Matamoros y Tamaulipas también aprestaba su contingente para la gran lucha.

Y tanto jefes, oficiales, como soldados, sentíamos la unificación de nuestros hermanos fronterizos en el ideal constitucionalista, y estaba tan grabado en nuestros corazones, que aquella noche, cuando ya el grueso de la columna se dirigía hacia Candela para empezar la sangrienta batalla, cuya víspera habíamos celebrado, regocijándonos anticipadamente por la victoria, de entre las filas salió grave y lento el cantar revolucionario, coreado por cientos de voces, cuyos ecos sonoros y evocadores suenan aún en mi cerebro al conjuro mágico de la añoranza:

Don Venustiano Carranza
gobernador de Coahuila,
por defender la Nación
trae en peligro la vida.

Francisco Villa en Chihuahua
tiene de Dios la esperanza,
de que a Madero lo vengue
don Venustiano Carranza.

Y ese Victoriano Huerta
no se les vaya a olvidar
tiene una deuda pendiente
¡y la tiene que pagar!

•

Familias de héroes



Para quienes no fueron carrancistas, "carranclanes", "latrofaciosos" o "roba-vacas", como nos llamaban los enemigos de entonces, o "constitucionalistas", como nosotros nos denominábamos y también nos sentíamos, parecerá muy extraño que el Primer Jefe de la Revolución, que tenía que atender múltiples asuntos con ella relacionados, abandonara su Cuartel General de Piedras Negras para venir a dirigir personalmente el ataque a una población tan pequeña como Candela, pero los que convivimos aquella época, sabemos perfectamente lo que significaba aquel pueblecito, como punto avanzado hacia el oriente, dominando la vía férrea de Laredo y, además, lo que le prestaba una importancia enorme, lo que para nuestro sentimentalismo querían decir estas siete letras: Candela.

De Candela partieron las expediciones que dieron las primeras armas arrancadas al enemigo, los primeros cartuchos

quitados, la primera dinamita para fabricar bombas. Las mujeres de Candela hicieron banderas para la Revolución y dieron a sus hijos, a sus esposos y a sus hermanos para la lucha. Un solo hombre de aquel pueblo fue "huertista" y sirvió a los pelones; se llamaba Narciso Romero y su nombre era execrado, aunque si vive, es probable que ahora esté en mejor situación que muchos revolucionarios.

De allí salió *El Chaparro*, el auxiliar más eficaz y desinteresado de don Jesús Carranza. *El Chaparro* era guía, explorador, correo; se colaba por entre el enemigo, ayudado por su maravilloso conocimiento del terreno, su audacia sin límites y su valor desmedido. Es uno de los héroes ignorados de la gran Revolución, que fue ingrata y olvidadiza con él, pues entiendo que vive pobre y casi ciego en su tierra natal, sin otra recompensa a sus sacrificios que la conciencia de haber cumplido y el acervo de sus recuerdos. Pero no importa, *Chaparro* amigo, ya que otra cosa no puedo hacer, escribiré pronto un episodio dedicado exclusivamente a tu valor, a tu hombría y a tus servicios.

Por todo esto, porque don Venustiano, como todos los mexicanos, a pesar de su carácter de hierro, era un poco sentimental, amaba a Candela y tenía deseos vehementes de arrancarla de las manos manchadas de los "huertistas", decidió recuperarla a toda costa, lanzando a sus mejores tropas al asalto.

Así el día 7 de julio ordenó el Primer Jefe el avance y las fuerzas que comandaban los coroneles Pablo González y Jesús Carranza, y las ametralladoras a las órdenes de Bruno Gloria y Daniel Díaz Couder, se pusieron en movimiento. Esa noche, después de descansar en el rancho de San Pedro, cerca del Puerto de La Carroza, pernoctamos frente a Candela, listos para atacar en las primeras horas de la mañana del día 8 de julio.

Mas antes de reseñar el ataque, deseo referir un hecho doloroso, pero necesario para dar idea de la justicia revolucionaria. Era el capitán Lázaro Morales uno de los elementos más apre-

ciados de don Pablo González, pero el día 7, cerca de La Carroza, se presentó ante este jefe un anciano indignado y lloroso, quejándose de que Morales había atropellado a una hija del querelloso en un rancho cercano. Don Pablo mandó aprehender a Morales y levantar una información que dio por resultado que era cierto el atentado, comprobándolo varios testigos, por lo que fue condenado a muerte.

Se comunicó el caso y la sentencia al Primer Jefe, quien la aprobó y el capitán Morales fue pasado por las armas la víspera del ataque glorioso. La justicia de la Revolución quedó cumplida, pero a mí, que estaba cerca del coronel González, me pareció ver, cuando sonó la descarga fatal, que una lágrima se deslizaba de los ojos del recio soldado revolucionario… Quizá fuera por el sol quemante de julio, quizá por alguna partícula de polvo levantado por los cascos de los caballos en aquel polvoriento camino…

También dedicaré unos renglones al Servicio Sanitario, que ese día iba a tener bastante trabajo. Éste se componía del médico del Primer Jefe, el doctor Oribe, cuya huella he perdido desde hace largos años y de mi compadre Ricardo González V., de quien ya he hablado y que la dragoneaba de doctor, con harto sentimiento de los infelices que caían en "su tribunal"... Del Hospital de Monclova, donde prestaba sus servicios, se había incorporado, creo que hasta sin permiso y guiado por su entusiasmo juvenil, el entonces practicante y hoy médico Francisco Vela González (Pancho Vela como le decíamos), pero desgraciadamente el día antes del combate se le volteó el caballo y se fracturó una clavícula, por lo que fue enviado a Gloria de Pánuco, después de haber padecido bajo el poder de mi compadre Ricardo, que le dio dos o tres "sobadas" estilo "huesero" y un enorme trago de mezcal, que si no lo curó, lo puso en estado de no protestar porque lo mandaban fuera de la línea de fuego futura.

Y ahora, prosigamos. El mayor Carlos Prieto, serio como un poste, emplazó sus bocas de fuego tras de unos árboles, cerca de una acequia, por el sur. El teniente coronel Jacinto B. Treviño,

jefe de Estado Mayor del Primer Jefe, avanzó por el frente con las ametralladoras de Bruno Gloria y los zapadores del capitán Francisco L. Urquizo; por el ala izquierda, al poniente, entró el coronel Pablo González, con sus valientes jefes *Poncho* Vázquez, Francisco Sánchez Herrera, Jesús Soto, Antonio Maldonado, Samuel Vázquez, Julio y Braulio Aguilar, Federico Silva y otros. Por el oriente, esto es, por Golondrinas y Carrizal, atacó el coronel Jesús Carranza con los bravos Francisco Murguía, Teodoro Elizondo, Rómulo Zertuche, Alfredo Ricaut, Fortunato Maycotte, José Santos, Pablo González chico, Heliodoro Pérez, Fortunato Zuazua, Jesús González Morín, Aniceto Farías, José V. Elizondo *El Colorado* y muchos más.



Estación de ferrocarril, Cuartel General de los constitucionalistas, panorámica. SINAFO-Archivo Casasola.

Con don Pablo y don Jesús estaban sus llamados estados mayores faltando recordar entre los del primero a los profesores Félix Neira Barragán, Ignacio Cortinas y Ángel H. Castañeda, y con el segundo a Jesús Novoa que llegó a general. Pero entonces habían adquirido los jefes la malísima costumbre de

que los miembros de sus estados mayores se dedicaran también al noble arte de "echar bala", como dicen nuestros "juanes" y que se metieran al combate como si fueran soldados, por lo que no era ninguna granjería ser oficial de Estado Mayor (al menos esa era nuestra opinión en aquellos tiempos y por mi parte sigue siendo la misma), por lo cual los oficiales de ambos jefes andábamos enredados disparando nuestros 30-30 contra los odiados pelones, como cualquier ciudadano armado o "muchacho", porque entonces no se les decía "soldados", ni "juanes" y cada jefe los llamaba "mis muchachos", lo que no sería muy militar que digamos, pero era más democrático y denotaba el compañerismo reinante entre nuestras filas…

Pues bien, cerca del panteón nos encontrábamos con don Jesús, todos a caballo, aguantando "heroicamente" el diluvio de balas con que nos obsequiaba el enemigo, fuerte en unos trescientos hombres que había dejado allí el general Guillermo Rubio Navarrete, y que mandaba José Alessio Robles, figurando entre ellos un escuadrón de la Gendarmería Montada de la capital. Y digo que heroicamente y también por fuerza, porque don Jesús a pesar de su volumen, que presentaba magnífico blanco, permanecía impasible ordenando de vez en cuando a sus oficiales: "Fulano, vaya usted a decir al teniente coronel Murguía que corra su gente a la derecha" o "vaya a decirle al teniente coronel Ricaut que avance con su gente una cuadra más adentro" o cualquiera otra orden que el "interfecto", haciendo de tripas corazón partía a cumplir, a media rienda, entre la balacera espantable del enemigo.

Y fue en aquellos momentos cuando el hálito de la tragedia flotaba en el ambiente cuando veíamos a cada momento pasar camillas o angarillas con muertos o heridos de los nuestros: cuando el estampido de los cañones de Prieto nos ensordecía, cuando el pavoroso *tap-tap-tap* de las ametralladoras revolucionarias y federales nos ponía los pelos de punta y las balas "piaban" en nuestros oídos como invisibles pajaritos… entonces llegó la Madre Filosofía, con sus ribetes irónicos, a deshacer el hechizo

macabro que tenía nuestros nervios en tensión, como cuerdas de violín.

De pronto, el capitán Manuel Caballero, mi tocayo, como siempre lo nombraba yo, que se encontraba junto a mí, a caballo como todos, se inclinó sobre su montura y acercando su boca a mi oído, para dominar el ruido de los disparos, me preguntó con cómica seriedad:

—Oye, tocayo, tú que eres tan leído y tan escribido, ¿sabes si en algún tiempo ha habido héroes en las familias de los González y los Caballeros?

Y respondí asombrado:

—No, tocayo, ¿por qué me lo preguntas?

—Porque entonces, ¿quién demonios nos manda andar en estos trotes presumiendo de héroes a chaleco?

Filosofía barata, pero que me hizo reír, a pesar del momento, por su oportunismo, como hizo reír después a nuestros jefes cuando lo supieron y hasta a don Venustiano, cuando lo supo, porque, aunque muchos crean lo contrario, el austero prócer sabía reír, como sabía mandar, y un día diré lo que expresó cuando alguien quiso que ordenara la supresión del primer periódico revolucionario, que se hacía en Monclova, escrito a máquina y se llamó… pero esos son "otros López" o mejor dicho, otro cuento que a su tiempo se sabrá.

Y luego… la lucha continuó, formidable, encarnizada, tremenda, habiendo derroche de valor por ambas partes, pues recuerdo que de los nogales, en que se habían trepado los pelones para disparar, caían muertos por nuestras balas, dejando arriba los capotes que entonces usaban los federales. Casi todos los defensores de Candela cayeron sin vida, salvándose únicamente los jefes y algunos oficiales a caballo rumbo a Lampazos. Un pequeño retén, que estaba en la torre de la iglesia, seguía disparando, hasta que agotado el parque, se les amenazó con incendiar la iglesia si no bajaban y entonces bajaron. Varios oficiales que quedaron prisioneros y no quisieron incorporarse a nuestras filas fueron fusilados, mas debe

recordarse que en aquellos tiempos la guerra era sin cuartel y cuando los nuestros caían en poder de los huertistas eran colgados sin misericordia, como bandoleros, mientras que nosotros les hacíamos el honor de fusilarlos como a soldados.

El botín de guerra fue grande, el más grande que hasta aquel día habíamos recogido: como cien caballos ensillados por lo que la infantería del capitán Urquizo se convirtió en caballería; unos doscientos fusiles y carabinas Mausser, raras entre nosotros; dos ametralladoras Hotchkiss, que eran las primeras de esa marca que teníamos y algún parque, que mucho necesitábamos.

El Primer Jefe premió con el ascenso a todos los jefes y oficiales, nombrando generales sobre el campo de batalla a los coroneles Pablo González y Jesús Carranza.

Hasta el famoso teniente Rábago ascendió por enésima vez, pues éste era una calamidad; bravo entre los bravos, pero borracho entre los borrachos, y cada vez que se ponía un "trueno" gordo, armaba un escándalo brutal con tiros, alaridos y demás amenidades, por lo que don Jesús lo arrestaba y además lo degradaba a subteniente, pero en el primer encuentro que había Rábago hacía prodigios de valor y no había más remedio que ascenderlo a teniente, hasta que se colocaba otra "tranca" con su "mitote" correspondiente, y lo degradaban de nuevo. Era un individuo gracioso, pues recuerdo que un día lo regañó don Jesús porque traía un caballo blanco, diciéndole el dicho ranchero: que "los caballos blancos y los p... enitentes, se conocen desde lejos". ¿Y qué hizo Rábago? Pues muy sencillo; como no se encontró otra manera de cambiar el color del caballo blanco se robó unos lápices tinta, y lo pintó de azul, presentándose así al jefe, que lo arrestó, pero se rió de su ocurrencia.

Los clarines constitucionalistas lanzaron al aire sus "dianas", de triunfo, que repercutieron en las montañas de Candela y todos aquellos hombres animados por un solo ideal: la victoria de la causa del pueblo, saludaron al Primer Jefe con un estruendoso "¡Viva Carranza!"

Allí en el pueblo recapturado permanecimos aquella noche celebrando la victoria, pero a la madrugada siguiente, muy temprano, llegó un correo de Gloria, con un mensaje del teniente coronel Emilio Salinas, quien había quedado guarneciendo la ciudad de Monclova, noticiando que una columna huertista, con elementos de las tres armas, al mando del general Joaquín Maas, se acercaba a Monclova, habiendo derrotado a los nuestros en los primeros encuentros. Inmediatamente salió el general González con las tropas más descansadas, para tratar de detener a los federales.

•

18 756



Todavía perduraban las emociones causadas por la cruenta batalla de Candela, donde pasamos la noche del día 8 de julio, celebrando el triunfo cuando el Primer Jefe ordenó la salida de todas las fuerzas restantes, el 9 a mediodía, porque una parte las había llevado desde el día anterior el general Pablo González para detener el avance de los pelones sobre Monclova, y volvimos a desandar aquel camino tan conocido, en larga columna, toda la caballería, pues la única infantería, los zapadores que mandaba el ya mayor Francisco L. Urquizo, se habían transformado en dragones, por obra y gracia del botín recogido al enemigo. Detrás de nosotros quedaban los cadáveres insepultos de cientos de pobres pelones, que habían caído ajusticiados, según nuestro sentir, por las balas vengadoras del pueblo armado contra la opresión y el crimen huertistas.

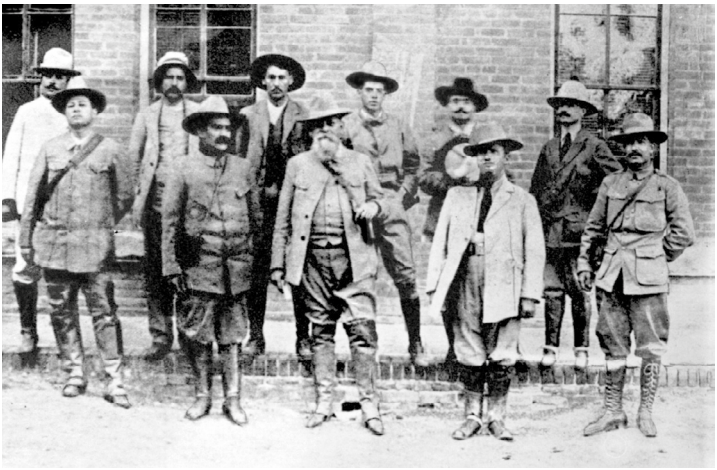
Como vanguardia, iban los zapadores montados de Urquizo, después don Venustiano, don Jesús y sus estados mayores, entre los que se contaban algunos civiles de grata recordación, cuya actuación posterior fue bien destacada, entre ellos el licenciado Jesús Acuña, que fue ministro de Gobernación, Gustavo Espinosa Mireles, secretario del jefe, el doctor Oribe, Julio Madero, Isidro Fabela, Vidal Garza Pérez, de Lampazos, amigo muy querido de quien contaré algunas anécdotas regocijadas de su actuación como diputado años después de estos sucesos y que montaba una mula endiablada de cuyas "mañas" haré también mención a su tiempo, así como del caballo "amachón" del doctor Oribe.

Detrás de nosotros venía el grueso de la columna; en primer término, la artillería de Carlos Prieto, Pérez Treviño, Alberto Salinas, y sus oficiales: Daniel Díaz Couder, simpático y valiente, Plinio Villarreal, Agustín Maciel y el valeroso Bruno Gloria, que mandaba las ametralladoras y que estaba feliz con sus dos "cóconas" Hotchkiss, recién capturadas a los pelones.

Y a "paso de campaña", porque el Primer Jefe era de los hombres que piensan como el Corzo gigante: "despacio, que estamos de prisa", hollamos nuevamente el largo y polvoso camino que el día anterior habíamos recorrido con la visión de la victoria ante los ojos y que ahora hacíamos triunfantes, pero también ansiosos, porque aquella vieja ciudad tan querida, Monclova, antigua capital de Coahuila y Texas, y a la que justamente se puede llamar "la cuna de la Revolución" estaba seriamente amenazada por las huestes del chacal, y en ella teníamos afectos, amores, deseos y esperanzas; y el corazón de todos aquellos bravos "muchachos" latía apresuradamente el solo pensamiento de que los pelones nos despojaran de aquella plaza, para nosotros más cara que ninguna otra; que bien sabíamos que si el enemigo la ocupaba, se desatarían persecuciones y hasta el crimen se ensañaría contra nuestros familiares y amigos, y el incendio y la destrucción serían el único destino de nuestros hogares y propiedades.

Pero no estábamos tristes, porque como ya he dicho, nunca la tristeza se abatió sobre las banderas del constitucionalismo, al menos sobre los revolucionarios de Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas. No puedo decir lo mismo de otros ejércitos revolucionarios porque siempre estuve en las fuerzas del noreste, donde aún en medio del fragor del combate, siempre hubo un episodio, siempre hubo una chispa de buen humor; a veces una frase, otras una pregunta y hasta en ocasiones un verso bueno o malo, pero demostrador de la alegría que retozaba en las almas juveniles de los sostenedores de la legalidad.

"Carrancistas" nos llamaba el enemigo y el indiferente. Mal aplicada la denominación, pues nosotros veíamos en don Venustiano al abanderado, al símbolo del principio constitucional, despedazado y hollado por la bota rufianesca y sangrienta del militarismo, encarnado en la figura de simio de Victoriano Huerta y de sus secuaces.



Primeros días de la Revolución. Don Venustiano Carranza, coronel Pablo González, teniente coronel Teodoro Elizondo, capitán Alfredo Breceda, capitán segundo Federico Silva, capitán Lucio Dávila, capitán Juan Dávila, capitán Rafael Saldaña Galván, capitán Francisco J. Múgica, Monclova, Coahuila, marzo de 1913. SINAFO.

Si es cierto que nuestro grito de guerra era el de "¡Viva Carranza!", esto se explica porque el enemigo nos gritaba "¡Viva Huerta!", y porque en México los partidos armados siempre invocan el nombre de quien los personifica.

Que se me perdone esta digresión, pero estoy haciendo historia a mi modo, porque también cada quien "tiene su modo de matar pulgas", y mis narraciones no tienen pretensiones literarias, pero están ajustadas a la verdad, y la verdad es que así pensábamos entonces, y que mi obligación es revivir el pasado tal como fue.

Bajo el sol canicular de aquella tarde brillaban las barbas grises y respetables de los dos hermanos, don Venustiano y don Jesús, que iban impasibles, al largo tranco de sus caballos, y detrás de los dos jefes, a distancia como de veinte metros la palomilla tremenda de los estados mayores armaba un escándalo de todos los diablos, contando anécdotas del combate: que Bulmaro Guzmán, descalificado como "bailarina" durante la fiesta de San Antonio, por haberse "cuarteado" no queriendo bailar, se había distinguido peleando como un valiente; que Primitivo González, "el teniente de la almohada", había hecho prodigios de valor; y los comentarios a la pregunta filosófica de Manuel Caballero y quién sabe cuántas cosas más, que coreaban gritos y carcajadas, amenizadas con uno que otro trago del maravilloso mezcal de Candela, teniendo naturalmente, gran cuidado de que no nos vieran los jefes, que iban embebidos tratando del porvenir de la causa. Nos envolvían nubes de polvo, que levantaban los cascos de los caballos, las ruedas de los carros y las de los cañones, pero para nosotros aquello era "petaca menuda", como decía en lugar de "pecata minuta", el interminable (por lo largo y flaco) capitán Colunga, a quien llamábamos *Don Quijote*, por su gran parecido físico al héroe inmortal de Cervantes.

Y así caminamos hasta cerca de las 8 de la noche, en que llegamos a Gloria de Pánuco, de donde don Pablo ya había

salido llevándose su gente en el ferrocarrilito y de paso a Pancho Vela, con su clavícula fracturada. (Y que me perdone el doctor don Francisco Vela González, que lo designe así, pero entonces así lo llamábamos y yo no he perdido la costumbre, autorizada por su vieja y sana amistad, que todavía conservo, para mi satisfacción.)

Inmediatamente ordenó el Primer Jefe que se procediera a embarcar la artillería, para que saliera a Monclova, a ponerse a las órdenes de don Pablo y toda la santa noche fue de gritos de "¡Centinela… aaalerta!", y clarines tocando a "bota silla" y rodar de los armones de la artillería, etcétera, etcétera.

Y en esa memorable noche, cuando descansábamos de las terribles horas vividas en aquellos tres días de marchas, ataques y contramarchas, de honda tensión nerviosa para todos, un oficial fue a despertar a mi compadre Ricardo González, ya ascendido a mayor médico, como nosotros a mayores de Caballería, para que fuera a atender a uno de los heridos que se había puesto muy grave, al decir del emisario. Mi compadre estaba más dormido que despierto, y se hubiera negado con todo placer, pero don Jesús Carranza oyó el requerimiento desde donde estaba acostado, como siempre lo hacía en campaña, sobre los sudaderos del caballo y con la montura por cabecera y ordenó:

—Ándele, Ricardo, vaya a ver qué tiene ese muchacho.

Así es que no hubo "tu tía", y el flamante mayor médico se levantó restregándose los ojos y siguió al oficial. Lo que aconteció es la versión que corrió al día siguiente, pero ni garantizo su completa exactitud, ni estoy seguro de la procedencia, pero diré como dicen los señores periodistas: es extraoficial, pero de "fuente que nos merece todo crédito".

Dicen que llegó el doctor Ricardo al catre de campaña donde yacía el herido, y después de tomarle el pulso, le preguntó:

—¿Qué sientes?

—Me duele el pecho, mi mayor —respondió.

—A ver, a ver —exclamó Ricardo, después de sentarse en un cajón de jabón que había junto a la camilla, apoyó la cabeza

sobre el pecho del enfermo, para oír seguramente el pulmón y mandó:

—Ahora, habla.

—¿Qué digo, mi mayor?

—Lo que quieras.

—Pos no sé qué.

—Bueno —dijo Ricardo, impaciente— cualquier cosa. Ponte a contar si sabes.

—Sí sé, mi mayor… uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho…

Pero como el doctor Ricardo tenía dos desveladas, el ataque a una población, y las contramarchas y marchas referidas, aparte de la noche de jolgorio pasada en Candela, dicen las crónicas que se durmió como un bendito con la cabeza sobre el pecho del enfermo, y que cuando despertó, el desgraciado herido decía con voz débil y cansada:

—18 753… 18 754… 18 755… 18 756…

Por supuesto que mi compadre juraba y perjuraba que esta era una vil calumnia que le levantaba la palomilla y hasta creo recordar que nos culpaba de la invención a Santos y al que escribe, pero el suceso, falso o verídico, llegó hasta las "altas esferas" de la Revolución y se festejó grande y ruidosamente.

Y ya que de médicos se trata, deseo recordar, antes de que nos envuelva con sus recuerdos el torbellino guerrero, a los componentes del Hospital de Sangre de Monclova, que tenía al frente al doctor Guillermo H. Ortiz y como practicante a Francisco Vela González, estudiante de medicina de la Facultad de México, donde cortó su carrera en segundo año, para venir a presentarse a las filas constitucionalistas, habiendo sido destinado al Hospital de Monclova. Como enfermeras en aquel primer hospital revolucionario, sin percibir sueldos y solamente impulsadas por su ingénita bondad de mujeres mexicanas, sus sentimientos humanitarios y nobilísimos, y su amor a la causa que habían abrazado los padres, hermanos o parientes de algunas de ellas, actuaban varias señoritas y señoras de honorables

familias de Monclova, cuyos nombres santificados por la caritativa tarea que se impusieron de cuidar y atender a los heridos, deben figurar en estas líneas como un homenaje merecido y como un recordatorio de su valor y altruismo, pues casi todas ellas siguieron la causa revolucionaria y emigraron primero a Piedras Negras, después a Eagle Pass y, por último, a Matamoros, donde continuaron desempeñando su noble cometido en bien de los heridos. Algunas han muerto, pero aquellas que viven, reciban con estas líneas la gratitud de quienes las estiman y respetan y en cuya memoria no ha muerto el recuerdo de su labor de amor y caridad. Sus nombres son: señoras Carolina A. de Blackaller y Francisca Valdés viuda de Rodríguez y señoritas Carolina, Rebeca, Margarita, Francisca y Adela Blackaller; Elvira y Griselda González, Esther F. Colunga, Zapopán Franco, Celia Rivera, Guadalupe Zúñiga y Josefina Villarreal Cárdenas.

Cumplido este deber de gratitud, prosigo mi narración. El 10 de julio, a las dos de la mañana aproximadamente, mandó don Venustiano tocar "bota-silla" y salimos de Gloria en columna, como habíamos venido.

A las 12 del día arribamos a Monclova, entrando por el barrio llamado de España, el que cruzamos entre un diluvio de balas, porque ya el enemigo estaba dentro de la ciudad, pues cuando llegó el general González los pelones habían derrotado a las fuerzas del teniente coronel Emilio Salinas en Bocatoche y no pudo detener su avance con la poca gente que tenía a sus órdenes, a pesar de haber luchado todos como leones.

Pero éste es capítulo aparte y lo dejaremos para relatar la toma de Monclova, y dedicar también un recuerdo a los abnegados ferrocarrileros, que en aquel día hicieron proezas de valor y de pericia para salvar a los heridos, los trenes con bagajes y las infanterías.

La cuarta del Primer Jefe



Diecinueve años y meses han transcurrido desde aquel infausto 10 de julio en que perdimos nuestra amada ciudad de Monclova, cuna y baluarte del constitucionalismo, pero mis recuerdos son tan vivos, que me parece ver en una pantalla cinematográfica los acontecimientos y resuenan todavía en mis oídos los rugidos de los cañones federales, el incesante traqueteo de las ametralladoras y el silbido agudo de las balas.

Cuando el general Pablo González, con las fuerzas de los tenientes coroneles Murguía y Sánchez Herrera, que trajo de Candela, llegó a Monclova a marchas forzadas, el día 9 por la tarde, avanzó inmediatamente hasta Bocatoche, donde se encuentran las bombas del agua que surten los ferrocarriles en Estación Monclova, pero desgraciadamente ya el teniente

coronel Emilio Salinas había salido derrotado por los federales huertistas del general Joaquín Maas, no habiéndose sabido nunca por qué no explotaron las bombas de dinamita que estaban sembradas en el camino y Estación de Bocatoche, para su defensa. El general González con los escasos elementos de que disponía, combatió bizarramente en Bocatoche, tratando de recuperarlo, fue rechazado, se sostuvo en Castaños, en la mañana del día 10, y después en Estación Fierro, disputando el terreno al enemigo, pero su número era abrumador, calculándose entonces en cerca de tres mil hombres, aunque no puedo responder exactamente del dato. Se replegó a Monclova, cuando sintió que el enemigo lo flanqueaba por el oriente, avanzando a paso veloz sobre la plaza. Como a las 10 de la mañana, comenzamos a llegar los que veníamos de Candela, con el Primer Jefe, y recuerdo que al pasar por lo que se llama Barrio de España, en las afueras de la ciudad, ya los federales de Maas estaban repicando las campanas de la parroquia de Monclova y una lluvia de metralla y balas de ametralladora caía sobre nosotros.

Don Venustiano ordenó que tomáramos rumbo a la Estación, pasando por lo que se llama El Pueblo, que es otro barrio de la ciudad, pues había recibido ya correos del general González, notificándole la situación.

Impávido, sereno, sobre su caballo prieto de combate, iba el jefe de la Revolución, sin que se alterara un músculo de su cara, cruzando por aquella zona peligrosísima, bajo el aguacero mortífero de los proyectiles huertistas, seguido por su hermano don Jesús y los estados mayores y tropas que, henchidas de confianza en él y en su causa, no demostraban temor ni sobresalto, pero cuyos componentes comprendían la terrible situación que acarrearía la ocupación de Monclova por el odiado huertismo.

Dignos de recordación son aquellos valientes civiles que iban agregados al Estado Mayor de don Venustiano, y que, sin grados ningunos, ni más esperanzas que el triunfo futuro

de la legalidad, embrazaban su fusil como cualquier soldado y corrían los mismos peligros que los jefes, oficiales y tropa. Allí estaban Gustavo Espinosa Mireles, Isidro Fabela, Acuña, Vidal Garza Pérez, el doctor Oribe, Alfredo Breceda, Julio Madero y varios más.

Venía yo detrás de este grupo, pero como a medio kilómetro de distancia, con Ricardo González y otros compañeros, y cuando llegamos al barrio de España, primeramente vimos uno de los cañones famosos de Carlos Prieto, que había quedado abandonado, porque se rompió el eje, sobre el que estaba montado, y después contemplé un cuadro, que hubiera sido jocoso en otros momentos, pero que en aquellos era sencillamente trágico: Vidal Garza Pérez, a quien quise mucho por bueno y por noble, montaba una mula alazana de buena alzada y magnífica para camino, por su buen paso, pero que, al fin hembra y mula por añadidura, se le había metido en la sesera no pasar una pequeña acequia, ni brincándola ni metiéndose al agua, y como el doctor Oribe iba jinete en su caballo colorado, que después supimos que su gracia era pararse donde le agradaba y no dar un paso adelante, que es lo que los rancheros llaman "amachón" y al acto referido "amacharse", había decidido seguir el ejemplo de la mula de Vidal, poniendo en grave aprieto a sus respectivos jinetes, porque esto pasaba en los precisos momentos en que las ametralladoras federales, colocadas sobre la loma de la Cruz, que divide a Monclova del barrio de El Pueblo, enfocaban sus fuegos sobre la columna nuestra que venía entrando de Candela. Por cierto que tanto Vidal como el doctor Oribe, cuando llegué a donde estaban, se ocupaban ardorosamente en persuadir a los animales que montaban que cruzaran la acequia, por todos los medios imaginables: cuartazos a diestra y siniestra, espolazos que rasgaban los flancos de las obstinadas bestias y una cantidad tan prodigiosa de maldiciones, de una calidad tan variada como soez, que si se hubieran coleccionado, es probable que a la fecha disfrutásemos de un precioso diccionario sobre la materia. Pero los animalitos aquellos ni a golpes ni a ruegos,

ni a interjecciones atendían y tal parecía que los cuatro remos de cada uno eran cuatro árboles que habían echado raíces en el suelo. Me guardé la risa que retozaba en mi interior para darle rienda suelta a su tiempo, y llamando a mis dos asistentes, pues me permitía el lujo de traer dos en vez de uno, por razones que otra vez daré y que se llamaban Manuel Reyes e Isidro Esquivel, ambos muchachos de campo y conocedores de toda la comarca, les dije que uno le echara un lazo al caballo del doctor Oribe y el otro a la mula de Vidal y les dieran "cabeza de silla", al mismo tiempo que yo enarbolaba una cuarta de siete ramales y pegaba despiadadamente a los dos alternativamente. Ante argumentos tan contundentes y persuasivos no tuvieron más remedio que convencerse de que había que echar a andar y habiéndole en esos momentos rozado una bala por el cuello a la mula, salió disparada como alma que lleva el Diablo, y tras ella el caballo, saliendo así de aquel mal paso, en que más de diez minutos estuvimos bajo el fuego enemigo, sin salir heridos milagrosamente.



De izquierda a derecha: los capitanes Santos Dávila Arizpe, Manuel W. González y el teniente Pedro Vázquez en el Río de Monclova. Centro de Estudios de Historia de México, CARSO, LXVIII-3. 1. 25.

Llegamos a Estación Monclova y frente al Hotel Internacional, que entonces manejaban los chinos, se hallaban don Venustiano y don Jesús rodeados por algunos jefes y oficiales y allí se reunió una pequeña columna, pues las tropas que primero habían llegado: Poncho y Samuel Vázquez, Antonio Maldonado, Julio y Jesús Soto y otros, habían salido a reforzar a las del general González, pero este jefe comunicó a don Venustiano que, aunque la plaza estaba perdida, seguiría combatiendo en la Estación, hasta que él se retirara a lugar seguro y entonces el Primer Jefe, viendo lo irremediable, ordenó que nos dirigiéramos a Cuatro Ciénegas, por el camino de Nadadores.

También ordenó, confirmando las disposiciones del general González, que salieran los médicos y enfermeras del Hospital de Monclova, en trenes rumbo a Piedras Negras, los que fueron al cuidado del teniente Francisco Vela González, llevando también a los heridos que había en dicho hospital y a los últimos habidos en el combate que aún estaba en curso.

Alrededor del Primer Jefe fueron saliendo los elementos que íbamos con don Jesús, y como ya el enemigo había ocupado la posición conocida con el nombre de Loma de la Bartola, que está entre Monclova y la Estación, y desde allí nos ametrallaba con la artillería gruesa que había emplazado en ese punto dominante, dirigiendo sus tiros sobre el hotel que es el edificio más dominante, nos dirigimos hacia Nadadores, pero como el Primer Jefe había enviado algunos correos a don Pablo, así como a otros jefes que aún suponíamos vendrían por el camino de Candela, como Ricaut, el mayor Ramírez Quintanilla y don Teodoro Elizondo, dispuso que esperáramos hasta obtener respuesta, sobre todo, del general González, y nos reunimos en el desembarcadero de ganados del ferrocarril, que está al poniente de la Estación, pero pronto nos descubrió el enemigo y comenzó a llover metralla sobre aquel punto. Sin embargo, don Venustiano, con su serenidad habitual esperó hasta que llegó un correo de don Pablo, contestando que obedecería la orden que se le comunicaba, de reconcentrarse

con sus elementos en la Hacienda de Hermanas, pero que se sostendría combatiendo el tiempo que pudiera. Este correo fue el teniente coronel José E. Santos.

Entonces se dio la disposición de salir rumbo a Cuatro Ciénegas, pero habríamos caminado unos quinientos metros o poco más, cuando de pronto el Primer Jefe, que iba delante sentó su caballo prieto y volvió la cabeza hacia atrás. Inmediatamente se acercaron los capitanes Lucio y Juan Dávila, y el primero preguntó:

—¿Qué le pasa, Jefe, lo hirieron?

Y él contestó:

—No, mi cuarta…

—¿Quiubo con la cuarta?

—Se me cayó.

—¿Dónde se le cayó?

—En el embarcadero, donde estuvimos parados.

—¡Pos déjela, Jefe —dijo Lucio— aquistá mi fuete questá rebueno!

—No —repuso el Jefe— vamos a recoger la mía.

—Pero están lloviendo balas, Jefe.

—No importa —repuso don Venustiano—, yo necesito mi cuarta.

Y sin más palabras volteó riendas y ante la estupefacción y consternación de todos nosotros, arrancó al trote del hermoso penco prieto y todos detrás de él, porque aunque el miedo era bastante, no era posible dejarlo solo. Y así llegamos hasta los desembarcaderos, donde caía una granizada de metralla y, efectivamente, allí estaba la famosa cuarta. Don Venustiano se bajó del caballo con una calma como si estuviera en el patio de su casa, recogió la cuarta y volvió a montar.

Se volvió hacia nosotros y con su voz recia pero reposada, dijo con toda tranquilidad:

—Ahora sí, muchachos, vámonos.

Y emprendió la marcha a paso de camino, silencioso e impasible.

Por supuesto que a nosotros nos "llegaba la lumbre a los aparejos" por salir de aquel infierno y para nuestro "forro interno", como decía el capitán Colunga, íbamos echando sapos y culebras en contra de la endemoniada cuarta, que nos había hecho perder un tiempo que considerábamos precioso, para alejarnos del enemigo.

Así era aquel hombre que parecía un roble; fuerte, recio y recto, y aquella cuarta era el símbolo de su control sobre sí mismo y sobre los demás, pero también significaba que con ella habría de azotar las espaldas de los traidores, hasta arrojarlos del templo de la legalidad, usurpado por ellos en mala hora.

De allí seguimos para Nadadores, cuya llegada y otros sucesos narraré después, así como la comida que en aquel lugar hicimos, después de no haber probado alimento por más de 16 horas.

Mientras nosotros avanzábamos, el general González continuaba combatiendo desesperadamente en la Estación Monclova y sus alrededores. Los valientes jefes y oficiales Francisco Sánchez Herrera, Francisco Murguía, Tránsito G. Galarza, Federico Silva, Santos Dávila Arizpe, Pedro Vela, Poncho Vázquez, el más popular y querido de los revolucionarios, Rafael Saldaña Galván, Elías Uribe, Bruno Neira, Juan Hernández García, de quien hablaré detenidamente más tarde, Julio y Jesús Soto, Francisco L. Urquizo, Francisco Artigas, Antonio Maldonado, Julio y Braulio Aguilar, José Cruz Salazar, fotógrafo militar, Nemesio Calvillo y muchos más que no recuerdo, pero cuyos nombres irán apareciendo poco a poco en mis narraciones, como homenaje justo a su hombría y a su valor, pelearon ese día con el ardor que da la desesperación, pero todo fue inútil. El enemigo era poderoso, en número muy superior al de los nuestros y su armamento y municiones también desproporcionados.

Muchos heridos tuvimos, pero de los oficiales solo uno gravísimo: el capitán Francisco Destenave, que cayó herido frente a la botica del doctor Quina en la Estación de Monclova, como a las tres de la tarde, tocado en una pierna por una bala de cañón de tiro rápido que se la destrozó, y aunque fue

enviado a Piedras Negras, murió al llegar, pues ya la gangrena lo había atacado. El capitán Destenave fue recogido por el conductor Donaciano Martínez y su garrotero David Barrios, quienes lo condujeron en la máquina 733 hasta el Km. 229, La Estancia, donde lo trasladaron al tren de los heridos que salía a Piedras Negras. Fue muy sentido porque era un muchacho culto, honorable y valeroso, a quien queríamos todos. Bien es verdad, que como en otro lugar he dicho, entonces todos nos queríamos como compañeros y estábamos ligados estrechamente por el mismo ideal.

Los tenientes coronel Jesús Ramírez Quintanilla y Alfredo Ricaut llegaron del rumbo de Candela horas después de la ocupación de Monclova y ya no pudieron pasar a la Estación, por lo que se dirigieron a Hermanas. Murguía salió por San Buenaventura y dio la vuelta por el Puerto de Borregas para incorporarse en Hermanas, y aquella derrota, que parecía una desbandada, no lo fue en realidad, pues tres o cuatro días después don Pablo González tenía en la hacienda citada, a cuarenta kilómetros de Monclova, casi toda su gente reunida nuevamente y lista para seguir la lucha titánica contra el formidable enemigo.

Mucho se ha dicho sobre nuestra actuación guerrera en aquel entonces, pero yo quiero hacer ver que los revolucionarios coahuilenses defendimos palmo a palmo ciento y pico de kilómetros de vía férrea, desde Monclova a Barroterán, contra un enemigo tres veces superior en número, armamento y parque, durante más de tres meses, combatiendo casi diariamente. Y es justo recordar aquí a los ferrocarrileros, con Donaciano Martínez a la cabeza, que se portaron heroicamente, y a quienes dedicaré próximamente un episodio completo, para hacer memoria de todos los más que me sea posible, pues la Revolución tuvo en ellos algunos de sus más decididos defensores de los que muchos cayeron en la brega y otros viven olvidados, a solas con sus recuerdos…

El primer automóvil rebelde



unca comprendimos tan a las claras como en aquel ardiente día de julio, lo que decía el rudo cantar revolucionario:

> Don Venustiano Carranza,
> gobernador de Coahuila,
> por defender la Nación
> trae en peligro la vida…

Porque en aquel desastroso combate de Monclova no quiso el jefe salir de la línea de fuego, es decir de la Estación, hasta que se cercioró de que los trenes con heridos, enfermeras del hospital y familias de la ciudad, que temían los atropellos de los pelones, hubieron partido rumbo a Piedras Negras y hasta que se convenció de que toda resistencia era inútil y ordenó a don Pablo González que se retirara a Hermanas.

Entonces emprendimos la marcha por el polvoriento camino que conduce a Cuatro Ciénegas, la tierra natal del jefe del constitucionalismo, quien iba a la cabeza de aquellos grupos

abigarrados, pues no podíamos decir que eran escuadrones, ya que todavía no existía organización militar y más bien eran fracciones de ciudadanos armados y montados, sobre todo en aquellos momentos en que íbamos mezclados, a causa de la derrota, jefes, oficiales y tropas de don Jesús Carranza, de don Emilio Salinas y de don Pablo González, que eran los tres jefes más significados, además de civiles que desde aquel momento jugaron su carta a la suerte de la Revolución.

Poco antes de llegar a Nadadores la retaguardia gritó alguien:

—¡Allá viene un tren!

Y tal como si dentro de una iglesia hubieran gritado:

—¡Allá viene el Diablo!

Así corrimos despavoridos fuera del camino, casi todos, menos los jefes, que no perdían su serenidad, pero como no sabíamos si era el enemigo, se ordenó que nos distanciáramos "en tiradores", sin dejar de avanzar, enviándose a dos oficiales, no me acuerdo quiénes, a que fueran a cerciorarse, resultando que era el entonces capitán Erbey González Díaz, con quien venía Baltazar G. Chapa, capitán segundo, procedentes de Rosales, a quienes se había llamado para reforzar a los defensores de Monclova, pero llegaron demasiado tarde y habiendo sabido que el Primer Jefe se dirigía a Cuatro Ciénegas, optaron por seguirlo. Se le ordenó a Erbey que bajara su gente y caballería en Nadadores y que allí se nos incorporara, como se efectuó.

A paso de campaña, pues el Jefe no se apresuraba por nada, íbamos tragando polvo y oyendo el incesante tronar de los cañones federales, lo que nos consolaba un poco, pues significaba que todavía resistían las fuerzas del general González, aunque no nos hacíamos ilusiones ya acerca del resultado del combate, pero no por eso se crea que marchábamos cabizbajos y taciturnos, como deben marchar los derrotados que se respetan; no, señores, exceptuando los jefes, los demás íbamos con el mismo escándalo de siempre, comentando los sucedidos de aquel azaroso día y los distintos percances que habíamos

sufrido, pues es de saber también que todavía no aprendíamos a llamarle "estrategia", a la derrota, ni soñábamos en "hojas de servicios" ni en "comisiones revisadoras" y, por lo mismo, no hacíamos "heroicidades" ni ocultábamos lo que nos pasaba. Alguno platicó que ese mismo día se encontraba Manuel Cárdenas, que era un valiente y mandaba gente traída de La Laguna, en la Loma de La Bartola, entre Monclova y la Estación, cuando los pelones, ya casi dentro de la ciudad, abocaron sus piezas de artillería hacia donde Manuel estaba y comenzaron a enviarle una verdadera granizada de proyectiles. Nuestra gente aún no estaba acostumbrada a escuchar el "sonoro rugir del cañón" y todos "le alzábamos escobeta", según nuestra jerga de campaña, a aquellas enormes granadas con que los secuaces del usurpador nos obsequiaban con tanta prodigalidad, así es que cuando pasó Sebastián Carranza, padre del glorioso aviador Emilio, muerto trágicamente como es bien sabido, se encontró a Cárdenas que ya le "daban las doce" para contener a sus "muchachos".



Los mayores Ildefonso V. Vázquez y Samuel G. Vázquez, con el cañoncito "El Rorro", Monclova, Coahuila, mayo de 1913. SINAFO.

—¿Qué hubo, Manuel? —le preguntó Sebastián.

Y aquél respondió:

—Oye, ¿lo crees que estos brutos pelones nos están tirando cañonazos?

—¿A poco querías que te tiraran confites?

—No, pero así no me llevo; yo me voy.

—Bueno —dijo Sebastián—, precisamente venía a decirte que ordenan que te vayas a la Estación.

Y entre las risotadas con que celebrábamos éste y otros detalles, avanzábamos hasta llegar al pequeño pueblo de Nadadores, como a las dos de la tarde, con un hambre de los mil demonios, pues desde la noche anterior no probábamos bocado, ya que los pelones no nos dieron tiempo y el hotel de los chinos, en la Estación de Monclova, estaba cerrado a piedra y lodo. Como en Nadadores vivía gran parte de mi familia, me dirigí a mi casa, mientras los compañeros se dispersaban por el pueblo en busca de alimento, pero antes de desprenderme del grupo de los jefes, llegó mi padre, que había sido compañero de escuela de don Venustiano y después de saludarlo le manifestó que en la casa lo esperaba la comida, pues como yo había enviado por delante a uno de mis asistentes para que le dijera a mi padre lo que pasaba, él ya sabía que por allí iba el Primer Jefe. Éste no quería aceptar, pues era tal su delicadeza, que manifestó que pronto quizá entrarían los federales al pueblo y entonces era lo más probable que ejerciera alguna venganza sobre la familia que lo alojara, aunque fuera por unas horas. Pero don Marcelino González Galindo, mi padre, estaba chapado a la antigua en lo que a valor concernía, así es que no aceptó la excusa, expresando que de cualquier manera lo molestarían (si lo podían coger), puesto que yo andaba en las filas constitucionalistas. Y por este motivo, nuestra casa tuvo el honor de dar de comer al Primer Jefe y una parte de sus acompañantes aquel memorable y fatídico día en que perdimos Monclova. No puedo recordar quiénes fueron los comensales aparte de los jefes, sino a Espinosa Mireles, Alfredo Breceda, Julio Madero, el doctor Oribe,

Vidal Garza Pérez y Jacinto B. Treviño. Después de comer, montaron a caballo los jefes y dieron la orden de salida, pero don Jesús, que era mi jefe inmediato, me mandó que me quedara con diez hombres de su escolta y que procurara llevarme la gente montada que pudiera de aquel pueblo, donde teníamos buenos partidarios. Cumplí con mi comisión, logrando que el ayuntamiento en masa, encabezado por mi tío Eutiquio Flores, que era el presidente, me acompañara, así como otros ocho o diez arriesgados, pues eso de unirse a una facción después de un desastre, tiene sus bemoles.

Yo traía una preocupación, aparte de las otras que me cargaba por el sufrimiento de mis tías y el que había de causar a mi madre, que estaba en Rancho Nuevo, y esta otra preocupación era que en el "maremágnum" aquel había perdido de vista a dos de mis "cuates" favoritos: mi ilustre compadre Ricardo González y la calamidad cúbica que se llamaba Santos Dávila Arizpe, y por más que preguntaba a todos los que continuaban llegando de Monclova, ninguno me daba razón, y hasta hubo quien me aseguró que a Santos lo habían cogido prisionero y a Ricardo lo habían herido.

Santos Dávila, hijo de familias ricas, calavera, pródigo, simpático y valiente, era una delicia en su juicio, pero cuando andaba, como él decía, "en sus desgraciados aguardientes" no lo hubiera aguantado ni el señor Job, aquel de la paciencia bíblica y hasta sobrehumana, y como desgraciadamente en aquellos tiempos la temperancia era una virtud harto difícil de practicar, yo me temía que mi compañero, inspirado por los alcoholes se hubiera metido en donde no pudiera salir, y lo hubieran aprisionado, lo cual significaba colgamiento inmediato.

Después de despedirme de mi padre y de mis tías, salí de Nadadores, con el ayuntamiento y otros amigos que se nos unieron.

Dos horas después llegamos a Rancho Nuevo (hoy Villa Lamadrid), donde abracé a mi adorada madre y seguimos la marcha hacia Cuatro Ciénegas, media hora más tarde.

Por primera vez caminaba yo un poco triste, fumando como un camaleón unos horribles puros recortados, para distraer la pena que me causaran las lágrimas de mi madre y de mis tías y la despedida de mi padre, y también cansado, pues hay que recordar que la noche anterior habíamos montado en Gloria y no desensillábamos todavía, lo que no pasaba con mis compañeros, que apenas en Nadadores habían comenzado su jornada… Serían las siete cuando a lo lejos se escuchó un ruido sordo, después más fuerte…

—¿Qué es eso? —preguntaron algunos.

Entonces yo reconocí el ruido y les dije:

—Es un automóvil.

Y enseguida grité:

—Sáquense del camino, no vaya a ser enemigo.

Porque hay que tomar en cuenta que hablo de 1913, cuando los automóviles eran un acontecimiento y en toda la región no había otro que el que poseía don Melchor Lobo, que había cometido la extravagancia de comprar uno de aquellos carruajes infernales, como les llamaban los labriegos, porque con su extraño traqueteo y su bocina escandalosa, espantaban a las mulas y los caballos y decapitaban gallinas y apachurraban cochinos que daba horror, sobre todo a los dueños de los animalitos, y no era remoto que los pelones que venían de la capital, pudieran traer algunos de aquellos artefactos.

Pero no había tales pelones, pues momentos después oímos los "¡Viva Carranza!" que lanzaban los del automóvil y reconocí el vozarrón de Santos Dávila que aullaba, más bien que cantar, "La Cucaracha":

En Palacio Nacional
ya parió don Vitoriano
y el muchacho está gritando:
¡mi papá es don Venustianoooo!

La cucaracha, la cucaracha… etcétera.

Y otros versos que no son para escritos. Salimos al camino y efectivamente, nos encontramos con el famoso automóvil de don Melchor Lobo, que contenía en su interior a los perdidos: mi ilustre compadre Ricardo y el terrible Santos Dávila, que encontrándose en la Estación Monclova, cuando ya salían a seguirnos, con el automóvil, que estaba en servicio del Cuartel General, pues fue el primer aparato de esta clase que tuvo la Revolución, optaron por sacarlo para que no lo cogiera el enemigo. Ninguno manejaba, pero afortunadamente junto al auto estaba su *chauffeur*, que también era un tipo notable, cuyo nombre he olvidado, y lo conocíamos por el remoquete de "La Paloma", aunque en honor de la verdad, no era paloma, sino gavilán, porque como bravo, no era de los menos. Naturalmente que antes de abandonar la Estación, Santos, pistola en mano, convenció a los chinos del Hotel del Ferrocarril que le obsequiaran un cargamento de latas, pan y otros comestibles de toda especie, por lo que el vehículo venía cargado con ellos dos, "La Paloma", las monturas de Santos y Ricardo, pues dejaron a sus asistentes atrás con los caballos, pero no las monturas y un mundo de botellas de todos tamaños y de todas especies. Inmediatamente pararon el auto y me hicieron desmontar y subir con ellos, así como comenzar la noble operación de empinar el codo, de manera que cuando llegamos a Estación San Juan, ya de noche, armábamos un escándalo tan tremendo, que alguien probablemente le comunicó por teléfono al Primer Jefe y éste mandó ver de qué se trataba, pero nosotros seguimos hasta Cuatro Ciénegas impávidos, y tan alegres que no nos dimos cuenta hasta el día siguiente que habíamos venido sin llantas, con los rines pelones, y dando tumbos en el camino, como pelotas. Allí se quedó el famoso automóvil, que por cierto era un "Chalmers", y que indudablemente fue el primer automóvil rebelde.

En Cuatro Ciénegas se organizó al día siguiente la escolta con que el Primer Jefe debía salir a La Laguna y de allí a Sonora, en aquella estupenda travesía que lo llevó al noroeste de

la República, a caballo y fijo su pensamiento en el triunfo, que debía lograr por su inteligencia, su valor y su constancia.

Con él marcharon los civiles que ya he nombrado y Manuel Cárdenas con su gente, quedando en la plaza don Jesús Carranza y don Emilio Salinas, así como los jefes que se les habían reunido y que el jefe dispuso fueran a incorporarse con el general Pablo González, a quien nombró jefe de Operaciones en Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas, para intensificar el movimiento.

El 12 de julio salió el Primer Jefe y lo despedimos, acompañándolo un corto tramo de su camino fuera de la población, sintiendo que muchos de los que se alejaban, quizá lo hacían para siempre.

Ese mismo día don Jesús comenzó a mandar correos para localizar a don Pablo y nos preparamos para emprender de nuevo aquella gloriosa campaña contra un enemigo superior, alentados por la fe inconmovible de nuestros jefes, comunicada a nuestros corazones juveniles con el ejemplo de resistencia, de valor y estoicidad para todas las penalidades, que ellos sufrían al par que nosotros, tranquilos siempre, siempre joviales y siempre buenos, pues hasta la seriedad proverbial de don Pablo se quebrantaba cuando una nueva travesura o un chiste nuevo de sus "muchachos" lo hacía reír de buena gana, a pesar de tener sobre su persona la tremenda responsabilidad de aquella campaña…

•

La respuesta de Coto



Después de la partida del Primer Jefe, el general Jesús Carranza, que ya había recibido comunicaciones de don Pablo González, quien ya se encontraba en la Hacienda de Hermanas, dispuso que solamente quedara en Cuatro Ciénegas una pequeña guarnición y reuniendo todos los grupos que allí se reconcentraron, ordenó la marcha a incorporarnos con el general González.

Ya teníamos noticias de que el enemigo, posesionado de Monclova, había incursionado hasta el Puerto del Carmen, pero no pasó de allí porque antes, frente a la Hacienda de San José, los nuestros destruyeron el puente de El Águila, que tardarían en reparar algún tiempo. Desanduvimos, pues, el camino que habíamos ya recorrido en la retirada de Monclova, y al llegar a Rancho Nuevo, logré convencer a mi madre para que ella, mis hermanas y mi hermano menor, salieran de aquella

zona, aunque esto no pudo verificarse hasta algunos meses más tarde.

Al pasar por Rancho Nuevo recibimos la nueva de que los pelones, guiados por algunos elementos de aquellos pueblos, que nos eran desafectos porque representaban a la reacción habían incendiado el Molino del Carmen, propiedad de la familia Miller, a la que pertenecía la esposa del general González, y donde él había empleado sus energías, administrándolo y dirigiéndolo, desde antes de la revolución maderista. En nuestras filas había muerto ya Fernando Miller y Emilio militaba con nosotros, por lo cual los federales se ensañaron en aquella hermosa finca, destruyéndola totalmente por el fuego. Causó un hondo disgusto esta acción del enemigo, que nos venía a demostrar que la era de persecuciones comenzaba, sin respetar vidas ni haciendas, y seguramente que en los cerebros impresionables y sin preparación de muchos de los compañeros germinó desde aquel momento la idea de las represalias, porque pocas horas después, cuando llegamos al hermoso Puerto de Carmen, pudimos ver una enorme columna de humo que obscurecía el cielo, y avanzando más adentro, ya nos pudimos dar cuenta que los grandes Molinos del Puerto, propiedad de don Manuel de la Fuente, considerado como "reaccionario", ardían como una hoguera gigantesca en holocausto del Dios de la Guerra. Don Jesús se disgustó profundamente y envió a uno de sus oficiales a que ordenara a los que iban a la vanguardia que no quemaran nada, ni atentaran a ninguna propiedad por más enemigo que se considerara su dueño, pero cuando arribamos a las tristes ruinas calcinadas que habían sido el delicioso Molino del Carmen o Molino de Miller, como se le conocía, pudimos notar que otra humareda se levantaba adelante, lo que nos anunció que ya el molino de El Águila, que mi padre fundara, pero que ya entonces también era propiedad de don Manuel de la Fuente, estaba ardiendo.

El general Jesús Carranza mandó apresurar la marcha para evitar otros males, pero ya los nuestros habían saciado su

venganza; el bíblico "ojo por ojo y diente por diente" estaba cumplido y los tres molinos de trigo, orgullo de la industria regional, eran ruinas el uno y pavesas los otros. No sé si se averiguó quién o quiénes prendieron fuego a los últimos, pero no eran aquellos los momentos para hacer pesquisas ni instruir procesos a nadie, cuando estábamos empeñados en una guerra a muerte, sin cuartel, donde el que caía, caía para siempre y aquel acto, que ahora parecería un delito, entonces era solamente una expresión de la justicia del pueblo contra sus opresores y de represalias contra el usurpador y los suyos.

Por la noche llegamos a la Hacienda de Hermanas, donde descansamos de aquella jornada y al día siguiente empezamos a contar a los compañeros que ya habían llegado y a los que faltaban.

Don Pablo había llegado a aquella que hoy es histórica Hacienda de Hermanas, propiedades del licenciado Miguel Cárdenas, ex gobernador de Coahuila, el mismo día 10, después del combate de Monclova, casi solo, seguido únicamente por su fiel asistente Guadalupe, y sus ayudantes Luis Rucobo, hombre de campo y útil en todos sentidos, y el japonés nacionalizado mexicano desde antes de la Revolución, Coto Zodabró, héroe de este relato. Pero a la mañana siguiente fueron llegando todos los valientes jefes, oficiales y soldados constitucionalistas que se habían dispersado, pero ni uno solo defeccionado; Francisco L. Urquizo, con sus bravos ex zapadores montados, Elías Uribe, el valeroso lagunero que llevaba como segundo a Dizán Gaytán, Alfredo Ricaut y *Poncho*, prototipo del "rebelde", el atrevido Carlos Osuna y Martín Salinas, a quienes no sé cómo he olvidado de nombrar en episodios anteriores, cuando eran de los más luchadores, el teniente coronel y licenciado Pablo A. de la Garza, entonces jefe de Estado Mayor de don Pablo, Mateo Flores, José E. Santos, José María Castilla, presidente municipal de Abasolo, Antonio G. Maldonado, Samuel G. Vázquez, Federico Silva, y sucesivamente fueron reconcentrándose el mayor Jesús Ramírez Quintanilla con su gente, Carlos Prieto con sus cañones, Bruno

Gloria y Daniel Díaz Couder con sus ametralladoras, Juan C. Zertuche con su libro de *Apuntes de la Revolución*, que debe tener guardados, Juanito Silva, que era un chamaco entonces, el alharaquiento y simpático Eloy Carranza, el capitán Hayashi también japonés nacionalizado, Tránsito G. Galarza, ferrocarrilero y soldado, y Rafael Saldaña Galván, Ruperto Boone, Luz Menchaca, Ignacio Cortinas, Juan Hernández García, Benecio López y otros más. Con Pancho Murguía, que salió por San Buenaventura y entró por el Puerto de las Borregas, y que llegó pocos días después, venían Benjamín Garza, Heliodoro Pérez, Fortunato Maycotte, Patricio de León y otros más. Con don Jesús Carranza regresamos de Cuatro Ciénegas don Francisco Sánchez Herrera, Jesús Novoa, Ramón Sánchez Herrera, a quien llamábamos *Forey*, por su barba puntiaguda que le daba un parecido al mariscal imperialista, Sebastián Carranza, Santos Dávila Arizpe, Ricardo González V., los Garza Linares, padre e hijo, Canuto Fernández, Nemesio Calvillo, Félix Bermea y tantos más que no recuerdo.



Los cabecillas Ildefonso y Samuel G. Vázquez prueban el cañoncito "El Rorro", Monclova, Coahuila, mayo de 1913. SINAFO.

Labor heroica fue la de volver a organizar los deshechos escuadrones revolucionarios, pero la tenacidad de los generales González y Carranza, logró por fin volver a poner en pie de guerra a las huestes del constitucionalismo, preparándolas para aquella formidable resistencia, que opuso un grupo de patriotas mal armados, casi todos con carabinas 30-30, sin instrucción militar, pues si bien es cierto que entre nosotros había algunos que habían pertenecido al ejército de línea, como Urquizo, Benjamín Bouchez, Agustín Maciel y dos o tres más, el resto lo componíamos oficinistas, ferrocarrileros, telegrafistas, agricultores y vaqueros, que ni sabíamos ni queríamos saber de "marchas", "contramarchas", "flancos" y "medias vueltas", ni nos importaba tres cacahuates la disciplina militar y sus alifafes, por lo que es más honrosa para aquellas falanges la lucha sostenida sobre la vía del antiguo Ferrocarril Internacional, contra los orgullosos generales de carrera, su brillante oficialidad, sus cañones de tiro rápido, servidos por artilleros técnicos, sus relucientes Maussers y todo su equipo de guerra y sus conocimientos de la ciencia de Marte, y a quienes pudimos detener por tres meses, combatiendo casi diariamente, con las exiguas municiones que se le antojaba mandarnos a aquel afamado don Gabriel Calzada, que desconfiaba hasta de su sombra, y que mandaba como un pequeño zar en Piedras Negras.

Pero me había olvidado de la anécdota que sirve de nombre a este episodio, porque en cuanto monto en el potro cerrero de mi memoria, masca el freno y se lanza a carrera tendida por el llano inmenso de los recuerdos, y necesito de toda mi fuerza de voluntad para atajarlo…

La misma noche en que llegamos, estábamos varios de los íntimos amigos en el patio de la hacienda, haciendo comentarios sobre los acontecimientos de Monclova, cuando de pronto llegó Coto, el japonés ayudante de don Pablo, a quien veíamos por primera vez desde que llegamos. Nos saludó con la exquisita galantería japonesa y después de haberle contestado cordialmente, pues todos lo apreciábamos, el ya coronel Alfredo

Ricaut, que era y que no ha dejado de ser muy guasón, le dice a quemarropa:

—Pero, hombre Coto, yo te hacía muerto, porque me dijo Silva que te habían matado en Monclova.

—Pos no es verdad, mi coronel —repuso Coto.

—Pero cómo no —vuelve a insistir Ricaut— si me dijo que te había visto atravesado por una bala de cañón que te pegó en el estómago.

—Pos no es verdad, mi coronel.

—Pero cómo no, Coto —volvió a la carga el coronel—, si Federico te vio completamente muerto y con el agujerote que te hizo el cañonazo.

Y entonces Coto, muy serio y con una ingenuidad maravillosa, dijo muy compungido:

—Pos no, mi coronel, no me mataron; no es verdad, porque si fuera verdad, ¿para qué se lo negaba?

Una carcajada unánime coronó a la soberbia respuesta de Coto, que fue conocida en todo el Ejército Constitucionalista, y que quedó grabada entre nosotros, hasta hacerse proverbial.

Y desde entonces, casi siempre que acababa de pasar un combate, cuando ya nos reuníamos de nuevo en el Cuartel General, el primero que veía a Coto le preguntaba:

—¿No te han matado Coto? Si es verdad, no me lo niegues.

En esos días, llegó a incorporarse a Hermanas el coronel Antonio I. Villarreal, que aportaba a la causa su prestigio de viejo revolucionario, por lo que se organizó para que la mandara, la primera brigada rebelde.

Con él se unió, como jefe de Estado Mayor, José E. Santos, y a sus órdenes fueron como oficiales David Berlanga, alto intelectual y brioso luchador, Rafael Silva, Camerino Arciniegas, Hayashi, Antonio Santos, Esteban Rosas, Benjamín Huesca, Ignacio Cortinas y una buena parte de los jefes de Fuerzas: Poncho y Samuel Vázquez, Ramírez Quintanilla, Elías Uribe y otros para los ataques que se estaban preparando sobre Monclova, San Buenaventura y Nadadores.

En aquellos días fue cuando don Gabriel Calzada, jefe de Armas en Piedras Negras, de quien he dicho que desconfiaba hasta de su sombra, aunque en honor de la verdad era hombre muy activo y prestó grandes servicios, al pasar a reunirse a nuestras filas David Berlanga, Arturo Lazo de la Vega y Manuel García Vigil, los mandó aprehender por desconocidos sospechosos, y sólo los libertó cuando un oficial de Estado Mayor del general González le llevó la orden perentoria de este jefe para que los pusiera en inmediata libertad y les ordenara que se presentaran a él en Hermanas.

Por supuesto que cuando se incorporaron con nosotros, venían haciendo recuerdos altamente ofensivos de Calzada y de gran parte de su parentela, por lo que por mucho tiempo los llamábamos "los sospechosos", cosa que les indignaba, sobre todo a García Vigil, que tenía un carácter de los demonios.

Bellos tiempos aquellos, no por lo que dijera don Jorge Manrique, que "cualquiera tiempo pasado fue mejor", sino porque entonces la unificación revolucionaria era un hecho; porque entonces sí que formábamos una sola familia, de hermanos que se querían, que compartían las amarguras, los peligros, las alegrías, los sustos y las tortillas y panochas, porque lo que es pan, ni por equívoco lo columbrábamos. Porque nos animaba el mismo ideal y nos alumbraba la antorcha de la fe en nuestra causa y, sobre todo, porque a ninguno le habían cantado todavía las brujas de Macbeth su siniestra canción: "Tú serás Rey".

David Berlanga nos hablaba entre los matorrales de socialismo, de la igualad en la riqueza pública, del latifundio abrumador… Félix Neira Barragán nos recitaba versos bucólicos debajo de un copudo huizache, inspirado y feliz… Arturo Lazo de la Vega se alborotaba la melena y nos largaba una prosa sonora como clarinada al margen de la acequia cenagosa llena de atepocates hediondos… Saldaña Galván ensayaba su verbo de combate contra el usurpador en tono de Robespierre, trepado sobre un gallinero mal oliente… y el que escribe hacía

travesuras o chistes malos, en compañía de José Santos, que era otra calamidad.

Y así pasábamos los días, mientras comenzaban de nuevo a oírse los toques de "botasilla", anunciando la salida de las tropas para los diarios encuentros con el aborrecido "pelón", y esperando el momento en que también nos tocara en suerte salir… pero siempre alegres, siempre contentos, siempre confiados en el porvenir… "Juventud, divino tesoro..."

•

El desafío



Desde el 10 de julio en que las fuerzas constitucionalistas fueron desalojadas de Monclova por las tropas huertistas de Joaquín Maas, hasta que abandonamos el estado de Coahuila, sólo consignaré derrotas, pero derrotas gloriosas, porque el enemigo contaba con superioridad numérica enorme y, sobre todo, armamento y parque en abundancia, mientras que a los nuestros cada día se les agotaban más y más los pertrechos de guerra, sin que hubiera ya manera de reponerlos. Además, y esto quiero hacerlo resaltar, pues es la verdad histórica, lo que algunos han llamado obstinación de parte del general Pablo González, esto es, el empeñarse en defender la vía del antiguo Internacional, no era tal, sino la obediencia inteligente a las órdenes que dejó el Primer Jefe al retirarse para Sonora, pues recuerdo perfectamente que en los desembarcaderos de ganado de la Estación de Monclova, cuando ya

salíamos con don Venustiano rumbo a Cuatro Ciénegas, se presentó el teniente coronel José E. Santos enviado por el general González a comunicar al jefe que todo estaba perdido, y que librara sus órdenes, a lo que él contestó:

—Dígale usted a don Pablo que se retire a Hermanas, reconcentrando allí todas sus fuerzas; que yo de Cuatro Ciénegas saldré a Sonora, pero que le recomiendo que sostenga el avance de los federales al norte todo el tiempo que humanamente pueda, pues mientras más fuerzas tenga el usurpador distraídas en Coahuila, mayor tiempo nos dará para la organización revolucionaria y menos efectivo tendrá el enemigo para las campañas de la Laguna y de Sonora. Desde este momento él será el jefe de la campaña en los estados de Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas, y en su patriotismo y sacrificio confío.

Vive José Santos y apelo a su testimonio para justificar la veracidad de mi dicho.

Don Pablo cumplió como bueno las órdenes recibidas y su tesón hizo que aquella poderosa columna federal y las de Téllez y Rubio Navarrete permanecieran en Coahuila y Nuevo León, dando margen a que se efectuaran operaciones militares revolucionarias en otras partes de la República, sin contar con el auxilio, que quizá en algún caso hubiera sido decisivo en favor de Huerta.

Del 14 de julio al 10 de agosto se registraron varios combates en la región de Monclova, que era el campo de operaciones disputado, habiéndose peleado en San Buenaventura, que tomó Murguía, las haciendas de la Cruz y la Luisiana, el Puerto del Carmen y Adjuntas, en las que nuestras fuerzas salían victoriosas, pero por poco tiempo, pues volvía el enemigo con refuerzos y artillería y nos hacía desalojarlas. El cañón de San Antonio fue resguardado por el teniente coronel J. Teodoro Elizondo, impidiendo la comunicación de los pelones de Monclova con los de Candela y Lampazos, y este jefe hacía incursiones por el Cañón de Bustamante hasta la vía del Ferrocarril de Monterrey a Laredo teniendo, constantemente en

jaque al enemigo. Mientras tanto, el general González organizaba sus fuerzas en brigadas, dando el mando de una, creo que se llamaba Primera Brigada, al coronel Antonio I. Villarreal, como antes he dicho, formada con los regimientos de Poncho Vázquez, Elías Uribe, Jesús Ramírez Quintanilla y Juan N. Vela, otra que formaban las fuerzas de don Jesús Carranza, con el coronel Alfredo Ricaut, don Teodoro Elizondo, aunque no estaba allí, y Atilano Barrera, que llegó en esos días procedente de Allende, trayendo como segundo a don Reynaldo Garza, F. Sánchez Herrera y también Erbey González Díaz y la última, que comandaba el coronel Francisco Murguía, que llevaba a Fortunato Maycotte, Benjamín Garza, Bruno Neira, Lázaro Hernández, Julio y Braulio Aguilar, Carlos Osuna, Martín Salinas, Arcadio Osuna y otros.



Teniente coronel Emilio Salinas, coronel Pablo González, don Venustiano Carranza, coronel J. Agustín Castro, coronel Jesús Carranza, ingeniero Manuel Urquidi, don Vidal Garza Pérez, capitán Francisco L. Urquizo, capitán Arnulfo González, José Domínguez, jefe de los F.C., mayor Gonzalo Novoa, Secundino Reyes, asistente del Primer Jefe, capitán Fernando Dávila, subteniente Juan Silva, coronel Alejandro McKincy, capitán Jesús Gloria Galindo, mayo de 1913. SINAFO.

El Cuartel General en la Hacienda de Hermanas obraba con actividad asombrosa, y todos los días se giraban órdenes y a diario se hostilizaba al enemigo casi hasta en las goteras de Monclova, a donde nuestros valientes guerrilleros iban a "cocorear", como ellos decían, a los pelones de Maas, y mientras unos compañeros iban y otros venían, la famosa palomilla de calamidades que padecía la Revolución, es decir, los muchachos alegres y escandalosos que en ella militábamos, se veía engrosada por nuevos y valiosísimos elementos, como Félix Neira Barragán, Ángel H. Castañeda (a), *Castañuelas*, licenciado Isidro Fabela, y otros cuyos nombres no recuerdo. También, aunque no eran de nuestra palomilla, pero allí se encontraban y de cuando en cuando se mezclaban en nuestros "mitotitos", puedo contar al ingeniero Manuel Urquidi, Federico González Garza, licenciado Calixto Maldonado R. y el gran Vidal Garza Pérez, que ese sí andaba en todas.

En esos días llegaron don Ernesto Santos Coy y Fernando Dávila, después generales, en un coche, procedentes de La Laguna, donde operaban con las fuerzas del coronel Dávila Sánchez. Estuvieron unos cuantos días y se regresaron llevando órdenes y un poco de parque, porque éste escaseaba ya notablemente.

Como las diversiones brillaban por su ausencia, pues por demás está decir que no teníamos otra que las novedades guerreras que nos traían los compañeros o uno que otro periódico, aquel famoso periódico que publicaba *Rip-Rip* y después José Quevedo y Félix Neira Barragán en Piedras Negras y que se llamaba *El Demócrata*, que siempre contaba triunfos nuestros, hasta cuando se trataba de descalabros, no había en que ocuparse, sobre todo en la noche. Y así fue como recién incorporado a nuestras filas el gran médico don Ricardo Suárez Gamboa, que lo había sido del general Díaz (al menos así se decía), surgió el incidente que voy a narrar.

El doctor Suárez Gamboa era un hombre magnífico, pero un poco histérico y desconocedor en absoluto, como muchos

de los revolucionarios de aquellos tiempos, del medio de campaña. Era un sabio y no toleraba discusiones, no acostumbrado a la llaneza y camaradería con que nos tratábamos por lo que surgió una discusión entre él y el mayor Juan N. Vela, por "quítame allá esas pajas", y Vela le dijo, en el calor de la discusión:

—Vaya usted a… que lo zurzan… —lo que enfureció al doctor y desafió al mayor. Éste no hubiera hecho aprecio del desafío, pero allí la famosa palomilla vio una ocasión magnífica de divertirse e inmediatamente apoyamos a Suárez Gamboa, se tachó de "rajón" al que no aceptara, y se procedió a nombrar padrinos para el duelo, habiéndose designado por parte del doctor, a Elías Uribe, José E. Santos y Poncho Vázquez; por Juan N. Vela, al licenciado Pablo A. de la Garza, Resús Ramírez Quintanilla y Alfredo Ricaut, y como juez de campo, al que escribe.

Pocas horas después se celebró una conferencia entre los padrinos, tratando los del mayor Vela, que eran más serios, de que se llegara a un acuerdo, cruzándose satisfacciones, y dando por terminado el incidente, que no tenía importancia, pero los padrinos de Suárez Gamboa, sobre todo Santos, se negaron a cualquier arreglo y éste dijo:

—Nada de eso, señores, aquí no venimos a arreglar nada; venimos a que haya duelo; necesitamos sangre, mucha sangre, para que se lave la mancha que ha caído sobre el honor de nuestro apadrinado. Así es que dicten sus condiciones, pero que el duelo sea a muerte.

Mientras que los padrinos de Vela iban a deliberar, los del doctor Suárez Gamboa se retiraron, y por allí en un jacalucho de los de la Hacienda de Hermanas se dedicaron dizque a preparar al doctor, y lo "prepararon" con enormes tragos de mezcal y creo que hasta uno que otro del delicioso y traidor aguardiente de Cuatro Ciénegas. Pero es el caso que indudablemente la preparación fue demasiada, y el médico duelista, de por sí nervioso, se excitó terriblemente con la tal prepa-

ración, porque de pronto y sin tomar parecer de nadie salió violentamente del jacal, y se dirigió a buscar al mayor Vela, encontrándolo desgraciadamente cuando éste, en la Estación del Ferrocarril, estaba hablando con el general González o recibiendo órdenes, pero de pronto y sin que nadie pudiera prever lo que iba a suceder, el doctor Suárez Gamboa, enarbolando un leño que se encontró a mano, le descargó un formidable estacazo en la espalda, que lo tiró cuan largo era (y era bastante) a los pies del general González, quien asombrado por el repentino ataque, a su juicio inmotivado, no tuvo tiempo de evitarlo. Algunos de los oficiales presentes cogieron al médico, le quitaron el leño y comenzaron las investigaciones, de donde se vino en conocimiento el asunto del desafío, por cuyo motivo fuimos arrestados por don Pablo todos los que intervenimos en el negocio, y el doctor Suárez Gamboa, después de haber dormido la mona causada por la "preparación", tuvo que curar al mayor Vela, de quien fue después muy buen amigo.

Por supuesto que el arresto duró un día y al siguiente ya estábamos urdiendo nuevas travesuras para pasar el tiempo que no ocupábamos en desempeñar las comisiones que nos ordenaban los jefes.

Al mayor Ramón Sánchez Herrera, a quien por su barba puntiaguda, a la francesa, le decíamos *Forey*, y como nos platicaba que había estado en la policía de México, lo contradecíamos sobre la organización de dicha policía, le pegábamos papelitos en la espalda que decían: "éste es reservado" o "cuidado, es policía y muerde", y cuando los descubría se ponía furioso.

Poncho Vázquez era de lo más simpático de la palomilla. Valiente hasta la exageración, joven y alegre, todos lo queríamos y lo admirábamos, y aunque ya era teniente coronel, era tan amuchachado como los demás. Me acuerdo que en la Hacienda de Hermanas, los generales don Pablo y don Jesús, y el coronel Villarreal, se acostaban temprano, y nosotros ocupábamos una gran galera o troje de la hacienda, donde teníamos

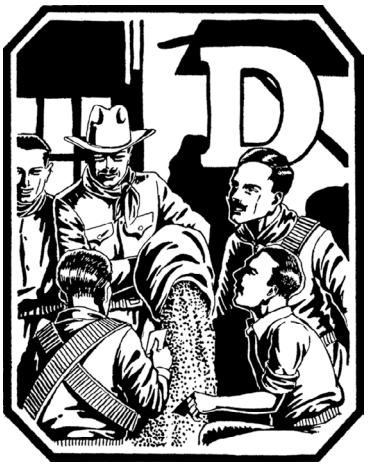
nuestros catres de campaña unos y otros cobijas o sudaderos para dormir, y cuando llegaba la noche, después de platicar un rato o contar "tallas" y comentar las noticias guerreras, Poncho pasaba revista a todos, se sentaba en la cabecera de uno y le platicaba hasta que aquel se dormía y luego seguía con los demás hasta que dormía al último y entonces se iba a acostar. No sé qué tanto tenía que platicar, pero la verdad es que a todos nos dormía.

Y entre tanto, el general González desplegaba una actividad febril, pues en Hermanas se hacían bombas de dinamita para suplir los pertrechos que nos faltaban. Y sobre este punto, quiero hacer notar que la Revolución empleó bastante este explosivo, por varios motivos, pero sobre todo porque no teníamos parque suficiente de carabina, ni ametralladoras bastantes que oponer al enemigo y apelamos a la dinamita para suplir su falta. Del primer ataque a Lampazos se extrajeron 17 carretas del polvorín, que sirvieron para dinamitar el cañón de Bustamante y el camino de Bocatoche. Es verdad que ésta, que se creía una gran defensa contra los pelones no dio chispa, pues cuando se quiso hacer explotar, no se consiguió, probablemente por las malas conexiones eléctricas de las maquinillas con baterías, que a veces fallaban y otras al hacer la explosión mataban a los nuestros. Sin embargo, muchos trenes enemigos logramos descarrilar de esta manera. Las bombas de mano, que también se utilizaban en los combates, donde nuestra caballería se revolvía con el enemigo para contrarrestar sus ametralladoras y porque sus *maussers* tenían mayor alcance que nuestras 30-30, se hacían con *nipples*, o sea uniones de tubos de fierro y cuando ya se agotaron éstos, pues no había más provisión que la de los talleres ferrocarrileros, se fabricaban de cuero crudo y fresco de res, en forma de bolsa. Traíamos muy buenos dinamiteros, porque la gente de los minerales de carbón sabía manejar muy bien los explosivos y prestaron magníficos servicios Juan Hernández García, los Maycotte, los Maltos, Cayetano Santoyo y muchos otros.

Se libraban órdenes para que se fueran reconcentrando los destacamentos de Cuatro Ciénegas, parte de los de Múzquiz y otras poblaciones a fin de reforzar nuestros efectivos, diezmados por los continuos combates y se ordenaba la destrucción de la vía rumbo a Monclova. En estos servicios, desde la batalla del 10 de julio, los prestaron muy eminentes los ferrocarrileros, con Donaciano Martínez a la cabeza y el maquinista Lucio Frausto, así como el teniente coronel Tránsito G. Galarza y el mayor Félix González, que era de Zuazua, N. L., y el bravísimo y noble maquinista Zenón Rodríguez. Con una cadena metida entre los rieles y enganchada a la trompa de la locomotora, la famosa máquina núm. 733, destruyeron desde adelante de Adjuntas hasta Hermanas, bajo los fuegos enemigos.

•

Los maicitos de Ricaut



esde que llegamos a la Hacienda de Hermanas reinaba gran movimiento, pues diariamente se recibían partes de novedades de los jefes que operaban en el valle de Monclova y quienes constantemente hostilizaban al enemigo. Murguía, Sánchez Herrera, Ramírez Quintanilla, Poncho Vázquez y otros llegaban hasta los suburbios de la ciudad, tiroteando a los pelones en sus mismas posiciones, mientras que don Teodoro Elizondo y los suyos amagaban la vía de Laredo desde el Puerto de San Antonio y Jesús Soto hacía lo mismo desde el Puerto de Bustamante, haciendo frecuentes incursiones para destruir el telégrafo y la línea del ferrocarril.

Entre tanto la famosa palomilla, engrosada con nuevas adquisiciones como he explicado anteriormente, sufrió un serio descalabro, que relataré en breves frases. Sucedió que habiendo sido nombrado jefe de Estado Mayor del general González, el

coronel y licenciado Pablo A. de la Garza, que era hombre de buen humor, se le ocurrió un día que fuéramos a bañarnos en los afamados ojos de agua caliente que hay todavía en la misma hacienda, a corta distancia de la Estación y allá marchamos como veinte jefes y oficiales. Todos sabíamos de los tales baños, pero no los habíamos probado aún y como el agua que corre, ligeramente azufrosa y que se dice es magnífica para el reumatismo, por encima es tibia, creíamos que así era toda, pero las corrientes interiores tienen una temperatura casi hirviente, así es que una vez que llegamos a los baños ordenó el licenciado de la Garza que nos desnudáramos todos, menos él y dijo:

—Es pato y le cae la grande al que no se tire de clavado.

Y luego:

—A la una… a las dos… a las tres…

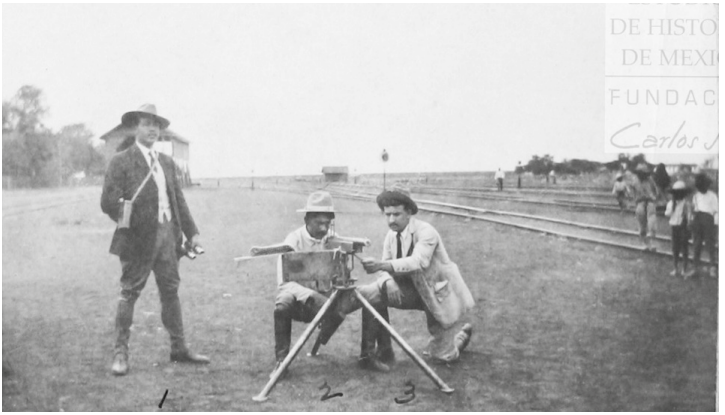
Y ¡zas! ...nos tiramos de cabeza todos… Se oyó un alarido formidable y todos salimos más que corriendo, escaldados por el chapuzón en aquella agua bárbaramente caliente, sin ganas de volvernos a bañar y echando sapos y culebras contra los baños y contra el coronel de la Garza, que se reía feliz por la mala pasada que nos había jugado.

El general González, en consejo con don Jesús Carranza, el coronel Antonio I. Villarreal y los demás jefes de fuerzas, acordó que el día 13 de agosto se iniciara una ofensiva contra los federales, atacando la ciudad de Monclova, y se comenzaron a hacer los preparativos necesarios para el ataque. Se dispuso que la gente del coronel Murguía atacara por el camino de San Buenaventura, la del coronel Villarreal por el de Abasolo y la del general Jesús Carranza por Adjuntas, o sea por el frente, pero los acontecimientos debían suceder de otra manera, como se verá a su tiempo.

Estos preparativos, movimientos y ajetreos en nada impedían las actividades de la palomilla, que seguía impertérrita, haciendo de las suyas, dedicándose sus miembros el noble arte de divertirse, haciendo con sus travesuras menos triste aque-

lla vida de continuos sobresaltos. Precisamente en los días de que me ocupo sucedió algo inusitado y digno de recordación: llegó una pequeña remesa de dinero y el Cuartel General dispuso que se repartiera a razón de un peso a cada soldado, dos pesos a cada oficial y tres a los jefes. Esto causó magnífica impresión, pues hacía más de un mes que no le veíamos la cara o, mejor dicho, el águila a un apreciable peso, porque es necesario hacer saber que en aquellos deliciosos tiempos, la cuestión de haberes era secundaria y los constitucionalistas no pensábamos en la "decena", sino en el triunfo de nuestra causa, así es que jefes, oficiales y tropa se consideraron ricos con aquellos centavos y se dedicaron a pensar en qué los gastarían, pues ya se figurarán mis lectores que no había por allí tiendas ni diversiones, ni nada. Aquella noche, después del día de "pago", y mientras los altos jefes conferenciaban para ponerse de acuerdo sobre las futuras operaciones, en la troje grande de la hacienda nos reunimos gran cantidad de jefes y oficiales, poniéndonos a jugar a la baraja. No había suelto o "feria", como decimos por acá, así es que se repartió una cantidad de granos de maíz a cada jugador, con valor de cinco centavos cada uno, para que hicieran las veces de moneda. Como a las once de la noche, el coronel Alfredo Ricaut casi había acaparado todos los granos de maíz, es decir, que casi tenía en su poder ya los haberes íntegros de la mayor parte de los compañeros, cuando de pronto, entrando de puntitas, sin que nadie lo sintiera, embebidos como estaban en el juego, apareció el coronel Pablo A. de la Garza, llevando en sus brazos un medio bulto de maíz, que desparramó sobre el "tapete verde", que era un magnífico zarape, revolviéndolo con los preciosos granitos de a cinco centavos. Allí se acabó la contabilidad del juego, celebrándose la ocurrencia con grandes carcajadas, pues los perdidos no podían pagar por no saber cuánto habían perdido, ni Ricaut cobrar, porque no podía saber lo que había ganado, ya que sus valiosos granos eran iguales a los del costal. Pero no se crea que esto fuera ocasión de disgusto, pues

el "perjudicado" celebró jubiloso la ocurrencia, al igual que los demás y armándose tal pelotera de gritos y risotadas, que el general González tuvo que mandar a uno de sus ayudantes para decirnos que lo dejáramos dormir.



Pruebas con una de las primeras ametralladoras constitucionalistas: 1) teniente Agustín Maciel, 2) capitán Bruno Gloria y 3) el italiano Guillermo Manit, Monclova, Coahuila, abril de 1913. Centro de Estudios de Historia de México, CARSO, LXVIII-3. 1. 48.

El 13, como antes he dicho, comenzó a llevarse a cabo el movimiento de avance sobre Monclova y recuerdo que ante las tropas formadas en la Hacienda de Hermanas, el licenciado Isidro Fabela nos dirigió una vibrante arenga, que electrizó a los soldados de la Revolución, quienes lo premiaron con "vivas" a él, al Primer Jefe y a los demás jefes. Al atardecer llegamos a la Estación de Adjuntas, pero entonces pudimos ver dos grandes polvaredas: una que venía por el camino de Candela y otra que se dirigía a Abasolo, y poco después nuestros exploradores avisaron que el enemigo, en dos columnas de las tres armas, avanzaba hacia Hermanas. Era indudable que los pelones tenían conocimiento de nuestros planes y trataban de envolvernos, por lo que se decidió contener su avance, a ser posible, en terreno más propicio que aquellos llanos, donde una batalla campal nos hubiera sido completamente desastrosa, así es que

se ordenó la reconcentración nuevamente a la hacienda, enviándose desde allí al coronel Antonio I. Villarreal con quinientos hombres a detenerlos en Abasolo, y el 14 de agosto se avistaron ambas fuerzas en Congregación Rodríguez. Las fuerzas de Villarreal que se denominaron Primera Brigada constaban de los regimientos (así los llamábamos aunque eran realmente fracciones sin número determinado de plazas), comandados por los tenientes coroneles Jesús Ramírez Quintanilla, Elías Uribe, Poncho Vázquez, la artillería gruesa de Carlos Prieto, y las ametralladoras de Bruno Gloria. Tres cañones nos quedaban: dos grandes que servían Carlos Prieto y el capitán Manuel Pérez Treviño y un pequeño, "El Rorro", que llevaba el capitán Alberto Salinas Carranza y las ametralladoras, que mandaba Bruno Gloria, y que servían el teniente Daniel Díaz Couder, el italiano Manit y Agustín Maciel. El Servicio Sanitario iba al mando del coronel Médico Ricardo Suárez Gamboa, siendo éste su bautismo de sangre, pues aún no había tomado parte en ninguna acción de guerra. Poco antes de las cuatro de la tarde los "mochos" de Maas abrieron el fuego de su artillería sobre los nuestros, que contestaron entablándose un furioso combate que duró casi cuatro horas. Al obscurecer se retiraron ambas columnas, el coronel Villarreal porque en aquella posición no podía sostenerse mucho tiempo y por los avisos que tuvo que el enemigo trataba de flanquearlo con otra columna por el rumbo de San Buenaventura. Después supimos que los federales, al retirarse, habían dejado un cañón atascado en un lodazal, pero lo recogieron a su regreso.

Al día siguiente, 15 de agosto, reanudaron su avance los federales, con el propio Maas a la cabeza, y reforzados por la otra columna que habíamos avistado en Adjuntas, pero ya nuestras fuerzas habían tomado posiciones en el lomerío de Hermanas y en la Estación, esperando el ataque que emprendió el enemigo como a las diez de la mañana, iniciando un tremendo cañoneo y creo que fue la primera vez que soportamos el terrible fuego de ráfaga de la artillería huertista, que dirigía tiros sobre

nuestras caballerías, extendidas en las faldas de las lomas. Seis horas se defendió la Hacienda de Hermanas contra un enemigo superior en número y en armamento, prodigándose los incidentes de valor por parte de los nuestros.

El mayor Carlos Prieto hizo muy buenos tiros con sus cañones, asestando uno de ellos en el centro de la columna de caballería enemiga, pero las uñas de los cierres, fabricados en Piedras Negras, no extraían los cartuchos, que se adherían demasiado al cañón y Prieto, con la asombrosa serenidad que lo caracterizaba, a cada tiro tenía que disparar su pistola por la boca de la pieza para aventar el cartucho. El teniente Díaz Couder, de las ametralladoras, recibió un balazo a un lado de la nuca y le salió a un lado de la nariz, sin tocarle el cerebro, por lo que sanó pronto, pero durante su curación era tal su sensibilidad y tan dolorosa, que no toleraba la camisa y si se le paraba una mosca en el cuerpo lanzaba gritos terribles. El coronel Villarreal defendió el lomerío de Hermanas y también las fuerzas de don Jesús Carranza, que mandaban Ricaut, Juan N. Vela, Rafael E. Múzquiz y Sánchez Herrera, habiendo dirigido la acción el general González. Como a las cuatro de la tarde se dio orden de retirada, pues el enemigo comenzaba a flanquearnos, disponiendo que saliera primero el tren en que iban los heridos con el capitán Francisco Vela González, al que después se reunió el doctor Suárez Gamboa. La retirada se efectuó en buen orden, pero naturalmente quedaban algunas fracciones combatiendo y recuerdo que pasamos Santos y el que habla cerca de una lomita, donde se hallaba el mayor Rafael Saldaña Galván, disparando todavía y gritando a una partida de jinetes, a los que ordenaba que se reconcentraran, cuando le gritó Santos:

—Vente, Saldaña, ya vamos de retirada.

—Espérate a que lleguen aquellos —respondió Saldaña.

—¡Espérate narices! Son pelones, no seas bárbaro.

En esto los jinetes comenzaron a disparar y así se convenció Saldaña, que era un bravo muchacho pero que no sabía de

campo, lo que más tarde le costó la vida. Por fin se nos unió y marchamos a incorporarnos, después de habernos reído porque le estaba dando órdenes a los "mochos".

Durante la acción de Hermanas le mataron el caballo a José Santos y como salió a pie, empezaron a decirle que si también les dejaba la montura a los enemigos, con lo que se picó y fue con su asistente, y en medio de la balacera, le quitó la montura al caballo, se la dio al asistente y se vino hasta donde estábamos, pero entonces la palomilla, por boca de no recuerdo quién de sus miembros, manifestó que no había ido por la montura, sino por la "ignorancia", porque hay que advertir que Santos portaba siempre, lo mismo que casi todos nosotros, una caramayola con mezcal, pero la suya era más grande que ninguna otra, y él la apodaba "la ignorancia" y cuando se trataba de dar un trago, siempre sacaba su caramayola y les decía a los compañeros:

—Vamos a acabar con la ignorancia.

Y, según nosotros, pudo haber dejado montura y maleta y todo en poder de los federales, pero de ningún modo podía abandonar "la ignorancia".

Después de que salieron los trenes, habiendo ordenado don Pablo que fueran destruyendo la vía los rieleros de Donaciano Martínez y de Tránsito Galarza que se pintaban solos para ese trabajo, salimos sobre la vía, rumbo a Oballos.

Cuando ya salíamos de Hermanas perseguidos por el fuego de cañón del enemigo, don Jesús Carranza, que, como de costumbre había traído encasquetada su reluciente gorra de cuero negro, sintió calor probablemente y se la quitó. Seguramente que por una notable coincidencia, en ese mismo momento cesó el cañoneo del enemigo y hasta oímos sus clarines tocando "alto al fuego" e inmediatamente uno de los compañeros, no recuerdo quién, dijo a don Jesús:

—Mi general, si he sabido que con quitarse esa gorra dejan de tirar los pelones, desde cuándo que hasta se la hubiera robado.

Don Jesús rió de buena gana y seguimos adelante. Pernoctamos en Oballos, después de que se hubo levantado la vía y haberse quemado el Mineral de Lampacitos para evitar que los huertistas se surtieran allí de carbón.

Allí se nos incorporó el mayor Tomás Marmolejo, presidente municipal de Lampacitos, y al día siguiente se estableció el Cuartel General en la estación de Aura, donde se reunieron los contingentes en acción, menos la gente de Murguía, que había quedado por Santa Gertrudis, cerca de San Buenaventura.

Largos días de aquel agosto memorable, largos días idos, que no volverán nunca, pero que viven en mi memoria santificados por el recuerdo de los hermanos de armas caídos en la lid sangrienta los unos, desaparecidos los otros por distintas causas y los más afortunados, como yo, viviendo de añoranzas, que al trasladarlas al papel, nos hacen vivir de nuevo aquellos tiempos, hasta olvidarnos de que ya todo pasó por nosotros, como dijera un poeta: "si ya todo pasó por mi conciencia, y la luna pasó por mis cabellos"...

•

El piquete del Forruz



El 17 de agosto se estableció el Cuartel General en la Estación de Aura, donde comenzaron a reconcentrarse las fuerzas revolucionarias de los jefes que dependían de don Pablo González, y en ese lugar permanecimos por algún tiempo, durante el cual se ordenaron varios movimientos que reseñaré, teniendo constantemente amagado al enemigo.

Las columnas volantes de Villarreal, Murguía y Ricaut trababan combates continuamente con los "mochos" de Maas y entre los días 18 y 26 de agosto se libraron encuentros en Abasolo y Rodríguez por fuerzas del primero, en San Buenaventura por el segundo y en Hermanas por las del último. Se tomaban estas poblaciones y se volvían a perder ante los ataques del enemigo, que disponía de refuerzos suficientes, pero debo hacer constar que los contingentes que más peleaban y que con más éxito nos batían eran los irregulares que mandaba el hábil

e inteligente jefe don Alberto Guajardo, gran conocedor de la región y guerrillero muy práctico, que hacía la guerra al igual que nuestros jefes, porque muchos de ellos habían militado a sus órdenes en la campaña de La Laguna contra el orozquismo en 1912, y se sabía de memoria la táctica de cada uno de ellos.

La palomilla andaba en esos días un poco diseminada, pues unos militaban con Murguía, otros con Villarreal o con Ricaut, y unos cuantos quedábamos en el Cuartel General, pero de cuando en cuando llegaban a Aura, y se volvían a armar las tremolinas de costumbre, porque aunque comprendíamos la situación difícil en que se encontraba nuestra columna, era tal la fe, tan inmenso el entusiasmo de nuestros corazones jóvenes; tan grande nuestra confianza en el triunfo futuro, que si por momentos nos entristecíamos pensando en nuestras familias ausentes, en la novia lejana o en los descalabros sufridos, bastaba una noticia cualquiera, un pequeño triunfo parcial o la llegada de un compañero para que se levantara el ánimo y volviera la alegría a reinar en nuestras filas. Y precisamente en esos días terribles llegó el mayor Fortunato Maycotte, a quien queríamos todos por su valor y buen carácter y lo recibimos con grandes demostraciones de cariño y uno que otro trago de mezcal.

Y aconteció también que por entonces se nos había unido un individuo a quien habíamos conocido como albañil, pero que se le ocurrió tomar un curso por correspondencia de un "sanador" o hipnotizador de los que abundan en "gringoria" y colgó la plomada y la cuchara, dedicándose de lleno a aliviar de sus males a la triste humanidad, esto es, de maestro de obras, se transformó en curandero, pero como su clientela, en su mayoría campesinos y obreros de aquellos pueblos, se lanzaron a la Revolución, optó por seguir el mismo camino y se presentó voluntariamente a ejercer la medicina en favor o quizá en perjuicio, que no estoy muy seguro, de los pobres rebeldes o "roba-vacas", como nos apodaban cariñosamente los secuaces del tristemente célebre don Victoriano. Precisamente cuando

relato estos sucesos, este famoso "médico" era el único de la especie que poseíamos en Aura, porque el sabio doctor Ricardo Suárez Gamboa había salido con la columna de Ricaut; el entusiasta Pancho Vela González prestaba sus servicios con el coronel Antonio I. Villarreal y mi compadre Ricardo González andaba en comisión de don Pablo no recuerdo dónde, así es que el único ejemplar con que contábamos era el albañil-doctor de mi cuento. Pues bien, aconteció que una bella noche, mientras descansábamos en un jacalucho de los que hay en Aura, Maycotte pegó un brinco de los "sudaderos" donde a guisa de cama se hallaba acostado, y gritó:

—¡Ya me picó un animal!

Despertamos a sus gritos y nos mostró una roncha en el cuello. Le pusimos mezcal, porque alcohol no había, pero poco a poco se fue inflamando hasta hacérsele una bola que le dolía mucho, según decía él, por lo que acordamos llamar a un médico y como ya he dicho que no había otro que el injertado de albañil, de cuyo nombre siento no acordarme, a ese ocurrimos. Lo buscamos por el campamento hasta encontrarlo en dulce sueño, del que lo arrancamos sin piedad para llevarlo a donde estaba el enfermo. Se levantó del jorongo donde dormía, se puso zapatos y polainas y luego una especie de levitón negro que usaba y que le caía tan bien como a un San Pedro las chaparreras, y luego con toda solemnidad dijo:

—Vamos a ver al occiso.

Cuando llegamos el "occiso" tenía calentura, probablemente por el piquete, y entonces el "doctor" lo examinó con toda parsimonia y dio su diagnóstico con toda la seriedad de una eminencia médica, de la siguiente manera, poco más o menos:

—Este forúnculo voluminoso que se aprecia en la proximidad de la vértebra cervical es producido por el distendimiento de los tejidos subcutáneos, donde se introdujo el virus emponzoñativo del insecto malhechor, y como la preponderancia evolutiva del protoplasma erradicante que funciona entre

los órganos equidistantes que pululan desde la metempsícosis variante hasta los nervios intrincados del occipucio, ha hecho que la función circulativa del líquido sanguíneo y del linfático se paralicen en la zona esférica que nos ocupa, juzgo que este caso, aunque no es de suma gravedad, puede ocasionar serios trastornos terapéuticos en la preciosa salud del mayor Maycotte.

Patitiesos, horrorizados y boquiabiertos nos quedamos ante la sabiduría del "doctor", pero como no le entendimos ni jota, uno de nosotros le gritó al capitán Fructuoso Urdiales, que era quien había recomendado que se llamara al "Hipócrates" albañilesco:



Oficiales del Estado Mayor del general en jefe de la División del Noroeste. Centro de Estudios de Historia de México, CARSO, LXVIII-3. 1. 46.

—Oye, Urdiales, ven a traducir lo que dice el doctor.

—Que lo traduzca Huerta —respondió el aludido, porque él tampoco lo entendía.

—Bueno, doctor —exclamó otro—, y qué es lo que tiene, en idioma de nosotros.

—¿Qué le picó a Maycotte?

—Ah —contestó el "Galeno"—, la verdad es que le picó un forruz.

—¿Un qué? —gritaron todos.

—Un forruz —volvió a decir.

Y probablemente iba a explicarnos en su lenguaje tremendo lo que era un "forruz", cuando un asistente vio algo que se movía entre las cobijas donde se había acostado Maycotte y gritó:

—Mi mayor, aquí está el malhechor que dice el doctor…

Y efectivamente allí estaba una enorme tarántula, de las que hay muchas en aquellos rumbos, la cual fue inmediatamente ejecutada sin formación de causa, sumarísimamente, y sin permitirle defensa de ninguna clase. Nos volvimos todos para pedirle explicaciones al médico-albañil, pero este había salido ya como alma que lleva el Diablo. La viejecita del jacal nos dio guaco con mezcal, que le untamos a Maycotte; luego le dimos unos grandes tragos de mezcal sin guaco, con lo que se durmió y al día siguiente amaneció bueno y sano, pero el doctor famoso perdió su nombre y de allí en adelante sólo lo conocimos con el remoquete de *El Forruz*, siendo esta la razón porque he olvidado cómo se llamaba.

El 4 de septiembre, Murguía sostuvo un reñido combate en el Puerto del Carmen; esa misma noche Villarreal pernoctaba en la Hacienda de Santa Gertrudis, a una legua de San Buenaventura, que tenía órdenes de atacar, como lo hizo el día 5 a las 6 de la mañana. Los valientes Poncho Vázquez, Elías Uribe y Ramírez Quintanilla llevaron a sus soldados hasta la plaza de San Buenaventura, pero desgraciadamente no habían cortado la comunicación ferroviaria entre Monclova y Nadadores, por donde llegó un numeroso refuerzo al enemigo, teniendo que retirarse los nuestros como a las dos de la tarde, con sensibles pérdidas, entre ellas, la muerte del capitán primero José María Vargas y teniente Pedro Riojas y heridos, el teniente coronel Poncho Vázquez, los capitanes segundos Gonzalo de la Garza, Jesús B. Rodríguez, Rafael Lara, el teniente López Prado y como veinticinco de tropa. Al caer herido Poncho Vázquez, quedó su regimiento al mando del mayor Federico

Silva y como capitán primero Camerino Arciniega, un muchacho educado, procedente de la capital y muy valiente, que después murió ahogado en el Río Pánuco.

Villarreal retrocedió, acampando en el Puerto de las Borregas, pero ocupando con sus fuerzas los pueblos de Abasolo Viejo y Abasolo Nuevo. En ese punto, el teniente coronel Elías Uribe pidió y obtuvo el permiso del Cuartel General para irse a La Laguna, donde deseaba operar desde hacía tiempo, y se marchó con una pequeña escolta, y el capitán Dizán Gaytán dejando su regimiento al mando del mayor Rafael Saldaña Galván, joven culto y de gran valor, a quien llamábamos *Maderito* por su barbita en punta, que decíamos le daba gran parecido con *el Apóstol*. Saldaña Galván era muy apreciado y miembro conspicuo de la palomilla, sobre todo por ser inventor de unos afamados *five o'clock quebradora tea*, que se celebraban en pleno monte, tomando enormes jarros de la yerba denominada "quebradora", mientras se charlaba sobre tópicos de política, guerra, literatura, y se hacía música en una mandolina que tocaba algunas veces Pancho Vela, creo que bastante mal por cierto, pero que a nosotros nos parecía deliciosa.

El 16 de septiembre no pasó desapercibido para nuestros soldados, pues en todos los campamentos se izó la bandera nacional en el lugar más alto, se tocaron dianas, se dijeron discursos; en Aura, me acuerdo que Félix Neira Barragán, el que escribe y creo que Fabela, aunque no lo recuerdo bien, lanzamos de nuestro ronco pecho todo lo que nos sobraba. El 21 de septiembre se movilizó Villarreal con el grueso de sus fuerzas sobre los Abasolos para contener el avance del enemigo, que se iniciaba sobre la línea del ferrocarril, rumbo al Cuartel General de Aura, mientras don Pablo y don Jesús con las fuerzas de Ricaut, Juan N. Vela, Eduardo Castro y demás, avanzaban hasta Hermanas, tratando de contener por aquella parte el avance federal. En Abasolo Viejo estaba el ala derecha de los pelones y sobre ella cargó Villarreal, entrando a la cabeza de su regimiento primero que nadie, el pundonoroso Rafael Saldaña

Galván, siendo herido gravemente en el abdomen, casi a los primeros tiros, y muriendo en el camino de Abasolo al rancho de La Libertad, poco después de las 6 de la tarde. Fue sepultado en Estación Aura con los honores de jefe de regimiento. Noble juventud tronchada, pero quizá fuera mejor para él, que murió con la visión del triunfo ante los ojos, y que no supo de las amarguras que reservaba el porvenir… Que este recuerdo, como un puñado de flores, caiga sobre su tumba...

Mientras tanto, también en Hermanas, donde los federales atacaron esperando encontrar sólo la pequeña guarnición rebelde que allí había, fueron recibidos por la otra columna que mandaba don Jesús Carranza, y que se batió bizarramente, pero que al fin fue rechazada por el número del enemigo, después de combatir hasta el obscurecer, en que se retiró en buen orden hacia Aura. El coronel Villarreal también se vio obligado a retirarse al anochecer, sin ocupar Abasolo Viejo, pero conservando Abasolo Nuevo y La Libertad, mas teniendo noticia de que los pelones habían ocupado Hermanas, que estaba a su izquierda, temió ser flanqueado y ordenó la retirada hacia Aura, pasando por la Cuesta de los Caballos y yendo a reunirse con don Pablo en dicho punto. Todavía el 28 de septiembre se combatió duramente en el Tanque de Aura, a donde llegaron los federales en dos gruesas columnas, durando la resistencia más de seis horas, pero teniendo por fin que retirarse nuestras fuerzas a Barroterán, último lugar donde se combatió en defensa de la vía del Internacional.

Ya para entonces, el general González había ordenado la reconcentración de todos los elementos combatientes en Coahuila, girando órdenes para la desocupación de Múzquiz, San Juan de Sabinas y los minerales de carbón, y la reconcentración en Allende de las fuerzas que estaban en Piedras Negras, Morelos, Zaragoza, etcétera, para hacer la salida rumbo a Nuevo León.

En el próximo relato hablaremos sobre esto detenidamente, mientras ordenamos también nuestros recuerdos, para ha-

cer justicia a los ferrocarrileros, de cuya actuación tengo yo bastantes datos en cartera, y quienes, en esta última etapa de la resistencia al avance de los soldados del usurpador, tomaron una parte activísima, prestando su contingente de día y de noche y arriesgando su vida no una, sino cien veces cada día.

Y también coordinamos nuestras remembranzas para ofrecer un episodio íntegro dedicado a Andrés Rodríguez, *El Chaparro*, de quien acabo de recibir una carta deliciosa, que entre sus faltas de ortografía y de dicción, me ha traído el perfume maravilloso de aquellos tiempos plenos de luz, de vida, de ideal, de armonía y, sobre todo, de juventud.

La ametralladora de Sotero



A pesar de que han transcurrido más de 19 años, todavía siento cierta tristeza al recordar aquellos últimos días de nuestra resistencia tenaz, pero infructuosa, al avance de las tropas huertistas, que palmo a palmo, nos habían arrebatado la vía del Internacional y los pueblos que ocupábamos en el norte de Coahuila, que sabíamos que tendríamos que abandonar en manos del enemigo. Allí quedaban familias, afectos y tantos amigos y compañeros caídos en la terrible lucha; allí quedaba aquella tierra querida, regada con la sangre de tantos luchadores, muertos en aras del ideal revolucionario, pero el destino era más fuerte que nosotros y había que doblegarse ante lo inevitable.

El 28 de septiembre tuvo lugar la última acción de armas sobre la vía ferrocarrilera, en las Lomas de Barroterán, que al principiar el día atacaron los pelones. Los coroneles Antonio I. Villarreal, Francisco Murguía, Alfredo Ricaut y Atilano Barrera extendieron sus fuerzas sobre las lomas, quedando en el centro los generales González y Carranza, cerca de los trenes que aún conservábamos y comenzó el combate con un formidable fuego de artillería de parte de los "mochos", con sus baterías Leniza y Betancourt, y mandados por el general Joaquín Maas y los coroneles Massieu y Álvarez con todas sus fuerzas que componían los batallones 42 y 117 y el Guerrero y los regimientos de Seguridad, Gendarmes del Ejército, núm. 13 y los voluntarios montados del coronel Luis Alberto Guajardo.

Ante el tremendo fuego de la artillería enemiga fueron desalojados de sus posiciones nuestros soldados y poco después se inició la retirada, que no bastó a contener el valor y presencia de ánimo de los jefes. Recuerdo que cuando el fuego de los cañones era más duro, al grado de que empezaron a caer granadas en torno del tren del general González, el coronel Murguía, pistola en mano, trataba con buenas y malas palabras de contener la retirada de la gente, pero le fue imposible y tuvo que dejar a su caballo galopar al parejo del tren, detrás de la gente.

En esos momentos llegó al tren el doctor Ricardo Suárez Gamboa, que dijo al general González que había abandonado su botiquín de campaña, a lo que contestó el jefe constitucionalista:

—¿Y ahora con qué va a curar a los heridos, doctor?

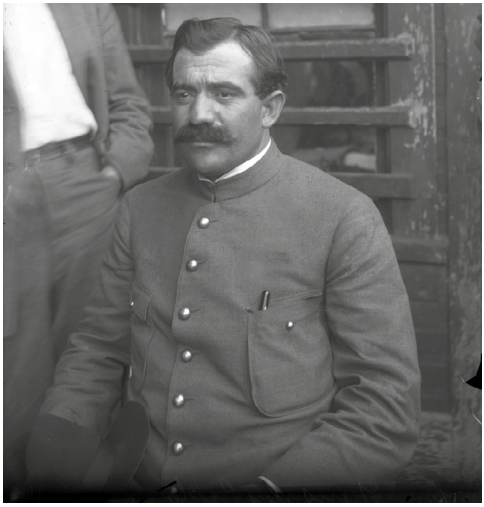
Y nada más, pues don Pablo siempre pecó de lacónico y jamás le oímos que dijera una palabra ruda o soez, en ninguna circunstancia, pero el doctor Suárez Gamboa era hombre de mucha vergüenza y sin contestar a la interpelación, se bajó del carro, montó en su caballo y volvió hacia el campo del combate, regresando diez minutos después con su botiquín en la mano y afortunadamente ileso.

El coronel Villarreal había hecho conducir un carro con galletas para racionar a sus fuerzas, pero ya cuando llegaron estos

víveres la gente venía retirándose y tampoco valieron sus esfuerzos para contenerla.

Una máquina con el insustituible Donaciano Martínez y otros ferrocarrileros comenzó la destrucción de la vía hasta cerca de Sabinas, a donde nos retiramos y a donde en los dos días siguientes se reconcentraron las fracciones o guerrillas, que habían salido por distintos rumbos, sobre todo las que tuvieron que retirarse hasta San Juan de Sabinas y por donde con gusto vimos llegar al capitán de Servicio Sanitario Francisco Vela González, a Federico Silva y otros amigos que considerábamos perdidos.

En Estación Sabinas, los generales González y Carranza tuvieron una junta con todos los jefes de fuerzas y se acordó abandonar el estado de Coahuila y emprender la campaña sobre la vía del Ferrocarril Nacional, dándose las órdenes necesarias para que se desocupara Piedras Negras y se reconcentraran todos los contingentes en un punto señalado, para unir todos los efectivos y comenzar aquella odisea sangrienta y gloriosa que nos llevó hasta Ciudad Victoria.



General Pablo González.
SINAFO-Archivo Casasola.

Se dinamitó el puente de Estación Sabinas y siempre destruyendo la vía hasta Piedras Negras y ramales intermedios, la columna se concentró en Allende, a donde llegaron las fuerzas de Dolores Torres, de Sebastián Carranza y otras pocas que tenía en Piedras Negras don Gabriel Calzada, mientras todos los ferrocarrileros, exceptuando Donaciano Martínez y otros cuantos fueron enviados a Piedras Negras, donde con ellos se formó una fracción, que comandó provisionalmente el que escribe, y que pasó a Hidalgo, Coahuila, donde fueron armados y montados con la cooperación eficaz de mi inolvidable y buen amigo el mayor Juan Manuel Lozano, que guarnecía aquel lugar, y que tenía como ayudante al hoy coronel Aristeo R. Canales.

Se arregló que el Hospital de Sangre con sus enfermeras, a quienes ya he enumerado y los heridos, se pasara a Eagle Pass, quedando este hospital instalado en carpas y encargado de él el doctor Pedro Martínez Pérez, pues los demás médicos siguieron con nosotros la suerte de las armas constitucionalistas.

Pero antes de salir yo para Piedras Negras, sintiendo separarme, aunque temporalmente de la palomilla, aún tuve la dicha de contemplar la incorporación del gran Sotero Cruz y su maravillosa ametralladora, que da nombre a este relato.

Era Sotero Cruz un tipo notable por muchos conceptos; de estatura mediana, muy moreno, con bigotes retorcidos, seco y de pocas palabras, aunque con una inteligencia natural tan grande como su valor, que era mucho. Para hablar, sobre todo cuando relataba algún acontecimiento importante, recalcaba las "eres" al grado de hacerlas sonar como "erres" y contaba cosas inauditas con una seriedad pasmosa. Este Sotero había andado por los minerales cercanos a Candela, me parece que El Refugio y otros, reclutando gente y hostilizando al enemigo cuanto podía, pues era uno de los más profundos conocedores de aquellos terrenos, siendo los otros *El Chaparro* y otro tipo simpático y afamado, el capitán Higinio Tijerina o *Tejerina*, como lo llamábamos y de quien algo contaré también.

Pues bien, en Allende se presentó el capitán Sotero Cruz con unos veinte hombres, de los cuales por lo menos diez eran nuevos voluntarios para la causa, y además un carretón, que así llamamos por acá a los carros de dos ruedas, el cual traía dentro un enorme bulto, tapado con una lona y custodiado por cuatro hombres armados hasta los dientes, que hacían guardia constante, no permitiendo que nadie se acercara al carretón. Como pertenecía desde Candela a las fuerzas de don Jesús Carranza, ante él se presentó, a rendir parte de sus actividades y a incorporarse.

—¿Qué tal te fue, Sotero? —le preguntó el general Carranza.

—Pos bien, mi general, porque truje unos diez hombres nuevos armados y montados pero me costó muncho trabajo.

—¿Por qué, Sotero, que no querían entrarle ahora a la Revolución?

—No, mi general, ellos estaban decididos, pero las viejas no querían porque los pelones tráin cañones y "metralladoras".

—Pero al fin los convenciste.

—Pos sí, pero tuve que decirles un discurso y enseñarles mi metralladora.

—Hombre, con que tú dijiste discursos y conseguiste una ametralladora. A ver, cuéntame eso.

—Pos ay verá usté, mi general, que estaba yo por una ranchería cerca del Rifugio, y ya tenía conseguidos unos voluntarios con armas y todo, cuando se me echan encima las viejas, madres y mujeres de ellos, y se me pusieron de "fierro malo", y que decían "pos no van los muchachos porque los mochos los matan en montón con las metralladoras y que ya anda perdiendo don Venustiano" y que quién sabe cuántas cosas, cuando entonces me subí en una piedrota muy grandota que había allí, y les dije un discurso ansina: "Viejas jijas de la jijurria, no sean desgrraciadas ni mitoterras; la regolución de don Venustiano no pierrde y a los pelones se los tiene que llevar la trrompada, porrque nosotrros andamos defendiendo la patria que quere vender el rredengado de Güerta y los hijos de ustedes son hijos de la

patria y la patria necesita sus hijos pa'que la defiendan y la que no le empreste a sus hijos, es purra mula y se la tiene que llevar la tristeza… Y pa'que no digan que nosotros no tenemos metralladoras ay no más traigo una en ese carretón…" Y no más oyeron mi discurso y se soltó la llorrerría de viejas, mi general… y empezaron a gritar: "Pos que se vayan pa'que le sirvan a la patria". Y me los truje.

Todos soltamos la carcajada con el discurso elocuentísimo de Sotero, pero él se quedó impasible y entonces don Jesús le dijo:

—Muy bien Sotero, muy bien por tu discurso, pero y la ametralladora, ¿de dónde la sacaste para enseñársela?

—Ah, pos esa ay la traigo en el carretón, y luego se rejuntaron todas las viejas y los hombres, pero yo les dije: ay la tienen tapada con esa lona, pero no se arrime naiden, porque no más la atocan y se suelta echando bala por todos lados y no deja ni madre de este rancho ni de ustedes, por eso la traigo resguardada con cuatro hombres. Pero les enseñé la boca de la metralladora y se convencieron.

—A ver —dijo don Jesús—, trae tu ametralladora y enséñamela.

Inmediatamente fue Sotero y trajo su carretón con su guardia de corps y ante nuestros ojos asombrados despojó de la lona el bulto aquel, apareciendo… un fonógrafo de aquellos antiguos que tenían una larga bocina metálica, y que el ingenioso ranchero había hecho aparecer como ametralladora ante toda aquella gente sencilla, que no conocía ni de vista y sí de oídas al mortífero aparato y sus consecuencias. Otra carcajada saludó a la ametralladora de Sotero, pero don Jesús lo felicitó por su idea, que le había aportado diez buenos soldados más a la causa.

En Allende se formaron dos columnas, una con el grueso de las fuerzas mandadas por el general González, que marchó delante, formada por los cuerpos comandados por el coronel Antonio I. Villarreal y el coronel Francisco Murguía, adiciona-

das con elementos que se habían reunido de varios lugares de Coahuila, como las fracciones de Dolores Torres, Ildefonso M. Castro, Enrique Navarro y don Reynaldo Garza, que comandaba parte de la gente del diputado y coronel Atilano Barrera.

La otra columna, que formaba la retaguardia, iba al mando del general Jesús Carranza y la formaban las corporaciones de Ricaut, don Francisco Sánchez Herrera, Rafael E. Múzquiz y una fracción mandada por Pedro Villaseñor, que era mayor entonces, y a la que se agregaron los ferrocarrileros que yo llevaba, cuando nos reunimos con don Jesús en la Hacienda de El Álamo.

Las fuerzas del general González salieron por Rosales, Hacienda de Guadalupe, Juárez y El Álamo Nuevo, partiendo de Rosales el 15 de octubre y llegando a El Álamo, después de dos días, y permaneciendo allí hasta que se incorporó don Jesús, y allí se acordó por todos los jefes reunidos el emprender la campaña sobre Nuevo León, llevando como objetivo la plaza de Monterrey, emprendiéndose la marcha rumbo a Candela el 18 de octubre, con un día de diferencia ambas columnas.

Don Pablo González, jefe de todas las fuerzas rebeldes de Coahuila, acababa de ser ascendido por el Primer Jefe a general de Brigada, nombrándose a sus fuerzas División del Nordeste con jurisdicción en Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas, por lo que las campañas relatadas y las que reseñaremos, se hicieron bajo su mando, debiendo advertir que siempre reinó en los comandos del general González la mayor disciplina posible, sobre todo en el medio revolucionario en que se actuaba.

Durante los días que estuvimos en El Álamo, se nos agotó la provisión de harina y nos acabamos el maíz que allí había, por lo que tuvimos que comer carne de borrego asada y sin sal, en tal cantidad, que por muchos años aborrecí ese comestible, que a mayor abundamiento, era muy grasoso, porque los carneros de los señores Milmo, que eran nuestros proveedores, me supongo que con hondo disgusto de su parte, estaban perfectamente alimentados y su carne era sumamente gorda.

La palomilla andaba un poco "desperdigada", como decía el buen *Tejerina*, pues sus componentes marchaban unos con Villarreal, otros con don Pablo y solamente quedábamos con don Jesús: Ricaut, Manuel Caballero, el que escribe y mi compadre Federico Barrera que allí se nos incorporó. También iba con nosotros, en la impedimenta, el célebre don Gabriel Calzada, jefe de Armas, jefe de la Aduana y árbitro de Piedras Negras, pero caminaba solo, pues este hombre, aunque buen revolucionario y hombre de cierta cultura, había cometido el error de ejercer una especie de tiranía que por desgracia lo enemistó con la mayor parte de los revolucionarios de aquel entonces, distanciándolo de ellos, y fue el único caso en que un compañero de aquella lucha no tuviera a su alrededor amigos y camaradas que lo alentaran en la brega.

Y así era como, mientras todos los demás chacoteábamos, bromeábamos y reíamos, alegres a pesar de las derrotas sufridas y el alejamiento de nuestros hogares y afectos, el pobre don Gabriel paseaba como alma en pena, bajo el cintilar de las estrellas, su soledad en medio de tantos hombres, impávido y sereno, pero con la amargura en el alma. ¡Pobre don Gabriel!

•

El Chaparro



ejemos por unos cuantos días a los generales González y Carranza, preparando su avance hacia Monterrey, seguidos por los núcleos de fuerzas revolucionarias que operaban en Coahuila, mientras cumplimos con un deber y una promesa: el deber de recordar a un héroe ignorado y humilde, *El Chaparro*, y la promesa de dedicarle un episodio como recuerdo a su valiente y noble actuación revolucionaria.

Era entonces Andrés Rodríguez, *El Chaparro*, un hombre del pueblo, creo que nativo, pero seguramente vecino de Candela, de pequeña estatura, de donde le venía el mote con que lo conocíamos más que por su nombre, moreno y de buenas carnes, de buen humor y servicial en extremo. Partidario del constitucionalismo, se alistó desde el principio de la revolución en sus filas, sirviendo en la fracción que mandaba Fortunato Zuazua como simple soldado, pero como era y debe

ser aún, un maravilloso conocedor del terreno desde Candela a Lampazos, Bustamante, Villaldama, etcétera, pronto se dio cuenta don Jesús Carranza de que en él tendría un poderoso auxiliar como correo, explorador y vigía para localizar al enemigo, pudiendo por su humildad y conocimientos en aquellos lugares penetrar a las plazas ocupadas por los huertistas sin despertar grandes sospechas. Y efectivamente, *El Chaparro* obtuvo y comunicó los informes que originaron los ataques a Lampazos, Bustamante y Villaldama unas veces con Zuazua, otras con Ricaut, con José E. Santos y con otros; guió a nuestros compañeros a la lucha con informes seguros, que producían casi siempre la derrota del enemigo y la consecución de parque y pertrechos, pues debe hacerse notar que en aquella primera etapa de la Revolución se combatió casi siempre con elementos arrancados al enemigo, inclusive las carretas cargadas de dinamita que se recogieron en el polvorín de Lampazos.

En una ocasión en que fueron a Bustamante los nuestros, llegaron al pueblo sin combatir, pues no había enemigo en él, y José E. Santos llevó a casa de su abuelita, doña Isabelita, por cuya salud se interesaba tanto *Pos-Pos* durante uno de los combates en Candela, a varios compañeros. Lo acompañaban el general Cándido Aguilar, Antonio Portas y Agustín Millán, y naturalmente *El Chaparro*, a quienes José invitó a desayunar en casa de su abuelita, pues llegaron muy temprano. La viejecita no conocía a ninguno y cuando José se los presentó, al decirle:

—Mamá, éste es el general Cándido Aguilar —lo vio tan joven, pues realmente lo era entonces. Le respondió:

—No se te quita lo embustero ni lo travieso, José, ¿cómo quieres que te crea que este muchachito es general? Ni don Jesús ni don Pablo son generales, menos va a ser este muchachito.

Y luego, dirigiéndose al general Aguilar, le dijo amablemente:

—Siéntate, muchachito y no tengas cuidado, que yo a este José no le creo ni el bendito.

La señora no conocía a *El Chaparro*, pero había oído hablar de él, sobre todo a los paisanos que no eran partidarios de la Revolución, así es que cuando José le preguntó:

—Bueno, mamá, ¿no nos va a dar de almorzar?

Ella le contestó:

—Si te doy a ti y a los que traigas, menos a ese bandido sinvergüenza de *El Chaparro*, que dicen que anda con ustedes.

—Pues este es *El Chaparro*, mamá —expuso Santos, mostrándole al aludido.

—¡Ave María Purísima! —dijo doña Isabelita y salió más que de prisa a darles de almorzar.



Jefes y oficiales revolucionarios: capitán Fernando Dávila, capitán Francisco Destenave, teniente Ángel Castañeda, capitán Arnulfo González, capitán Francisco L. Urquizo, mayor Jacinto B. Treviño, mayor Samuel G. Vázquez, capitán Jesús Gloria Galindo, mayor Ildefonso V. Vásquez, teniente José Cruz Salazar, fotógrafo, señor L. Mesa Gutiérrez, cónsul constitucionalista en Eagle Pass, teniente Benjamín Garza, mayor Francisco Artigas. En Monclova, Coahuila, mayo de 1914.

En los primeros días de la Revolución, allá por marzo o abril de 1913, un capitán federal de las fuerzas de Lampazos encontró por la Hacienda de El Carrizal al alcalde de Candela, que iba en un guayincito con sus dos niñas y asesinaron a los tres a pedradas, habiendo los nuestros recogido sus cadáveres causando este atentado gran indignación entre los nuestros, así como en el pueblo, pero como si no fuera suficiente, el mismo capitán capturó al alcalde de Bustamante y lo amarró a la cola de un caballo, arrastrándolo hasta dejarlo casi muerto, pero *El Chaparro* con astucia, logró conocer al tal capitán y reservó su actuación para el momento oportuno, que se presentó poco tiempo después, cuando por aquellos mismos terrenos, nuestras tropas se encontraron con el enemigo, al que derrotaron completamente, y entonces durante la acción, *El Chaparro* reconoció al capitán asesino, que montaba una hermosa mula, y como iba corriendo se lanzó en su persecución hasta que lo alcanzó y lo cogió prisionero, trayéndolo al campamento revolucionario, donde fue colgado inmediatamente, pues como antes he dicho, la justicia revolucionaria era expedita y no nos andábamos con grandes miramientos, ya que como alguien decía entonces: "Primero se fusilaba al enemigo y después se hacían las averiguaciones".

No hubo combate; no hubo encuentro de mayor o menor importancia, donde *El Chaparro* no estuviera, pues no se contentaba con servir de guía, sino que entraba a los balazos en primera línea, y tampoco hubo comisión, por peligrosa que fuera, que él no desempeñara, llevando comunicaciones a nuestros partidarios dentro de las poblaciones y adquiriendo valiosos informes sobre número, posición y estado del enemigo.

A todos, oficiales y soldados, exceptuando a los jefes, nos llamaba *El Chaparro* sobrinos, y cuando andaba por allí, después de alguna correría el célebre Sotero Cruz, el de la metralladora, comenzó a decirle "sobrino por acá" y "sobrino por allá", a lo que respondía con un gruñido Sotero, que tenía un

carácter más reseco y menos amigo de bromas que un peñasco; pero al fin tanto lo "sobrineó" y tan bien logró introducirse con él, que por fin Sotero le comenzó a decir "tío".

Y una vez trajo Sotero un caballo que se había apropiado en alguna de sus correrías y con el que presumía mucho, sobre todo de que era muy bueno para saltar, y tanto estuvo molestando con su caballo brincador, hasta que le dijo *El Chaparro*:

—A que no brincas esa cerca, sobrino.

—Pos ni usté la brinca.

Era una cerca de cuatro hilos bastante alta y Sotero le desconfiaba con razón, pero tanto le estuvo insistiendo *El Chaparro* hasta que dijo:

—Bueno, tío, si usté la brinca, yo también.

—Pos ándele, que pa luego es tarde, sobrino.

Y se lanzaron los dos a media rienda sobre la cerca, pero unos cuantos pasos antes de llegar, *El Chaparro* refrenó su caballo, que se paró rayando el suelo con las manos, mientras Sotero se fue sobre la cerca, que no pudo saltar el animal, cayendo y rompiéndose el cuello el pobre caballo y salvándose el jinete por casualidad. Pero aquellos hombres eran de hierro y sólo dijo Sotero:

—A qué tío tan desgraciado me ha dado Dios.

Desde los primeros combates en Lampazos, Bustamante y Villaldama, del 7 al 17 de marzo de 1913, en la acción del Puerto de Bustamante, donde por poco captura el enemigo al coronel Pablo González, el 18 del mismo mes, el 28 también de marzo, en que los constitucionalistas asediaron y tomaron la plaza de Lampazos y en el segundo combate del Cañón de Bustamante, el 5 de abril, siempre estuvo *El Chaparro* en su puesto. Después en los múltiples ataques y contraataques que se libraban casi diariamente en la misma zona, durante los meses de abril, mayo y junio, hasta nuestra salida de Candela y la recuperación de dicha plaza, fue uno de los factores más importantes, por los servicios que he señalado y que prestaba con toda buena voluntad, siempre de buen humor, siempre sonriente, lo

mismo a la hora del peligro que cuando se trataba de degollar una res para la alimentación de sus compañeros.

Y ya que de reses se trata, acude a mi memoria una de las ocurrencias de Andrés, pues hay que recordar que nos llamaban nuestros enemigos "roba-vacas" y "come-vacas", tildándonos de que nos robábamos y matábamos las reses de quienes considerábamos enemigos de la Revolución, lo que en parte es cierto, pero si bien se mataban los animales en cuestión, porque era necesario alimentarnos y había que coger el ganado de donde lo hubiera, no es verdad que nada más a nuestros enemigos se perjudicara, pues precisamente en Candela nos comimos muchos cientos de reses pertenecientes a don Jacobo Martínez, partidario nuestro y amigo de nuestros jefes, pero como decía *El Chaparro*:

—Pobrecito Jacobito, pero sus vacas están más cerca y no hay que ir a traerlas del terreno enemigo.

Y cada vez que se cogía una res de don Jacobo, al ir a matarla Andrés, decía muy serio, y con la cara muy compungida, precisamente al meterle el cuchillo al animal:

—¡Alma mía de Jacobito!, dispénsame, pero el que es mandado no es culpado. Ay te la pagará la Revolución.

Y sacrificaba al cuadrúpedo con toda tranquilidad, apartando casi siempre los "lomitos" para don Jesús y unos bocaditos para doña Salomenita, que nos daba de comer a la palomilla, y que era muy apreciada por él. Y así, diariamente, por mucho tiempo, se jugó este hombre la vida, sirviendo a una causa que consideró justa y santa, sin importarle el mañana, sin medir los peligros a que se exponía a cada momento, mezclándose entre el enemigo para recabar informaciones, guiando a los rebeldes al combate, llevando comunicaciones comprometedoras a través de las filas del enemigo, con la estoicidad proverbial de nuestra raza, para que ahora, cuando ya está viejo, sin energías y casi sin vista, la Revolución, a la que sacrificó sus mejores años y a cuyo servicio se entregó con alma y cuerpo, lo haya dejado abandonado a su suerte, en el rincón de su pueblo, sólo

con sus añoranzas y sin el espejismo siquiera de una esperanza para el futuro, porque de los jefes que lo conocieron, quedan muy pocos, pues la terrible guadañadora ya pasó su hoz trágica sobre sus cabezas.

No hace muchos días recibí una carta de *El Chaparro*, ruda como él, pero también sincera y doliente como su vida, uno de cuyos párrafos dice: "Aunque su compañero está en una vida solitaria, porque de tanto amigo y compañero que tuve cuando hacíamos las correrías para salvar nuestros principios de la Revolución, usted es el primero que se ha acordado de mí…"

¡Pobre y viejo compañero! Amargado y entristecido en tu rincón pueblerino, quizá este episodio no sea del agrado de muchos porque no te he pintado como un héroe de leyenda, altanero y soberbio, en tu corcel de guerra, derramando mares de sangre y ejecutando proezas dignas de los Amadises de Gaula y Pandafilandos de la Torva Vista, sembrando el luto y el exterminio a tu paso, pero te he pintado como eras: noble, valiente y abnegado; humilde y sereno y sobre todo alegre, porque los hombres buenos siempre son llenos de alegría y es mi deseo, puesto que he cumplido mi promesa de dedicarte un recuerdo, que revivas en tu memoria, siquiera por unos instantes, aquellos días de lucha cruenta, pero sagrada, en la que jugamos un papel humilde, pero honroso, tantos hombres animados por un solo ideal: el triunfo de la causa del pueblo.

He retratado a Andrés Rodríguez, *El Chaparro,* y lo he presentado tal y como era, porque este hombre es el retrato fiel de la mayoría de los hombres que fueron a la Revolución, porque casi todos, como él, eran campesinos, de poca ilustración o de ninguna mejor dicho, pero nobles y valientes, que sentían instintivamente el ideal revolucionario y luchaban por él con la esperanza de vindicar los derechos suyos, los derechos del pueblo.

De esa masa salieron generales, coroneles y otros quedaron tendidos en el campo de la lucha, con los ojos hacia el azul, y otros más quedaron, como *El Chaparro,* olvidados como si

hubieran muerto también, enterrados en vida en el rincón pueblerino, sin más solaz que transmitir a sus hijos o a sus nietos sus recuerdos de la contienda libertaria, que pasará como una tradición hasta que se pierda en el futuro, y sin vislumbrar siquiera el espejismo vago de una esperanza, que endulce la última etapa de su vida transitoria sobre este planetilla que llamamos mundo.

¡Adiós, *Chaparro*! He cumplido mi palabra.

•

La máquina 733



La revolución constitucionalista fue popular, porque sus filas fueron integradas por todas las clases del verdadero pueblo: campesinos, obreros, empleados y profesionales, unidos por un ideal único, se lanzaron a la lucha, sin conocimientos militares, sin preparación alguna, sin armas ventajosas, pero con una fe en el triunfo, que rayaba en la locura. Todos estos componentes prestaron enormes servicios a la causa de la libertad, pero quiero hacer esta recordación, en honor de un gremio que sacrificó un porvenir, comodidades y grandes sueldos con el desprendimiento y la valentía que le caracteriza: el ferrocarrilero.

En los primeros días de la Revolución, cuando don Venustiano Carranza desconoció al gobierno de Victoriano Huerta, el maquinista Adolfo García, que murió años después, sacó a la familia del Primer Jefe de Saltillo hasta Piedras Negras, siendo

el conductor Alfredo Rivera, y sintiendo no recordar quién fue la tripulación de aquel histórico convoy.

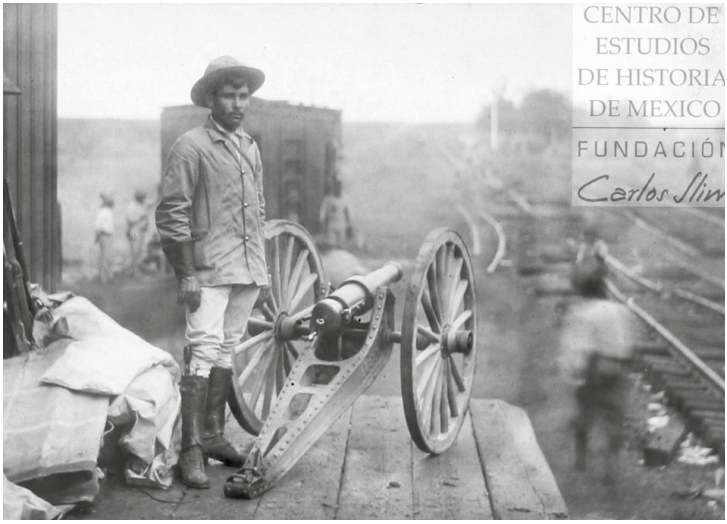
El día 9 de marzo de 1913, el superintendente de la División de Monclova, Charles Stich, giró el siguiente telegrama, a las 9 de la mañana: "Todo el personal pasará a Eagle Pass, donde recibirá sus sueldos de acuerdo con su categoría de empleo". Esta orden fue el resultado de la conferencia que el coronel Pablo González celebró con el superintendente Stich, a quien manifestó que la Revolución no quería ferrocarrileros forzados, y al efecto, a las 3 de la tarde el mismo coronel González hizo transmitir este mensaje:

> Por orden del C. Venustiano Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, se invita al gremio ferrocarrilero esta noche al Teatro Juárez, para tener una junta a las 8 p. m.

A dicha junta asistieron el Primer Jefe, el capitán primero Jacinto B. Treviño, jefe de Estado Mayor del señor Carranza, el coronel González, el teniente coronel Teodoro Elizondo, el capitán primero Francisco Artigas y otros oficiales, así como muchos ferrocarrileros. El Primer Jefe dirigió la palabra a los presentes, con aquella parsimonia y claridad de expresión muy suyas, dándoles cuenta de la situación, y explicando con toda llaneza cómo el general Victoriano Huerta, después de haber abrazado al presidente Madero, lo había traicionado, derrocándolo y después asesinándolo, apoderándose del poder, y terminó en estos o parecidos términos: "La Revolución necesita correr sus trenes militares en la División de Monclova, pero para ello no quiere ferrocarrileros forzados, sino voluntarios, que sientan y estén de acuerdo con los postulados del Plan de Guadalupe, advirtiendo también que no tenemos dinero suficiente para pagar los servicios que se presten a la Revolución, mientras que el superintendente Stich tiene instrucciones para que los que se trasladen a Eagle Pass, sigan allá recibiendo sus sueldos, y nosotros estamos dispuestos a permitir que salgan a Eagle Pass todos los que estén de acuerdo con el señor Stich.

Por lo pronto, necesitamos seis tripulaciones completas para los movimientos en la División".

El primero que dio un paso al frente fue el ferrocarrilero maderista conductor Donaciano Martínez, y tras él los conductores Filemón Peña, Alfredo Rivera, Bartolo González, Daniel Flores, José Corona y Ricardo Cedillo y los maquinistas: Zenón Rodríguez, Matías Tamez, Otilio Galván, Margarito Barrera, Pedro Ortegón, Adolfo García y Valentín Mayme, quedando todavía cuatro tripulaciones más en reserva, con los conductores Emilio García, Refugio Álvarez, Ricardo Blackaller, Luis Santos y Lázaro Benavides, estos dos últimos en esos días se habían desertado de los trenes de los pelones en Joya y maquinistas Leonardo Dávalos, Lucio Frausto y otros cuyos nombres no recuerdo, así como los de garroteros y fogoneros, entre ellos Tomás Galván.


CENTRO DE ESTUDIOS DE HISTORIA DE MEXICO
FUNDACIÓN Carlos Slim

Cañón hecho en Piedras Negras por las fuerzas constitucionalistas. Centro de Estudios de Historia de México, CARSO, LXVIII-3. 1. 44.

Donaciano Martínez, al terminar la junta, hizo una colecta entre los ferrocarrileros, que produjo $800.00, los cuales puso

en manos del Cuartel General, para ayuda del hospital y gastos de campaña.

Esta misma noche se organizó el servicio, pues al día siguiente, 10 de marzo, deberían salir todos los que acompañaron al señor Stich, esto es, los que no siguieron a la Revolución, entre ellos todos los oficiales de la División Ferrocarrilera.

Inmediatamente fueron nombrados, jefe de Despachadores Francisco G. de la Cerda y Telegrafistas, Antonio Pruneda, quien llegó a general más tarde, Ángel de la Peña y Secundino Sáenz; jefe de Trenes, José Corona; jefe de Maquinistas, Margarito Barrera; jefe de Vía, Federico Rodríguez y jefes de Patio: en Monclova, Jesús Rodríguez; en Sabinas, Cruz Cantero, y en Piedras Negras, Margarito Herrera; maestro mecánico en Monclova, Victoriano Macías, y en Piedras Negras, Jesús Montañés. A moción de los ferrocarrileros fue nombrado el jefe de Estación de Cuatro Ciénegas, José Domínguez, como administrador de los Ferrocarriles Constitucionalistas, siendo su ayudante Silviano Pruneda.

Y desde aquella memorable fecha los "hermanos del riel", como los llamábamos entonces, comenzaron su tremendo trabajo revolucionario. La División de Monclova principiaba en Espinazo, para terminar en Piedras Negras, contando con 324 kilómetros de vía, incluyendo los ramales de Cuatro Ciénegas, Múzquiz y Rosita.

Y es de pensarse lo raro de esta curiosa vida que vivimos, pues Espinazo, teatro de cientos de combates y escaramuzas, terminal de la vía férrea constitucionalista, revolucionario, continuaría siendo una estacioncilla ignorada, a pesar de su gloriosa historia guerrera, si no hubiera tenido la maravillosa ocurrencia de servir de teatro también a las hazañas taumatúrgicas del celebérrimo Niño Fidencio, que hizo repetir su anatómico nombre hasta más allá de nuestras fronteras.

Pero volvamos a los "rieleros", para recordar que allí dieron principio sus trabajos en el campo rebelde, y que así como

he consignado cuál fue el primer automóvil rebelde, es de rememorarse que la primera máquina que sirvió a la revolución en acciones de guerra y en operaciones militares, fue la número 733, una de las más grandes que había en Monclova. Esta máquina arrastraba el caboose 35478, con su conductor, el valiente y activísimo Donaciano Martínez, pero de su maquinista y demás tripulación prefiero callar los nombres, aunque los recuerdo bien, por razones que me reservo, pero haciendo constar que fueron de los bravos entre los bravos, abnegados y nobles.

En aquella época, los ferrocarrileros llevaban su carabina como soldados, porque a cada momento el enemigo atacaba y había que responder al fuego, hasta cumplir la comisión que llevaban y era aquel trabajo de los rieleros tan arduo y tan expuesto, que había ocasiones en que se destruía hoy un tramo de vía y al día siguiente, por necesidades de la campaña, había que reconstruirlo para atacar al enemigo.

Y mientras nuestros ferrocarrileros hacían prodigios de valor y esfuerzos inauditos para cumplir con sus compromisos de servir a la Revolución, en Piedras Negras vivían tranquila y regaladamente los que no habían querido seguir nuestras banderas y seguían cobrando sus sueldos en Eagle Pass. Este estado de cosas originaba que cada vez que los "rebeldes" iban a Piedras Negras y se encontraban con sus compañeros de "la engorda", como ellos los calificaban, ya fuera en el hotel de los chinos, donde comían en las cantinas o plazas, se escuchaban frases de este tenor:

—Quiubo, chacal, mula —le preguntaba un rielero revolucionario a uno de los de "la engorda".

Y el otro respondía:

—Lo que traigas "roba-vacas" talísimo…

—Pos nomás que don *Venus* no ha dejado de ser el padre de tu *Vitoriano.*

—Nomás no me engrueses la toquilla —decía el aludido.

—Pos si quieres tanto a tu papá Huerta, por qué no te pelas con él, como los hombres y no estás aquí no más de engorda.

Y sonaba una bofetada y se armaba una de las de Dios es Cristo. Esto sucedía un día sí y otro también, mientras en el frente de batalla rugían los cañones y la sangre corría también diariamente.

Y así llegaron los días negros, los días de derrotas gloriosas, pero derrotas al fin. El 10 de julio, en que Matilde Saldaña Treviño, telegrafista en Bocatoche anunció la llegada del enemigo y que las bombas de dinamita, con una enorme carga de fierros que se encontraban enterrados para hacerlos explotar, no dieron "chispa", y se perdió Bocatoche, pues cuando don Pablo González, en la máquina 733, con un puñado de hombres y sus bravos rieleros llegaron al kilómetro 240, frente a las lomas de Juan Sánchez, ya el enemigo estaba posesionado y sólo por una de esas casualidades inexplicables no los mataron a todos, porque yo vi después al famoso caboose número 35478, con todos los vidrios de las ventanillas rotos y materialmente acribillado a balazos.

Y aquí cabe recordar uno de esos hechos notables, que retratan el carácter de nuestros hombres del "riel". En uno de aquellos ataques del enemigo sobre la vía férrea a la máquina exploradora, no sé cuál ni quiénes sus tripulantes, al echar hacia atrás se le cayó de la vía el *truck* trasero del caboose. Y bajo el fuego del enemigo, los garroteros comenzaron a meter los "sapos" que se usan para estos casos. El conductor veía y urgía a uno de los garroteros, diciéndole:

—Métele una piedra para que levante el "sapo".

—No hay ya piedras —decía aquél.

—Pues métele un palo.

—Ya no tengo qué meterle —respondía.

Y ya nervioso el conductor, pues el enemigo se acercaba, le dice:

—Pues métele a tu… abuela.

—Le meteré a la tuya —contestó en el mismo tono el garrotero.

Y el otro dijo:

—Pues métele a las dos, pero pronto, porque ya están encima los pelones.

Y quién sabe qué meterían, pero subieron el caboose a los rieles y se salvó el convoy.

De Monclova sacaron Donaciano Martínez y los suyos todo el material rodante y destruyeron la vía hasta cerca de Adjuntas, colocando, como ya he dicho anteriormente, una cadena muy gruesa entre los rieles y estirando con una máquina, de manera que dejaban la vía hecha una "charamusca".

La 733 y sus tripulantes eran incansables; estuvieron siempre en la vanguardia, en los combates de Hermanas, de Aura y de Barroterán; destruyeron la vía hasta Allende y allí terminaron su labor en aquella División. Del mismo modo cumplieron las diez tripulaciones y los demás empleados ferrocarrileros constitucionalistas, quienes al retirarse las fuerzas del general González y de don Jesús Carranza rumbo a Nuevo León, fueron reconcentrados a Piedras Negras, menos los de la 733, que volaron su máquina y se incorporaron carabina en mano a las huestes libertarias. También los demás se organizaron en Piedras Negras, en el que se llamó Cuerpo Ferrocarrilero y que el que habla tuvo el honor de conducir hasta Hidalgo, Coahuila, donde se montaron y armaron aquellos valientes, con la cooperación decidida y noble del mayor Juan Manuel Lozano, partiendo de allí a incorporarse con el general Carranza, a quien los entregué en la Hacienda de El Álamo, y de allí fueron comisionados en diferentes corporaciones para aprovechar mejor sus servicios.

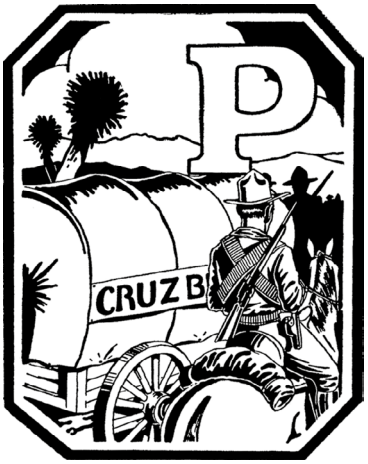
Y estos servicios fueron eminentes pues en Matamoros, en Ciudad Victoria, y después en Monterrey y en Tampico, a medida que se tomaba un tramo de vía, sufridos desmontaban de sus cabalgaduras para ir a servir en las máquinas y trenes en sus diferentes categorías y así hasta el triunfo de la Revolución.

Quizá muchos de aquellos "hermanos del riel" recuerden todavía que cuando los monté en Hidalgo, más de una docena le pusieron el freno al caballo al revés, y hasta hubo uno que al montar "tantió mal" y quedó con la cara para la cola del penco, y esto, que parece cosa de risa, para mí es de honda emoción, porque demuestra la abnegación de aquellos hombres recios como el acero que abandonaron comodidades, sueldos y lo que les brindara el usurpador, por seguir una bandera aparentemente derrotada, pero querida para ellos, porque significaba su ideal: la libertad.

Mucho tendría que contar de los ferrocarrileros, pero esta narración se alargaría demasiado y ya volveremos a encontrarlos porque en todas estuvieron, y siempre dignos, siempre valerosos y siempre leales. Algunos de ellos llegaron a ser generales: Antonio Pruneda, Heliodoro Pérez y otros. Muchos coroneles, como Donaciano Martínez y muchos más, pero muchísimos, cayeron para no levantarse más, en el combate o fusilados, porque los "mochos" no perdonaban al ferrocarrilero que lograban coger y lo colgaban sin remisión.

Y antes de terminar, algo que es curioso. Años después de terminada la Revolución, a los ferrocarrileros les han desconocido y borrado lo que llaman "derechos de carabina", esto es, que el tiempo que no anduvieron en trenes, sino a caballo, porque no tenían vía, no se les toma en cuenta en su antigüedad, que esos son los "derechos", según entiendo, mientras que a los que se fueron a Eagle Pass y a los que no sirvieron a la Revolución o sirvieron en el campo enemigo, sí les reconocen esa antigüedad o "derechos" en el escalafón. Esto para mí es un misterio, pero hay que advertir que a mí todo lo que se relaciona con el "monstruo de acero" me parece misterioso; desde la complicada maniobra para entrar a una estación hasta el inexplicable lío de los "derechos de carabina" desconocidos, sin perjuicio de reconocer los derechos de… ¿de qué? Sigue el misterio.

La Cruz Blanca Neutral Carrancista



Para reanudar el hilo de mis narraciones podría decir, como dicen que dijo Fray Luis de León, al comenzar de nuevo su cátedra interrumpida por cuatro años de prisión: "como decíamos ayer…", cuya cita haría indudablemente notar mi erudición, pero muchos sabemos que la erudición se basa por lo regular en una buena enciclopedia, que se compra o se pide prestada cuando el caso lo requiere y por eso prefiero citar la canción del "Barco chiquito" que dice: "volveremos… volveremos… volveremos a empezar…"

En la Hacienda de Guadalupe, el general Pablo González, jefe de la División del Nordeste, había ordenado la formación de tres columnas, una bajo su mando directo y las otras a las órdenes del general Carranza y el coronel Antonio I. Villarreal respectivamente, marcándoles su itinerario. Don Jesús pasó como he dicho, a la Hacienda de El Álamo a esperar la reconcentra-

ción de los elementos que operaban en el norte de Coahuila, y allí lo dejamos, mientras nosotros, los pobres rebeldes, nos ocupábamos en merendarnos los suculentos borregos que por allí pastaban, muy ajenos de la muerte que les habían deparado las contingencias de la guerra.

Fueron llegando las fracciones de los jefes Indalecio Riojas, Pedro Treviño Orozco, Florencio Morales Carranza, Víctor Villarreal y otros que no recuerdo, con los que quedó integrada la fuerza de don Jesús Carranza. Mientras tanto, el general en jefe había ya salido de Guadalupe, con la gente de Murguía, Ricaut, Benjamín Garza, Bruno Neira y en su escolta personal a los bravos capitanes Alfredo Flores Alatorre, Carlos y Arcadio Osuna. También el coronel Villarreal había salido de Guadalupe con los contingentes de los jefes Ramírez Quintanilla, Julio Soto, Faustino García, Ildefonso Castro, Severo de la Garza y otros, llevando como jefe de Estado Mayor a José E. Santos y de la escolta a Francisco L. Urquizo.

El 18 de octubre salimos de El Álamo, pero antes de la partida, el general Jesús Carranza ordenó se formara la columna en dispositivo de marcha para evitar cualquier sorpresa, pues no hay que olvidar que íbamos a pasar por Candela y que la vía del Nacional, que estaba bien cerca, se hallaba en poder de los pelones que tenían fuertes destacamentos en Rodríguez, Lampazos y otros puntos, y trenes militares que exploraban continuamente la línea herrada, así es que se dio la vanguardia a Rafael E. Múzquiz e Indalecio Riojas, la retaguardia al bravo teniente coronel Francisco Sánchez Herrera y en medio marcharía el grueso de la fuerza, llevando detrás la impedimenta.

Momentos antes de salir se presentó un oficial joven y simpático, a quien yo conocía mucho, porque como mi humilde personalidad, había tenido el honor de nacer en la risueña y bella poblacioncita de Rancho Nuevo, Coahuila, que hoy se llama Villa Lamadrid, por obra y gracia del profesor y después mayor constitucionalista Ángel H. Castañeda… pero éste es otro cuento. Este oficial, pariente retirado mío, era y creo que

aún es, aunque he perdido sus huellas, Alfonso Boone Aldrete, y traía un gran pliego, que entregó a don Jesús. El general se volvió hacia mí y dijo:

—Mire "W" —porque así me llamaba el cariñoso jefe, que nos hablaba por nuestro nombre y no por grado a todos sus subordinados, y a mí por mi inicial, como todos mis compañeros lo hacen hasta la fecha—. Hágame favor de ver qué es esto tan largo.

Lo primero que leí, en voz alta, fue un encabezado escrito a mano con bella letra cursiva, que decía:

"Brigada Carranza - Ejército Constitucionalista, Cruz Blanca Neutral Carrancista".

Y después:

> C. General Jesús Carranza.—Presente.—Tengo el honor de solicitar de Ud. que se sirva proporcionarme una escolta de diez hombres montados para resguardar esta ambulancia y a los heridos que se recojan.—Respetuosamente.—El mayor médico capitán segundo, jefe de la Cruz Blanca Neutral Carrancista.—Prisciliano Ruiz.—Rúbrica.



Venustiano Carranza oyendo el primer número del programa "Puerto San Antonio" la víspera del combate de Candela. SINAFO.

El primero en soltar una carcajada homérica fue el general, a la que hicimos coro Manuel Caballero, Simón Díaz, Jesús Novoa y el que escribe, pues realmente era graciosa la "neutralidad" de aquella "cruz blanca" que se denominaba "carrancista" también, amén de aquel "mayor médico", que al mismo tiempo era "capitán segundo". Como ya estábamos a caballo, don Jesús tendió la vista hacia donde estaba la impedimenta a lo lejos y como tenía unos ojos de águila, me dijo:

—Vaya a ver qué tienen aquellos carros que se miran atrás de la gente.

Partí al galope hacia donde me mandaban y me encontré con dos buenos carros entoldados, con sus magníficas mulas, pero en cada uno de sus costados portaban un largo trapo verde que los cubría, con una cruz blanca en medio y el consabido letrero en caracteres enormes: "Cruz Blanca Neutral Carrancista" y junto a ellos al "mayor médico capitán segundo", sin título naturalmente, y sus secuaces, que eran cinco o seis enfermeros o asistentes, portando cada uno un brazalete que les cubría todo el antebrazo, de lustrina o género parecido, verde y con la famosa Cruz Blanca y su original letrero idéntico al de los carros. Interrogué al mayor capitán Ruiz sobre el significado de aquello y me dijo tan campante:

—Es que si por desgracia cayéramos en poder del enemigo, nos respetarían, así como a los heridos.

—Sí —le dije—, aténgase al santo y no corra y verá lo que le sucede.

Y partí a informar a don Jesús sobre aquel flagrante ataque a la gramática, mientras el mayor capitán se quedó tan tranquilo esperando la escolta que había pedido. Don Jesús contestó con el oficial Boone Aldrete que no tuviera cuidado don Prisciliano, pues iba bien resguardado entre la columna, pero que cuando fuera necesario se le proporcionaría la tal escolta. Este don Prisciliano Ruiz era un hombre ya entrado en años, con barba puntiaguda, bueno y leal y aunque sus

principios revolucionarios fueron tan antigramaticales, llegó a general en 1917 o 1918, en Puebla.

Salimos por fin de El Álamo, creo que con beneplácito de los borregos y de sus dueños, y por la tarde llegamos a las orillas de Candela, por donde ya había pasado primero Villarreal y después don Pablo, pero el general Carranza no quiso entrar a la población y pernoctamos entre ésta y un ranchito que se llama Santiago Valladares, a la salida del cual hay una gran acequia que tiene un puente sobre el camino que conduce a Candela. Junto a esta acequia acamparon las fuerzas del teniente coronel Sánchez Herrera. Como a trescientos metros al oriente, entre unos maizales y junto a una pequeña acequia, la impedimenta, el Estado Mayor y el grueso de la fuerza y más al oriente y al norte, cubriendo los caminos de la vía ferrocarrilera y de Candela, Múzquiz y Riojas. En Santiago Valladares, que es donde desemboca el camino que viene de Lampazos se colocó un pequeño retén o avanzada, pues la gente de Sánchez Herrera estaba muy cerca. Don Jesús desmontó de su gran caballo prieto, donde parecía clavado en cuanto montaba, pues nos cansaba a todos aquel hombrazo de campo, que no sentía ni el sol ni la fatiga y a quien jamás oí renegar, ni hablar mal de nadie, ni usar de malas palabras para regañar a sus subordinados; mandó tender los sudaderos de su montadura, como de costumbre y antes de recostarse a descansar, bajó con mucha parsimonia a la acequia y metió al agua su famosa cachucha negra.

—Mi general —dijo uno de nosotros— ¿qué va a hacer?

—Voy a lavar mi cachucha, porque está muy sudada.

—No, mi general, se le echa a perder con la agua.

—Nada de eso; no les he dicho mil veces que es impermeable y muy impermeable y no se hace nada.

Y mientras hablaba, hundía la cachucha en el agua, boca arriba, pero aquel diablo de artefacto, con toda su impermeabilidad, se llenó de agua hasta arriba, con honda consternación del general Carranza, que no podía creer lo que veía. Reímos de buena gana y él también con nosotros.

Yo me permitía el lujo de llevar dos asistentes, a cual más buenos, Isidro Esquivel, de mi pueblo, valiente como él solo y hombre de campo, y Manuel Reyes, de Las Flores, cerca de Nadadores, más joven, pero también de campo. Éste llegó a coronel y murió creo que en el sur. Con ellos dos y acompañado por dos de mis buenos amigos y "contlapaches", el formidable Santos Dávila Arizpe y el buen Félix Bermea, montamos de nuevo y nos dirigimos hacia el puente de que hablé, porque al pasar por allí habíamos visto un ganado de cabras y un jacalito, y teníamos unas ganas feroces de comernos un cabrito y como lo pensamos lo hicimos, pues el pastor nos vendió el animalito en cincuenta centavos, que pagamos religiosamente y lo dejamos amarrado para volver al siguiente día muy temprano y almorzámoslo en compañía de don Jesús.

Al día siguiente, como a las cinco de la mañana, ensillamos los susodichos y nos lanzamos a traer el cabrito y, sobre todo, a tomarnos un mezcalito que se había conseguido el ilustre Santos y que no queríamos compartir con otros compañeros, porque era muy poquito. Recogimos el cabrito y nos dirigimos, a caballo los tres, a Valladares para que allí nos lo prepararan y nos echaran unas tortillas de harina, de un costalito que llevaba mi asistente Manuel. Estos movimientos gastronómico-alcohol-íferos evitaron una catástrofe, porque al llegar cerca del puente oímos un tiro en Valladares y al momento Santos Dávila corrió hacia el frente, gritándome:

—Corre a avisarle a don Jesús que ay están los pelones.

Y volviéndose a Bermea, le dijo:

—Pícale a decirle lo mismo a don Pancho Sánchez Herrera.

Y picando él espuelas a su caballo, se lanzó sobre el puente, pero al cruzarlo sonó una descarga, y lo vimos voltear riendas y venir hacia nosotros. Había sido herido por una bala de ametralladora que perforó el fuste de la montura y le pasó las piernas, pero entre cuero y carne, por lo que poco después, con una curación, quedó listo para montar de nuevo. El teniente coronel Sánchez Herrera, aguerrido y sereno como era, orga-

nizó la defensa y mandó decir a don Jesús que el enemigo era bastante, pero que se bastaba él a detenerlo, y que avanzara la columna hacia Candela, sin preocuparse de él, que luego se incorporaría. Y lo que pudo haber sido una sorpresa, pues los pelones llegaron sin ser sentidos y mataron al retén, se convirtió en un encuentro, en que fueron rechazados con pérdidas huyendo poco después hacia Lampazos.

Pasamos por Candela momentos después y si mal no recuerdo, al cruzar por una de las calles de la orilla, un disparo rozó la visera de la cachucha de don Jesús, quien continuó su camino al mismo paso del penco prieto, y sin dejar de hablar con nosotros. En perfecto orden marchamos hasta como a las dos de la tarde, en que descansamos en un cañón cuyo nombre no recuerdo, y allí comimos, prosiguiendo nuestro camino rumbo a Salinas Victoria, que era el punto de reunión acordado.

Ese mismo día, 20 de octubre, el general don Pablo González, con la columna de su mando donde iban Murguía y los que he mencionado, después de haber tomado el día anterior las plazas de Hidalgo y Mina, Nuevo León, atacó al general Miguel Quiroga, de las tropas huertistas, en las cercanías de Topo Grande y al mismo tiempo atacó Salinas Victoria, habiéndose luchado por diez horas consecutivas sin lograr la toma de ésta. Mientras tanto, el coronel Villarreal con los suyos había salido por Candela, y tomado por sobre la vía siendo amagado por los trenes de tropas enemigas, pero les sacó la vuelta, entrando por el cañón de Gomas y tomó el camino de Mamulique, pero al cruzar la vía cerca del puente de Morales, se les echó encima un tren enemigo, que tiroteó a la columna casi a boca de jarro, pues el camino corre paralelo a la vía y no lo podían abandonar por haber una larga cerca de alambre. Sin embargo, este tren fue detenido por el bizarro capitán Severo de la Garza y después de un reñido encuentro en que salió gravemente herido, fue capturado el tren, muertos la mayor parte de los mochos que lo escoltaban y recogidos bastantes fusiles

Mausser, abandonándolo luego porque se vinieron otros trenes con mayor cantidad de mochos, a los que también se combatió, pero se retiraron los nuestros rumbo a la Hacienda de Mamulique. De allí pasó la fuerza del coronel Villarreal a Ciénega de Flores y general Zuazua.

Mientras tanto, nuestra columna, esto es la que mandaba don Jesús Carranza, avanzaba por el mismo camino que había seguido el coronel Villarreal, pero un día después, por lo que al llegar a Morales, nuevamente nos encontramos una guarnición enemiga con la que se combatió por más de dos horas, hasta que casi la acabamos, poniendo en fuga al resto rumbo a Salinas Victoria, hacia donde seguimos la marcha.

El general González pasó por Candela, el puerto de la Carroza y cayó sobre Mina, Nuevo León, donde había cuatrocientos federales, con los que se combatió toda la noche del 18, derrotándolos y recogiendo armas, parque y caballada. En esta acción salió herido ligeramente el coronel Francisco Murguía, sustituyéndolo en el combate el general González, como a las dos de la mañana. Después de un ligero descanso, esa columna, por órdenes del general en jefe, se dirigió a San Nicolás Hidalgo donde pernoctó el 19 y al siguiente día se lanzó sobre Villa Escobedo, guarnecida por el general Miguel Quiroga, a quien derrotó después de rudo combate una parte de la fuerza revolucionaria, porque al mismo tiempo se entabló la lucha en Salinas Victoria, fuertemente guarnecida por pelones al mando del general Guillermo Rubio Navarrete. Si bien se derrotó a Quiroga, en Salinas Victoria la lucha quedó indecisa ese día, pero el combate decisivo de Salinas, que entra en las operaciones preliminares del ataque a Monterrey, lo reservo para el siguiente relato.

Los contendientes quedaron esa noche en sus posiciones y el general González envió correos a los jefes Carranza y Villarreal para que apresuraran su marcha sobre Salinas Victoria. En Escobedo, se recogió un magnífico botín de armas y caballos ensillados y desde allí se mandaron quemar unos puentes rumbo a Monterrey.

El perico huertista



Aquella fría noche del 20 de octubre, como a las 12, se recibió el correo enviado por el general González en el campamento de don Jesús Carranza, que se encontraba en un paraje cuyo nombre no recuerdo. Mi tocayo Manuel Caballero, jefe de Estado Mayor de don Jesús, me despertó para que lo contestara, firmando don Jesús recostado, como de costumbre, en los sudaderos, con la montura de cabecera y la celebérrima gorra negra metida hasta las orejas. Disponía el general en jefe que avanzáramos a marchas forzadas sobre Salinas Victoria, y se contestó de enterado, y que se ordenaría el movimiento como se indicaba. Me acuerdo que para levantarnos, muy de mañanita, el buen Simón Díaz, hoy general, y entonces ayudante del general Carranza y jefe de sus asistentes, nos tenía ya unas grandes y deliciosas "mocas" de café caliente, que a espaldas del jefe bautizamos con un chorro de mezcal,

combinación llamada por nosotros "café con tripas". Muy temprano, rayando el alba, emprendimos la marcha en la dirección indicada y como a las diez comenzamos a oír el cañoneo lejano, por lo que se ordenó apresurar la marcha.

Esa misma mañana, como a las cinco, el general González había reanudado su ataque contra Salinas Victoria, donde se encerraba Rubio Navarrete con sus pelones. Las ametralladoras constitucionalistas, colocadas en buenas posiciones durante la noche, comenzaron a hacer fuego sobre los defensores, que contestaron briosamente. También el único cañón que nos quedaba, el pequeño *Rorro*, echaba su cuarto a espaldas, servido por uno de los hermanos Aponte, mientras Bruno Gloria, Daniel Díaz Couder y Alberto Salinas hacían prodigios con sus ametralladoras, obligando al enemigo a tomar posiciones dentro del pueblo. Poco después el coronel Murguía tomó una de las fortificaciones enemigas al norte del pueblo y luego el valiente capitán Carlos Osuna, con la escolta del general en jefe tomó otra posición al suroeste, rechazando a los huertistas con grandes pérdidas, pero con el inmenso dolor de perder a su hermano el bravísimo teniente Arcadio Osuna, con quien cayó también el no menos bravo subteniente León Ibarra y el subteniente Villarreal. El enemigo se rehace dentro del pueblo, pero entonces se levanta una humareda enorme sobre la vía, hacia el sur, lo que indica que el puente ha sido incendiado, y en esos precisos momentos una polvareda que se divisa sobre el camino de Ciénega de Flores, anuncia que Villarreal se acerca con sus fuerzas. Entonces los federales comienzan a batirse en retirada, atacados ya también por los nuevos combatientes rebeldes, y pocos momentos después nuestras caballerías, las del general Carranza, aparecen por el norte. Nos lanzamos sobre la estación, donde se veía un tren, pero éste salió violentamente entre un furioso tiroteo de los nuestros y pasó ante nuestros ojos asombrados por sobre el puente hecho llamas. Después supimos que en este tren iba Rubio Navarrete.

Los mochos se replegaron a la margen sur del río y allí presentaron todavía resistencia, pero atacados violentamente por las caballerías de Villarreal y don Jesús, se batieron en retirada. Los perseguimos hasta cuatro kilómetros al sur de Salinas y allí acampamos por órdenes del general González, estableciendo servicios de vigilancia desde Villa Escobedo hasta cerca de Ciénega.

En Salinas Victoria, después de que fue tomada por nuestras fuerzas creo que hubo algo de saqueo, pero cuando yo llegué ya el orden se había restablecido y sólo me acuerdo que José Santos andaba a caballo con una espadota muy grande, echando rayos y centellas contra un individuo, que me parece que era su pariente y que traía dos piezas de muselina, y que estaba muy compungido ante la filípica que José le largaba, más "media lengua" que de costumbre por el enojo.



El capitán Federico Silva Villegas. Centro de Estudios de Historia de México, CARSO, LXVIII-3, Carpeta 1.

Entre otros prisioneros se había hecho al mayor federal Ismael Tamez, a quien se trató de no fusilar, pero éste insultó a todo el mundo y sobre todo a la Revolución, por lo que fue juzgado sumariamente y ejecutado. También en Salinas fueron sepultados con los honores posibles, el teniente Arcadio Osuna y los subtenientes Ibarra y Villarreal.

El 20 y 21 permanecimos en la plaza de Salinas Victoria, descansando y comiendo, pues desde nuestra salida de Coahuila nuestros estómagos se habían alimentado muy parcamente y nuestros espíritus habían ayunado bastante, porque la palomilla andaba dispersa, pero allí tuvimos el gran placer de reunirnos y contarnos las fechorías y aventuras aisladas que a los dignos socios habían acaecido. Pero la nota cómica, que en medio del fragor del combate no podía faltar, pues creo haber casi comprobado con mis relatos que la "madre ironía" siempre se asoma a los dinteles de la tragedia, y hay que atrapar su gesto sonriente, con la velocidad de una cámara fotográfica.

El equipo ferrocarrilero, consistente en carros de caja, pues las máquinas se las llevaron los federales, que se tomó en la Estación de Salinas Victoria, fue saqueado por las fuerzas victoriosas, pero uno de los carros, medio abierto, fue teatro de este episodio. Al tratar de entrar a este carro varios soldados se oyó una voz fuerte y chillona que gritaba:

—¡Viva Huerta, roba-vacas desgraciados!

Los soldados retrocedieron unos pasos y cortando cartucho gritaron a su vez:

—¡Ríndase, pelón mula o lo cinchamos!

Pero el gritón, metido al parecer en un rincón del carro, seguía aullando:

—¡Viva Huerta! ¡Viva Huerta! ¡Viva Huerta!

Una descarga cerrada hacia dentro del carro y cuando iban a acercarse los soldados ya reforzados con otros y algunos oficiales, volvió a oírse al temerario pelón que lanzaba su: "¡Viva Huerta, roba-vacas desgraciados!" Ya se había reunido un buen número de hombres y un oficial entonces dijo:

—Pero, hombre, tantos hombres para un infeliz mocho. Allá voy a meterte a tu Huerta en el gaznate.

Y diciendo y haciendo brincó al interior del carro… Se oyó un ruido curioso, una serie de gritos de: "¡Papá… papá!" Y salió el oficial con un hermoso perico cogido del pescuezo, diciendo:

—¡Aquí está el hijo del chacal!

Un coro de carcajadas saludó al perico huertista que había tenido por media hora a más de veinte hombres entretenidos, creyéndolo un mocho rezagado y resuelto a morir por el usurpador.

Permanecimos en aquella plaza el resto del 21 de octubre, descansando y organizando la gente. Se habían recogido 168 *maussers* y alguna caballada y monturas, pero poco parque, de manera que para el ataque a Monterrey, se contaba con 45 cartuchos por plaza en la mayoría de las corporaciones, pero había algunas que apenas tenían de quince a veinte. Se recogió alguna dinamita y se ordenó al cuerpo de dinamiteros la fabricación de bombas, y también se envió al jefe de los electricistas, capitán segundo Luis Galindo que saliera a cortar teléfonos y telégrafos y a dinamitar la vía férrea hasta seis kilómetros al sur para evitar una sorpresa. Esa noche del 21, la ilustre palomilla, en Asamblea General, sentados los honorables y escandalosos miembros ante una hermosa fogata, con sabrosos jarros de café a la vera y en medio de la rueda, "la ignorancia" de José bien llena de exquisito mezcal, departimos felices, recordando que entre otros sucedidos nos contaron el que le pasó a David Berlanga, cuando la columna de Villarreal venía en marcha hacia Mamulique y fue que al pasar por un ranchito, por donde ya los soldados habían pasado llevándose las cañas de azúcar, que se comían marchando, el buen David llegó a la puerta del jacalito del rancho, donde se encontraba sentada una viejecita, a la que pidió agua. Ella se la sirvió en un jarro y después de dar las gracias David, que era muy correcto, le preguntó:

—Señora, hágame favor de decirme, y esas horquetas o palos en cruz que traen esos marranos en el pescuezo, ¿para qué sirven?

—Ah, señor —dijo la anciana—, esas horquetas se les ponen para que no crucen por las cercas de alambre y se coman las cañas, y la verdad es que sí he sabido que sus soldados son tan dañinos como mis puercos, le digo al general de ustedes que me les ponga horquetas, porque ya no me dejaron ni una caña.

Los que venían con David soltaron el trapo y le dijeron:

—¡Sóplate esa, profesor!

David picó espuelas sin despedirse de la viejecita. Pero esa noche de asamblea terminó pronto y al siguiente día, el 22, se tocó botasilla muy temprano y las columnas rebeldes comenzaron a movilizarse, llevando la vanguardia los jefes Carranza y Villarreal, llegando a San Nicolás de los Garzas como a las 11 de la mañana, desde donde ya pudimos ver a los enemigos posesionados en los cerros, entre Topo Chico y la Hacienda del Canadá… Y también recuerdo que cuando íbamos avanzando hacia San Nicolás, vimos en una lomita o alto del terreno una rueda de gente. Nos desprendimos Caballero y yo a ver de qué se trataba y era el sin par Benjamín Garza, valeroso capitán revolucionario, de quien hablaré después, que estaba bailando un jarabe zapateado que tocaba un soldado con un enorme acordeón. Volvimos a dar parte y poco después ordenó el general en jefe el ataque sobre Topo Chico. Comenzó un furioso cañoneo de parte del enemigo, que había emplazado dos piezas de grueso calibre sobre las lomas del Topo, pero los nuestros no se intimidaron y las caballerías de Villarreal y Murguía se lanzaron al combate, pero pie a tierra, dejando la caballada encadenada, mientras el regimiento del coronel Ricaut, que tenía muy poco parque, quedaba de reserva, en las labores del Canadá, listo para ayudar en caso necesario. Los escuadrones de los capitanes Benjamín Garza y Gaspar Cantú, y otros elementos treparon al cerro donde estaba la artillería federal, matando a los artilleros y capturando las piezas, siendo los primeros los subtenientes Francisco A. Tamez y José María Lozano. Ante el empuje de los nuestros, cuando acaeció este hecho, ya habían logrado batir a los pelones desalojándolos de sus posesiones primitivas, en las

laderas de los cerros, éstos se parapetaron todavía en el borde del ferrocarril, pero entonces las caballerías del general Carranza cargaron sobre ellos y poco después, como a las cinco de la tarde, se inició la desbandada del enemigo rumbo a Monterrey. Sobre el campo del combate fue ascendido a brigadier el coronel Antonio I. Villarreal y a mayores los jefes de Escuadrón Benjamín Garza y Gaspar Cantú, no habiéndose perdido en esta acción más que muy pocos hombres, pero sí disminuido la dotación de parque, pero en cambio se obtuvieron dos cañones St. Chaumond, tipo poderoso, de 80 mm, en perfecto estado, pero faltando el cierre a uno de ellos. Esta artillería era la primera de consideración con que contaban los revolucionarios, pues los cañones construidos en Piedras Negras se habían ya inutilizado y sólo teníamos el pequeño *Rorro*, haciéndose cargo de ella inmediatamente el mayor Carlos Prieto y el capitán Manuel Pérez Treviño. En este combate murió el teniente Cristóbal Osuna, otro hermano del valeroso Carlos Osuna.

Después de acampar las fuerzas y ordenar se establecieran los servicios de vigilancia, los generales González, Carranza y Villarreal, acompañados por algunos miembros de sus estados mayores, nos dirigimos a San Nicolás de los Garzas, donde en la oficina telefónica nos apeamos de los caballos, y el general Pablo González pidió la comunicación con el Palacio de Gobierno en Monterrey. Una vez obtenida, contestó el licenciado Salomé Botello, entablándose esta conversación:

—¿Quién habla?

—El general Pablo González, jefe de las Fuerzas Revolucionarias en San Nicolás, ¿y yo con quién hablo?

—Con el gobernador del estado, ¿qué desea usted?

—Hablar con el general Iberri, si usted lo permite.

—Espere un momento.

Luego el general González dice:

—Señor general Iberri, ¿quisiera usted ordenar que mañana salieran sus fuerzas a combatir con las mías fuera de Monterrey para evitar daños a la ciudad y a los no combatientes?

—Eso es cosa mía y a usted no tengo que darle ninguna cuenta —contesta el general Iberri secamente.

—Pero, señor general —contesta don Pablo—, es que las fuerzas de usted tendrán que hacer frente a las mías mañana temprano de cualquier manera, y lo que le propongo es una acción de guerra en las afueras para evitar perjuicios serios a la población, pero si usted no quiere reconocer esa necesidad, mañana tempranito nos veremos en Monterrey.

—Ustedes no llegarán aquí y pronto se los probaremos —dice el general Iberri.

—Así será, señor general —responde don Pablo—, pero no sé por qué se me figura que le tiembla a usted mucho la voz y probablemente las piernas…

Y cuelga la bocina del teléfono y se retira sonriendo, cosa rara en aquel jefe que era impasible en el triunfo y en la derrota. Los generales Carranza y Villarreal reían francamente y nosotros, que poco necesitábamos, armábamos uno de los sanquintines acostumbrados.

Aquella noche, en San Nicolás de los Garzas, el general en jefe en junta con los generales y jefes de las fuerzas del nordeste acordaron el plan de ataque sobre la capital de Nuevo León, designando los puestos de cada una de las columnas y señalando como hora de principiar el asedio las seis de la mañana del siguiente día, 23 de octubre.

Aquella noche bailó nuevamente Benjamín Garza ya mayor, cantó José Santos, gritó Máximo Canales, y todos cenamos como unos lobos y bebimos sin exageración, pero felices por los triunfos obtenidos en tan pocos días, aunque a decir verdad, no nos hacíamos muchas ilusiones sobre la toma de Monterrey, pero se trataba de pelear y sobre todo de obtener elementos de guerra, que sólo el enemigo tenía y era necesario quitárselos combatiendo, ya que de otra manera sabíamos muy bien que no nos los obsequiarían.

Esperemos, pues, la mañana, para iniciar el ataque a la plaza.



asi estaba por “cuartearme”, como dicen nuestros rancheros y pasar si no por alto, al menos a vuela pluma este tremendo combate, porque es muy difícil condensar en dos episodios estos acontecimientos y son tantos los recuerdos que se agolpan a mi memoria que no sé a cuál atender, pero debe tomarse en cuenta la índole de mis narraciones, no es militar, sino anecdótica y no puedo relatar movimientos detallados, ni entrar en consideraciones de ninguna especie, concretándome a escribir lo que vi.

En San Nicolás de los Garzas, el general Pablo González y sus jefes de corporaciones acordaron el ataque del 23 en la siguiente forma: el general Jesús Carranza atacaría la Cervecería Cuauhtémoc y vigilaría la línea al poniente hasta el Obispado; el coronel Murguía atacaría la Gran Fundición y ejercería vigilancia hasta San Luisito y el general González con su es-

colta, mandada por el valiente Carlos Osuna, iría con las fuerzas del general Villarreal que atacarían el centro, sobre la línea férrea del Golfo hasta la Cervecería. Se esperaba un refuerzo de combatientes y municiones que se había pedido al general Lucio Blanco, a Matamoros, pero como no llegaron, se decidió combatir. La plaza estaba defendida por el general Adolfo Iberri, con artillería mandada por: el teniente coronel Enrique Goroztieta, las ametralladoras y el capitán Ponce, las piezas de grueso calibre; y los siguientes cuerpos y fracciones: Primer Batallón, coronel Manuel Rojas; 12° Regimiento, coronel Teodoro Quintana; 37° Batallón, teniente coronel Alberto R. Doria; 6° Regimiento, teniente coronel Enrique Luebert y Brigada Irregular Quiroga, general Miguel Quiroga. Fracciones de los siguientes cuerpos: 9° Batallón, capitán Antonio Borrego; 47° Batallón, teniente Manuel Álvarez; 39° Batallón Irregular, comandante Francisco J. Tello; 8° Regimiento, mayor Enrique Miranda; 17° Regimiento capitán primero Manuel Jaramillo; 21° Regimiento Auxiliar, capitán primero Jesús Mancilla; 27° Regimiento Auxiliar, coronel Víctor Piña; Escuadrón Irregular del coronel Pablo de los Santos; Escuadrón Irregular del teniente coronel Simón García Quiroga y Escuadrón Irregular del comandante Zacarías Álvarez del Castillo. Estas fuerzas estaban posesionadas de la Cervecería, los graseros de la Fundición de Metales número 3, los cuarteles de la Calzada Unión, Palacio de Gobierno, el Obispado, la Penitenciaría y demás lugares estratégicos que fueron atacados furiosamente por nuestras fuerzas en el orden acordado la mañana del 23 de octubre de 1913.

Minutos antes de las seis de la mañana comenzó a batirse briosamente el general Villarreal en los graseros de la Fundición, y como diez minutos después el general Carranza cargó sobre la Cervecería, en tanto que el coronel Murguía, que había tenido que dar un rodeo para llegar a su objetivo, se lanzaba un cuarto de hora más tarde sobre la Gran Fundición, generalizándose el fuego para las 6:30 de la mañana.

Yo no sé cuáles serían los efectivos del enemigo, pues los datos de las corporaciones y sus jefes que doy son tomados de periódicos de la época y los consigno como dato histórico, pero sí puedo asegurar, porque me consta, que nuestras fuerzas apenas llegaban a mil hombres, y los artilleros, que sumarían unos cincuenta, todos de caballería y con menos de cien cartuchos por plaza en promedio; tres ametralladoras y tres cañones, los dos grandes que un día antes habíamos capturado al general Miguel Quiroga en Topo Chico, (uno sin cierre) y el famoso "Rorro", que apenas servía para asustar.



Jesús Carranza, Pablo González y otros revolucionarios. Histórica fotografía tomada en la Hacienda de Hermanas, Coahuila, el día 20 de julio de 1913, o sea diez días después de nuestra derrota en Monclova. SINAFO.

En media hora de lucha la columna del centro capturó los graseros, rechazando al enemigo hasta la Vidriera y entonces Poncho Vázquez y otro escuadrón nuestro efectuaron un movimiento envolvente, ordenado por el Cuartel General, sobre la Cervecería, cuyos defensores, al sentir este refuerzo se replegaron violentamente hasta la Estación Unión y los cuarteles,

pero entonces las dos columnas, Villarreal y Carranza avanzaron rápidamente, no dándoles tiempo de posesionarse, por lo que como a las diez de la mañana caían en nuestro poder la Estación, los cuarteles de Infantería, la Estación del Golfo y el Cuartel Terminal, con toda la calzada, mientras el coronel Murguía rendía parte al general González de que había ocupado la Gran Fundición y que sus fuerzas se batían en las calles de la ciudad, creyendo que para aquella hora estaba controlado el barrio de San Luisito.

El general González, que en esos momentos había establecido ya su Cuartel General en la Estación del Golfo, le comunicó que los cuarteles habían caído en nuestro poder, recogiéndose una enorme cantidad de armas y parque, por lo que podía mandar a remunicionarse y que siguiera combatiendo procurando ocupar el oriente y sur de la ciudad llevando como objetivo el Palacio de Gobierno.

Informado el general en jefe de que el botín obtenido con la toma de los cuarteles era inmenso, ordenó que se hiciera una requisa de guayines, carros y cuanto vehículo se encontrara y que se recogieran todos los elementos de guerra útiles, trasladándolos a San Francisco de Apodaca, así como que también se requisaran medicinas, algodón, vendas, etcétera, estableciendo también en Apodaca el Hospital de Sangre, a cuyo frente quedó el ilustre doctor Ricardo Suárez Gamboa, y dispuso que el general Jesús Carranza con una escolta, se hiciera cargo de la retaguardia, así como que custodiara en Apodaca estos elementos y el hospital, haciéndose desde ese momento el Cuartel General cargo de la columna de ataque de la derecha, que dejaba el general Carranza para cumplir su comisión. En seguida se ordenó remunicionar a las dos columnas, del poniente y del centro, y continuar el ataque, emplazándose la pieza de artillería gruesa en la Estación del Golfo, desde donde comenzó a disparar el mayor Carlos Prieto y el capitán Manuel Pérez Treviño sobre el Palacio de Gobierno, al que este último asestó un cañonazo en la esquina noroeste.

En la Calzada Unión había caído muerto el general auxiliar federal Miguel Quiroga, pero su cadáver fue ocultado debajo de una tarima, en una casucha de aquel rumbo.

Mi humilde personilla andaba como alma que lleva el Diablo entre aquel verdadero infierno de fuego y acero, porque un día antes, en San Nicolás, el apreciable coronel don Alfredo Ricaut me había llamado aparte y me dijo:

—Oye, calamidad, yo te necesito y quiero que te vengas conmigo como jefe de Estado Mayor, ¿quieres?

—Seguro que sí, mi coronel —le respondí.

Y él dijo:

—Bueno, ahorita voy a hablar con don Jesús, para que te pases conmigo.

Y dicho y hecho, nos encaminamos a donde el buen jefe estaba, junto con don Pablo y el coronel Ricaut le pidió mi pase como su jefe de Estado Mayor, a lo que accedieron tanto él como el general González y sin más trámites, porque ya sabemos que entonces la papelería salía sobrando, el ataque a Monterrey me encontró con el coronel Ricaut. A este jefe con sus escuadrones comandados por el mayor Jesús González Morín y los capitanes Indalecio Menchaca, Irineo Cruz, y Pedro Treviño Orozco, le tocó atacar el Cuartel del Terminal, lo que hizo con todo arrojo, pero como los pelones estaban duros de pelar y se defendían como gatos boca arriba, no los podíamos desalojar, y entonces me mandó que fuera a pedirle a don Pablo el cañoncito "El Rorro", para bombardearlos. Entre una lluvia de balas partí a media rienda hacia la Vidriera, donde estaba el Cuartel General en esos momentos y cuando llegué a donde estaba el general en jefe, eran los momentos en que éste daba órdenes a un ayudante para que municionaran gente, a otro para que intensificaran un ataque, y de pronto, no sé por qué circunstancias, se quedó casi sin ayudante, porque a su lado sólo estaban de oficiales, el capitán Luis Rucobo, que no lo abandonaba jamás, alto, gordo y serio, y el capitán Higinio Tijerina, el ilustre *Tejerina*, ya entrado en años, canoso, no muy alto, pero flaco y con su

bigote lacio y su barbilla cana, terminada en punta, a la usanza antigua. *Tejerina* era un ranchero valiente, pero precavido, con una gran experiencia y un conocimiento notable de casi toda la frontera de Coahuila y Nuevo León.

Era alegre como unas castañuelas, a pesar de no ser joven, y más bailador que un trompo, y todos lo queríamos muy bien por su carácter. En los momentos en que yo llegaba, el general González mandaba:

—Tijerina, háblale a un oficial para enviar una orden a Sánchez Herrera y otro para mandarle a Murguía y otro más para otra comisión…

Y Tijerina comenzó a gritar, dominando con sus alaridos el ruido de la balacera:

—¡Oficialitos de Estado Mayor! ¡Oficiales de Estado Mayor! ¡Oficiales desgraciados!

Y fue subiendo de tono y de color el llamado, pero ninguno se presentaba, por lo que no tuvo más remedio *Tejerina* que volver con don Pablo, y decirle:

—Mi general, no hay ni un oficial por aquí cerca…

—Bueno —respondió el jefe— entonces vaya usted a llevar esta orden.

Se conoce que el mandato no le sedujo a *Tejerina* no porque tuviera miedo ni cosa parecida, sino porque estaba lo mismo que Rucobo, acostumbrado a no abandonar al general González nunca, y entonces dijo en voz alta su frase altamente filosófica con sus ribetes de psicología oficialera:

—¡Oficiales de Estado Mayor jijos de la mazorca! Así son estos arrastrados, a la hora de los balazos, todos se desperdigan, pero a la hora de la nónima toditos se atimultan.

Los soldados de la escolta se taparon la boca para reírse y hasta en la cara siempre seria del general González se dibujó algo así como una leve sonrisa, mientras el ilustre *Tejerina* hecho un veneno, le picó espuelas a su caballo y se lanzó a cumplir la orden recibida, pero su frase, trompeteada a los cuatro vientos por un servidor, se hizo famosa en nuestros cam-

pamentos y estoy seguro que muchos de los compañeros de aquellas épocas aún la recuerdan, aunque no sepan su origen.

Me dieron el cañoncito, que llevaban el teniente Plinio Villarreal y el subteniente Luis Herrera, el famoso *Coqueto*, que actualmente es teniente coronel, y llegué a donde estaba el coronel Ricaut con mi refuerzo, que apenas disparó dos cañonazos, como a doscientos metros de distancia, pues momentos después los federales desalojaban el Cuartel del Terminal, que ocuparon nuestras fuerzas recogiendo un gran botín.

Una vez tomados los cuarteles, el bravo teniente coronel Francisco Sánchez Herrera cargó sobre los mochos haciéndolos refugiarse hasta la Penitenciaría, mientras los capitanes Ildefonso M. Castro, Aureliano Esquivel y Julio Soto, y el mayor Fortunato Maycotte avanzaron limpiando de enemigo hasta la Alameda, y dando todos ellos comienzo al reñidísimo encuentro en la Penitenciaría, desde donde los federales hacían nutrido fuego sobre los nuestros.

La columna del Centro, que mandaba el general Villarreal y donde iba el que esto escribe, como he dicho, con el coronel Ricaut, avanzó por las calles de Juárez y Zaragoza y sus adyacentes paralelas hasta M. M. del Llano, batiendo enérgicamente al enemigo fortificado en el Palacio de Gobierno, y con tiradores en Arambarri y cañones en la esquina de Zaragoza y 5 de Mayo.

Nuestras ametralladoras se posesionaron de la calzada, sobre la calle de Puebla, y en aquel sitio, como a las once del día cayó mortalmente herido el jefe, mayor Bruno Gloria, quien fue retirado hasta el puesto de los graseros para llevarlo al Hospital de Sangre, pero antes falleció, siendo llorado por todos nosotros que lo queríamos sinceramente y que sabíamos que luchaba con ardor por llegar a Monterrey, donde tenía a su familia. El capitán Daniel Díaz Couder tomó el mando de las ametralladoras y la que disparaba Bruno, la sirvió el capitán Francisco Aponte.

Las ametralladoras huertistas nos hicieron gran estrago en aquella posición, pues allí perdimos también a uno de los más simpáticos y valerosos revolucionarios: el capitán primero

Nemesio Calvillo, guapo mozo de unos 25 años, que gozaba peleando y "haciéndoles toritos" a los mochos, porque era muy de a caballo y atacando al frente de su escuadrón, en la fatídica calle de Puebla, cayó también mortalmente herido, falleciendo momentos después.

En el ataque a la Cervecería salió herido otro valiente: el capitán primero Tránsito G. Galarza, incansable luchador, que vive olvidado, a pesar de sus catorce heridas.

Yo era la sombra de Ricaut, que a travesaba calles avanzando a su gente entre una lluvia de balas, y en Zaragoza mi asistente, el buen Isidro Esquivel, me dijo:

—Voy a traerle un buen cuaco, mi mayor.

Y partió encarrerado sin esperar respuesta, volviendo a poco con un hermoso caballo prieto, con montura de oficial y se lo dio a Manuel Reyes, mi otro asistente, pero a poco volvió a gritar:

—Voy por otro caballo para mí.

Y partió de nuevo, aunque yo le gritaba:

—No vayas, Isidro, ven acá.

Pero no me oyó y ya no lo volví a ver… Lo sentí y lo lloré, porque Isidro era de mi pueblo y había sido mi compañero de escuela primaria, y me quería entrañablemente.

El coronel Murguía había dominado el barrio de La Luz y el Río de Santa Catarina, penetrando sus tropas hasta el interior de la ciudad, suspendiéndose el fuego al anochecer, cuando estaba en nuestro poder casi toda la ciudad, exceptuando las fortificaciones de El Obispado, Palacio de Gobierno y la Penitenciaría, con sus calles adyacentes. En el Palacio de Gobierno también estaba un Cuerpo de Defensa Social, formado por los más connotados simpatizadores del huertismo, cuya lista tengo en mi poder, pero no la publico porque no es mi propósito soplar sobre los muertos rescoldos, sino avivar recuerdos más o menos gratos y nada más.

Aquella noche del 23, José Santos, David Berlanga, y otros oficiales del Estado Mayor del general Villarreal cogieron no

sé dónde a aquel músico trashumante, medio contrahecho, que todo Monterrey conoció con el nombre de Marquitos, y con su guitarra de acompañamiento organizaron una serenata alrededor del Mercado Juárez, cantando "La Cucaracha", "La Valentina" y cuanto se les ocurrió, ante las puertas y ventanas herméticamente cerradas, como era natural, pero ellos se dieron gusto buena parte de la noche.



Tropas constitucionalistas en combate.
SINAFO-Archivo Casasola.

En San Nicolás de los Garzas estaba el primer puesto de socorros, al cuidado del capitán segundo médico Francisco Vela González, ayudado por aquel otro boticario convertido en dotor, Pablo M. Garza, a quien llamábamos *Mamuza*, y ambos prestaron notables servicios pues este último llevaba el botiquín de mi compadre Ricardo González V., que olvidado de su misión curativa andaba en la punta de los balazos y se portó muy valiente.

Aquella noche dormitamos con las carabinas entre las manos, esperando la mañana para continuar el combate.

•

El parte de Carlos Prieto



El segundo día de lucha comenzó como a las 5:30 a. m. avanzando el coronel Murguía con sus aguerridos escuadrones por el oriente, atacando al Palacio de Gobierno, donde los federales y la Defensa Social se hacían fuertes contestando valerosamente a los nuestros. No es posible recordar los nombres de todos los jefes y oficiales que sumaron sus nobles esfuerzos por el triunfo del constitucionalismo en aquella épica jornada, pero citaré a los que vengan a mi memoria. Con el coronel Murguía militaban el mayor Arnulfo González, como jefe de Estado Mayor y el capitán José A. Solís, como secretario, y mandaban los escuadrones, los mayores Fortunato Maycotte y Benjamín Garza, y los capitanes Heliodoro Pérez, Eduardo Hernández, Pablo González chico y otros. Con el general Villarreal venían José E. Santos, jefe de Estado Mayor, capitán Francisco L. Urquizo,

David Berlanga, Benjamín Huesca, E. Rosas y otros, y mandaban tropas el teniente coronel Jesús Ramírez Quintanilla, capitán primero Faustino García, que comandaba el Regimiento de Poncho Vázquez que estaba herido, coronel Alfredo Ricaut, Ildefonso M. Castro, Julio Soto, Aureliano Esquivel, Reynaldo Garza, Atilano Barrera, Irineo Villarreal, Jesús Soto, Antonio Santos, y también en el Estado Mayor Eduardo Garza, Rafael Silva, Rafael Cadena y otros.

Con don Jesús Carranza servían Manuel Caballero, jefe de Estado Mayor, Simón Díaz Santos, Dávila Arizpe, Félix Bermea, Refugio Álvarez, Tiburcio Madrigal, *Pos-Pos* y como jefes con mando de fuerza, el teniente coronel Francisco Sánchez Herrera, Fortunato Zuazua, Pedro Villaseñor, Juan Pablo Marrero, Erbey González, Baltazar G. Chapa, Nemesio Calvillo, Hilario Hinojosa (muerto en los Altos), Pedro Garza Vela, Víctor Villarreal, Rafael E. Múzquiz, Indalecio Riojas, etcétera. Con el general Pablo González, en su Estado Mayor, como jefe el licenciado y teniente coronel Pablo A. de la Garza, telegrafistas Mauro S. Rodríguez e Ismael Rueda, oficiales Carlos Fierros, Federico Silva, Juan Silva, Refugio Balderas, Donaciano Martínez, Leopoldo Hernández, Luis Rucobo, Higinio Tijerina, Coto Zodabró, Juan C. Zertuche, y en el Servicio Sanitario el coronel doctor Ricardo Suárez Gamboa y el mayor Ricardo González V., jefe de Electricistas capitán Luis Galindo y jefe de su escolta el capitán primero Carlos Osuna.

Pronto se generalizó el fuego en todos los sectores y como a las nueve de la mañana el capitán segundo Francisco Aponte, de ametralladoras, sucumbió al avanzar por la trágica calle de Puebla, con dos balazos en la cabeza, cogiendo entonces con rabia y dolor su ametralladora su hermano el subteniente Aponte (creo que se llamaba Luis), desalojando a los pelones y ocupando nuestras fuerzas la casa del general Treviño. El cadáver del artillero Aponte y de su jefe, el mayor Bruno Gloria, fueron enviados a Apodaca, donde se sepultaron.

En estos momentos el general González recibió parte del teniente coronel Sánchez Herrera, notificándole sus avances y pidiendo con urgencia el cañoncito El Rorro. Entonces el general en jefe, que se hallaba dirigiendo el combate desde la Estación del Golfo, ordenó al mayor Carlos Prieto que llevara el cañoncito y fuera a ver los avances de Sánchez Herrera, sobre todo porque éste decía que ya estaba tomada la Penitenciaría. Al mayor Prieto le pertenecen los honores de haber dado la nota humorística en este tremendo combate, pues de él fueron las frases notables y verídicas que consigno en este relato, debiendo primero advertir que Prieto era un joven como de 26 años, creo que estudiante de Ingeniería, seriote como un poste, pero con cierta ironía en sus palabras; era sereno y valeroso hasta la exageración y muy apreciado por jefes y compañeros. Como una hora más tarde volvió Prieto a rendir el "parte" que lo hizo famoso entre nosotros y que por casualidad escuché, porque en esos instantes había yo llegado al Cuartel General a pedir parque para el coronel Ricaut y su gente. Llegó y se cuadró militarmente delante de don Pablo y dijo:



El general Pablo González al frente de sus tropas, el coronel Antonio I. Villarreal y Alberto Salinas con otros revolucionarios, pasando revista antes de comenzar la batalla de Hermanas, Coahuila, julio de 1913. SINAFO.

—Mi general: llegué hasta donde está el teniente coronel Sánchez Herrera y su gente. El teniente coronel dice que la Penitenciaría está tomada: esto carece de veracidad. Él sí está "tomado" y su fuerza también. El teniente coronel Sánchez Herrera deseaba que yo subiera el cañón arriba del techo de una casa para atacar a la Penitenciaría, pero yo le signifiqué que sería más fácil bajar el techo y ponerlo debajo del cañón.

Y esto lo dijo con toda seriedad y muy pausadamente, porque así hablaba siempre, y como el general González también fue siempre muy parco en el hablar, se concretó a decir:

—Muy bien mayor, vaya usted a su puesto. Los presentes soltamos el trapo, riéndonos francamente, pero ellos quedaron como si tal cosa y aquel "parte" corrió después de boca en boca en los campamentos revolucionarios.

Pero este "parte" de Prieto ocasionó que el general González mandara practicar una inspección a los sectores con el desagradable resultado de saberse que un noventa por ciento de nuestra tropa estaba en estado de ebriedad, pues habían abierto cantinas y depósitos de licores, aunque esta información se vino a recoger ya como a las tres de la tarde, ocasionando serio disgusto al general en jefe, y ya veremos sus consecuencias.

Poco antes de mediodía llegó al Cuartel General el general Villarreal, anunciando que el teniente coronel José E. Santos conducía al general don Jerónimo Treviño, quien había sido sacado de su casa, sobre todo para resguardarlo, pues allí se había peleado mucho y temíase que algunos revolucionarios que no lo conocían pudieran perjudicarlo. Santos venía con el general Treviño a pie y sin escolta por la calle de Guerrero y el anciano general protestando por en medio de la calle porque no daban los nuestros cargas de caballería, mientras Santos lo cogía del brazo para subirlo a la banqueta, pues hasta allí llegaban las balas de los huertistas y le decía:

—Véngase a la banqueta, mi general, porque lo matan.

Y él, replicaba:

—No, en mis tiempos nos metíamos sable en mano en medio de las balas, no como ustedes, que les tienen miedo.

—Sí, mi general —decía el otro— pero en sus tiempos tiraban con tapones de sebo y ahora tiran con balas de acero.

Y en estos dimes y diretes llegaron al Golfo, donde don Pablo se adelantó a recibir al viejo soldado republicano, y saludándolo respetuosamente, le preguntó si se le ofrecía algo:

—No, hijo —dijo el general— pero quiero decirte que ya casi has vencido, pues no quedan sosteniéndose más que el Palacio de Gobierno y la Penitenciaría, ¿por qué no ordenas una carga de caballería y los desalojas?

—Pero, mi general —contestó don Pablo— ¿cómo me propone usted eso, sabiendo que el enemigo tiene ametralladoras y está fortificado? ¿No le parece que serían barridos nuestros pobres soldados, como fueron en La Ciudadela los auxiliares sacrificados por el infame Huerta? No, mi general, la carga de caballería la dejamos para el campo abierto; pero pasando a otro asunto, he dispuesto que uno de mis ayudantes lo acompañe a San Nicolás de los Garzas, donde lo recibirá el general Jesús Carranza y usted se alojará en la casa que guste, hasta que termine esta batalla. Si perdemos, quedará usted en libertad de volver a su hogar y si ganamos también quedará libre para vivir entre nosotros o radicarse donde le acomode, en el concepto de que nosotros queremos y honramos al antiguo soldado republicano. Se despidió el general Treviño que partió para San Nicolás en una carretela con una yegua negra, de lo que me acuerdo perfectamente, y no en un mal caballo, como después dijeran los huertistas, y fue tratado por don Jesús con su bondad y cortesía proverbiales, hasta que, perdido el combate de Monterrey, se le permitió volver, como se le había prometido.

Entretanto, la lucha seguía en todos los sectores, pero nuestras fuerzas, cansadas y minadas por la embriaguez, ya no se cuidaban y peleaban sin precauciones, por lo que tuvimos muchos heridos y muertos. Los tenientes Plinio Villarreal, de

Artillería, Severo G. Villarreal y Lázaro Vela, padre del hoy doctor Francisco Vela González, habían sucumbido y más de cien heridos se habían enviado a San Nicolás y de allí a Apodaca, y muchos muertos quedaron en los sectores de lucha dentro del campo barrido por las ametralladoras huertistas que pudimos recoger.

José E. Santos fue enviado a decirle a Carlos Prieto que hiciera cesar sus disparos de cañón y atalajara su mulada para retirar sus piezas y estuviera listo para recibir órdenes. Lo encontró Santos sentado detrás de la coraza de un cañón, haciendo cálculos para sus tiros, y escuchó la orden, pero siguió haciendo números con toda tranquilidad, pero después de unos minutos, mientras José seguía hablando, lo interrumpió Prieto diciéndole, con su hablar pausado y grave:

—Mi teniente coronel, sírvase usted guarecerse detrás de la coraza… de ese otro cañón… porque el enemigo sigue… disparando metralla… y al explotar ésta… puede incrustársele un balín… en un chamorro o pantorilla… y estas heridas son… bastante infecciosas… y…

Pero a su vez Santos lo interrumpió riéndose:

—Si estoy detrás de la coraza desde que llegué, porque si he esperado a que acabe de avisarme, ya me hubieran matado…

Entre tanto, el general González había recibido aviso de que estaba ya para entrar a la plaza un refuerzo de cuatro mil hombres de las tres armas, en ayuda de los huertistas, mandados por los generales Eduardo Ocaranza, Luis G. Anaya y Ricardo Peña, como sucedió en efecto, por lo que inmediatamente envió a sus ayudantes a comunicar a los jefes de sus fuerzas, que concurrieron todos al obscurecer a la Estación del Golfo, para conferenciar. Todos los ayudantes partieron al galope, atravesando zonas peligrosísimas para llevar sus órdenes, pues en todas las bocacalles de la Calzada caía un aguacero de balas, ya que el enemigo de refresco entraba ya en acción y en número muy superior al nuestro. Faltaba un ayudante, pues todos se habían ocupado, para llevar instrucciones al coronel

Murguía y entonces se ofreció aquella brava mujer que todos conocimos, la famosa Belén, que tomó el pliego y colocándoselo en el seno, se lanzó a media rienda, colgada de un arzón, como dicen que hacían los indios apaches, y atravesó felizmente la zona de fuego, cumpliendo con su comisión, entre los "vivas" y los aplausos de los que la veían.

El fuego fue aminorando a medida que caía la noche, conservando nuestras tropas sus posiciones, y como a las siete o poco antes, ya todos los jefes estaban reunidos en la Estación del Golfo, donde, después de conferenciar y acordar que era necesaria la retirada sobre todo por la embriaguez de la tropa, que al parecer, iba en aumento, recibieron instrucciones del general en jefe para desalojar sus posiciones y reconcentrarse en determinados lugares, así como hacia donde debían dirigir su marcha y donde pernoctar.

Cayó la noche y sólo se escuchaba ya uno que otro disparo aislado, cuando se oyó una tremenda detonación y luego un tiroteo espantoso, que duró largo tiempo. Era que se había ordenado que se quemaran los cuarteles que habíamos tomado, con el parque de cañón que no podíamos llevar, así como municiones de otros calibres que no usábamos y que era forzoso destruir para restar elementos al enemigo.

El Cuartel General había ya dispuesto que se requisaran vehículos de toda clase para que fueran conducidos nuestros heridos de San Nicolás y Apodaca, a Los Ramones, de donde serían enviados a Matamoros, lo cual efectuó el general Carranza con toda efectividad, saliendo los heridos al cuidado del doctor Suárez Gamboa, el capitán Francisco Vela González y Pablo M. Garza.

El general González permaneció en la Estación del Golfo hasta las 9:30 de la noche, en que ya la artillería y todo el Cuartel General hubo salido y recibido partes de estarse movilizando las columnas hacia los rumbos que había ordenado. De allí se dirigió a San Nicolás de los Garzas, donde llegamos a las once de la noche, y digo llegamos, porque me tocó retirarnos

por ese rumbo con el coronel Ricaut. Allí dormimos un rato y muy de madrugada salimos hacia Apodaca, donde ya supimos que todas nuestras fuerzas se habían salido de Monterrey sin dificultad y sin ser sentidas por el enemigo.

Poco después de las ocho de la mañana llegó una avanzada, conduciendo a un oficial constitucionalista que era enviado por el coronel Cesáreo Castro, que avisaba que venía por el camino de Marín, a incorporarse con el general González y traía además un telegrama del Primer Jefe para él, así como que su efectivo era de trescientos hombres montados. Se mandaron oficiales a su encuentro recomendándole apresurara su marcha, para recibir instrucciones, pues la columna estaba ya para salir.

Comenzaron a salir nuestras fuerzas y poco más allá de Apodaca, en un lugar llamado Las Estancias, nos alcanzó un coche en que venía el Cónsul Americano en Monterrey, míster Philip C. Hanna, quien conferenció con el general González. También de Las Estancias, si mal no recuerdo, se volvió el general Treviño para Monterrey, y poco después se incorporó el coronel Cesáreo Castro, quien traía como jefes subalternos a los Mayores Alejo G. González, Juan Castro y Porfirio González, y después de los abrazos más efusivos, entregó a don Pablo un telegrama del Primer jefe don Venustiano Carranza, fechado el cuatro de octubre en Hermosillo, Sonora, comunicándole oficialmente su ascenso a general de Brigada y su nombramiento como jefe de Operaciones en los estados de Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas, y jefe del Cuerpo del Ejército del Nordeste, con facultades extraordinarias en todos los ramos de la administración, y que la Segunda División del Centro, quedaba a sus órdenes temporalmente, por lo que podía disponer de sus efectivos.

Luego se dispuso que el coronel Castro marchara a tomar Cadereyta y de allí sobre Montemorelos, agregando a sus fuerzas los cuerpos mandados por el coronel Alfredo Ricaut y Mayor Jesús Novoa, y se le dio como jefe de Estado Mayor al mayor Arturo Lazo de la Vega, con el general González a la

cabeza y los generales Villarreal y Carranza y coronel Murguía salían por Marín hacia Los Ramones, con el fin de dejar a los heridos en el tren que los condujera a Matamoros y dar un descanso a la gente.

Ambas columnas salieron y deseo hacer notar que no fuimos molestados en lo absoluto por los pelones, aunque después se dijo en Monterrey que el general Ricardo Peña, que realmente era un gran soldado de caballería, nos había hecho pedazos cortando más de seiscientas cabezas de rebeldes con sus sables los terribles dragones, pero la verdad monda y lironda es que no hubo tales carneros, pues como digo, salimos como Pedro de su casa, sin que nos dijeran ni "por allí te pudres".

Yo salí en aquella columna del coronel Castro como jefe de Estado Mayor del coronel Ricaut, y allí se llamó aquella corporación "Noveno Regimiento", del cual se nombró teniente coronel al de este grado Fortunato Zuazua, heredero del valor y hombría de su antepasado a quien se ha llamado "el maestro de generales".

No acostumbro hacer comentarios ni meterme en honduras en mis relatos, pero nunca me he convencido a mí mismo del calificativo que debo dar al ataque de Monterrey en octubre de 1913. La plaza no fue tomada después de dos días de asedio y furioso combate y perdimos jefes de tanto porvenir como Bruno Gloria y Nemesio Calvillo, teniendo que retirarnos, aunque en perfecto orden, lo que puede calificarse como derrota; pero de la Cervecería sacamos magníficos caballos (creo que uno de los buenos le tocó en suerte a mi buen amigo Pancho Vela González) y de los cuarteles que tomamos a sangre y fuego recogimos como botín de guerra más de mil carabinas y rifles Mausser, cientos de miles de cartuchos para Mausser y 30-30, enorme cantidad de granadas y parque de cañón, los dos cañones quitados en Topo Chico a Quiroga, cientos de monturas y caronas, víveres, caballos ensillados capturados en Monterrey y en los combates preliminares, medicinas, etcétera; enorme

botín que nos puso en condiciones de reclutar gente y armarla, y posesionarnos del estado de Tamaulipas, incluyendo su capital, lo que se puede denominar victoria, pero me abstengo de aplicar calificativo alguno y dejo que la Historia con "H" mayúscula lo haga cuando lo juzgue conveniente, pues yo no soy más que un narrador y renuncio a meterme en la famosa camisa de once varas.

•

El Conforme estaba conforme



asta Marín llegaron juntas todas las fuerzas constitucionalistas comandadas en jefe por el general Pablo González, y en dicha población quedaron divididas como ya estaba acordado, en dos columnas: una que a las órdenes directas del general en jefe marchó a Los Ramones, escoltando a los heridos de Monterrey, para ser enviados a Matamoros y, sobre todo, para dar algún descanso a nuestros soldados, y la otra, al mando del coronel Cesáreo Castro, con la que avanzamos sobre Cadereyta, plaza que, después de un corto tiroteo, ocupamos el 28 de octubre. De allí salimos al día siguiente para San Juan, pues las órdenes eran las de seguir sobre general Terán y Montemorelos.

La palomilla estaba nuevamente dispersa, aunque esta organización se encontraba ya tan ramificada en nuestras filas, que cada vez que se engrosaban éstas con nuevos elementos, la palomilla adquiría también nuevos prosélitos, porque se su-

maban a ella jóvenes alegres y escandalosos, que venían con las corporaciones incorporadas. Con las fuerzas de don Cesáreo vinieron el mayor Alejo G. González, coahuilense, buen compañero y amigo; el mayor Arturo Lazo de la Vega, de quien ya he hablado, poeta, escritor y más alegre que unas castañuelas; *El Conforme*, que así denominábamos al teniente Manuel Flores, creo que hijo de Nuevo León y muchacho del carácter más simpático que he conocido, porque con todo estaba conforme; si había que comer, estaba conforme y si no, también. Le decía Alejo o alguno de los compañeros:

—*Conforme*, vamos a dar un trago.

Y contestaba:

—Conforme.

—Vamos a entrarle a los balazos.

—Conforme.

Y bueno o malo, a todo estaba conforme, lo que le valió el mote de *El Conforme*. Inútil es decir que el general Ricaut, el silencioso y atrevido Fortunato Zuazua y un servidor, viejos miembros de la antigua y original palomilla, hicimos migas admirablemente con estos elementos y otros cuyos nombres de momento se me escapan, así es que siguió reinando la alegría y el buen humor entre nosotros, máxime cuando nuestro nuevo jefe, el coronel Cesáreo Castro era un campesino inteligente, noble y honradote como don Jesús Carranza, de un valor sereno y sin exaltaciones, y de un buen humor envidiable; hombre maduro y juicioso y de una gran bondad, que nos trataba como amigos y que gozaba con nuestras travesuras y cuentos pero de grandes dotes militares, como tuvo ocasión de demostrarlo, llegando a ser uno de los generales más prestigiosos de la Revolución. Le decíamos y hemos continuado llamándolo así: *El Viejito* Castro y aunque lo sabía, jamás se molestó por ello.

El día 30 de octubre por la mañana, como a las siete, se lanzó la columna al ataque sobre General Terán, donde nos salió a encontrar el jefe de voluntarios Febronio Salazar, huertista, con doscientos hombres, pero en menos de tres horas

lo hicimos pedazos, matando una gran parte de su gente y él y los que quedaron huyeron rumbo a Montemorelos, hacia donde seguimos sin detenernos en General Terán. A esta plaza llegó por la tarde, el mismo día, el general González con su columna, compuesta, como ya he dicho, por las fuerzas de los generales Carranza y Villarreal y el coronel Murguía.

Poco antes de mediodía arribamos frente a Montemorelos, donde se iba a trabar uno de los encuentros más reñidos que tuvimos, después del de Monterrey, pero poco antes de llegar, el coronel Castro ordenó al coronel Ricaut que mandara una parte de su gente sobre el lomerío que se extiende al oriente del camino de Terán a Montemorelos para desalojar al enemigo, si lo hubiere, y que no nos fuera a hacer fuego por aquel flanco, posesionado en las lomas. Ricaut, que mandaba, como antes he consignado, aquel famoso 9° Regimiento, llamó al teniente coronel Fortunato Zuazua y le dijo:

—Toma cien hombres y vete sobre las lomas, como ordena *El Viejito* Castro.

Y Zuazua, con aquella impasibilidad que le caracterizaba, respondió:

—Si viera, mi coronel, que ahora no tengo ganas de pelear.

—Bueno —dijo Ricaut— entonces, quédate al frente de la gente y yo voy. Vente, Manuelito —dijo dirigiéndose a mí— vámonos con la gente.

Y lo seguí, como era mi obligación. Esto parecerá curioso, pero hay que decir que entonces jefes y soldados éramos voluntarios verdaderamente y además que Ricaut era un buen amigo, más que jefe nuestro y también, que Fortunato Zuazua estaba y está reconocido como uno de los más valientes jefes revolucionarios, tan valeroso y sereno como silencioso, y que el que en aquellos momentos no tuviera ganas de pelear era una de sus genialidades.

Trepamos sobre el lomerío y un cuarto de hora después nos alcanzó Fortunato y acercándose al coronel Ricaut le manifestó:

—Ahora sí, mi coronel, ya me dieron ganas de pelear.

—Bueno —contestó éste— pues ahora quédate con esta gente. Vámonos para abajo, Manuelito.

Y regresamos a donde iba el grueso de la columna, pero sobre el lomerío no se encontró enemigo.



Desembarque de artillería en el campamento de Hermanas. Centro de Estudios de Historia de México, CARSO, Fondo LXVIII-3, Carpeta 1, Documento 41.

Poco antes de las doce del día se inició el combate, tiroteándose nuestras avanzadas con los pelones posesionados de la Estación, y entonces se ordenó el ataque formal, avanzando el mayor Alejo González sobre dicho punto y los capitanes Miguel González, a quien llamaban *Miguelón* por su corpulencia, y Crispín Treviño, originario este último de Huinalá y uno de los mejores guerrilleros que abrazaron el constitucionalismo, que marcharon sobre el puente, donde también estaban fortificados los mochos.

Se combatía furiosamente por ambas partes; los nuestros empeñados en tomar el pueblo y los bravos defensores, dignos de defender mejor causa, por impedirlo, cuando poco más o menos como a las tres y media de la tarde se oyó el

pito de un tren procedente del rumbo de Monterrey, el cual pensamos y así era en efecto, que traía refuerzos a la plaza, por lo que los nuestros comenzaron a disminuir el fuego y minutos después llegaba un soldado de los de *Miguelón* con la noticia de que este buen guerrillero había sido muerto. Al mismo tiempo llegaban otros soldados de la línea de fuego, notándose cierta desmoralización, aunque el sector de la Estación había sido reforzado por el intrépido Zuazua, pero se notaba que el fuego de los nuestros iba aflojando. Entonces llegó el coronel Castro a donde estábamos Ricaut y otros de sus oficiales y dijo:

—Parece que se nos pone feo esto y si no damos otro empujón, la perdemos, pero ya no hay gente de refresco, Alfredo.

—Ahora verás —contestó Ricaut— con estos tenemos.

Y arrancando la bandera de manos del abanderado de su Regimiento rayó el caballo frente al camino y le espetó un discurso formidable a la gente, el cual, aunque lo recuerdo en parte, no me atrevo a transcribir porque tenía frases muy capaces de hacer ruborizar a una mesa de cantina, pero lo cerró con una exclamación rotunda, gritando y levantando la bandera:

—¡El que sea hombre que me siga!

Y partió a media rienda hacia la línea de fuego, sin ver para atrás. Como un solo hombre, los cansados, los que habían salido antes desmoralizados del combate y hasta los heridos leves, oficiales y tropa, se lanzaron en carrera desenfrenada detrás de Ricaut y de un servidor, que como jefe de Estado Mayor, tuve que seguir a mi jefe que, la verdad, ni tiempo nos dio para pensarlo. Con este refuerzo, los nuestros se moralizaron, el tren se rechazó y después fue capturado, abandonándolo los pelones y los nuestros entraron hasta las calles de la población al obscurecer, acampando dentro de ellas. El enemigo estaba vencido y de los defensores de Montemorelos quedaron solamente los jefes y treinta y tantos soldados que aquella noche o más bien a la madrugada del siguiente día, salieron ocultamente de la plaza, que ocupamos el 31 de octubre.

He dicho que este fue uno de los encuentros más reñidos, porque los federales del chacal Huerta perdieron cerca de trescientos hombres entre Terán y Montemorelos, y por nuestra parte hubo algunos muertos y heridos, pero en escaso número, y de oficiales, solamente el aguerrido y famoso *Miguelón*, que fue muy sentido por todos y que se sepultó en la villa capturada. Nuestra tropa, esto es, la del coronel Castro, fue formada y organizada dentro de la misma plaza, después de rendir el parte de la ocupación al general en jefe, y salimos a las afueras en perfecto orden para dar entrada al grueso de la columna que venía de Ramones. Desgraciadamente algunas de estas fuerzas (se ha dicho siempre que las del general Murguía) al entrar a Montemorelos cometieron actos de saqueo y hasta se registraron algunos incendios y otros excesos, naturalmente que sin anuencia de los jefes, pues recuerdo muy bien que cuando el coronel Ricaut y yo entramos de nuevo a la población para pedirle órdenes al general González de parte de don Cesáreo, lo encontramos indignado, mandando a los jefes y oficiales sacar a la gente del pueblo y evitar todo acto de saqueo, y en esos precisos momentos vio salir a dos soldados de una casa particular llevando algunos objetos y muy enojado se adelantó y personalmente los increpó afeándoles su acción y ordenando que los arrestaran y les aplicaran unos sablazos como castigo, porque en honor de la verdad, hay que decir que don Pablo fue siempre uno de los jefes más apegados al orden y enemigo de crueldades inútiles, así como de la destrucción de propiedades, que siempre procuró evitar en la medida de sus atribuciones. En las afueras de Montemorelos sólo permanecimos hasta que se formó nuevamente la columna y por la tarde se emprendió la marcha bajo una llovizna pertinaz que nos fue molestando inconsideradamente y, por la noche, acampamos en unos cerritos, en una ranchería donde había unos cuantos jacalitos que ocupamos los jefes y algunos oficiales, haciéndonos montón, porque hacía un frío de esos que se acostumbran de repente; por la lluvia que se desató con más fuerza y que, para colmo

de nuestros males, se colaba por el techo del jacalito donde nos encontrábamos refugiados. Había buena provisión de mezcalito y una que otra botella de otros licores obtenidos no sé si de buena o mala manera en Montemorelos, y alrededor de la lumbre que pusieron los asistentes en el centro del jacal, platicábamos de los incidentes del día, pero a uno de los que menos agradaba el frío y sobre todo el agua que nos goteaba del techo y que no nos permitía dormir, aunque ya era tarde y nos moríamos de sueño, era a Alejo González, que renegaba como un condenado y vomitaba interjecciones y locuciones que si no son para oídas, menos para escritas, y al terminar uno de aquellos brillantes y sonoros párrafos, le preguntó a Manuel Flores de sopetón:

—¿Y tú, *Conforme*, qué dices de esta nochecita y de esta agua maldita que no deja dormir?

—Yo estoy conforme —respondió aquel con su eterna sonrisa.

—Pero cómo demonios vas a estar conforme, *Conforme* animal, ¿qué no sientes o te haces guaje?

Y el otro tranquilamente volvió a sonreír y contestó:

—¿Qué quieres que haga? Si estoy conforme, llueve; y si no estoy conforme, también llueve; vale más estar conforme.

Celebramos la filosofía del *Conforme* y Alejo optó por seguir echando traguitos de café y mezcal, lo mismo que todos, hasta que nos rindió el sueño, a pesar de la lluvia.

Este famoso *Conforme*, magnífico amigo y revolucionario convencido, que prestó grandes servicios, llegó a ser general, pero murió en uno de los movimientos posteriores.

Por la mañana llegamos a Hualahuises, pues se me había pasado decir que llevábamos la retaguardia de la columna, que ya estaba en aquel pueblo desde muy temprano. El coronel Ricaut y el que escribe llegamos a la Presidencia Municipal de Hualahuises a las once, porque el regimiento cubría la extrema retaguardia de las fuerzas del coronel Castro, que había también arribado ya, y en los momentos en que aparecimos, esta-

ban reunidos don Jesús Carranza, don Cesáreo y Murguía, y Castro le decía con su serenidad acostumbrada a Murguía:

—La verdad es que aquí el que realmente debía ascender era Ricaut, porque él fue el que tomó Montemorelos.

Entonces el general Carranza se desprendió del grupo y tomando del brazo a Ricaut, lo sacó fuera de la pieza y le dijo:

—Tú te aguantas.

Y el coronel dijo:

—Bueno, tío.

Y nos salimos a alojar nuestras fuerzas.

Poco después llegó con nosotros el coronel Castro y explicó lo que había pasado, y fue que el general González había acordado que ascendiera don Cesáreo a general Brigadier, por el ataque a Montemorelos, y el coronel Murguía reclamó también el ascenso para él, pues no estaba conforme en que nada más Castro ascendiera y don Jesús Carranza, siempre bueno y conciliador, propuso a don Pablo que así fuera, ascendiendo el general en jefe y después de logrado esto, cuando llegamos nosotros, el ya general Castro, con el espíritu justiciero que siempre tuvo, decía a Murguía que la verdad era que por la toma de Montemorelos ninguno de los dos merecía el ascenso, sino Ricaut, que era realmente quien lo había tomado, sobre todo cuando con su arranque de la bandera, volvió la moral a la gente, arrastrándola al combate, y don Jesús, para que no hubiera discusiones, peligrosas en aquellos momentos, mandó al coronel Ricaut que saliera y que se aguantara sin protestar. Y como este jefe y todos los que allí andábamos no nos preocupábamos demasiado por la cuestión de grados, ya que el mismo Ricaut, aunque coronel venía desde Marín a las órdenes de Castro, que tenía el mismo grado, no le dimos importancia al asunto y seguimos tan tranquilos como antes.

Ese día, 1° de noviembre, siguió don Pablo hasta Linares, que fue ocupada después de una ligerísima escaramuza con unos rurales y allí se le reunieron don Jesús, y Murguía, pues el general Villarreal iba delante con el general en jefe, mientras

el general Castro con su columna, donde seguimos nosotros, quedó en Hualahuises cubriendo la retaguardia, pernoctando en dicho pueblo. Allí recibimos periódicos de Monterrey, que le enviamos al Cuartel General a Linares, donde se decía que se nos había hecho gran número de prisioneros en el ataque a aquella plaza y que habían sido fusilados, pero nosotros nos reímos porque sabíamos bien que no había tales carneros y que en materia de dispersos, sólo tuvimos que lamentar la desaparición de don José Salinas, padre del capitán Alberto Salinas Carranza, quien según supimos se había extraviado cerca de Marín, por haberse retrasado al salir la columna y desconocer el terreno, siendo capturado y ejecutado cerca de aquel lugar.

Debo consignar, como un acto de justicia, que Linares fue la primera población donde las tropas constitucionalistas fueron recibidas con flores, que se regaron al paso de los generales González, Carranza y Villarreal.

Guisado de perico



El 3 de noviembre por la mañana, muy temprano, nuestras avanzadas anunciaron que por el rumbo de Montemorelos se acercaba una caballería enemiga y poco después oímos el tiroteo, replegándose nuestras avanzadas como se les había ordenado. Como íbamos ya por el camino hacia Linares, nos salimos de dicho camino hacia unas lomitas o más bien altos del terreno y se entabló el combate con los pelones que después supimos mandaba el intrépido general Ricardo Peña. Como la caballería enemiga se encajonó en un callejón formado por dos cercas de alambre, matamos gran número de dragones que luego echaron pie a tierra y después de corto pero rudo encuentro logramos quitarles la caballada, mas en aquellos precisos momentos llegó un ayudante del general González ordenando la retirada, porque se deseaba economizar el parque y el general Castro obedeció inmediatamente. A Linares había

llegado una parte del enemigo, cuando sólo se encontraba ya en la plaza el general en jefe con su escolta y Estado Mayor, y sostuvieron también la lucha, en donde cayó muerto Guadalupe, el buen asistente de don Pablo y a éste le mataron el caballo, pero veinte minutos después apelaron los mochos a la fuga y salió el Cuartel General sin más incidentes, y el general Peña, no sé por qué razones, suspendió allí su persecución y nuestras columnas avanzaron tranquilamente hasta el pueblo de Villagrán, donde dormimos aquella noche. Por cierto que no nos pasamos muy buena noche porque el teniente Natividad Contreras, gran caballista, charro legítimo y hombre de confianza de don Pablo, que era el jefe de la escolta que custodiaba y conducía los carros y carretas con parque, armas, víveres y demás impedimenta, se le atascaron unos carros y toda la santa noche armaron una gritería y un escándalo de los cien mil Huertas o demonios (que para nosotros era igual) hasta en la madrugada, en que lograron desatascarlos.

El día 5, muy de mañanita, salió la columna, ordenando el jefe que a la escolta de Natividad se agregara el capitán o mayor (no estoy seguro) Porfirio González, con su gente; y mientras marchábamos por el camino rumbo a Tamaulipas, junto al general Castro, el coronel Ricaut, el mayor Lazo de la Vega, el ingeniero Ezequiel Pérez, quien había venido desde Matamoros con don Cesáreo, y era un joven lleno de fe y entusiasmo, que abandonaba su carrera y su familia en la capital para unirse a los robavacas, y yo. Charlábamos, fumábamos como unos camaleones, pues mi honorable y también inseparable pipa, *la cachimba de W.*, como la denominaban mis compañeros había obtenido en los lugares por donde habíamos atravesado una abundante provisión de cigarros de papel, los que previa la eliminación de la cáscara o papel, iban a llenar el vientre siempre hambriento de la desde entonces afamada *cachimba*.

Nuestra conversación se amenizaba o mejor dicho se remojaba con uno que otro trago del acreditado mezcal de San Carlos, en tanto que nuestros soldados, los que iban delante

sobre todo, se las habían con los cochinitos que encontraban al alcance de sus carabinas. Cuando se escucharon los primeros disparos con este motivo, el general Castro le dijo al coronel Ricaut:

—Oyes, Alfredo, ¿qué serán esos tiros?

—No tengas cuidado —contestó éste— cada disparo es un marrano menos para su dueño, pero uno más para los ciudadanos armados.

Y así seguimos hasta Estación Garza Valdés, y cada vez que se oía un nuevo tiro, el general Castro decía invariablemente: ¡uno más! Como a las once de la mañana, pasamos por Garza Valdés, cruzando la vía, que ya había cruzado toda la cabeza de la columna con los demás generales, cuando a poco andar se oyó un disparo hacia el norte y don Cesáreo exclamó por enésima vez:

—¡Uno más!

—No —dijo Ricaut— ése pita.



Tropas constitucionalistas avanzan en un ferrocarril.
SINAFO-Archivo Casasola.

Y efectivamente, casi en seguida escuchamos una descarga y el pito de una máquina. Inmediatamente tocaron "¡alto!" los clarines y a poco llegó el general González, disponiendo se diera media vuelta sobre la Estación y se atacara al tren militar, mandando también que un escuadrón fuera a cortar la vía hacia el sur y otro al norte de la Estación. Se obedecieron estas órdenes y pronto se empeñó un reñido encuentro con los mochos del tren militar, notándose que nuestra impedimenta se había quedado al otro lado de la vía. Como la fuerza que había salido hacia el sur, al mando del teniente coronel Fortunato Zuazua, no daba señales de su presencia, pues no se escuchaba tiroteo por aquel flanco, el coronel Ricaut me ordenó que fuera a urgirle a Zuazua que atacara, para que el enemigo se sintiera flanqueado y el ingeniero Pérez se empeñó en ir conmigo. Ya desde hacía rato el coronel le había dicho dos o tres veces:

—Ingeniero, bájese del caballo.

Porque el animal que montaba era tordillo y presentaba mucho blanco a los pelones que estaban sobre los carros del tren y que nos veían bien, haciéndonos un fuego nutrido, pero el ingeniero no quiso apearse, y montados ambos llegamos hasta el camino, que presentaba una ancha brecha y que teníamos que atravesar para llegar a donde estaba Zuazua. Por aquella brecha caía una granizada de balas y yo desmonté, diciéndole al ingeniero Pérez:

—Bájese, Ezequiel, porque si no lo matan.

Y cogiendo a mi caballo de la rienda y escudándome con él, atravesé a la carrera aquel espacio peligroso, pero al montar de nuevo, vi a Pérez que cruzaba el camino montado y yo corrí al galope a desempeñar mi cometido, creyendo que venía detrás de mí por entre el monte, que era espeso. Cuando llegué a donde estaba Zuazua, ya éste se lanzaba con su gente al ataque por su flanco y media hora después el tren estaba en nuestro poder y los soldados del usurpador muertos en su mayoría y los que se salvaron, se había retirado por sobre la vía, batiéndose en retirada, sin que se les persiguiera por nuestra parte. A Por-

firio González se le desertó parte de su gente, huyendo el resto y dejando a Natividad Contreras con la impedimenta y unos cuantos hombres, y hubiera caído en poder del enemigo si no hubiéramos logrado vencer. De aquel tren recogimos buena cantidad de parque y armas y la máquina, después de haber destruido con ella y nuestros ferrocarrileros la vía al sur y al norte, fue descarrilada en la misma Estación.

A mi regreso recibí la infausta noticia de que el ingeniero Pérez había muerto al pasar el camino, donde lo alcanzó una bala que le partió el corazón, pues llevaba unos anteojos de campaña terciados y la bala cortó una media luna en la correa de los mismos sobre el corazón, siendo su muerte instantánea. Lloramos a aquel buen compañero, que se había hecho querer de todos por su entusiasmo, su educación y jovial carácter, siendo esta la segunda baja de importancia que sufrió nuestra columna, pues se me había olvidado consignar que en el ataque que nos dio Peña en Hualahuises, perdimos al valientísimo mayor Juan Castro, uno de los firmantes del Plan de Guadalupe y muy apreciado por todos y querido de sus soldados. El ingeniero fue sepultado cerca de Garza Valdés, en un claro del monte.

Esa noche pernoctamos en un rancho que se llama Magueyes, donde el general en jefe dispuso que don Cesáreo, a quien se agregó la gente comandada por el mayor Jesús Novoa y otras fracciones de las fuerzas del general Carranza, marchara sobre la vía del ferrocarril rumbo a Ciudad Victoria, limpiando de enemigo aquel trayecto y el 5 por la mañana se emprendió la marcha, mientras el general González con la columna más numerosa salía para Jiménez, donde esperaba incorporar al coronel Luis Caballero.

El general Castro avanzó sobre la vía y en Estación Carrizal o Carrizos tuvimos una ligera escaramuza, huyendo el enemigo en unos cuantos minutos, por lo que seguimos nuestro avance hasta Tinajas, estación que ocupamos sin disparar un tiro, pero no encontramos que comer, así es que fuimos a dormir cerca de La Cruz, donde había enemigo, sin cenar

más que un pedazo de piloncillo, combinado con unos chilitos silvestres de esos que por acá se llaman "piquines del cerro", que no es manjar muy agradable, pero el hambre es muy mala consejera y ya se verá adelante lo que nos aconsejó esta señora. En la mañana atacamos a los pelones en Estación Cruz, pero estos conciudadanos estaban duros de pelar y tardamos algún rato en desalojarlos y ponerlos en fuga, por lo que cerca de mediodía llegábamos nosotros a la ranchería aquella, pero entre los enemigos que nos habían precedido y los nuestros que traían el estómago lleno de aire, como acordeón, ya no habían dejado marrano, gallina, tortilla ni comestible alguno que poder engullir. Ante situación tan triste y desconsoladora, sólo el ingenio aguzado por el hambre nos podía salvar y así sucedió. Zuazua, González Morín y el que escribe, llegamos a una casuca de madera, solicitando de comer, comprando la comida, pues algo de dinero traíamos, pero la señora de la casa nos manifestó que no le quedaba nada. Sin embargo, la vista de águila de González Morín se fijó en un hermoso perico, que arriba de su estaca parloteaba feliz, y haciéndonos una seña, salimos tras él. Afuera llamó a su asistente, que era de los buenos, y le trazó el plan de combate, que se realizó al pie de la letra. Momentos después el asistente y otro soldado llegaron a la casa aquella, solicitaron de comer y ante la negativa de la dueña, el asistente y su compañero, que se fingieron completamente borrachos, se enfurecieron gritando:

—Queremos de comer.

—No hay, señores —decía la atribulada mujer.

Y a los gritos de los pseudo-ebrios, el perico comenzó también a chillar, y entonces el asistente, rugió furioso:

—Ora verá, desgraciado perico, pa que no se burle de nosotros.

Y le descerrajó un balazo al infeliz pajarraco, que cayó muerto. A los alaridos y llanto de la pobre mujer aparecimos nosotros, diciendo González Morín:

—¿Qué pasa, señora?

Y la mujer llorando y con el loro en los brazos:

—Estos infames, señor, que me han matado a mi periquito.

Entonces aquel, muy enojado, los increpó duramente:

—Sinvergüenzas, bandidos, ¿qué clase de garantías son éstas? Voy a mandarlos fusilar.

Estaban los dos soldados tan compungidos, pues aparte de lo expresado, el mayor Morín les soltó una andanada tremenda de palabras mal sonantes, que la señora aquella intercedió:

—No, señor, no es para que los fusile; no más castíguelos fuerte, pero la vida de un perico no vale la de dos hombres.

Morín se dejó convencer, diciendo:

—Bueno, señora, por usted no los fusilo, pero una buena cintareada no se las quita nadie.

Y llamando a un oficial que pasaba, le dijo:

—Llévese a estos arrestados con el capitán Cruz, y que me esperen para dar órdenes.

Luego que salieron, yo le dije a la señora, con mucha corrección:

—Señora, ya el periquito se lo mataron y eso no tiene remedio, ¿por qué no nos lo guisa usted con chilito y cebolla o lo que tenga?

—Ay, señor, pero dicen que la carne de perico es mala.

—Puede ser —dijo Fortunato— pero es más malo el hambre.

Por fin la convencimos y nos guisó el perico, con una salsita y unas cuantas tortillas que probablemente había reservado para ella. Dicen que la carne de estos animalitos es correosa, pero yo no estoy seguro más de que nos supo a gloria, probablemente porque estaba guisado con "salsa de hambre", y después le pagamos a la señora tres pesos, dejándola contenta y agradecida porque la habíamos salvado de los borrachos. Estos, naturalmente, no fueron castigados, y como poco después salimos rumbo a la Hacienda de Corpus, se les acabó el simulado arresto.

Mientras tanto, el general González con la columna principal avanzó de Magueyes, donde se le presentó el coronel Luis

Caballero a recibir órdenes, teniendo sus fuerzas en Jiménez. De allí salió a San Carlos y el día 8 arribó a Jiménez, donde pernoctó. Al día siguiente fue ascendido a general brigadier el coronel Luis Caballero y nombrado gobernador provisional de Tamaulipas, debiendo establecer su gobierno en Ciudad Victoria, cuando fuera tomada al enemigo. El día 9 por la tarde sale el Cuartel General de Jiménez hacia Padilla, donde se establece al día siguiente. De allí envía el general González fuerzas avanzadas hasta Güemes, por el camino de Victoria, con guías conocedoras del terreno proporcionados por el general Caballero. Este mismo día se recibió aviso de que el general J. Agustín Castro venía a incorporarse, lo que no pudo hacer hasta el día siguiente en la mañana y por la tarde se incorpora el coronel Teodoro Elizondo con su gente, sumándose a la columna que se preparaba para atacar a Ciudad Victoria.

El terrible duelo de Zuazua



El general Cesáreo Castro, jefe de nuestra columna, ordenó el avance hacia la gran Hacienda de Corpus, donde se establecería su cuartel, en espera de órdenes del general González, y como llevaba alrededor de mil hombres de caballería, mandó al célebre y nunca bien ponderado Anselmo Ruiz *El Borrado* por delante para preparar alojamiento y sobre todo comestibles para la tropa. Este *Borrado* era un ranchero de Coahuila, leal y franco, que comandaba una docena de vaqueros, como él, a los que pomposamente llamaba "Cuerpo de Reateros", del que se titulaba jefe, y a quienes estaba encomendada la tarea de lazar las reses que se necesitaban para alimento de las fuerzas y los potros brutos que se recogían para remudar caballos cansados.

Por la tarde llegamos a la citada Hacienda de Corpus, donde el administrador nos recibió muy bien, y don Cesáreo, que como ya he dicho era un jefe consciente y de muy buen criterio,

accediendo a las indicaciones del propio administrador, mandó al jefe del Cuerpo de Reateros que se pusiera de acuerdo con él para el sacrificio de las reses que repartirían los empleados de la hacienda con el fin de que no hubiera desperdicios innecesarios.

En tal lugar permanecimos varios días, mientras el general Pablo González, jefe del Cuerpo del Ejército del Nordeste, proporcionaba a sus fuerzas el merecido descanso en Padilla, donde dispuso que el general Jesús Carranza marchara el 12 de noviembre rumbo a la ciudad de Matamoros, como jefe de Guarnición y del Sector, con amplias facultades para reorganizar las aduanas de aquel puerto y de Reynosa, con el fin de que con sus productos procediera inmediatamente a la compra de armas y municiones para las fuerzas del Nordeste. También llevó órdenes el general Carranza para que quedaran a su disposición las tropas de la Brigada Blanco, que entregaría el teniente coronel Francisco J. Mújica, jefe de Estado Mayor del general Lucio Blanco, quien había sido llamado a Sonora por el Primer Jefe don Venustiano Carranza y ordenando que el coronel Andrés Saucedo, *La Muerte*, marchara con su regimiento a controlar las poblaciones de Sabinas Hidalgo, Lampazos y Villaldama, Nuevo León, procurando mantener incomunicado al enemigo entre Monterrey y Nuevo Laredo.

También dispuso el general en jefe que el jefe del Cuerpo Médico, coronel doctor Ricardo Suárez Gamboa se trasladara a Jiménez, Tamaulipas, estableciendo en aquel lugar temporalmente el Hospital de Sangre, para atender a los heridos que hubiere en las operaciones sobre Ciudad Victoria, después de hacerles las primeras curaciones en el campo del combate, para lo cual se organizaron las ambulancias con los elementos disponibles. En el Hospital de Jiménez quedaron los doctores Suárez Gamboa y Gilberto de la Fuente y después llegó procedente de Matamoros el capitán Francisco Vela González, quien iba a incorporarse al general Villarreal, pero hubo de quedar como ayudante de estos médicos por el gran número de heridos que había que atender.



Agustín Muñana, doctor Alfonso Priani y voluntarios
de la Cruz Roja. SINAFO.

Estos médicos revolucionarios eran sencillamente heroicos, porque estaban expuestos a todos los peligros que los combatientes y si los aprisionaba el enemigo tenían asegurada la "colgadura" o los cinco balazos de ordenanza; no percibían sueldo y trabajaban como negros, además de mezclarse entre las balas como cualquier hijo de vecino y en prueba de mi admiración y cariño hacia aquellos desinteresados y nobles compañeros, me propongo recoger material para escribir un episodio médico-rebelde dedicado a su actuación. Y en tanto que los comandos de los generales Antonio I. Villarreal, Francisco Murguía, Luis Caballero, Jesús Agustín Castro y el coronel Teodoro Elizondo descansaban en la histórica Padilla donde el pobre iluso don Agustín de Iturbide pagara con su vida el sueño de Imperio que para su desgracia quisiera revivir en esta Nueva España y ocupando también la Hacienda de Dolores, separada de Padilla por el hermoso Río Purificación, en cuyas limpias aguas dejaron nuestros compañeros, ayudados por blancos panes de jabón y uno que otro estropajo, los residuos de polvo, sudor y otras cosas peores acumuladas por tantos días de campaña,

nosotros también en Corpus obsequiábamos a las aguas purificadoras lo que sobraba a nuestros cuerpos jóvenes y bullangueros. En pocas palabras, estos días fueron de esterilización general para todo el Cuerpo de Ejército del Nordeste, que bien lo necesitaba.

También comimos esta corta temporada por tres veces al día, como buenos burgueses, cosa que también nos hacía falta, puesto que por cerca de dos meses no lo habíamos hecho y ya nuestros estómagos iban perdiendo esta deliciosa costumbre.

La ilustre palomilla comenzaba a hacer de las suyas, por aquello de que "panza llena, corazón contento" y al efecto recibimos un parte de novedades verbal por uno de nuestros compañeros que vino a traer órdenes del Cuartel General y nos contó que en Jiménez, una bella noche, José E. Santos, David Berlanga, Benjamín Huesca, Carlos Prieto, Díaz Couder, Pérez Treviño y otros de los miembros activos de la agrupación habían organizado una hermosa serenata, con guitarras, mandolinas y otros instrumentos ruidosos como botellas llenas del famoso y exquisito mezcal de San Carlos, para ver "que parque reventaba" el general Luis Caballero, recién incorporado al Cuerpo de Ejército, y como este jefe era muy alegre, simpático y congenió con ellos inmediatamente, se dedicaron en su compañía a serenatear a las bellas jimenenses. Pero sucedió que como a las doce de la noche, en plena serenata en la plaza, no dejaban dormir al general González, y éste se levantó para ir a callarlos, pues armaban el consabido escándalo de todos los diablos, y los de la palomilla, en cuanto uno de ellos se dio cuenta de la proximidad del general en jefe les dio el pitazo, corrieron como gamos abandonando solo al general Caballero, a quien don Pablo encontró solo, mandándolo a dormir y como Caballero, aunque relativamente joven ya tenía el pelo cano, don Pablo, con su seriedad característica, dedicó este comentario:

—Miren que viejo volado, revolviéndose con los muchachos.

Entretanto, nosotros no dormíamos en Corpus, donde acaeció el terrible desafío de Zuazua. Este Fortunato Zuazua,

entonces teniente coronel del Regimiento de Ricaut, era y sigue siendo hoy que es general de Brigada, célebre por su valor sereno ante el peligro y sus dotes militares, pero más que todo por su laconismo desesperante, ya que es bien sabido por los que lo conocemos que si es capaz de derrochar hasta el último centavo, en cambio es tan avaro de sus palabras que yo creo que jamás ha usado más de trescientas distintas en toda su vida. Espejo de revolucionarios y "Gran Comendador de la Orden del Cristal Hueco", o sea de la botella, a la que todos pertenecíamos en mayor o menor graduación, sin que esto quiera decir que éramos borrachitos de profesión, sino que jóvenes y revolucionarios en campaña, raro sería que no amenizáramos las tristezas, las penas y peligros con un traguito restaurador.

Y también era de los nuestros en todo y por todo aquel simpatiquísimo amigo, revolucionario hasta la médula, poeta y escritor que se llamó Arturo Lazo de la Vega, quien entonces ostentaba el grado de mayor y era jefe de Estado Mayor del general Cesáreo Castro, y entre ellos sucedió el "sucedimiento" que voy a relatar.

Quiero manifestar que los revolucionarios guardamos un gran cariño e inmensa gratitud hacia el pueblo tamaulipeco, porque cuando llegamos a su territorio se nos recibió en todas partes con los brazos abiertos por todos. En Tamaulipas hasta en el más humilde jacal de las rancherías nos daban lo que tenían de su pobre comida; allí tuvimos alimentos, guías, atenciones y sobre todo, afecto, en aquellos días de prueba en que se nos llamaba en todos los tonos "bandoleros", "latrofaciosos" y otras lindezas más, y se perseguía a muerte a todo el que nos ayudara o que siquiera se sospechase que simpatizaba con nuestra causa.

Pues bien, en Corpus se celebró un bailecito, en el que tomamos parte los jefes y oficiales de la columna, inclusive *El Viejito* Castro, que era alegre como unas castañuelas y le encantaba lo que llamábamos "el melodioso guaracheo". Naturalmente que hubo sus alipuses o bebestibles y como la

seguimos hasta el amanecer, al ilustre Zuazua, silencioso y grave, se le "pasaron las cucharadas" y amaneció, cosa rarísima e inusitada en él, tremendamente locuaz y mitotero. Montó en un magnífico caballo que usaba, corrió en la placita de la hacienda, ejecutó maravillosos saltos de obstáculos y por fin, en una "rayada" que le dio al brioso penco, al sofrenarlo éste le pegó con la cabeza en la boca. Poco después se cansó y como no había dormido en toda la noche, se acostó y se quedó como un tronco hasta como a las cuatro de la tarde. Cuando se levantó tenía la boca hinchada, y sintiendo algo, fue a verse en el espejo, preguntándole al coronel Ricaut:

—¿Por qué tengo el pico hinchado?

—¿Ya no te acuerdas? —le dijo el coronel— Te peleaste con Lazo de la Vega y te pegó una trompada tremenda, por eso lo tienes así.

Quién sabe si Fortunato lo creería o quiso seguir la broma, porque jamás en mi vida he vuelto a ver a Zuazua tan hablador ni de tan buen humor como ese día, pero dijo incontinenti, con una cara feroz y como si estuviera terriblemente enojado:

—Vamos a ver a este desgraciado, aprovechado, para desafiarlo a muerte.

El general Castro, que estaba presente, se sonreía, y dijo:

—No, hombre, no es para tanto, si es que tú te pusiste muy necio y por eso te pegó.

—No, señor, esto se lava con sangre; vamos a verlo.

Y nos fuimos a buscar a Lazo de la Vega, a quien encontramos jugando al dominó con Alejo González, *El Conforme* y otros. Inmediatamente se le apersonó Fortunato y le soltó:

—Conque tú te aprovechaste y me pegaste anoche, infeliz.

Y Lazo, comprendiendo en seguida la broma, respondió muy tranquilo:

—Sí, porque te pusiste de fierro malo.

—Bueno, pues vengo a desafiarte a muerte, pero luego luego, con padrinos o con madrinas, a pie o a caballo.

Don Cesáreo se tendía de risa, porque ya sabíamos que no dejaríamos que corriera la sangre al río. Lazo decía tranquilamente:

—Bueno, güero, como tú digas, pero no es para tanto.

—Cómo que no —tronaba Fortunato, a quien parecía que le habían dado cuerda, pues hablaba aprisa y sin detenerse—, te parece poco haberme pegado a mí. Ahora verás cómo te como el hígado y con tu cabeza hago barbacoa para almorzar mañana.

—Bueno, bueno —decía Lazo— pero tú eres el ofendido, ¿cómo quieres que sea el duelo, a pie o a caballo; con qué armas y a cuál distancia?

—Ahí —respondió Zuazua, con voz de trueno, que nunca le habíamos oído— esta noche, cuando esté oscuro; duelo a muerte; a pie, a mordidas y a cincuenta pasos de distancia cada uno, hasta que no sobre nada de uno de los dos.

Don Cesáreo fue el primero que soltó la carcajada y le hicimos coro, pues hasta entonces entendimos que Fortunato había comprendido y seguido la broma desde el primer momento. Y este fue el famoso "duelo" a muerte del güero Zuazua, espejo de revolucionarios y amigo entre los amigos.

El 14 de noviembre llegó el general González con el grueso de sus fuerzas a la población de Güemes, a donde previamente habían sido citados todos los jefes de corporaciones, y consecuentes con la disposición fueron el general Castro y el coronel Ricaut a recibir órdenes el 15 por la mañana a dicha población, acompañándolos Lazo de la Vega, Alejo González, el que escribe y otros oficiales de sus estados mayores. En Güemes abrazamos a nuestros queridos compañeros de la palomilla y conocimos a los generales Caballero y J. Agustín Castro, en cuyas filas andaba un muchacho mayor, llamado Alfredo Terrazas, simpático y valiente, a quien tuvimos el dolor de perder meses después en la toma de Tampico. También iba con el general J. A. Castro el valientísimo coronel Miguel Navarrete, muerto después, pero a quien apreciamos grandemente por su hombría y revolucionarismo a toda prueba.

Después de acordar el plan de ataque a la plaza de Victoria, el general en jefe libró instrucciones a los jefes de las columnas, por escrito, señalándoles precisamente los lugares que debían ocupar el día 16 por la mañana, debiendo atacar a las cinco de la mañana por los lugares designados, y como sabíamos que había enemigo en la Estación de Santa Engracia, dispuso el general González que don Cesáreo atacara ese mismo día 15 a los huertistas para que su avance al día siguiente no se viera detenido.

Regresamos, pues, a Corpus e inmediatamente se tocó a botasilla, dirigiéndonos a Santa Engracia, donde comenzó Zuazua la refriega como a las doce del día, apoyándolo después Alejo González y Jesús Novoa, quien ya venía con su corporación en nuestras columnas.

Como a las cuatro de la tarde, Alejo González logró flanquear al enemigo y pocos momentos después caía Santa Engracia en nuestro poder, reconcentrándose los pelones a Ciudad Victoria o mejor dicho, al puente de Caballeros, donde reforzaron la guarnición que había ya en aquel punto.

Después de destruir un pedazo de vía férrea adelante de Santa Engracia, seguimos hasta la Hacienda de la Diana, donde pernoctamos, un poco cansados, pero con nuestra tropa en magnífico estado de ánimo, ya que solamente triunfos habíamos obtenido y, además, habíamos recibido parque, con lo que quedábamos municionados a 150 cartuchos por plaza, lo que sucedía por primera vez durante toda nuestra lucha revolucionaria, que hasta entonces se había caracterizado por la escasez de municiones de guerra.

Al mismo tiempo que esto sucedía, el general González había hecho llegar sus avanzadas hasta 12 kilómetros al norte y oriente de Ciudad Victoria. En Güemes sucedió algo curioso que tuve oportunidad de presenciar o más bien dicho, escuchar, durante nuestra estancia en aquel lugar el día anterior y que no quiero pasar por alto. La mañana del día 15 de noviembre, el general Pablo González habló por teléfono al Palacio

de Gobierno en Victoria, pidiendo comunicarse con el general Rábago, gobernador y comandante militar. Hay que advertir que el general Rábago, cuando estuvimos luchando contra el orozquismo en Chihuahua, en enero de 1913, mandando los auxiliares de Coahuila el entonces teniente coronel de Irregulares Pablo González, nos trató sumamente mal, al grado de no proporcionarnos sino una jaula de ganado para conducir a don Pablo a Meoqui, a pesar de estar bastante enfermo; y cada vez que se refería a él, decía:

—Ese mentado teniente coronel González.

Así es que cuando contestó Rábago diciendo:

—¿Quién habla?

Respondió el general en jefe:

—Habla el mentado teniente coronel Pablo González, mi general, ¿ya no se acuerda de mí?

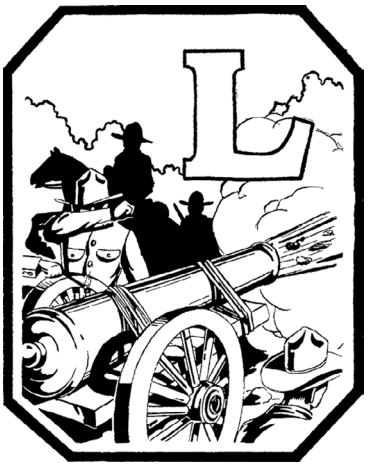
—Sí me acuerdo, y ahora ¿qué le duele?

—A mí no me duele nada, pero a usted sí le va a doler mañana, porque muy temprano lo voy a visitar y espero derrotarlo y hacerlo prisionero.

Y sin esperar respuesta, colgó el audífono don Pablo, mandando inmediatamente que se cortara la comunicación telefónica a Victoria.

Previamente se había dispuesto que una fracción de las fuerzas de Caballero se situara entre las estaciones de Osorio y González, interrumpiendo la comunicación ferrocarrilera y telegráfica con Tampico, y que también se incomunicara a Xicoténcatl, lo que fue obedecido, terminando así los preparativos para el ataque próximo sobre la capital del estado de Tamaulipas.

El cañón de Delfín



La distribución de posiciones para las fuerzas atacantes a la capital de Tamaulipas era la siguiente: el general Cesáreo Castro por Tamatán y la Estación del Ferrocarril; el general Jesús Agustín Castro desde la Estación hasta pegarse con el sector que cargaría sobre las lomas de Las Vírgenes; quedando a su cargo desalojar al enemigo de la posición que tenía en el henequenal de Terán; el Cuartel General con la brigada del general Antonio I. Villarreal sobre las lomas de Las Vírgenes, desde donde terminaba el sector del general J. A. Castro hasta tocar con el del general Luis Caballero, quien se desplegaba a la izquierda del Cuartel General y el general Murguía y el coronel Teodoro Elizondo avanzarían sobre los Panteones y el fortín del Santuario.

Como estas fuerzas habían pernoctado aproximadamente a tres kilómetros de Victoria, esperaron que nosotros, esto es, la

columna del general Cesáreo Castro avanzara, puesto que habíamos quedado más distantes. Así sucedió, pues a las cuatro de la mañana salimos de la Diana, y nos dirigimos hacia nuestro sector, encontrando una fuerte guarnición enemiga en el puente de Caballeros, la que hizo feroz resistencia, a pesar de ser nuestro número superior. Recuerdo que cuando comenzaron los balazos iba yo muy descuidado y medio adormilado sobre mi caballo retinto, y al gritarme el coronel Ricaut que lo alcanzara, me enderecé sobre la montura y en ese preciso momento, una rama de mezquite, pues caminábamos por entre el monte, azotó sobre mi cara y se llevó mis anteojos. Es bien sabido que sin los vidrios, soy hombre al agua, por lo que pensé en buscarlos, gritándole a mi asistente, Manuel Reyes, pero no los halló y como arreciaban los balazos y seguían los gritos de Ricaut llamándome, entonces me acordé que en las cantinas de mi montura llevaba siempre otros anteojos, "por aquello de las cochinas dudas", y metiendo mano los saqué y me los planté, incorporándome a mi jefe, a quien conté el sucedido, que publicado después, hizo que me "limaran" multitud de anécdotas, levantándome falsos como que yo andaba a gatas entre los "chaparros" y entre las patas de los caballos buscando mis anteojos y preguntándoles a todos los que pasaban por ellos, etcétera, etcétera.

Los federales que defendían el puente de Caballeros pelearon como endemoniados, y hubo un momento en que rechazaron al mayor Jesús Novoa y su gente, colocándose entre él y su caballada, que estaba encadenada entre el lecho del río, hasta que Fortunato Zuazua, con su fuerza, caminando a pie por entre el chaparral los flanqueó por el oeste de la Estación, declarándose entonces en fuga y reconcentrándose a Victoria, no sin dejar algunos pertrechos, varios muertos y algunos prisioneros. Inmediatamente que tomamos Caballeros, avanzamos hasta reunirnos con las tropas del general J. Agustín Castro, quien ya había roto el fuego sobre el enemigo fortificado en la plaza, y momentos después, como a las seis y media de la mañana se generalizó el combate.

La plaza de Victoria estaba bien defendida por los generales Antonio Rábago, famoso como soldado de caballería, quien mandaba en jefe y con él los generales Higinio Aguilar, Juan de Dios Arzamendi y García Lugo, con cerca de tres mil hombres de las tres armas, pero nosotros contábamos con unos cuatro mil hombres, aunque nuestra artillería era inferior y más escasa que la del enemigo.

Los huertistas habían construido fortines en el Santuario, las lomas de Las Vírgenes y el henequenal de Terán, con adobes y tierra, abriendo trincheras en tres líneas de defensa, por lo que presentaban poco blanco, pues dentro de las trincheras hacían fuego a cubierto, y además, su poderosa artillería comenzó a funcionar desde que aparecimos a la vista, por lo que se ordenó que los nuestros echaran pie a tierra, encadenando la caballada en lugares seguros.



Antonio I. Villarreal, vestido de traje.
SINAFO-Archivo Casasola.

Este combate fue formidable; hubo momentos en que no se podía hablar más que a gritos, porque el ruido del cañoneo era tal, que ensordecía, y los ayudantes que venían e iban al Cuartel General solicitando parque y llevando órdenes a los sectores y perdían caballos o caían heridos ellos mismos con aterradora frecuencia, y no se podía cruzar en los espacios descubiertos porque la muerte era casi segura. Sin embargo, los soldados de la Revolución no cejaban un palmo, mientras que los pelones iban perdiendo terreno poco a poco, y como a las 12 del día, casi toda la primera línea de defensa estaba en nuestro poder.

El general Villarreal se había posesionado de las lomas de Las Vírgenes; el general J. Agustín Castro había hecho retroceder al enemigo hasta atrincherarse en la casa afortinada del Henequenal de Terán; don Cesáreo con nuestra columna ocupaba hasta las cercanías de la Estación y su línea avanzaba hasta las primeras casas de la ciudad y el general Murguía y el coronel Elizondo estaban ya junto a los Panteones, casi en las casas de la población por el lado norte del río. Como a la una de la tarde, el fuerte del Santuario, donde tenían los pelones grandes piezas de artillería, comenzó a vomitar metralla sobre nuestras líneas, sin causarnos mucho daño, pero en cambio el fuego de fusilería y ametralladoras sí nos produjo muchos heridos al grado que ya las ambulancias no daban abasto y hubo que comisionarse parte de la escolta del general en jefe para que ayudara a la conducción de heridos.

Los cañones de Prieto y Pérez Treviño estaban ocupados y habían hecho buenos tiros, pero don Pablo buscaba con qué contestar el fuego del fuerte del Santuario, y como "el que busca, encuentra", según reza el Antiguo o el Nuevo Testamento, no estoy seguro, porque no ando muy fuerte en Historia Sagrada, encontró un cañón. Este famoso artefacto guerrero que da nombre a este relato, era un mortero del tiempo de los franceses o probablemente anterior, que fue desenterrado por las fuerzas del coronel Teodoro Elizondo, según algu-

nos de mis informantes, en Mier, Tamaulipas, y en un pueblo de Nuevo León, según otros, porque no están de acuerdo los "historiadores de memoria" de donde obtuve estos datos, pero el hecho innegable, histórico y más aún, completamente verídico, es que existió este celebérrimo cañón, que era de los llamados "de oído" porque no tenían cierre, sino un agujerito en la parte posterior llamado "oído" donde se introduce una mecha o cañuela que se enciende para producir el disparo, después de ser cargado por la boca, con escobillón, cuando lo hay. Como es por demás decir que estando enterrado no tenía cureña, originalmente se le colocó sobre un carretón (carro de dos ruedas) pero en una entrada que hizo don Teodoro a Sabinas Hidalgo, uno de sus oficiales descubrió que el aparato de dos ruedas que conducía la barrica del agua del municipio, con que se regaba la plaza, era mejor cureña y desmontándola, trepó el mortero encima y quedó integrada la artillería de la Brigada Elizondo. Al incorporarse don Teodoro en Padilla pasó a sus órdenes uno de los tenientes más mitoteros y agradables, Delfín Cepeda, que pertenecía a las fuerzas de don Jesús Carranza, y se hizo cargo, probablemente porque era gordito y algo "léido y escribido", del arcaico cañón, del que quedó como artillero titular. El tan respetable artefacto, al menos por su antigüedad bien acreditada, estaba amarrado al rodaje de la ex barrica con fuertes coyundas o tiras de cuero fresco de res y para apuntarlo se servía Delfín de unas recias horquetas de mezquite con que se apuntalaban las varas del rodaje, dependiendo de la altura de estas horquetas el alza del cañón y en cuanto a municiones, traía unas balas redondas del año de "upa", probablemente de la misma procedencia del arma. Tropezar la vista del general González con el vetusto armatoste y ordenarle a Delfín que disparara sobre el Santuario fue obra de un segundo, y como se ordenó se hizo. Colocó Delfín las consabidas horquetas del tamaño que consideró necesario en las varas, bien clavadas en la tierra, metió por la boca de su cañón pólvora negra en gran cantidad, retacó

con hilachas, empujó y aplanó con un enorme palo a guisa de escobillón, metió más pólvora, más hilachas, volvió a retacar y luego metió una gran bola de fierro y plomo de las que en un alarde de imaginación y buena voluntad llamaba "balas", aplicó la mecha, la encendió y se produjo la terrible explosión. Y primero sucedió lo maravilloso: la bola o bala fue a pegar en la mera puerta del Santuario, arrollando a su paso oficiales y soldados federales, con una precisión automática, pero luego vino lo cómico: una densa humareda producida por el disparo envolvió a nuestras tropas, y las hilachas ardiendo cayeron sobre los soldados, que se levantaron, dando blanco al enemigo, que afortunadamente no pudo aprovecharse de esta contingencia porque la misma humareda le impidió verlos, y con la fuerza de la explosión, el cañón reculó violentamente, rompiendo las estacas u horquetas, y emprendió veloz carrera hacia atrás, entre el pánico y las carreras de artilleros, oficiales y soldados montados que le dejaban libre el paso, como si fuera una avalancha. Por fin se detuvo y recapturado el fugitivo, lo volvieron a colocar en posición para hacer nuevos disparos, pero como era de esperarse, ya no volvió a atinar otro tiro como el primero. Delfín, impertérrito, explicó a don Pablo:

—Así es este cañón, mi general, y ya mis artilleros saben que nomás se le prende la mecha y hay que correr, porque se lleva de encuentro lo que halla al paso.

—Y para volverlo a apuntar, ¿cómo le haces?

—Ah, pues para eso traigo, siempre unas veinte o treinta horquetas de cuatro o cinco tamaños, porque en cada disparo quiebra las que le pongo.

Sin embargo, este día el respetable cañón prestó un magnífico servicio.

Toda aquella tarde siguió el furioso combate, sin que nuestros soldados pudieran rebasar las primeras líneas de defensa que habían sido tomadas al enemigo, que seguía defendiéndose heroicamente, desparramando metralla sobre nosotros, como si fuera granizo.

Por fin, comenzó a cerrar la noche y los fuegos fueron cesando en todos los sectores, hasta no oírse sino uno que otro tiro aislado, y los soldados se entregaron al sueño, por momentos al menos, pues las avanzadas y los centinelas constantemente dejaban oír sus "¡alertas!" que sonaban en el silencio trágico de la noche y las rondas y los jefes no cesaban de pasar y repasar, siendo casi imposible dormir, tanto por estos ruidos como por la tensión nerviosa natural en tales circunstancias.

Como a las once de la noche llegó al Cuartel general un enviado del teniente Natividad Contreras, quien había quedado en Padilla vigilando la retaguardia y cuidando las impedimentas, con una buena escolta, trayendo el parte de que aquel mismo día se había acercado a la Hacienda de Dolores un automóvil sospechoso procedente del norte, y que habiéndosele marcado el alto cinco veces, pidiéndole identificarse con las contraseñas respectivas, y no habiéndolo hecho, la guardia de la Hacienda de Dolores había hecho fuego, resultando muerto el mayor Armando Decuir y quedando detenido el Mayor Raúl Gárate, quien decía venir de Matamoros conduciendo parque para el Cuartel General. El general en jefe lamentó hondamente este desgraciado accidente, pues el mayor Decuir era un decidido partidario de la Revolución, a la que había contribuido hasta con fondos de su peculio para la compra de parque, e inmediatamente ordenó al teniente Contreras que dejara pasar al mayor Gárate con las municiones que traía y que se diera sepultura en Padilla al mayor Decuir, reservándose para hacer las investigaciones necesarias a su debido tiempo, como se verificó días después, comprobándose la confusión padecida, que originó esta desgracia.

La noche era oscura como conciencia de prestamista, los soldados y oficiales dormitaban abrazados a sus fusiles, en espera de las primeras luces del día para continuar la refriega, soñando ya en la ocupación de la plaza atacada, que constituiría otro gran triunfo para nuestra causa.

La gente del general Villarreal terminaba donde comenzaba la del general Caballero, y este jefe tuvo que dirigirse a caballo hacia el Cuartel General para solicitar algunas órdenes probablemente, porque el caso es que cuando marchaba entre las fuerzas de la Brigada Villarreal, tropezó en alguna piedra u hoyo su caballo y cayó cuan largo era al suelo, y casualmente a los pies del teniente coronel José E. Santos, quien cansado de corretear todo el día de un lado para otro llevando órdenes de su jefe, dormía como un santo varón, pero al traquidazo de la caída de caballo y Caballero, se enderezó, preguntando azorado:

—¿Qué pasa? ¿Quién es?

—Soy el general Caballero, que se tropezó mi caballo y nos caímos —dijo el caído.

A lo que contestó José con toda seguridad:

—Ah, bueno, entonces no tiene importancia el asunto, porque lo malo era que se me hubiera caído encima el general Rábago. De usted no hay cuidado… Hasta mañana.

Y volvió a dormir con toda tranquilidad.

En nuestro sector las cosas marchaban bien, pero como el general J. Agustín Castro no había podido tomar la casa blanca que constituía el fortín del Henequenal de Terán, circuida de trincheras perfectamente protegidas, a pesar de que había cargado dos veces con arrojo sobre este fuerte, el general Cesáreo Castro se preparaba ordenando al teniente coronel Alejo González que al día siguiente cargara él sobre esta posición, que necesitábamos obtener a toda costa, porque no podríamos avanzar hacia la Estación que era nuestro objetivo, dejando atrás al enemigo, que desde allí nos podía hacer inmenso daño.

El general Villarreal, secundado por sus jefes don Reynaldo Garza, Atilano Barrera, Faustino García, Baltazar G. Chapa, J. Ramírez Quintanilla, Enrique Navarro y otros, se había posesionado del Cuartel Federal en Las Vírgenes, y aunque los mochos lo atacaron tres veces seguidas queriendo recuperarlo, logró rechazarlos con pérdidas, aunque él también perdió

alguna gente, entre ella el aguerrido capitán primero Cástulo Gómez, a quien quería mucho, porque había sido un viejo compañero suyo, luchador desde la época antiporfirista, en 1906, y lo sintió sinceramente, haciendo constar su muerte en el parte que rindió al general González, así como que el capitán Gómez había caído al frente de sus soldados.

•

El discurso de Berlanga



penas despuntaba la luz mañanera cuando dejó oír su ronca voz de nuevo la artillería gruesa de Rábago, que desde el fuerte del Santuario nos saludaba cortés pero aviesamente, con la sana intención de pulverizarnos, y las infanterías defensoras de la usurpación volvieron a lanzarse al ataque pretendiendo recuperar el día anterior, pero su intento fue vano. El general Francisco Murguía, con los bravos escuadrones mandados por los tenientes coroneles Benjamín Garza, heroico ranchero que llevaba gente fogueadísima y que era muy curioso, pues los jefes de sus escuadrones portaban motes como los siguientes: Pancho Garza, su hijo adoptivo, ya capitán, era conocido por *La Polla*; el capitán Francisco Muñoz, *Chico Pelillo*; Arnulfo Ballesteros, *La Potranca*, también capitán y otros que no recuerdo sus apodos, como Faustino Alcalá, Margarito Cruz, Lisandro Campos, Salvador Alcalá y Teodoro Garza,

hijo legítimo de Benjamín, todos valientes y aguerridos; el mayor Ildefonso M. Castro, con sus fuerzas, Heliodoro Pérez, Fernando de León, José Murguía, José Solís, Fortunato Maycotte, Nicolás Ferriño, Antonio Pruneda, Eduardo Hernández, Pablo González chico, Ubaldo Garza y muchos otros compañeros cuyos nombres escapan a mi memoria atacaban furiosamente, ocupando los Panteones, haciendo retroceder a los pelones. El coronel Teodoro Elizondo, viejo luchador con quien militaban Aniceto Farías, José V. Elizondo, *El Colorado*, Pedro Vázquez, Pedro Vela, Cayetano Santoyo, Marciano González, Juan Villarreal, Rito Ornelas, Crispín Treviño, Florencia Puente, Eulogio González, Tomás Chávez, Arturo Jasso, Epifanio Chacón, Manuel Boado, Everardo de la Garza, Pedro Zertuche y otros elementos avanzaban por el sureste estrechando el círculo de fuego que rodeaba a los federales de Rábago. El general Caballero, de cuyos jefes solamente recuerdo al teniente coronel Emiliano P. Navarrete, Agapito Lastra, Raúl Gárate y creo que César López de Lara y a su hermano Anacarsis, pues esta gente estaba recién incorporada y no la conocíamos bien todavía, también luchaba en su sector, que colindaba con el del general Antonio I. Villarreal, que seguía batallando ferozmente contra el enemigo que a toda costa quería volverse a posesionar de las lomas de Las Vírgenes, sin lograrlo, y bajo el fuego de artillería del Santuario, al que contestaban nuestros cañones capturados al enemigo en Topo Chico, y que servían el mayor Carlos Prieto y el capitán primero Manuel Pérez Treviño, y el cañoncito *El Rorro*, al cargo del capitán segundo Alberto Salinas Carranza y el teniente Luis Herrera, *El Coqueto*, que contestaban animosamente a los cañones enemigos, pero con toda la parsimonia que poseía su jefe, el paciente e inalterable Carlos Prieto, quien tenía órdenes del Cuartel General de no desperdiciar parque. Las ametralladoras mandadas por Daniel Díaz Couder, Aponte el chico, Agustín Maciel, Prado y sus ayudantes también disparaban incesantemente, conteniendo los avances pretendidos del enemigo.

Con Villarreal iban también magníficos elementos revolucionarios como el coronel Atilano Barrera, los tenientes coroneles Reynaldo Garza, Enrique Navarro, José E. Santos, Rafael Cadena, capitán David Berlanga, mayor Dolores Torres, mayor Celso Téllez, Santos Rosas, teniente coronel Jesús Ramírez Quintanilla, mayor Julio Soto, capitán Baltazar G. Chapa, Camerino Arciniega, Faustino García, Mateo Flores, Benjamín Huesca, Francisco Castrejón, Francisco A. Tamez, mayor Francisco L. Urquizo y tantos otros que mi memoria infiel olvida. El general Jesús Agustín Castro, de cuyos jefes siento recordar solamente al valientísimo coronel Miguel M. Navarrete, pues tampoco conocíamos a esta gente, se batía bizarramente en su sector, dificultándosele tan sólo tomar el fuerte de la casa del Henequenal de Terán, por la dificultad para acercarse a campo casi descubierto. El general Cesáreo Castro, con quien peleaban el coronel Alfredo Ricaut, los tenientes coroneles Alejo G. González, Francisco Sánchez Herrera, Fortunato Zuazua, mayores Jesús Novoa, Arturo Lazo de la Vega, Jesús González Morín, Pedro Villaseñor, Anselmo Ruiz, Benecio López, Juan Castalde, Pedro Treviño Orozco, Fortino Garza Campo y el que escribe, y capitanes Irineo Cruz, Guillermo Berchelman, Manuel Flores *El Conforme*, Zenón Rodríguez, viejo ferrocarrilero, Refugio Álvarez, Ismael Rueda, y tantos otros que siento no recordar, con cuyos contingentes había ya casi dominado el sector a su cargo.

Con el general González se hallaban, como jefe de Estado Mayor, el coronel y licenciado Pablo A. de la Garza, mayor Ramón Sánchez Herrera, *Forey*, profesor capitán Ángel H. Castañeda, Alfredo Lamont, Leopoldo Hernández, Coto Zodabró, Luis Rucobo, Manuel Ibarra, Mauro Rodríguez, jefe de Telegrafistas, capitán Luis Galindo, jefe de los Dinamiteros, Miguel Ontiveros, Tomás Marmolejo, mi buen compadre el mayor Ricardo González V., y otros en su Estado Mayor; su escolta personal mandada por los valerosos mayores Carlos Osuna y Alfredo Flores Alatorre, donde iban Martín Salinas,

Refugio Balderas, Mateo Willis, Anacleto Guerrero y muchos más, y además jefes de fuerzas no incorporadas a las columnas existentes, como el infatigable Jesús Soto, Luz Menchaca, Federico Silva, Federico Barrera y algunos otros.



Estación del Ferrocarril Central Mexicano en el ramal de Tampico. SINAFO-C. B. Waite / W. Scott.

Pocas acciones de guerra habíamos tenido en que se luchara con tanto encarnizamiento, pues justo es reconocer que los jefes y soldados del chacal Huerta se defendieron con valor heroico, pero la moral de nuestras fuerzas era enorme y no nos faltaron municiones, ya que el general González además de sus órdenes, enviaba parque a los sectores cuidadosamente. La batalla rugió todo el día 17, casi sin cesar, y ataques y contra ataques de una y otra parte eran dados y rechazados furiosamente. El teniente coronel Alejo González atacó el Henequenal de Terán, que no había podido tomar el general J. Agustín Castro, pero también fracasó su tentativa, porque el enemigo enviaba un diluvio de proyectiles sobre aquel campo casi descubierto, hasta que por la tarde, ordenó el coronel Cesáreo Castro que el coronel Fortunato Zuazua, con su gente a pie, asaltara aquel reducto que nos hacía mucho daño.

Con Fortunato se fue un "gringo" mexicanizado que andaba con don Cesáreo y que se apellidaba Foster, que me parece era ingeniero y a quien le hacíamos miles de travesuras, pero jamás se enojaba, y cuando lo hacíamos desesperar se contentaba con decir:

—Oh, mí no estar conforme con ese tratamiento… mí se va al mar, porque en el tierra no haber josticia…

Y efectivamente, como si hubiera sido un presentimiento su famosa frase, meses después se ahogó en Tampico… Se fue al mar porque en la tierra no halló justicia… ¡Pobre gringo Foster! Pero ese día se portó como un guerrero de leyenda, porque al avanzar Zuazua sobre la casa afortinada del henequenal, él iba adelante, con un morral de bombas de mano, seguido de otros soldados también con bombas y fue de los primeros que llegaron, entre aquel infierno de fuego y acero, hasta las trincheras federales protegidos por la fusilería de los hombres de Zuazua, que con su jefe a la cabeza se lanzaron al asalto, arrastrándose entre las matas de henequén, hasta desalojar al enemigo de aquella posición que parecía inexpugnable y que por fin quedó en su poder, después de la terrible lucha.

Cayó la noche y los defensores de la plaza habían perdido ya sus mejores posiciones, es decir, todas sus líneas de defensa, concentrándose dentro de la ciudad, por lo que perdida la esperanza de rechazarnos, optan los generales de Huerta por reunir su gente en el paso Méndez, inutilizan sus cañones ocultando los cierres y queman gran cantidad de armas frente al Palacio de Gobierno, así como atalajes de ametralladoras y artillería, y a la madrugada del día 18, formando una sola columna se lanzan con todos sus efectivos por un lado de la Estación, haciendo y tomando el camino de Tula y Jaumave. Apercibido el general González de esta maniobra, ordena que se formen dos columnas, al mando de los generales Villarreal y Murguía que vayan en su persecución, mientras las demás fuerzas penetraban a la plaza de Ciudad Victoria, que para las ocho de la mañana estaba ya en nuestro poder. El teniente

coronel Zuazua al hacer su entrada por la Estación quemó un cuartel enemigo y en la calle que conduce al centro de la ciudad se encontró con cuatro o cinco pelones marihuanos, que se parapetaron en las puertas y estuvieron haciendo fuego, por más que les gritaban los nuestros que se rindieran, hasta que murieron todos.

Una vez dentro de la ciudad, todavía llegamos a tiempo de rescatar del fuego muchos de los fusiles que los mochos habían tratado de quemar frente al Palacio de Gobierno y en los corredores de aquel edificio hallamos más de cuarenta muertos, así como algunos de los oficiales federales tendidos en sus ataúdes, que no habían tenido tiempo de enterrar, a los que se dio sepultura por orden del Cuartel General. En los demás fortines enemigos se encontraron cerca de doscientos muertos, que también fueron sepultados.

A mediodía del día 19 llegaron los generales Villarreal y Murguía, que habían logrado dar alcance a Rábago en La Herradura y en el rancho de La Joya, haciéndoles gran cantidad de muertos y más de cien prisioneros, así como rico botín de armas y municiones. También iban con el general Rábago muchos civiles habitantes de Ciudad Victoria, con sus familias, que en traje de calle y con zapatos de tacón alto muchas de ellas, señoras y señoritas, fueron bajadas de los cerros por los nuestros, explicándoles que nuestros soldados eran decentes y no unos bandoleros como los federales les habían hecho creer, y vimos a la entrada de la columna vencedora el desusado espectáculo de la oficialidad revolucionaria a pie, llevando de las riendas sus caballos que montaban las damas que habían salido tras de los mochos, engañadas y que dieron las gracias al general González por este acto de cortesía.

Pero la noche del 18 de noviembre, nos acuartelamos ocupando los jefes y oficiales algunas casas abandonadas por sus moradores y la palomilla, que el día anterior había estado muy ocupada, pues todos sus miembros se encontraban en la línea de fuego, reanudó sus operaciones, aunque teniendo que

lamentar la baja temporal de uno de sus más preclaros componentes, el teniente coronel José E. Santos, quien cayó ese mismo día enfermo de una violenta y alta fiebre, recluyéndose en una bodega o almacén de una casa comercial, que fue el lugar que de pronto se encontró. Allí lo fuimos a visitar Fortunato Zuazua y el que escribe, pero como desde muy temprano habíamos estado sosteniendo una seria controversia con otros compañeros, acerca de la calidad de ciertos bebestibles de diferentes clases, envasados en botellas de distintos colores, tamaños y formas, para cuando llegamos a donde José yacía en un catre de campaña en un cuarto grande cuyos costados estaban rodeados de casilleros que contenían innumerables juguetes de hojalata, como carritos, máquinas caballitos, muñecos, etcétera, etcétera, y otros repletos de miles de frascos de perfumes, ya íbamos en lo que *El Conforme* llamaba "estado gaseoso", y no pudimos creer de ningún modo que Santos estaba realmente enfermo, así es que nos trepamos sobre los casilleros y nos dedicamos a lanzarle sobre la cama y naturalmente, sobre su cuerpo, juguetitos a guisa de proyectiles, y al mismo tiempo a vaciarle botecitos de perfume, sin hacer caso de las protestas airadas y las frases sonoras y contundentes que nos dirigía el yacente, hasta que éste, viendo que no valían gritos ni palabras groseras, optó por extraer un pistolón que tenía en la cabecera y aventamos balazos, por supuesto que sin intención de herirnos, y ante aquellos argumentos detonantes y mortíferos huimos dejándolo en paz.

Seguimos en otros lugares con Lazo de la Vega, Berlanga, Alejo González, *El Conforme* y otros la peregrinación emprendida, y como a las once de la noche nos reconcentramos a la casa, creo que de los señores Zorrilla, que está enfrente del Palacio de Gobierno, donde nos habían alojado. Me tocó una hermosa recámara, con dos camas, donde pretendía dormir en una y en otra *El Conforme* que había tomado un vino tétrico hasta más no poder, pues se le ocurrió dejarse caer de cabeza por un balcón, y después de una lucha heroica, no pudiéndolo

convencer a la buena, pedí auxilio creo que a Lazo de la Vega y lo subimos a una cama amarrándolo con las sábanas de la misma, a pesar de sus gritos y protestas. Cuando ya me consideraba libre para dormir, oímos gritos descompasados en otro de los balcones y salimos en los momentos en que David Berlanga, el mejor orador con que contábamos, muchacho culto, revolucionario exaltado y entusiasta, muerto en 1915 por orden de Villa en México, parado en un balcón, en paños menores y sin más oyentes que el teniente coronel Ramírez Quintanilla y el capitán Benjamín Huesca, que lo estaban cuidando que no se cayera, arengaba a las sombras de la noche, pues la calle estaba más desierta que el famoso Sahara, con voz sonora, gritando:

—Conciudadanos, nobles hijos de Tamaulipas: la revolución triunfante os viene a devolver vuestras libertades conculcadas por el dipsómano Huerta.

Por ese tenor habló como una hora, perdiéndose sus frases candentes en el silencio nocturno, bajo el frío e impasible cielo de noviembre, pues nosotros, convencidos de que era nada más un discurso de Berlanga, sin oyentes, nos largamos a dormir, que bien lo necesitábamos.

Pero mientras nosotros nos divertíamos, procurando recuperar el tiempo que habíamos penado en la campaña, el Cuartel General no dormía; desde el día de la toma de Ciudad Victoria, el general González había ordenado que distintas corporaciones guarnecieran por el este hasta Forlón, sobre la vía férrea; por el oeste hasta Santa Engracia, al noreste a Güemes y Casas, y mandó situar fuertes retenes en las Lomas de Las Vírgenes, Callejón de los Charcos y demás suburbios de la ciudad. En seguida dispuso que el capitán Luis Galindo, jefe de Dinamiteros y Electricistas, con su cuadrilla y una escolta, se ocupara en restablecer las comunicaciones entre Ciudad Victoria y H. Matamoros, interrumpidas entre Victoria y Jiménez, y también que se limpiara la ciudad, preparando lo necesario para dar posesión al general Luis Caballero de su puesto de gobernador y comandante militar del estado de Tamaulipas, lo

que se verificó el día 22 de noviembre, dedicándose el general González con el nuevo gobernador a organizar los servicios civiles tanto del estado como municipales, habiendo el general Caballero nombrado como su secretario de Gobierno al licenciado Fidencio Trejo. También otorgó el general González muchos salvoconductos a personas que habían huido con los federales y que regresaron al facilitárseles garantías.

A las 3 de la tarde del día 22 se restableció la comunicación con Matamoros, cambiándose el general Jesús Carranza y don Pablo felicitaciones por el éxito de la jornada sobre la capital de Tamaulipas y manifestando el primero que todavía no recibía las fuerzas del general Blanco ni la Guarnición de la Plaza, pero que ese mismo día lo haría por lo que se le reiteraron las órdenes ya dadas para que el coronel Saucedo saliera rumbo a Nuevo León.

Pocos momentos después se recibió parte de las fuerzas destacadas en Santa Engracia de que el general huertista Guillermo Rubio Navarrete con una columna de dos mil hombres y varios trenes se encontraba en Estación Cruz y se disponía a avanzar de un momento a otro sobre Victoria, por lo que el general en jefe dispuso que salieran a batirlo varias columnas, cuya movilización registraré en el próximo relato.

•

Pobres mulas



El general Guillermo Rubio Navarrete, a quien llamábamos "el proveedor de la Revolución", porque desde Candela había venido dejándonos magníficos elementos como botín de guerra, cada vez que lo derrotábamos, tales como parque, armas, caballos, monturas, ametralladoras y hasta vestuario y víveres, avanzaba resuelto hacia Ciudad Victoria, con ánimos de reforzar la guarnición de aquella plaza, porque, según los informes que teníamos, no sabía aún que ya la capital de Tamaulipas había caído en poder de la Revolución, y para detener su marcha, que hacía en varios trenes, con caballería, infantería y artillería, el general en jefe dispone que salga el general Antonio I. Villarreal con una columna compuesta por las brigadas de los generales Francisco Murguía, Cesáreo Castro, Jesús Agustín Castro y coronel Teodoro Elizondo, llevando toda la artillería que comandaba el mayor Carlos Prieto y las ametralladoras del

capitán Daniel Díaz Couder. Esta columna arribó a Santa Engracia al caer la tarde del 22 de noviembre, formando su línea de combate frente al enemigo, que se dio cuenta de que el número de los nuestros era casi igual al de sus efectivos y no se movió por aquella noche, esperando las luces de la mañana para emprender el ataque.

En las primeras horas de la mañana los señores pelones comenzaron a disparar cañonazos sobre nuestras fuerzas, pero sin causarles daño, pues ya nuestros "latrofacciosos" estaban tan acostumbrados al cañoneo, que se divertían viendo venir las balas, y hasta me acuerdo que se dedicaban al curioso deporte de "torearlas", como ellos decían, y cada vez que veían venir por el aire uno de aquellos proyectiles, comenzaba la gritería:

—Ay viene la vaca… ay viene la vaca…

Y si ésta explotaba al caer, ya estaban bien lejos, de manera que a ninguno hería.

Así se pasó la mayor parte de la mañana, haciendo fuego con su artillería, pero sin salir de sus posiciones, hasta que como a medio día se lanzaron al ataque los mochos, avanzando su infantería protegida por un violento cañoneo, y entonces se generalizó el combate, que pronto adquirió caracteres de ferocidad, pues se luchaba en campo abierto y a pecho descubierto sin precauciones por ninguna parte. Los nuestros dieron repetidas cargas de caballería que resistían las infanterías huertistas, las cuales contra atacaban formidablemente y eran resistidas por los soldados de la Revolución, y así hasta que cerró la noche sin que se decidiera la batalla por ninguno de los contendientes, quedando cada cual en sus posiciones.

Entre seis y siete de la tarde, cuando el combate disminuía ya en intensidad, aunque todavía los fuegos enemigos no se apagaban por completo, mandó el general Villarreal retirar la artillería pesada de Carlos Prieto, pero éste contestó que no podía hacerlo porque le faltaban mulas, puesto que los federales le habían matado cuatro y necesitaba que le enviaran otras

para salir de donde estaban. Se hacía tarde y era peligroso dejar los cañones en el río, que era donde se hallaban situados, porque la gente se había replegado y podían caer en poder del enemigo, así es que el teniente coronel José E. Santos, jefe de Estado Mayor de Villarreal y los mayores Celso Téllez y Rafael Cadena fueron a ver qué pasaba con Prieto y su artillería. Llegados al río, se encontraron al mayor Prieto contemplando sus mulas muertas y le dijo José:

—¡Ándele, mi mayor! Vamos a echar fuera ese cañón y reconcentrarnos.

Aquel contestó con su calma habitual, pausadamente:

—Mi teniente coronel: me ha sido imposible… obedecer las superiores órdenes… del general Villarreal… porque esos señores que tenemos enfrente… conocidos vulgarmente… con el remoquete o sobrenombre de pelones… han tenido a bien matarme cuatro bestias mulares… sin cuya ayuda me es materialmente imposible… movilizar esta pesada pieza… y elevarla por el barranco del río… hasta rebasar el mismo… y colocarla sobre el camino… a cuyo efecto he mandado solicitar de nuestro general… otras mulas de repuesto… para sustituir a las fallecidas…

—Bueno, mi mayor —replicó Santos— pero se hace noche y hay que sacar el cañón, a ver cómo le hacemos.

—Pero sin la ayuda de las bestias mulares… no es posible, mi teniente coronel.

Mientras tanto, seguían cayendo proyectiles enemigos sobre el lugar donde se desarrollaba la discusión, por lo que José les dijo a los mayores Téllez y Cadena:

—Compañeros, vamos a subir el cañón a cabeza de silla.

Pero Prieto protestaba:

—Mi teniente coronel: permítame usted… explicarle detalladamente… el proceso necesario para el arrastre de la pieza… así como la necesidad de retirar de aquí también a mis pobres… mulas muertas en cumplimiento del deber… Es indispensable primero…

Pero Santos, dirigiéndose a los mayores, exclamó:

—Mientras Prieto nos explica científicamente el arrastre del cañón, échenle una reata cada uno y yo también y lo subimos a cabeza de silla.



Jefes y oficiales del Cuerpo del Ejército del Nordeste: general Pablo González, coronel licenciado Pablo A. de la Garza, coronel Alberto Fuentes D., capitán Federico Silva, mayor Ramón Sánchez Herrera, mayor Tomás Marmolejo, capitán Alfredo Jaime, capitán Braulio Aguilar, teniente Alfredo López Prado, teniente Jesús Cruz Salazar, capitán Ismael Ruedas, pagador Eligio O. Treviño, teniente Indalecio Treviño, teniente Alfredo Lamonte, teniente Coto Zodabró. Copr. R. Runyon. Centro de Estudios de Historia de México, CARSO, LXVIII-3. 1. 63.

Y así fue. Mientras el mayor Prieto con toda parsimonia, sin hacer caso del fuego enemigo, explicaba serenamente la manera de arrastrar la pieza, Santos, Téllez y Cadena, en magníficos caballos, y con sus buenas reatas, lazada la cureña, la estiraron como habían pensado hasta subir el barranco y de allí la retiraron hasta quedar dentro de las líneas de nuestras tropas. Cuando llegaron las mulas de remuda. Prieto quiso dar otra conferencia sobre el atalaje de las mismas, pero ya Santos no se dejó y lo único que dijo fue:

—Déjela de ese tamaño, mi mayor y échese un trago de "la ignorancia", que viene llenita de puro San Carlos.

Como a las ocho de la noche de ese día 23, cesaron por completo los fuegos de ambas partes, quedando las columnas enemigas en sus mismas posiciones de la mañana, por lo que esa misma noche ordenó el general Villarreal que el general Cesáreo Castro se movilizara con su gente sobre el flanco izquierdo o sea el ala derecha del enemigo, mientras el general J. Agustín Castro con su brigada marchaba sigilosamente dando un rodeo, para situarse a la retaguardia de Rubio Navarrete, quedando al frente los generales Villarreal, Murguía y el coronel Elizondo. Probablemente el jefe huertista y los suyos sintieron este movimiento y se consideraron envueltos o a punto de serlo, pues la mañana del 24 apareció el campo federal abandonado, ya que seguramente muy de madrugada los mochitos habíanse replegado hacia Garza Valdez, pero en plena fuga, porque dejaron gran número de fusiles, municiones de guerra, gorras y muchos otros objetos que les estorbaban en la retirada, así como muchos muertos en el campo. Las columnas de Villarreal y Munguía no iniciaron persecución alguna, porque temían encontrarse y confundirse con las tropas de los dos generales Castro, que ya tampoco tomaron contacto con el enemigo, el que, según datos recogidos después fue a parar hasta Linares, completamente destrozado, pues entre muertos heridos y sobre todo dispersos, perdió como mil hombres.

Los nuestros se reconcentraron a Ciudad Victoria, por órdenes del Cuartel General y ese mismo día se da a conocer el ascenso del coronel Teodoro Elizondo a general brigadier.

También ese día el Cuartel General ordenó la reparación de las líneas telegráficas y telefónicas a Jaumave y Tula, enviando al mismo tiempo un correo al general Alberto Carrera Torres disponiendo que se presentara personalmente en Ciudad Victoria a recibir órdenes y mandara una cuadrilla reparadora de las vías de comunicación que avanzara con los que iban a Victoria. Aquí debo decir, en honor de la verdad histórica, que

el general Alberto Carrera Torres no cooperó en lo más mínimo a la toma de la capital tamaulipeca, ni siquiera persiguiendo a los restos de la guarnición federal allí derrotada, cuando atravesó por sus dominios.

El día 25 ordenó el general González que saliera la columna del general Cesáreo Castro, exceptuando el Regimiento del coronel Ricaut, pero llevando agregada la del general Teodoro Elizondo y un regimiento al mando del coronel licenciado Pablo A. de la Garza y el teniente coronel Carlos Osuna, con instrucciones de tomar Montemorelos, Nuevo León, dejando allí guarnición; que se ocuparan Linares, doctor González, Los Ramones y Pesquería, y que quedase el general Elizondo como jefe de dicho sector, continuando don Cesáreo entonces a guarnecer Guerrero, Camargo y Mier, de Tamaulipas, para que las fuerzas que allí se hallaban se reconcentraran en Matamoros. Igualmente se dispuso que el coronel Alfredo Ricaut, con su regimiento, marchase a Matamoros a ponerse a las órdenes del general Jesús Carranza, quien solamente había llevado un escuadrón al mando del capitán primero Tirso González, que también pertenecía a Ricaut, pero desde Coahuila había venido incorporado accidentalmente a las fuerzas de don Teodoro Elizondo.

El día 25 acordó el general en jefe don Pablo González elevar las unidades del Cuerpo de Ejército del Nordeste a divisiones, bajo la siguiente numeración y mando: Primera División del Nordeste, comandadas por el general Antonio I. Villarreal; Segunda División, general Francisco Murguía; Tercera División, general Teodoro Elizondo; Cuarta División, general Cesáreo Castro; Quinta División, general Luis Caballero; Sexta División, general Alberto Carrera Torres, y la Séptima a cargo del general Francisco Coss, a quien se comunicaría su ascenso a brigadier cuando el general en jefe llegara a Matamoros.

Del 25 al 30 no hubo novedades y el general en jefe se dedicó a reorganizar los servicios gubernamentales, colaborando con el gobernador, general Caballero, quien nombró su secre-

tario de Gobierno al licenciado Fidencio Trejo; jefe de Estado Mayor y secretario particular, a José Guerra García y tesorero del estado al coronel Anacarsis López de Lara.

Estos días fueron de descanso para nosotros, así como de regocijo y los dedicamos a adquirir ropa interior, que nos hacía mucha falta, asearnos y pasearnos un poco, reuniéndose la afamada palomilla, que desde hacía tiempo no se veía toda junta. En esos días ocurrió el gravísimo y memorable suceso de la operación de extraerle las niguas al bravo teniente coronel Enrique Navarro, otro de los miembros silenciosos de la palomilla, porque éste, lo mismo que Fortunato Zuazua, aunque en menor grado era y aún es, bastante parco en palabras. Enrique había adquirido en sus correrías unas cuantas familias de esos animaluchos que llaman niguas, las que se habían aposentado muy a su gusto (de ellas) en ambos pies del guerrillero, y ya en Jiménez José E. Santos y otros de los compañeros le habían aconsejado que se las extrajera, y uno de los médicos, creo que el doctor Gilberto de la Fuente le dijo:

—Esto es muy sencillo, teniente coronel, con una pequeña incisión se saca la bolsita que forman las niguas y se extirpa la familia que causa mucha comezón y es mala.

Pero Navarro, muy seriamente, como es su costumbre, respondió:

—No, Doctor, de ninguna manera, porque si me las saca ya no me rasco, y entonces, ¿en qué demonios me voy a ocupar? Aparte que ya me acostumbré, y siento hasta sabrosa la rasquiña.

Pero en Ciudad Victoria, como estrenó zapatos, y ya había en qué ocuparse, se dejó convencer y permitió que se las sacaran, aunque no estoy seguro si Pancho Vela González u otro médico llevó a cabo la difícil operación, que fue celebrada por la palomilla con un banquete gargantuesco y rociado con finos bebestibles.

El día 28 salió el coronel Alfredo Ricaut con su regimiento rumbo a Matamoros, y el que escribe partió con él llegando

a aquella plaza el día 2 de diciembre, siendo nombrado el coronel jefe de la Guarnición y yo mayor de órdenes de la plaza.

El general González, en estos días, hizo llegar comunicaciones a manos del general Francisco Coss, que tenía su base de operaciones en la Sierra de Arteaga, así como a los coroneles Eulalio y Luis Gutiérrez, que tenían sus cuarteles en Concepción del Oro y Vanegas, para que activaran sus operaciones procurando incomunicar a San Luis y Saltillo; y que los coroneles Gutiérrez controlaran las poblaciones de Galeana y doctor Arroyo, así como que todos estos jefes procurasen mantenerse en comunicación con el Cuartel General, mandando enviados al general en jefe, donde se encontrare.

También la 21ª Brigada, mandada por el general J. Agustín Castro fue elevada a la categoría de división, correspondiéndola la denominación de 8ª División del Norte.

En seguida, el jefe del Cuerpo de Ejército del Noreste libró instrucciones para que los generales Villarreal, Murguía y J. Agustín Castro municionaran y equiparan su gente para formar la columna que al mando del primero debería avanzar al oriente para amagar el puerto de Tampico, al mismo tiempo que se ordenaba al general Alberto Carrera Torres que movilizara sus fuerzas sobre Valles y Ciudad de Maíz, interrumpiendo las comunicaciones entre San Luis y Tampico, y que obrara en combinación con el jefe de la columna expedicionaria sobre el Puerto de Tampico, general Antonio I. Villarreal.

El pajarraco del ojo sangriento



La vieja ciudad fronteriza de Matamoros que lleva detrás de su histórico nombre una H., es decir, "heroica", para nosotros los revolucionarios constitucionalistas debe agregársele otra H., que signifique "hospitalaria", porque en aquella etapa gloriosa, cuando en casi todas las ciudades, aun las que ya estaban en nuestro poder, se nos veía con desconfianza y a veces hasta con aversión, sobre todo por lo que se llama "la sociedad", en cambio, en la H. Matamoros se nos abrieron las puertas, se nos trató como a hombres decentes y nuestras fiestas y bailes eran engalanados con la presencia de las bellas muchachas matamorenses, quienes concurrían alegres y confiadas a las serenatas que jueves y domingos daban nuestras bandas militares en la hermosa plaza de la ciudad.

Si Monclova puede enorgullecerse algún día con llamarse "la cuna de la Revolución" será de justicia llamar a Matamoros

"la organizadora de la Revolución", porque esta plaza, una vez tomada por el noble soldado constitucionalista Lucio Blanco, jamás volvió a caer en manos de Huerta y en ella se organizó el Cuerpo de Ejército del Nordeste, y allí se proveyó de parque, armas, vestuario y equipo no sólo este comando, sino las expediciones del general Cándido Aguilar, que fue a Veracruz, Vicente Segura, que marchó a Hidalgo, Macario Hernández y hasta el zapatista Gildardo Magaña, que allí obtuvo armas, dinero y parque para ir a revolucionar a Morelos, cosa que parece que ha olvidado.

A pocos días de estar nosotros en Matamoros, incorporados a don Jesús Carranza, fui a visitar a José E. Santos, que después de la batalla de Santa Engracia había recaído de su enfermedad y hubo de ser enviado al Hospital de Matamoros. En cuanto ingresó al hospital fue atendido por el doctor Pumarejo, quien llegó en el momento en que José tenía un ataque de basca y dijo el médico:

—Tiene usted un fuerte derrame de bilis, mire lo que arroja.

—No, doctor —dijo Santos— qué bilis ni que nada, eso es el poco cuidado que tienen esos desgraciados que fabrican el mezcal y no limpian nunca los alambiques. Eso no es bilis, es puro cardenillo.

Soltó la carcajada el doctor y todos los enfermos y heridos que estaban allí cerca.

En Matamoros nos encontramos a muchos viejos compañeros: Félix Neira Barragán, enfermo, Benito Garza, el imponderable y graciosísimo Benito, conocido por todo el Ejército de Nordeste, el valiente Severo de la Garza, herido en Morales antes del ataque a Monterrey, Tránsito C. Salazar y el aguerrido Poncho Vázquez, heridos, pero ya convalecientes y muchos otros, la palomilla se engrosó con nuevas y valiosas adquisiciones: Alfredo Rodríguez, quien llegó después a jefe de Estado Mayor de don Pablo; Luis E. Rendón, a quien llamamos *Lucho*, Rafael de la Torre, el coronel Francisco Cosío Rebelo, viejo revolucionario maderista, Mariano Álvarez, *El Zapatista*,

simpático y alborotador como él solo; Macario Hernández, hermano del famoso Gabriel Hernández, asesinado por el adlátere del dipsómano Huerta, el troglodita Enrique Cepeda, desgobernador del Distrito Federal, el insigne Guillermo Castillo Tapia, ingeniero y orador de altos vuelos y el grandioso *Ego*, Vicente F. Escobedo, escritor satírico y serio, de pluma fácil y habilidosa, que había sido de los fundadores del *México Nuevo* de don Juan Sánchez Azcona, donde escribió por mucho tiempo sus notables crónicas festivas *De Pasada*, y otros muchos que iré recordando.

El general Carranza organizaba en tanto los servicios aduanales, pero como el general en jefe, don Pablo González, anunció que pronto vendría a establecer su Cuartel General a esta plaza, se esperó su llegada para esta reorganización.



Coronel Heriberto Jara, mayor Marcelino Murrieta, mayor Samuel G. Vásquez, capitán E. Rosas, mayor Alfredo Rodríguez, teniente coronel Pedro Villaseñor, capitán Vicente F. Escobedo *Ego*, mayor Manuel W. González, teniente D. Méndez Acuña, mayor Jesús Soto, teniente Leopoldo Hernández. Matamoros, Tamaulipas, diciembre de 1913.

En Ciudad Victoria, el general González se comunicó por telégrafo con el general Alberto Carrera Torres, ordenándole se presentara a él personalmente a recibir órdenes, lo cual cumplió este jefe llegando a la capital Tamaulipeca el 3 de diciembre y después de conferenciar con don Pablo y recibir instrucciones sale al día siguiente para Tula a ponerse al frente de su división, debiendo avanzar hasta la vía del ferrocarril con objeto de interrumpir las comunicaciones entre San Luis Potosí y el Puerto de Tampico, evitando que se reforzara al general Ignacio Morelos Zaragoza, que guarnecía el citado Puerto, próximo a ser atacado por la columna comandada por el general Antonio I. Villarreal. Este jefe salió de Ciudad Victoria con su columna expedicionaria, formada por las divisiones de los generales Murguía, J. Agustín Castro y la de su mando directo, debiendo estar en comunicación con Carrera Torres, quien cooperaría en la forma señalada antes.

El general González, con su acostumbrada actividad, dio órdenes para que los ferrocarrileros que llevaba el Cuerpo de Ejército, a las órdenes del infatigable Donaciano Martínez, organizaron todos los servicios de carga pasajeros, corriendo los trenes entre Forlón y Linares, Nuevo León, reconstruyendo los tramos destruidos y puentes quemados y en breve quedó este servicio en perfecto orden. Me acuerdo que entre los ferrocarrileros que en Ciudad Victoria se presentaron e incorporarse a la Revolución, se encontraba Francisco Garza, que me parece era jefe de trenes o algo parecido, y a quien se había empeñado en fusilar uno de los jefes, pero nos trajeron a tiempo la noticia y como era sobrino de D. Vidal Garza Pérez, éste corrió a ver a don Pablo y se salvó a Pancho, quien después prestó grandes y buenos servicios a la causa y mereció puestos de alta confianza.

El capitán Mauro Rodríguez, jefe del Cuerpo de Telegrafistas del Cuartel General, ayudado por el capitán Luis Galindo, jefe de electricistas, y sus cuadrillas tuvieron en breve listas las comunicaciones alámbricas de Victoria a Forlón, Jaumave, Tula, Xicoténcatl, Linares y Matamoros, recibiendo el Cuar-

tel General partes diarios de novedades y comunicándose vía Matamoros y Estados Unidos con el Primer Jefe a Sonora. Y creo oportuno insertar aquí el telegrama del general González al Primer Jefe, cuya copia ha llegado por fortuna a mis manos, para corroborar el laconismo proverbial de don Pablo, así como su apego a la verdad:

> Cuartel General en Ciudad Victoria, Tamps. Noviembre l8 de 1913. C. Primer Jefe del Ejército Constitucionalista. Hermosillo, Son.
>
> Respetuosamente comunico a Ud. que hoy a las 8:05 de la mañana, después de un sangriento combate duró cuarenta y nueve horas consecutivas, cayó Ciudad Victoria en poder del Ejército Constitucionalista de mi mando. Los Grales. Rábago, Higinio Aguilar y Juan de Dios Arzamendi lograron escaparse. Las bajas del enemigo fueron muy numerosas, sin que haya sido posible determinarlas aún, por encontrarse cadáveres en todos los sitios del combate: Palacio de Gobierno, Penitenciaría, calles y plazas. Las fuerzas constitucionalistas capturaron cuatro cañones con bastante parque, fusiles y municiones en abundancia, caballos ensillados y pertrechos de todas clases. Las bajas por nuestra parte son cuatro oficiales y varios soldados muertos y como cincuenta heridos. Las fuerzas de la Revolución, jefes, oficiales y tropa se portaron dignamente en el combate. Felicito a Ud. por este triunfo y le protesto mi subordinación y respeto. El general en jefe, Pablo González.

El día 5 de diciembre, por la tarde, salió el general en jefe de Victoria con su Estado Mayor y escolta rumbo a Matamoros, pernoctando esa noche en la Hacienda de Dolores, después de pasar por Padilla. Allí se le presentó el coronel Vicente Segura, quien le participó que regresaba de Quinteros, Tamaulipas, adonde había llegado con un cargamento de armas y municiones, escoltado por un jefe zapatista llamado Miguel Zapata, quien se había prestado a llevarlo hasta Huejutla, Hidalgo, con su gente, y de allí pensaba el coronel Segura revolucionar en su estado natal, pero en Quinteros lo traicionó el tal Zapata,

huyendo con las armas y parque y dejándolo con unos cuantos oficiales. El general González sintió este fracaso de Vicente Segura, quien había comprado el armamento y municiones destinados a la Revolución de su propio peculio y ordenó al general Carrera Torres por telégrafo que si el zapatista Zapata se encontraba en su sector lo aprehendiera y remitiera a Matamoros, pero éste contestó que ya hacía días había pasado dicho individuo y le había dejado libre el tránsito porque no estaba en antecedentes de su traición. Entonces se ordenó a Segura que se reconcentrara a Matamoros.

En tanto que el jefe del Cuerpo de Ejército se dirigía a este Puerto, y el general Villarreal avanzaba con su columna expedicionaria sobre Tampico, la insigne palomilla descansaba, se alimentaba y adquiría nuevos bríos para continuar su obra de alegría y escándalo, convirtiendo en salón de sesiones la afamada cantina de D. Pancho Schereck, buen amigo de la Revolución y mexicano hasta los huesos a pesar de su apellido. Pero es de advertirse que aquellas reuniones no degeneraron jamás en orgías soeces y estúpidas y los escándalos tampoco pasaban de bromas de mayor o menor calibre, pero nunca trágicas y puedo asegurar que jamás hubo un herido ni un muerto, a pesar del ambiente en que nos movíamos, porque no hay que olvidar que nuestro compañerismo y afecto eran tan grandes, que cualquier diferencia se zanjaba sin que llegara a mayores. Allí, el gran Guillermo Castillo Tapia, alto, esbelto, con un bigotazo borgoñón, que se soñaba y se hacía llamar "mosquetero" de los tiempos de los Luises, con su voz sonora y llena pronunciaba discursos lírico-injuriantes contra el "nauseabundo chacal", como llamaba a Huerta; el cultísimo y simpático Vicente F. Escobedo, *Ego*, nos decía con su voz queda, pero insinuante, bellos versos de su cosecha y nos hacía gozar con sus chispeantes e ingeniosas frases; el profesor Félix Neira Barragán, soñador hasta la médula y romántico empedernido, recitaba sus versos amorosos, dedicados a cuanta Dulcinea se encontraba al paso y otros contaban sabrosos chistes, como

Alfredo Rodríguez, que era un conversador, admirable y fecundo, y así se pasaban aquellas deliciosas reuniones, a veces de día y a veces de noche, porque no tenían hora fija, pero se celebraban un día sí y otro también, a menos que algo (y ese algo era el servicio) lo impidiera.

En aquella cantina de Schereck, a la que *Ego* llamaba suavemente "La Academia de la Lengua Viperina" y que Castillo Tapia denominaba "La Posada de los Caballeros de la Constitución", había un boliche y en el fondo de su larga mesa, arriba del lugar donde se colocan los "palos", como adorno bien original por cierto, estaba un enorme pelícano disecado, que el dueño del establecimiento tenía en gran estima, no me acuerdo por qué causa, pero don Pancho nos contaba una larga historia de aquel pajarraco blanquísimo, cuyo ojo, único que podíamos contemplarle, porque estaba de perfil, era rojo, de un rojo vivísimo, indudablemente de cristal o porcelana y por esta circunstancia *Ego* lo llamaba el *pajarraco del ojo sangriento.* Y se le había metido en la cabeza, sobre todo cuando había ingerido algunas copas más de lo regular, que el pelícano se burlaba de él y le guiñaba el ojo sangriento.

Un día de tantos, mientras charlábamos alrededor de una mesa de la cantina referida, *Ego* comenzó con su vieja tabarrera:

—Mira, mira al pajarraco del ojo sangriento, se está burlando de mí.

—Pero, hombre, si está disecado.

—Pues mira cómo me cierra el ojo, cada vez que hablo.

—Qué ojo ni qué niño muerto, es que se te están subiendo las cucharadas.

Nada contestó, pero de pronto salió, no llamándonos la atención, por lo que seguimos la charla y el juego de dominó comenzado, cuando de repente… ¡zas! Seis balazos dentro del local. Brincamos como movidos por un resorte, unos corrimos por un lado, otros por otro… todo era confusión y gritos:

—¿Qué pasó?

—¿Quién se pelea?

—¿Quién dispara?

Y salen las pistolas de sus fundas y se arma un mitote de los cien mil diablos, hasta que vimos a *Ego* sonriente, con la carabina todavía humeante en la mano y que gritaba triunfante:

—Hasta que lo despaché.

—¿A quién? —preguntaron diez voces asustadas.

—Al pelícano, al pajarraco del ojo sangriento, que ya no se volverá a pitorrear de mí ni a hacerme señas con el ojo colorado.

Y efectivamente, le había plantado cinco de los seis disparos al infeliz avechucho disecado, con honda consternación de Schereck, que protestaba en todos los tonos, más ya por el escándalo que por la destrucción de su pelícano. Pero *Ego* no estaba contento, pues necesitaba la destrucción total del pajarraco y corriendo a donde estaba caído, gritó:

—¿Conque no te mueres? Pues ahora verás, pajarraco inmundo.

Y cogiéndolo en sus brazos lo sacó a la calle y viendo que venía el tranvía aquel gracioso tranvía de mulitas que ya no existe, lo esperó y colocando el pelícano sobre la vía, se estuvo de guardia hasta que las ruedas del armatoste le pasaron por encima, dejándolo hecho trizas. Entonces volvió satisfecho a sentarse a nuestra mesa, diciendo solemnemente:

—Requiescat in pace. Amén.

Se armó una de risotadas tremenda; convidamos una copa al buen Schereck y desapareció para siempre el pobre pelícano, adorno preciado de la mesa de boliche, terminando todo en sana paz y armonía.

Los generales Teodoro Elizondo y Cesáreo Castro capturaron los pueblos de Villagrán, Tamaulipas y Linares, Nuevo León, nombrando autoridades municipales y facultando, por instrucciones que llevaban del Cuartel General, a los Presidentes Municipales para que pusieran en pie de guerra hasta cincuenta hombres para su resguardo, y avanzaron hacia Montemorelos.

El general González comunica al general Jesús Carranza que ha pasado por San Fernando, donde fue agasajado con un baile en la casa de un señor Ochoa, y que en Jiménez incorporó a su columna al doctor Ricardo Suárez Gamboa, con el Hospital de Sangre, con objeto de que los heridos y enfermos sean atendidos en Matamoros.

Este hospital estaba ya perfectamente organizado, contando con los doctores Alfredo Pumarejo, Daniel Ríos Zertuche, Pedro Martínez Pérez y Arnoldo Krumm-Heller y un cuerpo de enfermeras, en que se contaban casi todas las señoritas de Monclova a quienes ya he hecho referencia, y que se trasladaron de Eagle Pass, con el doctor Martínez Pérez y los heridos revolucionarios que allí había por territorio de los Estados Unidos, para continuar prestando sus meritorios servicios a la causa que con tanta abnegación y desinterés abrazaron desde los albores de la Revolución. En este hospital, fundado por el general Lucio Blanco a raíz de la toma de Matamoros, se curaron cientos de heridos constitucionalistas y sus médicos y enfermeras trabajaron incesantemente hasta abril de 1914, en que ya dispusimos de mayores elementos con la ocupación de Monterrey y en él no se careció de lo necesario, pues fue la constante preocupación de los generales Blanco, Carranza y González, quienes siempre procuraron la atención de heridos y enfermos en campaña.

El verbo enjaezar



l 12 de diciembre a las 5 p. m., llegó el general Pablo González con su Estado Mayor, escolta y Servicio Sanitario a Matamoros, y salimos a recibirle con el general Jesús Carranza, el jefe de la Guarnición, coronel Ricaut, mayoría de órdenes, jefes de fuerzas que allí se encontraban, autoridades civiles y gran cantidad de particulares simpatizadores de la Revolución. Se abrazaron los generales González y Carranza y una vez llegado al alojamiento que se le tenía dispuesto, el general en jefe ordenó al mayor Mauro Rodríguez, Jefe del Servicio de Comunicaciones, que instalara los aparatos telegráficos en la casa que se señaló para Cuartel General, poniéndose en comunicación con todos los sectores del Cuerpo de Ejército del Noreste.

Desde el siguiente día comenzó a funcionar el Cuartel General e inmediatamente se ratificó el nombramiento de director de las Aduanas a favor de don Alfredo Pérez, encargándole

su completa reorganización, designando administradores responsables, con órdenes expresas de que a nadie se entregaran fondos sin que lo dispusiera el general González. Si mal no recuerdo, el administrador de la Aduana de Reynosa lo fue don José Videgaray, quien en aquel lugar prestó señalados servicios a la causa de la legalidad.

El 14 de diciembre, el general Villarreal comunicó que sus fuerzas acababan de tomar la población de Altamira a 25 kilómetros de Tampico; el general Carrera Torres rindió parte diciendo que sus tropas libraban diariamente escaramuzas con el enemigo entre Valles y Cárdenas, procurando estorbar las comunicaciones entre San Luis Potosí y Tampico, y los generales Cesáreo Castro y Teodoro Elizondo informan que ya controlaron los pueblos de Hualahuises, Montemorelos y general Terán, de los que han hecho entrega al coronel Pablo A. de la Garza, continuando ellos rumbo a doctor González, Pesquería y Ramones.

El Cuartel General se ha establecido definitivamente en Matamoros, porque las miras del general González eran las de equipar, armar y municionar todas las fuerzas del Nordeste y una vez logrado su objeto, controlar Nuevo León y recuperar Coahuila. Desde Matamoros y por medio del telégrafo se pone en contacto con todos sus efectivos en el vasto territorio que comprende desde Altamira, Tamaulipas, C. del Maíz y Cerritos, San Luis Potosí, doctor Arroyo, Galeana y Montemorelos, Nuevo León, Vanegas, San Luis Potosí, y Concepción del Oro, Zacatecas, hasta Matamoros y todas las poblaciones fronterizas de Tamaulipas, exceptuando Nuevo Laredo. A los pocos días de su permanencia, comienza el general González su paciente y formidable labor de reorganización, que debía dar tan serios y efectivos resultados para la Revolución. Se pone en contacto con los comerciantes de Brownsville, Walker Brothers, Tom Moore, y Macedonio J. García haciéndoles un pedido que quedará en sus almacenes hasta nueva orden, de un millón de cartuchos 30-30, medio millón de 7 mm, dos mil uniformes, dos

mil juegos de ropa interior, dos mil pares de zapatos e igual cantidad de carrilleras, monturas y frazadas para tropa, y además suficiente cantidad de kaki fino para quinientos uniformes de jefes y oficiales, cuyo pedido fue inmediatamente pagado con los fondos recaudados en las aduanas. Los pertrechos de guerra no pudieron ser pasados a Matamoros en virtud del embargo que existía, pero todo el vestuario y equipo pasó a dicha plaza y fue repartiéndose entre las fuerzas del Cuerpo de Ejército, que ya vestidas prestaban buen aspecto. En seguida pidió el general en jefe tres millones más de cartuchos de ambos calibres, 25 ametralladoras, cuatro cañones de 65 mm, con tres mil granadas para ellos, un cañón de tiro rápido de cinco bocas con dotación de 3,500 balas y quinientos uniformes completos para tropa y en seguida se dedicó a equipar mil hombres para atacar a Laredo. No hay que olvidar que aunque ya los efectivos del Cuerpo de Ejército del Nordeste eran bastante grandes, se hallaban distribuidos en una inmensa zona que no se podía desguarnecer y a duras penas se completarían estos mil hombres para dicho ataque. El general Cesáreo Castro avisó haber ya ocupado después de algunas escaramuzas sin importancia las plazas de doctor González, Ciénega de Flores, general Zuazua y Ramones, y se ordenó que dejara en estos lugares al general Teodoro Elizondo, y marchara por la orilla del Río Bravo, desde San Ignacio hasta Camargo, estableciendo su cuartel en C. Mier y relevando a las fuerzas de Matamoros que volvieron a su matriz. El coronel Andrés Saucedo se situó en el rancho de Las Tortillas avanzando sus fuerzas hasta Sabinas Hidalgo y mientras tanto, los generales Villarreal, Murguía y Castro (J. Agustín) combaten en el sector de Altamira, teniendo en jaque a la guarnición de Tampico y el general Carrera Torres también lucha con los mochos de Huerta entre Cerritos y C. del Maíz, con varia fortuna. El general Coss que controla Galeana y doctor Arroyo incursiona hasta Villa de Santiago, Nuevo León, y el coronel de la Garza lanza al teniente coronel Carlos Osuna, valiente y audaz, sobre Cadereyta y San Juan,

que son ocupadas y desocupadas por nuestras fuerzas con frecuencia. En estos días, el Cuartel General acordó los ascensos a brigadieres de los coroneles Francisco Coss, Eulalio y Luis Gutiérrez, que les fueron comunicados telegráficamente vía Linares, ordenándole al general Coss que para los primeros días de enero de 1914 se reconcentrara con sus fuerzas a Matamoros.



General Jesús Carranza en Campaña. Centro de Estudios de Historia de México, CARSO, Fondo LXVI (Personajes notables de la Revolución siglo XX).

Y mientras se preparaba el ataque a la plaza fuerte de Nuevo Laredo, se verificó un suceso de importancia para las armas de la Constitución, que causó sensación y gozo entre todos nosotros y que trajo a las filas de la palomilla un nuevo elemento, que la honró y sigue honrando a sus diezmados restos, que por casualidad y para hacer recuerdos de aquellos tiempos bellos e inolvidables, existen todavía. Un telegrama del coronel Andrés Saucedo, que armó un revuelo mayúsculo, comunicó lacónicamente:

> Gral. P. González. Matamoros. Mayor José Cabrera comunícame de Sabinas Hidalgo que ayer presentóse a él en aquella plaza el

> Cap. Primero Federico Montes, del Ejército Federal, con 80 hombres, 14 ametralladoras y 150 caballos ensillados, procedente de Monterrey, diciendo viene a incorporarse a la Revolución. Espero órdenes. Resptte. Coronel A. Saucedo.

Don Pablo contestó inmediatamente ordenando que se incorporara Montes con Saucedo en su cuartel de Las Tortillas y que allí esperara órdenes preparándose entretanto para que con esos elementos cooperara al asedio de Nuevo Laredo.

Este acontecimiento tenía gran significación, porque el capitán primero Federico Montes había sido uno de los ayudantes del presidente Madero, que cuando la traición de Huerta había disparado su pistola igual que el capitán Gustavo Garmendia sobre los traidores que fueron a aprehender al Apóstol, matando a Riveroll y a Izquierdo, y además era ya viejo amigo de algunos de nuestra palomilla, como Castillo Tapia, *Ego*, Alfredo Rodríguez y otros, y muchas veces nos habían platicado que tarde o temprano, Montes tendría que incorporarse a la Revolución. Cuando lo vimos que fue después del ataque a Nuevo Laredo, nos platicó su formidable odisea, que forma un simpático episodio, que es oportuno narrar, y allá va.

Desde que pasó la Decena Trágica, Montes tuvo siempre la idea de marcharse a la Revolución, pero como su carácter es reposado, pensó fríamente que era necesario aportar además de su persona, elementos de guerra que él tenía la convicción que pertenecían a los defensores de la legalidad y no a los usurpadores, así es que permaneció en las filas y al fin se le envió a Monterrey, a las órdenes del general Téllez, mandando un Cuerpo de Ametralladoras y Fusiles Rexer montados, y una vez aquí preparó su salida. Su confidente era el sargento primero Victoriano Sarmiento quien creo que es coronel ahora y que había sido capitán maderista, obligado por la leva a formar parte de los pelones, con lo que jamás se conformó. De los oficiales no tenía confianza Montes y la noche del 20 de diciembre de 1913 mandó a casi todos a que levantaran planos topográficos del

Obispado al día siguiente, y conservó a dos tenientes, que creyó lo seguirían. El 21 muy temprano ordenó tocar "botasilla" y partió con toda su fuerza desde su alojamiento que estaba en el barrio de San Luisito, en Monterrey, después de avisar que salía en práctica de campaña y se llevó a las ametralladoras y fusiles y 150,000 cartuchos saliendo hacia Topo Chico. En ese pueblito escribió una carta que Sarmiento puso en el buzón del correo, dirigida al general Téllez, diciéndole que marchaba a incorporarse con la Revolución, donde estaba la justicia, porque no podía servir a la usurpación y a la traición. De allí pasó a Salinas Victoria, informándose con el presidente municipal donde había rebeldes porque iba a batirlos, y éste le dijo que andaban por Mamulique, y hacia allá se dirigió, a la aventura pues ni él ni ninguno de los suyos conocía el terreno. Ya fuera de Salinas y casi de noche, mandó hacer alto, fuera del camino y llamando a los dos tenientes que lo acompañaban: Anastasio Salgado y Carlos Huerta, les comunicó su decisión de irse a la Revolución, diciéndoles:

—Ustedes dicen si me acompañan o se vuelven.

Y procuró explicarles porqué daba ese paso, por sus antecedentes, por la traición del chacal Huerta, etcétera, pero Salgado dijo:

—Mi capitán: yo no quiero cortar mi carrera.

Este individuo murió después siendo general zapatista, y Huerta dijo:

—Que él tenía su familia, sobre todo su mamá y quería mejor volverse con ella.

Éste fue de los que después medraron a la sombra del gobierno constitucionalista en negocios particulares y creo que hasta volvió al Ejército. Entonces Montes dejó a Sarmiento cuidando a los oficiales y dirigiéndose a donde estaba la tropa, les explicó su actitud diciéndoles también:

—El que quiera me sigue, y el que no, es libre de volverse.

Y sólo el sargento Juan Velázquez respondió:

—Yo me vuelvo.

Los demás gritaron:

—Con usted a todas partes, mi capitán.

De allí se devolvieron los tenientes y el sargento, y aunque la tropa quería que los mataran, el capitán se opuso y los dejó ir, montados y armados.

De allí se dirigieron a ciegas hasta encontrar un ranchito donde cenaron lo que hallaron y allí les dieron razón que en Sabinas Hidalgo había carrancistas, pero al pasar por un camino cerca se encontraron con cinco rebeldes que venían de Coahuila y que se llevaron un susto macho cuando al gritar ellos "quién vive", los hombres de Montes vestidos de pelones; contestaron "Carranza". Se reconocieron, hablaron con el capitán y le sirvieron de guías hasta Sabinas, llevándole una carta al mayor José Cabrera. Éste contestó que esperaba a Montes y salió a recibirlo con una gruesa columna, que dividió en dos alas por precaución, pero después de conferenciar se convenció de la sinceridad de los recién llegados y entró con ellos a la plaza. Allí cenaron y Cabrera avisó enseguida al coronel Saucedo, que llegarían a la mañana siguiente el teniente coronel Saucedo Menchaca y el mayor Rafael de la Torre. Montes nos decía que él veía que se le tenían grandes atenciones, que no le dejaban solo ni un momento, etcétera, y creía que eran muy buenas aquellas gentes, pero después supo que se le tenía desconfianza, porque ya se sabía que habían salido de Monterrey 1,500 hombres al mando del coronel Teodoro Quintanilla y éstos, que lo perseguían, eran considerados como que habían mandado al capitán de cebo para que se introdujera entre los revolucionarios. Los artilleros y su jefe se andaban bañando, cuando llegaron Menchaca y de la Torre, y les mandaron hablar inmediatamente, Montes vino y después de saludarlo Menchaca y explicar su situación, le dijo:

—Capitán, ¿cuánto tiempo necesita para juntar su gente y salir?

—Diez minutos, mi mayor.

—Bueno, vamos primero a comer.

Y fueron. Dice Montes que para él, el tipo perfecto del revolucionario simpático, como se lo había forjado, es Abelardo Menchaca; pulcro, decente y serio, alto y moderado en el hablar y en todo. Habían comido en una mesa sucia y sin cubiertos, pero el teniente coronel dijo:

—Qué cochinos son ustedes, no hay aquí cubiertos, ni cucharas, ni nada.

Y sacó del bolsillo unos cubiertos de campaña, cortando su carne y pasándolos a Federico, lo invitó a hacer lo mismo. Mientras, platicaban y Rafael de la Torre que era un tipo ladino, ranchero de Puebla, le hacía infinidad de preguntas, hasta que terminada la comida, volvió a preguntar Menchaca:

—¿En cuánto tiempo estará usted listo para salir?

—En diez minutos mi teniente coronel, los que necesita la gente para enjaezar.

—¿Enjaezar? —preguntó De la Torre.

—Sí, enjaezar.

—¡Pues vamos!

Inmediatamente mandó Federico ensillar y *enjaezar*, y de la Torre estuvo muy atento, viendo cómo ponían los artilleros los atalajes a los caballos que cargaban las ametralladoras, fusiles y cofres del parque, y entonces, muy satisfecho dijo:

—Yo creía que éste nos estaba tantiando, ahora sí ya sé lo que es enjaezar —y ésta fue la base de la amistad de De la Torre, que mucho sirvió a Montes, porque cuando llegaron al Rancho de las Tortillas, donde estaba el coronel Saucedo, éste tenía gran desconfianza y sabiendo la salida de Quintana creía firmemente que Montes era enviado para darles un "golpe" y habían decidido fusilarlo. Afortunadamente allí estaba también Samuel de los Santos, que lo conocía y abogó por él, pero sobre todo Menchaca y de la Torre, que por sus preguntas y por el verbo *enjaezar* estaba convencido de que era sincero y que no había tantiada.

Allí lo alojaron, separándolo de sus artilleros, que fueron puestos en un corral rodeados por las fuerzas de Saucedo y a

él lo acostaron en un jacal donde durmieron todos pero sólo había un catre de tijera y el coronel le dijo:

—Acuéstese allí.

—No, mi coronel —dijo Montes— ese es para usted.

—Le digo que allí se acueste.

Y se acostó, pero como estaba tan cansado, durmió toda la noche de un tirón. Con Saucedo iba como jefe de Estado Mayor el capitán Juan Barragán, y años después, recordando este pasaje, le platicaba a Federico, que tenían acordado, que si se levantaba entre la noche, allí mismo lo mataban.

—Pero hombre —decía Montes— y si desgraciadamente se me ofrece alguna necesidad entre la noche.

—Pues te matamos.

Pero afortunadamente nada pasó y después de comunicarle al general González y obtener su respuesta, a su debido tiempo, dos días antes del combate de Nuevo Laredo fueron el coronel Saucedo y el capitán Montes a entrevistar a don Pablo y desde entonces quedó en nuestras filas el que llegó a ser general y gobernador de Querétaro y, sobre todo, miembro esclarecido de la palomilla cuyas hazañas ya tendremos ocasión de referir en estos relatos.

Se me olvidaba referir que a los soldados de Montes, la primera vez que les dijeron que mataran unos chivos para comer, de una pastoría que por allí pasaba, no querían, pero el capitán les dijo:

—Ándenle, muchachos, no estamos con la federación, coman y sálganse a pasear.

Tiraron las gorras al aire y gritaron:

—Viva la Revolución, aquí nos quedamos.

Allí se quedaron todos, porque no hubo un solo desertor y se portaron heroicamente en Nuevo Laredo y Guerrero, como ya narraré.

•

Doña *Tracalada*



Don Pablo seguía haciendo preparativos para atacar a Nuevo Laredo, y conferenció con el jefe de la Aduana Americana de Brownsville míster Frank Rabb, pidiéndole hiciera gestiones para que le pasaran el parque que tenía comprado, así como las ametralladoras y cañones, pero estas gestiones fracasaron en absoluto y hubo que recurrir al contrabando, logrando pasar solamente una cantidad relativamente pequeña, pues recuerdo que sólo se pudo municionar a nuestra gente a razón de 125 cartuchos por plaza y no hubo manera de conseguir que pasaran las ametralladoras y los cañones, al grado que el teniente coronel Carlos Prieto, jefe de la Artillería pesada, solamente llevó cinco granadas y la columna se movilizó sin ametralladoras, porque todas estaban frente a Tampico, con el general Villarreal. En esos días se puso al frente del Estado Mayor del general González; el coronel Alberto Fuentes D., viejo revolu-

cionario Maderista, ex gobernador de Aguascalientes, a quien llamábamos *Barba Azul*, por su negrísima y profusa barba.

En virtud de haberse reforzado bastante la División al mando del general Luis Caballero, se dispuso por el Cuartel General que este jefe relevara con sus fuerzas a las de los generales Villarreal y Murguía, en el frente de Tampico, y que éstos se dirigieron a Matamoros para equiparse y reorganizarse.

El día 29 de diciembre salió el general en jefe rumbo a Guerrero, donde se estableció, adelantando hasta San Ignacio los contingentes del general Cesáreo Castro, que sumarían en total unos 850 hombres y 250 jinetes más al mando de los coroneles Jesús Dávila Sánchez y Ernesto Santoscoy. Allí se presentó el coronel Saucedo, acompañado del teniente coronel Francisco J. Mújica, a recibir órdenes, trayendo consigo al capitán Federico Montes, recién incorporado con ametralladoras y fusiles Rexer y se ordenó al coronel Saucedo que se movilizara con parte de su gente, pero teniendo especial cuidado de que por ningún motivo permitiera el paso de la columna huertista de Quintana, que después de perseguir infructuosamente a Montes, venía a reforzar Nuevo Laredo.

Entretanto, nosotros nos despachábamos con la cuchara grande en Matamoros, donde continuaba siendo yo el mayor de órdenes, teniendo como ayudante al entonces capitán Aristeo R. Canales y al capitán Pablo M. Garza, que había dejado por la paz el botiquín de mi compadre Ricardo González V., como éste había abandonado el noble arte de molestar a los heridos, para dedicarse al no menos noble arte de la guerra.

Nos alojábamos Canales, Pablo y el que escribe en una casa de alto, al costado norte de la iglesia, y ocupábamos el segundo piso, mientras que la parte baja era habitada por el capitán Juan Villarreal y varios de sus soldados, encargados de proveer de reses y chivos para las raciones de la tropa y además el capitán Severo de la Garza, ya casi curado de sus heridas recibidas en el combate de Morales. A. Villarreal y los suyos les hacía de comer una ciudadana treintañera, pero que tenía su corazon-

cito en su lugar y se le había ocurrido enamorarse como una chiquilla nada menos que del apuesto capitán de la Garza, que era un ingratón, porque no se había dado cuenta del ferviente y gatuno amor que había inspirado. Pero los que padecíamos con este idilio unilateral éramos los pobres rebeldes que ocupábamos el piso alto, porque la maritornes enamorada, desde que asomaba la luz en el cuarto del capitán, se dedicaba a cantar una cancioncilla que decía:

Como el primer amor
no volveré a encontrar…

Y así sucesivamente horas y horas, hasta que desesperado yo por la inacabable cantilena, cogía una campanilla que no sé cómo llegó a mis pecadoras manos, pero que indudablemente era mal habida, porque era de esas con que en los altares llaman a los fieles a la misa, y sonándola con todas mis fuerzas gritaba:

—¡Cállese, doña Tracalada!

—No me llamo doña Tracalada, me llamo doña Enriqueta, para servir a ustedes.

—Tracalada y muy tracalada, y cállese ya.

—Más tracalada arma usted con su cencerro.

—Y no lo dejo de tocar hasta que se calle, doña Tracalada.

Y después de un cuarto de horas de dimes y diretes lográbamos que se callara doña *Tracalada*, pero hasta el día siguiente, pues nada más volvía a aparecer Severo y comenzaba la cantilena, que todavía me suena en los oídos:

Como el primer amor
no volveré a encontrar…

Y no cesó hasta que nos cambiamos de casa, pero eso ya es capítulo de otra cosa. Lo cierto es que años después, me cuenta

el coronel Canales que llegó a Monterrey una vieja a pedirle trabajo, y él le preguntó:

—¿Quién la conoce aquí?

—Usted, mi coronel.

—¿Yo?

—Sí, señor, yo soy doña Tracalada.

Y hubo que darle trabajo, porque sus méritos eran indiscutibles y su recomendación no podía ser mejor.

Y ahora voy a narrar sucintamente el combate de Nuevo Laredo, uno de los más furiosos que en aquellos días se registraron, pero con el sentimiento de no poder hacerlo como testigo presencial, ya que éste fue el primer combate de importancia donde no estuviese yo, debido a mi puesto de mayor de Órdenes de la plaza de Matamoros, pero los datos que consigno son fidedignos, puesto que los he tomado del parte rendido por el general González al C. Primer Jefe después de la lucha.

Las fuerzas constitucionalistas constarían de 1,500 hombres a lo sumo, con dos piezas de artillería gruesa sin parque y 14 ametralladoras y fusiles Rexer, recién incorporados con Montes y los pelones tenían en Nuevo Laredo más de 1,500 hombres mandados por el general E. Guardiola y Aguirre, de funesta memoria para los laredenses, pero desgraciadamente el coronel Andrés Saucedo cometió un grave descuido, por el que después fue procesado, pues se le pasó el coronel Quintana con 1,200 mochos y el capitán Juan Zuazua con un cuerpo de voluntarios, los que entraron a reforzar la guarnición de Nuevo Laredo.

Guardiola atrincheró la ciudad, colocando alrededor carros de ferrocarril sobre rieles y detrás los rifleros, teniendo de cien en cien metros una ametralladora. Los nuestros atacaron a pecho descubierto, porque el terreno donde operaban es completamente plano, sin un árbol, sin un montículo, sin nada donde resguardarse del mortífero fuego enemigo. Don Cesáreo atacó por el sur, el coronel Saucedo por el poniente y el general González por el oriente, y poco después de las seis de la mañana del

1° de enero todos los sectores se veían envueltos en una verdadera lluvia de fuego. El valiente Montes que hacía sus primeras armas en el campo revolucionario emplazó su ametralladora frente a una batería enemiga combatiendo con tanta furia, que logró callarla, pero perdió a Juan C. Gamboa. Uno de sus más bravos artilleros, quien cayó a unos cuantos metros de su posición, herido en el vientre, pero no pudo recogerlo hasta por la noche, muriendo en sus brazos y los de Victoriano Sarmiento. Lo enterraron debajo de un árbol y no hace mucho Montes me platicaba que al pasar por Nuevo Laredo vio el árbol y no pudo contener una lágrima en recuerdo de aquel valiente. Todo el día resistieron nuestras fuerzas aquel fuego infernal y para el mediodía, los heridos eran numerosos, contándose entre ellos los aguerridos jefes coahuilenses Jesús Dávila Sánchez y Ernesto Santoscoy, ambos heridos en las piernas. Los heridos eran atendidos en el Hospital de Sangre establecido en el rancho El Espejo, a cargo de los doctores Ricardo Suárez Gamboa, Daniel Ríos Zertuche, Gilberto de la Fuente e Ignacio Sánchez Neira, quienes no descansaban un momento. Poco después de mediodía, se presentó frente al rancho, en el lado americano la Cruz Roja con sus ambulancias, ofreciendo sus servicios y el general en jefe acordó que se aceptaran para los heridos de gravedad, los que fueron recibidos en Laredo, Texas, con muestras de viva simpatía, contribuyendo el comercio local para equipar inmediatamente un hospital y las boticas con todos los medicamentos necesarios y otros comerciantes y particulares con dinero para la alimentación. La artillería enemiga localizó el Cuartel General y descargó sobre él todo su furor iniciando un bombardeo formidable que obligó al general González y a sus ayudantes a retirarse violentamente. A un lado de ellos explotaban las granadas y fue una verdadera y feliz casualidad que no pereciera ni saliera siquiera herido ninguno del grupo, pues recibieron más de sesenta disparos, pero el humo de las explosiones y la tierra que levantaron envolvió al grupo y los artilleros mochos elevaron la puntería creyendo

probablemente haberlo deshecho y entonces dispararon sobre los automóviles de la Cruz Roja que salían con heridos, pero sin tocarlos.

Todo el resto del día se combatió terriblemente, hasta que al cerrar la noche cesaron los fuegos, pero después que lo de nuestros buenos tiradores, protegidos por la sombra, hicieron un avance sobre una posición enemiga, cuajada de ametralladoras, sorprendiendo y matando a casi todos los que las servían, pero atacados por un enemigo superior, tuvieron que retirarse. Por la noche llegaron don Nicéforo Zambrano y don Manuel Amaya, procedentes de Laredo, Texas, y don Pablo los comisionó para que le obtuvieran parque, que ya estaba faltando. A las 5 a. m. del día 2 se reanudó el fuego, pero ya los nuestros habían aprendido a economizar sus municiones y soportar más que a tiro seguro, pues teníamos rifleros expertos, que hacían sensibles bajas al enemigo. Las ametralladoras de Montes en el poniente luchaban con valor espartano, vomitando fuego y acero hasta enrojecerse sus cañones, sin retroceder un paso. Como a las 12:30 del día llegaron los señores Amaya y Zambrano, comunicando al general González que era imposible pasar un solo cartucho, pues los caminos estaban vigilados por un cordón de tropas americanas y además, sabían que de Piedras Negras había salido el coronel Alberto Guajardo con una columna de caballería y auxiliar a los sitiados, por lo que el general en jefe mandó que se volvieran los señores Amaya y Zambrano, quienes fueron perseguidos a cañonazos por los huertistas, y por poco alcanzan al automóvil en que viajaban y dispuso que el mayor Juan N. Vela pasara al lado americano, yendo a situarse en Palafox, frente a Hidalgo, Coahuila, para que en caso de pasar Guajardo, diera aviso a determinado teléfono en Laredo, Texas, de donde sería comunicado al campamento. De pronto, fuerzas de caballería e infantería enemiga caminando pegadas a las márgenes del Río Bravo, cargan de sorpresa sobre nuestra línea de ataque del oriente, obligándola a replegarse, pero rehechos de la sorpresa, contracargan los

nuestros, recuperando las posiciones y haciendo al enemigo que retroceda a las suyas. En estos momentos, de entre un montón de ramas, sale el teniente coronel Luis Horcasitas, que milagrosamente se salvó de caer en poder de los pelones, al quedar cortado de nuestras fuerzas. Al atardecer casi todos los jefes comienzan a dar parte de tener casi agotadas sus municiones, por lo que se les recomendó economizarlas y venir por la noche a recibir órdenes, cuando a poco llegó un emisario con mensaje del mayor Vela comunicando que el coronel Guajardo estaba ya en Hidalgo con seiscientos hombres aproximadamente. En seguida se dispuso la retirada, mandando encender pequeñas fogatas para que el enemigo creyera que aún estaban allí los atacantes, y se mandó que la gente de don Cesáreo, así como todas las demás salieran rumbo a San Ignacio, por las márgenes del río, exceptuando las del coronel Saucedo, que deberían quedar en el rancho de Las Tortillas, vigilando al enemigo y simulando estar dispuestas a un nuevo ataque. Luego se mandaron trasladar los heridos leves a Guerrero y sepultar los muertos en el campo, contándose entre ellos al capitán Salvador Treviño, quien murió heroicamente, destrozado por una bala de cañón. De Guerrero se dirigió el general en jefe a Matamoros, después de dejar al general Castro y sus heroicas tropas guarnicionando San Ignacio, Mier y Guerrero para que obtuvieran un merecido descanso. Los generales Villarreal y Murguía avisaron que venían cerca de Matamoros, por lo que se les ordenó acamparan sus tropas y pasaran con sus estados mayores a aquella plaza.

A Matamoros llegaban los compañeros heridos y todos los días íbamos a visitarlos. Allí estaba el ilustre Benito Garza, que había sido herido durante la toma de Matamoros por el general Lucio Blanco y ya estaba casi bueno, pero no quería salir porque decía que estaba muy a gusto y cuando llegó Félix Neira Barragán, que venía muy enfermo de Piedras Negras, a raíz de nuestra salida de Coahuila, Benito estaba dormido, pero otro día que despertó y le dijo Félix:

—¿Qué hubo, Benito, cómo estás?

Le contestó muy enojado:

—¡Anda, infame, aquí estoy por tu culpa!

—¿Cómo por culpa mía?

—¡Claro! No te acuerdas de aquellos discursos tan bonitos que nos decías en Monclova? Vamos a defender la legalidad, vamos a defender la Patria y el que caiga, caerá bizarramente… de cara al sol… Y quién sabe cuántas pamplinas más. Y aquí me tienes, me atizaron un catorrazo de una onza de acero, y caí, sí, caí pero becerramente… ¿con la cara al sol? Nada, con la cara en un montón de suciedad de vacas…Vuélveme a decir tus discursitos y verás lo que te sucede.

Pero ya todos conocían al ilustre Benito y se rieron buenamente, inclusive Félix, de su caída "becerramente", porque a pesar de sus chistes y de todo, era un buen revolucionario, a quien queríamos y queremos sinceramente, pues todavía anda por allí, vivito y coleando.

El Cuartel General, una vez en Matamoros, giró una circular a todos los jefes de fuerzas para que aumentaran sus contingentes, ya que contaba con suficientes equipos y tenía confianza en que pronto podría obtener el paso de fuertes cantidades de municiones de guerra para reponer las que se habían gastado en las recientes operaciones y se dedicó de lleno a la labor de organización que había sido interrumpida, pero que iba a dar magníficos resultados para la Revolución.



GRAL. MANUEL W. GONZALEZ

CON CARRANZA

SEGUNDO TOMO

EPISODIOS DE LA REVOLUCION
CONSTITUCIONALISTA
1913 - 1914

ILUSTRO
URQUIJO Jr.



Talleres J. Cantú Leal 5 de Mayo y Galeana
MONTERREY, N. L., MEXICO
1 9 3 4



General Manuel W. González. Centro de Estudios de Historia de México, CARSO, LXVIII-3. 3. 4.

La infiel



En los primeros días del mes de enero de 1914, el general Pablo González me llamó al Cuartel General y me dijo:

—He considerado que ya es tiempo de que el Cuartel General quede organizado debidamente y he ratificado el nombramiento de jefe de Estado Mayor al coronel Alberto Fuente D., designando al mayor Alfredo Rodríguez como oficial mayor del mismo y a ti como mi secretario particular. Como ayudantes tuyos quedarán los capitanes segundos Alfredo Lamonte, taquígrafo y profesor Ángel H. Castañeda. Ya doy órdenes para que ceses en tu comisión de mayor de Órdenes de la Plaza, y que causes baja en las fuerzas del coronel Alfredo Ricaut.

Ricaut me apreciaba sinceramente y aunque no estuvo de pronto muy conforme con mi separación, la aceptó porque consideraba que este puesto significaba para mí un ascenso y así me lo dijo.

El Estado Mayor constaba, además de los citados, de los mayores Ramón Sánchez Herrera, el famoso *Forey*, Tomás Marmolejo, Federico Silva, Capitanes Alfredo Jaime, Eligio O. Treviño, Alfredo López Prado, Luis Rucobo, Natividad Contreras, José Cruz Salazar, fotógrafo, tenientes Méndez Acuña, Coto Zodabró, Leopoldo Hernández, Manuel Valero y algunos otros. El mayor Mauro Rodríguez era el jefe de Telegrafistas y sus ayudantes el capitán Ismael Rueda, Ignacio Barrera Gaona y el capitán primero Luis Galindo, era jefe de Electricistas y Dinamiteros. El capitán primero Donaciano Martínez estaba encargado de la Sección de Ferrocarriles y el capitán Juan C. Zertuche de la Sección de Historia.

El mayor de Ingenieros, Guillermo Castillo Tapia, fue comisionado para formar este cuerpo que debía alcanzar después grandes proporciones.

El general en jefe se dedicó al trabajo de organización y equipo de las fuerzas del cuerpo de Ejército del Nordeste y pidió nuevos elementos a Brownsville; ametralladoras, cinco millones de cartuchos y cuatro mil rifles más, pero por más gestiones que hizo no le fue posible pasar el armamento, por lo que hubo de acudir al viejo y socorrido sistema del contrabando, logrando por este medio, almacenar en Matamoros una respetable cantidad de elementos de guerra.

Después del combate de Nuevo Laredo adverso a nuestras fuerzas, éstas fueron como ya he dicho a guarnecer diferentes sectores, y a disfrutar de un merecido descanso por lo que comenzaron a llegar a Matamoros jefes y oficiales en comisión a pasear unos días, mientras se organizaban nuevas operaciones, por lo que la ilustre palomilla vio engrosadas sus filas con el ya mayor Federico Montes, que vino con sus ametralladoras y su gente a depender del Cuartel General, el mayor Rafael de la Torre, mi compadre Ricardo González V., y otros muchos.

Este Rafael de la Torre, quien llegó a general y murió en San Antonio, Texas, expatriado en 1922, era poblano, natural de Teziutlán; alto, cacarizo, feo y valiente. Le decíamos *La*

Alcayata, no sé por qué, y tenía una gran inteligencia natural, y "salidas" ingeniosas como la que voy a referir y me sirve de tema para esta narración.



Como antiguo recuerdo al muy estimado señor general de brigada don Manuel W. González Willars. Afectuosamente. 39 Regimiento de Cab. Fuerzas el C. Gral. F. de P. Mariel. Reproducción de una foto del 5 de junio de 1915. Centro de Estudios de Historia de México, CARSO, LXVIII-3. 1. 235.

En aquellos sabrosos días en que luchábamos todos, sin excepción, por el ideal que llevábamos dentro y que habíamos abrazado consciente y fervorosamente, la cuestión de dinero no tenía gran importancia y tanto tiempo habíamos andado en las filas revolucionarias sin "haber" que en Matamoros nos sentíamos en la gloria, porque el Cuartel General pagaba cincuenta centavos diarios a los soldados y suministraba carne y pastura para la caballada, y a nosotros, jefe y oficiales, de coronel abajo, nos pagaba alojamiento y comida, y tres pesos

semanarios a jefes y dos a la oficialidad. Pero, como es natural, esta cantidad no era suficiente para hacer notabilidades, por lo que vivíamos entrampados unos con otros y de pilón con cuanto bicho nos fiaba.

Aunque parezca mentira, creo que en aquellos tiempos había más "turismo" gringo que ahora, al menos en Matamoros, a donde a diario llegaban cientos de nuestros primos a conocer a los *mexican rebels* y las noches de serenata en la hermosa plaza del viejo puerto, ésta se llenaba con cientos de muchachas mexicanas y también americanas, vecinas de Brownsville, que iban a disfrutar de la música, convencidas de las garantías que nuestras fuerzas prestaban a todos.

Y en una de estas serenatas, Rafael de la Torre hizo la más extraña "conquista": el moreno y cacarizo poblano logró enamorar a una preciosa rubia hija del Tío Samuel, y casi todos los días venía la "gringuita", que así la conocíamos, a pasear con De la Torre, a veces en la plaza a veces por la garita de Santa Cruz, a la orilla del río, y pasaban horas enteras como dos tórtolos sin importarles un pito "el mundo y sus pompas vanas". Pero lo gracioso del caso era que ni la "gringuita" hablaba jota de español, ni Rafael parlaba cuatro palabras del no muy dulce idioma del señor Shakespeare, pero platicaban lindamente, en la forma más notable; De la Torre hablaba en español naturalmente, contando las bellezas de su tierra, la fertilidad de la Sierra de Puebla, de sus hazañas militares contra los pelones, de los episodios de la campaña, etcétera, y la "gringuita" estaba pendiente de los labios de él, y cuando soltaba una carcajada, ella también se echaba a reír como si le hicieran cosquillas. Después le tocaba a la "gringuita" el turno, y hablaba y hablaba en inglés, mientras De la Torre estaba atento a sus movimientos y en cuanto lanzaba una risotada, él atronaba los aires con sus carcajadas, que se oían a una cuadra, y así sucesivamente… Aquel era un idilio bilingüe, delicioso y único, pero desgraciadamente en esta recochina vida nada es perdurable, y una noche de serenata,

en que la rubia enamorada se había tardado en llegar a la cita, probablemente por motivos ajenos a su voluntad, en tanto que el galán azteca la esperaba sentado en una banca, apareció uno de los amigos de la palomilla, escoltando a dos bellas paisanitas y le rogó a De la Torre que los acompañara a dar una vuelta por la plaza. El buen *Alcayata* se negaba con pretextos más o menos plausibles, pero el otro lo atacó en todos sus reductos, hasta hacerle ver que sería un marcado desaire para las señoritas no acompañarlas y no hubo remedio, tuvo que acceder, para hacerle "la pala" al compañero, novio de una de ellas. Pero ¡oh, desgracia!, habría apenas dado unas dos vueltas cuando apareció la "gringuita", lo vio; se le llenaron de lágrimas los ojos y tomando un coche, que pasaba por allí se regresó a Brownsville, seguramente decepcionada por lo que juzgó una traición del mílite poblano y cacarizo. Poco después De la Torre supo el suceso y comprendiendo la magnitud de su desventura, preparó sus disculpas para otro día, pues a aquellas horas ya no era posible ir a buscar a su amada al lado americano. Al día siguiente pasó a Brownsville y la buscó en su casa, pero le dijeron que había salido, y así por cuatro o cinco días estuvo pasando a verla, sin encontrarla nunca, hasta que un día una hermana de la "gringuita", a la que entrevistó acompañado de un compañero intérprete, le dijo:

—Yo creo que ya no debe usted molestarse en venirla a buscar, porque está saliendo todas las tardes a pasear con su nuevo novio, el señor…

Y aquí dio el nombre de un conocido mexicano, expatriado por ser de los llamados huertistas de hueso colorado, que no pasaban a Matamoros por sus ideas políticas, enemigas de la Revolución. De la Torre no respondió, casi ni habló en toda la tarde, profundamente afectado por lo que consideraba una infidelidad de la americanita, pero en la noche, los miembros de la palomilla en la famosa cantina de Schereck, comenzamos a bromearlo con la ingratitud de la gringa, y en-

tonces, lanzando un gran suspiro, exclamó con voz profunda *La Alcayata*:

—¡Qué barbaridad! ¡Mujer infiel! En todo creí que me fallaría esta diablo de gringa, menos en política.

Y apurando su copa, entre el coro de risotadas de los compañeros, se quedó tan serio como un poste, dando por terminada aquella maravillosa aventura de amor internacional.

Y a la Heroica Matamoros seguían llegando nuevos elementos a sumarse a las filas revolucionarias, los que eran acogidos francamente por el general en jefe, con su seriedad y laconismo habituales, pero incansables en su labor organizadora. Los generales Villarreal y Murguía, jefes de la Primera y Segunda División del Nordeste, respectivamente, recibieron parque, uniformes, armas y monturas nuevas, equipando sus contingentes perfectamente y quedado listas para futuras operaciones. En esos mismos días se presentaron al Cuartel General los coroneles Francisco de P. Mariel, Amado Azuara, Nicolás Flores e Higinio Olivo, procedentes del estado de Hidalgo, ofreciendo sus servicios y el general en jefe les ordenó que comenzaran a reclutar gente prometiéndoles que en breves días les proporcionaría todo lo necesario para que la armaran y equiparan, con el fin de que fueran a revolucionar a su estado natal. A los coroneles Francisco Cosío Robelo y Vicente Segura se les entregaron armas y equipos para que comenzaran a reclutar sus fuerzas en los estados de Nuevo León y Tamaulipas, y al coronel Segura se le extendió recibo por la cantidad de $6,000 dólares que entregó a la caja del Cuartel General, los cuales le fueron reintegrados en México al triunfo del constitucionalismo.

El general Cándido Aguilar se presentó también con sus jefes y oficiales Antonio Portas, Agustín Millán, Adalberto Tejeda, Guadalupe Sánchez y Alberto Palacios, y aunque ya don Pablo les había ofrecido proporcionarles los elementos necesarios para que salieran a Veracruz en esos días se recibió un mensaje del Primer Jefe don Venustiano Carranza disponien-

do que se le entregaran al general Aguilar 1,500 equipos completos de su armamento y municiones, al que se contestó que ya se hacía todo lo posible por cumplimentar sus órdenes en el menor tiempo posible y en seguida salió el general Aguilar a situarse en Xicoténcatl, Tamaulipas, desde donde iría llamando a varios jefes de pequeñas partidas que operaban en Veracruz, para armarlos y organizarlos.

Como para esas fechas el general Francisco Coss no había acudido al llamado que el jefe del Cuerpo de Ejército le hiciera, se le telegrafió apremiándolo a que se presentara a la mayor brevedad, y este jefe, interpretando mal el mensaje, contestó que ya procedía a reunir sus fuerzas y saldría tan luego estuviera listo pero que no comprendía por qué se le tenía mala voluntad. Como nada de esto había, se le contestó, esperando su llegada.

Como el 12 de enero arribó a Matamoros, por Estados Unidos, pero procedente de la ciudad de México, el doctor Luis G. Cervantes gran revolucionario, íntimo amigo de don Pablo, quien había sido presidente maderista de Monclova, Coahuila, aprehendido en Monterrey en febrero de 1913 y conducido a la capital por órdenes de Huerta, de donde se fugó y fue a incorporarse al constitucionalismo. Fue recibido cariñosamente y nombrado médico del Cuartel General con el grado de mayor.

El teniente coronel José E. Santos había salido del hospital y se fue a incorporar con el general Villarreal, como jefe de su Estado Mayor que era, y habiendo recibido órdenes de que la Primera División avanzara hasta Ramones, Nuevo León, mientras Villarreal quedaba en Matamoros, se encargó José de que se movilizaran las fuerzas. Iban de camino y al pasar por Cruillas, resolvieron pernoctar allí, por lo que conferenció José con el presidente municipal, quien le dijo que podían las fuerzas que venían muy cansadas, dormir tranquilamente, que él tenía allí veinte voluntarios organizados y daría diez para guardia del Cuartel General y los otros diez de rondines, pues

enemigo no había por cientos de kilómetros. Como esto era verdad, así se hizo, pero estaban platicando José y otros jefes, cuando vino, como a las once de la noche, un voluntario de los que daban la guardia, que decía el presidente que allí había un individuo que no dejaba dormir. Salieron a ver de qué se trataba y efectivamente, el presidente estaba en el patio del Palacio Municipal, que hacía de Cuartel General aquel día, acostado en un catre de lona y seguían otros diez catres, con sus almohadas, cobijas, etcétera, y en cuatro o cinco de ellos otros tantos voluntarios dormidos, mientras el resto se encontraba alrededor de una hoguera, donde hervía un gran caso de café, y sobre una frazada extendida en el suelo tenían una ruletita, con sus parches y todo lo concerniente, jugando con toda tranquilidad.

—¿Qué pasa, señor presidente? —preguntó Santos.

—Pos nada, jefe, —dijo éste— que aystá un jefe de esos que vienen con ustedes que ronca como una máquina del tren y no deja dormir a los voluntarios.

Y como para reforzarlo, se dejó oír un formidable ronquido, que vibraba haciendo temblar las paredes.

—Ah —dijo José— es Jara.

Efectivamente, era el coronel Heriberto Jara, quien poseía esa graciosa facultad, de la que más tarde haré mención más extensa.

—Pero oiga usted, señor presidente, ¿y esos catres?

—Ah, pos son de los voluntarios, pa que se acuesten después de echar su trago de café.

—Pero hombre, ¿entonces ésta es la clase de guardias que ustedes hacen?

—Pos todos son hombres de trabajo y no se van a desvelar toda la noche.

—Vaya, vaya, ¿y esa ruletita?

—Ah, pos esa es la mera buena, pero hágase pa acá tantito, pa que no oigan los voluntarios.

Y haciéndolo a un rincón, le dijo:

—Pos todos los días les pago a los voluntarios su tostón, pero en la noche el secretario pone la ruletita y mientras hacen la guardia, juegan y pierden los tostones, que sirven pa pagarles al día siguiente, y así no tiene más gastos el municipio y todos contentos.

—Hombre, ¡qué bonito!, pues ahora se acaba para siempre la ruletita o le va mal, amigo presidente.

—Pero, jefe, y entonces ¿dionde saco pa pagarles el tostón diario?

—No sé, invente otra cosa y pare el juego; y levante a todos esos flojos, mientras yo pongo guardias de los soldados, porque con esos centinelas con catre no vamos a ninguna parte.

Y se fue, dejando al pobre presidente consternado con el problema de pagar sin la ruleta.

El día siguiente continuaron las fuerzas de Villarreal su marcha, y cuando Santos volvió a Matamoros me contó esta regocijada anécdota, que da una idea de la falta de conocimientos de milicia, no obstante lo cual, aquellos hombres mismos, labriegos y pueblerinos, fueron los que derrotaron a los generales técnicos del usurpador, no en uno, en cien combates, lo que demuestra… pero vale más no decir lo que demuestra, que al fin y al cabo sale sobrando, y sigamos nuestras narraciones, porque como dijo un amigo mío: "digan lo que quieran, pero que sea sin señalar".

•

¿Quién fue Homero?



La segunda quincena de enero de 1914 fue de gran actividad para el Cuartel General del Cuerpo de Ejército del Nordeste.

El coronel Andrés Saucedo, *La Muerte*, quien en concepto de general en jefe, había cometido la falta de no vigilar con todo cuidado a la columna del coronel Federal Teodoro Quintana, ocasionando que pudiera entrar a Nuevo Laredo, reforzando su guarnición, lo que impidió en gran parte que esta plaza no fuera tomada, fue suspendido en el mando de la Brigada Blanco, que era a sus órdenes, disponiendo don Pablo que tomara el mando de este contingente el coronel Jesús Dávila Sánchez, llevando como segundo al coronel Ernesto Santoscoy, y se ordenó una investigación sobre la actuación del coronel Saucedo, para fijar sus responsabilidades. Mientras la investigación se llevaba a efecto, su jefe de Estado Mayor, el capitán primero Juan Barragán se tras-

ladó a Sonora, con objeto de poner en conocimiento del Primer Jefe este procedimiento, por lo que el señor Carranza pidió telegráficamente explicaciones al general González. El general en jefe contestó ampliamente, explicando el caso y manifestando su intención de imponer la disciplina en el Cuartel del Cuerpo de Ejército, sin llegar a los extremos, pero haciendo sentir su autoridad a los jefes, con el fin de conservar el respeto y la unidad de mando, con lo que la Primera Jefatura se dio por satisfecha.

También por aquellos días llegó a Matamoros a incorporarse el teniente coronel de Auxiliares don Gregorio Osuna, quien fue ascendido por el Primer Jefe a coronel, después de haber abandonado la comisión de jefe político del Distrito Sur de la Baja California, a donde lo había enviado el usurpador Huerta, a raíz de los sucesos de La Ciudadela, donde su regimiento, el Segundo de Carabineros de Coahuila, había sido aniquilado por las balas de la infidencia, escapando casi milagrosamente sus jefes de Escuadrón; Ildefonso V. Vázquez, Alfredo Elizondo, Francisco Murguía, quienes disfrazados huyeron de México a la Revolución en Monclova, en enero de 1913, Murguía y Poncho Vázquez, y Alfredo Elizondo que se agregó a las fuerzas del general Gertrudis Sánchez. El coronel Osuna fue incorporado como jefe de Estado Mayor del general Jesús Carranza.

En el frente de Tampico, los generales J. Agustín Castro y Luis Caballero han continuado el asedio del puerto de Tampico, logrando apoderarse de Árbol Grande y doña Cecilia, y atacando las bombas del Camalote, que surten de agua a la ciudad. Por cierto que un día antes de este ataque se recibió en el Cuartel General un telegrama que se hizo famoso, y que muchos de mis viejos compañeros de armas recordarán indudablemente. Este mensaje decía textualmente:

> Campamento en Altamira, Tamps., enero… (no recuerdo exactamente la fecha) de 1914. General Pablo González. Matamoros, Tamps. Mañana tomamos Tampico o las cabras no dan leche. El general Luis Caballero.

Y no se tomó Tampico y, en consecuencia, las hembras de los chivos no proporcionaron el jugo lácteo requerido.

Los generales Eulalio y Luis Gutiérrez continuaron con gran actividad interrumpiendo las comunicaciones ferroviarias entre San Luis Potosí y Saltillo, y se ordenó que mandaran una comisión para que les llevara vestuario, equipo y parque.

El gran Vidal Garza Pérez fue nombrado administrador del timbre para el estado de Nuevo León, pero por lo pronto quedó radicado en Reynosa, Tamaulipas, y allí le sucedieron cosas grandes y maravillosas, que después relataremos.

Era jefe de la Policía en Matamoros el mayor Adolfo González, de las fuerzas del general Jesús Carranza, y *Adolfito*, como le decíamos, era ya un hombre maduro, de cabello entrecano y magnífica barba también semiplateada; bueno como el pan y amigo excelente. Tenía una casita de madera, donde vivía con otros dos de sus oficiales, por la calle que corre al poniente del Mercado, como a cuatro o cinco cuadras al norte, pero la tranquilidad de que disfrutaba se disipó como nube de verano desde el día en que por su mala suerte se le ocurrió alojar en su casita al nunca bien ponderado mayor de Ingenieros don Guillermo Castillo Tapia, flor y nata del escándalo revolucionario y quintaesencia del mitote y la alegría. Era el ingeniero Castillo Tapia, de quien he hablado, pero no tanto como se merece, alto, moreno claro, con grandes bigotes a la borgoñona, esto es, todo un tipo viril y guapo, en lo físico. En lo intelectual, era un hombre joven, inteligente, orador de vuelos, con amplia cultura y gran facilidad de palabra y una voz sonora y llena, de inflexiones graves y simpáticas, que hacían suyo al auditorio. En lo moral, el hombre más bueno, más espléndido que imaginarse pueda y el amigo mejor que pueda encontrarse. Yo creo honradamente que Castillo Tapia jamás supo el valor real de un peso y cuando tenía dinero lo daba a quien se lo pedía con una naturalidad y una gracia que encantaba. Murió pobre y olvidado, pero en el corazón de sus amigos de entonces vive todavía, con aquella aureola y aquel prestigio que lo hicieron tan querido. Ahora

bien, que le gustaba terriblemente el contenido de las botellas de todos colores, de todos tamaños y de todas formas y cuando el espíritu del vino jugueteaba en su cerebro, se soñaba un mosquetero de los tiempos idos, de los siglos dorados de los Luises o un tribuno de la vieja Roma.


ESTUDIOS
DE HISTORIA
DE MEXICO
FUNDACIÓ

Quemando confesionarios en Monterrey: coronel José E. Santos, mayor David G. Berlanga y teniente coronel Jesús Garza Siller, abril de 1914. Centro de Estudios de Historia de México, CARSO, LXVIII-3. 6. 49.

No me extrañó, pues, que una bella noche de enero, el mayor Alfredo Flores Alatorre, otro tipo simpático, alegre y cantador, valiente y bueno, con aficiones de torero, entonces jefe de la Escolta Personal del Cuartel en Jefe, y que aquella noche hacía el servicio de jefe de día, fuera a verme a mi casa, como a las 11:30 y me dijera:

—Manito, en la casa de Adolfito González hay un escándalo morrocotudo; allí está Castillo Tapia y lo más granado de la *pelusa*, y ya se han quejado tres o cuatro vecinos que no los dejan dormir con la gritería infernal que están armando. Si yo voy no me hacen caso, y puede que hasta me hagan formar parte del mitote. Ven conmigo, a ver si logramos apaciguarlos.

Y aunque yo me resistía, tanto alegó, que me levanté y me decidí a acompañarlo. A medida que nos acercábamos, es-

cuchamos los gritos, canciones y el escándalo fenomenal que dentro de la antes quieta casita había.

Llamamos a la puerta y salió el silencioso Fortunato Zuazua, quien con un dedo en la boca, nos invitó por señas a entrar y solamente dijo:

—Guillermo dice discurso.

Y efectivamente, en los momentos en que penetrábamos a aquel antro, Castillo Tapia se erguía cuan alto era, junto al piano, teniendo a su izquierda, abrazado, al mayor Adolfo González, que apenas le llegaba al hombro. Alrededor y formando dos alas, estaba lo más escogido de la palomilla; mi compadre Ricardo González V., Juan N. Vela, Federico Montes, Vicente Escobedo, *Ego*, Arturo Lazo de la Vega, Félix Neira Barragán, Alfredo Rodríguez, el capitán Juan Garza, que era una calamidad en dos pies, *Lucho* Rendón, Ángel H. Castañeda, Poncho Vázquez, Samuel Vázquez, Tomás Marmolejo, Alfredo Ricaut, Rafael de la Torre, y muchos otros más, todos en "estado gaseoso", como decía Castañeda, y en aquellos precisos instantes, la magnífica voz de Guillermo vibraba, diciendo:

—Y para cantar esta epopeya libertaria, para cantar a las falanges heroicas de este pueblo que se lanza, con el pecho descubierto, en combates estupendos, cuerpo a cuerpo, como en los tiempos de la antigua Grecia; para vencer o morir en la lucha desigual y feroz, contra los sicarios armados de punta en blanco que defienden a la traición vil y nefanda, se necesitaría la lira vibrante, las cláusulas de fuego del portentoso Homero… sí, de Homero el divino…

Y volviéndose rápidamente a la izquierda, bajando un poco la cabeza para verlo, se dirigió al mayor González, preguntándole:

—¿Tú sabes quien fue Homero, Adolfo?

—No —respondió aquel muy compungido.

Guillermo entonces, enfáticamente, dijo:

—¡Ni falta te hace, ladrón!

Y prosiguió imperturbable su fogosa arenga, entre las carcajadas estruendosas de todos.

Por supuesto que después de mucha diplomacia y haber ingerido alguno de los espantosos licores que allí tenían nuestros compañeros, logramos que terminara aquella reunión, haciendo que se fueran a dormir los concurrentes, para tranquilidad del vecindario y de Flores Alatorre, que temía llegaran las quejas al Cuartel General.

El general González acordó que las fuerzas del general Jesús Carranza relevaran a las de don Cesáreo Castro, guarneciendo San Ignacio, Guerrero, Mier y Camarón y que la Tercera División pasara a acamparse en Parás, Vallecillo y Hacienda de Hormigas, con objeto de equiparlas y municionarlas para que salieran, cuando se dispusiera, a operar al estado de Coahuila.

La Segunda División, comandada por el general Francisco Murguía, fue enviada a ocupar los pueblos de Aldamas, general Treviño y Agualeguas, también para su reorganización y equipo, y la Primera División, a las órdenes del general Antonio I. Villarreal recibió instrucciones de ocupar doctor Coss, Los Herreras y Cerralvo.

Se enviaron fuertes cantidades de parque, vestuario y demás pertrechos de guerra a los generales Luis Caballero y Alberto Carrera Torres.

Y ya que de Castillo Tapia hemos tratado, recordaré otro simpático "golpe" de aquel alegre compañero. El mayor artillero Federico Montes, Vicente F. Escobedo, *Ego*, y Guillermo eran inseparables, a pesar de la enorme disparidad de sus caracteres, pues mientras Castillo Tapia era un par de castañuelas vivientes, *Ego* más pausado, pero igualmente amigo del escándalo y del culto de Baco, en cambio Montes era y aún es, serio, reposado, casi adusto y, sobre todo, abstemio en lo absoluto, pero en el fondo también un humorista, a la inglesa, es decir, con toda la seriedad de un bloque de cemento, pero haciendo y ayudando a hacer escándalos mayúsculos y travesuras memorables, como la que voy a contar.

Era una hermosa noche, aunque un poco fría, pero plena de luna, cuando como a aquello de las 12:30, veníamos cinco o seis miembros de la palomilla de un bailecito arrabalero, cuando al llegar a la esquina de la plaza, por el lado sur, uno de nosotros exclamó asombrado:

—¿Qué es aquello?

—¿Cuál?

—Aquello, que parece un cochecito o *buggy*, pero sin caballo que tire de él.

Entonces nos fijamos en que efectivamente, venía dando vuelta a la plaza un artefacto de cuatro ruedas, pero no se veía caballo. Pocos momentos después pasó frente a nosotros, y contemplamos con asombro que dentro del cochecillo aquel iban Federico Montes y *Ego*, platicando muy tranquilamente, mientras que Castillo Tapia tiraba de las varas del aparato como si fuera caballo. Le hablamos, pero no respondieron, y al finalizar la cuadra, se pararon, bajó *Ego*, sustituyó a Guillermo, quien montó al aparato y a la otra esquina, bajó Montes, tomó su puesto de acémila y subió *Ego*. Entretanto, Castillo Tapia, con su vozarrón, no cesaba de cantar una canción, creo que compuesta por él, en una especie de dialecto que decía que era italiano, por más que ésta era una vil calumnia para el lenguaje dulcísimo del Dante; y si no, véase la muestra. Decía así:

Eviva Noé,
il grande Patriarca,
salvato in il Arca,
¿sapete perqué?
Perque fuó li inventore
dil nuevo licore,
qui ride li fá…
Ja, ja… ja, ja…

Y esta infamia siguió cantando, y dando vueltas, turnándose los tres en el tiro del vehículo, hasta que llegó el jefe de día con su rondín y los llevó a acostar.

Pero esto no impedía que el mayor de Artillería Montes estuviera listo para salir a batirse a la hora que se le ordenara, y que el mayor de Ingenieros Castillo Tapia no estuviera por la mañana, a buena hora en el Cuartel General, confeccionando los planos necesarios para las futuras operaciones militares e iniciando la organización de un Batallón de Zapadores, que llegó a prestar magníficos servicios; mientras que *Ego*, el ilustre escritor, planeaba con el general en jefe la aparición de un diario, que pronto se organizó y la cual haré referencia en próximos episodios, ya que fue de gran importancia.

En los primeros días de febrero, conferenció con el general en jefe el señor Frank Rabb, encargado de las Aduanas Fronterizas Americanas, y confidencialmente le comunicó que tenía noticia de que de un momento a otro el gobierno de los Estados Unidos decretaría un levantamiento del embargo de armas y municiones únicamente por dos días, lo que le manifestaba para que supiera aprovecharlos. El general González agradeció esta marcada muestra de atención e inmediatamente llamó a los comerciantes de Brownsville, que estaban en negocios con el Cuartel General, y les hizo un nuevo pedido de dos mil rifles y dos millones de cartuchos, que con lo que existía en los almacenes de aquellos comerciantes, propiedad ya del Cuerpo de Ejército, por haber sido ya pagados, hacían un total de ocho millones de cartuchos, de ambos calibres (30-30 y 7 mm), tres mil carabinas, 25 ametralladoras con sus cofres y atalajes correspondientes y cuatro cañones con su dotación de parque, armones, arneses y todo lo necesario. Disponiendo que todo estuviera listo y empacado para que en el momento en que se decretara el libre paso, pudieran trasladarse a Matamoros en los dos días requeridos o antes si era posible.

Las aduanas fronterizas estaban perfectamente atendidas y sus fondos, honorablemente manejados, permitieron llevar a cabo

este aprovisionamiento y pertrecho del Cuerpo del Ejército del Nordeste, así como el sostenimiento de empleados y tropas, que aunque poco ya percibían, como he dicho, sus haberes diariamente, además de las ayudas que el Cuartel General les proporcionaba para su mantenimiento, por lo que se verá que la labor de este organismo era no sólo militar, sino también administrativo y que en ella prestaron su ayuda muchos revolucionarios que, si no empuñaban las armas, trabajaban en pro de la causa para sostener los ejércitos de la Revolución en puestos de confianza y a ellos me referiré en futuros relatos.

•

Omelette à la petit pois



sta segunda quincena de febrero, si no fue pródiga en acontecimientos guerreros, en cambio estuvo llena de sucesos de otra índole y de significación para la Revolución.

El día 4, después de las doce de la noche, el doctor Agustín Garza González, cónsul constitucionalista en Brownsville, recibió aviso de la Dirección del periódico local en inglés que allí se publicaba y cuyos redactores eran sus amigos, de que al siguiente día sería levantado el embargo de armas y municiones de guerra. Después de asegurarse de la veracidad de la noticia, pasó a Matamoros y fue a despertar al general González, comunicándole la misma. Efectivamente, el 5 de febrero muy temprano, el jefe de las Aduanas Americanas míster Frank Rabb, la ratificó y desde ese momento se dieron las órdenes para pasar todo el material que había almacenado en Brownsville. Pocos días antes y por denuncias de los enemigos se nos habían

confiscado varias importantes partidas de parque, extrayéndolas de los almacenes de don Macedonio J. García y depositándose en el Fuerte Brown, pero al comunicarse oficialmente el levantamiento del embargo, el jefe del fuerte notificó al señor García, manifestándole que podía disponer de 1 millón 800 mil cartuchos que eran decomisados, pero este comerciante le contestó al jefe americano que creía justo que así como los carros del Ejército habían ido a recoger de su casa esta mercancía se la entregaran donde la habían recibido. Estuvo de acuerdo con esto el militar e inmediatamente le envió el parque, que en seguida fue cargado en carros, coches, automóviles y cuanto vehículo se encontró a mano, debiendo consignar que era tal la simpatía que la Revolución gozaba en Brownsville, que se presentaron innumerables vecinos con carros, coches y autos a conducir el parque, sin pretender recompensa alguna, formándose así una enorme procesión, que atravesó el puente internacional, llevando a la cabeza una banda de música, que iba tocando "La Cucaracha", "Ya no llores, Margarita" (la canción preferida del general Lucio Blanco), "La Joaquinita", y otros cantares de los que entonces estaban en boga, y así llegaron hasta la Plaza de Matamoros y luego al Cuartel General. Todo aquel día se siguieron pasando elementos de guerra, vestuario y todo lo que había ya comprado en Brownsville.

Como ese fausto suceso acaeció precisamente el día aniversario de nuestra Constitución de 1857, la celebración fue más entusiasta y por la tarde hubo discursos en que se lucieron *Ego*, Castillo Tapia, quien produjo un fogoso panegírico de la Revolución; Arturo Lazo de la Vega, que recitó admirablemente, como él sabía hacerlo, unos bellísimos y vibrantes alejandrinos; Félix Neira Barragán, recitando también una hermosa poesía alusiva; Francisco J. Múgica, quien dijo una soberbia arenga y otros a quienes desgraciadamente no recuerdo. Después hubo carreras a pie, a caballo y juegos de argollas, en que se lució la oficialidad de la plaza. Por cierto que si mal no recuerdo, el entonces capitán Aristeo R. Canales, quien fue uno de los que

obtuvieron premio por haber logrado ensartar la argolla con la varita, subió al tablado donde estaban las reinas para que le colocaran una banda de listón, como es costumbre, pero por su mala suerte portaba un sable o espada, pues iba uniformado con corrección, pero quien sabe cómo se le enredó el sable entre las piernas y fue a caer de rodillas ante las reinas, provocando regocijados comentarios. La fiesta estuvo presidida por damitas de la sociedad matamorense y a ella concurrió el pueblo y todos los jefes y oficiales revolucionarios.

Al día siguiente, estando ya acordado que el general Antonio I. Villarreal sería nombrado gobernador y comandante militar de Nuevo León, con capital provisional en Ramones, éste nombró como su secretario al licenciado Antonio de la Paz Guerra, quien hasta entonces había estado trabajando en la Aduana como secretario de don Alfredo Pérez. El Cuartel General designó administrador del Timbre a don Vidal Garza Pérez y con motivo de ambos nombramientos, los amigos de ambos, especialmente el que escribe, Canales, Pablo M. Garza, Ricardo González V., el coronel Ricaut y otros, acordamos darles un banquete de despedida.


DE HISTORIA
DE MEXICO
FUNDACIÓN
Carlos Slim

David G. Berlanga y Jesús Garza Siller, contemplando la incineración de confesionarios en Monterrey, Nuevo León, abril de 1914. Centro de Estudios de Historia de México, CARSO, LXVIII-3. 6. 46.

Existía en Matamoros un hostelero la mar de simpático, revolucionario hasta las uñas de los pies, magnífico cocinero y que tenía una maravillosa cualidad: nos fiaba. Se llama, porque sé que vive, creo que en Ciudad Victoria, Agapito González, y lo llamábamos *El inmenso Agapito*, por su tamaño y por sus cualidades. Tenía un restaurante en el mercado y allí comíamos gran número de los miembros más connotados de la palomilla, muchachos escandalosos y de buen humor a quienes *el inmenso Agapito* trataba paternalmente, a pesar de que le hacíamos diabluras a diario. Recuerdo que en la pared que había tras de un enorme mostrador que tenía, nos llevaba cuentas de lo que le debíamos por medio de rayas, cada una de las cuales significaba una comida, pero un día en que nos pareció que ya había muchas rayas, mientras uno de nosotros lo entretenía platicándole de los grandes cocineros que en el mundo ha habido con Brillat-Savarin a la cabeza, otros se trajeron un bote de cal con agua y una brocha y borraron la contabilidad. Pero no por eso se enojó Agapito, sino que dijo:

—Ah, qué diablos de muchachos, pero al cabo que sé de memoria lo que cada uno me debe.

Y a él acudimos para que nos fiara el banquete dedicado a Antonio de la Paz Guerra y Vidal Garza Pérez, lo que hizo de buen grado, como siempre.

El banquete fue un éxito. Concurrió lo más granado de la palomilla, pudiendo anotar, como dicen los cronistas de sociales de los periódicos, a los coroneles Alfredo Ricaut e Ildefonso V. Vázquez, que eran los jefes que hacían ronda con nosotros; mayores Ricardo González V., Arturo Lazo de la Vega, Alfredo Rodríguez, Luis E. Rendón, Marcelino Murrieta, Alfredo Flores Alatorre, Rafael de la Torre, Mariano Álvarez Roaro, Tránsito G. Galarza; capitanes Ángel H. Castañeda, Alfredo Lamonte, Pablo M. Garza, Severo de la Garza, Juan y Félix Villarreal, Juan Garza, Félix Neira Barragán, Jesús Tamez, Federico Lozano, Federico Cisneros, Celestino Villarreal, Carlos

Backman, Alfredo Jaime, Dionisio Lerma, Francisco Pérez, Benito Garza, Benito de León y los tenientes coroneles Fortunato Zuazua y Francisco Artigas, aparte de algunos civiles como Abel Lozano, F. Schereck hijo y otros que siento no acudan a mi memoria.

Naturalmente hubo brindis a Dios dar; nuestros banqueteados fueron elevados hasta las nubes y la alegría fue desbordante, pero la nota cómica la dio Juan Garza, de Allende, Coahuila, medio ranchero, pero más que todo travieso, y fue que *el inmenso Agapito* nos presentó ante el plato de cada convidado un "menú" escrito a máquina pulcramente por el insigne Castañeda, *Castañuelas*, en blanco cartoncillo Bristol, cuyos platillos no recuerdo, pero en medio o cosa así, venía uno que decía: "*omelette à la petit pois*", el cual le llamó altamente la atención a Juan y lo estaba esperando con ansia, pero como ya estaba para terminar la comida, llamó a Agapito y le dijo:

—Oye Agapito, ¿qué es esto y cómo se lee?

—Ah —contestó el aludido con toda atención, pues era la cortesía personificada— eso está en francés, Juanito, y se dice: "omelet a la petí puá".

—Bueno, y ¿cuándo nos vas a dar esa cosa tan buena?

—Te la acabas de comer, Juanito.

—¿Cuándo? Lo que me acabo de comer es una tortilla de huevos con chicharos.

—¡Pues esa es la "omelet"!

—Ah, qué Agapito tan tantiador y tan sinvergüenza, ¿pos por qué no dices tortilla de huevos con chícharos? De a tiro la amuelas; uno que cree venir a comer cosas en francés y tú las disfrazas pa darle a uno la coba.

Festejamos el asunto, pero a Agapito, contra su costumbre, no le cayó en gracia la salida de Juan y cada vez que queríamos verlo amostazado, le recordábamos la "*omelette à la petit pois*" y él decía:

—No me acuerdes. Pensar que hay bárbaros de estos que no saben comer a la francesa. ¡Caray!

Por supuesto que después vinieron los apuros y no sé qué hicimos para pagarle a Agapito, pero al fin nos arreglamos, aunque creo que tuve que vender una montura o no sé qué, aparte de sacarle algún dinero a don Pablo.

El 9 de febrero protestó el general Villarreal como gobernador y comandante militar de Nuevo León y se fue a establecer su gobierno en Los Ramones, adonde íbamos de cuando en cuando a visitar a nuestros compañeros que con él militaban.

El día 10 ordenó el Cuartel General al general J. Agustín Castro, que entregara el mando de operaciones sobre Tampico al general Luis Caballero y que se retirara con sus tropas a Xicoténcatl para que descansaran y fueran vestidas y equipadas, enviándole el vestuario y equipo que solicitó por telégrafo, pero a los pocos días el mismo general Castro comunicó al general en jefe telegráficamente, que sus fuerzas y oficialidad habían acordado ascenderlo a general de Brigada, pero don Pablo le contestó que desconocía ese acuerdo por improcedente y le ordenaba que en el improrrogable plazo de tres días debería presentarse en Matamoros con todo su Estado Mayor, pero como vacilara en cumplir lo mandado, el Cuartel General se dirigió a los generales Caballero y Cándido Aguilar disponiendo que si antes de 24 horas no salía rumbo a Matamoros el general Castro, se le aprendiera y remitiera.

Antes del plazo fijado, los generales citados comunicaron que ya se había puesto en camino aquel jefe con su Estado Mayor, dejando sus fuerzas al mando del coronel Miguel Navarrete. Inmediatamente don Pablo se dirige por la vía telegráfica al Primer Jefe poniéndole en conocimiento los hechos y suplicándole no se alarme si le llegan noticias a este respecto, pues él sabrá resolver lo conducente sin precipitaciones, pero de manera que no se quebrante el principio de la disciplina militar.

Cuando el general J. A. Castro llegó a Matamoros fue arrestado, así como su Estado Mayor, y a él se le señaló un cuarto en la Aduana, con todas consideraciones, permitién-

dosele que telegrafiara a la Primera Jefatura, a Sonora, pero el señor Carranza le contestó diciendo que lamentaba lo ocurrido y que hubiera dado lugar a que el general González procediera contra él, pero que esperaba reconociera su error y que con seguridad la acción del Cuartel General se reduciría a una amonestación sin daño para su personalidad militar. Efectivamente, el Cuartel General nombró un juez militar, durando el proceso como 10 días, al cabo de los cuales fue turnado a dictamen, pero el general en jefe ordenó se archivara, poniendo en libertad al general Castro y disponiendo fuera destituido su jefe de Estado Mayor, que había sido el principal culpable en este incidente.

Por estos días y de acuerdo con el Cuartel General se fundó en Matamoros el primer periódico diario con que contara el constitucionalismo y que se llamó *La Revolución*. Es cierto que antes se había publicado en Piedras Negras *El Demócrata*, primero por *Rip-Rip* y Félix Neira Barragán, pero no era diario y tenía muy pequeñas dimensiones. También publicaron en Laredo, Texas, el magnífico periódico que se denominó *El Progreso*, donde colaborara García Vigil y otros muchos, pero estaba en territorio extranjero. *La Revolución* tuvo como director a Arturo Lazo de la Vega; jefe de Redacción, profesor Félix Neira Barragán, y gerente, al que escribe estos relatos. Era administrador el buen revolucionario J. Antonio Castañeda, competente impresor, a quien también desgraciadamente ha olvidado la Revolución, a pesar de que trabajó incansablemente hasta mucho después que nosotros abandonamos Matamoros para seguir la campaña hacia el sur.

Vicente F. Escobedo, *Ego*, que era el más periodista de todos nosotros, no quiso ocupar puesto alguno en la Redacción pero trabajaba tanto o más que todos, pero su carácter raro no soportaba tener una obligación y sabiendo que hacía lo que quería, hacía más de lo que se le pedía.

Inolvidables días aquellos en que nuestra fogosa juventud vaciaba sus alforjas en el periódico que era tan nuestro, por-

que si cuatro o cinco estábamos allí para su confección, en él colaboraban todos los que podían escribir, es decir, lo que llamábamos "la intelectualidad palomillesca".

Allí se publicaban vibrantes editoriales de Lazo de la Vega, Guillermo Castillo Tapia, Marciano González, y brillantes artículos de David Berlanga, Francisco J. Múgica y Ángel H. Castañeda; versos de Félix Neira Barragán, de Lazo de la Vega, del mismo Berlanga y sabrosas crónicas, salpicadas con el fino humorismo de *Ego*, y allí fue donde el que escribe hizo sus primeras armas en el campo festivo, con una seccioncilla que se llamaba "Solos de Tambora", de la que todavía se acuerdan mis amigos de Matamoros.

En estos días también llegaron al Cuartel General los primeros billetes constitucionalistas, de la emisión fechada en Monclova, que fueron aceptados perfectamente por el comercio, porque en Brownsville los tomaban a dos por uno, es decir, a cincuenta centavos de dólar, y se comenzaron a enviar a los jefes para pagos de tropas, porque es de advertirse, como dato curioso y a la vez importante, que el Cuartel General del Cuerpo de Ejército del Nordeste jamás hizo una emisión de papel moneda.

El día 12 fue atacado el general Teodoro Elizondo por una columna federal procedente de Monterrey y desalojado de doctor González, mientras que las fuerzas del coronel Pablo A. de la Garza también eran desalojadas de Cadereyta.

El día 13 lanzó su primer decreto el general Villarreal como gobernador de Nuevo León, disponiendo que todas las fuerzas que ocuparan escuelas como cuarteles, las desocuparan y si no había otros lugares, que utilizaran las iglesias.

•

El cazo de atole



Eran los últimos días de febrero cuando el Cuartel General del Cuerpo de Ejército del Nordeste libraba órdenes a las divisiones comandadas por los generales Murguía y Cesáreo Castro para que interrumpieran las comunicaciones entre Nuevo Laredo y Monterrey, operando sobre Lampazos y Salinas Victoria y que después de cumplida esta comisión se prepararan para salir a operar en el Distrito de Monclova, con el fin de tener a raya al general Maas, facilitando la futura campaña sobre la capital de Nuevo León.

Mientras tanto, el mismo Cuartel General proseguía su organización, equipando y municionando voluntarios y engrosando con ellos las filas de las demás divisiones. Al general Antonio I. Villarreal, con Cuartel General en Ramones, Nuevo León, se le envió al mayor Carlos Prieto, para que se hiciera cargo de la artillería gruesa del Cuerpo de Ejército, agregada

toda a la columna del citado general Villarreal. Este jefe, como gobernador provisional de Nuevo León, tenía establecido su gobierno en Ramones, actuando como secretario general el licenciado Antonio de la Paz Guerra y administrador de rentas en el estado don Vidal Garza Pérez. Nosotros, es decir el que escribe y otros miembros de la afamada palomilla, íbamos de cuando en cuando a visitar los campamentos a lo largo de la línea férrea y naturalmente a ver y compartir con nuestros compañeros, por lo que nos tocó presenciar un simpático suceso la víspera del ataque de los federales a Ramones.

El teniente coronel José E. Santos, jefe de Estado Mayor de Villarreal, tuvo un bello día el placer de recibir un obsequio de Vidal Garza Pérez, quien le había ofrecido ir a comer con él y demás amigos; un hermoso y gordísimo guajolote que le envió con un garrotero y que llevaba atado al pescuezo una etiqueta que rezaba en elegantes letras góticas: "Teniente Coronel José E. Santos" y nada más. De palabra mandaba decir don Vidal que le avisaran el día en que estuviera listo el mole para ir a comerlo.

Y efectivamente, el día 23 de febrero muy tempranito pasó el siguiente telegrama:

> Sr. don Vidal Garza Pérez.—Administrador de Rentas en el Estado de Nuevo León.—Los Herreras, N. L.—Te esperamos, guajolote. Vente, mula.—Teniente coronel J. de E. M., J. E. Santos.

Y unas horas después llegaba Vidal, enojadísimo, reclamando a José el contenido del mensaje, pero éste le dijo:

—No te enojes, Vidalito, no te quise decir ni guajolote ni mula, pero como los telegramas no son cartas, tienen que ser muy cortitos, y solamente te quería decir que te esperábamos a comer el guajolote que me mandaste y que te vinieras en la mula que te regalé, porque el tren no pasa hasta en la tarde.

Con la promesa del sabroso mole se había contentado ya Vidal, pero desgraciadamente en esos momentos comenzaron

a llover las granadas de los cañones de los pelones que avanzaban sobre Ramones y ya no hubo manera de disfrutar de la comilona, pues se ordenó la retirada rumbo a Herreras y don Vidal montó en la famosa mula, regalo de Santos, sin que nadie se acordara del esperado mole.

Lo que sucedía era que el día anterior, los federales procedentes de Monterrey se habían lanzado primeramente sobre las fuerzas comandadas por el general Teodoro Elizondo, situadas en Papagayos, y después de rudo combate y en vista de la superioridad numérica del enemigo, éstas se habían tenido que retirar, descubriendo el flanco izquierdo de Villarreal, quien entonces, después de comunicarse con el general en jefe en Matamoros, optó por retirarse a Herreras, para esperar las fuerzas del general Elizondo, que se replegaban hacia aquel rumbo y juntos atacar y recuperar Ramones.


DE HISTORIA
DE MÉXICO
FUNDACIÓN
Carlos Slim

Ciudadano general Jesús Carranza y Estado Mayor: 1) Jesús Carranza, 2) Pascual Morales y Molina, 3) Sebastián Carranza Garza, 4) Jesús Soto, 5) Francisco Garza Linares, 6) Gregorio Osuna, 7) Ervey González Días, 14) Manuel Reyes, 16) Cayetano Santoyo, 17) Arturo Carranza, 18) Simón Díaz, Monterrey, 12 de junio de 1914. Centro de Estudios de Historia de México, CARSO, LXVIII-3. 1. 114.

La retirada se organizó en toda forma y con calma, y Santos, acompañado del entonces teniente Eduardo Garza, se encontraron en la punta de la Loma al teniente coronel Enrique Navarro, a quien no conocieron de pronto, pero que inmediatamente que le expusieron la situación, organizó su gente y presentó resistencia mientras el resto de la columna se replegaba en orden. En esos momentos cayó una granada cerca de ellos, disparada por una pieza de montaña de los mochos y entonces el gran Eloy Carranza, de quien un día hablaré más extensamente y que se hizo célebre por sus formidables carcajadas, se bajó del caballo y cogiendo con toda tranquilidad la granada que no había explotado, con mucha seriedad se la entregó a Santos, diciéndole:

—Tenga, mi teniente coronel.

José la había cogido casi sin darse cuenta de lo que era, pero como todavía estaba caliente, se la devolvió con presteza y le dijo, como sin darle importancia al caso:

—Dásela a Eduardo.

El teniente Eduardo Garza la recibió también, pero como si hubiera cogido una víbora se la entregó de nuevo a Eloy, exclamando:

—Tírala, Eloy.

Y éste, obediente, la lanzó lo más lejos que pudo, pero afortunadamente para todos la granada no hizo explosión. Los federales quedaron dueños de Ramones, mientras las tropas de Villarreal se establecían a unos cuantos kilómetros, en Puertecitos y el rancho de El Peine y otra parte en Herreras, adonde ya el día 25 estaban listas para emprender el ataque sobre el enemigo, pues ya el general Elizondo se había comunicado con Villarreal y ambos con el general González, recibiendo las debidas instrucciones y elementos de guerra suficientes para asegurar el triunfo.

Durante la estancia de las fuerzas revolucionarias en El Peine tuvo efecto el acontecimiento que sirve de nombre a este episodio. Varias veces he hablado del revolucionario que se llamó David Berlanga, entonces capitán primero. Físicamente era

alto, delgado, moreno y bien parecido, y moralmente era uno de los jóvenes de aquel tiempo más cultos que yo he conocido; era profesor, hablaba inglés, francés y creo que alemán también; era escritor de altos vuelos y magnífico orador; fue a la Revolución en pos de sus ideales altos y nobles y como valiente, nada tenía que pedirle al mejor. Todos lo queríamos y admirábamos por su carácter alegre y jovial, y por sus grandes cualidades, y su muerte, ordenada, según supimos, por Villa y ejecutada por el fatídico Rodolfo Fierro en la ciudad de México, en la época convencionista, fue una gran pérdida para la Revolución y un verdadero dolor para sus amigos y compañeros.

El otro actor de este episodio es Francisco Castrejón, ayudante del general Villarreal, a quien por su estatura exigua llamábamos *the little Castrejón* (el pequeño Castrejón), también muchacho ilustrado, un poco carrascaloso, pero que también sabía cumplir con su deber.

Berlanga, alto y garboso, y Castrejón, pequeñito y mitotero, eran compañeros inseparables y se querían entrañablemente; juntos comían y juntos establecían su campamento a donde llegaban, por lo que esa noche en el rancho de El Peine, juntos estaban esperando que se enfriara un hermoso cazo de atole que sus asistentes habían hecho para que, acompañado con algunas tortillas y carne seca, les sirviera de cena, pero en tanto que esto sucedía, se dedicaron a discutir sobre diferentes tópicos, porque se me olvidaba decir, que eran los dos muy afectos a enredarse en discusiones interminables, que al fin y a la postre, zanjaban amistosamente, mas desgraciadamente esa noche la discusión estaba amenizada por múltiples y largos besos aplicados al pico de una enorme botella de mezcal que habían obtenido quien sabe dónde. Y sucedió lo que tenía forzosamente que suceder; esto es, que la acalorada discusión acrecentada por los frecuentes tragos, hizo que la atmósfera se elevara de temperatura hasta llegar al rojo vivo y que Berlanga exasperado por las réplicas y contrarréplicas del pequeño Castrejón; para callarlo acudió a un medio supremo y heroico:

cogió el cazo de atole, que afortunadamente estaba ya casi frío y se lo puso de sombrero, logrando de esta manera callarlo por unos instantes, pues poco después el pequeño Castrejón ponía el grito en el cielo, mientras trataba de limpiarse el espeso líquido que lo había materialmente bañado. A los gritos acudió José Santos, que se encontraba cerca del lugar de los hechos, y viendo aquello, que movía risa, así como a Berlanga, que apenas podía tenerse en pie y cuadrarse, por la papalina que se cargaba, interrogó:

—¿Qué pasa, mi capitán?

—Nada, mi teniente coronel, nada... —balbuceaba David— que este bárbaro de Castrejón se ha permitido exasperarme hasta el extremo en una discusión científica que teníamos, y habiendo llegado hasta el insulto, y más aún, no sabiendo yo como callarlo sin abusar de mi fuerza física, dada su extremada pequeñez de estatura, pero también su enorme longitud de lengua, no he tenido más remedio que vaciarle en la cabeza ese cazo de atole a ver si así lograba terminar la discusión. Estimo que he logrado mi propósito y estoy a sus órdenes, mi teniente coronel.

Santos y los que presenciaron el hecho se morían de risa, pero éste le ordenó a Berlanga que se presentara arrestado, pero aparte mandó que lo llevaran a dormir a donde él se acampaba, mientras que trataban de limpiar a Castrejón, que a poco más también se quedó dormido, ya que estaba en las mismas condiciones que su amigo y contrincante.

Al día siguiente, el 25 de febrero, los generales Villarreal y Elizondo avanzaron sobre los Ramones, en dos alas, con objeto de atacar por ambos flancos al enemigo, pero los federales no combatieron casi, pues exceptuando un ligerísimo tiroteo sostenido por su retaguardia cubierta por voluntarios huertistas mandados por el coronel irregular Pablo de los Santos y José Montemayor, desalojaron la población, siendo perseguidos por los nuestros durante unas cuantas leguas.

Pero si los pelones no presentaron combate en Ramones, en cambio saquearon completamente el pueblo, no dejando

cochino, gallina ni animal vivo, y hasta rompieron las bancas y mapas de la escuela, que el general Villarreal había ordenado se restableciera prohibiendo a sus jefes que la utilizaran como cuartel. Dos días permaneció el general Villarreal en la citada población, y por instrucciones del general en jefe dejó guarnicionándola al general Teodoro Elizondo con sus tropas, y él se replegó a Herreras, donde estableció su gobierno y jefatura de operaciones, con avanzadas hasta El Peine y Puertecitos.

Todos los demás sectores cubiertos por las divisiones dependientes del Cuerpo de Ejército del Nordeste rendían partes sin novedad, pero el Cuartel General no se dormía y sabíamos perfectamente que se preparaban grandes acontecimientos, porque estaba decidido ya el ataque a Monterrey y sólo se esperaban algunas operaciones de aislamiento de la capital neoleonesa para proceder a su conquista, así como algunas remesas de municiones de guerra que estaban pendientes de recibirse, para asegurar el triunfo.

Y entre tanto, la palomilla, cuyos miembros atendían en el día a sus obligaciones, por la noche se dedicaban al noble arte de divertirse lo mejor que podían y sabían, y en estos momentos viene a mi mente el recuerdo de una graciosa travesura ideada por los inseparables mayores Federico Montes, el artillero, Guillermo Castillo Tapia, el ingeniero y el capitán Vicente F. Escobedo, *Ego*, el escritor, quienes una bella noche, después de una sesión de dominó y una que otra copa en unión de varios de nosotros, ingeridas en la célebre cantina de Schereck, acordaron que saliéramos a la calle a efectuar una operación, que si no era guerrera, cuando menos iba a dar mucha guerra a la mañana siguiente. Y como se dijo se hizo; salimos en procesión y por lo pronto, el rótulo que decía: "Peluquería ideal", lo desclavamos y lo llevamos al Cuartel General, donde lo colocamos sobre la puerta. El de la "Cantina Schereck", lo pusimos en la puerta de la Aduana; el de la Aduana lo colocamos en la peluquería; el del Cuartel General quedó instalado en la cantina de Schereck; el de un restaurante fue puesto en la puerta del hospital y así

sucesivamente fuimos trastornando todo lo que pudimos en dos o tres horas de correrías.

A la mañana siguiente, la población de Matamoros se encontró con aquel trastorno y el general González, aunque era muy tolerante, ordenó una investigación para saber quiénes habían sido los autores de aquel desaguisado, y como era natural, se descubrió el pastel muy pronto y naturalmente, también, se aplicó un arresto a los principales autores de aquel borlote y a los demás nos dio una regañada de las de Dios es Cristo, por aquello de que "tanto peca el que mata la vaca como el que le tiene la pata".

También debo consignar que el mayor Federico Montes, cuando fue procesado el coronel Andrés Saucedo, fue con éste y con el capitán Juan Barragán a Hermosillo, pues de hecho pertenecía a sus fuerzas, pero como el Primer Jefe don Venustiano Carranza aprobara la conducta del general Pablo González en aquel asunto, mientras ordenaba que Barragán quedara adscrito a su Estado Mayor y Saucedo pasara a incorporarse con las fuerzas que ya organizaba el general Lucio Blanco, dispuso también que el mayor Montes regresara a Matamoros a ponerse a las órdenes del general González, y este jefe tan luego como llegó el artillero, mandó que se pusiera al frente de todas las ametralladoras que pertenecían al Cuerpo de Ejército, agregándole hasta las que habían venido mandando el capitán Daniel Díaz Couder y el capitán Aponte, incorporándole también al entonces capitán segundo Juan C. Zertuche, quien estaba comisionado para llevar apuntes para la Historia del Cuerpo de Ejército.

Entiendo que el hoy general Juan C. Zertuche conserva o debe conservar su Diario de Campaña de aquella época y sería muy interesante el conocer datos olvidados unos e ignorados otros, que servirían indudablemente para aportarlos como documentación para la futura historia de la Revolución.

•

La hermana vaca



Durante la primera quincena del mes de marzo, las operaciones entraron en calma, pero el general Pablo González, jefe del Cuerpo de Ejército del Nordeste aprovechaba esta calma para proseguir su labor de organización, aprovisionamiento de sus fuerzas, a las que iba movilizando paulatinamente para encerrar en un círculo de hierro a la ciudad atrincherada de Monterrey, que era su objetivo.

El armamento viejo e inservible se cambiaba por flamantes carabinas; nuevas ametralladoras se agregaban al ya respetable regimiento del mayor Federico Montes; la Brigada Blanco quedaba al mando del valientísimo y correcto coronel Abelardo Menchaca, y a todas las Divisiones del Nordeste se les enviaron grandes remesas de parque y equipos.

En aquel entonces los ya célebres miembros de la ilustre palomilla, Federico Montes, Guillermo Castillo Tapia y Vi-

cente F. Escobedo, *Ego*, "los inseparables" habitaban y comían en la casa de unas señoritas muy buenas y simpáticas, cuyo nombre no recuerdo, pero a quienes llamábamos *las Buchas,* no sé por qué. Éstas tenían una casita muy bien arreglada con un jardincito, en el cual se remiraban y atendían a los tres mílites revolucionarios de una manera especial y casi maternal. Ellas mismas fabricaban un chocolate calificado de maravilloso y lo ofrecían a sus huéspedes con toda gentileza, pero éstos preferían por las mañanas un buen plato de menudo o unos huevos rancheros, sobre todo aquellas mañanas en que amanecían "crucificados", como decía Guillermo, que eran una mañana sí y otra también, pero a tantas instancias acerca del famoso chocolate, y aprovechando que *Ego* se hallaba ausente, Montes les dijo:

—Miren ustedes, a nosotros realmente no nos agrada mucho el chocolate, pero a Vicente le encanta.

—¿Y por qué no nos lo había dicho? —preguntaron las inocentes.

—Pues porque ya ven que es muy tímido y le da pena decir que a él le gusta, cuando nosotros no lo tomamos.

—Pues mañana mismo se lo llevamos a la cama —exclamó una de ellas.

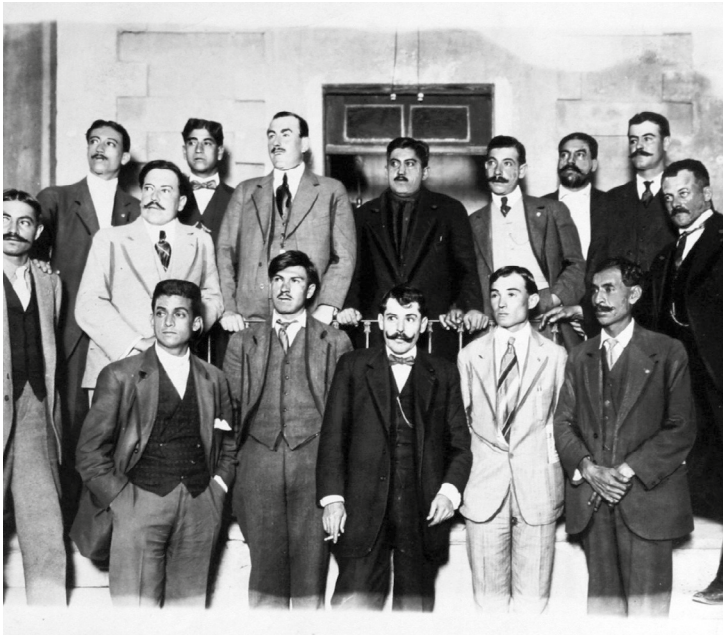
Y así quedó acordado. Pero aquella noche los tres compañeros visitaron la casa de Schereck y otros lugares parecidos y se colocaron una de "las de alarido y falda de fuera", como las calificaba Guillermo, sobre todo éste y *Ego*, pues en honor de la verdad, Montes era el más abstinente de los tres, y como al filo de las dos de la mañana llegaban a casa de *las Buchas* haciendo figuritas geométricas con los pies, cuando vieron junto a la barda de madera de la casita a una vaca solitaria, que entretenía sus ocios nocturnos en rumiar el zacate que bordeaba la banqueta. El aspecto filosófico y tristón de la vaca llamó la atención de *Ego*, quien se detuvo de pronto y dijo:

—¡Ah! Pobre hermana vaca que estás paciendo el escasísimo zacate que encuentras cabe la orilla blanquetácea, cuando

allí dentro de nuestra casa hay sabrosos rosales, resedas y otras yerbas olorosas indudablemente gratas a tu paladar, además de que en ese hermoso portal tienes abrigo para pasar esta frígida noche marzeña—.

Nada, hermanos, que hay que abrirle a la hermana vaca nuestra puerta, y me parece que quedaría mejor dentro de nuestro cuarto, donde le podríamos llevar las macetas que hay en el corredor para que se solazara, ¿qué les parece?

A Castillo Tapia y a Montes no les pareció de ningún modo que la hermana vaca durmiera en su habitación, pero después de mucho averiguar con *Ego*, se llegó al acuerdo de que le abrirían la puerta de la barda y la dejarían entrar al jardincito para que pasara la noche.



Convención de Ferrocarrileros; grupo de funcionarios y delegados. Centro de Estudios de Historia de México, CARSO, Fondo LXVIII-3, Carpeta 1, Documento 413.

Como es natural, a la mañana siguiente las pobres *Buchas* escandalizadas en contra del rumiante y los destrozos tremendos que había causado en el jardín que tanto cuidaban, fueron a contarles a los huéspedes la atrocidad aquella, cometida según ellas creían, por algún desocupado sin vergüenza que le había abierto la puerta a la vaca. *Ego*, medio dormido aún, abrió un ojo, oyó la filípica, y lo volvió a cerrar haciéndose el dormido. Pero su castigo estaba cercano, porque momentos después, una de *las Buchas* apareció con una enorme y humeante taza de chocolate, diciéndole:

—Ándele, Vicentito, aquí está su chocolate, bien calientito.

—Yo no quiero chocolate —contestó con la lengua estropajosa por la soberbia cruda que lo aquejaba.

Pero Montes saltó al quite prontamente:

—Nada, hermano *Ego*, no seas vergonzoso, ya saben aquí que nada te gusta más al levantarte que tu buena taza de chocolate.

—Que chocolate ni que tus narices —decía Vicente— tráiganme menudo.

—No, Vicentito, tómese el chocolate, que ya sabemos que le gusta mucho y se lo hemos hecho especial para usted.

Y no hubo remedio, porque *Ego* era caballeresco hasta los topes, tratándose de mujeres y se espetó toda la taza en presencia de *la Bucha*, que no se separó de la cama, hasta que le vio ingerir la última gota. Después de que salió la señorita, vomitó un torrente de injurias contra Guillermo y Federico, que se reían a todo trapo de la mala pasada que le habían hecho.

De pronto, o mejor dicho, inesperadamente, el general Guardiola y Aguirre, jefe de los pelones que guarnecían Nuevo Laredo, atacó con una columna de las tres armas, compuesta de más de mil hombres, a nuestras escasas guarniciones de San Ignacio y Guerrero, viéndose obligado el general Jesús Carranza a replegarse a Ciudad Mier, pidiendo órdenes al general en jefe don Pablo González. Éste dispuso inmediatamente que salieran de Matamoros dos baterías de ametralladoras al mando

del mayor Federico Montes y dos cañones al mando del teniente coronel Carlos Prieto, a las que debían incorporarse las ametralladoras de la Primera División, que llevaba Daniel Díaz Couder y los cañones que mandaba Manuel Pérez Treviño. También se libraron órdenes para que inmediatamente saliera toda la citada Primera División, comandada por el general Antonio I. Villarreal, para que en combinación con el general Carranza detuviera al enemigo que, según informes, se dirigía sobre Matamoros. Esta movilización se hizo con toda la rapidez posible y por tren condujeron hasta Camargo la artillería e infantería, dirigiéndose de allí a Mier, mientras que las caballerías cortaron por tierra para salir adelante de Mier. Una vez en esta plaza los generales Villarreal y Carranza esperaron dos días, 21 y 22 de marzo y el 23 por la madrugada, viendo que el enemigo no avanzaba, después de conferenciar con el jefe del Cuerpo de Ejército, quien le confirió el mando de la columna a Villarreal, y después también de recibir sus instrucciones, salió rumbo a Guerrero, donde se presentó como a las 8:30 de la mañana. El enemigo no tenía puestos avanzados, por lo que los nuestros llegaron hasta las orillas del pueblo, donde fueron recibidos con una lluvia de balas, entablándose el combate a las nueve de la mañana.

Todo el ataque se verificó por la parte oriente de Guerrero, pues al norte lo limita el Río Bravo, que como es bien sabido es la línea divisoria con Estados Unidos y por el sur-oeste pasa otro río que impedía a los nuestros extenderse, siendo esta la causa de que el combate durara tanto tiempo, ya que se luchó desde la hora indicada hasta las seis de la tarde, en que los mochos de Guardiola y Aguirre fueron desalojados y desbaratada por completo su columna. Se recogieron más de doscientos prisioneros; una infinidad de muertos y heridos, y una gran parte de la oficialidad y tropas se pasaron a territorio americano, dejando hasta sus mujeres, las que fueron tratadas con toda clase de miramientos, permitiéndoseles que pasaran a reunirse con ellos. El botín de guerra fue también muy grande, pues se recogieron grandes cantidades de armamento y parque.

Guardiola y Aguirre huyó con una corta cantidad de gente y sus ametralladoras y se encerró nuevamente en Nuevo Laredo.

En aquella jornada, las tropas mandadas por el general Villarreal estaban compuestas por los regimientos bajo el mando directo de los jefes, teniente coronel Reynaldo Garza, tenientes coroneles Enrique Navarro, Julio Soto, Ildefonso M. Castro y Jesús Ramírez Quintanilla; y en su Estado Mayor iban el teniente coronel José E. Santos, los capitanes David G. Berlanga, Camerino Arciniega, y otros que ya he nombrado, y el teniente Eduardo Garza y Francisco Castrejón. La artillería pesada la llevaba el mayor Carlos Prieto y las ametralladoras, las servía el mayor Federico Montes llevando al capitán Daniel Díaz Couder y a los tenientes Manuel Aponte, Alfredo López Prado, Victoriano Sarmiento y Juan C. Zertuche, que ya era capitán e iba encargado de la sección de historia, como en otra ocasión he dicho.

El general D. Jesús Carranza tenía su Estado Mayor compuesto por su jefe, el mayor Manuel Caballero, los capitanes Ismael Rueda, Tomás Rodríguez, y Bulmaro Guzmán y los tenientes Simón Díaz y Enrique Garza y las escasas fuerzas a sus órdenes eran mandadas por los mayores Antonio López y Juan H. Palacios.

El combate de Guerrero fue reñido, pues los pelones se defendieron valientemente y hubo un momento en que la artillería de Montes casi se vio envuelta por un ataque enemigo, que lo obligó a retroceder de sus posiciones, pero entonces el capitán David G. Berlanga, valiente hasta la temeridad, con solo veinte hombres que pidió al general Villarreal, voló en su auxilio y se recuperó nuevamente la posición.

En otra de las fases de la lucha, el general Carranza, usando de una vieja estratagema ranchera, mandó a algunos de sus hombres que "echaran las rastras". Este acto consiste en atar ramas de mezquite o huizache a las reatas y arrastrarlas a cabeza de silla, levantando inmensas polvaredas para hacer creer

al enemigo que llegan refuerzos de caballería o que los contingentes de esta arma son muy grandes. Pero desgraciadamente, los de las rastras que hacían una terrible polvareda, iban a parar hasta muy cerca de donde estaba el mayor Prieto con su artillería gruesa, por cuyo motivo, los "mochos" les localizaron o mejor dicho, dirigieron sus tiros de artillería y ametralladoras hacia el lugar donde morían las polvaredas, haciéndole daño a Prieto y sus artilleros, que sufrían un bombardeo continuo. Y aquel heroico y silencioso soldado, con su parsimonia acostumbrada, se dirigió a donde estaba José E. Santos, diciéndole con su voz serena y pausada:

—Mi teniente coronel… Considero urgente… Se sirva usted mandar decir… a don Jesús que… mande a sus gentes que ya no sigan… jorobando… con sus ramitas… o que las mande por otro lado… porque si no me acaban… los artilleros y las mulas…

Este triunfo tan definitivo, que aniquiló una columna enemiga, obligó a Guardiola a permanecer inactivo en Nuevo Laredo atrincherado detrás de sus loberas y parapetos, mientras nuestras fuerzas volvían a ocupar sus posiciones de San Ignacio y los rancheros cercanos a aquella plaza, y el general Villarreal con sus tropas regresaba a territorio de Nuevo León, avanzándolas hasta Cerralvo.

Y entonces el Cuartel General de Matamoros, continuando su plan de aislamiento a la ciudad de Monterrey, donde se apoyaba el grueso del ejército enemigo, ordena a los coroneles licenciado Pablo A. de la Garza, que llevaba como segundo al valeroso Carlos Osuna, y a Ernesto Santoscoy, que operen en un radio de cuarenta kilómetros al oriente y sur de la capital de Nuevo León, y como consecuencia el día 25 de marzo cae en poder de estos jefes la Villa de Santiago, después de un sangriento combate, en que se distinguieron sus fuerzas.

El general Francisco Coss, que después de haber entregado el mando de sus tropas, se había presentado en Matamoros, fue repuesto en su careo y confirmado su grado de brigadier,

y después de entregársele municiones y equipos suficientes recibió la comisión de operar en los municipios de Galeana, Nuevo León, y Arteaga y Ramos Arizpe, de Coahuila, con la misión especial de interrumpir las comunicaciones entre Saltillo y Monterrey, y mantener distraída la atención del enemigo en el radio de su mando. Este jefe salió inmediatamente después de recibir sus instrucciones a cumplir con su comisión.

Al general J. Agustín Castro, después de haber sido también repuesto en el mando de su División, se le ordenó que se movilizara de donde se encontraba, dirigiéndose a cooperar al asedio de Monterrey, para lo cual se dispuso que avanzara hasta acamparse en el pueblo de General Terán y la Hacienda de La Concepción, y que una vez allí, rindiera parte para comunicarle instrucciones.

Pero antes de terminar este relato, recordaremos un hecho gracioso ocurrido al retirarse las fuerzas del general Villarreal de Guerrero, con rumbo a Nuevo León.

Es el caso que tanto Villarreal como don Jesús Carranza ordenaron que se prohibiera a las tropas y oficialidad embriagarse, pues es de saberse que entre el botín que se recogió en el combate contra Guardiola y Aguirre fueron capturados una gran cantidad de barriles de cerveza y barricas de vino, que probablemente los "mochos" habían traído y también requisado en los pueblos que ocuparon por breve tiempo, y los jefes mencionados dispusieron que fueran recogidos y todo su contenido derramado, para que nadie lo tomara, pero cuando caminaba el general Villarreal con su Estado Mayor, ya rumbo a sus nuevos acuartelamientos, llevando una parte de sus tropas por delante y otras detrás, encontró a varios soldados borrachos y más adelante, vio un carro cargado con barricas de mezcal.

Esto lo disgustó profundamente y dirigiéndose a Santos, su jefe de Estado Mayor, le dijo con mucha seriedad:

—Oiga usted Santos, esa es una manifiesta desobediencia a mis órdenes.

—¿Cuál? —preguntó éste.

—Ese carro cargado de barricas de mezcal y esos soldados borrachos. ¿No ordené que tiraran todas las barricas de vino y cerveza que se recogieron en Guerrero?

—Sí, señor —respondió el aludido—. Usted y don Jesús ordenaron que las tiraran, pero según parece los que van adelante las tiraron y los que vienen atrás las están levantando.

Se sonrió el general Villarreal, pero dijo:

—Qué las vuelvan a tirar y que los de atrás no las levanten.

•

La señal del chino



En los últimos días del mes de marzo, comunicaron los generales Cesáreo Castro y Francisco Murguía haber causado serios daños a la vía de Nuevo Laredo, entre Salinas Victoria y Estación Rodríguez, quemando el puente de dicha estación y el de Los Morales, y el Cuartel General les ordenó que se internaran a territorio de Coahuila, con objeto de amagar Monclova y la vía del antiguo Internacional, para distraer la atención del general Joaquín Maas, destacamentado en aquella zona, con el fin de que éste no pudiera auxiliar a los defensores de Monterrey, al emprenderse el ataque sobre dicha plaza. Estas órdenes se cumplimentaron, volviendo la Cuarta División del mando de don Cesáreo, para cooperar a las operaciones sobre la capital de Nuevo León, en los primeros días de abril, mientras el general Murguía hacía una brillante campaña en el norte de Coahuila, secundado por sus valientes jefes de

Regimiento y Fracciones: Heliodoro T. Pérez, Eduardo Hernández. Pablo González Chico, Benjamín Garza, Juan Pablo Marrero, Bruno Neira, Arnulfo González, jefe de su Estado Mayor, José Murguía, José A. Solís, Miguel S. González, Ernesto Aguirre, que mandaba las ametralladoras y otros más cuyos nombres lamento no recordar. Esta columna efectuó una formidable campaña saliendo de Rodríguez, sobre Monclova, a la que atacó, y después combatiendo y ocupando San Buenaventura, Nadadores, Cuatro Ciénegas y Ocampo, retrocediendo luego a pasar por el Puerto de Borregas, para marchar sobre Allende, la que también fue tomada, y luego avanzando sobre Piedras Negras, que fue desalojada por los huertistas.

Mientras tanto, el 2 de abril el general Pablo González, jefe del Cuerpo de Ejército del Nordeste, se trasladó con su Cuartel General, que hasta entonces había permanecido en Matamoros, a Los Aldamas, Nuevo León, donde en una sencilla ceremonia se tomó definitivamente la protesta al general Antonio I. Villareal, como gobernador y comandante militar del estado de Nuevo León, cuyo acto fue presenciado por los principales jefes del Cuerpo de Ejército.

De allí se pasó el Cuartel General a Los Herreras y en seguida a la Hacienda de Mamulique, después de asegurar perfectamente todo el vasto territorio conquistado al enemigo en la serie de combates que ya he narrado.

Durante este avance, cuando el general Villarreal ocupaba con su Cuartel General y algunas de sus tropas la población de Cerralvo, Nuevo León, y mientras se dedicaba a dar un poco de descanso a su gente, se le acercó una noche, mientras cenaba tranquilamente en compañía de los oficiales de su Estado Mayor, un chino que traía como asistente y que a veces la hacía de cocinero, pero cuyo nombre se escapa en absoluto a mi memoria, se le acercó y le dijo con su media lengua:

—Mi Genelal ya lovalon otla vez el caballo que me diste.

—Pero hombre —repuso el general— ya con éste van tres caballos que te roban y no sé qué voy a hacer contigo.

—Yo tampoco, mi Genelal.

—Mira —dijo Villarreal— te voy a dar otro caballo pero para que no se te pierda ni te lo roben, es bueno que le pongas una señal.

—¿Cómo señalal? —preguntó el chino.

El general Villarreal, que estaba de buen humor, a pesar de su acostumbrada gravedad, le contestó con mucha seriedad, pero afablemente:

—Muy sencillo: coges una hilacha blanca y se la amarras al caballo, bien amarrada, en una pata y así donde ande, sabes que es el tuyo.

—¿Hilacha de tlapo? —inquirió el chino.

—Sí, hilacha de trapo, pero blanca.

—Güeno mi Genelal, yo le pone hilacha de tlapo al caballo, a vel si no pielde ni loba.



1) Coronel Vicente Segura, 2) teniente coronel Ricardo González V. a bordo del cañonero *Veracruz* semihundido en el río Pánuco, frente al puente del Moralillo, Tampico, Tamaulipas, mayo de 1914. Centro de Estudios de Historia de México, CARSO, LXVIII-3. 3. 15.

Y el general ordenó a Santos, su jefe de Estado Mayor, que le proporcionaran otro caballo al chino. Pero la calamidad

histórica que se llama José Santos, al mismo tiempo que ordenaba a uno de los oficiales que entregara el caballo, dio ciertas órdenes secretas a otro de sus oficiales de confianza.

El chino recibió su caballo y después de atarle cuidadosamente la hilacha blanca referida en uno de los remos delanteros, lo llevó muy contento al pesebre donde los caballos pertenecientes a la oficialidad del Estado Mayor y asistentes del mismo se encontraban; lo limpió con todo esmero y se marchó feliz porque ya tenía la seguridad de que al siguiente día no le faltaría el semoviente.

Pero el hombre (aunque sea amarillo) propone, Dios dispone y por lo regular, José E. Santos descompone. Y he aquí lo que aconteció al día siguiente: la luz naciente del alba aclaró las siluetas borrosas de las montañas en aquella mañanita de abril, cuando los clarines comenzaron su alegre fanfarria y los acordes sonoros de la diana despertaron a las tropas revolucionarias, entre ellas al chinito de marras, que se levantó como si se hubiera sacado la lotería y se dirigió a los macheros improvisados para limpiar a su caballo y darle su pastura, pero cuando entró a donde estaba la caballada, lanzó un grito de asombro y luego produjo una serie de sonidos guturales, que deben haber sido una bellísima imprecación a todos los dioses del ex celeste Imperio; dio media vuelta sobre sus talones y corriendo se encaminó hacia la casa donde se alojaba el general. Éste ya estaba en pie y esperaba su desayuno, cuando entró el asiático diciendo:

—Mi Genelal: tu señala no silvió.

—¿Por qué —dijo éste—, ya te robaron el caballo que te di ayer?

—No sé, pelo ven conmigo pala que miles.

—Bueno, ¿pero qué te ha sucedido entonces?

—No te puele decil bien, pelo ven a vel.

El general Villarreal, que estaba de excelente humor, salió con el chino, acompañado de Santos y otros oficiales, y se dirigieron a los macheros, contemplando al entrar un raro espec-

táculo; todos los caballos que allí había tenían atada en la pata delantera derecha una hilacha blanca.

—¿Ya ves? —dijo el chino— ola dime, mi Genelal, ¿cuál es el caballo mío?

—Pues no sé —contestó éste.

—Pa que miles, que tu señala no silvió —repuso el asiático.

Villarreal nada dijo, pero al llegar a la casa donde estaba su Cuartel, se volvió al teniente coronel Santos y le dijo entre serio y risueño:

—Ordene usted que le den su caballo al chino.

¿Qué había sucedido? Pues sencillamente, que desde la noche anterior, el espíritu travieso de José E. Santos, miembro conspicuo de la famosa palomilla concibió una idea para echar a perder la señal del general y ordenó a uno de sus oficiales que después de que el descendiente de Confusio le pusiera la hilacha blanca a su montura, él le atara otra igual a cada uno de los caballos que había en aquel lugar, con los resultados que ya he descrito.

Del 10 al 16 de abril, el general Pablo González ordena que las fuerzas de los coroneles Ernesto Santoscoy, Francisco Cosío Robelo y licenciado Pablo A. de la Garza, posesionadas de Cadereyta Jiménez avancen paulatinamente hacia Monterrey, comunicándose diariamente con el Cuartel General para recibir órdenes, girándose iguales instrucciones al general J. Agustín Castro, jefe de la Octava División, situada en general Terán, en cuyas filas militaban los bravos coroneles Miguel M. Navarrete y Blas Corral.

Se movilizaron las fuerzas de las divisiones, Primera, del general Villarreal; Cuarta, del general Cesáreo Castro, y Tercera del general Teodoro Elizondo, además de las fuerzas dependientes directamente del Cuartel General del Ejército, con dirección a Salinas Victoria, que estaba defendida por cuatrocientos federales aproximadamente. El general don Pablo González asumió el mando directo de las tropas y atacó los puntos estratégicos del puente de Los Morales y rancho de Tierra

Blanca. El primer lugar se tomó después de un reñido encuentro, pero al avanzar sobre el rancho de Tierra Blanca, donde también hicieron los huertistas una breve pero ruda resistencia, el general González, jefe del Cuerpo de Ejército, que iba casi en la vanguardia, fue herido levemente en un carrillo, y vimos al entonces teniente Pablo M. Garza *Mamuza*, aficionado a la medicina y medio enfermero, hacerle la primera curación entre una lluvia de balas, imperturbables los dos; el general en jefe, impávido, con su seriedad proverbial y el enfermero también tranquilo, a caballo ambos, hasta terminar la curación.

El general González, al mando de sus tropas, inició el ataque sobre Salinas Victoria a las siete de la mañana del día 17 de abril, mientras en cumplimiento de sus disposiciones, el coronel Fortunato Maycotte se lanzaba sobre Villaldama, que tomó a sangre y fuego, al frente de su regimiento, donde militaban los valerosos revolucionarios, teniente coronel Ildefonso Ramos y los entonces mayores Paz Faz y Martín Salinas. El combate de Salinas Victoria fue uno de los más sangrientos, pues sus defensores lucharon heroicamente, protegidos por dos hileras de trincheras muy bien construidas, en forma de abanico, desde donde su fusilería vomitaba fuego incesantemente.

Nuestras fuerzas se lanzaron al ataque, avanzando sobre las trincheras enemigas el teniente coronel Pedro Villaseñor, que mandaba el Regimiento Madero y dependía directamente del Cuartel General, por el noroeste; los tenientes coroneles Reynaldo Garza, Enrique Navarro e Ildefonso M. Castro, por el norte y noreste, el mayor Julio Soto por el oriente, y el mayor Jesús Soto, también dependiente del Cuartel General, así como parte de la escolta del general en jefe, mandada por el mayor Alfredo Flores Alatorre atacaron por el norte, sobre la vía del ferrocarril.

La artillería, comandada por el bravo y noble Carlos Prieto, no logró hacer una labor efectiva, porque no pudo localizar perfectamente a las trincheras enemigas y perdió muchos de sus tiros, alcanzando algunos a perjudicar a las casas de la población.

En cambio, las ametralladoras de Montes, sobre todo la sección mandada por el capitán Díaz Couder y el teniente Manuel Aponte hicieron un avance formidable, que perjudicó en extremo al enemigo. En esta sección se agregó Juan C. Zertuche, con su famosa cámara fotográfica, que estuvo funcionando entre el aguacero de proyectiles. En un momento comprometido llegó hasta donde estaba Díaz Couder el teniente coronel Pedro Villaseñor, quien había recibido orden de reforzarlos o más bien proteger a dicha sección, pero solamente llegó con cinco hombres y hubo un momento en que tuvieron que tirarse al suelo para resguardarse de la balacera, dándose el caso heroico de que el oficial Salvador Treviño cubriera con su cuerpo a Villaseñor, no saliendo herido milagrosamente.

Las fuerzas de la Primera División fueron reforzadas por las de la Cuarta, del mando de don Cesáreo Castro y como a la una de la tarde comenzó a decrecer el fuego de los defensores.

El médico-guerrero, capitán Francisco Vela González colgó por unas horas los instrumentos de cirugía o los metió en las cantinas de su montura y se lanzó al combate, mandando una fracción de las tropas de don Reynaldo Garza, lo que no agradó mucho al doctor Pedro Martínez Pérez, jefe del Servicio Sanitario de la Primera División, por la razón natural de que aumentaba su trabajo y le faltaba ayuda, pero los fogosos veinte años de Pancho Vela necesitaban ese desahogo combativo y lo obtuvieron.

Como a la una de la tarde, aminoró el fuego enemigo y poco después comenzaron a ver que los pelones salían de sus trincheras corriendo, intentando reconcentrarse en la población, presentando un blanco fácil para nuestros tiradores, que hicieron gran mortandad entre ellos, aparte de los muertos que quedaron en las trincheras, y que eran numerosos, según pudimos ver cuando las ocupamos. El número de prisioneros, así como de armas capturadas fue de más de doscientos, pero poco parque, pues casi todo lo habían quemado en su tenaz y formidable resistencia que quizá hubiera sido más larga, pero se desmora-

lizaron porque dos trenes que intentaron llegar con refuerzos, uno procedente de Monterrey y otro de Nuevo Laredo, fueron rechazados por los nuestros, obligándolos a volverse.

Nosotros tuvimos como 75 heridos, pocos de gravedad, y casi todos de la clase de tropa, pero la guarnición de Salinas Victoria fue casi aniquilada.

El Cuerpo Médico, a cuya cabeza estaba el doctor Ricardo Suárez Gamboa, prestó eminentes servicios, siendo auxiliado por el doctor Pedro Martínez Pérez y los practicantes, además del capitán Vela González, que después de su ensayo guerrero, volvió con el fervor y la buena voluntad de siempre a atender a los heridos, inclusive a los mochos.

Aquella noche pernoctamos en Salinas Victoria, y al día siguiente se ordenó el avance sobre Monterrey. Las fuerzas del general Villarreal ocupan con ligera resistencia la Hacienda del Canadá, mientras que el general Cesáreo Castro en un reñido, pero breve encuentro toma Topo Grande y Topo Chico, y las del general Teodoro Elizondo, después del combate de Cadereyta a que antes me he referido, vienen a ocupar su puesto por San Nicolás de los Garzas, en tanto que los coroneles de la Garza, Santoscoy y Cosío Robelo avanzaban hasta la Villa de Guadalupe, que ocuparon con leve resistencia.

En estos encuentros nuestras pérdidas fueron muy pocas, mientras que el enemigo perdió oficialidad y tropa en regular número, pues casi todas estas guarniciones quedaron deshechas.

El cerco sobre la ciudad de Monterrey estaba casi completo y estas operaciones, efectuadas en los días 18 y 19, nos dejaban el campo libre de enemigos para poder iniciar el ataque que comenzó el 20 de abril, como narraré en próximo episodio.

•

El cognac de don Manuel



De acuerdo con el plan de ataque formulado por el Cuartel General del Cuerpo de Ejército de Nordeste, el día 20 de abril se inició el combate formal sobre la plaza fuerte de Monterrey, defendida por el general Wilfrido Massieu, quien contaba con más de tres mil hombres y excelentes fortificaciones: el cerro del Obispado, con seis grandes cañones; en los graseros de la Fundición No. 3, en la Penitenciaria, el Colegio Civil y otros lugares estratégicos y además magníficos *block-houses* distribuidos como sigue: en el extremo oriente de la Calzada Unión (hoy Madero); entre la Cervecería y los graseros de la Fundición; entre el camino herrado a Saltillo y en las cercanías de la Fábrica de Vidrio. Estos *block-houses* se hallaban minados con formidables cargas de dinamita para ser volados en caso de que nuestras fuerzas los ocuparan. Cada una de estas improvisadas fortalezas constaba de dos o tres pisos,

defendidos cada uno de ellos por un círculo de fusileros y dos ametralladoras. La artillería de campaña, como he dicho, se encontraba en el fuerte dominante de El Obispado y la de montaña distribuida en varias partes de la ciudad, desde donde cubría con sus disparos los cuatro puntos cardinales.

El dispositivo de los atacantes era el siguiente: la Primera División, al mando del general Antonio I. Villarreal por el centro, sobre los graseros de la Fundición; a su derecha o sea al poniente, la Cuarta División, mandada por el general Cesáreo Castro, abarcando un radio de acción desde la Cervecería hasta El Obispado, sin perder su contacto inmediato con las fuerzas de la Primera División y la Tercera División, jefaturada por el general Teodoro Elizondo, reforzada con las corporaciones que dependían directamente del Cuartel General y eran mandadas por los coroneles licenciado Pablo A. de la Garza, Francisco Cosío Robelo, Amado Azuara y Ernesto Santoscoy, cubría parte del sector oriente desde donde terminaban las fuerzas de Villarreal, sobre la Gran Fundición y hacia el sur sobre el Barrio de San Luisito hasta frente a El Obispado.

La Octava División, al mando del general J. Agustín Castro quedaba de reserva, a disposición del general en jefe y cuidando la retaguardia, mientras el mayor Gustavo Elizondo, con sus fuerzas, se situaba en el Cañón de Huajuco, con avanzadas hasta la Villa de Santiago, para impedir cualquier salida del enemigo.

Se giran órdenes al general Luis Caballero para que simule un ataque sobre Tampico, con objeto de que distraiga al general Morelos Zaragoza que mandaba la guarnición del puerto; al general Francisco Coss se le comunica por medio de "propio" que se venga a situar en el Cañón de Santa Catarina para impedir refuerzos de Saltillo o salida de los defensores de la plaza por ese rumbo y que mantenga interrumpidas las comunicaciones entre las capitales de Coahuila y Nuevo León; a los generales Eulalia y Luis Gutiérrez se les ordena que corten las comunicaciones ferroviarias y telegráficas entre Saltillo y San

Luis Potosí, y que asedien a la primera plaza, para evitar que auxilien a Monterrey, y al general Alberto Carrera Torres se le manda que active sus operaciones sobre San Luis, impidiendo a toda costa su comunicación con Tampico.

El Servicio Médico, del que era jefe el ilustre doctor Ricardo Suárez Gamboa, se dividió en dos secciones; una a su mando directo, situada en el camino de San Nicolás de los Garzas y otra cerca de la línea de fuego de la Fundición Núm. 3, a cargo del doctor Pedro Martínez Pérez. El Cuartel General de don Pablo González, con su Estado Mayor y escolta, quedó establecido como a setecientos metros de la línea de fuego, sobre el mismo rumbo.

El capitán del Servicio Médico, Francisco Vela González, con una pequeña escolta (enfermeros que peleaban cuando era necesario, igual que su jefe), se había provisto en Topo Chico de un carro de los de la Cía. Embotelladora y así se dirigió a los graseros para recoger y atender a los heridos y conducirlos al primer puesto de socorros. Sobre su carro famoso llevaba una bandera blanca con una enorme Cruz Roja, que había sido hecha en Salinas Victoria, pero los artilleros de Massieu la descubrieron y le atizaron tres granadas, la última de las cuales se llevó la bandera, dispersándole momentáneamente la escolta, pero sin desgracias que lamentar, por lo que reuniendo otra vez su gente prosiguió su camino hasta llegar a la línea de fuego.

El ataque, iniciado al amanecer, adquirió proporciones formidables para las nueve de la mañana, pues nuestras fuerzas, engreídas por sus triunfos consecutivos desde octubre de 1913, en Nuevo León y Tamaulipas, se lanzaban denodadamente a la lucha y nuestra artillería, comandada por el adusto mayor Carlos Prieto, vomitaba metralla, contestando el fuego tremendo de los artilleros pelones y las ametralladoras del valiente Federico Montes, a quien ahora recuerdo que *Ego* bautizó con el nombre de *El Samurái* y el bravo Daniel Díaz Couder, disparaban millares de balas sobre las trincheras enemigas, mien-

tras nuestros valerosos fusileros, en todos los frentes, se batían como leones, avanzando palmo a palmo, para ser rechazados por el terrible fuego del enemigo, reanudando su carga momentos después, sin desmayar un instante.

Como se retardara un poco en atacar el sector designado al teniente coronel Ildefonso V. Vázquez, se le mandó decir del Cuartel General que qué pasaba, y entonces Poncho, el Bayardo de la Revolución, el "caballero sin miedo y sin tacha", con la impetuosidad de sus años mozos y de su temerario valor, se lanzó sobre los graseros, seguido por los tenientes coroneles Reynaldo Garza y Enrique Navarro, y el mayor Faustino García con unos cuantos soldados de su escolta personal, siendo recibidos por un terrible fuego de fusilería y ametralladoras, que ocasionó que cayeran muertos el mayor García y varios soldados; herido de gravedad Poncho Vázquez y levemente, don Reynaldo Garza y Enrique Navarro.



Ferrocarrileros mecánicos arreglan una locomotora.
SINAFO-Archivo Casasola.

Como caso curioso referiré que cuando Navarro y José E. Santos, que acudió al saber la herida de Poncho, lo conducían al puesto de socorros del capitán Vela González, casi en brazos, otra bala lo hirió nuevamente en la pierna que no había sido tocada, sin causar daño a los que lo conducían, y para dar una idea de la furia de aquel combate, que parecía una página arrancada al Infierno de Dante, haré notar que cuando Pancho Vela se dirigía a recoger al jefe herido, era tal la lluvia de balas y metralla que lanzaba el enemigo, que tuvo que desmontar, y segundos después, una bala atravesaba a su caballo, en tal forma, que si hubiera estado encima de él, con seguridad lo hubiese herido gravemente.

El teniente coronel Vázquez fue enviado inmediatamente, con otros heridos graves, al doctor Suárez Gamboa, quien los mandó violentamente a Matamoros, donde se encontraba el Hospital General, por la vía de Los Ramones.

Y aquí cabe rememorar que aquel famoso Segundo Regimiento de la División del general Villarreal fue bautizado con el nombre de "El Regimiento Trágico", porque parecía destinado a perder a todos sus jefes. Este regimiento era el que organizara y mandara en agosto de 1913, en las batallas de Hermanas y Abasolo el teniente coronel Elías Uribe, el bravo Lagunero que poco tiempo después de separarse de nosotros fue a morir frente a Torreón; lo sucedió en el mando Poncho Vázquez, quien fue mal herido en el combate de San Buenaventura, quedando interinamente a las órdenes del mayor Tránsito G. Galarza, quien a pocos días, en los combates de Hermanas fue también gravemente herido; tomó el mando el mayor Rafael Saldaña Galván, quien cayó para no levantarse, heroicamente, en la batalla de Abasolo a los cuantos días también; luego lo mandó Severo de la Garza, herido de gravedad en el puente de Los Morales y algún tiempo después, también muerto, dejando el mando al mayor Faustino García, quien lo entregó a su jefe nato el teniente coronel Vázquez, pero García cayó también frente a los graseros como acabo de consignar y

Poncho salió herido nuevamente de gravedad. El mando accidental lo tomó entonces el teniente coronel Carlos Fierro, del Estado Mayor del general González, por orden del mismo general en jefe.

Ya para mediodía teníamos un gran número de heridos y algunos muertos, pues nuestros ataques habían sido rechazados por el furioso fuego de cañones, ametralladoras y fusiles de los mochos, que no descansaban un segundo, teniéndonos a raya, pero el general en jefe ordenó al mayor Prieto y al capitán Pérez Treviño que emplazaran una batería y batieran las trincheras enemigas, lo que se hizo con tal acierto, que a poco se lograron dominar casi, emprendiéndose un terrible ataque por parte del general Cesáreo Castro sobre la Cervecería y el *block-house* que la defendía, obligando al enemigo a desalojarlo, pero éste al retirarse, enciende la mecha e instantáneamente se escucha una tremenda explosión, seguida por una enorme columna de humo y polvo que se levanta a gran altura, deteniendo a nuestras tropas de la Cuarta División y lanzando a muchos de los revolucionarios al suelo con sus cabalgaduras.

El polvo y el humo tardan varios minutos en disiparse, pero apenas un poco aclarada la atmósfera, el valeroso viejito don Cesáreo, apoyado por nuestra artillería y ametralladoras, se lanza a la carga con sus fuerzas y toma la Cervecería, donde recoge gran cantidad de municiones y una ametralladora en perfecto orden; que los enemigos abandonaron en su huida, retirándose a la Estación Unión y edificios cercanos.

En uno de los breves descansos, merodeaba por entre los jefes y oficiales del Estado Mayor de don Pablo, miembros casi todos de la palomilla insigne, nada menos que el teniente coronel José E. Santos, quien había obsequiado ya a los compañeros y sobre todo a los heridos, el contenido de su adorada "ignorancia", la panzuda caramayola de fama reconocida, siempre llena con el jugo de las verdes magueyeras y andaban en busca de algo con qué remojar el gaznate, pero como nosotros nos hallábamos en las mismas circunstancias, sólo pudimos unir

nuestros esfuerzos al suyo para obtener el codiciado licor. Después de una ardua y peligrosa tarea detectivesca llegamos a saber que en las cantinas de la silla de don Miguel Amaya, quien con don Nicéforo Zambrano, el doctor Cervantes y otros distinguidos elementos civiles revolucionarios acompañaban al general González en su Cuartel General, existían dos hermosas botellas sin abrir aún de cognac (no recuerdo de qué marca, porque entonces mí sabiduría alcoholífera estaba todavía en embrión). Estar seguros de la existencia del néctar en cuestión y urdir un plan para que pasaran a nuestro poder primero y a nuestros gaznates después fue obra de minutos; y después de ligera, pero substanciosa conferencia, se decidió el plan de ataque que debía de darnos posesión de la anhelada presa. Alto, fornido, entrado en años y con una gruesa voz de bajo, era don Manuel Amaya, quien después de desempeñar altos puestos en la Revolución, llegó hasta Introductor de Embajadores, durante la presidencia del señor Carranza pero también era hombre muy llano y simpático, con quien platicábamos y nos bromeábamos, aunque siempre con cierto respeto. Así es que no fue difícil para uno del grupo (no me acuerdo quién), el acercarse a don Manuel y entablar con él una interesante conversación sobre la batalla que se estaba librando; las probabilidades de triunfo; la actitud del usurpador Huerta; los triunfos del general Villa en Chihuahua y otros tópicos que embebieron su atención, mientras que Santos, con suprema habilidad lupinesca; introducía su mano en las cantinas de la montura y extraía tranquilamente las anheladas botellas. Después del acto de prestidigitación referido, nos retiramos del lugar donde se encontraban los citados señores y por allí cerca, entre un chaparralito que parecía haber sido plantado por el Altísimo con el exclusivo objeto de servirnos de refugio, sombra y bebedero, descorchamos una botella del exquisito cognac de don Manuel, y entre Santos, mi compadre Ricardo González, Flores Alatorre y otros además del que escribe, le hicimos los honores, con elogiosos comentarios para

el señor Amaya, que había demostrado tan refinado gusto para escoger tan maravilloso licor. La botella restante se acordó que Santos se la llevara para que compartieran la delicia de su contenido nuestros compañeros que estaban en la línea de fuego, frente a los graseros. No estoy seguro de que José cumpliera al pie de la letra el contenido, pero si algo se repartió él, no le hago la ofensa de creer que no dio de beber a los compañeros sedientos, pues en verdad el oficio de Ganimedes siempre le agradó. (Para que se vea que no ando tan mal en mitología, expongo que ese señor Ganimedes era el escanciador de los dioses, como quien dice un mesero de cantina distinguida).

Pero el hurto de las botellas no fue lo grave, sino que por la noche, cuando vino Santos al Cuartel General acompañando al general Villarreal, mientras platicaban con don Pablo, se le ocurrió a José contarle de pe a pa la aventura del robo del cognac, hecho con tanta limpieza que don Manuel Amaya no lo había sentido todavía. El general González escuchaba imperturbable, con su tranquilidad proverbial, sin que se moviera un músculo de la cara, mientras nosotros celebrábamos con risas el suceso, pero de pronto don Pablo, dibujándose en sus labios la sombra de una sonrisa, dijo pausadamente, como era su costumbre:

—Pues lo más gracioso del caso es que las botellas no eran de Amaya.

—¿De quién eran entonces? —preguntó José, presintiendo una catástrofe.

—Mías, —repuso el general en jefe— pero no le hace… —añadió para tranquilizarnos, pues había que ver las caras que teníamos.

Pero entonces brotaron las risas, de nuevo, nada más que a costa de José.

El sector del sureste, comandado por el general Teodoro Elizondo ha logrado dominar al enemigo, ocupando la margen izquierda del Río de Santa Catarina y sigue combatiendo bizarramente. Al atardecer se combina un movimiento envol-

vente para tomar los graseros, y nuestra artillería vuelve a rugir, siendo contestada por el fuego del enemigo, que también es mortífero.

El teniente coronel Reynaldo Garza ha sido herido en las manos, pero sigue combatiendo al frente de sus fuerzas con el mismo arrojo; el capitán David Berlanga también es herido y pasa al puesto de socorros del doctor Martínez Pérez, donde lo atienden, y vuelve otra vez a la lucha, incansable como siempre.

Federico Montes y Díaz Couder, con sus ametralladoras, se han posesionado de un punto que denominamos "la casita blanca", porque allí existe una todavía, y desde allí cargan sobre el enemigo tan valerosamente, que lo hacen retroceder, y aunque el *block-house* al oriente de la calzada hace esfuerzos inauditos por contener el avance de los nuestros, es batido por la artillería de Prieto y las ametralladoras, permitiendo el avance de nuestros rifleros que siembran el desconcierto entre el enemigo, ganándoles terreno y obligándolos a retirarse hacia su segunda línea de defensa, en la Fábrica de Vidrio, mientras los nuestros, siempre protegidos por la artillería, ocupan la posesión de los graseros, donde se recoge un abundante botín de parque, suficiente para reponer el que es empleado en rendir esa fortaleza.

La noche comienza a caer y la obscuridad trae la calma, cesando el furioso combatir, pero nuestras tropas duermen con el arma al brazo, descansando por breve tiempo, pues poco después de media noche comienzan a tratar de mejorar nuestras posiciones, acercándose los contingentes lo más posible a los atrincheramientos enemigos, lo cual se logra, a pesar de que los reflectores colocados en El Obispado no cesan en toda la noche de explorar nuestros campamentos, y al amanecer las posiciones de los sectores norte y poniente se encontraban lo más cerca posible del enemigo.

Al amanecer del 21, se reanudó el fuego en todos los frentes con la misma furia que el día anterior, mas en algunos de nuestros sectores, sobre todo los del poniente y sureste

comenzaron a escasear las municiones, pero afortunadamente, el Cuartel General, que no descansaba, había pedido ya a Matamoros un millón de cartuchos que el general don Jesús Carranza se encargó de remitir inmediatamente con el mayor ferrocarrilero Eleuterio Reyna, quien lo condujo hasta donde llegaba la vía reconstruida, no recuerdo si a Ramones o Aldama, y de allí en carretillas, tiradas por mulas, hasta cerca de donde estábamos y de allí a caballo, por lo que para antes de mediodía, ya fue posible municionar a las fuerzas atacantes.

•

Chale "no entende"



En cuanto llegó el parque que conducían Eleuterio Reyna y sus ferrocarrileros, el combate volvió a asumir grandes proporciones en todos los sectores, y el mismo Reyna y los suyos entraron por los graseros a "darse una caladita", como ellos decían.

Y es tiempo de recordar a algunos de los elementos que militaban a las órdenes de los jefes, de que no hemos hecho mención, aunque sintiendo siempre no poder recordarlos a todos, ya que no contamos para ese trabajo más que con la ayuda de la memoria, que es flaca, y que sobre ella han pasado muchos inviernos. Sin embargo anotaremos que con el general Teodoro Elizondo, que comandaba el sector oriente y sur de los atacantes, venían: como jefe de Estado Mayor, el entonces mayor Marciano González, y los jefes de fuerzas, José V. Elizondo *El Colorado*, Aniceto Farías, Elpidio Chacón, Indalecio Castillo, Francisco González, Cayetano Santoyo, Anto-

nio Martínez, Everardo de la Garza, Higinio Tijerina, Crispín Treviño, que allí murió en circunstancias que relataré adelante, Zeferino González, Doroteo Treviño, muertos también en el ataque y dos hermanos oriundos de doctor González, cuyos nombres no he podido obtener, que fueron capturados, muertos y arrastrados sus cadáveres por los enemigos.

Con el coronel licenciado Pablo A. de la Garza venían el bravo teniente coronel Carlos Osuna, el mayor Antonio Ochoa *El Árabe*, el entonces capitán Anacleto Guerrero, el capitán Méndez, cuyo primer nombre he olvidado y otros elementos; con el coronel Francisco Cosío Robelo militaban casi puros elementos del interior de la República y recuerdo al coronel Higinio Olivo, Amado Azuara, Guillermo Castillo Tapia, que le había sido incorporado recientemente, Ricardo González V., Rafael de la Torre, Mariano Álvarez Roaro y Fernando Arruti. Además había un regimiento mandado por el coronel Gonzalo Novoa y otro por el coronel Ernesto Santoscoy; de elementos de la antigua Brigada Blanco.

El Cuartel General de don Teodoro estaba en la Villa de Guadalupe y después avanzó hasta la Gran Fundición, y pronto controló casi todo el barrio de San Luisito, enfrentándose con las defensas federales, que se extendían por las calles de la ciudad hasta El Obispado.

Y mientras el combate rugía furioso en todos los sectores de ataque y defensa de la capital de Nuevo León, los heroicos médicos constitucionalistas y sus ayudantes cumplían su misión salvadora con todo empeño: arriesgando su vida por atender a los heridos.

Anteriormente he consignado los lugares que ocupaban las secciones en que se dividió el servicio de ambulancia y el doctor Ricardo Suárez Gamboa, el ilustre médico jefe de dicho servicio, traía entre sus ayudantes un gringuito muy joven, que sabía algo de enfermería, y a quien se apreciaba mucho por su buen carácter y sus servicios en el cuerpo médico, que no escatimaba nunca: se llamaba Charles Hill, pero

todos lo conocíamos por *Chale*. Hablaba un español infame, pero se hacía entender, y entre las cosas que no le agradaban mucho ni poco, estaban los balazos, por lo que cuando comenzaba el combate se dedicaba con gran ardor a ayudar al doctor Suárez Gamboa o al médico más cercano, pero en el puesto de ambulancia, procurando estar lo más lejos posible del aguacero de plomo, por aquello de "las cochinas dudas". Pero el doctor Suárez Gamboa era un hombre raro, de gran talento, pero extremadamente nervioso, como lo he presentado ya en episodios anteriores y de que se le ocurría algo, no había poder humano que lo detuviera. Don Pablo le tenía prohibido que entrara en la línea de fuego, pues para nosotros su existencia era preciosa, al igual que la de los demás médicos, pero si al doctor se le metía entre ceja y ceja entrar a los "cocolazos" de repente, ni las órdenes del general en jefe eran capaces de detenerlo.

Y aquella tarde del 21 de abril el doctor Suárez Gamboa sintió el gusanito del deseo que lo impulsaba a darse una vuelta por lo más recio del combate en el frente de los graseros, y montando a caballo ordenó a su ayudante *Chale* Hill, que lo acompañara. Éste, que no sabía de qué se trataba, montó también y partió con el doctor, pero cuando ya entraron en la zona de fuego, sentó su caballo y dio media vuelta; más no contaba con la huéspeda, es decir con el médico, que se dio cuenta de la vuelta, y volviendo rienda, lo alcanzó y le dijo:

—¿Adónde va, amigo?

Chale respondió muy serio:

—No entende, doctor.

Pero el doctor le cogió la rienda al caballo del gringuito Hill y replicó:

—Nada, amiguito, entende o no entende, vamos a los catorrazos.

Y aquel decía muy apurado:

—Mi no entende, doctor, no entende…

Y no hubo "no entende" que valiera, porque el gran médico se llevó a su asistente hasta cerca de la Vidriera, donde mandó le enviaran unos heridos graves a su puesto de socorros, y hubiera ido a terciarse a balazos en una trinchera, pero el general González, que se había dado cuenta le mandó decir que lo necesitaba urgentemente, y como era esclavo de su deber como médico, inmediatamente regresó; y entonces buscó a *Chale* Hill, que andaba por allí cerca, buscándole la cuadratura al círculo, y lo llamó:

—Ándale, amigo, vámonos… —y le picó espuela a su caballo, sin preocuparse del ayudante.

Pero según cuentan las crónicas de aquellos días, aunque yo no me hago responsable de ellas, pronto se le emparejó *Chale* al doctor, y dizque le decía muy alegremente:

—Mi sí entende, doctor, mi sí entende…



Estación de Monterrey, Nuevo León, a la salida de las fuerzas del general don Pablo González; 1) el coronel Enrique Navarro, 2) don Vidal Garza Pérez, 3) mayor profesor Félix Neira B. y 4) capitán Eloy Carranza, junio de 1914. Centro de Estudios de Historia de México, CARSO, LXVIII-3. 1. 82.

Ese día nuestros valientes soldados hicieron prodigios de valor, y los contraataques formidables del enemigo sobre la

casa blanca y el sector de la Cervecería fueron rechazados con enormes pérdidas para ellos, distinguiéndose las ametralladoras mandadas por Federico Montes y Daniel Díaz Couder, que hicieron estragos en las filas de los mochos. Montes personalmente manejaba una ametralladora, porque el día anterior habían herido a uno de sus mejores y más fieles artilleros: Victoriano Sarmiento, quien se había batido heroicamente.

Y ahora, mientras el combate prosigue, terrible, devastador y la atmósfera se oscurece con el humo de los disparos y los ecos escondidos en los cerros de La Silla, Las Mitras y la Sierra Madre devuelven amplificadas las roncas voces de los cañones, que disparan casi sin interrupción defensores y atacantes; nosotros vamos a hacer una breve digresión, indispensable para narrar los acontecimientos del día 22. Ante todo es necesario que el lector tome en cuenta que el que relata estos acontecimientos era entonces un simple mayor, pero improvisado como lo éramos todos los soldados del pueblo; y que mis puntos de vista son los que entonces teníamos, por lo que escribo como hubiera escrito en aquellos días, en que no era jefe de alta graduación ni tenía que juzgar a mis superiores, y menos a los altos jefes de la Revolución.

Nosotros sabíamos, por la prensa en inglés y español del otro lado del Bravo, que en Tampico había surgido un incidente de resonancia internacional: el crucero americano Dolphin se encontraba anclado fuera de las escolleras del Puerto de Tampico, sitiado por el general Luis Caballero, tal vez en observación o para proteger a sus nacionales en caso necesario y habiéndosele agotado la gasolina para algunos de sus servicios, el pagador de la unidad naval y algunos marinos se acercaron a la orilla en una pequeña lancha sobre la que ondeaba la bandera americana. Esto no fue del agrado del coronel federal Hinojosa, quien sin miramientos los aprehendió, conduciéndolos al Puerto entre dos filas de soldados. Entonces el contraalmirante Mayo hizo una enérgica representación ante el general don Ignacio Morelos Za-

ragoza, jefe de la guarnición federal de Tampico, exigiendo no sólo la inmediata libertad de sus subordinados, sino que en un término perentorio se saludara a la bandera americana, como reparación por el acto referido. El general Morelos Zaragoza puso en libertad a los marinos yanquis, limitándose a dar una excusa por lo acontecido, pero este acto levantó un revuelo enorme en Estados Unidos, sobre todo en Washington, donde ya las relaciones con nuestra Nación estaban algo tirantes, debido al fusilamiento del inglés Benton, por Villa; a la muerte del americano Clemente Vergara en Hidalgo, Coahuila, por fuerzas huertistas, etcétera, y también por las exageradas noticias de la prensa amarillista yanqui, así es que este último incidente empeoró en alto grado la situación internacional reducida por la vacilante política de Huerta, originando que el gobierno americano ordenara al almirante Fletcher la inmediata ocupación del Puerto de Veracruz. Con este motivo, en la ciudad de México hubo manifestaciones populares unas y otras inspiradas por el gobierno de Huerta, que vio en este grave suceso su salvación posible de la derrota a que la Revolución lo estaba orillando. Uno de los hijos de Huerta (creo que Jorge), con algunos secuaces de su policía reservada, arrastraron la estatua de Washington después de derribarla de su pedestal y organizaron manifestaciones, logrando reclutar gran cantidad de gente dizque para combatir a los yanquis, pero en realidad, como pudo verse muy pronto, para combatir a la Revolución. Huerta creyó que los revolucionarios se unirían a él y, según nuestro sentir, con ese objeto provocó la intervención yanqui, puesto que éstas fueron las gestiones hechas por sus generales en distintas partes de la República, pero los jefes constitucionalistas no se dejaron sorprender. Mucho se ha escrito y hablado sobre este incidente y hasta se ha querido hacer aparecer como que la ocupación de Veracruz la ordenó míster Wilson con objeto de ayudar a derrocar a Huerta, pero ciertamente ya Huerta estaba vencido; sus ejércitos estaban deshechos y en la fronte-

ra solamente conservaban a Monterrey, a punto de ser capturado; Tampico, sitiado; Nuevo Laredo, aislado, y Saltillo en condiciones aflictivas y los pelones en toda la República eran dueños únicamente del suelo que pisaban.

En Matamoros, los jefes y oficiales de la guarnición se acercaron al general don Jesús Carranza, solicitando los informara sobre los acontecimientos internacionales y el modesto y reposado jefe les contestó, textualmente:

> No tengo noticias oficiales: pero debemos confiar en el patriotismo del C. Primer Jefe, y tengo la seguridad de que, si es necesario, iremos a combatir por la integridad de nuestra Patria.

Con esta respuesta se calmó un poco la ansiedad reinante.

La noche del 21 se suspendió el fuego por ambas partes, guardando nosotros las posiciones conquistadas, pero el poderoso reflector de El Obispado paseaba su luz por nuestros campamentos constantemente. El 22 por la mañana volvió a emprenderse el combate atacando con rudeza todos nuestros sectores y el fuego de artillería fue terrible durante toda la mañana, pero poco antes de las doce y en medio de aquel infierno de balas y metralla, un oficial federal salió con bandera blanca, encontrando primeramente al teniente coronel Carlos Osuna y al capitán Anacleto Guerrero por el sector oriente, llegando después el mayor Marciano González, quien en vista de los pliegos que traía, lo dirigió hacia donde se encontraba el Cuartel General y allí se presentó ante el teniente coronel Federico Montes, quien ordenó fuera vendado, y el teniente coronel José E. Santos lo condujo, con los pliegos que traía, ante el general en jefe don Pablo González. La comunicación que portaba el parlamentario era un oficio del general Wilfrido Massieu, jefe de la Guarnición Defensora de Monterrey, comunicando al general González que Veracruz había sido ocupada por los yanquis y que lo invitaba en nombre de su gobierno a que, haciendo caso omiso de la guerra civil, se diera por terminada la contienda y se unificaran las fuerzas combatientes para

batir al invasor americano. El general González contestó a esta comunicación en los siguientes términos:

> El responsable del conflicto internacional no es el Pueblo Mexicano, es Victoriano Huerta; es un hombre.—Si la intervención, desgraciadamente, se convierte en hecho positivo, dejando de ser simple amenaza para un impostor que se llama equivocadamente Presidente de la República, entienda Ud. que el Ejército Constitucionalista es el único capacitado por su organización para defender el honor de la Patria.—La Nación no puede tener confianza en los hombres que han pisoteado los principios, que han herido de muerte las instituciones y que en nombre de intereses bastardos han convertido en un lago de sangre a la República.—Lo único que procede en este caso, a la luz del patriotismo bien entendido, es la rendición incondicional de Ud. y de los suyos para que dejen de ser un peligro para la Patria, dentro de la Patria.—A ello lo exhorto, concediéndole un plazo de dos horas para conocer su resolución.—Se suspende el ataque por ese término, en la inteligencia de que se reanudará con mayor intensidad si su respuesta no está en consonancia con las exigencias del honor nacional. En cuanto al conflicto internacional, el constitucionalismo sabrá salvarlo con una dignidad que mañana habrá de aplaudir la Historia…

Suena el clarín de órdenes del Cuartel General, transmitiendo a todos los sectores la voz de "alto el fuego", que escucharon con ansiedad todos los frentes, y se comunicó a los jefes de fuerzas la suspensión de dos horas, y el parlamentario volvió con la respuesta del general en jefe al jefe de la plaza, pero como transcurrieron las horas señaladas y no se recibiera contestación, volvieron los clarines a vibrar ordenando la reanudación de las hostilidades, mientras, según informes obtenidos después, el general Massieu, nervioso quizá, tomaba cerveza en su departamento del Palacio de Gobierno.

La tarde transcurrió empeñándose nuevos ataques por parte de los maestros y la defensa desesperada de los federales, que valientemente defendían sus posiciones, apoyados por su mag-

nífica artillería, que no cesaba de disparar sobre los nuestros, hasta que llegó la noche.

Para la mañana siguiente, esto es, la del día 23, se preparó por orden del general en jefe un ataque combinado de las divisiones Primera y Tercera mandadas por los generales Villarreal y Elizondo, respectivamente, sobre los fuertes que conservaba el enemigo en la Fundición No. 3 y sobre la punta oriente de la calzada; por lo que muy temprano se inició el formidable avance de los nuestros, apoyados también por el extremo sur de nuestro sector de ataque, con los coroneles de la Garza, Santoscoy y Novoa, y después de generalizarse el combate, se dio principio al ataque sobre el fuerte de la Fundición núm. 3. Nuestra artillería y ametralladoras, estratégicamente emplazadas, abren un fuego espantoso sobre la fortaleza enemiga, protegiendo el avance de nuestros valerosos rifleros, que arrastrándose por el suelo, ganan terreno poco a poco, hasta quedar situados casi a quemaropa de las trincheras federales, colocándose a ambos flancos y entonces emprenden un nutrido fuego de fusilería, que ocasiona que los enemigos, sintiéndose amenazados y casi copados, sólo contesten el fuego para cubrir su retirada que emprenden presurosamente a su segunda línea de defensa, ya dentro de la ciudad, mientras los revolucionarios ocupan sus posiciones y avanzan inmediatamente sus líneas de tiradores hasta las primeras casas de la ciudad. Entonces nuestra artillería cambia la dirección de sus fuegos, abocándolos sobre el *block-house* de la calzada, hacia el cual se lanzan nuestros rifleros, obligando a los contrarios a evacuarlo, sin que tuvieran tiempo para destruirlo. En estos momentos, muchos de nuestros compañeros, enardecidos por el combate, rebasan sus líneas introduciéndose entre el enemigo, y entonces fue cuando uno de nuestros más bravos y buenos oficiales, ranchero nuevoleonés de los más aguerridos, el capitán Crispín Treviño, fue envuelto por los pelones y capturado, sin que se pudiera rescatar, llevándoselo al centro de la ciudad, donde fue muerto y después colgado. La muerte del capitán Treviño

fue muy sentida por todos sus compañeros. Toda la mañana se lucha ardorosamente y, por la tarde, a las primeras horas, con un empuje formidable, la Cuarta División al mando del general Cesáreo Castro vence al enemigo capturando la Estación Unión y los edificios cercanos hacia el noreste, emparejando así sus líneas hacia el poniente, ya entre las casas de la ciudad.

El cerco es cada vez más estrecho y un ataque decisivo nos dará posesión de la plaza, según creemos, pero las sombras de la noche comienzan a invadirnos y los fuegos van cesando poco a poco, pero nuestros jefes y oficiales no descansan en su vigilancia, para evitar cualquier desorden y sobre todo impedir a toda costa el uso del alcohol cuyos resultados conocemos por la dolorosa experiencia del primer ataque a Monterrey en octubre de 1913.

Como a la una de la mañana del día 24, las baterías enemigas del cerro de El Obispado comienzan un fiero bombardeo sin dirección fija, lo que nos extraña sobremanera, atribuyéndolo a algún ataque de nuestro sector sur, pero estábamos completamente engañados, porque lo que pasaba era que el general Massieu distraía nuestra atención para evacuar la plaza que ya no podía sostener, como veremos en nuestra próxima narración.

Debo consignar, no habiéndolo hecho antes por olvido, que cuando cayó herido el teniente coronel Poncho Vázquez, junto con él cayeron los valientes capitanes Jesús Tamez Villarreal y Vicente Garza, muriendo el segundo a consecuencias de las heridas y se portó bravamente el revolucionario civil Santiago Salinas, quien ayudó a sacar herido a Poncho Vázquez.

•

Los masajes de Maycotte...



En las primeras horas de la mañana del 24 de abril, algunos de los cónsules extranjeros, entre los que recuerdo a míster Hannah, de Estados Unidos, que había estado preso en el Palacio de Gobierno por orden del general Massieu; el señor Buchard, de Alemania, etcétera, y varios partidarios nuestros, entre los que figuraba don Ricardo A. Sepúlveda, quien también había estado detenido en la Penitenciaría del estado por disposición del jefe federal, fueron a participar al general González que los federales de Huerta habían evacuado la plaza.

El general en jefe había recibido el día anterior partes del general Francisco Coss, quien tenía su Cuartel General en el Tunal (Sierra de Arteaga) con avanzadas hasta el cañón de Santa Catarina, comunicándole que estaban las comunicaciones interrumpidas entre Monterrey y Saltillo, y los generales Eulalio y

Luis Gutiérrez también habían comunicado que la vía estaba seriamente cortada entre Saltillo y San Luis, así es que al recibir la noticia de la evacuación de Monterrey, se ordenó inmediatamente que salieran a perseguir al enemigo el coronel Gonzalo Novoa con sus fuerzas y una fracción de las del coronel de la Garza, mandada por el capitán primero Anacleto Guerrero.

En seguida, el general González dispuso que se formaran todas las corporaciones para entrar a Monterrey en perfecto orden, como se verificó, marchando a la cabeza el general en jefe, con los generales Villarreal, Cesáreo Castro, Elizondo y sus estados mayores. Acompañaban al jefe del Cuerpo de Ejército del Nordeste el cónsul Hannah, a caballo lo mismo que todos; los señores Nicéforo Zambrano, Manuel Amaya, Vidal Garza Pérez, Juan M. García y otros elementos civiles que escapan a mi memoria tomando por la Calzada Unión hasta la calle de Zaragoza, que se siguió hacia el sur hasta llegar al Palacio de Gobierno, donde se ordenó que las fuerzas se acuartelaran y el jefe de Estado Mayor, coronel Alberto Fuentes D., dispuso por orden del general González que se cubrieran los puntos avanzados de la ciudad y se mandaran guarnecer los pueblos cercanos de Topo Chico, San Nicolás de los Garzas, Apodaca, Villa de Guadalupe y Santa Catarina.

Frente al Palacio de Gobierno se había congregado el pueblo regiomontano en gran cantidad y desde los balcones del edificio fue saludado por los generales González y Villarreal, y poco después el general Villarreal tomó posesión de su puesto como gobernador del estado, principiando a organizar los servicios públicos, nombrando presidente municipal al señor don Nicéforo Zambrano. Como detalle, diré que el Palacio Municipal estaba minado, según le manifestó un joven al señor Zambrano, y habiéndose hecho las investigaciones necesarias resultó que, efectivamente, en los sótanos se encontraron nueve cajas de dinamita, conectadas para explotar eléctricamente.

El general en jefe nombró jefe de Hacienda en el estado a don Manuel Amaya, y después de ordenar se restablecieran

las comunicaciones telegráficas con Matamoros, de las que se encargó el capitán Luis Galindo y organizar el servicio de telégrafos a militares a cargo del capitán Mauro Rodríguez, estableció su Cuartel General con oficinas en los bajos del Palacio de Gobierno, en la parte sureste del edificio, donde ahora se encuentra la Secretaría del Congreso. En seguida dispuso que salieran fuerzas a guarnecer Salinas Victoria, Villaldama, Lampazos y Nuevo Laredo, pues esta última plaza había sido evacuada por Guardiola y Aguirre y Quintana en cuanto supieron la caída de Monterrey, que los dejaba cortados de su base de operaciones, pero antes de huir desordenadamente hacia Paredón, Coahuila, incendiaron gran parte de Nuevo Laredo. En Paredón fueron a reconcentrarse también las fuerzas de Maas, que el general Francisco Murguía, con su aguerrida Segunda División, desalojó de la región norte de Coahuila, después de una brillante serie de combates.

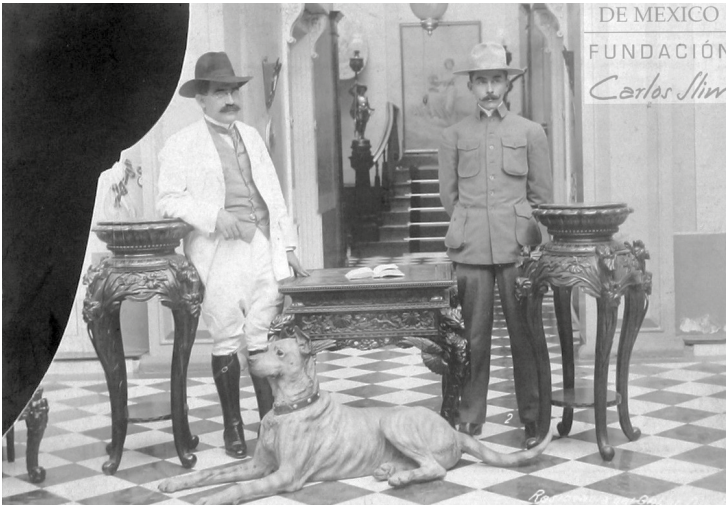
Pero volvamos a Monterrey, a donde al día siguiente de haber salido la columna en persecución del enemigo que se retiraba hacia Saltillo, regresó ésta después de haberles dado un alcance cerca de El Pajonal, donde los huertistas desmoralizados y pensando solamente en la huida, abandonaron su impedimenta pesada, que cayó en poder de los nuestros, quiénes condujeron al Cuartel General varios cañones (me parece que seis) de tipo poderoso, varios automóviles, gran cantidad de carabinas, parque de cañón y de fusil en bastante cantidad, caballos ensillados y vestuario. También de los cuarteles fue recogido algo de parque y mucho vestuario y equipo, así como los cañones de El Obispado y el famoso reflector. Y recuerdo en estos instantes una broma que le armaba José E. Santos a Federico Montes acerca del reflector, que según José, cuando Montes era todavía "pelón", es decir, cuando estaba en Monterrey, esperando poder incorporarse con nosotros, como ya lo he relatado, fue a quien se le ocurrió que se colocara en El Obispado y al efecto influyó para que el jefe de la plaza comisionara al ingeniero Treviño (de la

Cía. Telefónica) para que lo instalara. Y así se hizo, porque el ingeniero no podía negarse a ello, pero cuando tomamos ya Monterrey, alguien acusó al citado profesionista de que había colocado el reflector y creo que hasta lo aprehendieron, aunque no estoy seguro, pero José decía que Montes estaba muy empeñado en que lo molestaran y aseguraba en todos los tonos que el ingeniero era el que había instalado el reflector y que entonces el general Villarreal le preguntó a José:

—Oiga, ¿cómo sabe Montes tan bien quién colocó el reflector?

—Ah —dijo Santos— porque él cuando era pelón fue el que hizo que lo pusiera el ingeniero Treviño.

Por supuesto que Montes se indignaba y maltrataba a José, porque esto era una de las "tantiadas" que el bromista impenitente le jugaba hasta al lucero del alba.


DE MEXICO
FUNDACIÓN
Carlos Slim

General don Pablo González y el doctor Luis Cervantes, San Luis Potosí, julio de 1914. Centro de Estudios de Historia de México, CARSO, Fondo LXVIII-3, Serie Personajes Revolucionarios.

El general González comunicó la ocupación de Monterrey el mismo día 24 por la tarde al C. Primer Jefe del

Ejército Constitucionalista, quien se encontraba en la ciudad de Chihuahua y que, según informes posteriores, recibió la noticia cuando iba a sentarse a la mesa, en unión de altos jefes civiles y militares de constitucionalismo, a quienes leyó el mensaje del general González, que fue recibido con grandes muestras de regocijo, pues desde ese momento, el huertismo estaba abatido ya en el noreste, donde no le quedaba más refugio de Tampico.

Don Pablo ordenó que se trasladara todo el material de guerra que había en Matamoros, así como archivos y lo que quedaba del Cuartel General, y nombró superintendente de los Ferrocarriles al capitán primero Donaciano Martínez, en la División del Golfo, ordenándole que compusiera la vía a Tampico, reconstruyendo rápidamente el puente de San Juan, que habíamos destruido.

La noble palomilla volvió a reunirse y con gran júbilo, pues casi todos sus miembros fueron ascendidos al grado inmediato: Santos, Zuazua, Poncho Vázquez (herido y en el Hospital de Matamoros) a coroneles; mi compadre Ricardo González, Rafael de la Torre, Flores Alatorre, Alfredo Rodríguez, Lazo de la Vega, Marciano González, Carlos Prieto y el que escribe, a tenientes coroneles y así sucesivamente Castañeda, Lamonte y José Cruz Salazar, quien poco antes se había incorporado al Estado Mayor y que era el fotógrafo del mismo, pero magnífico oficial también, pues no se concretaba a retratar, sino que hacía sus servicios como todos los oficiales.

Como es natural, ascendieron la mayoría de los jefes y oficiales de las corporaciones, aunque me sería imposible enumerarlos; pero este ascenso, que se celebró en una fiesta en el Teatro Juárez, fue causa de gran alegría para todos nosotros.

Me sería imposible también consignar la inmensidad de ocurrencias y anécdotas referentes a la palomilla, que como es de suponerse, se dedicó a hacer de las suyas en gran escala, pero consignaré una, por la gracia que tiene, aunque no puedo responder absolutamente de su autenticidad y fue como sigue:

El valientísimo coronel Fortunato Maycotte era un muchachote jovial, aunque de repente algo desordenado, pero muy apreciado por su denuedo y por los importantes servicios que había prestado y como la mayor parte de los jefes hechos al calor de los combates de la Revolución, no era muy letrado que digamos, sin que esto quiera decir que fuera un analfabeto ni cosa parecida, pero había muchos refinamientos del lujo de las capitales que no conocía. Maycotte padecía de esa erupción cutánea que conocemos por barros o más comúnmente, "espinillas", que tenía en la cara en regular cantidad y a pocos días de haber estado en Monterrey, le preguntó, en conversación, a uno de los compañeros:

—Oye tú, ¿qué será bueno para quitar las espinillas?

—Hombre, le respondió el otro, nada más sencillo, con uno o dos masajes tienes suficiente.

—¿Y dónde?

—En cualquiera de las barberías buenas, por ejemplo: en la del Hotel Iturbide.

Maycotte quedó conforme y no olvidó la receta, así es que poco después se dirigió a la antigua y elegante peluquería del Iturbide y entrando, le disparó al primer peluquero que encontró:

—Oiga, amigo, ¿tiene masajes?

—Sí, señor —contestó aquél.

—Bueno —dijo el coronel con toda seriedad— pues deme una docena y envuélvamelos en un papel para llevármelos a mi hotel.

No hay que decir en las que se vio el pobre Fígaro para explicarle a aquel ciudadano armado, con el miedo que nos tenían entonces, lo que era masaje y su imposibilidad en envolvérselos como él quería.

En tanto, el general en jefe, con su espíritu de organización, se dedicaba a trabajar para preparar el ataque definitivo a Tampico, pues al Primer Jefe le urgía que se tomara dicha plaza, último baluarte del huertismo en el nordeste, y por sus órdenes

expresas, libradas telegráficamente desde Chihuahua, se decretó un préstamo sobre la Industria y el Comercio de Monterrey de $500.000,00 quedando comisionados para hacerlo efectivo los señores Nicéforo Zambrano y Manuel Amaya, pero muchos de los afectados se encontraban imposibilitados para cubrirlo y fueron dispensados por el general González y a otros se les redujo lo asignado en 25 y hasta 50 por ciento, por lo que el préstamo apenas produjo la mitad de la suma requerida.

Las comunicaciones ferroviarias quedaron listas de Monterrey a Matamoros y de Monterrey a Altamira, Tamaulipas, y el Cuartel General libra órdenes a los generales Cesáreo Castro y Teodoro Elizondo, J. A. Castro y Francisco Cosío Robelo para que se preparen a embarcarse lo más pronto posible con rumbo a Tampico. Estas corporaciones, así como otras dependientes directamente del Cuartel General, tales como de los coroneles Francisco Sánchez Herrera y Jesús Soto, estaban reclutando gente para aumentar sus efectivos, diezmados en los combates sobre la capital de Nuevo León, pues es justo decir que en ellos perdimos como cien muertos y tuvimos algo más de trescientos heridos.

También se estaban formando nuevas corporaciones, como el Noveno Batallón, organizado y mandado por el coronel Jesús Garza Siller, conocido por *Melenas*, que quedaba incorporado a la Primera División, del comando del general Villarreal, y el Cuerpo de Ingenieros, cuyo mando se dio al inteligente y joven ingeniero Luciano Reyes Salinas, de claro talento y de grandes dotes profesionales que lo distinguieron grandemente más adelante. También se organizó perfectamente el Cuerpo de Zapadores a las órdenes del teniente coronel ingeniero Guillermo Castillo Tapia y del mayor Fernando Vizcayno, hijo del Colegio Militar, pero revolucionario ferviente, que se había incorporado en Matamoros, y cuyos servicios fueron de enorme utilidad, como lo diremos a su tiempo.

Pero antes de embarcarnos para Tampico, quiero recordar otra anécdota de nuestra entrada a Monterrey, referente a un

capitán de León, cuyo primer nombre no recuerdo, pero que tiene su sal. Este ciudadano encarabinado, magnífico elemento, valeroso y bueno, aunque algo rancherón, lo primero que hizo al estar en la Sultana del Norte, con el primer dinero que recibió de sus pagos, fue comprarse unas hermosas botas altas, cumpliendo así un deseo que hacía largo tiempo sentía en sus entretelas. Pero no contento con su adquisición, y después de calzárselas y admirarlas y regocijarse con su posesión, se le ocurrió retratarse para enviar su bizarra efigie a sus familiares en el lejano poblado de donde era oriundo; y como lo pensó, lo puso en ejecución, dirigiéndose a la primera fotografía que encontró a su paso, donde fue atendido por el obsequioso fotógrafo:

—¿Desea usted retratarse, señor capitán?

—Sí, amigo, pero un buen retrato, aunque me cueste.

—Lo haremos a su gusto, señor capitán. ¿Cómo lo quiere, de busto o de cuerpo entero?

—Ah, pos de busto —dijo el capitán, probablemente porque le sonó más elegante lo del busto, y añadió muy serio— pero la advierto que tienen que salirme las botas.

—Eso sí que no se puede, señor capitán; de busto y con botas, no puede ser.

—Pos a ver cómo le hace, porque las botas tienen que verse.

—Pues no encuentro más que una manera —replicó el fotógrafo.

—A ver, ¿cuál?

—Pues que se las quite y se las cuelgue en el pescuezo.

Dice la crónica que segundos después de ofrecer esta solución conciliadora, el amable fotógrafo salía a una velocidad mínima de cien kilómetros por hora, perseguido por el capitán con el pistolón desenfundado en la mano, no llegando la sangre al río porque el artista encontró una puerta abierta, que lo salvó de las iras del indignado mílite de las botas.

El Cuartel General ordena al general Alberto Carrera Torres que mantenga un enérgico asedio sobre las plazas de San Luis Potosí, desde Cárdenas hasta Valles, no permitiendo el restable-

cimiento ferroviario entre el Puerto de Tampico y la capital potosina, porque ya se iban a emprender las operaciones decisivas sobre el puerto petrolero. Al general Caballero se le manda que sostenga el asedio al mismo puerto; procurando economizar municiones, y se le remiten pertrechos de guerra, avisándosele que ya marchan las fuerzas del Comando del Nordeste para iniciar el ataque formal.

Se dispone que en la plaza de Monterrey y demás lugares del estado quede de guarnición toda la Primera División del Nordeste, jefaturada por el general Antonio I. Villarreal, quien vigilará la reconstrucción de las vías ferrocarrileras a Saltillo, Reata y Nuevo Laredo, en tanto que las fuerzas que manda el general don Jesús Carranza, guarnecerán la frontera del Bravo, desde Matamoros hasta Nuevo Laredo, mientras que los regimientos de la Brigada Blanco, comandados por el ya general Andrés Saucedo que había regresado de Sonora y el coronel Abelardo Menchaca, y las tropas coahuilenses de los generales Ernesto Santoscoy y Jesús Dávila Sánchez quedarán de guarnición en la línea del Nacional, desde Monterrey a Lampazos y por la del Golfo, desde Monterrey a Montemorelos.

El 28 de abril, por la mañana, se embarcaron rumbo a Altamira las tropas de la Cuarta División, al mando del general don Cesáreo Castro, compuestas por los regimientos de los coroneles Alejo González, Fortunato Zuazua, Pedro Villaseñor, Fortunato Maycotte, Francisco Sánchez Herrera; con quienes, entre otros, militaban los aguerridos tenientes coroneles Paz Faz Risa, Benjamín Garza, Ildefonso Ramos, Martín Salinas y mayores Gaspar Cantú, Manuel Flores *El Conforme* y Bruno Neira.

El 29, salieron las fuerzas de la Octava División, mandada por el general Jesús Agustín Castro, con los coroneles Miguel Navarrete, Blas Corral y Alfredo Terrazas y otros elementos que no recuerdo.

La Tercera División, a las órdenes del general don Teodoro Elizondo, quedó guarneciendo la línea de Monterrey a

Cadereyta, pero los coroneles Gonzalo Novoa, Jesús Soto y Francisco Cosío Robelo marcharon a Altamira, dependiendo directamente del general en jefe, así como los cuerpos especiales ya organizados; el de zapadores, mandado por el teniente coronel Guillermo Castillo Tapia y el mayor Fernando Vizcayno; el de ingenieros, cuyo jefe era el talentoso teniente coronel ingeniero Luciano Reyes Salinas; el de electricistas y dinamiteros, mandado por el capitán Primero Luis Galindo, y el Servicio Sanitario, cuyo jefe era el insigne médico don Ricardo Suárez Gamboa.

Estas últimas unidades salieron en los trenes del Cuartel General, donde partió el general en jefe don Pablo González con su Estado Mayor, cuya jefatura interina iba a cargo del teniente coronel Alfredo Rodríguez y su Secretaría Particular a cargo del que esto escribe. Agregados al Estado Mayor iban dos elementos de los que no he hecho mención por un olvido involuntario, pero que prestaron buenos servicios, los tenientes coroneles Marcelino Murrieta y Francisco Artigas.

La escolta del general en jefe fue al mando de su jefe el teniente coronel Alfredo Flores Alatorre, valiente y entusiasta, a quien llamábamos no sé por qué *El león dormido.* El día 30, libró don Pablo órdenes telegráficas al coronel Manuel C. Lárraga que estaba en Tancanhuitz, San Luis Potosí, para que se movilizara hasta el Ébano y que allí estuviera listo para amagar la retirada de los federales, y el día 1° de mayo por la mañana salió el general en jefe con sus trenes para Altamira.

Entre los heridos que cayeron en Monterrey debo consignar al valiente teniente Juan Morales y la muerte de los bravos capitanes Zeferino González, Marcelo Gutiérrez y Doroteo Rivera.

•

El cafecito de Chón



El 1° de mayo como a las seis de la tarde llegamos con el general González a Altamira, donde conferenció el general en jefe con los generales Luis Caballero, Jesús Agustín y Cesáreo Castro, y esa misma tarde los jefes con sus estados mayores hicieron un reconocimiento sobre el terreno para preparar el ataque al puerto petrolero, ordenando que esa misma noche el tren de la artillería pesada del Cuerpo de Ejército siempre a las órdenes del invicto teniente coronel Carlos Prieto y las ametralladoras de los bravos Federico Montes y Daniel Díaz Couder, que en tantos rudos combates habían demostrado su valor y eficiencia, avanzaran hasta cerca de Los Esteros. También se dispuso que las fuerzas de la Quinta Brigada, del mando del general Luis Caballero, extendieran su línea desde cerca de la loma de Andonegui hasta el Río Pánuco, por Árbol Grande y que a las primeras horas de la mañana siguiente tomaran posi-

ciones las tropas de los generales J. Agustín Castro y Cesáreo Castro, al poniente y norte de Andonegui hasta cerrar con la Escuela del Monte las primeras y las segundas inmediatamente después hasta llegar a la orilla del Tamesí.

Es jefe de la guarnición federal que defiende el puerto petrolero el general Ignacio Morelos Zaragoza, quien tiene a sus órdenes a los generales Higinio Aguilar y García Lugo, y ha organizado su defensa admirablemente, fortificando muy bien las posiciones de Andonegui y la Escuela del Monte, y además cavando profundas loberas, en líneas quebradas, desde la Escuela del Monte hasta la laguna del Carpintero, y por el norte y oriente hasta las márgenes del Pánuco.

Muy difícil se nos presentaba la toma de Tampico, que según el gracioso decir de Alfredo Rodríguez, ya jefe de Estado Mayor de don Pablo y que era un magnífico conversador de ágil palabra y de ingeniosas salidas, nos comunicaba que "aquel era un hueso difícil de roer" y sí lo era, por las enormes defensas naturales del puerto, resguardado al oriente y suroeste por la laguna del Carpintero, dejándonos libre para atacar únicamente el norte y parte del oriente, pero éstos bien defendidos por las fuertes posiciones de Andonegui y la Escuela del Monte, de manera que con una corta guarnición podía defenderse la plaza largamente, como lo había hecho el general Morelos, que pudo resistir los formidables ataques de los nuestros en diciembre de 1913, mandados por los generales Villarreal, Murguía y J. Agustín Castro, así como los asaltos subsecuentes de las tropas del general Caballero, que si bien inmovilizaron a la guarnición de Tampico, no pudieron ocupar la ciudad en todos aquellos meses.

Y esta es la ocasión de nombrar y recordar a algunos de los elementos de la Quinta División del Nordeste, jefaturada por el general Luis Caballero, de los cuales tengo presentes en mi memoria a los que ya para mayo de 1914 eran coroneles: César López de Lara, Emiliano Nafarrate y Francisco González; los tenientes coroneles Eugenio López, Julio Labanzat y Rafael

Trejo, jefe del Estado Mayor; Antonio Peña, Modesto García Cavazos, Joaquín Mucel y el viejo y valiente don Teódulo Ramírez; capitanes Gerardo Cuéllar, Lázaro Garza, Mónico Barrera, Rodrigo Flores Pérez y su hijo del mismo nombre, Filomeno López y otros; y aunque no concurrió al ataque a Tampico, es justo recordar al bravo capitán Juan B. Garza, quien, en uno de los anteriores asaltos de las fuerzas de Caballero a la misma plaza, cayó valientemente, quedando tirado en el campo hasta el día siguiente en que los nuestros recuperaron la posición perdida, donde fue recogido y enviado a Ciudad Victoria, pero desgraciadamente por la falta de atención a tiempo, perdió una pierna.



Jesús Carranza, Pablo González y otros revolucionarios con miembros de sus estados mayores. SINAFO.

Además de sus fortificaciones, contaban los federales para su defensa con dos unidades navales estacionadas en el Pánuco, el cañonero Veracruz, situado en el Moralillo y la corbeta Zaragoza, que se ocultaba tras de los molinos de harina de los señores Madero, los cuales protegerían con sus poderosos cañones de 101 milímetros los lugares que sufrieran mayores embates.

En esta situación de defensa se encontraba la plaza de Tampico, último reducto del huertismo en el nordeste, y la Primera Jefatura, desde Sonora, insistía con el general González para que se tomara lo antes posible, por temor de con otro acto hostil pudiera agravarse la delicada situación internacional, pues como a medio kilómetro de la desembocadura del Pánuco, fuera de escolleras, se encontraban cinco barcos de guerra americanos, al mando del contraalmirante Mayo, vigilando y esperando la oportunidad para desembarcar tropas en caso de peligrar sus nacionales.

Desde el 1° al 8 de mayo el Cuartel General se ocupó diligentemente en ultimar los preparativos para el asalto, dándonos un trabajo de todos los diablos al teniente coronel Alfredo Rodríguez y al que escribe, pues las órdenes menudeaban, así como los pliegos de instrucciones para los jefes de fuerzas, pues hay que decir que don Pablo era meticuloso y exactísimo en todo y no confiaba a la memoria casi nada; tomaba opiniones de sus subalternos, oía en consejo a sus jefes subordinados con toda atención, pero una vez decidido, daba sus disposiciones por escrito o verbales, las que invariablemente se cumplían, porque ninguno se atrevía a desobedecerlo, pues su espíritu disciplinario era bien conocido.

Esperábamos, entre otras cosas, un carro de ferrocarril con municiones, procedente de Matamoros, vía Monterrey, y medicinas, vendas, etcétera, para el Cuerpo Sanitario, al que se habían agregado los doctores Ignacio Sánchez Neira y Gilberto de la Fuente, estableciendo el Hospital de Sangre en Altamira y puestos avanzados con sus ayudantes en la línea de atrincheramiento nuestra. El carro de municiones no llegó hasta el día 6 por la tarde, pero los preparativos para el combate quedaron terminados hasta el 8.

En estos días y después de nuestro trabajo diario, Alfredo Rodríguez, Ángel H. Castañeda, mi compadre Ricardo González, Pablo M. Garza, quien andaba conmigo casi siempre y algunos otros nos íbamos a visita a los viejos amigos de la pa-

lomilla, como Montes, Castillo Tapia, Alejo González, Luciano Reyes Salinas, Zuazua y demás, quienes nos recibían con sabrosas "mocas" de café y charlábamos, contábamos cuentos más o menos verdes, comentábamos las noticias de la campaña y nos echábamos entre pecho y espalda uno que otro delicioso trago de buen mezcal y a veces hasta de cognac, pues desde la toma de Monterrey nos habíamos "civilizado" bastante y aún nos permitíamos el lujo de hurtarnos una que otra cerveza helada del carro especial de don Pablo, a quien de vez en cuando le extrañaba la desaparición del líquido, que le comunicaba el cocinero, pues él siempre fue sobrio y solamente en la comida tomaba una cerveza y nada más.

Y tratándose de café, nuestra bebida favorita en el norte, voy a recordar la "tantiada" que nos jugó aquel famoso Chón… ¿Cuál era su apellido? No lo recuerdo y quizás jamás lo supe, pues Chón era un simple sargento, a quien conocíamos todos por la maravillosa facultad de hacer el mejor café que he tomado en mi vida. Nosotros conocíamos a Chón desde hacía tiempo, precisamente por su fama cafetera. Desde que veníamos de Coahuila, en 1913, cuando se encontraba uno a Chón, inmediatamente le pedía café; pero este artista del "néctar negro de los sueños blancos", como fue llamado por uno de los grandes poetas románticos, era asistente de uno de los jefes, y sucedía que muy frecuentemente que cuando éste reclamaba una taza de café, rara vez podía repetirla, porque ya entre todos los conocedores de la gracia de Chón, le habíamos acabado el líquido en "traguitos", porque aquello parecía cantina:

—Chón, dame un traguito.

—Y a mí otro traguito.

—A mí un traguito chiquito.

—Pero, muchachos —decía de repente el referido— ya no hay café.

—Anda, no te pongas "Vitoriano" échame un traguito.

—Ya no queda ni pa'l jefe —decía el pobre Chón.

Pero nosotros lo asediábamos hasta que le acabábamos la aromática bebida.

Pero un día se cansó el afamado Chón de que le agotáramos su cocción y decidió para su "forro interno" (como decía nuestro famoso don Domitilo Colunga), tendernos un "plan ranchero", y como lo pensó lo hizo, con los resultados halagadores (para él) que se verán. Alfredo Rodríguez, Castañeda, *Castañuelas* y este servidor nos dirigimos una de aquellas noches de mayo, como a las 12, adonde sabíamos que se encontraba el susodicho, con ánimo de convidarnos al delicioso cafecito. Llegamos a donde creíamos encontrarlo y efectivamente, junto a una "lumbrita", sentado en cuclillas estaba el interfecto, pero solitario, contra lo acostumbrado, pues siempre tenía clientes gratuitos, como nosotros.

—¿Quiubo, Chón, nos das un traguito de café? —dijo Castañeda.

—Sí, mi capi, ¿cómo no?

Y tomando el recipiente que lo contenía, fue a servirnos, pero entonces Alfredo, muchacho pulcro, exclamó horrorizado:

—¿Pero qué es eso? ¿En qué has hecho el café?

—Pos en este trastecito, jefe, porque no jallé otro; pero es nuevecito, no le tengan asco; tómenselo, que está rete güeno.

—¡Que se lo tome Huerta! —dijo Alfredo.

Castañeda exclamó:

—Y los asientos que se los tome Blanquet.

Y salimos disparados, sin hacer aprecio de Chón, que decía:

—Está muy güeno, jefes, no miagan el desaire…

¿Qué había sucedido? Pues que el sinvergüenza de Chón se trajo probablemente de Monterrey uno de esos recipientes de peltre, que tal vez avergonzados por el uso a que los destinan, se esconden debajo de las camas, y que por acá conocemos con el mote de "bacinicas", y en él había hecho un famoso cafecito. Por demás está decir que cuanto aficionado se había acercado a "colearlo", se había retirado con el estómago asqueado, por

más que el ladino de Chón les explicara que el "trastecito", como él decía, era completamente nuevo, y que en lo sucesivo el tal cafecito perdió por completo su popularidad, con gran contento del sargento y de su jefe.

El día 8 de mayo, por la mañana, el general don Pablo González giró una comunicación al contraalmirante Mayo, haciéndole saber que en las próximas 24 horas daría principio al ataque sobre Tampico, esperando que los buques de guerra a su mando brindarían hospitalidad a los extranjeros que desearan ponerse a salvo de las contingencias de la lucha que iba a comenzar.

Mayo contestó inmediatamente, agradeciendo a don Pablo la atención e informándole que desde luego ponía en conocimiento del cónsul americano en el puerto el contenido de su comunicado para que lo hiciese saber a todos los extranjeros en la plaza.

Pero antes de mediodía, las avanzadas en Árbol Grande comunican al general en jefe que acababa de arribar una lancha procedente de Tampico, ocupada por el cuerpo consular extranjero, quienes solicitaban una entrevista e inmediatamente se dirige hacia aquel punto don Pablo acompañado por su jefe de Estado Mayor, secretario particular, el taquígrafo Lamonte, los generales Cesáreo Castro y Luis Caballero y algunos jefes más.

La entrevista tuvo lugar en Árbol Grande, donde el señor Trápaga, cónsul del Reino Español se presentó como tal e introdujo con el jefe constitucionalista a los demás cónsules que lo acompañaban y su conferencia se redujo a tratar de intimidar al general González para que suspendiera el ataque por tres o cuatro días, amenazándole con un conflicto internacional de parte de sus gobiernos en caso de que no accediera, so pretexto de que había muchos intereses extranjeros que poner a salvo.

Don Pablo manifestó al señor Trápaga que sentía infinito no poder obsequiar sus deseos, pero que desde el día primero los habitantes de Tampico sabían de la proximidad de las fuerzas constitucionalistas y de la inminencia del asalto, por lo que

habían tenido tiempo los súbditos extranjeros de poner a salvo sus intereses que creyeran podían correr peligro.

Varias veces insistió el señor Trápaga sobre el mismo tema, apoyado abiertamente por el cónsul alemán, cuyo nombre no supe, recibiendo la cortés pero enérgica negativa de don Pablo. Entonces el señor Trápaga dirigió al general en jefe algunas frases impropias de un diplomático, por lo que éste dio por terminada la entrevista diciendo a los señores cónsules:

—Ya he tenido la satisfacción de haber cumplido con mi deber como jefe de las fuerzas constitucionalistas que atacarán mañana la plaza, y ahora, señores, toca a ustedes aprovechar este aviso de la mejor manera que les parezca. Hemos concluido, pero pueden ustedes estar seguros de que haré de mi parte todo lo posible porque no sufran los intereses y personas de los no combatientes.

Los cónsules, con el señor Trápaga a la cabeza, embarcaron malhumorados en su gasolinera y partieron rumbo a la plaza sitiada, dejándonos un poco perplejos acerca de los móviles de esta entrevista, pero cuando triunfamos, tuvimos ocasión de saber y así lo escribiré a su tiempo el porqué de la insistencia con que los señores cónsules, sobre todo el de España, abogaban por que se detuviera el ataque por varios días.

Ese mismo día se dio parte telegráficamente a la Primera Jefatura de que al día siguiente, 9 de mayo, a las primeras horas de la mañana principiaría el asalto, como se verificó, pues para las cinco nuestra línea de batalla, desde Árbol Grande y doña Cecilia hasta la Escuela del Monte, abrió sus fuegos sobre el enemigo parapetado en las fortificaciones que he descrito.

Para las seis el fuego se ha generalizado, siendo los primeros en lanzarse al ataque los efectivos que baten la Escuela del Monte; siguen después los del sector del Pánuco y luego el centro, protegidos por los disparos de nuestra artillería, que al mando de Carlos Prieto se había emplazado frente a Andonegui, mientras que las ametralladoras, divididas en dos baterías al mando respectivo de Federico Montes y Daniel Díaz Cou-

der, batían a las posiciones de la Escuela del Monte y el Oriente de Andonegui.

Incesantemente se lucha toda la mañana sin que los rudos embates de nuestros valientes revolucionarios logren ganar terreno a los no menos valientes pelones, que se defienden en sus fortines y loberas desesperadamente. El fuego de la fusilería es tremendo; las ametralladoras no cesan un minuto en su traqueteo de muerte; la artillería pesada truena sin interrupción y los barcos de guerra mexicanos maniobran constantemente en el Pánuco, enviándonos disparos cruzados con sus grandes cañones de 101 mm, que hacen estremecer la tierra en cien metros a la redonda de donde explotan sus proyectiles.

Después de que la mañana se ha pasado sin poder avanzar nuestras líneas, el comando general ordena una carga de infantería sobre la posición de Andonegui, protegida por nuestra artillería y una batería de ametralladoras. El enemigo se defiende ardientemente, haciendo uso de ametralladoras, cañones y rifles para no perder la importante fortaleza, mientras los barcos también concentraban sus fuegos sobre los atacantes, tratando de intimidarlos con sus enormes proyectiles, pero nuestros bravísimos soldados, arrastrándose debajo de aquella tempestad de metralla, logran avanzar hasta las faldas del cerrito, por el sur y oriente, mientras que al norte se parapetan, y obstruyen con sus fuegos los contactos del enemigo con sus líneas del noroeste.

El terraplén de la vía de los tranvías eléctricos queda en poder de los constitucionalistas y desde allí nuestros magníficos rifleros hacen blanco en los enemigos que se arriesgan a salir de sus loberas. Nuestra artillería pesada logra hacer buenos tiros sobre la posición huertista, y a cada uno de ellos, se abre nueva brecha desparramando por los aires una lluvia de polvo y piedras, mientras nuestros rifleros trepan por las laderas de la loma, a cubierto del fuego enemigo, pues cada federal que se asoma para disparar, tiene que sacar medio cuerpo y es blanco seguro.

Ya los barcos de guerra disparan al azar, solamente con el propósito de minar la moral de los atacantes, pero no hacen mella en sus filas, y cuando se ordena la intensificación del asalto, aquello es un verdadero infierno de estruendo, polvo y balas, pero al atardecer el cerro cae en poder de sus asaltantes, mientras el enemigo se retira en desorden hacia su línea atrincherada. Se ocupa Adonegui y sobre la loma se sitúa una sección de ametralladoras que comienza a batir a los federales en sus trincheras, en tanto que en la Escuela del Monte y en todo el resto de la línea se sigue luchando obstinadamente, mas sin obtener ventajas de consideración; pero comienza a oscurecer y los fuegos disminuyen, hasta cesar por completo.

Pero nada de dormir, porque los defensores de Tampico tenían unos aliados más temibles que los enormes cañones de los barcos de guerra de 101 milímetros: las niguas, garrapatas, jejenes, pinolillos y otros terribles parásitos que nos tienen locos, produciéndonos comezones espantosas.

El general Carrera Torres comunicó por la noche al Cuartel General que sus tropas avanzaron hasta Cerritos y que mantiene vigilado al enemigo en Guadalcázar y La Joya. De Monterrey, Matamoros, Nuevo Laredo y la Sierra de Arteaga, así como del sector que ocupan los generales Eulalio y Luis Gutiérrez, se recibieron partes de novedades, comunicando no haber ocurrido ningunas, y el coronel Manuel C. Lárraga comunicó haber establecido sus avanzadas en las cercanías de Chijol y Camalote, sin más novedad que ligeras escaramuzas con el enemigo.

•



on las primeras luces de la mañana del día 10 se reanudó la formidable ofensiva sobre los defensores de Tampico que, perfectamente resguardados por sus trincheras, detenían los esfuerzos de los nuestros, siempre protegidos por el intenso fuego de su artillería de mar y tierra, que atronaba el aire casi sin descansar un momento y la lucha es más encarnizada que el día anterior, pero aquellas posiciones eran casi inexpugnables y no podíamos alcanzar ninguna ventaja efectiva, pues por ambas partes se hacía derroche de heroísmo. La corbeta "Zaragoza" intentó una maniobra, queriendo salir de su parapeto, el molino de harinas de los Madero, pero tuvo que regresar violentamente a refugiarse tras del edificio, porque el fuego certero de nuestros habilísimos fusileros barría su cubierta y el cañonero "Veracruz" maniobraba entre Tamós y el puente del Moralillo, lanzándonos andanadas con sus potentes

bocas de fuego, que no nos produjeron más daño que matarnos algunos de los caballos que había encadenados como a doscientos metros de nuestra línea de combate. Todo el día duró la tremenda refriega y las bajas fueron considerables por ambas partes, cayendo la noche y con ella la quietud entre los contendientes, pero nosotros fuimos nuevamente a entablar la lucha con los feroces insectos que estaban causando estragos en la oficialidad y tropa, al grado que muchos tenían ya el cuerpo llagado, por las terribles comezones.

Pronto iba a caer uno de los jefes más valientes y abnegados del constitucionalismo, y quiero tributar un recuerdo a su noble memoria. Era el coronel don Francisco Sánchez Herrera, un hombre de regular estatura, moreno, enjuto de carnes y de una resistencia asombrosa y un valor a toda prueba. Ranchero de la Villa de Sacramento, Coahuila, abandonó sus propiedades y sus siembras para lanzarse a la revolución maderista, y cuando el licenciamiento de estas fuerzas, después de los Tratados de Ciudad Juárez, mientras don Pablo González se retiraba temporalmente a la vida privada, don Francisco quedó al mando de las Fuerzas Auxiliares de Monclova, guarneciendo aquella ciudad. A sus órdenes estuvimos, como soldados, cabos o sargentos, muchos de los que llegamos después a ostentar grados de generales, algunos muy distinguidos, como Fortunato Zuazua, Bruno Neira y otros más, y coroneles como Mateo Willis, Julio y Braulio Aguilar, Antonio Maldonado y otros que cayeron heroicamente, como el capitán Nemesio Ca1vil1o. Como todos los verdaderos valientes, era bueno y generoso, pues jamás tuvo nada; todo lo suyo era de sus muchachos, y don Pablo lo apreciaba en alto grado. Don Francisco o don Pancho, como lo llamábamos, era, como buen ranchero fronterizo, renegado como él sólo y tenía ideas muy curiosas, como ésta que referiré: cuando regañaba a un oficial le decía "el huevo y quien lo puso", es decir, lo ponía "como Dios a los pericos"; naturalmente cuando tenía razón para ello y después de decirle: "eres un esto y un lo otro, un así y asado… talísimo…

etcétera", y endilgarle una colección de calificativos difíciles de escribir, acababa con esta frase su letanía: "y yo diez veces…" Tanto lo oí terminar sus filípicas con el famoso "y yo diez veces…" que un día le pregunté:

—Oiga, don Pancho, ¿por qué cuando acaba usted de maltratar a un oficial dice siempre: y yo diez veces? ¿Qué quiere decir eso?

El viejo coronel que estaba de excelente humor y que me quería mucho, me respondió:

—Mira, Manuelito, a ti te lo voy a explicar, pero no se lo digas a nadie.

—No tenga cuidado, don Pancho, no saldrá de mí.

—Bueno, pues como yo sé perfectamente que cada vez que le pongo una maltratada a un oficial, aunque la merezca, no me responde nada, pero no más sale de mi presencia y con seguridad que se va diciendo: viejo jijo de la mazorca, y me la raya y me dedica más maldiciones de las que yo le he dicho, por eso digo: y yo diez veces… que quiere decir: y yo te echo diez veces más de lo que tú me vas echando, y así me quedo tan tranquilo, ¿no te parece?

Pero volvamos a la batalla que se iniciaba feroz desde las cinco de la mañana del día 11, con un ataque de los sectores del centro y del norte, mientras el general Cesáreo Castro, a pecho descubierto se lanza sobre el enemigo que tiene al frente, apoyado por nuestra artillería y ametralladoras, que barren hasta los arbustos que crecen junto a las trincheras enemigas, pero los federales contestan el fuego y se sostienen valerosamente, sin permitirnos ocupar sus posiciones. Dos horas dura aquel huracán de metralla, y el general en jefe ordena que la artillería y ametralladoras sostengan a raya al enemigo, mientras los regimientos mandados por los coroneles Maycotte, Sánchez Herrera y Alejo González regresan a nuestra línea para dar descanso a su gente, agotada por la intensa pelea. Mientras tanto, en el sector del noreste se empezó un rudísimo combate entre Árbol Grande y La Huasteca, donde el enemigo quiso flanquear

al general Caballero, haciendo una salida por las márgenes del Pánuco, pero los nuestros los batieron haciéndolos regresar en desbandada a sus trincheras, después de dejar el campo regado de muertos y heridos, recogidos estos últimos por nuestro servicio médico, que los atendió al igual que a los nuestros.



Fuerzas constitucionalistas desplazándose en tren militar, *ca*. 1914. Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional.

Serían poco más o menos las dos de la tarde cuando los miembros del Estado Mayor del general en jefe comíamos debajo de un árbol, frente a una casuca de madera, por el rumbo de la Escuela del Monte. Ya don Pablo había comido y estaba como a unos treinta metros de nosotros, debajo de otro árbol, pues hacía un sol quemante y la tierra reverberaba corno si fuera de metal, y por nuestras cabezas pasaban de cuando en cuando, con amenazador zumbido, como gigantescos moscardones, las enormes granadas disparadas por los barcos de guerra de los huertianos. Pero nosotros teníamos casi todos algo más de veinte años, un estómago que digería piedras, una fe inmensa en nuestra causa y un hambre constante, así es que comíamos tranquila y alegremente, sin hacer el menor aprecio del rugir de la batalla ni de la metralla que pasaba por encima de nosotros. Alfredo Rodríguez nos

contaba aventuras maravillosas de mujeres hechiceras en los dorados salones de los cafés elegantes de la capital, de donde él era oriundo, y con su fácil palabra nos tenía embebidos, y evocaba ante nuestras imaginaciones embelesadas aquellas noches frescas, plateadas de luna; de aquella luna resplandeciente que tiñe de ensueño aquel valle de México, único sobre la tierra; y nosotros, en medio de aquel infierno de calor tropical y bajo el sol llameante, nos relamíamos *in mente*, pensando en la frescura y en la belleza templada de aquel divino valle, tal como deben extasiarse los caminantes sedientos en el desierto contemplando el espejismo de un oasis lleno de frescura… Ángel Castañeda, Alfredo Lamonte, Guillermo Martínez Célis, José Navarro, José Cruz Salazar, el fotógrafo militante que sacaba sus fotografías en medio de las balas, Méndez Acuña y yo, escuchábamos tan sabrosa conversación, más suculenta que la comida que nos servíamos… Y Alfredo continuaba, hablándonos de las noches hermosísimas de la Alameda, donde las parejas enamoradas van a decirse sus ternezas bajo los añosos árboles, al arrullo de las fuentes cantarinas; cuando nos decía que entre aquellas arboledas siempre verdes, se escuchaba, aguzando un poco el oído, tal como dijera en su frase feliz el poeta: "crujido de alas y rumor de besos…". En ese preciso momento una granada de las de los barcos, con terrible ruido, vino a caer como a cinco metros de nosotros. Al estruendo, y esperando la explosión, salimos todos corriendo, abandonando comida, mesa y conversación, cada quien por su lado, pero afortunadamente la granada no explotó y don Pablo, que se había dado cuenta de la caída de aquella y de la carrera desenfrenada que dimos, se acercó a nosotros, que ya nos habíamos aproximado de nuevo a la comida, mientras que uno de los oficiales recogía el mortífero artefacto y lo echaba en un charco de agua que por allí había. Sonriendo, con su sonrisa casi imperceptible bajo sus recios bigotes, nos preguntó el jefe:

—¿Qué pasó, señores? ¿Qué fue eso?

Y uno de nosotros, no me acuerdo quién, contestó muy seriamente:

—Nada, mi general, fue un rumor de carreras y crujir de huesos…

Soltamos la carcajada y entonces le platicamos al general la coincidencia de la caída de la bala de cañón en los momentos referidos.

Poco después de este acontecimiento, volvieron a la carga los regimientos de Maycotte, Sánchez Herrera y Alejo, haciéndose nuevamente proezas de valor por ambas partes. Y a propósito, recuerdo uno de estos alardes de valor caballeresco, no muy raros en aquellos tiempos, que costó la vida a uno de los denodados revolucionarios, que era una promesa por sus cualidades y valentía. Éste era el coronel Alfredo Terrazas, de las fuerzas del general J. Agustín Castro, y que creo era oriundo de La Huasteca, a quien todos queríamos porque era un excelente amigo, joven como de 25 años, magnífico jinete y soldado revolucionario de corazón. Se hablaba de la rudeza del combate en todos los frentes y el entonces coronel Emiliano Nafarrate ponderaba lo que sucedía en su sector, mientras otros se referían a lo que pasaba en los suyos, y entonces Nafarrate, cuyo carácter era violento y su valor reconocido, dijo:

—A ver quiénes son los hombres que van a darse una entradita conmigo y van hasta donde yo me meta.

Varios dijeron:

—¡Vamos!

Entre ellos Terrazas, quien sin permiso de sus jefes se lanzó a caballo detrás de Nafarrate, penetrando cuatro o cinco que formaban el grupo hasta pocos pasos de las trincheras enemigas, rasgo de imprudencia y valor que el coronel Terrazas pagó caro, pues momentos después era conducido en camilla, con un balazo en la cabeza, del que solo vivió hasta el siguiente día, pues allí lo sepultamos, junto a nuestro Cuartel General, y lo sentimos leal y sinceramente.

Toda la tarde se combatió sin descanso hasta cerrar la noche en que se suspendieron las hostilidades, y nos fuimos a medio dormir, y a seguirnos batiendo desventajosamente con los bichos cuyas picaduras nos tenían locos, con los cuerpos llagados y con una comezón inaguantable.

El general Carrera Torres informó aquella noche que una columna enemiga que venía de San Luis Potosí rumbo a Tampico, pronto tomaría contacto con sus fuerzas en Cerritos, pero como el enemigo traía mucha artillería de tiro rápido y ametralladoras, quizá no le fuera posible sostenerse dentro de la plaza por mucho tiempo, pero que si la desalojaba, seguiría hostilizando al enemigo en su marcha. La Primera Jefatura comunica que el general Francisco Villa se dispone a movilizar suficientes fuerzas de Torreón para ocupar la plaza de Saltillo.

El 12 al amanecer, el comando general ordena un ataque combinado, fortaleciendo la línea de ataque con quinientos hombres de reserva, de su escolta y otras corporaciones que habían estado haciendo servicios de vigilancia, y se reconcentran los cañones y ametralladoras sobre la Escuela del Monte y la Casa Mata, apoyando con sus fuegos un movimiento de flanqueo por ambos extremos de nuestra línea de combate, y vuelve a entablarse la lucha, feroz, enconada…

Otra vez la artillería de mar hace llover sus grandes balas sobre nosotros, casi sin interrupción, y la de tierra nos bombardea furiosamente, en tanto que de nuestra parte menudean los asaltos a las trincheras enemigas, pero siempre con resultados negativos, pues no podemos romper aquella valla casi inexpugnable. El enemigo ha sufrido grandes bajas y nosotros también y creo, sin exagerar, que éste fue el día en que se combatió con más fiereza por ambas partes, casi no se oían intermitencias en los disparos, escuchándose sólo un constante rugido: el de los cañones y un traqueteo, sin fin, el de las ametralladoras y los rifles.

A media tarde, cuando el fuego era más intenso, trajeron al coronel Sánchez Herrera herido, con un tiro en la cabeza, y a su hijo, el aguerrido capitán Francisco Sánchez Castro,

también gravemente herido. El coronel fue atendido inmediatamente por el doctor Suárez Gamboa y don Pablo, que lo estimaba mucho, ordenó que fuera llevado a su propio coche especial de ferrocarril y acostado en su misma cama y que al día siguiente, si se tomaba Tampico se conduciría al hospital de La Barra. Pero Gamboa opinó que si amanecía, fuera conducido a Monterrey, donde se contaba con mejores elementos, aunque él creía que no sobrevivía, y así fue, pues en Monterrey, a donde llegó vivo aún pero sin recobrar el conocimiento, falleció aquel denodado luchador de la Revolución, cuyo recuerdo vive todavía en los corazones de los que fuimos sus subordinados y sus amigos.

Aquella noche fue de las más tristes, porque a pesar de nuestra juventud y despreocupación, a todos nos dolía la caída del viejo Sánchez Herrera, y rodeados de la cama donde se hallaba tendido, respirando penosamente, inconsciente, estaban los jefes superiores y muchos jefes y oficiales… y vi en los claros ojos de "el viejito" Castro (don Cesáreo) el de espartano valor, algo como un temblor húmedo, y en las pupilas negras, sombreadas por las espesas cejas, del impasible general González, como una nube de tristeza… Era el tributo de los valientes al rudo y tenaz soldado, caído como cayeron los héroes de leyenda, como los mariscales de Napoleón, al frente de sus soldados en una tarde plena de sol, entre el estruendo de la lucha y al frente de sus soldados, en una formidable carga sobre el enemigo…

Esa noche no dormimos casi, pues como a la 1:30 de la mañana del día 13 comunicaron al Cuartel General que una de las patrullas de caballería que hacía el servicio de vigilancia entre Árbol Grande y La Barra informaba que una lancha muy grande o barco salía a todo vapor rumbo al mar y que desde su borda les habían disparado, por lo que la caballería la siguió hasta las escolleras, disparando contra ella, pero sin poderla detener. Como a las dos de la mañana, densos nubarrones cubren el cielo y comienza a relampaguear, desatándose a poco la tormenta y nuestros oficiales y soldados, requieren sus abri-

gos para cubrirse de la lluvia, pero sin abandonar un instante sus posiciones, pues se comprende lo peligroso de la situación, mientras nuestros campamentos se convierten en un inmenso lago. Al amanecer se nota movimiento en las trincheras enemigas y con la primera luz del día pudimos notar que los soldados de Huerta habían salido de sus loberas, llenas ya de agua, y se preparaban a defenderse, resguardándose en las quebraduras del terreno. El general González comprendió que éste era el momento oportuno y bajo el aguacero pertinaz y casi providencial, ordena un avance general en todos los sectores, el que se ejecuta inmediatamente, apoyado por nuestra heroica artillería gruesa y las no menos heroicas baterías de ametralladoras que lanzan torrentes de balas sobre el enemigo, mientras los audaces y fogueados muchachos de la Revolución avanzan con denuedo sobre las trincheras, haciendo innumerables blancos en los federales, que ya no tienen resguardo de sus loberas y tienen que pelear al descubierto, logrando que una hora después, se inicie un movimiento de retroceso del enemigo, que se repliega hasta las primeras calles del pueblo abandonando todas sus fortificaciones, pero sin dejar de combatir.

El cañonero "Veracruz" dispara incesantemente sus cañones sobre los nuestros, pero sin lograr detener el avance y entonces comienza una lucha terrible dentro de las calles de la ciudad, disputándole el terreno al enemigo, pero para entonces podemos ver que en la estación del ferrocarril hay varios trenes con sus máquinas humeando, y nos damos cuenta de que los federales tienen ya dispuesta la retirada, por lo que se ordena proseguir el avance. De pronto, comienzan a moverse los trenes y entonces en todas partes el enemigo da media vuelta y los soldados huertistas se lanzan a la carrera hacia la estación, a tomar los trenes, mientras el "Veracruz" y algunas ametralladoras sobre los furgones protegen su retirada.

Los trenes del general Morelos Zaragoza cruzan el puente de El Moralillo, dejándolo levantado para evitar la persecución en tanto que nuestras fuerzas se han posesionado ya de toda la

ciudad, que nos recibe sin temor alguno, pues a poco tiempo ya están los vecinos en la calle, contemplando a nuestros soldados, que a las llamadas de los clarines se incorporan a sus regimientos, cuyos jefes esperan las órdenes superiores para su acuartelamiento y demás disposiciones.

El general González, con su Estado Mayor, llega a la Aduana, desde donde podemos ver claramente cómo el "Veracruz" a la altura de Tamós, se va hundiendo, con sus válvulas abiertas, pero la corbeta "Zaragoza", que era la lancha grande que viera la patrulla, había salido la noche anterior con rumbo a Puerto México.

El general en jefe dispuso que una Brigada de Infantería pasara al Tamesí en lanchas para perseguir al enemigo por algunos kilómetros al sur sobre la vía férrea y después ordena se registren la Aduana y los cuarteles donde se encuentra gran cantidad de rifles y vestuario, pero nada de municiones.

Se nombran los servicios de plaza y los destacamentos necesarios y a poco se recibe parte del coronel Manuel C. Lárraga, comunicando haberse batido con la columna que se retira en estación Chijol, donde abandonaron los federales los trenes, por tenerles cortada la vía, pero debido a su superioridad numérica se abrieron paso dirigiéndose por tierra a Pánuco, Veracruz, y de allí se sabía que se dirigían por el territorio hostil de La Huasteca hacia Pachuca, por lo que ordenó que salieran doscientos hombres a guarnecer Pánuco y hostilizar la retaguardia del enemigo en retirada disponiéndose también que salga el jefe de trenes militares con sus ferrocarrileros a recoger los trenes abandonados en Chijol.

•

¡Viva el taciturno!



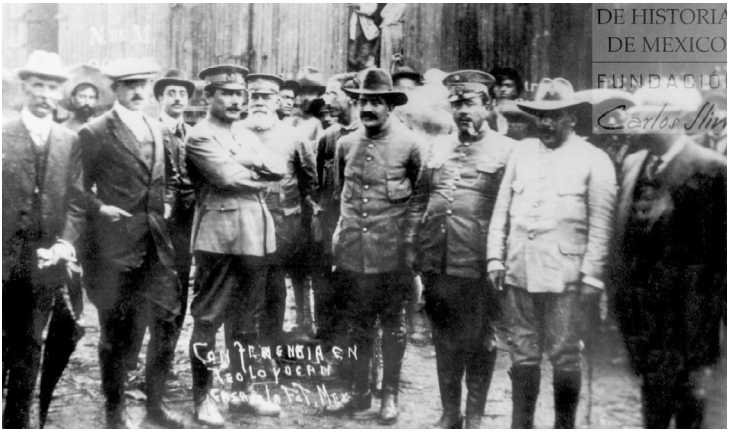
El Cuartel General del Cuerpo de Ejército del Nordeste quedó instalado en la Aduana de Tampico y la misma tarde del día 13 se comenzaron a dictar órdenes para el acuartelamiento de las fuerzas y distribución de los servicios, con destacamentos en Árbol Grande, Doña Cecilia, Altamira, Pueblo Viejo y un retén en El Moralillo, para cuidar que no se tocara al "Veracruz", semihundido en el Pánuco, cubriéndose todos estos servicios con fuerzas de la Quinta División, o sea del general Caballero, quien como gobernador y comandante militar del estado de Tamaulipas nombró ese mismo día las autoridades civiles y militares de la plaza, porque el general en jefe, a pesar de sus amplias facultades, siempre dejó en libertad a los gobernadores militares para que designaran sus colaboradores.

El general González dispuso que las tropas de los generales Castro (Cesáreo y J. Agustín) descansaran dos días y después fueran a situarse en las estaciones de la vía a Monterrey, entre Tampico y Ciudad Victoria, para descongestionar el puerto y preparar su movilización hacia la capital de Nuevo León a su debido tiempo, y acto seguido se rindió parte telegráfico al C. Primer Jefe don Venustiano Carranza, dándole cuenta detallada de la toma de Tampico.

Esa noche dormimos como gentes decentes, en los hoteles de la ciudad y cenamos "sopíparamente", como decía el célebre coronel que andaba con el general Caballero, sin mando de fuerzas, y encargado de los comestibles. Era una especie de proveedor; se llamaba o se llama todavía Bibiano Saldívar Cervantes y es un hombre alto y bigotón, que hablaba con mucha prosopopeya y le gustaba aplicar palabras rimbombantes, y para significar que había tenido una comida "opípara", decía que había tenido una comida "sopípara", derivándolo probablemente de sopa, y por eso le decíamos *El Sopíparo.*

El siguiente día fue para nosotros, los encargados del Estado Mayor y Secretaría Particular de don Pablo, de mucho trabajo, porque el jefe se dedicó a contestar toda la correspondencia pendiente y a comunicarse con los jefes de los diferentes sectores dependientes del Cuerpo de Ejército, los que rindieron parte "sin novedad", exceptuando el general Alberto Carrera Torres, quien comunicó que había evacuado la población de Cerritos, San Luis Potosí, después de una ligera escaramuza sostenida con la columna federal de Arzamendi, y que se encuentra con sus tropas concentradas en Cárdenas, con avanzadas sobre la vía hasta Estación Tablas, a la izquierda en Alequines y a la derecha en Ciudad de Maíz. Se le ordenó que continuara poniendo obstáculos al avance del enemigo y que comunique oportunamente si se ve obligado a desalojar Cárdenas, y al mismo tiempo se le participa la toma de Tampico, para que la comunique a las fuerzas y poblaciones bajo su control.

El día 15, como a las diez de la mañana, entró silenciosamente por el Pánuco el vapor alemán *Ipiranga*, llegando hasta la altura de Doña Cecilia, pero en cuanto se dio cuenta de que allí había soldados revolucionarios, viró violentamente y se hizo a la mar a todo vapor, perseguido por nuestros fusileros que, naturalmente, no pudieron detenerlo, dirigiéndose, según supimos después, hacia Puerto México. El *Ipiranga* es famoso en la historia de nuestras revoluciones porque en él se embarcó el general Porfirio Díaz, derrocado por la revolución maderista, para el exilio a playas europeas, en donde falleció sin regresar a su patria, y el chacal Huerta lo había fletado para conducir, creo que desde puertos alemanes, cinco mil balas de cañón y seiscientos mil cartuchos para rifle y ametralladora, destinados a la guarnición de Tampico, los que traía a su bordo, pero como se dio cuenta su tripulación de que ya la plaza estaba en poder del constitucionalismo, viró en redondo y se escapó a dejar su carga en Puerto México. Por supuesto que esta maniobra la pudo ejecutar el referido barco porque como apenas hacía dos días escasos que el puerto estaba en nuestro poder, todavía los servicios de Aduana y Capitanía del mismo no estaban organizados, pero este incidente vino a darnos la clave de los móviles que habían impulsado a los señores cónsules extranjeros, sobre todo al señor Trápaga y al representante de Alemania, para solicitar la conferencia en Árbol Grande y sobre todo para insistir tanto en que se pospusiera el ataque por tres o cuatro días, pretextando que los intereses extranjeros necesitaban ponerse a salvo, y que, si el general González hubiera tenido la debilidad de acceder, los federales hubieran recibido las municiones que ya les estaban haciendo falta y la resistencia podría haberse continuado hasta que las tropas de Arzamendi que venían de San Luis hubieran llegado, reforzando la guarnición y retardando, si no impidiendo, porque esto ya era casi imposible, la caída del puerto petrolero.



En Teoloyucan conferencian el gobernador del Distrito Federal Eduardo F. Iturbe con los generales constitucionalistas Álvaro Obregón, Jesús Carranza, Alberto Carrera Torres, Pablo González, Benjamín Hill y Francisco Cosío Robelo, para la rendición de la ciudad de México a los constitucionalistas. Centro de Estudios de Historia de México, CARSO, XXXI-1. 1. 140.

Pasados los dos o tres primeros días después de nuestro triunfo y ya descansados de nuestras fatigas y curados de los grandes estragos que en nuestra estructura corporal habían causado los terribles enemigos que en los alrededores de la ciudad habían hecho su campo de operaciones en nuestra anatomía (me refiero a las garrapatas, niguas, jejenes, pinolillos y demás bichos), la ilustre palomilla comenzó a trabajar en el noble arte de divertirse, como era de costumbre y además de justicia.

Es de saberse que en los trenes abandonados por los pelones en su huida hacia Pánuco, y que, como he dicho, quedaron en Chijol, se recogió gran cantidad de armas y varios cañones, entre ellos uno de tiro rápido, me parece que Vickers, algún vestuario, material de oficinas, algo de archivo y nada de parque, pues como he referido, ya el enemigo tenía poco. También se recogieron varios automóviles y don Pablo los asignó a algunos jefes, y a mí me entregó, para uso de la Secretaría Particular, un

Protos, blanco, abierto, casi nuevo y que alcanzó fama porque la palomilla lo utilizaba en sus correrías y aventuras noctámbulas, y que entre otras, dio ocasión a una un poco chusca. Sucedió que una bella noche, después de haber cenado "sopíparamente" en el elegante restaurante La Parroquia, nos fuimos a dar la vuelta en el Protos, con el que estábamos encantados, pues era el primer auto de deveras que caía en nuestro poder, Alfredo Rodríguez, Castañeda, Flores Alatorre y yo, que manejaba el artefacto, porque había ya aprendido haciendo destrozos con un viejo Chalmers que me había enseñado a pilotear Luis Galindo en Matamoros y cuyas terribles aventuras contaré algún día.

Dimos varias vueltas a la hermosa plaza, charlando y comentando alegremente los sucesos de los últimos días y las noticias frescas de la campaña, que nosotros, mejor que nadie, conocíamos, cuando de pronto atravesó una de las calles un grupo de cuatro o cinco personas, del que se desprendió de repente un individuo, a quien de momento no reconocimos y parándose en medio de la calle, con las manos en alto comenzó a gritar desaforadamente:

—¡Alto! ¡Párense! ¡Alto!

Enfrené rápidamente, para no atropellarlo, y con sorpresa reconocí al insigne Guillermo Castillo Tapia, honra y prez de la alborotada palomilla y lo acompañaban, como de costumbre, Federico Montes, *El Samurái*, y Vicente Escobedo *Ego*, y dos o tres más. Guillermo andaba, como decía Alfredo Rodríguez, "en estado gaseoso" y repitió:

—¡Alto! Para tu armatoste.

—¿Qué te pasa, Guillermo? —pregunté, creyendo que algo grave tendría que comunicarnos.

—Nada… nada… quiero no más que me hagas un favorcito.

—¿Qué se te ofrece?

—Muy poco, manito —dijo.

Y colocándose junto a la salpicadura delantera izquierda, adelantó un pie, poniéndolo como tranca delante de la rueda y volviendo la cara hacia mí, dijo:

—Hazme favor de pisarme con tu ruedita, manito.

—Hombre, Guillermo, no seas bárbaro, ¿cómo quieres que te reviente un pie?

—No le hace, písame, manito.

—No, no seas tonto, quítate de allí.

—Por lo más sagrado para ti, manito, ¡písame!

Y mientras los gandules que lo acompañaban se caían de risa, no habiendo manera de quitar a Guillermo, que melosamente repetía: "¡písame, manito; no seas malo!", hasta que opté por dar reversa al auto y echarme atrás como diez metros, y luego salir disparado sin darle tiempo a que se pusiera delante, entre un coro de carcajadas de los que estaban con él y de los que iban conmigo en el Protos.

Aquellos días que pasamos en Tampico estuvieron llenos de incidentes más o menos agradables, pues como antes he dicho, después de tantas penalidades teníamos grandes deseos de divertirnos y los aprovechamos bastante bien, armando mitotitos noche a noche; por supuesto, sin que degeneraran en nada grave, pues el general González era enemigo declarado de todo lo que oliera a escándalo y sobre todo, entre los jefes y oficiales de su Estado Mayor.

No recuerdo si se incorporaron en Monterrey o fue allí en Tampico, dos choferes que después nos acompañaron durante muchas campañas, manejando el automóvil de don Pablo en el día y el notorio Protos blanco en la noche; Jorge (de su apellido no me acuerdo) y el otro, cuyo nombre nunca supe, le decían *El Argentino*, una de cuyas sinvergüenzadas salvó la vida al general en jefe cuando Monterrey cayó en poder de los villistas. Pero que a su debido tiempo se sabrá.

Un bello día mi compadre Ricardo González V., ya teniente coronel, fue comisionado por el general González para que se desemplazaran los grandes cañones que habían quedado a bordo del semihundido barco "Veracruz" frente al puente del Moralillo, después de que la capitanía del puerto y algunos expertos habían fracasado en varios intentos de poner a flote

el cañonero, y para el efecto, se ordenó que el teniente coronel ingeniero Guillermo Castillo Tapia y el mayor Fernando Vizcayno, con sus zapadores hicieran el salvamento de todo lo aprovechable del barco, y que desmontaran los cañones de 101 mm, que tanta guerra nos habían dado durante el asedio de Tampico. Y mientras estos trabajos se llevaban a cabo, muchos de nosotros íbamos a visitar a los compañeros y al mismo tiempo a presenciar el desmonte de las piezas de artillería, y una de tantas veces, mi compadre Ricardo y Castillo Tapia nos invitaron a una cena en la cubierta del "Veracruz", cuyas invitaciones fueron escritas a máquina por el sin par Ángel H. Castañeda, llamado "el linotipero" y dictadas por el que escribe y aunque desgraciadamente no recuerdo su redacción íntegra, viene a mi memoria el encabezado que rezaba, con letras mayúsculas rojas: "AGAPITO ACUÁTICO", y seguía el texto de la invitación, y el menú, que entre otras cosas tenía: "Sopa de quelonio oceánico (vulgo tortuga de mar), gallo púber a la San Lorenzo (pollo a la parrilla), huevos carrancistas (rancheros), guachinango huertista (frito), frijoles brincadores, con abundantes discos de maíz (tortillas) y bebestibles varios". En la parte inferior, una nota respondía a la primera llamada, así: "Agapito" diminutivo de "ágape".

A la cacareada cena concurrió lo más granado de la rebelde y mitotera palomilla; además de los anfitriones, que eran Ricardo y Castillo Tapia, estaban *Ego*, Montes, Alfredo Rodríguez, Alejo González, Zuazua, Manuel Flores *El Conforme*, Francisco Artigas, Alfredo Lamonte, Alfredo Flores Alatorre *El León Dormido*, Castañeda, Marcelino Murrieta, Guillermo Martínez Célis, Martínez Catache, Méndez Acuña, Refugio Balderas, José Véliz, Antonio Maldonado, Tránsito Galarza, Pedro Hernández *El Gachupín*, Miguel Ontiveros, Leopoldo Hernández y muchos otros que no puedo recordar.

Este Miguel Ontiveros era una notabilidad tan grande que, esa noche, discutiendo o más bien dicho comentando los planes futuros de campaña que probablemente se seguirían con-

tra el huertismo, tuvo la sublime ocurrencia de proponer que marcharan los ejércitos revolucionarios a atacar Puerto México, y al hacerle notar que no teníamos barcos para trasladarnos allá, dijo muy serio:

—Eso no vale nada; se organiza una caballería de marina.

—¿Y cómo, Miguel? —preguntó alguien.

—Muy sencillo —contestó— dicen que las toninas son muy amigas del hombre; es cuestión de montarnos en toninas y en dos días estamos atacando a Puerto México.

Y se quedó tan fresco, a pesar de la carcajada unánime que saludó su peregrina ocurrencia.

Muy animada estuvo la cena y después de copiosas libaciones de cerveza y otras cosas peores, se brindó por la Revolución, por los triunfos pasados y futuros, por la próxima caída del chacal Huerta y sus secuaces, por el Primer Jefe y por nuestros jefes inmediatos y como aquello de las 12 de la noche, cuando ya la marea alcohólica estaba muy alta, se nos ocurrió sacar una serenata con los músicos de la banda del Estado Mayor, que formaban también una orquesta, la cual había amenizado la fiesta. Y como se pensó se puso en práctica, saliendo para Tampico en automóviles toda la escandalosa palomilla, pero como, naturalmente, no teníamos allí novias ni siquiera conocidas a quien dar serenatas acordamos "serenatear" a los jefes en sus alojamientos. Tocamos o mejor dicho tocaron los músicos unas piezas en las casas de los generales Cesáreo Castro, Caballero, algunos coroneles amigos y, por último, fuimos a rematar ante el coche especial de ferrocarril donde dormía el general en jefe. Después de tocar unas piezas en el alojamiento de cada jefe, lanzábamos unos cuantos "vivas" a cada uno de los "serenateados", pero habíamos acordado que con don Pablo no haríamos lo mismo, tanto por el respeto que le teníamos como por su reconocida seriedad, pero no contábamos con el terrible Castillo Tapia, así es que cuando apenas habrían tocado los músicos dos piezas frente a su coche, tronó la robusta voz de Guillermo, quien gritó de pronto:

—¡Viva el taciturno Pablo González! ¡Viva el melancólico Pablo González! ¡Viva el silencioso Pablo González!

Y como al tercer "viva" se encendiera la luz del camarote del jefe y viéramos por la ventanilla perfilarse su silueta, no esperamos más y emprendimos veloz carrera, trepando a los autos y saliendo a toda máquina rumbo a la Aduana, donde dormíamos la mayoría de los escandalosos. Esperábamos al día siguiente que don Pablo preguntara o dijera algo sobre lo ocurrido, pero jamás dijo una palabra sobre al asunto.

Hasta el día 25, que permanecimos en Tampico, se ocupó el general en jefe en dictar disposiciones para que se garantizaran los cuantiosos intereses extranjeros y nacionales, tanto en Tampico como en la región petrolera, ordenando la colocación de destacamentos en los puntos necesarios y conferenciando con los jefes de las diferentes negociaciones, así como también en organizar la capitanía del puerto, servicios aduanales y demás dependencias federales.

También se ordenó activar las operaciones sobre la vía férrea de Tampico a San Luis Potosí, disponiendo que avanzaran las fuerzas del general Alberto Carrera Torres, las cuales sostuvieron en esos días combates en La Montaña, La Herradura y Puerto Villar contra las tropas huertistas comandadas por los generales Juan de Dios Arzamendi, Alberto Rasgado, Santiago Mendoza e I. Trinidad Ruiz, todas dependientes de la jefatura del general J. Refugio Velasco, entonces gobernador y comandante militar del estado de San Luis Potosí, nombrado por Victoriano Huerta, siendo batido el enemigo en todos estos encuentros.

Se dispuso asimismo que fueran reconstruidos los tramos de vía destruidos en la vía de San Luis y pronto quedaron reparados los desperfectos entre las estaciones de El Puerto y Palmas y entre las de Corcovado y Cárnas. Estas reparaciones fueron hechas bajo la dirección de Donaciano Martínez, nombrado superintendente de la terminal, ayudado eficazmente por Carlos Garza.

Los grandes cañones de 101 mm, que fueron recogidos del cañonero "Veracruz" se montaron en plataformas de ferrocarril por disposición del general en jefe y todo el armamento recogido al enemigo reparado y limpiado, sustituyendo con los rifles y carabinas Mausser capturados los 30-30 que todavía traían muchos de nuestros soldados, especialmente los de la Quinta División del general Caballero.

Y luego comenzaron a ordenarse las movilizaciones de nuestras fuerzas a lo largo de la vía del Golfo, reconcentrándolas a Monterrey, para preparar de allí el avance sobre Saltillo, librándose también órdenes telegráficas a los generales Francisco Coss, Eulalio y Luis Gutiérrez para que se prepararan el asedio a la capital de Coahuila, que en breve debería iniciarse.

•

La palabra
ci... ne... ma... tó... gra... fo



En la última quincena del mes de mayo, mientras nosotros estábamos en Tampico, el general Francisco Villa, al frente de su División del Norte infligió una serie de derrotas a los contingentes huertistas que se encontraban reconcentrados en Paredón, Coahuila, cuyo hecho de armas tuvo como consecuencia la ocupación de Saltillo por las fuerzas del mismo jefe.

En una especie de manifiesto titulado "Justificación de la desobediencia de los generales de la División del Norte en Torreón, el mes de junio de 1914", firmado por el general Felipe Ángeles, que tengo a la vista, afirmaba este jefe que este movimiento sobre Saltillo había sido ordenado por el C. Primer Jefe y que el general Villa se dirigió con gusto a Saltillo para ayudar a la División del Nordeste que parecía impotente para su empresa, lo cual es inexacto, pues en Saltillo no se comba-

tió, siendo evacuada esta plaza y, además, nuestras fuerzas eran lo suficientemente numerosas, bien disciplinadas y organizadas para batir a un enemigo desmoralizado y vencido por nosotros mismos en Monterrey y por la división del general Murguía en Monclova y otros lugares del norte de Coahuila. También dice el mismo documento: "Pudo entonces el general Villa poner la capital coahuilense en manos de las autoridades civiles designadas por el señor Carranza…", cuyo dato tampoco es exacto, porque la plaza de Saltillo la puso el general Villa a disposición del general Pablo González durante su entrevista en la misma ciudad, como relataré más adelante, pero hay que tomar en consideración que estas aseveraciones fueron hechas como lo expresa el título del documento en referencia, para justificar la desobediencia de los generales de la División del Norte, y al calor de pasiones que en esos momentos estaban en efervescencia, pero como yo estoy haciendo historia, a mi modo, como he dicho muchas veces, escribo los hechos como fueron y no como se hacen o se han pretendido hacer aparecer.

La verdad es que cuando regresamos de Tampico, después de tomar aquella plaza a sangre y fuego, como ya he relatado, la capital de Coahuila estaba ya ocupada por el general Villa, quien avanzó casi inmediatamente después de la caída del puerto tamaulipeco, por cuyo motivo y no por impotencia, no fue el Cuerpo de Ejército del Nordeste a disputar Saltillo a los federales de Huerta.

En los últimos días de mayo llegamos a Monterrey y el general González comenzó a librar órdenes por conducto de la jefatura de Estado Mayor para la movilización de nuestros contingentes hacia el sur, pero antes se comunicó con el general Francisco Villa anunciándole que pensaba ir a visitarlo a Saltillo para tener el placer de conocerlo y para conferenciar sobre asuntos militares, a lo que el jefe de la División del Norte contestó telegráficamente que tendría mucho gusto en esperarlo y darle un abrazo, pero antes de relatar esta importante entrevista, que fue la primera y última entre ambos jefes cons-

titucionalistas, quienes jamás tuvieron oportunidad de verse más, quiero contar una de las ocurrencias más notables del ilustre miembro de la palomilla José E. Santos, quien ya había sido ascendido a coronel y continuaba siendo jefe del Estado Mayor del general Villarreal.

En aquellos buenos tiempos todavía el cine no estaba a la altura en que ahora se encuentra, pero creo que ya los señores Rodríguez comenzaban a hacer sus pininos cinematográficos en esta Sultana del Norte (no es reclamo ni para ellos ni para Monterrey) y como es natural, muchos de nuestros compañeros concurrían a las funciones que para la mayor parte constituían una verdadera novedad. Por supuesto que nosotros, casi todos los componentes de la apreciable palomilla, que nos teníamos por más civilizados o más mitoteros (ésta era la verdad), nos dedicábamos a otros refocilamientos menos inocentes y más escandalosos.



General de división Pablo González, ordenando el movimiento de trenes constitucionalistas rumbo a la capital, Tlalnepantla, agosto de 1914. Centro de Estudios de Historia de México, Carso, LXVIII-3. 1. 81.

Una noche nos hallábamos en la cantina de El Progreso, que por aquel entonces era de lo más elegante y famoso en esta bella, aunque calurosa ciudad, que todavía no había recibido el remoquete comercial de Capital Industrial de México, la gran mayoría de "palomilleros" y se podían ver, cuatro o cinco mesas en hilera, rodeadas de sus respectivas sillas, y éstas ocupadas por Ricaut, que había venido de Matamoros; Manuel Caballero, teniente coronel J. de E. mayor de don Jesús Carranza; Arturo Lazo de la Vega, alegre y decidor, el mosquetero insigne Castillo Tapia; Alfredo Rodríguez; Francisco Artigas, diminuto y platicador; el notable ingeniero Luciano Reyes Salinas, quien ya había conquistado el inquietante sobrenombre de *El Pinolillo* y quien, entre otras particularidades, tenía la de ser un formidable y decidido partidario del tequila; el silencioso Fortunato Zuazua; el valeroso Fortunato Maycotte; Paz Faz Risa, valiente y simpático a pesar de sus nombres retumbantes; Carlos Fierro, noble y francote, y Leocadio su hermano, conocido por sus carcajadas estruendosas; Alejo González, ya coronel también; Manuel Flores *El Conforme*; Federico Silva, el buen compañero y amigo de quien me he olvidado un poco, pero que asistió a todos los combates que he referido; Félix Neigra B., poeta rebelde; *El Samurái* Federico Montes y sus valientes artilleros, Daniel Díaz Couder, Alfredo López Prado, etcétera; Ángel H . Castañeda y muchos otros cuyos nombres no tengo presentes en este momento. Naturalmente que José E. Santos estaba entre nosotros y era de los que más argüende armaban, y cuando se habló, entre muchas cosas, del cine, porque había en varios lugares de la cantina y hasta en los espejos de la misma, anuncios de las películas de sensación entonces, también se había entablado una larga discusión entre Arturo Lazo de la Vega y el que escribe sobre el sonoro lenguaje de Cervantes, comparándolo con otros, como el inglés y cuando la discusión estaba más empeñada, esgrimiéndose argumentos como el de que en el inglés hay palabras larguísimas, que se escriben de manera distinta de cómo se pronuncian, mientras que en el

castellano sucede lo contrario, y en los precisos momentos en que todos los presentes estaban callados, atentos al resultado del debate, José E. Santos elevó la voz y con su simpática y reconocida media lengua, dijo:

—Protesto enérgicamente…

—¿De qué protestas? —pregunté.

—De eso que dices de que en español se pronuncian las palabras como se escriben, y no es cierto.

—¿Cómo que no?

—Claro que no, y allí te va un ejemplo.

—A verlo.

—Pues mira, por ejemplo, yo me he pasado cuatro años, desde que trajo aquí las películas con su anuncio "El Buen Tono", aprendiendo la palabra cine… ma… tó… gra… fo…, y cuando ya la aprendí, después de vencer a mi lengua rebelde, ¿sabes lo que pasó?

—No.

—Pues que ahora ya no se pronuncia cine… ma… tó… gra… fo…

—¿Pues entonces cómo?

—Se pronuncia cine.

Una carcajada homérica y unánime coronó esta peregrina salida, que terminó con la discusión *vicentina* (como decía don Domitilo Colunga, en lugar de bizantina) en que nos habíamos enzarzado.

Como se había acordado en la conferencia telegráfica o, mejor dicho, en los mensajes cruzados entre el general Pablo González y el general Francisco Villa, el primero libró órdenes para que se formara un tren liviano, con un coche y tres carros donde iba una escolta de cien hombres únicamente. Acompañamos al general en jefe, el general Teodoro Elizondo, el jefe del Estado Mayor del Cuerpo de Ejército, el Secretario Particular, los señores doctor Luis G. Cervantes, Nicéforo Zambrano y Manuel Amaya y algunos oficiales de Estado Mayor y llegamos a la capital coahuilense, no me acuerdo si el 28 o 29 de mayo aproxi-

madamente a las cuatro de la tarde. En la estación esperaban al general González, enviados para recibirlo por el general Villa, su secretario particular y el general Toribio Ortega, quienes lo saludaron muy atentamente, así como algunos oficiales del Estado Mayor del jefe de la División del Norte, que los acompañaban. Después de los saludos de cortesía, el general González ordenó al jefe de su escolta que se acuartelara en la estación y que se le enviara solamente una guardia de diez hombres a la casa donde iba a alojarse, que por gestión del señor Amaya fue la del señor don Marcelino Garza, situada en el costado poniente de la plaza de los Hombres Ilustres, a donde en seguida nos condujeron en los automóviles que ya estaban listos en la estación para llevarnos. Una vez alojados en la casa referida, el general en jefe estuvo conversando con el general Ortega y demás jefes y oficiales de la División del Norte, quienes se despidieron anunciando que pronto regresarían acompañando al general Villa, lo que se efectuó como una media hora después, cuando el clarín tocó "llamada de honor" y la guardia anunció la llegada del general, quien fue encontrado a media escalera por don Pablo. Profunda impresión nos causó a los jefes y oficiales del nordeste la vista del famoso guerrillero, quien nos saludó sonriente y nos abrazó como lo había hecho con el general González. Villa vestía pantalón blanco, polainas, guerrera color kaki y gorra sin insignias, y después de los saludos, entraron él y nuestro jefe a la sala donde permanecieron solos conversando cordialmente, mientras nosotros trabábamos plática con sus acompañantes. En la entrevista los dos generales, según supe más tarde, por las órdenes que enviaron, acordaron que las fuerzas del nordeste se hicieran cargo de la ciudad, relevando a las del general Villa, que al día siguiente saldrían para Torreón.

Hora y media duró esta entrevista, que nos dio la impresión de una gran cordialidad entre ambos jefes constitucionalistas y al cabo de ella el general Villa se retiró a su Cuartel General, situado en una casa frente a la Plaza de la Constitución, y a poco rato envió al general González una atenta nota, invitándolo a cenar

con él en su alojamiento, lo que don Pablo aceptó concurriendo aquella noche a las siete y media, acompañado únicamente del general Teodoro Elizondo.

Según me platicaba don Pablo algún tiempo más tarde, antes de pasar a la mesa, conversaron animadamente por cerca de media hora y después se sentaron, colocando al general González en la cabecera, a su derecha, el general Villa y a su izquierda el general Eugenio Aguirre Benavides y a continuación, indistintamente, los generales, coroneles y oficialidad de Estado Mayor de la División del Norte, habiendo empleado en cenar y después en charlar de sobremesa, hora y media.

Al levantarse, el general Villa invitó a don Pablo a que dieran unas vueltas por la plaza, y habiendo aceptado, allá se encaminaron, por delante los dos jefes y tras de ellos, como a veinte metros de distancia, los generales Toribio Ortega y Teodoro Elizondo. La plaza estaba escueta, casi a oscuras y completamente solitaria; y habrían dado cuatro o cinco vueltas platicando sobre la campaña y otros tópicos militares, cuando apareció un grupo de soldados en la plaza, al parecer ebrios, y lanzando gritos de "¡viva Villa!", repetidos muchas veces, y "¡viva Villa! Jijos de la jijurria…" revueltos con otros adjetivos tan retumbantes y sonoros cuanto difíciles de reproducir. El general González se volvió al general Villa y le dijo con toda seriedad:

—Compañero: sírvase ordenar que se acuartelen esos soldados y que ya no se les deje salir, porque esto es escandaloso y alarmante para los habitantes pacíficos de la ciudad.

El general Villa se dirigió a Ortega y le dijo:

—Manda a esos borrachos a sus cuarteles y ordénales que no vuelvan a salir, porque les va mal.

Volviéndose al jefe del nordeste, exclamó:

—Hay que permitirles algunas cosas a estos muchachos pa que siquiera se mueran a gusto si les toca enfriar alguna bala.

Después de este curioso incidente, el general González encaminó la conversación por otros derroteros con todo el tacto

que las circunstancias exigían, aunque por aquellos días ni se barruntaban aún las divergencias que muy pronto habrían de surgir entre la Primera Jefatura y la División del Norte, ni nada nos hicieron sospechar las muestras de cordialidad y de compañerismo que recibimos en aquella memorable visita.

El paseo se prolongó hasta las 10:30 de la noche, en que antes de despedirse el general Villa comunicó al general González que otro día, por la tarde, saldría rumbo a Torreón como estaba proyectado y como se efectuó.

Regresó el jefe del nordeste a su alojamiento, acompañado del general Elizondo y de dos o tres oficiales del norte, pero antes de acostarse mandó instrucciones telegráficas al general Francisco Coss para que se acercara a Saltillo y que mandara guarniciones competentes a Paredón, Ramos Arizpe y General Cepeda y comunicó a los generales Eulalio y Luis Gutiérrez que permanecieran guarneciendo las plazas de Concepción del Oro, Matehuala y Vanegas, y que el teniente coronel Alardín quedará en Galeana, Nuevo León.

También se libraron las órdenes respectivas a Monterrey para que el general Cesáreo Castro, con toda su Cuarta División, comenzara a movilizarse a Saltillo.

Todavía permaneció el general en jefe en la capital de Coahuila todo el día siguiente, y fuimos a las cuatro de la tarde a despedir al general Villa, quien embarcó para Torreón en varios trenes con sus tropas, quedando únicamente el general Toribio Ortega en la plaza con sus tropas, para movilizarse el siguiente día, cuando llegaran fuerzas del nordeste, como se verificó sin el menor contratiempo y en la mejor armonía, ya que nosotros veíamos en la División del Norte un glorioso contingente revolucionario y que entre sus filas teníamos a innumerables y buenos amigos, pues nosotros, los que habíamos operado en Chihuahua, aunque por corto tiempo contra los restos del orozquismo, en el Cuerpo de Auxiliares de Monclova, comandados por el entonces teniente coronel Pablo González, teníamos muy buenos recuerdos de compa-

ñeros que habíamos conocido allá y convivido con ellos la vida de campaña; y al efecto, me acuerdo que en Saltillo saludé con efusión y placer de mi parte así como de la de él, a mi buen amigo el valientísimo general Trinidad Rodríguez, quien en enero de 1912 nos había acompañado, mandando un Cuerpo de Guías, que nos prestó grandes servicios, y habíamos entablado una grande y sincera amistad, por su franqueza y sinceridad que eran encantadoras.

La noche de aquel mismo día regresamos a Monterrey y al siguiente comenzó el Estado Mayor a comunicar las órdenes de la Jefatura del Cuerpo de Ejército para que las divisiones de los generales Teodoro Elizondo, J. Agustín Castro y los regimientos dependientes directamente de la misma jefatura, empezaran a reconcentrarse en la plaza a fin de preparar su movilización a Saltillo, mientras el general Cesáreo Castro se dirigía a la misma ciudad.

Se nombró superintendente de Trenes Militares al capitán Gustavo Segovia, a quien se dieron las órdenes correspondientes y los preparativos se hicieron con tal rapidez, que para el 1° de junio, el Cuartel General se trasladó a la ciudad tantas veces nombrada.

Donaciano Martínez regresó a ocupar su puesto de superintendente de la División Ferrocarrilera del Golfo, entregando la terminal de Tampico al antiguo rielero y buen revolucionario Esteban Fierros.

Próximamente hablaré también de Eleuterio Reyna, otro "hermano del riel", que prestó grandes y buenos servicios a la causa constitucionalista en el ramal de Matamoros, así como del grupo que colaboró con él con entusiasmo y fe en el triunfo.

El papalote de Reyna



Otra vez voy a interrumpir el orden de mis relatos para hacer justicia a quienes bien lo merecen: a otros elementos ferrocarrileros que en los primeros días del movimiento constitucionalista se lanzaron a la lucha en el sector de Matamoros, desde que el general Lucio Blanco tomó aquel puerto, arrebatándolo a las fuerzas huertistas. No me corresponde reseñar el ataque a Matamoros, porque no fui testigo presencial de este hecho heroico ni pertenecí jamás a las tropas revolucionarias comandadas por el audaz y valiente general Blanco, pero los ferrocarrileros que a él se unieron y establecieron el servicio de Reynosa hasta el citado puerto, se incorporaron al Cuerpo de Ejército del Nordeste y en él prestaron señalados servicios, por lo que considero obra de justicia dedicarles uno de mis relatos, ya que, como varias veces he expresado, estoy haciendo historia revolucionaria, a mi manera,

pero historia al fin, y ellos están dentro del espíritu de mis narraciones.

Vayan pues, estas líneas como un recuerdo a los compañeras ferrocarrileros de quienes hablaré, para que sus nombres y sus hechos, aunque someramente descritos, queden consignados en el futuro en las páginas de nuestra historia revolucionaria y que sirvan de satisfacción, ya que no de recompensa, a los que sobreviven y como homenaje de amor y de compañerismo a los que cayeron en la lucha cruel para que esta recordación sea como una humilde florecita que caiga sobre sus tumbas ignoradas.

Y ahora vamos a ellos. Encabezó a este grupo de ferrocarrileros el maquinista Eleuterio Reyna, hombre sencillo, noble y valiente hasta la temeridad, pero sobre todo individuo de grandes recursos e inteligencia natural tan despierta, que jamás hubo para él imposibles. Cuando el general Lucio Blanco tomó Matamoros a sangre y fuego, Reyna se le incorporó, presentándose con unos cuantos hombres, ferrocarrileros como él, y habiendo quedado en poder de los revolucionarios dos locomotoras, las números 317 y 477, con ellas organizó inmediatamente el servicio de pasajeros y carga hasta Reynosa, pero como no había carbón ni manera de obtenerlo y menos chapapote, ayudado por uno de sus compañeros las arregló para que quemaran leña y de este modo trabajaron hasta que tomamos Monterrey en abril de 1914.

Con Reyna colaboraron los maquinistas Pablo Reyna, Juan Domínguez y Anastasio Pérez; los conductores Ramón Cantú, Luciano Navarro y Amado Agüero; garroteros Trinidad García, Eduardo Arango y Antonio Pérez; fogoneros Miguel y Ramón Cruz, Brígido Zúñiga, Manuel García, Pantaleón Sánchez, Bonifacio Pedraza, Gregorio y Fernando Torres; mecánicos Santos Sánchez, Maximiliano Reyna, Apolonio Sánchez y Montañez; reparadores y trabajadores de vía Demetrio Reyna, Pedro Berlanga, Alfredo Domínguez y otros como Rafael Cantú Peña, Albino Téllez y Julio González. Como jefe

de patio de Matamoros se hizo cargo Osvaldo Pérez y como representante del Cuartel General el teniente Gustavo Segovia, quien venía incorporado con el general Blanco desde Cerralvo y era telegrafista.

A medida que el radio de acción del ferrocarril se fue extendiendo ocuparon los telegrafistas sus estaciones, quedando Felipe García en Matamoros, el de Reynosa se llamaba Ausencio, pero no recuerdo su apellido; en Río Bravo, Doroteo Gutiérrez; en Camargo, Luis Elizondo; en Aldamas, Rosendo López; en Herreras, Armando Landois; en Cuevas, José Medrano y en Ramones, Plácido Garza. Jefe de Despachadores en Matamoros, Blas Coello.



Jefes y oficiales del Estado Mayor del general de división Pablo González, sobre la plataforma de un cañón de montaña, Estación Buenavista, México, agosto de 1914. Centro de Estudios de Historia de México, CARSO. LXVIII-3. 1. 80.

Es probable que olvide a alguno o algunos de estos luchadores, pero que me sirvan de disculpa los años que han pasado y la falta de documentación, pero a medida que ésta vaya apareciendo, iré consignando los nombres de todos aquellos que contribuyeron al triunfo de nuestra causa, a la que estos hom-

bres se entregaron en cuerpo y alma, sin medir peligros ni esperar recompensas, porque hay que recordar que en aquellos días no había derechos, ni alianzas, y por último, no había sueldos, y de lo poco que se recaudaba y de la ayuda del Cuartel General vivían todos, humildemente, pero llenos de fe en el triunfo. Ellos reparaban máquinas, carros y vía, sin poner jamás obstáculos de ninguna especie, pues el servicio de trenes, exceptuando casos de guerra, nunca se interrumpió, a pesar de no haber como ya he dicho, sino dos máquinas disponibles, y cuando se llegaba el momento, empuñaban su carabina los "hermanos del riel" y salían a batirse como el mejor, para regresar después sin pedir ni buscar grados ni recompensa, a ocuparse de sus trenes.

Debe calcularse el esfuerzo que aquellos hicieron por conservar en servicio las únicas máquinas de que disponían, y si se toma en cuenta que después de cada viaje, una máquina tiene que entrar a la casa redonda para ser limpiada y arreglada, y que después de algún tiempo, no muy largo por cierto, es necesario hacerle reparaciones y trabajos complicados de pailería, etcétera, hay que convenir en que los ferrocarrileros de Matamoros tenían un trabajo tremendo solamente para evitar que se pararan sus locomotoras.

Recuerdo que una vez se le rompió una biela a una de las máquinas, y este acontecimiento, que a primera vista resulta insuperable y que no tiene más remedio que remolcarla hasta el primer taller, fue resuelto de una curiosa manera. El ilustre Reyna, ayudado por sus compañeros, obtuvo donde pudo un enorme palo y lo amarró a la biela rota, y a vuelta de rueda, como ellos dicen o a paso de tortuga, como diríamos nosotros, llegó hasta Matamoros, pero no dejó su máquina en el camino.

Cuando el general Villarreal se replegó de Ramones a Los Herreras, allí estaba Reyna listo con su tren para conducir tropas y lo que fuera necesario, y cuando ya fue recuperada aquella plaza, él se prestó a ir hasta Pesquería en un armón para localizar a los mochos y así lo hizo llevando consigo a su

inseparable amigo y compañero Santana Sánchez y otros dos muchachos y fueron avanzando como he dicho en un armón de motor.

Poco antes de llegar, el fecundo ingenio de Eleuterio Reyna ideó una curiosa estratagema para asustar a los federales. Con carrizos y un pedazo de manta hicieron un enorme papalote, como los que usan los niños para sus juegos, y le adicionaron una mecha de yesca y un rehilete, y una vez encendida la mecha lo enviaron, ya muy cerca de Pesquería y en plena noche. Con las chispas de la mecha que desparramaba el rehilete en el espacio, probablemente la avanzada federal, que era muy corta, creyó que eran señales para algunas tropas que se acercaban a asaltarlos con la oscuridad de la noche y abandonaron el pueblecito de Pesquería, a donde entraron triunfantes Reyna y los suyos sin disparar un cartucho, encontrando el pueblo, como de costumbre, saqueado, y una enorme cantidad de leña que allí había almacenada, quemada totalmente por el enemigo.

Poco tiempo después, cuando se ordenó la movilización para el ataque a Ciudad Guerrero, donde Guardiola y Aguirre, el célebre incendiario de Nuevo Laredo avanzó dizque para atacar a Matamoros, Eleuterio Reyna y sus ferrocarrileros hicieron el translado de tropas, parque y víveres hasta Camargo, siempre alertas, siempre animosos, sin desmayar un instante. Por cierto que tratando del ataque a Guerrero, me platicaba Reyna no hace mucho tiempo un detalle curioso, aunque mal oliente; al cual me voy a referir, pero sin dar el nombre del "héroe" del sucedido, porque vive todavía y no le ha de agradar un recuerdo tan triste, pero que muchos de mis compañeros no han olvidado y muchos de ellos me lo han confirmado.

Es el caso que cuando se ordenó al general Villarreal que avanzara con su Primera División a recuperar la plaza referida, a cuyo hecho ya he dado la importancia que merece en un relato anterior, el Cuartel General ordenó que muchos de los oficiales, que no estaban de planta en las corporaciones y otros que se encontraban comisionados en Matamoros, y Reyna sa-

lieran a incorporarse con el general Jesús Carranza para que contribuyeran al ataque sobre Guerrero.

Todos los designados obedecieron, como era natural, a la orden recibida y muchos de ellos gustosos, pues raros eran los que entonces no deseaban ir a combatir al enemigo, pero como de todo hay en la viña del Señor, también existían uno que otro que no eran muy amantes de los cocolazos y a quienes más seducía pasársela capulina en la guarnición de poblaciones, donde había bailecitos y otras distracciones y nada de balitas. De estos últimos era uno muy conocido entre nosotros quien llevaba por mote el de una fruta que se da en Allende y Montemorelos, Nuevo León, y que no es naranja, y este ciudadano armado, aunque no a su gusto, no recibió de muy buen talante la famosa orden de incorporación, pero como no había manera de zafarse no tuvo otro remedio que montar al tren de Reyna y hacer de tripas corazón, sobre todo delante de todos los compañeros oficiales que venían de Matamoros y de los que subieron en su compañía en Reynosa, quienes iban felices, cantando, tomando uno que otro traguito del celebérrimo mezcal de San Carlos, gritando y chacoteando. Pero como conocían bien a su compañero del mote frutal, comenzaron a hablar cuando ya se acercaban a Camargo acerca de los peligros del próximo combate, exagerando enormemente los datos que decían tener. Uno decía:

—Figúrate, manito, que este bruto de Guardiola traerá como seis mil hombres.

Añadía otro:

—Y ¿te acuerdas de lo de Laredo? Pues ahora trae doble artillería.

Y otro:

—Pero eso no es lo peor, sino que viene la caballería mandada por los Echazarreta, que se meten por dondequiera y son muy entrones, y a la mejor le dan una flanquiada al general Villarreal y cuando acordemos nos agarran entre dos fuegos.

—Pues yo —comentaba el de más allá— tengo casi la seguridad de que para ahora ya se desprendieron de Guerrero las caballerías de los Echazarreta y están cerca de Camargo para darnos por detrás.

—Pero lo malo —agregaba otro— es que estos mochos, y los voluntarios peor, son muy brutos y cuando pescan a los de nosotros, sobre todo si son oficiales, ni los huesos les truenan.

—Pero lo más grave —exclamaba el primero— es la muerte que les dan a los nuestros. Acuérdate del que nos agarraron en Ramones, que lo quemaron en una pila de leña verde…

—Y a otros les sacan los ojos y luego los encueran y los echan al río, y después de que se hielan, los matan.

Todo esto hacía que el pobre oficial sintiera un terror involuntario pesando sobre él, cuando de pronto se escucharon unos tiros y el tren se paró en seco, arrojando a unos sobre otros. La alarma fue rápida y todos se prepararon, pues realmente ya estaban cerca de Camargo, y fueron saliendo a las plataformas y asomándose a las ventanillas con sus armas en la mano. A pocos momentos llegó Reyna muy tranquilo y le preguntaron a una voz:

—¿Qué pasa?

—Nada —dijo aquel— que al compañero Santana Sánchez se le aparecieron dos conejos junto a la vía y los mató, y nos paramos para recogerlos y tener comida segura en Camargo, porque en la Estación no hay ni agua.

—¡Qué bárbaros, qué susto nos han dado! —dijo uno y todos se soltaron riendo del sucedido.

Convidaron a Reyna a dar su traguito y comenzó la plática, cuando uno de tantos dijo:

—Oigan aquí huele y no a ámbar, como decía el señor don Quijote.

—Yo no sé quién sería ese sujeto —dijo otro— pero la verdad es que huele a eso que empieza con k.

—Voy, a que con los tiritos le sucedió a alguno una tragedia.

—Yo no…

—Tampoco yo…

—Ni yo…

Y a medida que iban hablando todos se iban levantando y sacudiéndose el polvo de la parte anterior de sus pantalones, pero el amigo del apodo frutal se quedó sentado y entonces todas las miradas convergieron a él:

—¿Qué hubo, viejo, por qué no te levantas?

Y otro

—¿Qué pasotes con tamaños huarachotes, compa?

Y así hasta que no hubo remedio, el pobre dijo:

—Pos… pos… yo estoy malo del estómago… me hizo daño antier la comida… pero…

Y una risa estrepitosa saludó la paladina confesión, dejando al pobre anonadado, mientras los escandalosos oficiales le gritaban:

—¡Al baño! ¡Al baño! ¡Llévatelo Reyna, y échale agua caliente de la máquina!

Y así llegaron a Camargo, donde no había ni señas de federales para marchar a incorporarse con el general Carranza.

De esos elementos abnegados, hay que consignar a título de curiosidad, que el conductor Ramón Cantú es el único que conserva su corrida original, es decir, que todavía es conductor del tren de pasajeros de Monterrey a la H. Matamoros.

En cuanto a los demás, muchos murieron, otros como el mismo Reyna están retirados del servicio, porque ya no tienen "derechos" y quedan algunos, sobre todo telegrafistas, que aún conservan por milagro sus empleos, porque los de arriba se han olvidado, por fortuna, de quitárselos.

Y volviendo a los ferrocarrileros, éstos mismos, con Reyna en la punta, trajeron en abril el parque hasta Pesquería para reforzar el ataque sobre Monterrey, conduciéndolo desde Herreras en armones y carretillas que ellos mismos empujaban, y luego en carretas hasta la línea de fuego, para venir luego a "darse una caladita" como ellos decían, entre los balazos.

Y cuando se tomó Monterrey, Eleuterio Reyna fue nombrado superintendente del Ramal de Matamoros, donde quedó con su tripulación, pero antes hicieron una reparación total de la vía, hasta reanudar el servicio.

Es de notarse que estos "veteranos del riel" fueron siempre fieles al constitucionalismo, pues cuando sobrevino la escisión villista, prestaron magníficos servicios todavía, y a su debido tiempo contaré algunas de sus proezas frente a la misma ciudad de Monterrey, que cañonearon con una enorme boca de fuego montada en una plataforma, con la que llegaban casi hasta la Estación del Golfo.

Pero éste es otro cuento, que a su tiempo se contará…

•

Media vuelta al queso



Una vez movilizadas las tropas rumbo a Saltillo, el Cuartel General del Cuerpo de Ejército del Nordeste comenzó también a trasladar sus oficinas y dependencias para establecerse en la capital coahuilense, lo que se efectuó el día 4 de junio, pero un día antes, el general González giró una circular, que se publicó también en la prensa local, confirmando la comisión conferida al 19° Regimiento de Caballería, para que ejerciera funciones de policía en la ciudad de Monterrey y exhortando a todos los elementos militares para que los componentes de dicho regimiento fueran reconocidos en la función ordenada, absteniéndose cualquier otro militar o corporación de ejercerlas o intervenir en cualquier forma para evitarlas u obstruccionarlas, so pena de sujetarse a los castigos a que se hicieran acreedores.

Inmediatamente que arribamos a Saltillo se establecieron las oficinas del Cuartel General en la casa del señor Bernardo Sota, frente a la esquina norte del Palacio de Gobierno, comenzando a funcionar en seguida todos sus servicios, como de costumbre. Se había nombrado ya jefe o director de los Ferrocarriles Constitucionalistas al teniente coronel Carlos Fierros y superintendente de Trenes Militares al capitán Gustavo Segovia, a quienes se les dieron instrucciones para que se reconstruyera la vía rumbo a Monclova, a fin de reconcentrar las fuerzas del general Murguía para el avance al sur.

En Monterrey se habían incorporado varios elementos, sobre todo civiles, a las filas revolucionarias, entre ellos los licenciados Santiago Roel y Cecilio Garza González, el primero quedando con el general Villarreal y el segundo agregándose al Estado Mayor del general en jefe; también con el gobernador de Nuevo León quedaron el ingeniero Faustino Roel y los señores Alberto e Isaac Galván, el profesor Fortunato Lozano y otros valiosos elementos.

En Monterrey también se incorporó el ingeniero Pascual Ortiz Rubio, pero ignoro en qué circunstancias, pues sólo recuerdo que por mi conducto se ordenó que pasara a depender del Cuerpo de Ingenieros que encabezaba el teniente coronel Luciano Reyes Salinas en la ciudad de Saltillo, pero no se incorporó efectivamente hasta San Luis Potosí, y como detalle curioso recuerdo que supimos que después del incendio del Casino de Monterrey en 27 de julio, saquearon gentes del pueblo algunos cuartos del Hotel Continental, entre ellos el del ingeniero Ortiz Rubio, quien perdió su equipaje.

Se anunció que el día 7 llegaría a Saltillo el Primer Jefe de la Revolución, don Venustiano Carranza, y naturalmente comenzaron a hacerse los preparativos para recibir al ilustre ciudadano, a quien un día, casi un año antes, en julio de 1913, habíamos despedido en Cuatro Ciénegas de donde partía para Sonora, montado en su caballo de campaña, sereno entre la derrota que acabábamos de sufrir en Monclova, pero con el

corazón pleno de fe en el triunfo y teníamos grandes deseos de verlo de nuevo, ahora que regresaba casi triunfante.

Y naturalmente, todos deseábamos mostrar nuestros progresos marciales, pero los más interesados eran los jefes de las escoltas de los generales y especialmente del general en jefe, que tendrían que recibirlo con los honores militares y marchar escoltándolo desde la Estación hasta su alojamiento; así es que el teniente coronel Alfredo Flores Alatorre estaba bastante preocupado y había ordenado a los capitanes jefes de Escuadrón del Regimiento Escolta que mandaba, que diariamente durante cuatro o seis horas o el mayor tiempo posible, dieran instrucción a sus soldados.



1) General de división P. González en su carro Pullman especial, 2) M. González en su discurso, 3) ex general Y. M. Zaragoza entregando al general de división P. González las fuerzas rendidas, 4) teniente Balderas, oficial de 0400, 5) capitán 7° A. Aguilar; el ex general Zaragoza al oír el discurso del teniente coronel González (llora); ex federales escuchando al teniente, Apizaco, Tlaxcala. Centro de Estudios de Historia de México, CARSO, LXVIII-3. 1. 88.

Los capitanes a su vez andaban locos, porque como es natural, muy pocos eran fuertes en instruir sobre marchas, contramarchas, flancos y medias vueltas, conversiones, etcétera,

etcétera, y la mayoría de ellos se confiaban en los tenientes y subtenientes, así es que el patio del Cuartel General era una olla de grillos, porque si bien los que estaban acuartelados en otro lugar hacían allá su instrucción, en cambio los que daban el servicio del Cuartel General se dedicaban a ejercitarse en el patio y todo el día estamos oyendo: "¡Firmes! ¡Media vuelta a la derecha! ¡Derecha! ¡Media vuelta a la izquierda! ¡Izquier…! ¡Tercien… ar…! ¡Presenten… ar…!" Y así sucesivamente.

Pero una tarde estaba Alfredo Rodríguez, jefe de Estado Mayor Interino, en uno de los balcones que dan al patio, pues teníamos las oficinas en el segundo piso de la casa, y de repente me llamó con mucho misterio, diciéndome:

—Ven acá, pero no hables fuerte.

Y al llegar me mostró un espectáculo curioso por demás. En uno de los ángulos del patio había seis u ocho soldados formados y dándonos la espalda un teniente muy conocido pero de cuyo nombre no puedo acordarme en estos momentos, que les daba instrucción; pero lo más curioso del caso era que los soldados, en lugar de tener una carabina en la mano, portaban en la derecha un pedazo de queso y en la izquierda un piloncillo y las voces de mando eran éstas, que no se encuentran según creo, en ningún manual ni libro de instrucción militar, pues el oficial muy serio gritaba: "¡Firmes! ¡Media vuelta al queso!" Y matemáticamente, como movidos por un resorte, daban media vuelta a la derecha, y luego: "¡De frente! ¡Pa delante… march…!" Y marchaban de frente. Después volvía a mandar: "¡Alto!" Hacían alto y vuelta a gritar: "¡Firmes! ¡Media vuelta al dulce!" Y giraban violentamente hacia la izquierda. Esto se repitió como una docena de veces y entonces Alfredo le habló al oficial:

—Oiga, mi teniente, venga acá un momento.

A lo cual obedeció aquel y subiendo a donde estábamos, se cuadró y preguntó:

—¡Ordene usted, mi teniente coronel!

Alfredo le dijo:

—Dígame mi teniente, ¿qué clase de instrucción es esa que está usted dando y, sobre todo, de dónde ha sacado esas voces de mando tan raras?

—Pues verá usted, teniente coronel, contestó el oficial, lo que pasa es que esos soldados son reclutas y de los más burros de mi escuadrón, porque no saben ni los he podido hacer entender cuál es su mano derecha y cuál su izquierda, por lo que me he valido para poderlos instruir y hacer que entiendan las voces de mando de una estratagema, que me ha dado buen resultado, como usted vería. En la mano derecha les puse a cada uno un pedazo de queso y en la izquierda un piloncillo, y así cuando les grito: media vuelta al queso, voltean a la derecha y cuando les digo: media vuelta al dulce (que así conocemos en la frontera al piloncillo) dan vuelta a su izquierda.

—¿Y le da resultado?

—Sí, mi teniente coronel, ya he amansado así como a unos veinte y éstos ya casi están listos.

—Muy bien, puede retirarse.

—Con su permiso, mi teniente coronel.

Y nosotros nos quedamos riendo de la ocurrencia, que le platicamos después al general González, a quien también le hizo mucha gracia la estratagema del teniente, cuyo nombre verdaderamente siento no tener en la memoria.

Por fin se llegó el ansiado día 7 de junio y salimos acompañando al general en jefe a recibir al señor Carranza, quien llegó poco antes de mediodía, siendo recibido por más de diez mil personas, que entusiastas gritaban: "¡Viva Carranza! ¡Viva la Revolución! ¡Muera Huerta!"

En la Estación podían verse a los principales jefes del nordeste, que acompañaban al general en jefe y a sus subordinados; con el general Cesáreo Castro iban los coroneles Alejo G. González, Fortunato Maycotte, Fortunato Zuazua y otros a quienes ya nos hemos referido; con el general Francisco Coss, quien se había incorporado en Saltillo, venían los coroneles Pilar R. Sánchez, Abraham Cepeda, Dionisio Carreón y otros de me-

nor graduación, creo que tenientes coroneles Reynaldo y Pedro Nuncio, Fernando Dávila. Ignacio Flores, Ignacio Ramos, etcétera, y mayores Jesús Guajardo, Arnulfo Cárdenas y otros más.

Con el general González los miembros de su Estado Mayor, a quienes hemos hecho ya referencia y además otros de reciente incorporación, como el teniente coronel Manuel García Vigil, quien había estado con la Revolución desde sus comienzos colaborando primeramente en el diario *El Progreso*, fundado por don Emeterio Flores en Laredo, Texas, para después ir a tomar las armas en Piedras Negras, perteneciendo después al Estado Mayor; José Véliz, taquígrafo que prestó buenos servicios al general González, en su Estado Mayor también, así como los oficiales tenientes Miguel García y Andrés García; el mayor ingeniero Fortunato Villarreal Neira, recién incorporado al Cuerpo de Zapadores, mandado por el teniente coronel Fernando Vizcayno, etcétera.

Con el Primer Jefe llegaron los señores licenciado Isidro Fabela, don Felícitos Villarreal, encargado de Hacienda; Ernesto Meade Fierro; ingeniero Pastor Rouaix; teniente coronel Alfredo Breceda; general Jacinto B. Treviño, jefe del Estado Mayor; general Ignacio L. Pesqueira; Jesús Valdés Leal, subjefe de Estado Mayor, y algunos otros que no recuerdo.

El señor Carranza abrazó a los altos jefes y a algunos de nosotros, saludando afectuosamente a todos los demás, hablándonos a muchos por nuestros nombres, pues una de las facultades de aquel prócer era su notable memoria y al efecto, quiero hacer hincapié en un hecho curioso que lo demuestra y que me atañe en lo personal. Cuando llegó mi turno de saludarlo, me abrazó y me dijo:

—¿Cómo está usted teniente coronel González?

—Muy bien, señor, para servirlo.

Él agrego:

—¿Cómo está Marcelino?

—Bien, señor, gracias; se halla en Matamoros.

—Pues salúdemelo.

Mi padre, don Marcelino González Galindo había sido amigo de la infancia y aun compañero de escuela de don Venustiano, aunque de más edad que el Primer Jefe, y éste, a pesar de sus atenciones y múltiples preocupaciones, siempre, pero absolutamente siempre que hablé con él, después de mi saludo, me preguntó: ¿cómo está Marcelino?

Honda emoción nos causó a todos los que recibimos al Primer Jefe el volver a contemplar su patriarcal figura, de noble prestancia, que infundía respeto por su gravedad y afecto por su ecuánime bondad. Sereno e impasible lo habíamos visto partir un año antes, cuando la Revolución comenzaba y sufríamos los primeros descalabros serios en Monclova; tranquilo, con la mirada fija hacia el porvenir, contemplando el futuro de la lucha gigantesca a través de sus espejuelos lo vimos salir de Cuatro Ciénegas una mañana de julio y ahora volvíamos a verlo igualmente sereno, igualmente impasible, cuando ya casi sus visiones de triunfo se habían tornado en realidades. Al frente de una escolta de sesenta hombres había marchado por el arenoso desierto de Coahuila, pero dejando encendida la llama de la fe en la victoria en nuestros jóvenes corazones y no sólo la nación, sino el extranjero, lo había contemplado erguido ante la infamia y la traición, para regresar ahora, aclamado por las multitudes y al frente de ejércitos de miles de hombres, disciplinados en su mayoría y sobre todo, llenos de fe en él y en la causa, cuya bandera enarbolaba a los vientos de la victoria.

Aquella noche fue de holgorio, pues mientras el Primer Jefe cenaba y hablaba de asuntos trascendentales con el general González y demás altos jefes constitucionalistas, la insigne palomilla se dedicaba, según su costumbre inveterada, a "sacarle punta al quiote", como decía el bravo Flores Alatorre, *El León Dormido*, o sea a divertirse de lo lindo, escanciando jugo de las vides de Cuatro Ciénegas o de donde fueran, el jugo de los magueyes coahuilenses y hasta el jugo de la malta bávara, o sea la rubia cerveza regiomontana.

Y viene a mi mente que aquella noche de junio, bajo el cielo azul y espléndidamente estrellado de la vieja ciudad fundada por don Francisco de Urdiñola, nuestros ojos pecadores, que tantos despropósitos y atrocidades más o menos chuscas, macabras y de todas especies habían visto, vieron el más inusitado espectáculo.

Sucedió que después de cantar, reír, decir versos, contar chistes y cuentos de todos colores, tuvimos los más conspicuos miembros de la palomilla la ocurrencia de ir a dar un paseo a la hermosa Alameda de Saltillo, a donde llegamos cantando en coro una inacabable y cuasi modernista canción que decía: "este farol ya no alumbra… ya no alumbra este farol", y así sucesivamente durante media hora o más, hasta que nos cansábamos.

Serían como las dos de la mañana cuando alguien dijo:

—Oigan… una música que viene por acá…

Escuchamos y efectivamente, oímos los conocidos acordes de "La Cucaracha", pero apagados, como en sordina, despedidos por varios instrumentos de cuerda y a poco vimos una especie de carromato tirado por dos caballos que se dirigía a donde nosotros estábamos, por uno de los andadores exteriores de la Alameda, destinados a vehículos. Entonces nos acercamos a cerciorarnos de lo que significaba aquella inusitada serenata y con estupor nos dimos cuenta de que era nada menos que una carroza fúnebre, tirada por dos buenos caballos, en cuyo pescante venían como cocheros, ¿quiénes dirían ustedes? Pues los ínclitos y nunca bien ponderados tenientes coroneles don Federico Montes, jefe de las ametralladoras del Cuerpo de Ejército del Nordeste y el ingeniero don Guillermo Castillo Tapia, además del maravilloso mayor don Vicente F. Escobedo, *Ego*, quienes traían dentro de la carroza, aunque con la puerta trasera abierta probablemente para que no se asfixiaran, a cinco músicos trashumantes que Dios sabe dónde capturarían, así como sólo el mismo Supremo Artífice es capaz de saber dónde decomisaron aquel macabro armatoste, nunca

jamás, creo que antes ni después, destinado a conducir en sus entrañas dedicadas a la muerte, a una orquesta, ni menos a dar serenata como aquella.

Pasaron imperturbables ante nosotros, que mudos de admiración por aquella peregrina ocurrencia los seguimos, dando una vuelta completa a la Alameda y después los abandonamos a su suerte, dejándolos que se perdieran entre las sombras de la noche propicia al encubrimiento de aquel único y abracadabrante espectáculo.

El fin de esta truculenta, aunque musical y hasta sonora aventura jamás lo supimos, pues los tres héroes nunca nos quisieron decir en qué habían parado y adonde habían conseguido la carroza ni donde la habían abandonado. Dos de ellos pasaron ya al mundo de las sombras o de la luz (¿quién lo sabe?) y el otro: Montes, *El Samurái*, no se acuerda o no se quiere acordar.

Siguieron incorporándose a Saltillo nuevas tropas, entre ellas las del general Andrés Saucedo, *La Muerte*, donde venían el bravo y simpático coronel Abelardo Menchaca; el valiente teniente coronel José Cavazos; el teniente coronel Prisciliano Flores y otros amigos nuestros, a quienes recibimos con júbilo.

•

El sombrero "cufifo"



El 8 de junio se dio un banquete al Primer Jefe don Venustiano Carranza en una de las Quintas de Saltillo, al que concurrieron numerosos civiles y más militares constitucionalistas, recordando ahora, además de los que tantas veces hemos nombrado, a algunos que antes se nos habían escapado, pero que todos habían contribuido a los triunfos de nuestra causa, a los siguientes: con el general Francisco Murguía, cuyas fuerzas acababan de llegar de la región de Piedras Negras y Monclova, venían el teniente coronel Arnulfo González, mayor Eduardo Hernández, coronel Encarnación Frías, coronel Benjamín Garza, etcétera; con el general don Jesús Carranza, que acababa de llegar de Matamoros, estaban el teniente coronel Manuel Caballero, jefe de Estado Mayor; licenciado Pascual Morales y Molina; teniente coronel Jesús Soto; coronel Gregorio Osuna; teniente coronel Pedro Treviño Oroz-

co; capitán Simón Díaz, Ignacio Peraldi, etcétera. Con don Cesáreo Castro, aparte de los ya conocidos, Alejo, Zuazua, Maycotte y Jesús Novoa, asistieron los mayores Pablo Rodríguez y Venecio López; capitán Otoniel Rodríguez, etcétera. Con don Pablo, además de su Estado Mayor y jefes ya referidos venían el mayor Maurilio Rodríguez, teniente coronel Tomás Marmolejo, teniente Humberto Dávila; teniente coronel licenciado Deódoro de la Garza y otros, y con el general Francisco Coss, sus jefes coronel Pilar R. Sánchez, coronel Abraham Cepeda, coronel Reynaldo Nuncio, y oficiales y jefes como el mayor Lucas González, Eusebio Galindo, etcétera.

La comida fue espléndida y tomaron la palabra el licenciado Fabela, Heriberto Barrón, a quien veíamos con malos ojos por sus antecedentes pero que venía con el Primer Jefe quién sabe desde dónde; Félix Neira Barragán y Jorge Von Versen, viejo luchador con la pluma y la palabra, de quien injustamente me había olvidado.

Se habló del próximo triunfo de la Revolución; se recordaron los tiempos en que, ante Candela, nos habíamos reunido unos cuantos cientos de hombres, pie veterano del ahora fuerte Cuerpo de Ejército del Nordeste; recordamos aquella fiesta en el Cañón de San Antonio, donde el mismo Fabela augurara el triunfo, que ahora estaba ya casi realizado, etcétera, pero cuando el Primer Jefe, con su voz reposada y grave habló, significando la satisfacción que sentía de ver a los leales revolucionarios que no habíamos desmayado en la terrible lucha y expresando su placer al notar que muchos de los jefes de menor graduación, y oficiales que había dejado al salir para Sonora, los encontraba ahora como tenientes coroneles, coroneles y generales, y después de dedicar un recuerdo honroso a los que habían caído en la lid contra la usurpación, terminó con éstas palabras: “pero si bien la lucha armada está por terminar pronto, no hemos triunfado aún, pues falta la lucha política, que será la más ardua, para la cimentación de los ideales revolucionarios y a ella tendremos que ir, sin desmayar, hasta vencer o perecer en la demanda”.

Nosotros, jóvenes, inexpertos y llenos de ilusiones, que creíamos que al tomar la capital de la República, todo habría terminado y después sería ya "vida y dulzura", al escuchar las palabras del ilustre jefe de la Revolución, vimos ante nuestros ojos el porvenir escabroso todavía; lleno de dificultades y peligros para la misma Revolución y tengo muy presente que en esos momentos me volví a Vicente F. Escobedo *Ego*, que estaba a mi lado y le dije:

—Eso quiere decir que falta todavía el rabo por desollar.

Y aquel contestó:

—¡Si me haces favor!

Este discurso de don Venustiano quizá no sería profético, porque es probable que supiera o sospechara lo "que había en la olla", pero a nosotros sí nos pareció pocos días después que aquello era una profecía, porque los acontecimientos se desarrollaron de una manera inesperada para quienes, como jefes inferiores como éramos, no sabíamos gran cosa de la política corriente.



Constitucionalistas recibiendo armas de los ex federales.
Centro de Estudios de Historia de México,
Carso, LXVIII-3. 1. 91.

Pero antes de referirme a los acontecimientos esbozados, quiero recordar algunos nombramientos que en esos días fueron hechos por la Primera Jefatura, como son: el coronel Severiano Rodríguez fue designado jefe de la Guarnición de Saltillo; el coronel Francisco J. Múgica fue nombrado administrador de la Aduana de Tampico y encargado de organizar los servicios federales en aquel puerto; el doctor Arnoldo Krum-Heller, quien había estado al frente de una sala del Hospital de Matamoros, recibió nombramiento como jefe del Hospital de Tampico; el coronel Alberto Fuentes D. fue designado gobernador del estado de Aguascalientes para cuando se ocupara aquella entidad, quedando como jefe efectivo del Estado Mayor del general Pablo González, el teniente coronel Alfredo Rodríguez.

Como se pretendía avanzar rumbo a la capital a la mayor brevedad, el general González, de acuerdo con el Primer Jefe, se dedicó a preparar y reorganizar sus fuerzas, que habían aumentado de manera considerable. Se reforzaron las divisiones existentes, quedando su nomenclatura en la siguiente forma: Primera División, al mando del general Antonio I. Villareal; Segunda División, general Francisco Murguía; Tercera División, general Teodoro Elizondo; Cuarta División, general Cesáreo Castro; Quinta División, general Luis Caballero; Sexta División, general Alberto Carrera Torres; Séptima División, general Francisco Coss, y Octava División, general Jesús Agustín Castro.

Además se formó la Segunda División del Centro, cuyo mando tomó el general Jesús Carranza Garza y que fue compuesta por la División al mando del general Alberto Carrera Torres y las fuerzas de los generales Eulalio y Luis Gutiérrez, destinándose este contingente para que operara sobre la capital de San Luis Potosí, dividida en dos fracciones, las de los generales Gutiérrez por el norte, sobre la vía férrea y la del general Carrera Torres por el Oriente sobre la vía de Tampico. El general Carranza Garza salió inmediatamente a ponerse al

frente de las operaciones en Cerritos, San Luis Potosí, conduciendo suficientes pertrechos de guerra, porque precisamente en esos días arribó un gran cargamento de parque, tres millones de cartuchos, que condujo el barco *Sunshine* y luego otro de 1,656 cajas de parque que desembarcó el vapor *Antilla*, también en Tampico.

Por cierto que en esos días se armó un tremendo revuelo porque el "gorila" Huerta, tratando de dar sus últimos zarpazos, declaró que los cañoneros "Zaragoza" y "Bravo" impedirían por la fuerza el desembarco de estos pertrechos en Tampico y hubo protestas y artículos de prensa, hasta que parece que desistió o burlaron la vigilancia los vapores citados, pero ellos condujeron y entregaron el parque a los encargados por el Cuartel General del nordeste, así como también un aeroplano, el primero que dispuso la Revolución en esta región y que fue confiado al aviador y artillero capitán Alberto Salinas Carranza.

Mientras por el día se trabajaba febrilmente en los preparativos de avance, por la noche la palomilla, casi toda reunida, exceptuando los que estaban en Monterrey y el coronel Alfredo Ricaut y los suyos, donde estaba nuestro apreciable Lucho Rendón, que se habían quedado en Matamoros, nos reuníamos en la cantina de los Portales o en el Hotel de la Plaza, donde departíamos amigablemente, entre vaso y vaso de cerveza helada y después salíamos de paseo, a los bailecitos de barrio o a donde hubiera algo en qué divertirnos, porque la loca juventud estaba en su apogeo y nos retozaba la alegría, de tal modo, que los grandes cuidados y preocupaciones de los jefes superiores, que por el día también nos preocupaban, ya que sobre todo los que estábamos en los estados mayores o secretarías particulares, que conocíamos la marcha de los acontecimientos, nos identificábamos con ellos, mas por la noche desaparecían como por encanto y sólo nos cuidábamos de divertirnos más y mejor.

En una de esas noches, y cuando alrededor de una mesa, Federico Montes, *El Samurái* famoso, ya coronel, "le cargaba los perros", como decíamos, a Vicente Escobedo, el no me-

nos afamado *Ego*, esto es, le daba bromas a cual más picantes, con su seriedad acostumbrada, recordándole que cuando había salido Montes al combate de Guerrero, desde Matamoros, Vicente y Castillo Tapia se habían desnudado y acostado en sus camas para no acompañarlo, y otras más; *Ego* se indignó de mentiras, y tuvo una frase sublime para significarle a Federico que para nada servía y que lo despreciaba profundamente (de mentiras también, porque lo quería entrañablemente); lo llamó *pelón* desprestigiado, etcétera, y acabó por lanzarle, parodiando a Díaz Mirón, este apóstrofe:

> Hay plumajes que manchan
> el pantano y no se limpian…
> Tu plumaje es de esos.

Esa misma noche, y ya como a las dos de la mañana, estábamos aún sentados en Los Portales, frente a la plaza principal, jugando al dominó y chacoteando, y como habíamos echado menos desde hacía tiempo al ilustre teniente coronel Escobedo, *Ego*, filósofo de la escuela de Diógenes y miembro muy querido de la palomilla, de pronto uno de los nuestros dijo:

—Allí viene *Ego*.

Efectivamente, por la plaza venía el insigne compañero, al parecer por sus pasos, algo "cufifo". Y aquí hay que advertir que la palabrita esa, que no existe en diccionario alguno, al menos que yo sepa, había sido adoptada por nosotros como sinónimo de "beodo" y sus similares, que nos caían muy mal y se derivaba de un cuento que nos contara Alfredo Rodríguez, gran maestro en el arte del chiste y que no resisto a la tentación de reproducirlo: decía Alfredo que en una cantina de México tomaba la copa un ciudadano, acompañado de su hijo, ya hombre hecho y derecho, y el padre le decía:

—Mira, hijo, la cerveza es buena, pero cuando ya está uno cufifo, hay que abandonarla y retirarse a su casa.

—¿Y cómo sabe uno cuando está cufifo, papá? —preguntaba el joven.

—Muy sencillo —respondía el viejo— cuando veas doble. Por ejemplo, ¿ves aquellos dos señores que están tomando en aquella mesa? Bueno, pues cuando veas cuatro, es que estás cufifo.

—Papá, allí no hay más que un señor —dijo el muchacho.

Y desde entonces quedó adoptado el término entre nosotros.

Nos quedamos suspensos y callados, viendo a Escobedo que se dirigía hacia los Portales, pero sin vernos, cuando al bajar la banqueta de la plaza dio un traspiés y se le cayó el sombrero; se paró en seco, se volvió al sombrero, bajó el cuerpo un poco en ademán de inclinarse para recogerlo; se tambaleó y volvió a enderezarse; repitió la maniobra y probablemente convencido de que no podía agacharse sin perder el equilibrio, increpó al sombrero que estaba en tierra, diciéndole con toda seriedad:

—Mira, sombrerito, yo creo que estás cufifo, pero si te levanto, me caigo, y si yo me caigo, tú no me levantas. Mejor te dejo.

Y lo dejó dirigiéndose a los Portales, donde saludamos su monólogo con grandes risotadas, quedando su frase para la posteridad.

El día 10 de junio anunció el general Pánfilo Natera que emprendía el ataque sobre la plaza de Zacatecas, donde se había concentrado un fuerte núcleo de federales huertistas al mando de Luis Medina Barrón. El señor Carranza ordenó al general Francisco Villa, quien se encontraba en Torreón, al frente de su poderosa División del Norte, que enviara un refuerzo de tres mil hombres para que cooperara con los generales Natera, hermanos Arrieta, Triana y Carrillo.

Contra mi costumbre, consigno estos hechos que no atañen al Cuerpo de Ejército del Nordeste, porque esto fue el origen del distanciamiento entre la Primera Jefatura y la División

del Norte, pues el día 12, cuando el señor Carranza repitió su orden de que se enviaran ahora cinco mil hombres a Zacatecas y alguna artillería, el general Villa se negó, exponiendo sus razones y después renunció al mando de su División, ahondándose más aún las diferencias cuando los generales Ángeles, Urbina, Contreras, Almanza, Trinidad Rodríguez, José Rodríguez, Ceniceros, Aguirre Benavides, Pereyra, Servín, Robles, Hernández, Ortega, Maclovio Herrera, Máximo García y coronel Raúl Madero, protestaron por la separación de Villa, confirmándolo en el mando de la División y desconociendo la autoridad del Primer Jefe.

Estos acontecimientos tuvieron lugar del 10 al 13 de junio y culminaron con las conferencias de Torreón, que se celebraron en los días 4 al 8 de julio, entre delegados de la División del Norte y del Cuerpo de Ejército del Nordeste, y de las que haré mención en su oportunidad, pero influyeron grandemente tanto en nuestro ánimo como en el curso de las operaciones, pues un rompimiento de aquella naturaleza impedía el avance hacia la capital de la República, ya que, lógicamente, no era posible seguir adelante sin solucionar un conflicto tan serio que amenazaba con un estado de guerra dentro de las mismas filas del constitucionalismo, y que podría traer como consecuencia el que las huestes del usurpador Huerta se rehicieran y nos batieran en detalle, mientras nos ocupábamos en luchar entre nosotros mismos.

Yo no quiero, ni debo, dentro de los límites de mis escritos, cuya índole es especialmente narrativa de los acontecimientos que pasaron por mi vista, extenderme ni comentar detalladamente estas tristes diferencias, ni menos juzgar sobre sus orígenes y secuela, porque no estoy capacitado para ello, puesto que estoy concretándome a relatar lo que vio y supo un simple oficial o jefe de inferior graduación en aquel entonces, y además, sobre este asunto se han escrito ya libros y folletos con toda la documentación correspondiente, por lo que no haría sino repetir lo publicado. Sin embargo, debo decir que aquello fue un golpe terrible para nuestras ilusiones y anhelos, pues el

alto espíritu de compañerismo que siempre animó al general don Pablo González, nos había hecho suponer que igualmente pasaría con los demás grandes núcleos revolucionarios y el respeto que siempre nos había impuesto y nos imponía el señor Carranza, también nos hacía esperar que su figura sería el estandarte y guía de la Revolución, que él había iniciado y encabezado, así es que aun en nuestras reuniones reinaba cierta sombra de tristeza y pensábamos ya en las palabras vertidas por don Venustiano en el banquete del día 8.

Este mes de junio fue pródigo en acontecimientos tristes para nosotros, pues el día 16 recibimos la infausta noticia de la muerte de nuestro querido jefe y buen amigo, el coronel don Francisco Sánchez Herrera, quien después de una larga agonía en el Hospital de Monterrey, sucumbió a las heridas recibidas en Tampico. Su hijo, el valiente mayor Francisco Sánchez Castro curó afortunadamente, pero el viejo luchador cayó para siempre y aquel fue día de duelo para todos los que lo conocimos y lo quisimos.

El día 19 telegráficamente se comunicó al Cuartel General la desgraciada muerte del capitán ingeniero Juan Foster, acaecida en Tampico, donde se ahogó accidentalmente. El capitán Foster fue aquel valeroso compañero de quien he relatado que decía: "yo no estoy conforme con ese tratamiento. Yo me voy a la mar, porque en la tierra no haber justicia", y que tan valientemente se portó en la toma de Ciudad Victoria, al frente de los dinamiteros, lanzando las bombas que fabricaba él mismo sobre las trincheras federales. A pesar de su origen extranjero, el ingeniero Foster era mexicano de naturalización y tenía más de treinta años de vivir en México, habiéndose casado con una dama mexicana, por lo que lo considerábamos y apreciábamos como nuestro, pues desde los primeros días de la Revolución se había unido al general Lucio Blanco y seguido la suerte de nuestras armas, por lo cual lo sentimos hondamente.

El general Carrera Torres rindió parte de aquel el 13, que los huertistas Argumedo y otros habían atacado las posiciones

que en La Ventura, San Luis Potosí, sostenían los coroneles Francisco S. Carrera y Saturnino Cedillo, quienes rechazaron al enemigo haciéndole veintiséis bajas y derrotándolos completamente.

•

Los "cirgüelos" del capitán



Aquella segunda quincena de junio fue triste para nosotros, porque tal parecía que se cernía sobre nuestros espíritus algo así como una niebla, que nos impedía ver claro el más allá. Todos, jefes y oficiales, veíamos con claridad que el momento porque atravesaba la Revolución era de los más críticos y la única esperanza se cifraba en que los altos jefes encontraran una solución conveniente a la que parecía inminente disgregación de una buena parte del Ejército Constitucionalista. Y los temores iban en aumento a medida que los acontecimientos se sucedían, pues el día 21 del mismo mes se recibió en el Cuartel General del Nordeste el siguiente oficio:

> C. general P. González.—J. del C. de E.D.N.E.—Presente.—Transcribo a Ud. el siguiente oficio que dirijo al general Felipe Ángeles.—Esta Primera Jefatura Constitucionalista que es a mi cargo,

ha dispuesto que con esta fecha cese Ud. en el puesto de subsecretario de Guerra, por convenir al buen servicio y al buen nombre del Ejército Constitucionalista y por no haber sabido corresponder a la confianza que le ha dispensado esta jefatura, cometiendo grave falta de desobediencia.—Sírvase Ud. ordenar se publique esta disposición por la orden del día de la plaza.—Atentamente.—Constitución y Reformas.—El P. J. del E. C. —V. Carranza.

Unos cuantos días después y ya sin órdenes de la Primera Jefatura, el general Villa y sus fuerzas daban la batalla de Zacatecas y la ganaban, derrotando a Medina Barrón y los generales federales que lo acompañaban, haciéndoles infinidad de prisioneros y recogiendo inmenso botín de guerra, armas y pertrechos. Esta batalla tuvo lugar el 23 de junio y de ella rindió parte detallado todavía el general Villa al señor Carranza, pero pocos días después se devolvió a Torreón con la mayor parte de sus efectivos. Los rumores populares, la prensa y aun en los círculos políticos americanos hacían aparecer al jefe de la División del Norte como rebelde a la Primera Jefatura, y para dar pábulo a estos rumores se sumaban hechos reales, a los que se concedía enorme importancia, como por ejemplo: el día 20 de junio, el tesorero general del Ejército, señor Serapio Aguirre, dependiente de la Primera Jefatura, que se encontraba en Ciudad Juárez, fue aprehendido, dizque por orden del general Villa, encarcelado y despojado de una considerable suma de dinero, habiendo también aprehendido y encarcelado a altos empleados de la Primera Jefatura, como el señor Herminio Pérez Abreu y otros, los cuales no fueron libertados hasta algún tiempo después, esto es, después de las conferencias de Torreón.

Pero en tanto que las cosas se veían cada día de "color de hormiga viuda", como decía *Ego*, el señor Carranza trabajaba incansablemente en la organización del gobierno revolucionario y se llamaba al ingeniero Alberto J. Pani para que se hiciera cargo de la Tesorería General, y el señor Ignacio Bonillas, que ya había sido nombrado desde Sonora oficial mayor de Fo-

mento, venía a Saltillo; el licenciado Calixto Maldonado R., a quien entonces tuve el placer de conocer y quien fue, y es aún uno de mis más apreciados amigos, llegó no sé con qué comisión, pues sólo permaneció allí unos días, igualmente que don Julio Madero, quien llegó también y pronto salió a desempeñar alguna comisión de la Primera Jefatura, no sin antes saludarnos efusivamente, pues desde aquellos azarosos días de Candela no veíamos al magnífico y selecto amigo.

El general Villarreal, gobernador y comandante militar de Nuevo León, llegó procedente de Monterrey, acompañado por su jefe de Estado Mayor, coronel José E. Santos, teniente coronel David G. Berlanga y otros militares, y además con su secretario particular, que ya entonces era don Santiago R. de la Vega, Juan Saravia, el viejo luchador que también hacía poco que había arribado a Monterrey; el ingeniero José Morales Hesse, etcétera, a quienes recibió don Pablo en la Estación, acompañado por el doctor Luis G. Cervantes, médico del Estado Mayor y amigo particular del general en jefe, que siempre lo acompañaba desde que se incorporó en Matamoros.



El general don Pablo González revisando el freno de su caballo para marchar a la ciudad de Puebla, Panzacola, agosto de 1914. Centro de Estudios de Historia de México, CARSO, LXVIII-3. 1. 87.

También vimos en Saltillo a otros constitucionalistas civiles y militares que venían a ver al Primer Jefe y conocimos al coronel Manuel Bauche Alcalde, inteligente y culto, que tenía la costumbre para nosotros extraña, de aspirar rapé, del que frecuentemente se atiborraba las narices, con gran contentamiento y asombro de nuestros menos civilizados compañeros; a don Roberto Pesqueira, activo cónsul constitucionalista en El Paso, Texas, fino y elegante; volvimos a ver al doctor José María Rodríguez; nuestro cónsul en San Antonio, Texas, y al querido y buen amigo doctor Agustín Garza González, ex cónsul en Brownsville y ahora administrador de la Aduana de Nuevo Laredo; a don Melquíades García, cónsul en Laredo, Texas, y a don Emeterio Flores, agente financiero en el mismo lugar. También llegó a ver a don Pablo el coronel Miguel Alardín, antiguo diputado maderista y hombre a quien el general González apreciaba mucho.

También entonces conocimos al licenciado Luis Cabrera, al licenciado Rafael Zubarán Capmany, con quien trabamos muy estrecha amistad, es decir, con este último; también entablamos una gran amistad con aquel ser deliciosamente desequilibrado, curioso, o no sé cómo calificarlo, pero a quien yo quise sincera y cordialmente, y que se llama Alejandro Mckinney. Nombre eslavo y apellido escocés puro, pero absolutamente mexicano, hasta en "la color", pues si no era "prietito" al menos no era muy blanco.

Mckinney había estado con Lucio Blanco y tenía grado de coronel; fumaba pipas enormes y panzudas, bebía grandes y más panzudos vasos de mezcal, coñac, cerveza o cualquier líquido que no fuera agua, gasolina o aguarrás; era sumamente culto, hablaba inglés y francés a la perfección, tenía una enorme ilustración musical y tocaba maravillosamente la flauta, sobre todo cuando estaba bien cufifo, que era un día sí y otro también, por lo regular; pero su conversación, sobre todo en tratándose de arte y de música era tan amena que yo me pasaba horas enteras con el flaco Mckinney oyendo su charla y

saboreando las notas milagreras de su flauta encantada. ¡Pobre amigo Mckinney! Alguien me ha dicho que vive en México, triste, solo, abandonado; perdidos sus grados por una de tantas marejadas políticas, ya no lo volví a ver después de 1915, pero su flauta todavía de cuando en cuando suena en mis oídos, si a veces, en el silencio de la noche, a solas con mis recuerdos, repaso las cuentas de colores del rosario de mi vida y tropiezo con la figura de mi viejo amigo, con su pipa penzuda y su flauta cantarina… ¡pobre Mckinney!

Y ya que traigo de los campos del recuerdo las figuras de aquellos compañeros, unos muertos y otros olvidados, que es peor, y en tanto también que dejamos pasar los días de zozobra en que nuestros jefes trabajaban por solucionar el conflicto que parecía inminente, vamos a hablar de algunos de los componentes de aquel Estado Mayor, sobre todo de aquellos que he olvidado o que he considerado dentro del nombre genérico de Estado Mayor. Comenzaré por abajo, como se empiezan las casas, por los cimientos, esto es por los asistentes del general González. Desde que Guadalupe, el heroico asistente de don Pablo cayó muerto combatiendo al lado de su jefe a los dragones de Ricardo Peña en las afueras de Linares, jamás volvió aquél a tener un asistente de la especie de Guadalupe, sino que ya tenía tres o cuatro, que cuidaban sus caballos y un oficial encargado de ellos, que era el teniente Leopoldo Hernández, joven muy serio y honrado, en quien tenía mucha confianza y con justicia. "Polo", como lo llamábamos, era respetuoso, correcto y jamás se mezclaba en lo que no era de su incumbencia, por lo que lo apreciábamos sinceramente, aunque no era de nuestro grupo.

El teniente Bernabé Ibarra, quien era como jefe de caballerangos, era hombre serio también, viejo, muy cumplido y dedicado exclusivamente a los caballos del jefe.

Un tipo curioso y soberbiamente simpático era el señor capitán don Pioquinto Ancira (se firmaba Pío V, con una hermosa letra cursiva antigua y una rúbrica de 27 vueltas, ocho alacranes, dos cuernitos y seis puntitos en forma de rombo).

No era muy alto de cuerpo, pero blanco de color y con una hermosa barba apostólica de dos cuartas de larga; barba florida como la del emperador Hugo del divino Rubén; don Pioquinto había sido una especie de intendente o no sé qué en los molinos de harinas del Carmen, regenteados por don Pablo antes de la Revolución, y como hombre de armas y de caballo, a pesar de sus años, que no eran pocos, lo acompañó desde su levantamiento en favor de Madero hasta la fecha, en que considerando terminado lo más arduo de la revolución, el jefe lo instó para que se fuera a descansar, lo que hizo a regañadientes, pues su fidelidad era notoria.

El mayor don Luis Rucobo, mi compadre, que se permitió siempre y se sigue permitiendo aun el sabroso lujo de hablarnos de tú no sólo a mí sino al propio general González, era otra maravilla y a él corresponden los honores de la anécdota en que se basa este relato. Mi compadre Rucobo era y es, aunque está ya viejo, un hombrachón formidable, de más de cien kilos de peso; había sido barbero, zapatero, carnicero, agricultor y yo no sé cuántas cosas más, pero esas gracias eran las que yo le conocía. También desde el principio de la revolución maderista se levantó con don Pablo y le fue fiel en lo absoluto, siempre. Su carácter era áspero y sus modales en nada se parecían a los de los señoritos bien educados, ni su lenguaje tenía gran semejanza con el de los académicos, pero aunque la corteza era ruda, el corazón no estaba maleado, y sobre todo, su sinceridad y su lealtad podían considerarse a toda prueba. Tenía mi compadre el capitán Luis Rucobo sus malquerientes, principalmente por su carácter fuerte y más aún porque desempeñaba el papel de castigador, o como yo lo llamaba "el ejecutor de altas justicias", lo que quiere decir que cuando se necesitaba aplicarle una tanda de sablazos a algún soldado por faltas cometidas o retener algún preso político o militar, etcétera, etcétera, mi apreciable compadre era encargado del asunto y para ello se pintaba solo, porque solo muerto se le iba el detenido. Pues bien, mi compadre había sido afecto a las delicias del cristal hueco, vulgo

copita, pero ya para entonces lo hacía con mucha moderación, porque le producía serios trastornos de salud el abuso, pero un día pasaba muy tranquilamente por una de las cantinas, creo que la que estaba frente al costado oriente del Hotel Coahuila, cuando Polo Hernández, que estaba dentro le habló:

—Capitán Rucobo, véngase a tomar una copita.

Entró el capitán y dijo:

—Pero, hombre Polo, ya sabes que a mí me hace mucho mal el vino.

—Pues no tome nada rasposo, pida un jerecito, como el que me estoy tomando.

—Bueno, pues eso sí, que me traigan un jerez.

El mozo partió al mostrador y trajo el jerez, mas en ese preciso momento, sonó el timbre del teléfono y el cantinero respondió, diciendo:

—Aquí hablan del Cuartel General y preguntan por quién sabe quién.

Entonces se levantó Leopoldo, y a poco volviéndose a Rucobo, le habló.

—Le hablan a usted capitán.

Se levantó Rucobo y fue a hablar, y allí le dijeron algo referente a algunos de los presos que tenía bajo su custodia, y se entretuvo un buen rato, mientras entraban y salían gentes en la cantina. Por fin, terminó la conferencia y dijo:

—Bueno, allá voy.

Y a Leopoldo:

—Vamos a echarnos el jerecito y nos pelamos, Polo.

Y así lo hicieron, pero tanto a mi compadre como a Polo les habían servido junto con el caballito de jerez, un platito de aceitunas, fruta o lo que sea, desconocida para el capitán, que consideró que aquella "botana" era de ciruelas o "cirgüelos", como les dicen mis paisanos, así es que Hernández se comió una y Rucaba, después de dar un trago del vaso, cogió con todos los dedos una hermosa aceituna bien mojada en su caldo y se la echó a la boca, pero en el mismo momento hizo un

horrible visaje, frunció la boca y abriéndola en forma de "O", lanzó furiosamente, como disparada por la boca de un cañón, a la mísera aceituna que fue a parar al mostrador, derribando un vaso y yendo a rebotar sobre el esferoidal abdomen del cantinero. A esta maniobra siguió acto seguido el ruido de la explosión, o sea una interjección tremebunda capaz de producir rubores a un carretero empedernido en su oficio, y en seguida tronó aquella frase digna de esculpirse en mármoles de Paros:

—¡Ah! ¡…Raicionarios jijos de la mazorca, mientras hablamos por teléfono, vinieron y se orinaron en los cirgüelos!

Y salió hecho la mocha, a pesar de las protestas de los cantineros y de las explicaciones de Polo Hernández, sobre el sabor y además particularidades de las pobres frutas del olivo, calumniadas con el mote de "cirgüelos", pero se necesitaron años para convencer a mi compadre de que no le habían jugado una mala pasada los "raicionarios". Otros miembros del Estado Mayor eran: un ciudadano llamado Domingo Méndez Acuña, que todavía creo que pulula por ahí con el grado de teniente coronel o cosa así —era de lo más impopular entre nosotros—, aunque honradamente no sé por qué, puesto que no nos hacía mal alguno, pero probablemente por su carácter retraído, y a quien Alfredo Rodríguez definía así: "un ser misterioso que ni pinta ni da color".

El fotógrafo José Cruz Salazar, capitán valiente y buen fotógrafo, a quien apreciábamos todos, a pesar de sus bigotes a lo Ghengis-Khan, íntimo amigo y cuate inseparable de uno de los más bravos, discretos y buenos ayudantes del general en jefe, que se llamó José Navarro. *Navarrito* lo llamaba todo el mundo y cuando murió, algún tiempo después, fue hondamente sentido.

José Ma. Uranga, F. Martínez Catache, Guillermo Martínez Célis, muy estimado también porque entre sus cualidades tenía la de ser uno de los oficiales de Estado Mayor más correctos, por cuyo motivo era de los que en recepciones y actos serios, siempre acompañaba al jefe. Ya he hablado de Ángel H.

Castañeda, Alfredo Lamonte, José Véliz, etcétera, y me falta contar algunos de los jefes agregados al Estado Mayor, como comisionados, entre ellos estaban el teniente coronel Francisco Artigas, el mayor Marcelino Murrieta, compañero a quien apreciamos mucho porque era y es hombre culto, bien educado y sumamente honorable, quien desempeñó señaladas comisiones que se le confiaron y lo hizo siempre con un alto espíritu de honradez y conciencia de su deber, que lo hacía acreedor a la estimación de los jefes y compañeros. En esa época era jefe de Guarnición en Nuevo Laredo. El general Heriberto Jara iba con nosotros, pero no me acuerdo si como comisionado o en qué forma.

El teniente coronel Federico Silva, quien estaba a disposición del Cuartel General y a quien se comisionaba frecuentemente para tomar el mando de fuerzas cuyos jefes se enfermaban o causaban baja accidental por alguna causa, pues era también de confianza para el general González que lo estimaba por su valor y subordinación, y nosotros lo queríamos porque era de la palomilla. El mayor y profesor Félix Neira Barragán, poeta y orador, que era una de las "piezas" consentidas de nuestra terrible agrupación y cuyos servicios eran también muy apreciados por don Pablo. Los capitanes Natividad Contreras, Miguel Ontiveros y Pedro Hernández, el teniente Rangel y los subtenientes Miguel y Andrés García y Carlos Landeros.

Y me falta una joya: Pablo M. Garza, a quien decíamos *Mamuza* porque le agradaba el jugo famoso del maguey una barbaridad. Había aparecido en la Revolución como ayudante de médico de mi compadre Ricardo González V., y luego yo lo llevé al Estado Mayor desde Matamoros, y de él podría contar mucho, como probablemente lo haré un día, pero hoy sólo hablaré de su maravilloso invento: "el cuarto con ventana a la calle". Nada de arquitectura, no; esto era lo siguiente: penetraba Pablo en una cantina, de donde ya era cliente y el cantinero ya estaba domesticado, y pedía su notable:

—¡Un cuarto con ventana a la calle!

Inmediatamente le servían un vaso de esos llamados de "cuarto" y junto un vasito chiquito, de esos de "traguito". Tomaba el vasito, que uno se suponía lleno de mezcal, y haciendo horribles gestos lanzaba al suelo la mitad del contenido; luego, cogía el vaso grande y lo apuraba de un golpe y uno se figuraba que era el agua; pues no señor, el agua era el vasito y el mezcal era el vasote. En esto consistía su maravilloso invento.

El día 27 del mismo junio salió el Primer Jefe a Monterrey, y en tanto, el general González se dirigió a los generales de la División del Norte proponiendo la celebración de unas conferencias entre delegados de aquella y del Nordeste, con objeto de tratar de zanjar las dificultades existentes, lo que fue aceptado inmediatamente y sobre ello hablaré a su tiempo.

•

Campeonato de ronquidos



A pesar de que mi memoria no es mala, ni de ella puedo quejarme, de repente se cansa o se insubordina y me juega sus trastadas, como a cualquier hijo de vecino, y si no fuere así, ¿cómo podría haber yo olvidado a dos compañeros del Estado Mayor, y uno de ellos tan querido para mí, como mi compadre Ricardo? Pero vuelvo por mis fueros y a hacer honor a quien merece; mi compadre Ricardo González V., para cuando llegamos a Saltillo ya era teniente coronel y por su valor y actividad fue comisionado por el general en jefe con el coronel Cosío Robelo. El otro elemento se llamaba el capitán Natividad Contreras, un charro legítimo del interior, que montaba admirablemente y arrendaba un caballo con maestría sin igual. Contreras había llegado a Monclova exhibiéndose como caballista y torero a caballo, y realmente en la suerte de banderillas montado era una notabilidad; al estallar la revolución se quedó

en Monclova y cuando llegó el entonces teniente coronel Pablo González con sus voluntarios, atravesando el desierto, para incorporarse al señor Carranza, Natividad se le presentó ofreciéndole sus servicios, que fueron aceptados y de allí en adelante anduvo con nosotros y desempeñó comisiones difíciles, pues era valeroso, decidido y, sobre todo, cumplido para lo que se le encomendaba.

Y ahora prosigamos nuestra narración, porque esta primera quincena de julio fue de enorme trascendencia revolucionaria; de grandes cuidados para los jefes y de trabajo abrumador para nosotros, pues el telégrafo no descansaba un minuto y los telegramas en clave nos traían locos. Y aquí hablaremos del cuerpo de telegrafistas, también de Estado Mayor, activos y abnegados hasta lo indecible; su jefe era el entonces capitán primero Mauro S. Rodríguez, un muchachote jovial, lleno de vida, gordo y alto, a quien todos queríamos por su carácter guasón y travieso, pero infalible para trabajar en sus telégrafos; Ismael Rueda, inteligente y laborioso, que después hizo carrera en las armas, llegando hasta general, años después; *Gaonita*, Ignacio Barrera Gaona, pero que era un magnífico elemento y otros más.

Pues bien, habiendo aceptado el general Villa y los jefes de la División del Norte la mediación amistosa propuesta por don Pablo, quien naturalmente había consultado al Primer Jefe y obraba de acuerdo con él, se procedió a nombrar a los delegados del Cuerpo de Ejército del Nordeste, que en su representación sostendrían las conferencias de Torreón, y fueron designados para esta importantísima comisión los generales Antonio I. Villarreal, gobernador y comandante militar de Nuevo León, Cesáreo Castro, jefe de la Cuarta División del Nordeste, y Luis Caballero, gobernador y comandante militar de Tamaulipas, a quienes acompañaban también el teniente coronel Arturo Lazo de la Vega y el señor Ernesto Meade Fierro. El día 3 de julio partieron los comisionados para Torreón y el mismo día arribaron, siendo recibidos muy cordialmente por los generales y jefes de la División que mandaba el general Villa. Al día si-

guiente, 4 de julio dieron principio las conferencias, reconociéronse credenciales y fueron nombrados como delegados de la División del Norte los señores doctor Miguel Silva, ingeniero Manuel Bonilla y general José Isabel Robles, fungiendo como secretarios los señores Ernesto Meade Fierro y coronel Roque González Garza.

Estas conferencias se prolongaron por varios días, desde el 4 al 8 de julio, y en ellas reinó la mayor cordialidad, firmándose un acta que contenía los acuerdos a que se llegó en aquella junta, siendo remitida dicha acta y los acuerdos especiales obtenidos al general González, el que a su vez los puso en manos del señor Carranza, quien ya se encontraba nuevamente en Saltillo. Conferencias y acuerdos son del dominio público y están impresas en varios libros y folletos, por lo que no considero necesario reproducirlos, bastando decir que aparentemente las dificultades quedaban terminadas; que la División del Norte reiteraba su adhesión al Primer Jefe; que los generales que habían dirigido un irrespetuoso mensaje al señor Carranza, retiraban lo escrito y le daban amplia satisfacción; que el general Villa conservaría el mando de la División y algunas otras conclusiones, sobre las que no me extiendo, por lo motivos explicados, esto es, por la gran cantidad de escritos que hay sobre el particular, tanto con los puntos de vista de los carrancistas, como de los partidarios del general Villa, pero sí es justo hacer constar que estos arreglos "provisionales" fueron el resultado de la política bien meditada del general Pablo González, quien vio con claridad el gran peligro que se cernía sobre el constitucionalismo en aquellos momentos, tan grande que si esta tregua o armisticio, o como quiera considerarse, no se hubiera celebrado, indudablemente que ni las fuerzas del Nordeste ni las del general Obregón habrían podido avanzar hacia la capital y quizá el ejército huertista se hubiera podido aprovechar de nuestra desunión y prolongar su resistencia, que ya estaba casi vencida. Todo esto previó el jefe del Nordeste y aunque sabía que los tratados de Torreón no serían aprobados

por don Venustiano en su totalidad y que tampoco serían observados por unos y otros, llenaban la necesidad del momento y nos permitían consumar el triunfo y destruir el ejército federal huertista, que era el primer objetivo. Algún día publicaré todo lo que concierne a este incidente histórico visto desde el plano nuestro, es decir, del Cuartel General del Nordeste, pues tengo documentación y apuntes personales interesantes, pero los reservo para obra de otra índole que la presente.

El C. Primer Jefe aprobó en principio los arreglos de Torreón e hizo sus observaciones, pero mientras tanto ya se pudo ordenar la movilización pendiente de los contingentes de guerra del nordeste hacia San Luis Potosí, donde había reconcentrado un fuerte núcleo de federales de Huerta, mandados por Gustavo Maas, Razgado, Arzamendi, Argumedo, y muchos otros prominentes mochos que tenían artillería y ametralladoras en buen número.

Pero antes de que comience la dicha movilización, voy a contar la última hazaña de médico de mi compadre Ricardo González V., la cual tuvo por extraña coincidencia, el mismo escenario donde comenzó su carrera médico-boticaria, esto es, la muy noble ciudad de Saltillo. Es de saberse que entre los cognómenes aplicados a mi compadre, uno de los favoritos era el de *Doctor Yodo*, con que se le reconocía por su afición inmoderada a hacer uso del metaloide en cuestión para cualquier enfermedad o herida, considerándolo como una panacea milagrosa. Por lo tanto, cuando su asistente, un muchachote llamado Goyo, se le presentó diciéndole:

—Mi teniente coronel; no sé qué me ha salido en este cachete, que me arde mucho y me duele.

—A ver —dijo Ricardo.

Y después de ponerle frente a la luz, de tallarle la mancha que tenía en el carrillo con el pañuelo, y después con saliva a ver si se despintaba, produjo su diagnóstico infalible:

—Es un sisote y con una buena embarrada de yodo se te acaba.

—Bueno, como usted diga, mi teniente coronel —dijo el infeliz e inocente Goyo.

Entonces mi compadre tranquilamente requirió el frasco de yodo, cogió una brochita y concienzudamente, impasible y despiadado, le dio como diez "manos" de yodo bien cargadito al pobre Goyo en la mejilla enferma, Y luego le dijo:

—Ahora sí, puedes retirarte, y con seguridad de que ya no te vuelvo a ver con el sisote.

Pero las crónicas cuentan que ni con él ni sin él lo volvió a ver, porque aquella quemada fue tan brutal que el desventurado Goyo prefirió desertar del Ejército, irse al polo o Dios sabe dónde, antes que volver a probar el yodo de su teniente coronel. Lo cierto es que desapareció para siempre el asistente de mi compadre y dicen que el frasco de la medicina famosa resultó en el patio hecho tres mil pedazos. ¿Venganza?

Pues bien, desde el día 14 comenzaron a salir los cuarenta trenes destinados a conducir las infanterías, zapadores, artillería gruesa, servicios telegráfico, sanitario, de explosivos e impedimentas del Cuerpo de Ejército, mientras las caballerías avanzaban también resguardando los flancos de los convoyes, que marchaban lentamente. Los días 14, 15 y 16 estuvieron saliendo los trenes y el pueblo de Saltillo reunido en la Estación aplaudía y despedía jubiloso a los constitucionalistas, a cuyos jefes bien conocía por su larga actuación en la frontera; en los últimos trenes, esto es, el 16, salió el general en jefe y el Estado Mayor, llevando don Pablo un carro especial cuyo interior describiré después, un carro de caja bien arreglado y acondicionado con literas para los telegrafistas y parte de los oficiales de Estado Mayor, con su instalación telegráfica en el mismo; y otro carro acondicionado también para dormitorio de los demás miembros del mismo Estado Mayor.

Llevaban la extrema vanguardia las fuerzas de los generales Eulalio y Luis Gutiérrez, y los flancos las caballerías de Murguía, don Cesáreo y J. Agustín Castro; mientras que por disposición del general en jefe, la Primera División del mando

del general Villarreal quedaba guarneciendo el estado de Nuevo León y el norte de Tamaulipas y la Quinta División del general Caballero guarnecía el resto de Tamaulipas y parte de la vía de Tampico a San Luis. Por aquella vía avanzaba el general don Jesús Carranza Garza, comandando la fracción de la Segunda División del Centro, compuesta por las tropas del general Alberto Carrera Torres y sus subordinados los coroneles Magdaleno y Saturnino Cedillo, Eduardo y Francisco S. Carrera y otros elementos, quienes serían los primeros en tomar contacto con el enemigo.

Por telegramas recibidos en el Cuartel General y después por la prensa de Laredo, Texas, especialmente *El Progreso*, y también la de Monterrey, supimos que ya Victoriano Huerta el dipsómano sangriento, el chacal, el "gorila trágico", como lo apellidábamos entonces, había renunciado a la usurpada Presidencia y salía del país, seguido del lombrosiano Blanquet y de algunos de sus más allegados o cómplices, temerosos de las represalias de la Revolución; y que dejaba "el arpa" en manos de don Francisco Carvajal, quien deseaba entablar negociaciones con la Revolución, pero el señor Carranza y sus principales jefes, González, Obregón y Villa, opinaban que no había más negociación que la entrega incondicional de la capital de México y el licenciamiento del Ejército federal.

Así es que con más júbilo aún, se hacía el avance, paulatinamente, porque era necesario ir reparando la vía férrea, que los señores federales de Huerta iban destruyendo a medida que se reconcentraban en San Luis, dejándonos libres todos los puestos avanzados que tenían sobre la línea del nacional. El día 16 pernoctamos en la Hacienda de Bocas, donde se recibió parte del general Jesús Carranza, comunicando que el 17 habían derrotado a los pelones que se encontraban en las cercanías de San Luis y que ya avanzaban sobre dicha capital. También el general Eulalio Gutiérrez comunicó que sus caballerías y las de los generales Dávila Sánchez y Santoscoy se habían tiroteado con el enemigo, que se había reconcentrado violentamente al

interior de la plaza y que se apresurara el envío de más caballerías para atacar San Luis en caso de que los mochos hicieran resistencia.

Esa noche fue de un trajín espantoso, sobre todo para Alfredo Rodríguez, para el que escribe y para los telegrafistas, especialmente Mauro Rodríguez que esa noche no durmió en lo absoluto. Alfredo y yo nos acostamos como a la una de la mañana, y aquí cabe explicar la distribución del coche especial del jefe, que era como sigue: en la parte trasera tenía una especie de salita o recibidor, con un escritorio y mesa con su máquina de escribir, donde despachaba el general González conmigo, como secretario particular, y el sofá que tenía se convertía en cama, que servía para los ayudantes de guardia que por lo regular eran dos, y uno dormía, mientras otro velaba. Seguía luego un camarote bastante amplio, con baño y servicio, que utilizaba don Pablo; después había dos camarotes más pequeños, pero cómodos, que ocupábamos Alfredo Rodríguez y yo, respectivamente; después estaba el comedor, que servía también para despacho del jefe de Estado Mayor y en su gran mesa se extendían los planos de campaña, y por último se encontraba la cocina, donde el ilustre Joaquín Carracedo y su hermano José atendían a su servicio. Este Joaquín era una combinación de gallego con cubano, lo más tremendo que he conocido, y fue después mi cocinero, pero ya hablaré de él a su tiempo. He descrito minuciosamente este coche para que se comprenda mejor lo que voy a relatar, debiendo advertir también que el capitán Mauro Rodríguez, quien siempre atendía personalmente el servicio de telegramas durante la noche, tenía por costumbre por la mañana entregar los aparatos a Rueda o a Gaona y retirarse a dormir a mi camarote o al de Alfredo, y así dormía hasta la una o dos de la tarde, para después continuar nuevamente su servicio.

Como he dicho, la noche del 16 fue muy agitada, comunicando órdenes verbales, por escrito y por telégrafo; nos acostamos tarde, pero ya a las siete del 19 estábamos en pie y como

a las nueve Mauro se presentó feliz, trayendo el mensaje donde los generales Jesús Carranza y Eulalio Gutiérrez comunicaban que el enemigo había evacuado la plaza de San Luis y que nuestras tropas estaban entrando a la ciudad. Inmediatamente se ordenó la salida de los trenes y luego el insigne Mauro se metió a mi camarote y se echó a dormir con toda tranquilidad. Poco después llegó el general Heriberto Jara, quien toda la noche había andado en comisión del general en jefe y deseando dormir, Alfredo le ofreció su camarote, que él aceptó, mientras Mauro dormía en el mío.

Y aquí va lo bueno; serían las 11 de la mañana; los trenes caminaban a vuelta de rueda, pues la vía estaba muy mala y además había que dar tiempo a los zapadores de Castillo Tapia y Vizcayno que iban reconstruyendo adelante. Nosotros jugábamos al dominó en el carro del Estado Mayor, cuando de pronto en camisa, con el cuello desabrochado los ojos enrojecidos por la desvelada y contra su costumbre hecho una furia:

—Oye, Alfredo —le gritó a Rodríguez— ¿quién es ese malísimo que está en tu cuarto, que me ha despertado y no me deja dormir con sus ronquidos que parecen de hipopótamo?

—Pues es el general Jara.

—No podía ser otro —exclamó Mauro— me voy a dormir al carro de la escolta y lo dejo que se despierte él solo con sus ronquidos.

—Pero, hombre, Mauro, si tú roncas como un fuelle ¿cómo te ha de haber despertado?

—Pues me ganó el campeonato, hermano, y me voy. Adiós.

Y se largó a dormir al carro de la escolta.

Momentos después asomó el general en jefe a la puerta y preguntó:

—Teniente coronel Rodríguez, ¿qué hay en su camarote que produce un ruido tan fenomenal?

—Nada, señor, es el general Jara que ronca.

Se sonrió don Pablo y se retiró, pero entonces fuimos nosotros a convencernos, pues aunque tenían fama los ronquidos

de Jara, nunca nos supusimos que pudieran despertar a Mauro Rodríguez, que roncaba de una manera terrible, como fuelle descompuesto. Y cuando entramos al carro, sin exagerar, sentimos que el carro temblaba ante el ruido potente que salía del camarote de Alfredo; era a veces como el rugir de un león; después como el resoplar de una locomotora; luego como el silbido de una caldera escapando y remataba con una especie de alarido que hacía temblar las paredes de madera del camarotito. Nos explicamos la indignación de Mauro y la extrañeza del general; reímos la aventura y no volvió Alfredo a facilitarle su cuarto al buen revolucionario, valiente jefe veracruzano y buen amigo, pero formidable roncador don Heriberto Jara.

Esa noche pernoctamos muy cerca de San Luis y a la mañana siguiente, el 20 de julio, el general González con su Estado Mayor y la Brigada Escolta al mando del teniente coronel Alfredo Flores Alatorre hizo su entrada solemne a la ciudad de San Luis Potosí, que nos recibió jubilosamente, viendo que las fuerzas que habían entrado el día anterior habían guardado el orden y luego mirando el desfile correcto y organizado de nuestros contingentes; que entraron en perfecta formación, mostrando su disciplina.

El teléfono malcriado



Dice un viejo adagio vulgar que "con las que repican, doblan", y lo recordamos, a nuestra entrada a San Luis Potosí, pues exactamente un año y diez días después de nuestra derrota en Monclova, Coahuila, por los pelones de Maas, que el día 10 de julio de 1913 nos habían desalojado de nuestra base de operaciones, originando que el Primer Jefe marchara a Sonora, vencíamos y hacíamos huir a aquellos que entonces nos habían derrotado, pero ¡en qué condiciones tan distintas!

Apenas un año antes, Huerta estaba en el apogeo de su poder usurpado y el general Maas con tres mil hombres de las tres armas había capturado la plaza de Monclova, obligando al coronel rebelde Pablo González a retirarse a la Hacienda de Hermanas y entonces comenzó la lucha titánica que en mis episodios he reseñado ligeramente, en la que unos cuantos cientos de hombres mal armados y peor pertrechados, con de-

ficiente organización, pero iluminados por la fe sin límites que les infundía la causa de la legalidad que defendían, derrotados unas veces y vencedores otras, no habían cejado ni un instante, y ahora, el general de División don Pablo González, al frente de un verdadero ejército de más de treinta mil, mandado por aquellos que entonces eran mayores y capitanes y ahora generales y coroneles; bien organizados, con armamento moderno, cañones, ametralladoras y aeroplanos, avanzaba arrolladoramente, destruyendo y poniendo en fuga a su paso a los orgullosos generales huertistas, que antes llamaran a sus huestes "latrofacciosos" y "robavacas".

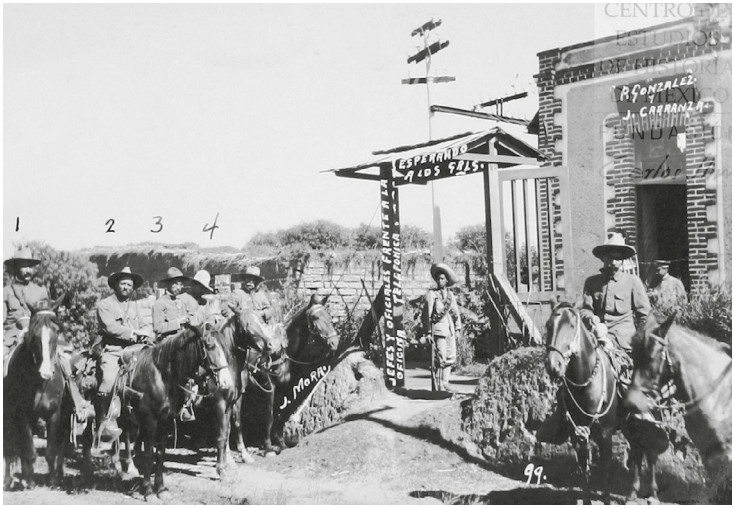
Muchos de aquellos paladines han caído en la cruenta lucha; mucha sangre generosa había elevado sus cálidos vapores en holocausto a la causa para nosotros santa y muchos cuerpos jóvenes, fuertes y sanos abonaban con su materia el suelo sagrado de la frontera, pero los supervivientes avanzaban, avanzaban con el mismo fervor, con la misma fe, con el mismo anhelo de sepultar para siempre al odioso régimen usurpador y detentador de la libertad.

Como decíamos, las fuerzas del Cuerpo de Ejército del Nordeste ocuparon la ciudad de San Luis Potosí, restableciéndose el Cuartel General en el edificio ocupado por un banco (no recuerdo exactamente cuál) mientras los jefes de divisiones, etcétera, se alojaban en hoteles y algunas casas particulares de connotados enemigos de la Revolución, entre ellas la del ex gobernador Diez Gutiérrez.

Inmediatamente, con la urgencia que el caso requería, y después de ocupar el Palacio de Gobierno, el general en jefe comenzó a dictar las medidas conducentes a garantizar el orden en la ciudad, nombrando algunos altos empleados y atendiendo a las necesidades de sus tropas.

Allí conocimos a nuevos elementos y encontramos otros que, aunque viejos amigos, habían militado en terrenos alejados de nosotros. Con el general Alberto Carrera Torres, que había prestado y seguía prestando valiosos servicios con sus fuerzas, y

que era hombre de cierta cultura, a pesar de su exterior un poco curioso, pues como creo haber dicho en otra parte, usaba una "cuera" bordada, sombrero charro, pantalones de montar, polainas, bastón porque falseaba de una pierna y dos pares de anteojos, unos encima de los otros; con él a quien ya conocíamos por haber estado en Matamoros unos días, venían su hermano el coronel Francisco S. Carrera y los hermanos Saturnino, Magdaleno y Cleofas Cedillo, creo que coroneles los dos primeros y teniente coronel el último. Dependían estas tropas de la Segunda División del Centro, comandada por el general don Jesús Carranza Garza, con quien también militaban los generales Gilberto Camacho, Nicolás Flores y Macario Hernández, quienes traían a su cargo pequeñas columnas.



Jefes y oficiales frente a la oficina telefónica esperando a los generales Pablo González y Jesús Carranza. Centro de Estudios de Historia de México, CARSO. LXVIII-3. 2. 64.

Con el general Eulalio Gutiérrez y su hermano don Luis, se había incorporado no hacía largo tiempo y con ellos llegó a San Luis, nuestro antiguo y buen amigo el coronel ingeniero Vicente Dávila, revolucionario de tan limpia ejecutoria,

que fue uno de los diputados secretarios de la Legislatura de Coahuila, que en memorable decreto desconoció al usurpador Victoriano Huerta, y autorizó al gobernador don Venustiano Carranza para defender la legalidad, haciendo armas contra el gobierno espurio.

También arribaron a San Luis, con los generales Gutiérrez, porque habían sido comisionados en la vanguardia, los generales Jesús Dávila Sánchez el de la "barba florida", honrado y leal como pocos y el buen Ernesto Santoscoy.

El día 21, después de rendir el general González el parte respectivo de la ocupación de San Luis, el Primer Jefe, que se encontraba en Tampico, y de acuerdo con las instrucciones que ya tenía de él, nombró gobernador y comandante militar del estado al ameritado revolucionario, general don Eulalio Gutiérrez, a quien ese mismo día se dio posesión de su cargo, congregándose en el Palacio de Gobierno una inmensa multitud. Después de tomarle la protesta, ante los generales revolucionarios allí congregados, el general González pronunció las siguientes palabras:

> La Revolución Constitucionalista es una revolución de principios. Aparte de restaurar el régimen constitucional, nos proponemos acabar con los viejos moldes del pasado, para impulsar vigorosamente el desarrollo de todas las fuerzas vivas generadoras de la grandeza nacional; educar al pueblo en la escuela pura de la democracia para que ejercite conscientemente sus derechos políticos; resolver los grandes problemas sociales y económicos en el sentido de que sea posible, de una vez por todas, remediar la triste condición de los oprimidos; acabar con los abusos de los opresores y que sea una realidad lo que siempre ha sido una ilusión: que todos los mexicanos sean iguales ante la ley. Nosotros los revolucionarios tenemos el solemne compromiso de cumplir las sagradas promesas hechas al pueblo en nombre del bienestar social a fin de salvarnos de una tremenda responsabilidad ante la Historia. Yo espero, general Gutiérrez, que como gobernante de este glorioso pedazo de tierra mexicana que tanto contingente ha prestado en bien de nuestra

causa, cumpla usted con su deber, haciendo frente a las necesidades del pueblo para remediar sus grandes males. Los gobernantes que cumplen con su deber, siempre merecen bien de la posteridad.

Este breve discurso lo encontré por verdadera casualidad entre viejos apuntes que por milagro no se perdieron, ya que la mayor parte de mi archivo ha desaparecido por causas que no hace al caso contar.

A la ceremonia de posesión del general Gutiérrez, concurrieron, además de los jefes militares a que he hecho alusión, los cónsules de España, Inglaterra, Francia, Alemania y Estados Unidos, y el pueblo congregado frente al Palacio de Gobierno lanzaba "vivas" con tanta insistencia, que el nuevo gobernador, el general González y los jefes constitucionalistas presentes, salieron al balcón, siendo vitoreados por la multitud. Entonces el coronel Manuel Bauche Alcalde y el teniente coronel Guillermo Castillo Tapia pronunciaron fogosos discursos, que fueron aplaudidos calurosamente por el pueblo potosino.

El día 22, las fuerzas del general Carrera Torres rindieron parte de haber tenido un encuentro con el enemigo que huía, al que dieron alcance, haciéndoles varias bajas y capturando tres trenes.

Desde el día 22 comenzaron a llegar las tropas que venían por tierra; la Segunda División, del general Francisco Murguía; la Tercera del general Teodoro Elizondo; la Cuarta del general Cesáreo Castro; la Séptima del general Francisco Coss, y la Octava del general Jesús Agustín Castro; las fuerzas del general Francisco Cosío Robelo y del coronel licenciado Pablo A. de la Garza.

En el Hotel Progreso, uno de los mejores de San Luis, se alojaron varios jefes, entre ellos el famoso teniente coronel Benjamín Garza, de quien antes he hablado. "El Viejo Benjamín" como le decíamos, era un rayo en el combate y siempre a la vanguardia, su regimiento era famoso por su valor y sus servicios; pero Benjamín no era más que un ranchero muy bueno,

muy valiente y muy revolucionario, mas su cultura brillaba por lo escasa, por lo cual tuvo gran efecto la travesura que le jugó alguno de tantos miembros desocupados de la feroz palomilla, que por cierto jamás supimos quién sería, pues si se hubiera descubierto probablemente lo habría pasado muy mal con el embromado, que era de pocas pulgas y de mano muy larga. Es el caso que una bella tarde; después de comer, cuando estábamos reunidos en el comedor del Progreso, festejando la extrañeza del mismo Benjamín porque nos habían servido una famosa sopa de berros, que era maravillosa, sucedió el grave acontecimiento. Ya Garza había dicho, después de ingerir la sabrosa sopa:

—¡Ah, que desgraciados gachupines tan águilas! Mira que hacer sopa de berros y tan sabrosa, cuando allá en la tierra se dan en las orillas de los arroyos y se los llevan los muchachos a los cochinos.

Y festejábamos su admiración, cuando de pronto, uno de los meseros se acercó diciendo:

—¡Llaman al teléfono al teniente coronel Benjamín Garza!

—Ándale, viejo —le dijo Alfredo Flores Alatorre— a ver qué te quieren.

—Anda tú, Manuelito —me dijo Garza, que me trataba con mucha confianza pues era de mi pueblo y me conocía desde chico— ya sabes que yo no les entiendo a esas mugres de aparatos.

Me levanté y fui al teléfono, pero el que hablaba, a quien no reconocí, me expresó que necesitaba hablar personalmente con el teniente coronel Garza. Así se lo hice saber, y entonces el viejo, largo y flaco como era, pero nervudo como un venado, se levantó y dijo:

—A ver qué quiere ese infeliz.

Se acercó al aparato, tomó el audífono y dijo:

—Yo soy Benjamín Garza, ¿quién habla y qué quiere?

Y entonces una voz contestó:

—Habla su padre, jijo de la… mañana y quiero decirle que es…

Y aquí una retahíla que si no es para oída, menos para escrita, a la que contestaba Benjamín furioso:

—Eso lo será usted… talísimo, etcétera, etcétera… y dígame onde está pa ir a beberle el alma…

—Se la beberá a su tatarabuela, robavacas matón, así y asado…

Y otra hilera de insultos. Benjamín echaba chispas, le salía lumbre de los ojos y por fin, ya sin poder aguantar gritó:

—Cállese, jijo de la mazorca o lo hago tiritas.

Y ¡zas!, con todas sus fuerzas le arrimó una trompada formidable al teléfono, que lo sacó de dónde estaba colgado y lo dejó bamboleándose sobre los alambres a que se hallaba conectado, y cogiendo su sombrero, salió hecho una fiera, gritando:

—Me voy a hacer pedazos a ese desgraciado.

Comprendimos que era una broma pesada que le habían dado y salimos a ver qué hacía, pero ya en la calle, seguramente reflexionó que no le era posible localizar a su insultador y ya cuando lo alcanzamos en la plaza, estaba más sosegado. Ya más sereno, se volvió y me dijo muy serio:

—No te dije que yo no les entendía a esas mugres, pero si me insultaron con el aparato ése, creo que ya lo dejé arreglado pa que no se vuelva a meter conmigo y de aquí pa delante, cuanto teléfono me encuentre, lo hago trocitos.

Por supuesto que nunca supimos quién había sido el autor de la mala pasada, pero si lo hubiéramos sabido, tampoco se lo habríamos comunicado a Benjamín porque corría peligro su humanidad, cuando menos de una soberbia paliza.

El Cuartel General comenzó a perdonar la salida de las tropas de su mando, porque en aquellos días los comisionados por el llamado presidente licenciado Francisco Carvajal, a quien el chacal le había entregado el "cuete" para que le reventara en 1a mano, no llegaban a un acuerdo con el Primer Jefe, quien pedía la rendición incondicional del ejército ex federal o Huertista y su licenciamiento; y se tenía conocimiento de que el general J. Refugio Velasco, "refugiado" ya en la ciudad de México, había de-

clarado que todavía contaban con más de cuarenta mil hombres y suficientes pertrechos en los que librarían batalla decisiva, si no se aceptaban sus condiciones por los revolucionarios. Así es que con la convicción de que tendríamos que batir nuevamente al enemigo y tomar a sangre y fuego la capital, se dispuso el avance de nuestras huestes, que iban saliendo poco a poco, por tierra, pues la vía estaba hecha pedazos y había que hacer reparaciones que durarían cierto tiempo.

Y mientras se municionaban las divisiones, saliendo a la vanguardia, rumbo a Querétaro, el general Murguía, también se formaba una columna que se puso a las órdenes del general Jacinto B. Treviño, quien acababa de arribar a San Luis, dejando el Estado Mayor del Primer Jefe para cooperar a la campaña, y dicha columna fue enviada rumbo a Pachuca, con objeto de tomar la capital del estado de Hidalgo, llevando a algunos jefes hidalguenses que venían con nosotros y otros que traía el general Jesús Carranza, como los generales Nicolás Flores y el coronel Higinio Olivo, que venía con Cosío Robelo.

El general Carrera Torres, con su columna, fue destacado sobre la vía del Nacional para que luego se dirigiera a Guanajuato, con el fin de ocupar Celaya y León, y el grueso de la fuerza se preparó para salir con el Cuartel General hacia Querétaro por el camino de Guadalupe Hidalgo y San Miguel de Allende.

En los días que estuvimos en San Luis, que fueron solamente del 21 al 27 de julio, la insigne palomilla hizo, como era natural, algunas de las suyas, pero sobre todo hay que consignar un curioso hallazgo: el del "insigne Carrizales". Este individuo llegó a nuestro poder de una manera harto casual, pues aconteció que para alojarlos a algunos de los miembros del Estado Mayor, inclusive al teniente coronel Alfredo Rodríguez y al secretario particular, que es quien escribe, se nos señaló la casa de unos españoles reconocidamente huertistas de cuyo nombre no me acuerdo; pero era una casa elegantísima y en ella había toda clase de comodidades; buenas y muchas recámaras, magnífico

comedor, una soberbia Victrola y Carrizales, que era el guardián, conserje o como se llamara; hombre joven y despierto, quien al principio nos tenía un miedo cerval pero que después se hizo de confianza y nos servía a maravilla. Este Carrizales tenía la preciosa facultad de no saber decir que "no".

A la hora de la comida, gritaba uno de los terribles miembros del Estado Mayor:

—Carrizales, ¿hay cerveza?

—Sí, mi capitán, sí hay.

—Carrizales, ¿hay pollo?

—Sí, si hay, mi mayor.

—Carrizales, ¿hay cigarros?

—Sí, mi teniente, si hay.

Era una joya el susodicho y un día me dijo Alfredo Rodríguez:

—Ahora verás cómo hago a Carrizales que diga que no.

Y lo llamó:

—Carrizales, ¿hay por allí un platito de lenguas de canario con crema de leche de bisonte?

Y escuchamos asombrados la estupenda respuesta:

—Sí, señor, mi teniente coronel, no hay.

Lanzamos una carcajada y Carrizales fue el héroe del escándalo por su extraordinaria contestación.

Por supuesto que, como dice el dicho, "el que a dos amos sirve, con alguno queda mal", y esto fue lo que sucedió al "insigne Carrizales", que nos sirvió tan bien, que quedó "de la patada" con sus legítimos patrones, por lo que poco después se nos incorporó en la capital, pasando al servicio del Estado Mayor y de allí siguió la carrera de las armas, llegando creo que hasta capitán.

Mientras tanto, el régimen de la usurpación, sin su cabeza visible, comenzaba a deshacerse, como castillo de naipes y todas las noticias que nos llegaban así lo hacían comprender, pues los gobernadores militares impuestos por Huerta empezaron a renunciar a sus puestos, iniciando el desfile los de Querétaro, México, Puebla, Aguascalientes y Tabasco.

Y por fin, el 27 de julio y después de una larga conferencia con el Primer Jefe, se ordenó la salida de San Luis por el antiguo camino de San Felipe Torres Mochas, llevando la vanguardia las fuerzas del general Francisco Coss y la retaguardia las del general Cesáreo Castro.

Alfredo Rodríguez y yo, que traíamos desde Tampico el famosísimo automóvil Protos blanco, tuvimos la peregrina ocurrencia de enviar nuestros caballos con el Estado Mayor y salir nosotros en el auto, porque creíamos que llegaríamos antes que don Pablo, pero el hombre propone y los artefactos llamados automóviles descomponen, hasta en estos tiempos en que ya están más bien hechos y son más prácticos, máxime en aquellos en que apenas eran ensayos de mecánica, pero éste es otro cuento y me reservo para contarlo a su debido tiempo.

La cena de los milagros



El día 27 de julio de 1914 salió el general en jefe don Pablo González por sobre la vía del Nacional, pero a caballo, escoltado por la 9° Brigada y por su escolta personal, mandada por el teniente coronel Alfredo Flores Alatorre, que llevaba a los mayores Menchaca y Feria a sus órdenes.

Al llegar a Villa Reyes se detuvo un poco el general en jefe, siguiendo a San Felipe, y al día siguiente recibió mensaje del general Francisco Murguía dirigido a Villa Reyes, comunicándole desde Santa Rosa del Oro que el 25 Regimiento de su División, al mando del coronel Donaciano González, había tomado contacto con el enemigo en San Pedro, derrotándolo y haciéndole cinco muertos y 12 prisioneros, y recogiéndole 36 maussers. También comunicaba que había ordenado al teniente coronel Benjamín Garza que marchara con su regimiento a Empalme González, con el fin de recoger algunas locomotoras que

habían abandonado los huertistas y que con el resto de su división marchaba hacia Querétaro, para atacar la plaza, pero que el gobernador huertista le pedía una conferencia. Don Pablo le contestó desde San Felipe, dándole instrucciones y manifestándole que las proposiciones de rendición que pudiera recibir debían ser incondicionales, puesto que éstas eran las disposiciones de la Primera Jefatura.

Se me había pasado consignar que en San Luis Potosí se presentaron al general González los señores Mario Méndez, quien fue designado jefe de los telégrafos en el estado y el licenciado Miguel Gómez Noriega, quien pasó como adscrito al Estado Mayor. El señor Méndez permaneció en San Luis hasta que llegó a aquella ciudad el Primer Jefe, quien lo llevó consigo, nombrándolo cuando se ocupó la capital director general de telégrafos.

El Cuerpo de Ejército del Nordeste avanzaba delineando un movimiento envolvente, sobre un extenso territorio, marchando el grueso por el centro, esto es, paralelo a la vía del Ferrocarril Nacional, con su ala derecha formada por las fuerzas del general Carrera Torres dirigidas sobre Guanajuato y las del general Jacinto B. Treviño que llevaban como objetivo la ciudad de Pachuca, Hidalgo.

Y a medida que se avanzaba, las comunicaciones telegráficas quedaban restablecidas y las ferroviarias se iban componiendo rápidamente, pues ya para entonces la vía férrea a Tampico estaba completamente al corriente y los trenes corrían, conduciendo mercancías y pertrechos de guerra para las tropas del constitucionalismo. El Cuartel General estaba en comunicación con todos sus efectivos, pues hay que recordar que la Primera División, a las órdenes del general Villarreal había quedado guarneciendo los estados de Nuevo León y parte de Coahuila, y la Quinta División, mandada por el general Luis Cabrera, permanecía de guarnición en el estado de Tamaulipas, mientras las brigadas de los generales Eulalio y Luis Gutiérrez resguardaban San Luis Potosí y parte de Coahuila.

En aquellos días también habían ido a Saltillo los generales Pánfilo Natera y hermanos Arrieta, quienes formaban con sus fuerzas la Primera División del Centro, dependiente directamente de la Primera Jefatura.

Al salir de San Luis en el célebre Protos blanco, el teniente coronel Alfredo Rodríguez, el capitán Guillermo Martínez Célis, yo y mi ayudante Rafael Barrera Hawkins, levantamos al teniente coronel Pedro Villaseñor, cuyo regimiento ya había salido y deseaba alcanzarlo, como se verificó cerca de La Quemada, pero recuerdo un curioso incidente. Pedro Villaseñor llevaba un paquetito en la mano y con él subió al auto, pero cuando bajó a incorporarse a sus fuerzas, lo dejó olvidado en el asiento trasero del coche sin que ninguno de nosotros se diera cuenta de aquella distracción, hasta mucho después, resultando que el paquete aquel contenía $10,000 en billetes constitucionalistas. Recogí el dinero y lo guardé en mi veliz de mano, pensando entregárselo a Villaseñor en la primera oportunidad, pero sucedió el curioso caso de que no volví a ver a Pedro Villaseñor hasta septiembre de aquel año, en México, porque tocaba la casualidad de que cuando nosotros llegábamos a un lugar, él salía con sus fuerzas a otra parte; cuando regresábamos de Puebla, a fines del ya dicho mes de septiembre, nos encontramos en la capital, en el Cuartel General y le dije, después de saludarlo:

—Pedro, tengo en mi poder $10,000 tuyos.

—¿Por qué?

—Porque los dejaste en el automóvil cuando salimos de San Luis.

—¡Qué barbaridad! Figúrate que yo le echaba la culpa a uno de mis asistentes y por poco hago una atrocidad con él, creyendo que se había robado ese dinero.

—Pues aquí lo tienes y que te aproveche, porque yo ya me cansé de andarlo cargando.

Y ahora reanudemos nuestra narración. Veinte kilómetros delante de San Luis estábamos ya arrepentidos Alfredo y yo de

habernos embarcado en aquel terrible automóvil, no precisamente por él, sino por el camino infernal, que no era camino ni cosa parecida, pues estaba lleno de hoyancos y de pedruscos, pero empotrados en el camino, de manera que era imposible arrancarlos de allí, así es que marchábamos a paso de tortuga y dando tumbos tan tremendos, que hasta el estómago nos dolía y llevábamos los riñones hechos una lástima, pero ya no había manera de regresarnos porque nuestros caballos iban por otro lado y las gentes de Villaseñor también habían cortado camino, alejándose de nosotros.

No había más remedio que aguantarnos y nos aguantamos, pero cuando llegamos a una hacienda llamada "La R", según supimos poco después, al cruzar un río que pasa como a doscientos metros de la hacienda, el chofer erró el vado y pegó un golpe con la barra de la trasmisión, que se rompió, quedándose a medio río. Uno de los choferes fue el caserío y se trajo una yunta de bueyes, con la que salimos, conduciendo el coche hasta la hacienda, donde conseguimos una mula y en ella fue el chofer hasta San Felipe, a traernos caballos y unas mulas de la artillería para llevarnos el auto, pero como suponíamos que regresaría hasta el día siguiente, como sucedió, pedimos hospitalidad, que nos fue concedida de buen grado. La hacienda de "La R" pertenecía a dos viejecitas, que llenas de temor estaban recluidas en su habitación y nos atendía un ranchero, especie de mayordomo o administrador, a quien decidimos conquistarnos y como principio de cuentas le obsequié una bonita daga o cuchillo de monte, que le encantó. Luego nos pusimos a contar cuentos y anécdotas, y después de obsequiarle unos traguitos del magnífico coñac que nos acompañaba, lo hicimos que soltara la "sin hueso". Nos platicó que las "señoras", como él las llamaba, eran muy buenas y muy católicas, y que su gran veneración estaba puesta en un señor Santiago, muy milagroso, que según su creencia y su fe, era quien las había salvado de la terrible racha revolucionaria, pues aunque nunca habían llegado allí los rebeldes, en cambio los mochos, como él decía, habían

estado varias veces y las habían tratado muy mal; que se habían llevado de leva a algunos de los trabajadores y que a él (al mayordomo) lo habían pretendido fusilar, salvándose milagrosamente, pues cuando ya le tenían formado el cuadro, llegó un soldado a matacaballo diciendo que venían los rebeldes en gran número y entonces corrieron a ensillar los mochos dejándolo solo, y él se escondió, y que siempre no llegaron los revolucionarios, pero los huertistas se fueron y no volvieron más.

Después de haberle infundido confianza al mayordomo, le rogamos dijera a las señoras que nosotros, como ya veía, éramos individuos correctos y decentes, y que desearíamos presentarles nuestros respetos, ya que tan bondadosamente nos habían proporcionado alojamiento. Salió y como media hora después regresó diciéndonos que las señoras estaban dispuestas a recibirnos, y que lo siguiéramos. Así lo hicimos y nos condujo a una hermosa sala del siglo pasado, donde un anticuario se hubiera relamido de gusto, con muebles antiquísimos forrados de legítimo cordobán; tibores chinos maravillosos; primorosas imágenes y bellos ramos de flores artificiales encerrados en capelos de vidrio de colores y blancos; un piano de media cola antiguo con incrustaciones de bronce y candelabros del mismo metal, cubierto con un mantón de Manila, indudablemente de aquellos que traía la "nao de la China" en la época colonial y pendiente del techo una de aquellas "arañas" o candiles majestuosos que ya sólo se contemplan en los museos… Y en el centro de aquella sala evocadora, dos ancianas de cabellos absolutamente blancos, ambas de regular estatura, blancas y de facciones regulares y simpáticas, de ojos negros y brillantes; vestidas de negro y a la antigua usanza, con largas faldas; mangas hasta el puño y cubierto el cuello, de donde pendía un relicario exactamente igual. Ambas nos hicieron una ligera reverencia, a la que correspondimos como los viejos mosqueteros del treceavo de los Luises, con una profunda inclinación, pues realmente nos sentíamos, tanto Alfredo Rodríguez como yo, transportados a los tiempos pretéritos y de mí sé decir que soñaba estar en presencia

de las damas linajudas de la corte de los virreyes y olvidé el fragor de la lucha, a los pelones, a don Pablo y a la Revolución para contemplar aquel cuadro desusado y maravilloso, donde nuestros trajes de kaki y nuestras polainas y acicates eran un anacronismo imperdonable. Una de aquellas damas con voz suave y reposada nos dijo:

—Bienvenidos sean ustedes a esta humilde casa y que el Señor los traiga para bien.

Me sentí tentado a responder: "noble dama, los vuestros servidores besan la alfombra que pisan vuestros pies", pero recapacité a tiempo y sólo exclamé:

—Señoras, damos a ustedes las gracias por la hospitalidad que nos han brindado y sólo deseamos presentarles nuestros respetos.

Después de algunos cumplidos y de preguntarnos de dónde veníamos, etcétera, etcétera, conversamos un rato, demostrando ambas señoras una gran ilustración y, por último, nos invitaron a que cenáramos con ellas, a lo que accedimos muy agradecidos. Para no hacer larga esta narración, diré que una hora después nos llamaron al comedor, también vetusto como la sala, con grandes sillones de asiento de cuero, donde nos sirvieron una cena sustanciosa y sencilla, y en la sobremesa comenzó lo bueno, porque aquellas magníficas señoras tenían en el comedor, en una especie de nicho, una imagen del Patrón Santiago, a caballo, lanza en ristre y en actitud de alancear a la morisma, y el espíritu retozón de Alfredo se acordó lo que había dicho el mayordomo, así es que soltó la primera andanada:

—¡Qué hermosa imagen! —dijo— Esa es la que venera mi madre y en mi casa todos estamos bajo su advocación.

—Y con gran razón —exclamó una de las señoras— porque es el Santo más milagroso de la Corte Celestial. Él fue quien salvó a nuestro administrador cuando los federales lo iban a fusilar, pues nosotros le pedimos el milagro y lo hizo; se apareció con sus huestes cerca de aquí y los federales creyeron que eran los revolucionarios y se fueron, dejándolo libre.

—Ciertamente —repuso Alfredo— yo mismo he sido su protegido, pues una vez en que me iban a matar los federales, que ya me tenían cercado, lo invoqué y de pronto apareció un soldado vestido de blanco con un sable, que los hizo correr y me salvé.

Además contó como media docena de milagros más que había presenciado, en los que intervenía el Patrón de España, mientras yo me hacía cruces de ver la impudicia de Alfredo, que era casi un descreído, cuando me preguntaron:

—¿Y a usted joven, no le ha hecho ningún milagro el Santo Patrón?

—Cómo no, señoras, uno y muy grande; en un furioso combate, en Tamaulipas, caí herido y como los nuestros habían sido rechazados por el enemigo, iba yo a quedar a merced de los contrarios, que me hubieran matado, cuando me acordé de que en mi pueblo se le veneraba y lo invoqué; momentos después alguien me levantó, llevándome a donde estaban los míos, fuera de la línea de fuego y como nadie supo cómo había yo salido, tengo la seguridad de que el Santo me sacó.

—Así fue —dijo una de las señoras— pero dispensen ustedes, ¿cómo es que decían que ustedes los rebeldes venían matando a los Padres Curas y quemando las iglesias y fusilando a los Santos?

—¡Ah, señoras! —exclamó Alfredo— Calumnias, calumnias burdas de los enemigos.

En aquellos momentos me acordé de José E. Santos, David Berlanga y Jesús Garza Siller *Melenas*, que en Monterrey habían hecho hogueras con los confesionarios y tuve que morderme los labios para no sonreírme.

Hasta las 11 de la noche estuvimos contando milagros del Patrón Santiago, ante el encanto de nuestras huéspedes, que se sentían felices de encontrarse con dos jóvenes revolucionarios tan creyentes como nosotros y el demonio de Alfredo tomó tan en serio su papel, que aquella noche nos fuimos a acostar, creo que hasta se persignó y rezó no sé qué.

Nos dieron magníficas camas y otro día nos levantamos, nos mandaron suplicar las dispensáramos de no acompañarnos al desayuno, porque contra su costumbre, se habían desvelado y deseaban reposar un poco más. Tomamos un chocolate delicioso, yo creo que hecho por sus propias manos, buena leche y sabroso pan, y quería el mayordomo que comiéramos carne o huevos, pero no aceptamos.

Como a las diez de la mañana llegó nuestro endiablado chofer con veinte soldados de escolta, que nos mandaba Flores Alatorre, las mulas para remolcar el auto y una regañada verbal de don Pablo porque nos necesitaba y por presumir de automóvil no habíamos llegado antes que él a San Felipe; así es que pasamos a despedirnos de las señoras que nos desearon mil felicidades, nos obsequiaron unos escapularios y nos echaron su bendición, asegurándonos que estaban muy contentas de haber conocido a revolucionarios tan píos como nosotros y que sólo sentían no habernos podido ayudar con bestias para remolcar nuestro coche porque no las tenían, debido a los trastornos de la guerra, pero que en cambio se felicitaban de habernos hospedado y cambiado la opinión que tenían de los rebeldes.

Han pasado casi veinte años y todavía me acuerdo de aquella aventura místico-jocosa, pero más me acuerdo de aquellas dos almas cándidas y buenas, ante quienes un par de rebeldes escandalosos y mitoteros como nosotros, aparecimos como dos angelitos caídos por una mera casualidad entre las tremendas garras de la guerra civil. Pero nosotros pasamos una buena noche y dejamos una mejor impresión que si hubiéramos llegado en son de guerra y exigido lo que se nos brindó de buena voluntad, porque como decía el pobre Alfredo (q. e. p. d.): "no te pelees más que cuando no haya otro remedio, pero nunca con quien tiene que darte de comer".

Ese mismo día, o sea el 28, arribamos a San Felipe Torres Mochas, de donde ya había salido don Pablo, dejándonos órdenes de que siguiéramos hasta Dolores Hidalgo, donde lo encontraríamos, como sucedió, pues aquella noche, como a las 12,

arribamos a la histórica población, donde el Padre de la Patria, don Miguel Hidalgo y Costilla, lanzara con un puñado de hombres, el reto formidable contra el gobierno ibero, que por más de tres siglos había sojuzgado a la tierra de Cuauhtémoc.

En Dolores Hidalgo nos recibió (lo recuerdo como si lo estuviera viendo), nuestro buen amigo y compañero el mayor Federico Silva, quien nos comunicó que el jefe estaba muy enojado con nosotros por nuestra aventura automovilística y que había dicho que no iba a dejar que compusieran el auto hasta que llegáramos a México, para que no nos anduviéramos retrasando en el camino, pero esta amenaza no se cumplió, como se verá a su tiempo.

•

Las fieras de palacio



El día siguiente, 29 de julio, creo que el general en jefe no tuvo tiempo de obsequiarnos con la regañada que nos pronosticara la noche anterior Federico Silva, porque hubo por la mañana gran cantidad de trabajo, pues llegaban constantemente telegramas de los distintos sectores ocupados por el Cuerpo de Ejército del Nordeste, entre ellos un parte del general Carrera Torres, comunicando encontrarse en las afueras de la ciudad de Guanajuato, donde sus avanzadas habían combatido con fuerzas enemigas destacadas de la plaza, haciéndolas retroceder a sus atrincheramientos.

También telegrafió el general Rafael Cepeda de Empalme González, había ocupado la plaza y entregado al teniente coronel Benjamín Garza los trenes abandonados por los pelones. Se le ordenó incorporarse.

Después, y atendiendo invitación de las autoridades recién instaladas fue el general González, en compañía de su Estado Mayor y algunos otros jefes a hacer una visita a la casa donde habitó el ilustre cura don Miguel Hidalgo y pudimos admirar las reliquias que allí se conservan del esclarecido varón; la ventana por donde dice la tradición que salió don Ignacio Allende y fuera del pueblo los restos de la alfarería fundada por el Padre de la Patria. Probablemente con la satisfacción de haber contemplado las augustas reliquias se le olvidó al jefe el regalarnos los oídos con la filípica prometida, porque estuvo de excelente humor y cuando le dije que nuestro chofer había conseguido no sé dónde una barra de transmisión para el Protos, que acababa de llegar remolcado, y que había un herrero que podía hacer la compostura, me contestó que se mandara hacer y que pagara lo que cobraran.

Por la tarde se recibió la noticia de la toma de Querétaro por las fuerzas del general Murguía, que llevaban la vanguardia y a continuación insertó el lacónico parte del valeroso jefe, como una muestra de la manera como nuestros generales comunicaban sus victorias, sin literatura ni frases inútiles, en contraposición de los bombásticos partes de los jefes enemigos, que siempre nos derrotaban, pero que iban retrocediendo día a día, desde las tomas de Torreón y Monterrey. Este mensaje, que casualmente ha llegado a mis manos hace poco, dice:

> Querétaro, julio 29, de 1914.—General en jefe Pablo González.—Dolores Hidalgo, Gto.—Ampliando mi mensaje de esta mañana, tengo el honor de comunicarle que después de un combate que duró veinticuatro horas, las fuerzas de mi mando desalojaron a los ex federales que guarnecían esta plaza haciéndoles gran número de bajas entre muertos y heridos así como cuarenta y cuatro prisioneros y habiéndoseles recogido doscientos veintidós mil cartuchos, caballos y monturas en número considerable, cuatro cañones con su dotación de parque correspondiente y demás pertrechos de guerra. Inmediatamente que ocupamos la plaza procedí a dar órdenes conducentes a la conservación del orden público y garantías a los habitantes de esta ciudad, habiendo lanzado al efecto una circular.

Funge como jefe de Armas interinamente el señor coronel Fortunato Zuazua y un número suficiente de hombres para garantizar el orden.—Felicítolo por este nuevo triunfo y salúdolo respetuosamente.—General Francisco Murguía.

Recibimos esta noticia con intenso júbilo, puesto que significaba que nos íbamos acercando a la meta de nuestras aspiraciones, esto es, a la conquista de la capital y a la terminación de la Revolución, así es que se mandaron echar a vuelo las campanas y la banda de música del Estado Mayor, que se había formado en Monterrey bajo la dirección del maestro Jorge Esparza, ejecutaba sus mejores selecciones en la Plaza de Dolores, y las bandas de guerra recorrieron las calles atronando el espacio con sus sones béticos.

Se comunicó la nueva victoria al Primer Jefe, quien ya se encontraba nuevamente en Saltillo, esperando, según sabíamos, a que se llegara a un acuerdo definitivo con los enviados del llamado presidente Carvajal, exigiendo el señor Carranza que la entrega de la ciudad de México fuera incondicional, no aceptando tampoco las sugestiones que se le hacían de que expidiera una amnistía general para los ex huertistas.



Los ex federales van a entregar las armas por orden del general de división don Pablo González, Apizaco, agosto de 1914. [J. Mora]. Centro de Estudios de Historia de México, CARSO, LXVIII-3. 1. 92.

Aquella noche fue ofrecido al general González y sus jefes y oficiales un baile en la Presidencia Municipal, al que concurrimos vestidos con nuestros uniformes más limpios, porque no los teníamos de gala ni cosa parecida. El baile estuvo muy animado y el salón se veía lleno de lindas muchachas, jóvenes y señores de la localidad. Desbordó la alegría y la corrección, porque creo que ya he dicho otras veces que el general González tenía una preocupación constante porque sus jefes y oficiales obraran siempre correctamente, imponiendo severos castigos a quienes se permitían cualquier desmán, sobre todo en público. Su carácter serio y hasta austero hacía que fuera respetado por todos, pero a pesar de ello, toleraba nuestras travesuras, que llegaban siempre a su conocimiento, porque, como en todas partes, nunca falta un "yo lo vi" y a veces hasta se reía un poco cuando se le contaba alguna cosa graciosa de nosotros, pero solamente con el doctor Luis G. Cervantes, que era su compañero inseparable. A pesar de su carácter, cuando había alguna fiesta en su honor, bailaba y conversaba agradablemente con las damas y caballeros y sabía ser un agradable compañero, y no presumía de su alta jerarquía, pues su llaneza era proverbial, tanto como su seriedad y parquedad de palabras.

Aquella noche les pasó un caso curioso, que no resisto la tentación de escribir, a don Pablo y al doctor Cervantes. Bailaron con varias de las hermosas muchachas de Dolores Hidalgo, y entre ellas con dos, al parecer hermanas, muy guapas y jóvenes, a las que nombraron varias veces, y al terminar el baile, después de despedirse y cuando regresamos a la casa donde se alojaban, nos platicó mi compadre Rucobo que estuvieron el doctor Cervantes y el general González haciendo comentarios del baile con el dueño de la casa y dijo el doctor:

—Bailé con aquella señorita muy simpática que estaba sentada junto a la que usted sacó a bailar, pero creo que es muy corta o vergonzosa, pues por más que le platicaba yo, nada más se sonreía, pero jamás me contestó una palabra, y de intento la nombré otras dos o tres veces, pero siempre respondió a mis palabras nada más sonriéndose.

—Pues mire usted qué casualidad —dijo el general— a mí me pasó exactamente lo mismo con la que yo bailé y creo que hasta le hablé más de lo que acostumbro, pero tampoco pude obtener más que sonrisas, y ni una palabra.

—¡Ah! —exclamó el dueño de la casa— ¿Se refieren unas señoritas altas, rubias, vestidas de azul?

—Precisamente.

—Pues con razón no les hablaron ni una palabra; son hermanas y son mudas.

Al día siguiente salimos para San Miguel Allende, para dirigirnos de allí a Querétaro, llevando la delantera las tropas de los generales Cesáreo Castro, Francisco Coss y Andrés Saucedo y con nosotros, además de la escolta que comandaba Alfredo Flores Alatorre, iban las fuerzas de los generales Jesús Dávila Sánchez, Ernesto Santoscoy, Francisco Cosío Robelo, el Batallón de Zapadores al mando del teniente coronel Fernando Vizcayno y los servicios especiales, Sanitario, Ingenieros, Telegrafistas, Electricistas y Explosivos, y la artillería pesada a las órdenes del teniente coronel Carlos Prieto y las ametralladoras de Montes.

En San Miguel de Allende sólo estuvimos las horas de la noche, pues arribamos ya tarde, dormimos allí y a la mañana siguiente, muy temprano, emprendimos el camino a Querétaro, a donde llegamos ese mismo día, por la tarde. Ya el general Murguía tenía preparado alojamiento para el general en jefe en la casa de unos señores de apellido Urquiza, pero para los miembros del Estado Mayor no había lugar en aquella casa y, por lo tanto, esa noche se acordó que fuéramos a alojarnos los jefes, como Alfredo Rodríguez, Vicente F. Escobedo, Federico Silva y yo, así como dos o tres oficiales y Mauro Rodríguez, jefe de telegrafistas en las habitaciones del gobernador que había en el Palacio de Gobierno, mientras que el resto se repartía en otros lugares o con jefes amigos de ellos.

Por acuerdo superior había sido ya designado para el puesto de gobernador y comandante militar de Querétaro

el teniente coronel Federico Montes miembro esclarecido de la audaz palomilla, quien debería tomar posesión el día siguiente, o sea el 2 de agosto y estábamos de plácemes, por lo que, después de cenar, y luego de tomar unas cuantas cervezas, como era de rigor, para celebrar el triunfo, en compañía del jefe de las armas coronel Fortunato Zuazua, nos encaminamos a nuestro alojamiento. Recorrimos el Palacio gubernamental; contemplamos algunas de las armas con que fue fusilado el archiduque Maximiliano de Habsburgo, pues las otras se encuentran en el Palacio de Gobierno de Monterrey; vimos la pieza donde estuvo encerrada la ilustre doña Josefa Ortiz de Domínguez, y la puerta por donde se comunicó con el que mandó dar la noticia al cura Hidalgo de que se había descubierto la conspiración; y después de empaparnos en patrióticos recuerdos, nos dirigimos a las habitaciones particulares del gobernador, que nos habían sido destinadas para dormitorio. Había dos magníficas camas, de manufactura arcaica y además cinco o seis catres que habían agregado, con sus buenos colchones y limpias sábanas y almohadas, por lo que nos prometimos una soberbia noche, de ronquidos estilo Jara, pero no contábamos con la huéspeda, como más adelante se verá. Por lo pronto, Alfredo Rodríguez y el que escribe, como jefes nos apropiamos de dos grandes y hermosas camas y dejamos que los demás ocuparan los catres, y después de acostarnos, fumar y charlar un rato, celebrando el nombramiento de *El Samurái* para gobernador, apagamos la luz y comenzamos a roncar; pero aquí empezó la fiesta; de pronto alguien lanzó un alarido; otro rugió una interjección; el de más allá vertía a voz en cuello una expresión soez; y a toda prisa se encendió la luz.

—¿Qué pasa? —decía uno.

—¡Ay, ay…! —gritaba otro.

—Me han herido en la retaguardia —decía *Ego*.

—A mí me han asestado un lanzazo en el occipucio —exclamaba Alfredo.

—Miramón, Mejía, Márquez, Maximiliano y una legión de imperialistas me han encajado como tres puñaladas… —gritaba Castañeda.

Y a la luz de los focos que se encendieron pudimos ver que tanto las soberbias camas, como los menos pretenciosos catres, estaban cubiertos con legiones incontables de chinches, chinches enormes que nos brincaban por todas partes del cuerpo alanceándonos despiadadamente y succionando nuestra sangre con voracidad inaudita. Nos levantamos y comenzamos una guerra sin cuartel contra las huestes de bichos, pero parecía que mientras más matábamos, más llegaban al olor de la sangre. Dos veces creímos haber terminado aquella feroz batalla y nos acostábamos, pero en cuanto se apagaba la luz, volvía el terrible ejército a atacarnos con más furia, hasta que como a las tres de la mañana nos declaramos derrotados, emprendiendo vergonzosa fuga, con una sábana y una almohada cada uno y nos fuimos a acostar al corredor donde pudimos conciliar el sueño, dejando el campo en poder del enemigo.

Al otro día acordamos presentar un memorial de protesta ante el nuevo gobernador, tan luego como se recibiera, exigiendo otro alojamiento y la extinción de aquellas terribles fieras, el cual transcribo adelante.

El día dos, por la tarde, se reunieron en el Palacio de Gobierno con el general en jefe los principales jefes de las tropas constitucionalistas y estados mayores, así como gran cantidad de civiles partidarios de la Revolución, tomándole el general González la protesta de ley al teniente coronel Federico Montes, en representación del Primer Jefe don Venustiano Carranza. El mayor Vicente F. Escobedo pronunció un brillante y sentido discurso y lo mismo hicieron el teniente coronel ingeniero Guillermo Castillo Tapia y el mayor profesor Félix Neira Barragán. Don Pablo dijo una corta alocución que siento no haber conservado y después se sirvió un ligero lunch y recorrimos el Palacio, lleno de recuerdos históricos, pero también lleno de las feroces chinches, cuyos recuerdos teníamos bien marcados

en el cuerpo los que por nuestra desventura habíamos tenido que dormir en su vetusto recinto.

Allí, conocimos nuevos elementos, luchadores también, como el mayor doctor José Siurob, que no recuerdo si allí se incorporó o ya lo estaba anteriormente, y el coronel Constantino Llaca.

Montes nombró sus colaboradores y principió a organizar los servicios del Estado, que en breve estuvieron funcionando bajo su dirección, y ese mismo día se recibieron noticias de la ocupación de Guanajuato, Irapuato, Celaya y León por las fuerzas del general Carrera Torres, dependientes de la Segunda División de Oriente, de la que era jefe nato el general don Jesús Carranza.

Tan luego como lo dejaron los generales y jefes nos acercamos Alfredo Rodríguez, *Ego*, y el que escribe a *El Samurái*, y le largamos nuestro memorial, escrito a máquina y en papel de oficio, con más de veinte sellos y calzado por las firmas de los tres, en representación nuestra y de los damnificados de la noche anterior. El memorial decía:

Señor Federico Montes,
gobernador del estado:
los suscritos, con el cuerpo
bien molido y lacerado.

Llenos de dolor y ronchas
que nos causaron berrinches,
venimos a protestar
contra tus malditas chinches.

Y a pedirte de rodillas
para calmar nuestra inquina,
que riegues en tu Palacio
dos mil litros de creolina.

La artillería que usaste
contra el huertista reacio

¡úsala hoy ametrallando
a las fieras de Palacio!

Y si no las exterminas
con balas… o con cerillo,
aunque seas gobernador
¡vales purito "bolillo"!

Mata tus fieras o mándanos
a otra parte a descansar,

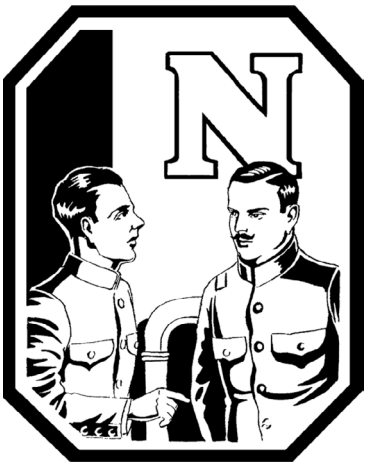
porque si no, nos iremos
hasta el Congo a pernoctar.

Si atiendes a nuestra queja,
Samurái ilustre y grande,
¡que la Patria te lo premie,
y si no… te lo demande!

Yo no sé si Montes consideró que era imposible exterminar a los furibundos bichos que invadían las habitaciones palaciegas o no estuvo conforme con el revoltijo que armamos con el mobiliario de las mismas, pero lo cierto es que poco después, un ayudante suyo nos avisó que teníamos ya cuartos preparados en un Hotel frente a la Plaza, donde quedamos a las mil maravillas y dormimos esa noche como unos benditos.

Arribó a Querétaro la División Octava, del mando del general Jesús Agustín Castro y se comenzaron a hacer los preparativos para marchar hacia la capital de la República, recibiéndose entonces también la noticia, por conducto del Primer Jefe, de la caída de la ciudad de Guadalajara en poder de las tropas del general Lucio Blanco, pertenecientes al Cuerpo de Ejército del Noroeste, que comandaba en jefe el general Álvaro Obregón y se procedió a reparar la vía del central para que aquellos contingentes arribaran también a Querétaro y hacer el movimiento conjunto sobre la ciudad de México.

¿Qué es albóndiga?



uestro amigo Federico Montes fue ascendido a coronel y ya como gobernador de Querétaro, designó para secretario de Gobierno al profesor Luis F. Pérez; presidente del Tribunal de Justicia del estado al licenciado José Ma. Truchuelo; director de Instrucción Pública al mayor doctor José Siurob e inspector de policía al mayor Jorge Cabrera. El coronel Montes, además, como comandante militar en el estado, conservó a sus órdenes la Brigada 24, de la que era jefe nato, y cuyos efectivos fueron engrosados para guarnicionar el territorio queretano.

Al tomar la plaza el general Murguía, se había efectuado la aprehensión del que fuera gobernador interino, no recuerdo exactamente, pero creo que era un llamado general irregular Malo Juvera, el juez de lo penal que también era jefe de la Defensa Social, licenciado Manuel B. Saldaña y algunos dipu-

tados locales y varios curas que habían hecho labor antirrevolucionaria muy marcada.

El día 3 comunicó el general don Jesús Carranza que las tropas de su División habían combatido en las cercanías de León de los Aldamas a una columna de huertistas que mandaban los irregulares Pascual Orozco, Francisco Cárdenas, el asesino del presidente Madero y José Pérez Castro, derrotándolos por completo y recogiéndoles gran cantidad de caballos ensillados y pertrechos de guerra y más de cien prisioneros, entre ellos el llamado general Pérez Castro, famoso por sus latrocinios y desmanes.

El día 4 se recibió mensaje de la Primera Jefatura enterándonos de que las pretendidas conferencias para la entrega de Francisco Carvajal, sustituto del feroz Huerta no se habían formalizado, porque en reunión previa, a la que concurrieron por parte de los revolucionarios los generales Antonio I. Villarreal y Luis Caballero, y por parte de Carvajal el general Lauro Villar y los licenciados David Gutiérrez Allende y Salvador Urbina no se había llegado a ningún acuerdo, porque estos últimos traían en síntesis las siguientes proposiciones del llamado presidente provisional: la amnistía general para militares y civiles huertistas; el reconocimiento de los grados de los militares; la disolución de las cámaras de Huerta y la sustitución por nuevas cámaras y por medio de éstas la renuncia de Carvajal y la entrega del poder a quien designaran los revolucionarios y otras menos importantes; pero como el sentir de los generales constitucionalistas, las instrucciones del Primer Jefe y el Plan de Guadalupe se oponían a la aceptación de estas proposiciones, se dieron por terminadas las pláticas no aceptándose sino la rendición incondicional, para lo que tampoco estaban facultados los representantes de la reacción. Por lo tanto, el avance sobre México se haría en son de guerra.

El día 5, muy de madrugada, salimos con don Pablo y su Estado Mayor rumbo a Guanajuato, a donde llegamos tem-

prano. En la Estación de Silao nos esperaban los generales don Jesús Carranza y Alberto Carrera Torres y el coronel licenciado Pablo A. de la Garza, con sus estados mayores respectivos y jefes de fuerzas, y con ellos nos dirigimos a la ciudad de Guanajuato, que recibió al jefe del Cuerpo de Ejército del Nordeste con enorme entusiasmo; las casas y balcones estaban adornados con lienzos y flores, y las bellas damas guanajuatenses lanzaban a nuestro paso rosas y serpentinas, mientras el pueblo aclamaba a la Revolución vitoreando al Primer Jefe y a los generales revolucionarios.

Al llegar al Palacio de Gobierno, se congregó una gran multitud y desde los balcones pronunciaron vibrantes discursos los mayores Félix Neira Barragán y Jorge von Versen y el coronel médico don Ricardo Suárez Gamboa, jefe del Servicio Sanitario del Cuerpo de Ejército del Nordeste, quienes fueran aplaudidos delirantemente por el pueblo.

Aquella misma tarde fue comunicado al coronel licenciado Pablo A. de la Garza su ascenso a general brigadier y su designación como gobernador y comandante militar de Guanajuato, señalándose el día siguiente para la toma de posesión, y por la noche fue ofrecida por los generales Carranza y Carrera Torres una cena al general don Pablo González y sus acompañantes, a la que asistieron los miembros de su Estado Mayor. Durante la cena, y a la hora de los brindis hicieron uso de la palabra el general licenciado Pablo A. de la Garza y el coronel médico don Ricardo Suárez Gamboa, quienes fueron muy aplaudidos por los concurrentes por sus conceptos acerca de la Revolución y sus finalidades.

El 6 de agosto por la mañana tomó posesión de su puesto como gobernador el general de la Garza, a cuyo acto concurrieron el general en jefe y los generales Carranza, Carrera Torres, Andrés Saucedo *La Muerte* y demás jefes y oficiales, así como gran número de elementos civiles, habiendo pronunciado el general González una corta alocución, a la que contestó el nuevo funcionario con frases adecuadas y modestas.

Por la tarde de ese mismo día fuimos a pasear por los alrededores de la hermosa ciudad de Guanajuato y visitamos las catacumbas donde hay gran número de cuerpos momificados, según se cree, por efecto de las sustancias minerales que en aquel lugar existen. El espectáculo no es nada risueño, pero como nosotros le sacábamos "punta" a todo, como se dice vulgarmente, Vicente Escobedo se acercó al general de la Garza y le dijo:

—Mi general, vengo a proponerle en nombre de mis compañeros que deje en este lugar hasta que se acabe de momificar a un ciudadano armado, que bien lo merece y que ya reclama su lugar entre estos espectros.

—¿A quién? —preguntó el gobernador.

—A quién ha de ser, mi general, sino a *La Muerte* (el general Andrés Saucedo) que es por derecho dueño y señor de estos dominios.

Naturalmente que el general Saucedo estaba presente y lo que contestó no se puede escribir, con gran regocijo de todos nosotros.

Regresamos a Guanajuato y por el camino se venía tratando de que debíamos visitar la famosa Alhóndiga de Granaditas, y tanto hablábamos de que la Alhóndiga por acá y que la Alhóndiga por allá, que esto le causó gran impresión al célebre capitán Miguel Ontiveros, de cuyas salidas de tono ya he hablado en otras ocasiones, por lo que decidió conocer a fondo qué era aquello de Alhóndiga y escogió para que lo sacara de dudas nada menos que al nuevo gobernador. El general y licenciado Pablo A. de la Garza era un hombre de buena ilustración, buen jefe y revolucionario serio, pero también de buen humor, al grado de que muchas veces se revolvía con nosotros en las travesuras a que nos dedicábamos, porque a guasón no le ganábamos, y no podía desaprovechar la ocasión que se le iba a presentar, y así sucedió. Ontiveros se acercó con mucho respeto y misterio al general de la Garza y le soltó a "boca de jarro" su notable pregunta:

—Dígame, mi general, ¿qué es eso de la Albóndiga de Granaditas que traen para arriba y para abajo los jefes y todos los que andan aquí?

—Ah —contestó el general— ¿qué no sabes lo que es Albóndiga, Miguel?

—No, mi general.

—¡Qué hombre tan ignorante! ¿Qué nunca las has comido?

—No, mi general, en el norte no hay de eso, pero usted que sabe mucho, sí ha de conocerla y haberla comido.

—Ya lo creo, la Albóndiga de Granaditas es un plato especial de esta ciudad de Guanajuato, y creo que la hacen con carne de puerco, res y chivo y granos de granada; por eso se llama de granaditas. En cualquier fonda de las de aquí te la sirven.

—Ah, qué bueno, mi general, a mí me gustan mucho las tres carnes y lo que es a la noche me ceno una de esas albóndigas —dijo Miguel.

Pero como íbamos a la Alhóndiga, el general de la Garza, para que no descubriera su broma Ontiveros, le ordenó que llevara un recado a su despacho en el Palacio y que allí lo esperara, mientras nosotros nos quedábamos gozando de la broma, que el gobernador había efectuado con toda seriedad, sin sonreírse siquiera. Y el pobre Ontiveros quedó tan convencido de la existencia de aquel maravilloso platillo, que no pudo probar, porque esa misma tarde salimos para Querétaro, que en el tren le decía a mi ayudante Barrera Hawkins:

—Ay, Rafael, lo único que siento es haber venido a Guanajuato y haberme quedado con las ganas de comerme un buen plato de Albóndigas de Granaditas, pero ay será algún día.

Visitamos la vieja fortaleza, recordadora de la gigantesca lucha por la Independencia y evocamos la sombra de aquel legendario Pípila, que incendiara sus puertas con la portentosa hazaña de cargar sobre sus recias espaldas la enorme piedra que le había de servir de coraza… ¡Pípila! ¡Reciedumbre, valor y sacrificio… símbolo de la raza…!

La 9° Brigada quedó destacamentada en Guanajuato, a las órdenes del nuevo gobernador Militar y el general en jefe dio instrucciones al general don Jesús Carranza para que procediera a reconcentrar las fuerzas de la Segunda División a su mando y a prepararse para que se movilizara hacia la capital con los demás efectivos del Cuerpo de Ejército, que estaban ya para avanzar hacia el sur. Nos despedimos del querido y buen jefe don Jesús y emprendimos el regreso a Querétaro en el tren militar que nos conducía, llegando la misma noche a la "ínsula del Samurái", como decía *Ego*…

Desde nuestra salida de Querétaro para Guanajuato, el Cuartel General había dispuesto que el general Francisco Murguía, con su División, marchara a atacar la plaza de Toluca, calculándose que casi simultáneamente el general Jacinto B. Treviño, que se había destacado, como ya he dicho, sobre Pachuca, Hidalgo, tomara esta plaza y el siete por la mañana, se recibió parte del general Murguía comunicando haber capturado la población de Ixtlahuaca el día anterior, después de un combate que se prolongó desde las cuatro a las ocho de la noche de ese día, debido a que los enemigos recibieron refuerzos de Toluca y El Oro, pero su triunfo había sido completo, haciéndoles algunos muertos y capturando trescientos prisioneros, que componían la guarnición de la plaza, pues los que venían a auxiliarlos huyeron hacia Toluca.

Ese mismo día 7, cerca de las dos de la tarde, y conforme al aviso que ya teníamos sobre el particular, arribó un tren militar conduciendo al general Obregón, jefe del Cuerpo de Ejército del Noroeste, acompañado de los generales Lucio Blanco y Rafael Buelna, procedentes de Guadalajara. En la Estación esperaba el general don Pablo González y los generales Jesús Carranza, que esa misma mañana había venido de Guanajuato, Cesáreo Castro, J. Agustín Castro, Cosío Robelo, Sauceda, Santoscoy, Francisco Coss, Pilar R. Sánchez, Abraham Cepeda y los estados mayores, así como el gobernador coronel Montes,

quienes recibieron con toda cordialidad a los compañeros del Noroeste.

El general Obregón, con el carácter alegre y afable que le distinguía, abrazó estrechamente al general González, declarando que sentía un inmenso placer al conocer al ameritado luchador, así como a los colaboradores que estaban presentes y de la Estación se dirigió a la oficina telegráfica conferenciando con el Primer Jefe, a Saltillo, diciéndole que se encontraba muy contento por haber conocido al general González, a quien dedicó elogiosos conceptos, diciendo entre otras cosas, que lo consideraba como "un orgullo y una garantía para el Ejército Constitucionalista".

El general Lucio Blanco, el bravo "mosquetero", guapo y valiente, que había sido el primer general de la revolución constitucionalista y que era uno de los hombres más simpáticos que he conocido, todavía entonces y aun algún tiempo después, sentía cierta mala voluntad hacia el general González, injustificadamente, por el hecho de haber sido sustituido por él en Matamoros en 1913, pero supo sobreponerse a sus resentimientos y lo saludó con toda corrección, aunque con alguna frialdad, pero en cuanto vio a Castillo Tapia, su íntimo amigo, al general Cesáreo Castro, que había sido su colaborador, al que escribe y a muchos otros antiguos compañeros, soltó una risa franca y sonora y nos invitó a su carro a tomar una copa de coñac y a charlar como lo hicimos, comiendo ese día con él en franca camaradería.

Al general Buelna, que más bien parecía un chamaco, por su juventud y su cuerpo delgado y no muy alto, lo conocíamos por su fama de valiente y de ser uno de los generales más jóvenes de la Revolución, así es que intimamos con él muy pronto y siempre conservamos una buena amistad, a pesar de los acontecimientos que después se sucedieron, por desgracia para la Patria y para la Revolución.

Aquel día comieron juntos los dos jefes de los Cuerpos de Ejército del Nordeste y del Noroeste, y por la tarde conferen-

ciaron nuevamente con el Primer Jefe, quien les comunicó las instrucciones de avanzar hacia la capital de la República, por lo que el general Obregón ordenó que los contingentes suyos, que se hallaban desde Irapuato hasta Guadalajara se movilizaran en los trenes que los conducían. Al salir de la oficina de telégrafos los dos jefes, el general Obregón preguntó:

—Compañero González, ¿cómo anda usted de dinero?

—Carezco de él por completo —respondió éste— y estoy esperando de un momento a otro una remesa de la Primera Jefatura; pero no hay cuidado por eso, compañero, porque mis tropas están acostumbradas a sufrir privaciones y con dinero y sin él le aseguro a usted que marcharán a donde les mande a jugarse la vida por nuestra causa.

—Lo sé —repuso el general Obregón— pero no hay para qué carecer de dinero, cuando traigo la fábrica en mi tren y puedo facilitarle lo que necesite.

—Solamente si puede usted $50,000 que le estimaré mande entregar al pagador general señor Eligio O. Treviño, los que le reintegraré tan luego como reciba dinero de la Primera Jefatura, agradeciéndole de todos modos su bondadoso ofrecimiento.

—No hay que agradecer, compañero González, porque puedo facilitarle la cantidad que necesite, pues el dinero que emito para pagar a mis fuerzas, será pagado después por la Nación y ella es quien le facilita lo que me pida, por lo tanto, y no yo.

—De todos modos, lo agradezco y con esa cantidad me es suficiente, repuso el general González.

Y aquí es oportuno hacer constar que don Pablo jamás emitió billetes ni dinero de ninguna especie, como creo que en otra ocasión lo he consignado, ateniéndose siempre a sus recursos y a los envíos de la Primera Jefatura, por más que hubo ocasiones en que la falta de dinero se hizo sentir notablemente entre nosotros, pero, como él decía, nos tenía acostumbrados a toda clase de privaciones, por lo que ya no extrañábamos la "brujez" y cuando teníamos unos cuantos pesos o billetes constitucionalistas nos creíamos dueños de medio mundo.

Al día siguiente, 8 de agosto, el general Jacinto B. Treviño rindió parte, comunicando haber tomado la plaza de Pachuca, después de derrotar a los elementos ex federales que la defendían, nombrando, según instituciones que llevaba, gobernador y comandante militar en el estado al antiguo revolucionario general Nicolás Flores.

Durante los pocos días que los generales González y Obregón permanecieron juntos en la ciudad de Querétaro se comunicaban con frecuencia, llevando entre ambos las relaciones más cordiales, y a poco comenzaron a llegar las fuerzas del divisionario sonorense, en largos convoyes.

Mientras tanto, las noticias de los periódicos que nos llegaban de Laredo y Monterrey, nos traían rumores alarmantes acerca del general Francisco Villa, que se decía que seguía disgustado con el Primer Jefe y preparaba una nueva revolución, pero sobre esto hablaremos a su debido tiempo.

Chicharrones de gallina



El 9 de agosto, después de una conferencia con el Primer Jefe, el general González ordenó la salida rumbo al sur, llevando por delante los trenes de reparaciones que iban como componiendo la vía destruida ligeramente en algunos lugares por los huertistas en su fuga hacia la capital. En San Juan del Río nos detuvimos por la tarde, pasando la noche en aquel lugar y reanudando la marcha al siguiente día. Allí se comunicó la salida del señor Carranza de Saltillo hacia el sur, pues, por todas las noticias que hasta entonces se tenían, se sabía que el llamado presidente Carvajal y los generales huertistas reconcentrados en la ciudad de México estaban decididos a resistir al ejército revolucionario.

El día 10, a mediodía, llegamos a la Estación de Tula, Hidalgo, donde se nos reunió el coronel hidalguense Higinio Olivo, quien recuerdo que traía un curioso batallón

formado por indios huastecos casi desnudos y con arcos y flechas, lo que nos llamó mucho la atención y más que a nosotros, a los soldados del norte, no acostumbrados a ver esos indígenas. Por otra parte, estas curiosas tropas se portaron posteriormente con arrojo y valentía, como hubo ocasión de verlo.

Ese mismo día 10 por la tarde arribamos a Teoloyucan, donde el día siguiente se nos reunieron los regimientos de la Quinta División mandados por los coroneles César López de Lara y Manuel C. Lárraga. Inmediatamente el general González comenzó a formar el plan de circunvalación de la ciudad de México, avanzando fuerzas del Cuerpo de Ejército del Nordeste hasta Cuautitlán y Zumpango por el frente para que sirvieran como vértice del ángulo cuyos extremos estaban en Pachuca, ocupada por el general Jacinto B. Treviño y Toluca, tomada ya por el general Francisco Murguía.

Ese mismo día, el Primer Jefe, don Venustiano Carranza, comunicó su llegada a San Luis Potosí, donde fue recibido con entusiasmo, organizándose una velada en su honor en el Teatro de la Paz y al siguiente día, el 12, comunicó el citado Primer Jefe haber sido designados, como Subsecretario de Guerra el general ingeniero Eduardo Hay y como Tesorero general el ingeniero Alberto J. Pani. Mientras tanto, el general Obregón con sus fuerzas también había llegado a Teoloyucan y el licenciado Carvajal mandaba sus enviados para concertar la entrega de la capital, pues a última hora habían decidido entregar la plaza al constitucionalismo.

El mismo día 12 se nos comunicó que el tráfico ferrocarrilero se había reanudado con Estados Unidos después de una conferencia sustentada en Laredo, Texas, entre el gerente de I. G. N. y otros funcionarios americanos y los señores ingeniero Porfirio Treviño Arreola, subdirector de los F. C. Constitucionalistas, Francisco Peña, agente de fletes y pasajes, y el teniente coronel Tránsito G. Galarza, superintendente, y el agente comercial Melquiades García.

A Teoloyucan comenzaron a llegar también altas personalidades del constitucionalismo y allí tuve el placer de conocer al ilustre tribuno licenciado Jesús Urueta, quien fue hasta su muerte uno de mis íntimos amigos, a pesar de la diferencia de edades. Con él precisamente hicimos, mientras estaban en curso los tratados para la entrega de la capital, un delicioso viaje al viejo y maravilloso Tepotzotlán, una de las más bellas joyas arquitectónicas coloniales que poseemos.

El Ejército federal que había traicionado al presidente Madero, siguiendo la ruta señalada por el indigno soldadón Victoriano Huerta, estaba vencido, pero ya para esos días muchos de sus miembros, dúctiles y acomodaticios, se comenzaban a "colar" en las filas revolucionarias, lo que dio motivo a un ocurso presentado por componentes del Nordeste, al general González, y que, como documento histórico, quiero reproducir, haciendo notar que en forma de hoja suelta circuló entre nosotros, y decía así:

> Constituyendo un grave peligro para la causa constitucionalista el que oficiales y jefes ex federales tengan mando en nuestras columnas, pues en primer lugar nuestro Ejército, compuesto de patriotas hijos del pueblo, es enteramente consciente de los motivos por qué se lanzó a la lucha para la reconquista de sus perdidas libertades y en segundo lugar, los oficiales y jefes ex federales traen prácticas, ideas y principios que están enteramente en pugna con los que profesamos, y si su ayuda material está con nosotros, sus ideas, sus tendencias y, digámoslo así, su yo psicológico están con el enemigo; siendo por lo tanto, un elemento destructor de la fuerza moral de nuestro Ejército, que más que la fuerza de las armas, lo ha conducido de triunfo en triunfo. Los ex federales, pues, constituyen el peligro más grave que amenazar pueda al triunfo de nuestros ideales y a la reconquista de nuestros derechos. Pero si bien es cierto, como ha dicho Rousseau, nada hay de inútil en la naturaleza, debemos en último resultado y en casos especiales en los que no sea aplicada la Ley del 25 de enero de 1862, emplear sus conocimientos y energías en la misma forma que empleábamos el combustible, es decir,

haciéndoles servir en alguna forma en el Ejército Constitucionalista sin reconocerles ni darles grado alguno, y como al restablecimiento de la paz y el orden, quedaran aun en nuestras filas, es indispensable que los incorregibles, los que no hayan podido sentir las grandezas de los principios constitucionalistas, vuelvan a las prisiones o sean enviados a las colonias militares, especiales, donde no puedan volver a hacer daño a la sociedad. Los corregibles, los que hayan demostrado haber vuelto por el recto camino de la verdad y de la justicia, pero por sus antecedentes y por la imposibilidad en que se encuentran de volver a pertenecer en modo alguno al ejército, se les encomendarán comisiones técnicas o bien serán relegados a la vida privada, vigilando que se encarguen de algún trabajo útil y honesto. Como es indudable que existen en nuestras filas algunos jefes y oficiales ex federales que a tiempo supieron comprender los ideales constitucionalistas y que están identificados con nuestro ejército y no sería de justicia la aplicación de pena alguna, y antes por el contrario, se han hecho acreedores a recompensas y no siendo posible penetrar al interior de las conciencias, para acatar debidamente a la justicia, debe fijarse un límite de tiempo, desde el cual debe tener aplicación una ley revolucionaria que regule casos como el presente y para ello debemos de tomar como punto de partida la toma de Torreón, que fue cuando apareció perfectamente delineado a los ojos de todos la incontrastable fuerza material y moral del constitucionalismo. El proyecto de la ley que tenemos a honra de someter a vuestra consideración para que se sirva elevarlo al Primer Jefe, especifica, analiza y estudia todos los casos y circunstancias que dejamos delineados, siendo de urgente cuanto fácil y necesaria aplicación. Ningún individuo que pertenezca o haya pertenecido al ejército federal desde la caída de Torreón podrá tener jerarquía alguna en el escalafón del Ejército Constitucionalista, ya sea que se entregue personalmente o se le coja prisionero. Todos deberán ser juzgados por la Ley del 25 de enero de 1862 y en el caso de tener que compurgar cualquier pena, servirán al ejército mientras está en campaña como simples presos, recibiendo una remuneración según su trabajo y capacidad. Al terminar la campaña activa, se recluirán en cárceles o se aprovecharán sus servicios en las columnas militares. A pesar de la regeneración obtenida con ellos, quedarán inhabilitados a perpetuidad para servir al ejército. General Francisco

Coss, general Teodoro Elizondo, general Andrés Saucedo, general Ernesto Santoscoy, general Francisco Cosío Robelo, general Jesús Dávila Sánchez, general Eduardo Hay, general Gonzalo Novoa, coronel Ildefonso Vázquez, coronel Abelardo Menchaca, coronel Alejo González, coronel Francisco L. Urquizo, coronel Ernesto Meade Fierro, coronel licenciado Figueroa, coronel Severiano Rodríguez, coronel A. Fuentes D., coronel licenciado P. A. de la Garza, coronel doctor D. Ríos Zertuche, mayor doctor Renato Miranda y más de cien firmas de jefes y oficiales de las diferentes divisiones que existen en el original.



Por orden del general de división Pablo González los ex federales entregan las armas, Apizaco, Tlaxcala, agosto de 1914. [J. Mora]. Centro de Estudios de Historia de México, CARSO, LXVIII-3. 1. 86.

Comentando este documento, y admirando las bellezas de Tepotzotlán nos pasamos la tarde del día 12, y regresamos como a las siete a Teoloyucan en el famoso Protos blanco. Urueta, Alfredo Rodríguez, Federico Silva, Félix Neira Barragán, Castañeda y otros que no recuerdo y como acostumbrábamos a cenar con don Pablo, cuando volvimos, nos encontramos con que ya había cenado, pues siempre lo hacía

temprano, así es que para no molestar a nadie, nos lanzamos al mercadito que allí hay, con objeto de comernos lo que hubiera, pues nos portábamos un hambre canina.

Alfredo Rodríguez, igualmente que el que escribe, eran muy aficionados a los "antojitos" y comidas a la mexicana, por lo que invitamos a los demás a que nos acompañaran a comer "tacos" con su respectivo "pulquito" curado, lo que aceptaron incontinenti. Ángel H. Castañeda, Neira Barragán y Federico Silva no habían estado antes en el sur y por lo tanto, no conocían muchos de aquellos platillos ni el pulque, por lo que Alfredo, que era muy travieso, como ya he contado varias veces, decidió jugarles una broma, sobre todo a Federico Silva, que muchas veces había dicho que él no comería jamás ese "mugrero" que llamaban "gusanos de maguey". Llegamos a un fonducho de aquellos que allí había, y Alfredo entró a la cocina, donde sostuvo una breve conferencia con la maritornes, vulgo cocinera, a quien aconsejó debidamente sobre lo que tenía que hacer.

Nos sirvieron por lo pronto unos formidables "tornillos", que son unos vasos con capacidad de un litro, de pulque curado de naranja y luego una gran bandeja de dorados tacos, que, según la gráfica expresiva de Castañeda, estaban gritando: "¡comedme!"

Nos atracamos de lo lindo de los sabrosos tacos, y a cada uno hacíamos comentarios gastronómicos:

—Estos de carnitas de puerco están deliciosos —decía Alfredo.

—Estos de pollo saben a gloria —clamaba Urueta.

Así sucesivamente fuimos encomiando las excelencias de los manjares nacionales, mientras tanto Federico Silva, que para eso de comer era "gargantúesco", según el decir de Alfredo, engullía concienzudamente sin hablar ni palabra, pero no quería beber el pulque, hasta que a instancias nuestras lo probó, y se tomó apenas la mitad de su "tornillo".

De pronto rompió su silencio y dijo:

—Alfredo, de todos los tacos ningunos tan sabrosos como estos que estoy comiendo, ¿de qué son?

—Ah, con razón —respondió Alfredo— esos son de chicharrones de gallina.

—¿Cómo chicharrones de gallina?

—Claro, es que tú no conoces estos platillos de México, raros pero exquisitos.

—Pues nunca los había comido, pero es de lo mejor que hasta hoy me he atracado.

—Celebro mucho que te gusten y ya sabes cuando quieras, aquí los preparan deliciosos.

Seguimos charlando de sobremesa y fumando durante una hora poco más o menos y después nos retiramos.

Pero no paró aquí la cosa, porque los acontecimientos sucedieron tal y como Alfredo los había previsto, pues a la siguiente mañana Federico, que había quedado encantado con los notables tacos, se presentó en el fonducho donde habíamos cenado la noche anterior y le pidió a la fondera unos tacos de "chicharrones de gallina".

La susodicha soltó la carcajada y Silva indignado le preguntó:

—¿Por qué se ríe?

—Ay, siñor, porque se le han versado sus compañeros, sobre todo el altote de los antiojos.

—A ver, cómo está eso de que me han versado.

—Pos sí, siñor, si no hay chicharrones de gallina.

—Entonces, ¿de qué eran los tacos tan sabrosos que comí anoche?

—¿Los últimos, jefe?

—Sí, los últimos.

—Ah, pos esos son de gusanitos de maguey.

—¿Cómo de gusanos de maguey? Vieja asquerosa.

—Pos seguro, jefecito, y nada de asquerosa, porque soy muy limpia y usté bien que se los tragó y le gustaron tan retemuncho quiora me viene a pidir más.

Y sin oír más salió Federico disparado hasta el carro donde estábamos trabajando; entró como un torbellino y se plantó delante de Alfredo, diciéndole:

—Cómo serás sinvergüenza, Alfredo.

—¿Por qué, manito? —contestó éste con cara de inocencia.

—Sí, ¡por qué! Por la tomada de pelo que me diste anoche con los tacos de chicharrones de gallina.

—¿Te hicieron circo en las tripas, manito? Porque son medio endiablados y comiste muchos.

—Nada de circo, que son de esos mugrosos gusanos de maguey y por poco echo las tripas fuera ahora que me lo dijo la fondera.

Soltamos la risa los que sabíamos de la broma y aplacamos a Federico, que de allí en adelante ya no le hizo el asco a los "gusanitos" que se comía después con mucho placer, pero siempre que podía, invitaba a alguno de los compañeros que no conocían ese antojito a que fueran con él a comer los famosos "tacos de chicharrones de gallina", para devolver el bromazo que le habíamos dado.

El día 12 del mismo, por la noche, arribó el Primer Jefe don Venustiano Carranza a la ciudad de Querétaro, donde fue recibido por el gobernador coronel Montes y los jefes y oficiales de la Guarnición, comunicando a los generales González y Obregón que al siguiente día se encontraría en Teoloyucan, pero no llegó hasta el día 14, para aprobar los tratados hechos entre el general Obregón y los enviados de Carvajal para la entrega de la ciudad de México.

El 13 llegó un enviado del general Francisco Murguía, rindiendo parte detallado de la ocupación de Toluca, y este enviado, que en estos momentos no recuerdo su nombre, pero que era uno de los viejos compañeros, nos platicó algo digno de consignarse.

Nos dijo que después de la toma de Ixtlahuaca, el general Murguía avanzó con sus fuerzas, mandadas por los jefes Benjamín Garza, Heliodoro Pérez chico, Donaciano González, Eduardo Hernández, Pablo González chico, Federico Barrera y la artillería de Daniel Díaz Couder, pero antes de llegar a Toluca, Murguía con unos treinta hombres de escolta y su Estado

Mayor se adelantó varios kilómetros al resto de la columna. Cuando llegaban a las goteras de la ciudad, les admiró que no hubiera avanzadas de los ex-federales, ni se viera movimiento alguno de tropa, por lo que siguieron adelante, pero ya dentro de la ciudad pudieron ver los cuarteles llenos de tropas huertistas. Sin embargo, como Murguía era un valiente, no retrocedió sino que siguieron hasta el Palacio de Gobierno donde desmontó con su jefe de Estado Mayor, coronel Arnulfo González, los mayores Fernando de León, José A. Solís, Francisco Arratia y otros dos más y penetrando al Palacio, encontraron al general Federal Díaz Ceballos, quien fungía como jefe de la Guarnición por ausencia del jefe nato. A él se dirigió el general Murguía, diciéndole:

—Señor general, es usted mi prisionero; y deseo que ordene inmediatamente que no salga ningún tren ni se movilice un soldado.

Díaz Ceballos contestó:

—Pero, señor general, es que yo tengo órdenes de reconcentrarme con mis fuerzas a la capital.

—Pero esas órdenes subsistían antes de que llegáramos. Ahora se servirá usted hacer lo que le digo.

Iba a continuar la discusión cuando entraron algunos oficiales a participarle a Díaz Ceballos que ya las fuerzas revolucionarias habían ocupado los cuarteles y la Estación y estaban desarmando a la tropa; y así era, pues como venían detrás de Murguía y no recibieron instrucciones en contrario, siguieron avanzando hasta entrar a la plaza e inmediatamente se apoderaron de los cuarteles y de los bancos de armas.

De esta manera se ocupó la capital del Estado de México y el general Murguía recogió todo el armamento, municiones y equipo de las tropas que allí se encontraban.

•

Burros con mamadera



Aunque anunciado para el día 14, llegó el 13 por la noche el tren conduciendo al Primer Jefe del Ejército Constitucionalista don Venustiano Carranza, a la Estación de Teoloyucan, donde los esperaban los generales González, Obregón, Jesús Carranza, Cesáreo Castro, Coss, Dávila Sánchez y otros con sus respectivos estados mayores y jefes de corporaciones.

El señor Carranza, con su afable seriedad característica, abrazó a los jefes y saludó a todos los congregados para recibirlo y pasó a conferenciar con los generales de los dos cuerpos de Ejército, aprobando según creo, los convenios celebrados con los representantes de Carvajal, que se llamaron Tratados de Teoloyucan. Como éste es un documento histórico que no es muy conocido y existe en mi archivo, voy a transcribirlo, porque juzgo necesario que se conozcan las condiciones en

que los restos de la facción Huertista se rindieron al Ejército triunfador de la Revolución. El documento en cuestión dice:

ACUERDO PARA LA EVACUACIÓN DE LA CAPITAL, LA RENDICIÓN Y DESARME DE LAS FUERZAS EX FEDERALES.

Primera: Las tropas dejarán la plaza de México, distribuyéndose en las poblaciones que están a lo largo del Ferrocarril de México a Puebla, en grupos no mayores de cinco mil hombres, que no llevarán artillería ni municiones de reserva. Para el efecto de su desarme el nuevo Gobierno nombrará el representante que reciba el armamento.

Segunda: La guarnición de Manzanillo, la de Córdoba, la de Jalapa y también la Jefatura de Armas de Chiapas, Tabasco, Campeche y Yucatán, serán disueltas y desarmadas en esos mismos lugares.

Tercera: Conforme vayan retirándose las tropas ex federales, los constitucionalistas ocuparán las posiciones desalojadas por ellos.

Cuarta: Las tropas ex-federales que guarnecen las poblaciones de San Ángel, Tlalpan, Xochimilco y demás lugares frente a los Zapatistas, serán desarmadas en los lugares que ocupan, tan luego como las fuerzas constitucionalistas las releven.

Quinta: Durante su marcha, las tropas ex federales no serán hostilizadas por los constitucionalistas.

Sexta: El Jefe del Gobierno nombrará la persona que se encargue del gobierno de los estados con guarnición ex federal, para los efectos de la recepción del armamento.

Séptima: Los establecimientos y oficinas militares continuarán a cargo de los empleados actuales, quienes los entregarán por medio de inventarios, a quienes se nombre para ello.

Octava: Los militares que por cualquier motivo no puedan marchar con la guarnición gozarán de toda clase de garantías, de acuerdo con las leyes en vigor y quedarán en las mismas condiciones de que habla la cláusula Décima.

Novena: El general Obregón ofrece, en representación de los jefes constitucionalistas, proporcionar a los soldados los medios de volver a sus hogares.

Décima: Los generales, jefes y oficiales y la Armada toda, quedarán a disposición del Primer jefe del Ejército Constitucionalista,

quien a la entrada a la capital, queda investido con el carácter de Presidente Provisional de la República.

Undécima: Los buques de guerra que se encuentren en el Pacífico, se concentrarán en Manzanillo y los del Golfo en Puerto México, donde quedan a disposición del Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, quien, como se ha visto ya, quedará investido con el carácter de Presidente Provisional. Por lo que respecta a las demás dependencias de armas en ambos litorales, así como el Territorio de Quintana Roo quedarán en sus respectivos lugares para recibir iguales instrucciones del mismo primer funcionario.

Sobre el camino nacional de Cuautitlán a Teoloyucan, México a 13 de agosto de 1914. Firmado: Álvaro Obregón.—G. A. Salas.—O. P. Blanco.—L. Blanco.

Los representantes del constitucionalismo fueron los generales Álvaro Obregón y Lucio Blanco y por parte de la facción huertista, abandonando por su jefe nato y encabezada por el llamado presidente interino licenciado Francisco Carvajal, el general Gustavo Adolfo Salas y el comodoro Othón P. Blanco.

Parece raro que el Cuerpo de Ejército del Nordeste, fuerte en más de cincuenta mil hombres y el primero en llegar al centro de la República, ocupando Querétaro, Guanajuato, Pachuca y Toluca, no estuviera representado en los Tratados de Teoloyucan, pero este asunto no me toca desentrañarlo, al menos en estos relatos, que carecen de documentación y son más bien, una síntesis de los recuerdos de un miembro de Estado Mayor, para quien la alta política revolucionaria no estaba a su alcance y aunque tengo mis opiniones sobre el particular, éstas son de ahora y me he trazado el plan de hacer el papel de simple cronista de aquellos hechos, tal y como entonces pasaron y los vimos, sin comentarlos. Naturalmente que el hecho que apunto causó cierta extrañeza y hasta disgusto, pero todo lo proponíamos al triunfo de la causa a la que ofrendáramos nuestros esfuerzos y muchos la vida, y celebramos aquel acontecimiento que, a nuestro parecer entonces, terminaba con la lucha armada y aseguraba el triunfo de la Revolución.

Por supuesto que estábamos equivocados y el tiempo, muy cercano, nos lo vino a demostrar, pero eso ya es capítulo de otra cosa y lo dejaremos para cuando llegue su turno. Sin embargo se creyó que don Pablo no había participado en los tratados porque días antes, un incidente surgido parece que dio margen al primer distanciamiento con el general Obregón. Nuestros telegrafistas tenían las líneas y daban servicio a los cuarteles generales del Nordeste y Noroeste, y cuando el jefe de Telégrafos del último propuso que se turnaran, fue aceptado, pero tan luego como se posesionó de la oficina, ya no permitió la entrada a los nuestros ni pasó los telegramas para el N. E. Se retrasó el servicio y cuando el general González se dio cuenta del motivo fue a la oficina, arrancó un cartelito que decía: "Servicio Exclusivo para el C. de E. del N. O." y echó fuera a los telegrafistas colocando a Mauro y los suyos. Parece que este asunto llegó hasta el Primer Jefe, y se zanjó, pero se perdió la armonía existente.

Por lo pronto, todo era gozo y alegría y las bandas de música de los cuerpos de Ejército tocaban aires marciales y piezas en boga en aquellos días, mientras la ilustre palomilla, aunque lamentando la ausencia de muchos de sus más conspicuos y alharaquientos miembros, se reunía en los carros de caja, acondicionados para alojamiento y charlábamos, cantábamos y bebíamos a falta de nuestro sabroso mezcal de Canadá y el tequila de Jalisco y otros bebestibles que se podían encontrar a mano.

También la tropa sentía el placer del triunfo y por los campamentos alrededor de Teoloyucan se oían constantemente sonar las guitarras y los cantos, unas veces lánguidas y tristes, como son nuestros cantos norteños y otras alegres y mitoteros; "La Valentina", "Al pie de una ventana" y "La Cucaracha", pues la ahora famosa "Adelita", que se ha tomado como canción típica de los revolucionarios del norte era exclusiva de los ejércitos del general Villa y no recuerdo haberla oído a las tropas de los generales González y Obregón, que también eran del norte.

Por cierto que una noche, que paseábamos Alfredo Rodríguez, Rafael de la Torre, Alfredo Flores Alatorre, mi compadre Ricardo González V., y el que habla, por los campamentos, tuvimos ocasión de oír algo gracioso, pero que por poco termina en tragedia. Nos acercamos a un grupo de soldados, que formaban un gran coro alrededor de una hoguera, que los alumbraba y entre ellos había uno que tocaba bastante bien la guitarra y cantaba unas veces y otras acompañaba a otros de los soldados que cantaban. Teníamos como media hora de estarlos oyendo, porque el de la guitarra realmente lo hacía bien, cuando uno de los compañeros le dijo a éste:

—Oye, compa, acompáñame una cancioncita de mi tierra.

—Pos ándale, manís, pa luego es tarde —contestó el virtuoso del campamento y comenzó a puntear su guitarra.

El que quería cantar estaba algo "pasado de tueste", esto es, traía en su interior más alcohol del que podía, así es que con voz aguardentosa, comenzó a berrear…

El melón zapote no tiene sabor…
el melón zapote no tiene sabor…
el melón zapote no tiene sabor…

Y probablemente por las condiciones o como decía Alfredo "el estado gaseoso" en que se encontraba, es el caso que se le olvidó el resto de la canción, y cuando ya todos comenzaban a reírse de él, al repetir por centésima vez:

El melón zapote no tiene sabor...

Se paró detrás de él otro soldado, también tambaleándose y completó el verso cantando:

Tu… señora madre lo tendrá mejor.

El cantor se levantó como impelido por un resorte y le largó una descomunal trompada al colaborador espontáneo,

que éste contestó con otra y se armó una trapatiesta de todos los demonios, que nosotros contemplábamos tendidos de risa, por la ocurrencia del que completó el verso, pero de repente los cuchillos salieron de los cinturones y entonces la cosa se puso fea, pero el teniente coronel Flores Alatorre, jefe de los pelioneros, muy querido de sus soldados por valiente y bueno y respetado por sus fuerzas musculares, se metió entre los combatientes y cogiendo a uno y a otro las manos con que empuñaban los cuchillos, los hizo que los soltaran, ordenándoles los dejaran caer. Con la intervención del jefe se serenó la contienda y mandó arrestados a los rijosos, y así terminó este incidente, que no hace mucho recordábamos Flores Alatorre y el que escribe y que conocíamos como el de "el melón zapote".

A raíz de la llegada del Primer Jefe a Teoloyucan comenzaron a arribar los elementos civiles que colaboraban con la Revolución, y allí pudimos conocer al licenciado Luis Cabrera, al ingeniero Pani, y volver a ver a Miguel Alessio Robles, al licenciado Isidro Fabela, al ingeniero Manuel Urquidi, al licenciado y general Ramón Frausto, con quien también me unió una íntima y sincera amistad hasta su prematura muerte; el licenciado Martín Suárez Gómez, también muerto después trágicamente, el licenciado Samuel Mariel, hermano del general Francisco de P. Mariel y creo que también allí conocí al licenciado Rafael Zubarán Capmany, aunque no estoy seguro si fue días después en la capital.

El día 15, el general Obregón, con el general Lucio Blanco y sus caballerías hizo su entrada a la Ciudad de los Palacios, pero no la describiré por la sencilla razón de que nosotros avanzamos solamente hasta Tlalnepantla, donde estableció el Primer Jefe su Cuartel General, mientras se organizaba su entrada a la capital de la República.

El señor Carranza tenía por costumbre salir todas las mañanas y a veces también por la tarde a dar un paseo a caballo, y lo acompañaban invariablemente don Pablo González y don Jesús

Carranza, así como otros jefes de menor graduación. En estos paseos el Primer Jefe siempre iba de excelente humor y platicaba recordando los tiempos más duros de la Revolución con sus viejos camaradas, que desde el principio lo habían seguido y hasta recuerdo que en una vez que uno de sus acompañantes le dijo:

—Ahora sí, señor, ya terminamos la Revolución armada; la parte más difícil de esta lucha.

Y él respondió:

—No, general, ahora comienza la parte más difícil: la política, y quiera Dios que no fracasemos en ella.

Y así era efectivamente, porque ya en esos días, el 16 de agosto precisamente, el gobernador de Sonora, don José María Maytorena, el primero que había reconocido a la Revolución y segundo, después de don Venustiano, en desconocer a Huerta, se declaraba en franca rebelión y sus fuerzas atacaban a las del mayor López en Estación Llano, cerca que Magdalena, Sonora. Al mismo tiempo, el general Villa, que según se decía, apoyaba a Maytorena, seguía encastillado en el norte, con su poderosa División, en actitud nada halagadora para la Primera Jefatura y los barruntos de tempestad cada día ensombrecían más y más el cielo de la Patria, amenazando con ensangrentar de nuevo su suelo, como sucedió, por la división de los mismos elementos revolucionarios, que jamás debieron haberse distanciado. Pero el patriarca de Coahuila permanecía sereno y fuerte, como siempre con su látigo, "la cuarta de don Venustiano", en su mano nervuda y amplia, sin variar sus costumbres en lo más mínimo, al extremo de que creo que el día 17 fue cuando el general Obregón le envió de México a Tlalnepantla el lujosísimo tren presidencial que usara el general Porfirio Díaz para que se alojara en sus carros palacios y en él hiciera su entrada a la capital, pero el señor Carranza, con sencillez y tranquilidad, se negó a usarlo, y prefirió seguir alojado en el simple coche de pasajeros, acondicionado modestamente, que le había servido de habitación y despacho en toda su gira, creo que desde Chihuahua y ordenó que el presidencial se volviera a México.

En uno de los paseos matutinos a caballo a que me he referido, acompañaban al Primer Jefe, el general Pablo González y el recién nombrado gobernador de Hidalgo, general Nicolás Flores, quien la noche anterior había llegado a conferenciar con el señor Carranza. Hay que advertir dos cosas: primera, que el general González, de cuya seriedad he hablado, hizo muy pocos "chistes", y con los pocos que hizo le fue tan mal, que cada uno le conquistó un enemigo, al contrario del general Obregón, cuya "chispa" es bien conocida y recordada, y que le acarreó grandes amigos; y segundo, que el general Nicolás Flores, a quien llamábamos *Tío Nico*, era un buen revolucionario y valiente luchador, pero también era tartamudo hasta la pared de enfrente, es decir, perfectamente tartamudo. Pues bien, esa bella mañana salieron en compañía del Primer Jefe y los acompañamos varios oficiales y jefes de los estados mayores, prolongándose el paseo hasta como a unas dos leguas al oriente de Tlalnepantla.

Iban los jefes engolfados en animada plática, probablemente sobre los diferentes problemas que por delante se tenían, siendo uno de los más serios el del desarme de los contingentes ex federales, que todavía sumaban la respetable cantidad de cuarenta mil hombres, mientras nosotros hablábamos de diversos tópicos, pero sobre todo el de las diversiones que esperábamos tener en la maravillosa Ciudad de los Palacios, que estaba solamente a unos cuantos kilómetros de nosotros, cuando de pronto don Venustiano sentó su caballo, y poniéndose la mano sobre los ojos para afocar su vista, señaló con el índice de su mano derecha hacia un lomerío lejano, donde se veían nubecitas de polvo, y volviéndose al general Flores, tal vez por más conocedor de aquellos rumbos, le dijo:

—General, ¿qué cree usted que son aquellas polvaredas que se ven allá?

Don Nicolás se colocó también la izquierda sobre los ojos y después de unos momentos, contestó:

—Se… se… ñor, son bu… bu… rros con ma… ma… dera…

Entonces don Pablo que también estaba viendo hacia las polvaredas, se volteó y exclamó con toda seriedad:

—¿Burros con mamadera? Yo no los conozco.

Soltamos un coro de carcajadas, a pesar del respeto que teníamos a los jefes y hasta el señor Carranza volteando la cara discretamente se sonrió, mientras don Nicolás gritaba indignado:

—¡No! Bu… burros… con… ma… ma… dera… ¡palos!

—Ah —dijo don Pablo con cara de inocencia— burros con madera.

—Se… se… guro… —decía el general Flores.

Al regreso celebramos este rarísimo chiste del jefe del Nordeste pero e1 general Flores jamás se lo perdonó y cuando pudo, se significó como uno de sus más enconados enemigos, a pesar de haber militado todavía después a sus órdenes y haberle devuelto el gobierno del estado de Hidalgo, que los convencioncitas le quitaron.

•

Los apuros de un fígaro



El día 18, el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, en su campamento de Tlalnepantla, dio al general don Pablo González una alta muestra de su confianza, confiriéndole la delicada comisión de verificar el desarme del Ejército ex federal reconcentrado al efecto en Apizaco, Tlaxcala, con ese objeto, para cumplir con los tratados de Teoloyucan.

Se libraron las órdenes respectivas y el mismo día 18 salimos en quince trenes militares, permaneciendo todo ese día y el siguiente en la capital, donde el general González estableció provisionalmente su Cuartel General en la casa de don Ignacio de la Torre y Mier, frente a la estatua de Carlos IV, conocida por El Caballito, cuya casa ocupa ahora la Lotería Nacional, mientras tanto fueron avanzando los trenes militares del Cuerpo de Ejército sobre la vía del Ferrocarril Mexicano escalonándolos desde Tepexpan y Ometusco hasta Muñoz, con instrucciones

de no acercarse a Apizaco para evitar cualquier fricción que pudiera sobrevenir.

En estos días que estuvimos en la capital pasaron cosas grandes y maravillosas, dignas de registrarse en estos anales y de ser contadas por este cronista, a quien, según el decir de uno de mis amigos, los hados guasones tenían reservada esta labor y por ello me protegieron a través de las azarosas épocas de nuestras luchas intestinas.

Uno de estos notables sucesos fue la llegada al Cuartel General nuestro del viejo médico neolonés don Rafael Cantú, y que no resisto la tentación de referir.

Era el doctor Cantú un médico que había sido "maderista" de hueso colorado y creo, aunque no estoy seguro, que era médico militar, y cuando se organizaron los Cuerpos de Carabineros de Coahuila para combatir la rebelión de Pascual Orozco, en 1912, fue adscrito al Cuerpo de Auxiliares de Monclova que mandaba el entonces teniente coronel Pablo González. El doctor Cantú pronto se hizo querer de todos nosotros los oficiales y también de la tropa, por su carácter franco y simpático, pues a todos nos trataba de tú, pero tenía la particularidad de ser de lo más renegado o mal hablado que he conocido y como muestra de cariño nos llamaba a todos "oficialitos de… excremento" o su equivalente. Cuando entraba al Hospital de Monclova, que estaba en la Estación, por principio de cuentas, gritaba:

—Buenos días, soldaditos mugrosos. ¡Dios me ayude para curar a tanto… así y asado!

Mas a pesar de esto, los curaba con cariño paternal y los soldados lo adoraban. El doctor fue con nosotros a las campañas de Durango, Zacatecas y Chihuahua contra el orozquismo y precisamente en la ciudad de Chihuahua, el general Rábago, entonces jefe de las operaciones en aquel estado, que por cierto nos trató a los voluntarios de Coahuila con la punta del pie, ordenó que pasara al Hospital Militar de aquella plaza y cuando nos levantamos contra Huerta, lo retuvo en calidad

de prisionero, dejándolo en las mismas condiciones al general Mercado, por lo que no pudo salir del poder de los ex federales hasta el triunfo de la Revolución. Entonces don Venustiano lo llamó a México, porque lo apreciaba bien, y de repente, una mañana, cuando estábamos Federico Silva, yo y otros de los antiguos oficiales en lo alto de la escalera de la casa de la Torre, convertida en Cuartel General, ante el escándalo y asombro de jefes militares y muchos civiles que allí se encontraban esperando audiencia de don Pablo, oímos el grito del viejo médico que rugía:

—¡Hola, oficialitos de… hijos de un tal por cual!… ¿dónde está ese zorrillo bigotón de Pablo González?

Antes de verlo, le dije a Federico:

—Ése es el viejo feroz del doctor Cantú.

—El mismo que viste y calza, monigote mugriento —tronó el vozarrón junto a mí y cayó en mis brazos el doctor don Rafael Cantú.



Estación de Apizaco, locomotora y pasajeros.
SINAFO.

En cuatro palabras decentes, salpicadas e ilustradas con cuatrocientas palabras imposibles de reproducir, nos contó su

dolorosa odisea y lo conduje inmediatamente con el general en jefe, quien lo abrazó efusivamente y quedó platicando con él, pero aunque quiso llevárselo de nuevo, el doctor tenía ya órdenes de don Venustiano y no pudo hacerlo. Fue la última vez que vi al viejo y querido amigo, porque regresó a Monterrey y entiendo que aquí murió. Que estas líneas sirvan como un recuerdo a su memoria, porque si su exterior era duro; si su corteza era amarga, su corazón era de oro puro y su cariño para nosotros era más que de amigo y de médico, de padre, pues con palabras malsonantes, nos daba consejos sanos y nobles para la vida.

Por disposiciones del Primer Jefe, el general González equipó un convoy de varios trenes, para que el general don Jesús Carranza, con su Segunda División del Centro marchara a hacerse cargo de las operaciones en el Istmo de Tehuantepec, llevando como jefe de su Estado Mayor al coronel don Gregorio Osuna, quien fue ascendido a general brigadier. Aquella infortunada expedición costó la vida al noble y buen jefe, sacrificado villanamente por el traidor Alfonso Santibáñez, algunos meses después, y no nos figurábamos que, cuando despedimos al querido viejo y les decíamos "hasta luego" a compañeros tan apreciados como el teniente coronel Manuel Caballero, ese "hasta luego" sería nuestra despedida hasta la eternidad. Como escolta de don Jesús iba el Primer Regimiento, mandado por su jefe, el buen revolucionario y valiente coronel don Cecilio Balderas Pérez, neolonés, quien vive todavía, viejo y olvidado, a pesar de sus méritos indiscutibles.

El general Obregón, desde su entrada a la capital asumió el mando militar de la ciudad, y el 19, según órdenes de la Primera Jefatura, comenzaron a hacerse cargo de las secretarías de Estado los ciudadanos designados para ello, comenzando a despachar en la Secretaría de Relaciones, el licenciado Isidro Fabela; en la de Gobernación, el licenciado Elíseo Arredondo; en la de Hacienda, el señor Felícitos Villarreal; en Comunicaciones, el ingeniero Ignacio Bonillas, y en

Guerra, el general ingeniero Eduardo Hay. El Gobierno de Distrito quedó a cargo del ingeniero Alfredo Robles Domínguez, quien ordenó, por instrucciones superiores, la clausura de todos los juzgados de México. Fue nombrado inspector de policía el general Francisco Cosío Robelo y jefes de las gendarmerías de a pie y montada, los tenientes coroneles Rafael de la Torre y Ricardo González V., y como secretario de la Inspección, el licenciado Munguía Santoyo. Se hizo cargo de la Administración Principal del Timbre, el señor Ernesto Perusquía y el teniente coronel ingeniero Pascual Ortiz Rubio quedó como jefe de la Oficina Impresora de la Secretaría de Hacienda, tomando posesión de la Tesorería General, el ingeniero Alberto J. Pani.

Y en éste o en el siguiente día fue cuando sucedió este terrible acontecimiento que voy a narrar:

El teniente coronel Rafael de la Torre, de quien ya he hablado, poseía un carácter irascible y agresivo, recrudecido por el mando que acababa de recibir de una buena parte de los guardianes del Orden Público, vulgo gendarmes o "cuicos" como los llamaban en aquellas latitudes. Además poseía una frondosa mata de pelo que le agradaba recortar y acicalar, pero tenía la particularidad de odiar de una manera franca y feroz a los Fígaros, o barberos habladores, a quienes no toleraba le hicieran preguntas ociosas ni le platicaran lo que él juzgaba que no le interesaba. Así es que aquel día, muy de mañana, pues serían las siete o siete y media, se lanzó en su automóvil a buscar una barbería para cortarse el pelo; pero como no encontraba ninguna abierta, ya que los metropolitanos no son tan madrugadores que digamos y apenas a las nueve abren sus establecimientos, dio varias vueltas por las principales calles, hallando todo cerrado, hasta que por fin, vio una cuya puerta estaba entreabierta y ordenando que se detuviera el auto, bajó inmediatamente, penetrando a la peluquería, donde sólo se encontraba un individuo que juzgó sería el barbero. Se dirigió a él y con el fuerte vozarrón que tenía, le dijo:

—Necesito que me corte el pelo; lo quiero de casquete; pronto y sin que me hable una sola palabra.

—Señor, yo…

—¡Nada! —interrumpió de la Torre.

—No me hable una palabra, porque no me gustan los barberos habladores, y hágame el pelo.

—Pero, señor, es que… —balbucía el infeliz.

—Ningún señor —rugió el teniente coronel—, usted me hace el pelo y no hable, porque si no, le zumbo una bala.

Y desenfundó un enorme pistolón, que empuñó en su diestra, sentándose en el primer sillón que encontró a mano. El pobre individuo, temblando de pavor, le colocó sobre el pecho el lienzo blanco, anudándoselo al cuello y volvió a decir:

—Señor, es que yo…

—¡Que se calle, animal! Y péleme o lo estampo de un tiro.

Siguió el pobre hombre tembloroso, poniéndole otro paño, y luego empuñó las tijeras, pero a los cuantos tijeretazos, volvió a tratar de hablar:

—Señor, yo quisiera…

—¡Silencio! —tronó el mílite—, o lo vuelo de un pelotazo, y le advierto que voy a estar pendiente y si me habla, no pregunte de qué se petatió.

Y no hubo remedio; el individuo siguió con sus tijeras en silencio, mientras De la Torre, con la pistola en la mano, estaba vigilante para que no le hiciera charla el barbero.

Así pasaron los minutos y cuando dejó de oírse el chis-chis de las tijeras, alzó la cabeza De la Torre y preguntó:

—Ya terminó.

—Sí, señor, pero yo…

—Cállese la boca y déjeme ver cómo ha quedado, hablador.

Pero al levantar la cabeza y verse en el espejo, lanzó un rugido de fiera, pegó un salto desde el sillón y con la pistola en alto, preguntó furioso:

—¡Desgraciado! ¿Qué clase de peluquero es usted? Mire cómo me ha dejado de trasquilado, infeliz.

Y efectivamente, la cabeza del teniente coronel parecía como un campo cultivado a azadonazos o como un palo al que se hubiera querido pulir a golpes de machete, todo tijereteado, todo trasquilado. Una barbaridad. El otro temblaba, mientras el militar gritaba cada vez más furibundo:

—¿Qué clase de barbero es usted? ¿Dónde aprendió a hacer el pelo, desgraciado? ¡Habla o lo estampo!

Entonces el desdichado habló, diciendo:

—Pero, señor, es que yo no soy el barbero.

—Pues entonces, ¿quién es, infame?

—Soy el vidriero, señor, que vine a poner un vidrio que faltaba en esa ventana.

—¿Y por qué no lo dijo, canalla?

—Porque usted no me dejó; yo le quería decir: señor, es que yo no soy el barbero, pero me amenazaba con matarme si hablaba y no hubo más remedio que pelarlo.

En estos dimes y diretes entró el verdadero peluquero, quien se dio cuenta del caso y arregló lo mejor que pudo a De la Torre, pero casi tuvo que quedar pelado al rape. Este suceso llegó no sé cómo a nuestro conocimiento y el escándalo y bulla que le armamos a *La Alcayata* no hay ni que contarlo porque fue de los más sonados, llegando hasta los altos jefes, donde se celebró el acontecimiento y Cosío Robelo, socarrón e irónico, como era y creo que es todavía por aquello de que "genio y figura hasta la sepultura", le dijo a De la Torre:

—Oye, Rafael, es bueno que de cuando en cuando dejes hablar a la gente; no quieras acaparar el uso de la palabra.

Y nosotros le cantábamos cuando llegaba entre la palomilla:

La Alcayata está pelón
pero no de peluquero;
por meterse a valentón
le pasó lo que a Sansón…
pero fue con un vidriero.

Se ponía furioso, pero después se le fue bajando la cólera poco a poco, sobre todo meses después en que ya lo encontramos otra vez con el pelo crecido.

En los dos días que estuvimos en la capital también se recogieron por orden del Cuartel General varios automóviles de los que habían sido de Huerta y de sus más connotados secuaces, quedando al servicio de los jefes. Yo recogí un auto propiedad del mismo Huerta, que había sido regalado a una actriz y lo obtuve con el chofer que lo conducía. Este chofer, que vive y se llama Ruperto Patiño me siguió en lo sucesivo hasta el norte cuando volvimos durante la campaña contra el villismo, y fue uno de los más fieles, más valientes y mejores que he conocido, pues a pesar de ser un muchacho citadino, que nada sabía de campañas ni de caballos, conmigo atravesó sierras, pasó hambres, montó caballos brutos, durmió a campo raso bajo una lluvia pertinaz y jamás se quejó, jamás me abandonó y conmigo fue hasta que recuperamos la capital en 1915 y se retiró solamente cuando creyó que ya no me era indispensable.

El 19 por la tarde libró el general González las órdenes necesarias para que salieran los trenes del Cuartel General rumbo a Apizaco, como se efectuó, siendo escoltados por la escolta que mandaba el teniente coronel Flores Alatorre, pero como el teniente coronel Alfredo Rodríguez había sido nombrado prefecto de Tlalpan, el suscrito asumió el mando interino del Estado Mayor.

En México me encontré con Pedro Villaseñor, a quien devolví su dinero, como ya he contado, y recordando sobre las luchas que acababan de pasar, vinimos a rememorar la acción del Huizachito. Cuando en octubre de 1913 nos dirigíamos a atacar Monterrey por primera vez, salimos de Hidalgo el que escribe con unos sesenta ferrocarrileros, como ya he contado, y se nos unió Pedro Villaseñor con unos cuantos hombres también. Tratamos de asaltar un tren y nos resultó militar, por lo que salimos asaltados, teniendo que correr hacia el monte; pero luego como carecíamos de víveres y sobre todo, algo muy

grave: mi "pipa", la famosa "cachimba de W", no tenía ya ni una brizna de tabaco, al grado de que varias veces hubo que llenarla con hojas de mezquite, que por cierto saben muy feo en la pipa, decidimos atacar la estación de Huizachito, sobre la vía férrea de Laredo. Y así lo hicimos, tomándola con nuestro esfuerzo y sacando de allí comestibles y medio "bocoy" de tabaco negro. Debo decir, en honor de la verdad, que en Huizachito no había ni un *mocho*, pero eso no quita que lo tomáramos, y considerándome uno de los héroes de aquella jornada y para conmemorarla debidamente, antes de salir a Puebla, obtuve un *caboose*, que me fue arreglado con camarotes, cocina, etcétera, al que hice mi carro especial, bautizándolo con el nombre de "Huizachito" que llevaba en grandes letras doradas en ambos costados, y cuya historia y trágico fin contaré en otra ocasión, cuando llegue el turno que le corresponde, pues este carro presenció grandes hechos; dignos de mencionarse.

•

La ronda con los piteros



El 20 de agosto salimos con rumbo a Puebla, en varios trenes del Ferrocarril Mexicano, llegando el mismo día a la Estación de Apizaco, donde estaban reconcentradas gran parte de las fuerzas ex federales; comandadas por los generales Ignacio Morelos Zaragoza, Jiménez Castro, José Villarreal, Luis Garibay, y los generales irregulares Higinio Aguilar, Juan Andreu Almazán y Benjamín Argumedo.

Al llegar a Apizaco, el general Pablo González conferenció con el general Morelos Zaragoza, quien se mostró conforme con que al día siguiente comenzara a efectuarse el desarme y licenciamiento de las tropas ex federales de acuerdo con los Tratados de Teoloyucan, ministrándose a cada soldado la cantidad de $10.00 y $50.00 a los oficiales, y otorgándose a cada uno el "pase" correspondiente para que se trasladase al lugar del país que escogiera para su residencia. Sin embargo, la no-

che del mismo día 20, los generales Argumedo, Higinio Aguilar y Andreu Almazán, seguramente inconformes con el nuevo estado de cosas, se retiraron del campamento de Apizaco en son de guerra, llevándose los elementos que componían las corporaciones a su mando.

No obstante lo expuesto, el día 21, el general Morelos Zaragoza entrevistó al general en jefe del Cuerpo de Ejército del Nordeste, manifestándole estar listo para que diera principio al licenciamiento de sus fuerzas, que con toda disciplina, se encontraban ya formadas en la Estación. Antes de comenzar el acto, y reunidos en la plataforma posterior del carro especial de don Pablo, éste, el general Morelos Zaragoza y otros jefes constitucionalistas y miembros del Estado Mayor del general González, el teniente coronel Marciano González dirigió una brillante y hermosa arenga a los soldados ex federales, exponiendo los ideales de la Revolución, y recuerdo como si en estos momentos hubiera pasado, que vimos rodar gruesas y silenciosas lágrimas por la venerable cara del viejo general Morelos Zaragoza, de innegables méritos, quien, como muchos otros, había permanecido fiel, quizá no al gobierno del dipsómano Huerta, sino a lo que él consideraba su deber de militar y que en esos instantes sentía el enorme dolor de ver su carrera militar derrumbada por los acontecimientos… y nosotros respetamos aquella emoción sincera y aquel dolor grave y callado.

Cuando el teniente coronel Marciano González terminó su emocionante alocución, sentimos los ojos también humedecidos y un aplauso delirante premió sus cálidas frases, que no podría recordar, pero cuya sensación todavía siento, al calor de la evocación, como un escalofrío que recorre la médula de mi espina dorsal. Era el desastre; era la caída tremenda de muchos hombres; unos malvados y ambiciosos, pero otros buenos y equivocados, que pensaron, formándose un falso concepto del deber y de la disciplina militar, que su camino era el mismo que trazaba el trágico traidor de febrero.

El desarme y licenciamiento continuó durante los días 21 y 22 de agosto, hasta dar por terminada esta actuación, dándose cuenta el Primer Jefe del número de soldados, oficiales y jefes licenciados, así como de las cantidades erogadas por gratificaciones, y el número de armas, caballos, monturas, parque y demás pertrechos entregados por el general Morelos Zaragoza, que ascendieron a varios miles, no recordando exactamente su número.

Un acontecimiento trágico vino a ensombrecer la alegría que nos causaba nuestra marcha triunfal, y fue el siguiente: con nosotros iban desde México dos jóvenes cultos y simpáticos, los hermanos Ramón y Rafael Cabrera, muy estimados por todos, especialmente Ramón, cuyo carácter alegre y franco, había congeniado sobremanera con la palomilla. Ambos comían y convivían con nosotros y se habían hecho querer de los que formábamos el grupo de compañeros inseparables, también jóvenes y entusiastas como ellos. Eran hermanos del licenciado Luis Cabrera, quien ya ocupaba un alto puesto cerca del Primer Jefe de la Revolución, y como eran originarios del estado de Puebla, deseaban ardientemente llegar a la ciudad de Los Ángeles, pues además entiendo que Ramón llevaba instrucciones especiales del señor Carranza para colaborar en la organización de los servicios públicos.

Ramón Cabrera habló con el general González, pidiéndole le permitiera trasladarse a la ciudad de Puebla, pero el jefe del Cuerpo de Ejército del Nordeste le manifestó que no consideraba muy seguro su viaje, máxime cuando algunas fuerzas se habían mostrado inconformes y se habían retirado en actitud hostil, y además no se tenía tampoco seguridad de la actitud que asumiría el general Luque, jefe de las fuerzas ex federales reconcentradas en la Angelópolis, donde entre otras corporaciones se hallaba el tristemente célebre 29 Batallón, que había sido jefaturado por Blanquet, el cómplice de Huerta. Pero Ramón insistió con don Pablo exponiéndole sus razones y considerando que no había ya peligro ninguno, hasta que

por fin logró que le fuera concedida la autorización para dirigirse a Puebla.

Y la tragedia, tragedia brutal e innecesaria sobrevino, pues acabando de llegar a la Estación de Puebla los hermanos Cabrera fueron aprehendidos por oficiales del fatídico 29 Batallón y conducidos fuera de la ciudad, fueron vejados, maltratados, martirizados y, por último, asesinados villanamente. Al día siguiente y con la noticia del cobarde asesinato, se recibió también en el Cuartel General de Apizaco el parte de que el 29 Batallón, con su jefe el general ex federal Felipe R. Díaz se había sublevado, desconociendo los acuerdos referidos y marchaba sobre la vía del Ferrocarril Mexicano. Se enviaron fuerzas del general Jesús Carranza, al mando inmediato del coronel Jesús González Morín, uno de los más bravos jefes revolucionarios, quien se encontró con los sublevados en la estación de Zacatelco y después de un combate que duró varias horas los derrotó completamente, haciéndole una gran cantidad de muertos y prisioneros que fueron, sobre todo los oficiales y clases, pasados por las armas, y recogiendo gran cantidad de pertrechos de guerra.

Entretanto, al Cuartel General de Apizaco comenzaron a llegar los jefes constitucionalistas que operaban en los estados de Tlaxcala y Puebla, así como del occidente de Veracruz, quienes venían a ponerse a las órdenes del general González, quien los acogió perfectamente, librándoles instrucciones para que fueran reconcentrando sus tropas a fin de aprovisionarlas con armas, equipos y municiones. Entre estos jefes recuerdo a los siguientes, todos generales: Antonio Medina, tamaulipeco, pero que operaba desde hacía tiempo en Puebla, valiente y simpático, quien fue gran amigo nuestro, porque hacía versos y peleaba como los viejos paladines; los hermanos Márquez (Esteban y otro cuyo nombre no recuerdo), Celso Cepeda, Juan Lechuga, magnífico elemento que después alcanzó gran renombre; Máximo Rojas, Pedro Morales, Palemón Rojas, Domingo Arenas, *El Manco*, Rafael Rojas *El Mechudo*, Anto-

nio Hidalgo, que había sido gobernador de Tlaxcala, Ricardo Reyes Márquez y otros. Del estado de Hidalgo también llegaron los generales Nicolás Flores, nombrado gobernador y comandante militar, Roberto Martínez y Martínez, Higinio Olguín, Humberto Villela, Víctor Monter y otros más cuyos nombres no recuerdo.

Y allí, en aquella estación de Apizaco, fue donde sucedió el "sucedido" que vino a corroborar el viejo refrán que dice: "se juntó la ronda con los piteros".

Y fue que un bello día, mientras don Pablo había salido, como era su costumbre, a pasear a caballo por todos los puestos avanzados, pues le agradaba ver las condiciones en que se encontraba la tropa y conocer sus necesidades, llegó al coche especial que servía de Cuartel General el general Esteban Márquez, y como el que esto escribe fungía en aquellos días como jefe de Estado Mayor, se puso a platicar conmigo mientras esperaba el regreso del general en jefe. El general Márquez era un hombre corpulento, moreno, con grandes bigotes y que además era bastante tartamudo y para atrasarla más, también gangoso, al grado que por mote le llamaban "el gangoso Márquez". Nos encontrábamos enfrascados en una animada plática, que no puedo calificar de amena ni menos dulce, porque mi trabajo me costaba el entender bien a bien a mi general Márquez, a pesar de mis laudables esfuerzos para captar todas sus frases y de mi fuerza de voluntad para no reírme, porque hay que advertir que mi general poseía también un geniecito de los mil demonios. De pronto apareció en la puerta del coche el general Nicolás Flores, de quien ya he dicho que era uno de los más perfectos tartamudos que he conocido, acompañado por el mayor Vicente F. Escobedo *Ego*, que era muy su amigote.

Ego me preguntó por don Pablo y le dije que no tardaría en llegar, pues todavía no almorzaba e invité a ambos para que tomaran asiento y lo esperaran un poco. Así lo hicieron, pero antes de entablar conversación pregunté al general Márquez si

conocía al general Flores y como dijera que no, tuve la malhadada idea de presentarlos. Márquez se levantó de su asiento y con su vozarrón de bajo, exclamó:

—Eees… deban Maa… guez… seer… vidor de uuuus… dé…

Y don Nicolás con su vocecita tipluda dijo:

—Nico… nico… nico… lás Flo… flo… flo… res, pa… pa… pa… ra… ser… ser… vi… vi… vi… rlo.

Como si le hubieran puesto una banderilla de fuego se enderezó Márquez tan largo como era y dando un paso adelante, arrancó con un ademán violento la pistola del cinto e increpando al pobre *Tío Nico*, le gritó o más bien rugió:

—Aaaa mí niiin… gún… jiii… jo de la peeei… naaa… da… meee… aaa… reee… meee… da.

Y el general Flores decía:

—Yo… no le a… rre… rreee… me… me… me… do a us… té…

Y yo muy apurado le decía a Márquez:

—Serénese, mi general, esto es una mala interpretación.

Y él gritaba:

—Naaa… da de iiin… dereer… breee… daaa… cion… Yooo… dooo… be… deee… jo eee… chaar… baaa… bas dee e… da… dieee…

Hasta que don Nicolás exclamó:

—No… mi ge… ge… ge… ne… ral… es que yo… so… so… soy ta… ta… mbién tar… tar… ta… ta… mu… mu… mu… mu… do.

Entonces Márquez se serenó un poco. Y soltó la carcajada, guardando su pistola y diciendo:

—Peee… ro… hooom… bre, yo creee… iiiia… que uuus… deee… se eees… daaa… ba riiien… do deee… mí…

Las explicaciones duraron como 15 minutos, porque los generales trabajaban mucho para entenderse, pero al fin el incidente que pudo ser trágico, terminó más alegremente y como el general en jefe llegaba poco después, allí acabó aquel maravilloso sainete que solamente los que lo saboreamos, sobre

todo después de pasada la tempestad, podemos darnos cuenta de su comicidad.

El día 23 avanzamos hasta Santa Ana Chiautémpan, donde quedó establecido el Cuartel General, y pasamos a caballo a ocupar la capital de Tlaxcala, la tierra del valeroso Xicoténcatl.

De allí fueron destacadas tropas al mando de los generales Castro y Francisco Coss para que se aproximaran a Puebla, rodeándola para el caso de que los ex federales allí reconcentrados hicieran alguna resistencia y se procedió a avanzar sobre la capital poblana, pero al llegar a Panzacola, casi a las puertas de la ciudad, todavía el fatídico 29 Batallón, en un último y desesperado esfuerzo, nos envió una máquina loca, que afortunadamente descarriló sin causarnos daños.

Aquí me parece justo consignar que desde México venían ya con nosotros, como jefe de Trenes Militares el coronel Daniel Flores, quien fue de los primeros que se nos unieron en Monclova y como maquinista del tren del general González el veterano Zenón Rodríguez, luchador aguerrido y también de los primeros ferrocarrileros de la Revolución. Era conductor del mismo tren un joven ferrocarrilero que había sido mi amigo personal cuando yo trabajé en los ferrocarriles en la ciudad de México, y que se unió con nosotros en la capital: David Garibaldi.

A poca distancia de Panzacola se registró una escaramuza y allí, después de terminados los balazos, uno de mis asistentes llamado Gregorio, vio a uno que corría por entre los sembrados y corriendo en su caballo lo alcanzó, resultando ser un indito como de unos 12 años. Este indito, que se quedó con mis asistentes, llegó a ser el jefe de ellos y me siguió por todas partes hasta 1920. Se llama Pancho Serrano y fue uno de los más fieles que tuve.

Avanzamos hasta una hacienda cuyo nombre he olvidado y allí el general en jefe comisionó al entonces teniente coronel Marciano González para que, acompañado de una escolta, fuera hasta la ciudad y se pusiera al habla con el general Luque, pidiéndole la plaza, y manifestándole que expresara si estaba

dispuesto a cumplir con el pacto de Teoloyucan. El teniente coronel González penetró a Puebla y se dirigió al Cuartel de San Francisco donde se hallaba el general Luque, quien lo recibió cortésmente, diciéndole que ya había recibido a dos enviados anteriormente, pidiéndole también la plaza, pero esto se explicó, porque otros jefes, probablemente don Cesáreo y Coss habían ya ocupado los fuertes de Loreto y Guadalupe y otros lugares alrededor de la población y mandaron a sus enviados; pero una vez hechas las aclaraciones, el jefe ex federal manifestó que se dijera a don Pablo que tenía su gente acuartelada y esperaba la entrada de las tropas constitucionalistas para hacer entrega de sus armas y pertrechos, y proceder al licenciamiento, para el que estaba autorizado por el general J. Refugio Velasco, quien pocos días antes había salido para Veracruz.

Comunicada la respuesta, el general en jefe y su Estado Mayor hicieron su entrada, comisionándose al general don Cesáreo Castro para que ocupara el cuartel más grande y nombrara los servicios de la plaza. Pudimos admirar, y no tengo inconveniente en consignarlo, la perfecta disciplina de las fuerzas ex federales, pues sin dificultad de ninguna especie, fueron en ordenada formación depositando su armamento y después de recibir la gratificación y "pase" acordados, se disolvieron sin gritos ni desorden de ninguna especie. Los soldados del usurpador, forzados en su mayoría, fraternizaron con los nuestros y gran cantidad de ellos se dieron de alta en nuestras filas.

A don Pablo le fue ofrecida para alojarse la casa de unos señores españoles, creo que apellidados Presno, donde se estableció el Cuartel General, y donde se nos atendió maravillosamente, y una vez alojado, con su actividad acostumbrada, el general en jefe comenzó a librar órdenes para el acuartelamiento de unas fuerzas y para que se cubrieran los puestos avanzados de los fuertes de Loreto, Guadalupe y San Juan y las entradas de la ciudad, nombrándose inmediatamente comandante militar al general Francisco Coss, a quien más luego se designaría también gobernador del estado.

Carreta de seises



l siguiente día de la ocupación de Puebla y después de haber licenciado y desarmado a las tropas del general Gonzalo Luque, se organizó un "mitin" en el Teatro Variedades, al que concurrieron representativos de todas las clases sociales, pues la antigua ciudad de Los Ángeles estaba ansiosa de conocer algo acerca de aquella Revolución de que tanto y en tan distintos tonos se había hablado durante el periodo de lucha.

El teatro estaba ya como aquello de las cuatro de la tarde, lo que se llama "a reventar", cuando hizo su entrada el general Pablo González, acompañado de los generales Coss, Cesáreo Castro y jefes y oficiales de sus estados mayores, siendo recibidos con calurosos aplausos y "vivas" a don Venustiano Carranza y a la Revolución. Después de que la banda del Estado Mayor tocó una pieza de música, el teniente coronel ingenie-

ro Guillermo Castillo Tapia tomó la palabra y pronunció una arenga que más bien puede calificarse de catilinaria, porque tuvo conceptos sumamente duros para la sociedad poblana a la que calificó de "levítica", llegando hasta criticar la que dijo era una vida "oculta tras las celosías de sus ventanas, desde donde atisbaban los sucesos de la vida exterior, tal y como se hacía en los oscuros siglos del colonaje ibero". También criticó a los hombres de Puebla, que no habían sabido empuñar las armas para defender los derechos conculcados del pueblo, por el trágico usurpador, pero cuando llegó a estos párrafos de su discurso se levantó un anciano venerable: el licenciado Severo Sánchez de la Vega, quien con frase serena, pero elocuente, rebatió, al ingeniero Castillo Tapia, demostrándole que los poblanos no habían olvidado su historia ni claudicado de sus ideas libertarias, poniendo como ejemplo a los muchos revolucionarios de Puebla que con las armas en la mano habían batido a la usurpación; habló con calor sobre la vida de sus mujeres y sus simpatías para la causa de la libertad, poniendo como ejemplo entre ellas a las hermanas de Aquiles Serdán y entre los hombres al mismo héroe. El público se puso de parte del licenciado Sánchez de la Vega, a quien aplaudía rabiosamente, demostrando su desagrado por la peroración de Castillo Tapia, a quien recordaban que él era también poblano. Cuando el general González se dio cuenta de la mala impresión causada por el discurso de Castillo Tapia, habló al teniente coronel Marciano González, dándole instrucciones sobre el particular, y este jefe se levantó de su asiento, pidiendo al público hiciera silencio, y una vez logrado manifestó que se dejara terminar al ingeniero, y que después él hablaría exponiendo los puntos de vista del Cuartel General y suyos. Se le aplaudió y Castillo Tapia terminó su peroración pocos minutos después, siguiéndolo en el uso de la palabra Vicente F. Escobedo *Ego*, que recitó unos versos suyos tan bellos, tan emocionantes, que el público lo aplaudió y lo vitoreó. Entonces Marciano se levantó y con voz vibrante habló, habló como una hora sobre la Revolución, sobre sus causas y efectos; sobre los ideales elevados

y las miras renovadoras del movimiento; sobre el futuro de igualdad y justicia que anhelábamos; sobre los que habían caído en la ruda brega, para darnos con el sacrificio de su sangre generosa el triunfo formidable sobre la traición y la ignominia. Habló de los héroes ignorados, de los nobles paladines que de Puebla también habían surgido y pintó con vivos colores el cuadro de aquella ciudad que había ofrendado a muchos de sus hijos, dos de los cuales, los hermanos Cabrera, acababan de caer allí mismo, mártires de su ideal; y por último habló de la juventud estudiantil poblana que también había dado sus primicias a la Revolución y en la cual confiaba la Patria para el futuro. Y para terminar expuso los altos propósitos del general en jefe del Cuerpo de Ejército del Nordeste y de sus subordinados, que sólo anhelaban impartir las garantías necesarias a aquella vieja y heroica ciudad, cuna de luchadores y teatro de gloriosos acontecimientos que llenan páginas enteras de nuestra historia.



Constitucionalistas en la máquina que recibió el choque de la máquina loca que soltaron los esbirros ex federales del 29° batallón sobre las tropas del general Pablo González en Panzacola. [J. Mora, foto de la Div. N. G.]. Centro de Estudios de Historia de México, CARSO, LXVIII-3. 1. 90.

Aquello fue el delirio, pues no sólo se borró la mala impresión causada al principio, sino que el sentimiento público se transformó por completo, y Marciano fue sacado en hombros del teatro y paseado por los estudiantes y la juventud poblana por la hermosa plaza citadina, causando tan honda impresión su discurso que muchos jóvenes profesionistas y aún estudiantes se incorporaron a nuestras filas y sirvieron lealmente a la Revolución en el futuro.

Bajo nuestras banderas se afiliaron muchos, como digo, aunque siento no recordar los nombres de todos, pero entre ellos figuraban los licenciados José Luis Almogábar (que era oaxaco, pero allí estaba, y que llegó a ser secretario particular de don Pablo y mi íntimo amigo) y que además era uno de los hombres más inteligentes, más simpáticos y más alegres que he conocido; Luis Sánchez Pontón, también de brillante inteligencia y que después actuó prominentemente en la política local; Eduardo Arrioja Izunza; el doctor Sergio Guzmán, quien también prestó grandes y buenos servicios; los estudiantes Juan Hernández, Luis Felipe Contreras, Rafael Lara Grajales, Emilio Gómez Sariol, quienes en su mayoría se incorporaron con el entonces coronel y después general Francisco Dávila. Don Baraquiel Alatriste, antiguo maderista, fue comisionado como jefe de Correos y Telégrafos por el Cuartel General y la señorita Carmen Serdán y su hermana (cuyo nombre he olvidado) y las señoritas Malvaez, quedaron comisionadas en el Cuartel General, al que prestaron eminentes servicios, desempeñando comisiones especiales que les fueron conferidas.

El general González, por acuerdo del C. Primer Jefe, dio posesión del gobierno de Puebla al general Francisco Coss, verificándose una sencilla ceremonia en el Palacio de Gobierno, quedando designado como secretario general de gobierno el teniente coronel Marciano González, cuyo nombramiento fue muy bien recibido, y como jefe de Estado Mayor el mayor Ignacio Flores Farías, hoy general.

En seguida comenzaron a dictarse medidas tendientes a organizar los servicios públicos y el Cuartel General, colaborando con el gobierno del estado, tomó una gran participación en estos trabajos. Primeramente se guarnecieron los pueblos del estado para garantizar el orden distribuyéndose las fuerzas de los generales Coss, Castro y Elizondo en los lugares convenientes, inclusive Tlaxcala; después se armaron, organizaron y aprovisionaron las fuerzas revolucionarias de los generales Máximo Rojas, Esteban Márquez, Ricardo Reyes Márquez, Domingo Arenas, Antonio Medina, Celso Cepeda y otros de menor importancia.

Por cierto que entre mis recuerdos hay uno curioso por demás. Sucedió que los generales, jefes y oficiales de don Pablo íbamos más o menos bien vestidos, con pantalón de montar, polainas o "tacos", como entonces se les llamaba, guerrera y sombrero tejano, pero todos portábamos nuestras respectivas insignias. Naturalmente los generales lucían sus águilas en las hombreras y en el sombrero, por lo que los generales recién incorporados, a quienes antes he nombrado, decidieron hacerse sus uniformes y colocarse las insignias de su grado. Unos, más preparados o probablemente con mejor suerte por haber encontrado un buen sastre, se presentaron a los pocos días en el Cuartel General más o menos bien, pero un bello día se aparecieron, si no recuerdo mal, Domingo Arenas, Máximo y Palemón H. Rojas con magníficos uniformes negros, con pantalón de montar bastante mal hecho, polainas de color, sombrero tejano claro y sobre los hombros, en enormes hombreras, unas bellísimas mariposas a guisa de águilas. Excuso decir el mitote que se armó entre la palomilla con aquel desacato, hasta que hubo de nombrarse una comisión para que los pusiera al tanto de su error, y aunque no supimos el resultado inmediatamente, no le arriendo las ganancias al sastre malhechor del desaguisado. Lo cierto es que poco después ya traían sus buenas aguilotas.

La labor desarrollada por el constitucionalismo en Puebla fue notable, pues pronto comenzaron a expedirse decretos aboliendo la esclavitud a que de hecho estaban sometidas las clases laborantes, especialmente los campesinos, cuyas deudas se transmitían de padres a hijos, por generaciones; se nulificaron las concesiones y privilegios inmorales; se evitaban los abusos del capital, mejorándose al obrero; se modificaron los sistemas fiscales, aboliendo las gabelas y onerosos impuestos que gravitaban sobre el comercio y la industria ahogándolos con su peso, y se concertaba con las Cámaras de Comercio la implantación de impuestos equitativos; se seleccionó el personal de empleados públicos especialmente en los ramos de Instrucción Pública y Justicia, acordando para ellos sueldos decorosos y el general en jefe, con tacto y habilidad, logró transformar las finanzas poblanas, poniendo en circulación el papel moneda constitucionalista.

Toda esta labor secundada, como es lógico, en lo militar, por sus jefes de División, disciplinados y conscientes y en lo civil, por los elementos civiles que lo acompañaban. Este cura trabajaba como un negro, porque tenía a mi cargo el Estado Mayor y la Secretaría Particular, pero para dicha mía, en esos días hizo su aparición Alfredo Rodríguez, a quien como he dicho, dejamos nombrado prefecto de Tlalpan, en el Distrito Federal, pero no le gustó la chamba o vio las cosas de "color de hormiga viuda" (según su propia expresión), pero el caso es que dejó la Prefectura y llegó a Puebla a ponerse a las órdenes de don Pablo. Como yo había sido nombrado jefe de Estado Mayor efectivo, el general en jefe, cuya corrección era tal que a sus ayudantes, aun los de menor graduación, nos hablaba de "usted" en público siempre, aunque en la intimidad nos tratara de "tú", me llamó a solas y me dijo:

—¿Qué hacemos con Alfredo?

—Lo que usted ordene —contesté.

—Pero, ¿dónde lo comisionaremos? ¿Querrá irse como jefe de Estado Mayor con alguno de los jefes de División?

—Probablemente sí —respondí— pero ¿por qué no le da usted nuevamente el Estado Mayor suyo?

—Porque tú estás ya nombrado.

—Eso no es dificultad, porque yo con la Secretaría Particular tengo y me sobra trabajo.

—Bueno —dijo don Pablo— entonces dile que venga y te agradezco la solución que me has dado con tu buena voluntad.

Me retiré, llamé a Alfredo y éste fue nombrado nuevamente jefe de Estado Mayor.

Los miembros de la palomilla que nos encontrábamos en la ciudad nos reuníamos todos los días, de las doce a las dos de la tarde en una cantina que hay en los portales, frente a la plaza, donde tomábamos el aperitivo y jugábamos dominó, al que éramos muy afectos casi todos y charlábamos, como siempre lo habíamos hecho, aun en los días más apurados de la Revolución. Y un día de tantos, jugábamos un partido de dominó muy reñido; Guillermo Castillo Tapia y el que escribe de compañero, contra Alfredo Rodríguez y Arturo Lazo de la Vega, que también había dejado su Prefectura para venir a incorporarse de nuevo con nosotros. Había como 10 o 12 mirones alrededor de nosotros, naturalmente que puros compañeros de la insigne palomilla, a quienes tantas veces he citado, los cuales se "enjurgitaban" grandes cantidades de cerveza, coñac y otras yerbas, amén de tortas compuestas, tacos, etcétera, por lo que la cuenta de aquel partido era ya una cosa bastante seria. Pero lo peor del caso era que aquel partido era el quinto de la serie, y dos habíamos perdido nosotros y dos ellos, por lo que el que se jugaba era nada menos que "las contras" como se dice en el caló "dominocístico", que significa que el que pierda aquel partido perdía todo, inclusive el valor de lo comido y lo bebido; y lo más grave aún era que nosotros, Guillermo y yo, estábamos perdiendo, pero seguíamos comiendo tortas y bebiendo. Lazo de la Vega intentó un "cierre" y al consumarse, según sus cuentas, notamos que no se cerraba, porque dijo:

—Juegue su carreta de seises el que la tenga.

Entonces sucedió lo curioso; nadie tenía la "carreta" de seises, o sea el doble seis. Comenzaron las averiguaciones; se echó la culpa a Castillo Tapia; vaciamos nuestros bolsillos todos los circunstantes para comprobar que no había habido escamoteo; buscamos por debajo de las mesas; se armó un relajito de los tres mil demonios, pero la "carreta" encantada no apareció por ninguna parte. Hubo serias discusiones, arbitraje, etcétera, y por fin se llegó al acuerdo de jugar nuevamente el partido, lo que se hizo, y ganamos nosotros.

Pues bien, aquello parecía terminado pero yo tenía mis dudas muy serias, porque casi estaba seguro de que Guillermo había sido el posesor de la famosa "carreta" pero no me podía explicar qué había hecho con ella, así es que cuando salimos me lo llevé a mi automóvil y a poco andar le pregunté:

—Oye, Guillermo, ¿qué le hiciste a la carreta de seises? Dime la verdad.

—La verdad, manito, ¿la verdad?

—Sí, la mera verdad.

—Pues se la di a un perro.

—¿Cómo a un perro?

—Sí, manito, ¿te acuerdas que estábamos comiendo tortas y que andaba debajo de la mesa un perro amarillo que espantaste una o dos veces?

—Sí.

—Bueno, pues cuando vi que se andaba ahorcando la carreta, o que se venía el cierre y que estábamos perdidos, la metí en una torta y se la di al perro, que muy feliz se la llevó, convencido de que debía largarse por el argumento de un puntapié que le arrimé por debajo, y sabe Dios dónde la dejaría.

Solté la carcajada, porque realmente jamás se me habría ocurrido aquella peregrina idea de darle una ficha de dominó a un perro haciéndolo cómplice de una chapuza.

Algún tiempo después, cuando les conté a Alfredo y a Arturo aquello, se tendieron de risa, pues entonces no se guardaban rencores, y menos por tan poca cosa.

También en aquella hospitalaria ciudad de Puebla se unió a nosotros, especialmente a mí, el célebre Penichet, cuyas aventuras he de contar, porque lo merecen.

Aconteció que yo necesitaba un ayudante en la Secretaría Particular, pero era indispensable que supiera además de escribir en máquina, la taquigrafía, porque la correspondencia era enorme y así lo expresé a uno de mis amigos poblanos, quien me recomendó y me llevó a un joven llamado Alfonso Penichet. Éste era de muy buenas familias de la ciudad, muy bien educado, y sobre todo un notable taquígrafo y mecanógrafo en español, inglés y francés, por lo que inmediatamente lo acepté, mediante el acuerdo del general en jefe. Solamente tenía un ligero defecto, que se colocaba cada "tranca" que "hacía tiritar al universo" (según frase de Lazo de la Vega), y éstas duraban desde 24 horas hasta una semana, pero eso lo descubrí algún tiempo después, cuando ya estaba identificado conmigo y sus servicios me eran casi indispensables, aparte de que se encariñó conmigo, y yo también le cobré gran afecto, al grado de que durante años anduvo conmigo, sucediéndole notables, terribles y maravillosas aventuras que, como he dicho, narraré algún día.

El general Francisco Murguía rindió parte de que el 27 de agosto había licenciado a todos los elementos ex federales que habían guarnecido la ciudad de Toluca, capital del Estado de México, así como a las fuerzas del general ex federal Pedro Ojeda, que habiendo abandonado Cuernavaca a los zapatistas, se había concentrado también en la capital del Estado de México.

El mismo 27, el coronel Eleuterio Reyna comunicó desde Oaxaca que Reyna con un puñado de ferrocarrileros ocupó Tehuacán que la abandonó Higinio Aguilar y allí se le reunió el coronel Juan Lechuga, Alfredo Menchuca y otros elementos y con ellos, sin órdenes del Cuartel General, avanzó hasta Oaxaca, que también ocupó hasta que don Pablo mandó a recibir la plaza.



ápidamente se extendía la labor organizadora del Cuartel General del Cuerpo de Ejército del Nordeste, pues en tanto se ocupaba la capital de Oaxaca, las fuerzas de la Segunda División del Centro, al mando del general Jesús Carranza, avanzaban por el estado de Veracruz, ocupando primeramente Tierra Blanca y después Rincón Antonio y luego San Gerónimo; las del general Alberto Carrera Torres, pertenecientes a la misma División, llegaban a Yucatán; los generales Rojas y Arenas cubrían Tlaxcala; el general Murguía con sus tropas y los generales Jesús Dávila Sánchez y Ernesto Santoscoy ocupaban Toluca y gran parte del Estado de México, mientras las de los generales Cesáreo Castro, Francisco Coss y Teodoro Elizondo guarnecían el de Puebla hasta los límites de Morelos, Veracruz y Oaxaca. También continuaban dependiendo del Cuartel General la Primera División que guarnicionaba los estados de

Nuevo León y parte de Coahuila y la Quinta División que ocupaba el estado de Tamaulipas. Por lo que antecede, se verá que el control del Cuartel General del Nordeste era enorme y puede calcularse el inmenso trabajo que teníamos, tanto el general en jefe como sus colaboradores para despachar correspondencia y telegramas, teniendo que agregar que a cada momento parecía como que las diferencias surgidas entre la Primera Jefatura y el general Francisco Villa se ahondaban más y más, a pesar de los esfuerzos que se hacían para zanjar estas diferencias, lamentables en extremo y que nos iban orillando a una nueva lucha armada, más sangrienta quizá que la que acababa de terminar con la derrota del ejército ex federal.

El general don Pablo González demostró en su actuación en la ciudad de Puebla su espíritu de organización y orden, castigando severamente cuantos abusos llegaban a su conocimiento e impartiendo garantías a todos los elementos civiles del estado. Precisamente viene a mi memoria un caso que pone de relieve la manera de proceder del general en jefe, que contaré en breves frases. Sucedió que en la primera decena de agosto, durante el avance hacia la capital, cuando el general Francisco Coss atravesó la vía del ferrocarril de México-Pachuca, capturó un tren que se dirigía a la capital del estado de Hidalgo, y al recoger lo que contenía el carro del exprés, también se extrajo un paquete sellado y lacrado; que el Banco de Londres y México remitía a la compañía Minera de Real del Monte, y que se decía contenía 125 mil pesos en billetes de banco. El paquete, tal y como estaba, fue remitido por el general Coss a don Pablo, y éste ordenó que fuera entregado al pagador del Cuerpo de Ejército, señor Eligio O. Treviño, quien debería guardarlo a disposición del general en jefe, expidiendo al general Coss un "recibo completo", expresando número del paquete, fecha de recepción y cantidad íntegra que se decía contener, disponiendo que por ningún motivo se rompieran los sellos del mismo. Pasó el tiempo y se sucedieron los acontecimientos que ya he narrado; y un bello

día, a mediados de septiembre, se presentó en la ciudad de Puebla ante el teniente coronel Alfredo Rodríguez, jefe del Estado Mayor, un caballero que se acreditó como representante de la Compañía Minera Real del Monte, de Pachuca, Hidalgo, con objeto de solicitar que se le expidiera un "recibo" por la cantidad de $125,000 que habían sido recogidos del exprés en la fecha que citaba. Fue conducido ante el general González, a quien entregó una carta del Gerente de Real del Monte, quien la suplicaba que lo atendiera en el asunto que le iba a tratar. El señor aquel, con mucha cortesía, repitió a don Pablo lo que ya había dicho; que sólo deseaba la compañía, para cubrir sus libros, se le extendiera un recibo completo por la cantidad extraída del exprés por nuestras fuerzas, don Pablo, que ya no se acordaba de aquello, mandó llamar al pagador Treviño, y en presencia del enviado de la compañía, le preguntó:

—¿Tiene usted el paquete de dinero que las fuerzas del general Coss recogieron de un carro exprés en agosto pasado?

—Sí, señor.

—Tráigamelo aquí inmediatamente.

Minutos después el pagador Treviño condujo el paquete en cuestión y entonces el general, dirigiéndose al representante dijo:

—Tome este paquete y hágame el favor de examinarlo a ver si es el que usted reclama.

Después de examinarlo minuciosamente, comparando sus datos con los que él traía en su cartera, contestó:

—Es el mismo, señor general.

—Entonces, ¿está usted satisfecho de que los sellos están intactos y que el paquete reclamado es el que está en sus manos?

—Sí.

—¿Tendría usted inconveniente en recoger su paquete y darme el recibo completo que venía a pedirme, pues en vez de éste se lleva usted el dinero de su compañía?

—Ninguno, señor general, y con todo gusto lo firmaré, dándole las gracias en nombre de la compañía.

Pocos días después la Compañía Minera Real del Monte, en extensa y atenta carta, daba las gracias al general González y manifestaba haber recibido íntegra la cantidad de $125,000 en billetes, que contenía el paquete referido.

El 1° de septiembre dispuso el Cuartel General, por medio de bando que se comunicó a toda la ciudad en hojas impresas y por la prensa, que se entregaran todas las armas de fuego que existieran en poder de particulares. Fui comisionado por el general en jefe para intervenir en la entrega de las armas, que ascendieron a más de cuatro mil entre pistolas, carabinas, etcétera, de todos calibres y de todas manufacturas. De éstas se devolvieron cerca de dos mil a sus propietarios, muchas por no tener sino valor histórico y muchas también por inservibles y el resto se destinó a la Oficialidad de los Cuerpos Militares en organización.

En los primeros días de septiembre creo que el 8 o el 10, fuimos a Tlaxcala a dar posesión del gobierno del estado al general Máximo Rojas después de vencer serias dificultades con los políticos tlaxcaltecas, pues el que había sido gobernador maderista de aquella entidad, señor Antonio Hidalgo, se consideraba con derechos para volver a ocupar dicho puesto. Se pensó en nombrar gobernador al mayor Vicente F. Escobedo, para allanar estas dificultades, pero después de muchas deliberaciones, éste no aceptó y por fin se recibió al general Rojas.

Como de costumbre, todos los días íbamos a tomar la copa y a comer al restaurante Giacopello, jugábamos dominó y nos divertíamos de la mejor manera posible. En estas reuniones intimamos con muchos de los elementos civiles, y entre ellos hice una amistad grande y sincera con el notable barítono mexicano, don José Torres Ovando, a pesar de la diferencia de edades, así como también con el entonces celebrado actor don Eduardo Pastor. Muchas veces íbamos a comer con ellos Alfredo Rodríguez, Alfredo Flores Alatorre y yo a la casa de Alfonso y Lauro Benítez,

donde nos hacían un mole poblano, con cuyo recuerdo todavía me dan ganas de chuparme los dedos.

Alfredo Rodríguez era un joven educado, de muy buenas maneras, muy limpio y escrupuloso en vestir, pero muy aficionado, lo mismo que nosotros, a los famosos antojitos mexicanos, por lo que también muchas veces comíamos en las fondas El Charro o la de Doña Felipa, pero un día le hicimos Flores y Alatorre y yo una buena travesura. Le dije:

—Oye, Alfredo, acabo de descubrir una fonducha donde se comen unos chiles en nogada maravillosos y un mole despampanante.

—Llévame, manito.

—Seguramente, hoy nos vamos a comer allí tú, Alfredo y este cura.

Y como lo dijimos, lo hicimos. A la una de la tarde lo llevamos en poderoso automóvil a un sórdido fondín, situado en las inmediaciones del mercado, donde habíamos mandado preparar la comida. Nos sentamos a una mesa de pino, peloncita, sin mantel ni cosa parecida, y para desconsuelo de Alfredo, que ya torcía el gesto, no había cuchillos ni cucharas, por lo que al servirnos la sopa, calientita, en platos de Oaxaca, de los que aquí llamamos "burdos", protestó en seguida:

—¿Con qué se toma esto?

—Con la boca —dijo Flores Alatorre.

—Hombre, siquiera una cuchara.

—Nada, esto es mexicano legítimo.

Y no hubo remedio, nos la tomamos a boca de plato. Tampoco hubo cuchillo ni tenedor para el mole ni para los chiles y hubo de comerlos también "a trompada limpia".

—Tírate a pie —le decíamos.

Y protestaba:

—Pero, hombre, me voy a ahogar en este mar de mole.

Cuando salimos nos puso como Dios puso a los loros y juró y perjuró no volver a aceptar una invitación nuestra.

Pero me voy olvidando de lo principal de mi cuento. Tenía yo entre mis asistentes uno muy bueno, pero bastante bárbaro, que se llamaba Gregorio, y una noche, como a las ocho, se me acerca cuando estaba en mi cuarto con otros compañeros y me dice:

—Mi teniente coronel, lo busca el señor Sobando.

—¿Quién?

—El señor Sobando.

—No conozco a ese señor; dile que me vea a horas de oficina en el Cuartel General.

Volvió minutos después y me dijo:

—Dice el señor Sobando que sí lo conoce usted, y es su amigo, y que para nada lo necesita en el Cuartel, que aquí es donde lo quiere ver.

—Pero hombre, Gregorio, si estoy en camiseta y no sé quién será ese señor, pregúntale qué se le ofrece.

—No, mi teniente coronel, si asté conoce retebién al señor Sobando; si cada rato viene con asté medio trole.

—Pues no me acuerdo de ningún Sobando.

—Ah que mi jefe, es el señor ese cantatrín que le gorgorea muy retebonito.

Todavía no me daba yo por entendido, pero le contesté:

—Bueno, dile que pase.

Y entró nada menos que el gran barítono. Don José Torres Ovando echando chispas.

—¡Mira no más, W, pues no dice este bárbaro genízaro de tu asistente que no me conoces!

Entonces soltamos la carcajada y yo le pregunté a Gregorio:

—Hombre, Gregorio, ¿cómo no decías que era Torres Ovando?

—Pos diez veces que se lo dije, jefe, que era el señor Sobando, cantatrín.

—Torres Ovando, bárbaro.

—Pos ero, ¿no se llama Torre y se apellida Sobando?

Y desde entonces le dijimos a don José el "señor Sobando". Poco tiempo antes de morir mi viejo amigo, lo saludé en la

Secretaría de Educación Pública, donde trabajaba, ya viejo y cansado, pero nos reímos recordando al bárbaro de mi asistente, que también descansa ya en paz y al "señor Sobando".

El día 4 de septiembre, recibió el general González el siguiente telegrama circular dirigido a los jefes de fuerzas, gobernadores y comandantes militares constitucionalistas:

> Desde el principio de la lucha ofrecí a todos los jefes que secundaran el Plan de Guadalupe, que al ocupar esta capital y hacerme cargo del Poder Ejecutivo, llamaría a todos los gobernadores y jefes con mando de fuerza a una junta que se verificaría en esta ciudad para acordar en ella las reformas que debían implantarse en el programa a que se sujetaría el Gobierno Revolucionario; la fecha en que deberán verificarse las elecciones de funcionarios federales y demás asuntos de interés general; y, habiéndome hecho ya cargo del Poder Ejecutivo de la Nación, he acordado el día primero de Octubre próximo para que se celebre aquella junta. Siendo Ud. Jefe de ese Cuerpo de Ejército, se servirá pasar a esta capital personalmente o por medio de representante autorizado, en el día indicado. Constitución y Reformas. Palacio Nacional.—México, D. F., a 4 de Septiembre de 1914.—El Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, Encargado del Ejecutivo de la Unión.—VENUSTIANO CARRANZA.—Al C. General de División Pablo González. Puebla, Pue.

El general González ordenó se transcribiera esta circular a todos los generales que dependían del Cuerpo de Ejército para que procedieran con tiempo a designar sus representantes para que estuvieran listos para la fecha indicada.

Pocos días después recibió el general en jefe una invitación personal del Primer Jefe para que pasara a México a acompañarlo en la celebración de las fiestas patrias y a ellas asistió llevando a los generales Castro y Teodoro Elizondo, y otros jefes, así como a su Estado Mayor, del que formábamos parte y con él acompañamos al señor Carranza al *lunch* en Palacio, a la ceremonia del Grito y a otras que se llevaron a cabo.

Ya para esos días densos nubarrones se cernían sobre el cielo de la Patria. Y por más esfuerzos que se hacían, el distanciamiento del general Villa y su poderosa División del Norte se veía cada vez más patente. En el estado de Durango había surgido una seria dificultad entre los generales Arrieta y Tomás Urbina bajo el pretexto de mutua usurpación de funciones, y el señor Carranza comisionó a los generales Obregón y Villa para que se zanjara este incidente inoportuno e impolítico en aquellos momentos. Los dos generales, en aparente armonía, arreglaron satisfactoriamente el asunto, pero estando todavía el general Obregón en el campamento de la División del Norte, supo el general Villa que el general Hill continuaba hostilizando al gobernador Maytorena en Sonora y Villa se disgustó a tal grado, que redujo a prisión al jefe del Noroeste, asegurándose que pretendía hasta fusilarlo.

Sobre este incidente se ha escrito con acopio de datos y sólo lo consigno para dar idea de la situación en aquellos momentos, de tal manera tirante que el señor Carranza dispuso que se cortaran las comunicaciones al norte de Aguascalientes, seguramente para evitar nuevas fricciones y procurar arreglar pacíficamente las diferencias entre los jefes constitucionalistas, pero esta medida produjo resultados contraproducentes, como se verá a su debido tiempo.

Y con este episodio doy por terminada la primera serie, que forma el libro que he titulado *Con Carranza* y que comprende lo que considero como la verdadera "revolución constitucionalista", es decir, la lucha tremenda sostenida contra el poder usurpador de Victoriano Huerta, que pisoteó la Constitución y que se puso fuera de la ley, cometiendo el crimen brutal de asesinar al presidente y vicepresidente constitucionales: don Francisco I. Madero y licenciado José María Pino Suárez. En estas páginas deshilvanadas, pero verídicas, está la historia del Cuerpo de Ejército del Nordeste, relatada por un superviviente de aquella época trágica, sí, pero también bella, sobre todo para los que hoy la vemos a través del vidrio color de rosa del recuerdo.

No tengo pretensiones de historiador, pero quiero, antes de pasar por la gran puerta que se abre al misterio de lo desconocido, dejar esta huella, aunque sea leve, para que guíe en algo los pasos de los verdaderos historiadores del futuro.

Muchas deficiencias hay en mi obra; muchos olvidados, muchos a quienes no he hecho justicia; muchos hechos no narrados, pero que se me perdone, porque la memoria es infiel, y no he podido retener en ella los nombres todos ni los hechos completos de la gran epopeya, ya que ni un papel, ni un apunte siquiera he tenido en mis manos y sólo el recuerdo avivado por las fechas que constan en mi hoja de servicios de combates y ocupaciones de plazas, es lo que he podido utilizar para este trabajo.

No es ésta tampoco la última palabra, porque así como el Cuerpo de Ejército del Nordeste sobrevivió a la gran escisión villista, para transformarse después en Cuerpo de Ejército del Oriente, también sobreviven mis recuerdos y con ellos continuaré esta tarea que me he impuesto, como tributo a los que murieron en holocausto de nuestros ideales y como un acto de justicia para los que todavía viven.



CON CARRANZA
EPISODIOS DE LA REVOLUCIÓN CONSTITUCIONALISTA 1913-1914

Manuel W. González

fue editado por el

Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México

Se terminó en la Ciudad de México en mayo de 2020,
durante la pandemia COVID-19, en cuarentena,
a 100 años del fallecimiento de Venustiano Carranza.

Manuel W. González nació el 29 de octubre de 1889, se integró a la revolución de Madero y fue colaborador de varios periódicos maderistas. En 1913 se unió a las fuerzas constitucionalistas bajo las órdenes de Pablo González, de quien fue secretario particular y jefe de su Estado Mayor.

Ya con el grado de teniente, firmó el Plan de Guadalupe de Venustiano Carranza, contra el régimen de Victoriano Huerta. Más tarde desempeñó la subjetatura del Estado Mayor del Noroeste en las filas de Jesús Carranza. Tomó parte en las camapañas de Coahuila, Nuevo León, Tamaulipas, San Luis Potosí, Querétaro y Guanajuato, hasta la ocupación de la Ciudad de México en 1914. Después operó en Morelos y Guerrero. El 6 de mayo de 1920 recibió el grado de general de brigada, destinándosele a la campaña de Chiapas.

Meses después de que Carranza fuera derrocado y asesinado por la rebelión de Agua Prieta, salió exiliado a los Estados Unidos. Se desepeñó como redactor de varios diarios y en 1925 regresó a Monclova y siguió colaborando como articulista. En 1929 participó en la rebelión escobarista y, tras su fracaso, salió desterrado nuevamente a los Estados Unidos. A finales de 1930 regresó a México y ocupó distintos cargos en el servicio público y en el ejército. Murió en la Ciudad de México el 26 de marzo de 1956.

Manuel W. González fue un gran observador de los acontecimientos en los que le tocó participar y un buen escritor. El libro *Con Carranza* es un mosaico de estampas personales en las que el autor relata de manera amena sus recuerdos de la campaña constitucionalista.